ROBERT O. PAXTON

Capitán Swing

ANATOMÍA DEL fascismo

ANATOMÍA DEL fascismo

ROBERT O. PAXTON

Traducción de
José Manuel Álvarez Flórez

Capitán Swing

prefacio

prefacio

Durante muchos años di un curso en la universidad sobre el fascismo, unas veces como un seminario para graduados, otras como un seminario para pregraduados. Cuanto más leía sobre fascismo y más lo analizaba con los estudiantes, más perplejo me sentía. Si bien una gran cantidad de brillantes monografías abordaban esclarecedoramente aspectos determinados de la Italia de Mussolini, la Alemania de Hitler y regímenes semejantes, los libros sobre el fascismo como fenómeno genérico solían parecerme, en comparación con las monografías, abstractos, estereotipados e insulsos.

Este libro es una tentativa de analizar más detenidamente la literatura monográfica en un estudio del fascismo en general y de presentar el fascismo de un modo que tenga en cuenta sus variaciones y su complejidad. Pretende determinar cómo funcionó el fascismo. Por eso es por lo que se centra más detenidamente en las acciones del fascismo que en sus palabras, al contrario de la práctica habitual. Dedica también más tiempo del habitual a los aliados y cómplices del fascismo y a cómo los regímenes fascistas interactuaron con las sociedades más amplias que intentaron transformar.

Esto es un ensayo, no una enciclopedia. A muchos lectores puede parecerles que sus temas favoritos se tratan aquí de un modo más somero del que les gustaría. Albergo la esperanza de que lo que he escrito les tiente a leer más. Ese es el propósito de las notas al pie y del extenso ensayo bibliográfico crítico.

Al haber trabajado sobre este tema intermitentemente durante muchos años, he contraído deudas personales e intelectuales en número mayor del habitual. La Fundación Rockefeller me permitió esbozar los capítulos en la Villa Serbelloni, justo en la orilla del lago de Como contraria a aquella donde los partisanos mataron a Mussolini en abril de 1945. La École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, el Istituto Universitario Europeo de Florencia y una serie de universidades estadounidenses me permitieron poner a prueba algunas de esas ideas en el aula del seminario y

en la sala de conferencias. Una generación de estudiantes de Columbia discutieron mis interpretaciones.

Philippe Burnin, Paul Corner, Patrizia Dogliani y Henry Ashby Turner, Jr., revisaron generosamente una versión anterior de este libro. Carol Gluck, Herbert S. Klein y Ken Ruoff leyeron partes del manuscrito. Todos ellos me ayudaron a evitar errores embarazosos y acepté la mayoría de sus sugerencias. Si las hubiese aceptado todas, puede que este fuese un libro mejor. Doy las gracias también por diversas clases de ayuda a Drue Heinz, Stuart J. Woolf, Stuart Proffitt, Bruce Lawder, Carlo Moos, Fred Wakeman, Jeffrey Bale, Joel Colton, Stanley Horffmann, Juan Linz y el equipo de referencia de las bibliotecas de la Universidad de Columbia. Los errores que queden son solo culpa del autor.

Sarah Plimpton, sobre todo, me estimuló infatigablemente y fue sabia y lúcida como lectora crítica.

ANATOMÍA DEL fascismo

Para Sarah

ANATOMÍA DEL

fascismo

01
Introducción

La invención del fascismo

El fascismo fue la innovación política más importante del siglo XX y la fuente de gran parte de sus padecimientos. Las otras corrientes importantes de la cultura política occidental moderna —conservadurismo, liberalismo, socialismo— alcanzaron todas su forma madura entre finales del siglo XVIII y mediados del XIX. El fascismo, sin embargo, aún era inconcebible a finales de la década de 1890. Friedrich Engels, cuando escribe en 1895 un prefacio para su nueva edición de *La lucha de clases en Francia*, de Karl Marx, estaba convencido de que una ampliación del derecho de sufragio proporcionaría inexorablemente más votos a la izquierda. Engels estaba seguro de que el tiempo y los números estaban de parte de los socialistas. «Si eso [el crecimiento del voto socialista] continúa de este modo, a finales de este siglo [XIX] conquistaremos la mayor parte de los estratos medios de la sociedad, la pequeña burguesía y los campesinos, y nos convertiremos en el poder decisivo del país». Los conservadores, decía Engels, se habían dado cuenta de que la legalidad estaba operando en su contra. Por el contrario, «nosotros [los socialistas], bajo esta legalidad, criamos firmes músculos y rosadas mejillas y damos una impresión de vida eterna. Lo único que pueden hacer ellos [los conservadores] es quebrantar esta legalidad».[1] Engels esperaba, pues, que los enemigos de la izquierda lanzasen un ataque preventivo, pero no podía imaginar en 1895 que ese

ataque pudiese obtener un apoyo masivo. Dictadura contra la izquierda en medio del entusiasmo popular: esa sería la combinación inesperada que el fascismo conseguiría poner en pie en el breve espacio de tiempo de una generación.

Solo hubo unos cuantos atisbos premonitorios. Uno procedió de un joven e inquisitivo aristócrata francés, Alexis de Tocqueville. Aunque Tocqueville halló muchas cosas que le parecieron admirables en la visita que hizo a Estados Unidos en 1831, le pareció inquietante que el poder de la mayoría en una democracia impusiese una conformidad mediante la presión social, en ausencia de una élite social independiente.

> El género de opresión que amenaza a los pueblos democráticos no se parecerá en nada al que le precedió en el mundo; nuestros contemporáneos no hallarán su imagen en sus recuerdos. Yo mismo busco en vano una expresión que reproduzca y contenga exactamente la idea que me formo; las viejas palabras «despotismo» y «tiranía» no son adecuadas. Se trata de algo nuevo; hay que intentar, por tanto, definirlo, puesto que no lo puedo nombrar. [2]

Otra premonición es de fecha muy posterior y procede de un ingeniero francés convertido en comentarista social, Georges Sorel. Sorel criticó en 1908 a Marx por no darse cuenta de que «una revolución conseguida en tiempos de decadencia» podría «considerar un regreso al pasado o incluso la conservación social como su ideal».[3]

La palabra *fascismo*[4] tiene su raíz en el italiano *fascio*, literalmente, un haz o gavilla. La palabra evocaba, más remotamente, el latín *fasces*, un haz de varas con un hacha encajada en él que se llevaba delante de los magistrados en las procesiones públicas romanas para indicar la autoridad y la unidad del Estado. Antes de 1914, el simbolismo de los *fasces* romanos se lo había apropiado insólitamente la izquierda. Marianne, símbolo de la República francesa, solía representarse en el siglo xix portando los *fasces* para simbolizar la fuerza de la solidaridad republicana contra sus enemigos, los clericales y los aristócratas.[5] Los *fasces* aparecen expuestos de forma destacada en el Sheldonian Theatre —1664-1669— de Christopher Wren en la Universidad de Oxford. Estaban presentes en el monumento a Lincoln de Washington —1922— y en la moneda estadounidense de 25 centavos

acuñada en 1932.[6]

Los revolucionarios italianos utilizaron el término *fascio* a finales del siglo xix para evocar la solidaridad de los militantes comprometidos con la causa. Los campesinos que se sublevaron contra los terratenientes en Sicilia en 1893-1894 se autodenominaron los Fasci Siciliani. Cuando a finales de 1914 un grupo de nacionalistas de izquierdas, a los que no tardó en unirse el socialista proscrito Benito Mussolini,[7] intentaron que Italia entrase en la Primera Guerra Mundial en el bando aliado, eligieron un nombre destinado a comunicar el fervor y la solidaridad de su campaña: el Fascio Rivoluzionario d'Azione Interventista —Liga Revolucionaria de Acción Intervencionista—.[8] Al final de la Primera Guerra Mundial, Mussolini acuñó el término *fascismo* para describir el talante del pequeño grupo de exsoldados nacionalistas y revolucionarios sindicalistas[9] partidarios de la guerra que se estaba formando a su alrededor. Ni siquiera entonces tuvo el monopolio del uso de la palabra *fascio*, que siguió siendo de uso general entre los grupos militantes de diversos matices políticos.[10]

Oficialmente el Fascismo nació en Milán el domingo 23 de marzo de 1919. Esa mañana, poco más de un centenar de personas,[11] entre las que se incluían veteranos de guerra, sindicalistas que había apoyado la contienda e intelectuales futuristas,[12] amén de algunos periodistas y de simples curiosos, se reunieron en el salón de actos de la Alianza Comercial e Industrial de Milán, que domina la Piazza San Sepolcro, para «declarar la guerra al socialismo [...] porque se ha opuesto al nacionalismo».[13] Mussolini denominó entonces a su movimiento los Fasci di Combattimento, que significa, muy aproximadamente, «hermandades de combate».

El programa fascista, emitido dos meses después, era una mezcla curiosa de patriotismo de veteranos y experimento social radical, una especie de «socialismo nacional». En el aspecto nacional, pedía la materialización de los objetivos expansionistas italianos en los Balcanes y en el Mediterráneo, que acababan de verse frustrados unos meses atrás en la Conferencia de Paz de París. En el aspecto radical, proponía el sufragio femenino y el voto a partir de los 18 años de edad, la abolición de la cámara alta, la convocatoria de una asamblea constituyente que redactase una nueva Constitución para

Italia —presumiblemente sin la monarquía—, la jornada laboral de ocho horas, la participación de los trabajadores en «el manejo técnico de la industria», la «expropiación parcial de todo tipo de riqueza» a través de un gravoso impuesto progresivo sobre capital, la expropiación de ciertas propiedades de la Iglesia y la confiscación del 85% de los beneficios de guerra.[14]

El movimiento de Mussolini no se hallaba limitado al nacionalismo y a los ataques a la propiedad. Se caracterizaba claramente por la predisposición a la acción violenta, el antiintelectualismo, el rechazo de las soluciones de compromiso y el desprecio a la sociedad establecida que caracterizaban a los tres grupos que componían el grueso de sus primeros seguidores: veteranos de guerra desmovilizados, sindicalistas partidarios de la guerra e intelectuales futuristas.

Mussolini —él mismo un exsoldado que se ufanaba de sus 40 heridas[15] — aspiraba a un retorno a la actividad política como dirigente de los veteranos. Un núcleo firme de sus seguidores procedía de los Arditi, selectas unidades de comando endurecidas por la experiencia de primera línea del frente que se consideraban con derecho a regir el país que habían salvado.

Los sindicalistas partidarios de la guerra habían sido los más estrechos aliados de Mussolini en la lucha para conseguir que Italia se incorporase a la contienda en mayo de 1915. El sindicalismo era el principal rival de clase obrera del socialismo parlamentario en Europa antes de la Primera Guerra Mundial. Mientras que la mayoría de los socialistas estaban en 1914 organizados en partidos electorales que competían por los escaños del Parlamento, los sindicalistas estaban enraizados en los sindicatos. Mientras que los socialistas parlamentarios trabajaban por reformas parciales a la espera de que se produjera el proceso histórico que los marxistas predecían que dejaría anticuado el capitalismo, los sindicalistas, que desdeñaban los acuerdos de compromiso que exigía la acción parlamentaria y la adhesión de la mayoría de los socialistas a la evolución gradual, creían que podrían echar abajo el capitalismo por la fuerza de su voluntad. Concentrándose en su objetivo final revolucionario en vez de hacerlo en intereses mezquinos

del lugar de trabajo en cada rama de la actividad económica, podrían formar «un gran sindicato único» y derribar el capitalismo de una vez por todas en una gigantesca huelga general. Después del hundimiento del capitalismo, los trabajadores organizados dentro de sus «sindicatos» serían las únicas unidades operativas de producción e intercambio en una sociedad colectivista libre.[16] En mayo de 1915, mientras todos los socialistas parlamentarios italianos y la mayoría de los sindicalistas se oponían resueltamente a que Italia entrase en la Primera Guerra Mundial, unos cuantos espíritus fogosos agrupados en torno a Mussolini llegaron a la conclusión de que la guerra acercaría más a Italia a la revolución socialista que el mantenerse neutrales. Se habían convertido en los «sindicalistas nacionalistas» o «nacional sindicalistas».[17]

El tercer componente de los primeros fascistas de Mussolini eran jóvenes intelectuales y estetas antiburgueses como los futuristas. Los futuristas eran una asociación informal de artistas y escritores que secundaban los «Manifiestos Futuristas» de Filippo Tommaso Marinetti, el primero de los cuales se había publicado en París en 1909. Los seguidores de Marinetti desdeñaban la herencia cultural del pasado recogida en museos y bibliotecas y ensalzaban las cualidades liberadoras y revitalizadoras de la velocidad y la violencia. «Un automóvil corriendo a toda velocidad [...] es más bello que la Victoria de Samotracia».[18] Se habían mostrado deseosos de participar en la aventura de la guerra en 1914 y siguieron apoyando a Mussolini en 1919.

Otra corriente intelectual que proporcionó reclutas a Mussolini fue la formada por los que se mostraban críticos con los escabrosos compromisos del parlamentarismo italiano y soñaban con un «segundo Risorgimento».[19] El primer Risorgimento, según ellos, había dejado Italia en manos de una exigua oligarquía cuyos juegos políticos insulsos no se correspondían con el prestigio cultural italiano y con las ambiciones de gran potencia del país. Era hora de completar la «revolución nacional» y dar a Italia un «nuevo Estado» capaz de proporcionar la jefatura enérgica, la ciudadanía motivada y la comunidad nacional unida que Italia merecía. Muchos de estos que abogaban por un «segundo Risorgimento» escribían en la revista cultural

florentina *La Voce*, a la que Mussolini estaba suscrito y con cuyo director, Giovanni Prezzolini, mantenía correspondencia. Después de la guerra, su aprobación proporcionó respetabilidad al creciente movimiento fascista y difundió la idea de una «revolución nacional» radical entre los nacionalistas de clase media.[20]

El 15 de abril de 1919, poco después de la reunión fundacional del Fascismo en la Piazza San Sepolcro, un grupo de amigos de Mussolini entre los que figuraban Marinetti y el jefe de los Arditi, Ferruccio Vecchi, invadieron las oficinas de Milán del diario socialista *Avanti*, del que el propio Mussolini había sido director de 1912 a 1914. Destrozaron las prensas y la maquinaria. Hubo cuatro muertos, incluido un soldado, y 39 heridos.[21] El Fascismo italiano irrumpió así en la historia con un acto de violencia contra el socialismo y al mismo tiempo contra la legalidad burguesa, en nombre de un presunto interés nacional superior.

El fascismo recibió su nombre y dio sus primeros pasos en Italia. Mussolini no fue, sin embargo, ningún aventurero solitario. En la Europa de posguerra estaban surgiendo movimientos similares independientemente del Fascismo de Mussolini, pero que expresaban de todos modos la misma mezcla de nacionalismo, anticapitalismo, voluntarismo y violencia activa contra los enemigos socialistas y burgueses. (Abordaré con más detalle la amplia gama de fascismos iniciales en el capítulo 2).

Poco más de tres años después de la reunión de la Piazza San Sepolcro, el Partido Fascista de Mussolini estaba en el poder en Italia. Once años después de eso, otro partido fascista tomó el poder en Alemania.[22] Pronto en Europa e incluso en otras partes del mundo habría aspirantes a dictadores y escuadras en marcha que creían estar recorriendo el mismo camino hacia el poder que Mussolini y Hitler. Otros seis años más tarde Hitler había precipitado a Europa en una guerra que acabaría afectando a gran parte del mundo. Antes de que terminase, la humanidad había sufrido no solo las atrocidades habituales de la guerra, elevadas a una escala sin precedentes por la tecnología y la pasión, sino también un intento de extinguir a través de una matanza industrializada a todo un pueblo, su cultura e incluso su memoria.

Mucha gente sensible y culta, al ver a Mussolini, exmaestro de escuela, novelista bohemio de segunda fila y antiguo orador socialista y director de prensa del partido, y a Hitler, antiguo cabo y fallido estudiante de arte, junto con sus rufianes encamisados, a cargo de grandes potencias europeas, supusieron simplemente que «una horda de bárbaros [...] ha plantado sus tiendas dentro de la nación».[23] El novelista Thomas Mann escribía en su diario el 27 de marzo de 1933, dos meses después de que Hitler se hubiese convertido en canciller de Alemania, que había presenciado una revolución de un género nunca visto hasta entonces, «sin ideas subyacentes, contra las ideas, contra todo lo más noble, lo mejor, lo decente, contra la libertad, la verdad y la justicia». La «escoria vil» había tomado el poder, «con inmenso regocijo de las masas».[24]

El eminente filósofo-historiador italiano liberal Benedetto Croce, que estaba en el exilio interno, en Nápoles, comentó desdeñosamente que Mussolini había añadido un cuarto tipo de desgobierno, la «onagrocracia», es decir, el gobierno ejercido por asnos salvajes, a los famosos tres de Aristóteles: tiranía, oligarquía y democracia.[25] Croce llegaría más tarde a la conclusión de que el fascismo era solo un «paréntesis» en la historia italiana, el resultado temporal de la decadencia moral magnificada por los trastornos de la Primera Guerra Mundial. El historiador liberal alemán Friedrich Meinecke consideró, asimismo, después de que Hitler hubiese llevado a Alemania a la catástrofe, que el nazismo había surgido de una degeneración moral en la que técnicos superficiales e ignorantes, *Machtmenschen*, apoyados por una sociedad de masas sedienta de emociones, habían triunfado sobre humanitarios equilibrados y racionales, *Kulturmenschen*.[26] La salida, pensaban los dos, era restaurar una sociedad en la que no gobernasen «los mejores».

Otros observadores se dieron cuenta, desde el principio, de que estaba en juego algo más profundo que la ascensión casual de unos rufianes y más preciso que la decadencia del viejo orden moral. Los marxistas, primeras víctimas del fascismo, estaban acostumbrados a pensar en la historia como un gran despliegue de procesos profundos a través del choque de sistemas económicos. Antes incluso de que Mussolini hubiese consolidado

plenamente su poder, tenían lista una definición del fascismo como «el instrumento de la alta burguesía para combatir al proletariado cuando los medios legales disponibles del Estado resultasen insuficientes para someterlo».[27] En la época de Stalin, esto se endureció en una fórmula férrea que se convirtió en ortodoxia comunista durante medio siglo: «El fascismo es la dictadura terrorista y descarada de los elementos más reaccionarios, patrioteros e imperialistas del capital financiero».[28]

Aunque se propusieron a lo largo de los años muchas más interpretaciones y definiciones, ni siquiera hoy, más de ochenta años después de la reunión de San Sepolcro, ha logrado ninguna de ellas consenso universal como explicación completamente satisfactoria de un fenómeno que pareció surgir de la nada, adoptó formas múltiples y variadas, exaltó el odio y la violencia en nombre de la gloria nacional y consiguió, sin embargo, atraer a estadistas, empresarios, profesionales, artistas e intelectuales cultos y prestigiosos. Reconsideraré esas numerosas interpretaciones en el capítulo 8, después de que tengamos pleno conocimiento del tema.

Los movimientos fascistas variaron tan notoriamente de un entorno nacional a otro, además, que incluso algunos dudan de que el término *fascismo* tenga más significado que el de una palabra ofensiva. Se ha utilizado de una forma tan imprecisa que prácticamente todo el que ostenta o esgrime autoridad ha sido fascista para alguien. Los que dudan proponen que tal vez sería mejor limitarse a eliminar el término.[29]

Este libro quiere proponer una forma nueva de enfocar el fascismo que permita recuperar el concepto para un uso significativo y explicar más plenamente su atractivo, su compleja trayectoria histórica y su horror último.

Imágenes del fascismo

Todos están seguros de saber lo que es el fascismo. El fascismo, que es, de todas las formas políticas, la más deliberadamente visual, se nos presenta en gráficas imágenes primarias: un demagogo patriotero arengando a una

multitud extasiada; hileras disciplinadas de jóvenes en marcha; militantes que visten camisas de color que pegan a miembros de alguna minoría demonizada; invasiones sorpresa al amanecer; y soldados disciplinados que desfilan a través de una ciudad conquistada.

Pero algunas de estas imágenes familiares, examinadas más detenidamente, provocan errores simplistas. La imagen del dictador omnipotente personaliza el fascismo y crea la falsa impresión de que podemos entenderlo perfectamente investigando solo al dirigente. Esta imagen, que aún sigue siendo poderosa hoy, es el último triunfo de los propagandistas del fascismo. Brinda una coartada a naciones que aprobaron o toleraron a caudillos fascistas y desvía la atención de las personas, los grupos y las instituciones que les ayudaron. Necesitamos un modelo más sutil del fascismo que explore la interacción entre Caudillo y Nación y entre Partido y Sociedad civil.

La imagen de multitudes cantando alimenta el supuesto de que algunos pueblos europeos eran por naturaleza proclives al fascismo y que reaccionaron entusiásticamente a él debido al carácter nacional. El corolario de esta imagen es la creencia petulante de que la historia defectuosa de ciertas naciones generó el fascismo.[30] Esto se convierte fácilmente en una coartada para las naciones espectadoras: aquí no podría haber sucedido. Más allá de estas imágenes familiares, en una inspección más detenida, la realidad fascista resulta aún más compleja. Por ejemplo, el régimen que inventó la palabra *fascismo* —la Italia de Mussolini— mostró pocos indicios de antisemitismo hasta dieciséis años después de su llegada al poder. De hecho, Mussolini contó con patrocinadores judíos entre los industriales y los grandes terratenientes que le ayudaron económicamente al principio.[31] Tenía amigos íntimos judíos como el militante del Partido Fascista Aldo Finzi, y una amante judía, la escritora Margherita Sarfatti, autora de su primera biografía autorizada.[32] En la Marcha sobre Roma participaron unos 200 judíos.[33] Sin embargo, el Gobierno francés colaboracionista de Vichy —1940-1944— del mariscal Pétain era agresivamente antisemita, mientras que en otros aspectos se le considera más bien autoritario,[34] en vez de fascista, como veremos en el capítulo 8.

Resulta, por tanto, problemático considerar que un antisemitismo exacerbado sea la esencia del fascismo.[35]

Otro supuesto rasgo esencial del fascismo es su talante anticapitalista y antiburgués. Los primeros movimientos fascistas pregonaban su desprecio a los valores burgueses y a los que solo querían «ganar dinero, dinero, sucio dinero».[36] Denostaban el «capitalismo financiero internacional» casi tan ruidosamente como a los socialistas. Prometían incluso expropiar a los propietarios de los grandes almacenes para apoyar a los pequeños comerciantes y artesanos patriotas, y a los grandes terratenientes en favor de los campesinos.[37]

Pero cuando los partidos fascistas adquirieron poder, no hicieron nada por cumplir estas amenazas anticapitalistas. Cumplieron, sin embargo, con la máxima violencia y minuciosidad sus amenazas contra el socialismo. Las luchas callejeras por el territorio con jóvenes comunistas figuraron entre sus imágenes propagandísticas más poderosas.[38] Una vez en el poder, los regímenes fascistas prohibieron las huelgas, disolvieron los sindicatos independientes, redujeron el poder de compra de los asalariados y financiaron generosamente las industrias de armamento, para inmensa satisfacción de los empresarios. Los investigadores, ante estos conflictos entre palabras y actuaciones respecto al capitalismo, han sacado conclusiones opuestas. Algunos, tomando las palabras literalmente, consideraron el fascismo una forma de anticapitalismo radical.[39] Otros, y no solo los marxistas, adoptan la posición diametralmente opuesta de que los fascistas vinieron a ayudar al capitalismo en dificultades y apuntalaron con medidas de emergencia el sistema existente de jerarquía social y distribución de la propiedad.

Este libro adopta la posición de que lo que los fascistas *hicieron* nos cuenta como mínimo tanto como lo que *dijeron*. Lo que dijeron no puede ignorarse, por supuesto, porque ayuda a explicar su atractivo. Pero, incluso en su aspecto más radical, la retórica anticapitalista de los fascistas era selectiva. Aunque atacasen a las finanzas internacionales especulativas —junto con todas las demás formas de internacionalismo, cosmopolitismo o globalización, tanto capitalistas como socialistas—, respetaban la propiedad

de los productores nacionales, que debían formar la base social de la nación revitalizada.[40] Cuando atacaban a la burguesía, lo hacían porque era demasiado débil e individualista para hacer una nación fuerte, no por robar a los trabajadores el valor que estos añadían. Lo que ellos criticaban del capitalismo no era la explotación, sino su materialismo, su indiferencia hacia la nación, su incapacidad para conmover el espíritu.[41] A un nivel más profundo, los fascistas rechazaban la idea de que las fuerzas económicas fuesen el motor primordial de la historia. Para los fascistas, el capitalismo disfuncional del periodo de entreguerras no necesitaba una reordenación básica; sus males podrían curarse simplemente aplicando voluntad política suficiente para alcanzar el pleno empleo y la productividad plena.[42] Los regímenes fascistas, una vez en el poder, solo confiscaron propiedades de adversarios políticos, extranjeros o judíos. No modificaron en ningún caso la jerarquía social, salvo para catapultar hasta posiciones elevadas a unos cuantos aventureros. Sustituyeron, como máximo, las fuerzas del mercado por la administración económica estatal, pero, en plena Gran Depresión, la mayoría de los hombres de negocios aprobaron inicialmente eso. Si el fascismo fue «revolucionario», lo fue en un sentido especial, muy alejado del significado de la palabra tal como solía entenderse desde 1789 a 1917, como una profunda transformación del orden social y la redistribución del poder social, político y económico.

Pero el fascismo en el poder efectuó algunos cambios lo suficientemente profundos para calificarse de «revolucionarios», si estamos dispuestos a dar a esa palabra un significado diferente. El fascismo, en su más pleno desarrollo, rediseñó las fronteras entre lo público y lo privado, reduciendo notoriamente lo que antes había sido intocablemente privado. Modificó el ejercicio de la ciudadanía, que pasó del goce de derechos y deberes constitucionales a la participación en ceremonias multitudinarias de afirmación y conformidad. Reconfiguró las relaciones entre el individuo y la colectividad, de manera que el individuo no tenía ningún derecho fuera de los intereses de la comunidad. Amplió los poderes del ejecutivo —partido y Estado— con el propósito de conseguir un control total. Finalmente, liberó emociones agresivas que hasta entonces solo se conocían

en Europa en situaciones de guerra o de revolución social. Estas transformaciones enfrentaron a menudo a los fascistas con los conservadores, arraigados en las familias, las iglesias, el rango social y la propiedad. Veremos más adelante,[43] cuando examinemos con más detalle la compleja relación de complicidad, adaptación y esporádica oposición que vinculó a los capitalistas con los fascistas en el poder, que no se puede considerar el fascismo simplemente una forma más musculosa de conservadurismo, aunque mantuviese el régimen existente de propiedad y de jerarquía social.

Resulta difícil emplazar el fascismo en el mapa político izquierda-derecha familiar. ¿Lo sabían los propios dirigentes fascistas, al principio? Cuando Mussolini convocó a sus amigos en la Piazza San Sepolcro en marzo de 1919, no estaba del todo claro si lo que se proponía era competir con sus antiguos colegas del Partido Socialista Italiano en la izquierda o atacarles frontalmente desde la derecha. ¿Dónde se puede emplazar, dentro del espectro político italiano, lo que aún se llama a veces «nacionalsindicalismo»?[44] En realidad, el fascismo conservó siempre esa ambigüedad.

Pero los fascistas eran claros en una cosa: ellos no estaban en el centro. El desprecio que inspiraba a los fascistas el centro blando, complaciente y dispuesto a llegar a soluciones de compromiso era absoluto —aunque los partidos fascistas que buscaban activamente el poder necesitasen hacer causa común con élites centristas, contra sus enemigos de la izquierda—. Su desprecio al parlamentarismo liberal y al flojo individualismo burgués y el tono radical de sus remedios a la debilidad y la desunión desentonaban siempre con su predisposición a establecer alianzas prácticas con los conservadores nacionalistas contra la izquierda internacionalista. La reacción fascista básica ante el mapa político izquierda-derecha era proclamar que lo habían dejado obsoleto al ser «ni derecha ni izquierda», trascendiendo esas divisiones anticuadas y uniendo a la nación.

Otra contradicción entre la retórica fascista y la práctica fascista es la relacionada con la modernización: el cambio de lo rural a lo urbano, de la artesanía a la industria, la división del trabajo, las sociedades laicas y la

racionalización tecnológica. Los fascistas solían maldecir las ciudades sin rostro y la secularización materialista y exaltaban una utopía agraria libre del desarraigo, el conflicto y la inmoralidad de la vida urbana.[45] Sin embargo a los dirigentes fascistas les encantaban sus coches rápidos[46] y sus aviones,[47] y difundían su mensaje valiéndose de técnicas de propaganda y de puesta en escena asombrosamente al día. Una vez en el poder, aceleraron el ritmo de la producción industrial para rearmarse. Se hace por ello difícil emplazar la esencia del fascismo únicamente en la reacción antimoderna[48] o en la dictadura modernizante.[49]

El mejor medio de hallar una solución es no establecer opuestos binarios, sino seguir la relación entre modernidad y fascismo a través de su complejo curso histórico. Esa relación difirió espectacularmente en sus diferentes etapas. Los primeros movimientos fascistas explotaron las protestas de las víctimas de la industrialización rápida y de la globalización, de los que perdían con la modernización, valiéndose para ello, por supuesto, de las técnicas y estilos más modernos de propaganda.[50] Al mismo tiempo, un número asombroso de intelectuales «modernistas» consideraron emotiva y estéticamente agradable la combinación que hacía el fascismo del «enfoque» de la alta tecnología con los ataques a la sociedad moderna, junto con su desprecio del gusto burgués convencional.[51] Más tarde, una vez en el poder, los regímenes fascistas eligieron resueltamente el camino de la concentración industrial y la productividad, las autopistas[52] y el armamento. La urgencia de rearmarse y de desencadenar una guerra de expansión dejó muy pronto a un lado el sueño de un paraíso para los campesinos y artesanos emprendedores que habían constituido la primera base de masas de los inicios del movimiento, dejando solo unos cuantos albergues juveniles de tejado de paja, los *Lederhosen* de fin de semana de Hitler y las fotografías de Mussolini a pecho descubierto para la recolección del grano como símbolos del ruralismo nostálgico inicial.[53]

Solo siguiendo todo el itinerario fascista podemos aclarar la ambigua relación entre fascismo y modernidad que tanto atribula a los que buscan una sola esencia fascista. Algunos individuos siguieron ese itinerario en su propia trayectoria personal. Albert Speer ingresó en el partido en enero de

1931 como el discípulo de Heinrich Tessenow en el Instituto de Tecnología de Berlín-Charlottenburg, que era «no moderno, pero en un cierto sentido más moderno que los otros» por su fe en una arquitectura simple y orgánica.[54] Continuó en él después de 1933 hasta convertirse en el diseñador de grandes proyectos urbanos para Hitler, y acabaría a cargo entre 1942 y 1945 del potencial económico alemán como ministro de Armamento. Pero lo que los regímenes fascistas buscaban era una modernidad alternativa: una sociedad técnicamente avanzada en la que los poderes de integración y control del fascismo suavizasen las tensiones y las divisiones de la modernidad.[55]

Muchos han visto en la radicalización final del periodo de guerra del fascismo —el asesinato de los judíos— un rechazo de la racionalidad moderna y una vuelta a la barbarie.[56] Pero es factible interpretarla como la modernidad alternativa del fascismo desmandada. Como «limpieza racial» nazi edificada sobre los impulsos purificadores de la medicina y la sanidad pública del siglo xx, el anhelo de los eugenetistas de eliminar a los impuros e inadaptados,[57] la estética del cuerpo perfecto y la racionalidad científica que rechazaba los criterios morales considerados irrelevantes.[58] Se ha dicho que los anticuados pogromos habrían tardado doscientos años e incluso más en conseguir lo que consiguió la tecnología avanzada en solo tres años de Holocausto.[59]

La compleja relación entre el fascismo y la modernidad no se puede aclarar de golpe y con un simple sí o no. Hay que rastrearla en el proceso histórico de la adquisición y el ejercicio del poder por el fascismo.[60] La obra más satisfactoria sobre esta cuestión muestra cómo se canalizaron y neutralizaron paso a paso los resentimientos antimodernizantes en una legislación específica por medio de fuerzas intelectuales y pragmáticas más poderosas que actuaban al servicio de una modernidad alternativa.[61] Para poder entenderlo claramente tenemos que estudiar todo el itinerario fascista, como elaboró el fascismo su práctica en la acción.

Otro problema que plantean las imágenes convencionales del fascismo es que se centran en momentos sumamente dramáticos del itinerario fascista —la Marcha sobre Roma, el incendio del Reichstag, la *Kristallnacht*— y

omiten la sólida textura de la experiencia cotidiana y la complicidad de la gente ordinaria en la entronización y el funcionamiento de los regímenes fascistas. Los movimientos fascistas solo podían desarrollarse con la ayuda de gente ordinaria, de gente incluso convencionalmente buena. Los fascistas nunca podrían haber llegado al poder sin la aquiescencia o incluso la aceptación activa de las élites tradicionales, de jefes de Estado, dirigentes de partidos, altos funcionarios del Gobierno, a muchos de los cuales les inspiraban una repugnancia desdeñosa las groserías de los militantes fascistas. Los excesos del fascismo en el poder exigieron también amplia complicidad entre los miembros del orden establecido: magistrados, funcionarios de policía, oficiales del Ejército, hombres de negocios. Para entender plenamente cómo funcionaban los regímenes fascistas, debemos profundizar hasta el nivel de la gente ordinaria y examinar las elecciones banales que hicieron en su rutina diaria. Efectuar esas elecciones significó aceptar un aparente mal menor o apartar la vista de algunos excesos que no parecían demasiado dañosos a corto plazo, incluso aceptables parcialmente, pero que acumulados significaban resultados finales monstruosos.

Consideremos, por ejemplo, las reacciones de los alemanes ordinarios a los acontecimientos de la *Kristallnacht* —Noche de los Cristales Rotos—. Durante la noche del 9 de noviembre de 1938 militantes del Partido Nazi, incitados por un discurso incendiario a los jefes del partido del ministro de Propaganda nazi Joseph Goebbels, y como reacción al asesinato de un diplomático alemán en París por un joven judío polaco enfurecido por la reciente expulsión de Alemania de sus padres inmigrantes, irrumpieron arrasándolo todo en las comunidades judías de Alemania. Quemaron centenares de sinagogas, destrozaron más de 7.000 tiendas judías, deportaron a unos 20.000 judíos a campos de concentración y mataron directamente a 91 de ellos. Se impuso colectivamente a los judíos de Alemania una multa de mil millones de marcos, y el Gobierno alemán confiscó las indemnizaciones de los seguros para compensar los daños accidentales causados a propiedades no judías. Está claro ya que muchos alemanes ordinarios se indignaron por las brutalidades que tenían lugar al pie de sus ventanas.[62] Pero ese rechazo generalizado fue transitorio y no

tuvo efectos duraderos. ¿Por qué no hubo ninguna demanda ni ninguna investigación judicial o administrativa, por ejemplo? Si podemos entender por qué no actuaron el sistema judicial ni las autoridades civiles y religiosas o la oposición ciudadana para poner freno a Hitler en noviembre de 1938, habremos empezado a entender los círculos más amplios de aquiescencia individual e institucional dentro de los cuales una minoría militante era capaz de liberarse lo suficiente de impedimentos limitadores como para poder realizar un genocidio en un país hasta entonces civilizado y refinado.

Se trata de preguntas difíciles de contestar y que nos llevan mucho más allá de las simples imágenes de un caudillo solitario y de unas multitudes vitoreantes. Nos revelan también algo sobre las dificultades que plantea la búsqueda de una esencia única, el famoso «mínimo fascista», que se supone que nos permite formular una definición general clara del fascismo.

Las definiciones son intrínsecamente limitadoras. Enmarcan un cuadro estático de algo que se apreciará mejor en movimiento y retratan como «estatuaria congelada»[63] algo que se comprende mejor como un proceso. Sucumben demasiado a menudo a la tentación del intelectual de considerar constitutivas declaraciones programáticas e identificar el fascismo más con lo que decía que con lo que hacía. La búsqueda de la definición perfecta, reduciendo el fascismo a una frase cada vez más delicadamente afinada, da la impresión de que bloquea cuestiones relacionadas con los orígenes y la trayectoria del desarrollo fascista en vez de aclararlas. Es un poco como contemplar las figuras de cera de Madame Tussaud en vez de las personas reales, o pájaros colocados en una caja de cristal en vez de vivos en su hábitat.

Por supuesto, el fascismo no debería analizarse sin llegar, en determinado punto del debate, a un concepto aceptado de lo que es. Este libro se propone llegar a ese concepto al final de su investigación, en vez de empezar con uno. Me propongo dejar a un lado por ahora el imperativo de la definición y examinar en acción una serie básica de movimientos y regímenes considerados generalmente fascistas —con un predominio en nuestro recorrido de Italia y Alemania—. Examinaré su trayectoria histórica como una serie de procesos que van desarrollándose a lo largo del tiempo, en vez

de como la expresión de una presencia fijada.[64] Empezamos, pues, con una estrategia en vez de con una definición.

Estrategias

Las discrepancias sobre cómo interpretar el fascismo giran en torno a estrategias intelectuales profundamente distintas. ¿Qué partes del elefante deberíamos en concreto examinar? ¿Adónde deberíamos mirar, en la experiencia americana y europea moderna, para hallar las primeras semillas del fascismo y verlas germinar? ¿En qué clase de circunstancias creció el fascismo más lozano? ¿Y qué partes en concreto de la experiencia fascista —sus orígenes, su crecimiento, su conducta una vez en el poder— permiten ver con mayor claridad la naturaleza de este complejo fenómeno?

La mayoría de la gente, si se le preguntase qué es el fascismo, contestaría sin vacilar: «El fascismo es una ideología».[65] Los propios dirigentes fascistas decían siempre, insistentemente, que eran profetas de una idea, a diferencia de los socialistas y los liberales materialistas. Hitler hablaba sin cesar de una *Weltanschauung*, o «visión del mundo», una expresión incómoda hacia la que consiguió atraer la atención del mundo entero. Mussolini alardeó del poder del credo fascista.[66] Según este enfoque, un fascista es alguien que abraza la ideología fascista y una ideología es algo más que simples ideas, un sistema total de pensamiento incorporado a un proyecto de ordenación del mundo.[67] Se ha convertido casi en algo automático centrar un libro sobre el fascismo en los pensadores que primero agruparon las actitudes y pautas de pensamiento que ahora llamamos fascistas.

Parecería deducirse de esto que deberíamos «empezar por examinar los programas, las doctrinas y la propaganda de algunos de los principales movimientos fascistas y pasar luego a la actuación y las políticas concretas de los dos únicos regímenes fascistas dignos de atención».[68] Poner los programas primero se apoya en el supuesto tácito de que el fascismo fue un «ismo» como los otros grandes sistemas políticos del mundo moderno:

conservadurismo, liberalismo, socialismo. Este supuesto, que suele darse por descontado, merece un análisis.

Los otros «ismos» se crearon en un periodo en el que la política era un asunto de caballeros, que se desarrollaba a través de un debate parlamentario docto y prolongado entre hombres instruidos que apelaban a razones y sentimientos mutuos. Los «ismos» clásicos se apoyaban en sistemas filosóficos coherentes expuestos en las obras de pensadores sistemáticos. Parece muy natural explicarlos examinando sus programas y la filosofía que los sustenta.

El fascismo, por el contrario, fue una invención nueva creada concretamente para la era de la política de masas. Pretendía apelar sobre todo a las emociones mediante el uso de ceremonias rituales cuidadosamente orquestadas y cargadas de una intensa retórica. La función que tenían en él los programas y la doctrina es, cuando se examina más de cerca, fundamentalmente distinta a la que tenían en el conservadurismo, el liberalismo y el socialismo. El fascismo no se apoya explícitamente en un sistema filosófico elaborado, sino más bien en sentimientos populares sobre razas dominantes, su suerte injusta y su derecho a imponerse a pueblos inferiores. No le ha proporcionado soportes intelectuales ningún constructor de sistemas, como Marx, ni tampoco una inteligencia crítica importante, como Mill, Burke o Tocqueville.[69]

La veracidad del fascismo no se basa en la de ninguna de las proposiciones expuestas en su nombre, lo que le hace completamente diferente de los «ismos» clásicos. El fascismo es «verdad» en la medida en que ayuda a que se cumpla el destino de una raza elegida o una sangre o un pueblo, enzarzado con otros en una lucha darwiniana, y no por una razón abstracta y universal. Los primeros fascistas fueron absolutamente francos en eso.

> Nosotros [los fascistas] no creemos que la ideología sea un problema que se resuelva de manera que la verdad esté sentada en un trono. Pero, entonces, ¿luchar por una ideología significa luchar por meras apariencias? Sin duda, salvo que se considere según su valor psicológico-histórico eficaz y único. La verdad de una ideología estriba en su capacidad para poner en movimiento nuestra capacidad para los ideales y para la acción. Su verdad es absoluta en la medida en que, viviendo dentro de nosotros, baste para agotar esas

capacidades.[70]

La verdad era lo que permitiese al nuevo hombre —y mujer— fascista dominar a otros y lo que hiciese triunfar al pueblo elegido.

El fascismo se apoyaba no en la veracidad de su doctrina, sino en la unión mística del caudillo con el destino histórico de su pueblo, una concepción relacionada con ideas románticas de florecimiento histórico nacional y de genio artístico o espiritual individual, aunque el fascismo rechazase, por otra parte, la exaltación que el Romanticismo hacía de la creatividad personal sin trabas.[71] El caudillo fascista quería llevar a su pueblo a un reino superior de la política que experimentaría sensualmente: la calidez de la pertenencia a una raza plenamente consciente ya de su identidad, su destino histórico y su poder; la emoción de participar en una gran empresa colectiva; el gozo de sumergirse en una oleada de sentimientos compartidos y de sacrificar los mezquinos intereses propios por el bien del grupo, y la emoción del dominio. La sustitución deliberada por parte del fascismo del debate razonado por la experiencia sensual inmediata transformó la política, como el crítico cultural alemán exiliado Walter Benjamin fue el primero en señalar, en la estética. Y la experiencia estética fascista definitiva, previno Benjamin en 1936, era la guerra.[72]

Los dirigentes fascistas no ocultaban el hecho de que carecían de programa. Mussolini se regocijó de esa carencia. «Los Fasci de Combattimento», escribió en los «Postulados del Programa Fascista» de mayo de 1920, «no se sienten atados a ninguna forma doctrinal concreta».[73] Unos cuantos meses antes de que se convirtiese en primer ministro de Italia, respondió truculentamente a un crítico que quería saber cuál era su programa: «¿Los demócratas quieren conocer nuestro programa? Es romperles los huesos a los demócratas de *Il Mondo*. Y cuanto antes mejor».[74] «El puño», afirmó un militante fascista en 1920, «es la síntesis de nuestra teoría».[75] A Mussolini le gustaba proclamar que la definición del fascismo era él. Lo que necesitaba un pueblo moderno era la voluntad y el caudillaje de un *Duce*, no una doctrina. Solo en 1932, cuando llevaba ya diez años en el poder, y cuando quería «normalizar» su régimen, expuso

Mussolini la doctrina fascista, en un artículo —que era en parte, además, del filósofo Giovanni Gentile— para la nueva Enciclopedia Italiana.[76] Lo primero era el poder, la doctrina venía después. Hannah Arendt comentó que Mussolini «probablemente fuese el primer jefe de partido que rechazó conscientemente un programa oficial y lo sustituyó solo por la jefatura inspirada y la acción».[77]

Hitler presentó un programa —los 25 Puntos de febrero de 1920—, pero lo proclamó inmutable, haciendo caso omiso al mismo tiempo de muchas de sus disposiciones. Aunque se celebraban sus aniversarios, fue, más que una guía de actuación, una señal de que había cesado el debate dentro del partido. Hitler, en su primera alocución pública como canciller, ridiculizó a los que decían: «Muéstranos los detalles de tu programa. Me he negado siempre a presentarme ante este *Volk* para hacer promesas baratas».[78]

De esta relación especial del fascismo con la doctrina se derivaron varias consecuencias. Lo que contaba era el celo resuelto de los fieles, más que su asentimiento razonado.[79] Los programas eran despreocupadamente fluidos. La relación entre los intelectuales y un movimiento que desdeñaba el pensamiento era aún más embarazosa que las relaciones notoriamente espinosas de los compañeros de viaje intelectuales con el comunismo. Muchos intelectuales asociados con los primeros tiempos del fascismo lo abandonaron e incluso pasaron a la oposición cuando los movimientos fascistas triunfantes llegaron a los acuerdos de compromiso necesarios para conseguir aliados y poder, o, en otros casos, cuando revelaron su brutal antiintelectualismo. Nos encontraremos con algunos de esos intelectuales desertores a lo largo del texto.

La instrumentalización radical de la verdad por parte del fascismo explica por qué los fascistas no se molestaron nunca en exponer una casuística cuando cambiaron su programa, como hicieron a menudo y sin el menor reparo. Stalin se consideraba obligado a demostrar por escrito que sus directrices políticas se atenían a los principios expuestos por Marx y Lenin; Hitler y Mussolini nunca se molestaron en dar justificaciones teóricas de ningún género. *Das Blut* o *la razza* determinaban quién tenía razón. Eso no significa, sin embargo, que las raíces ideológicas de los movimientos

fascistas iniciales no sean importantes. Necesitamos determinar exactamente lo que la historia intelectual y cultural de los fundadores pueda contribuir a la comprensión del fascismo y lo que no.

Los intelectuales de los primeros tiempos ejercieron varios tipos de influencias importantes. En primer lugar, ayudaron a crear un espacio para los movimientos fascistas debilitando la vinculación de la élite a los valores de la Ilustración, hasta entonces aceptados y aplicados de forma muy generalizada en el marco concreto del gobierno constitucional y de la sociedad liberal. Los intelectuales hicieron posible además imaginar el fascismo. Lo que dijo Roger Chartier sobre la preparación cultural como la «causa» de la Revolución francesa es perfectamente aplicable también a la historia del fascismo: «Atribuir "orígenes culturales" a la Revolución francesa no significa en absoluto establecer las causas de la Revolución; indica, más bien, algunas de las condiciones que la hicieron posible porque era concebible».[80] Finalmente, los intelectuales ayudaron a efectuar un cambio emotivo sísmico en el que la izquierda no era ya el único recurso para los descontentos y para los embriagados por el sueño del cambio.

Los puntales ideológicos del fascismo volvieron a resultar decisivos en las etapas finales, como guía y acompañamiento de la radicalización del periodo bélico. Cuando el núcleo duro fascista se independizó de sus aliados conservadores en el frente de combate o en el territorio enemigo ocupado, sus odios raciales y su desprecio por los valores liberales o humanistas se reafirmaron en los campos de exterminio de Libia, Etiopía, Polonia y la Unión Soviética.[81]

Aunque el estudio de la ideología fascista ayuda a aclarar inicios y finales, es de mucha menos ayuda para entender los periodos intermedios del ciclo fascista. Los dirigentes fascistas, para poder convertirse en agentes políticos importantes, para ganar poder y para ejercerlo, se dedicaron a concertar alianzas y a llegar a acuerdos políticos, dejando a un lado con ello partes de su programa y aceptando la defección o la marginación de sus militantes iniciales. Examinaré esa cuestión más detenidamente en los capítulos 3 y 4.

Ninguna estrategia sólida para estudiar el fascismo puede dejar de examinar todo el marco en el que se formó y creció. Algunos tratamientos

del fascismo empiezan con la crisis para la que el fascismo era una respuesta, corriendo el riesgo de convertir la crisis en una causa. Según los marxistas, fue una crisis del capitalismo la que dio origen al fascismo. Los capitalistas, al no poder asegurarse mercados en constante expansión, acceso cada vez mayor a materias primas y una mano de obra barata siempre disponible mediante el uso normal de los regímenes constitucionales y los mercados libres, se vieron obligados, dicen los marxistas, a buscar algún nuevo medio de lograr esos fines por la fuerza.

Otros consideran que la crisis fundacional fue la incapacidad de la sociedad y el Estado liberal —en el sentido de *laissez-faire* del liberalismo vigente en aquella época— para afrontar los retos que se plantearon después de 1914. Las guerras y las revoluciones crearon problemas que el Parlamento y el mercado —las principales soluciones liberales— parecían incapaces de resolver: las perturbaciones de las economías dirigidas de época de guerra y el paro generalizado tras la desmovilización; la inflación galopante; el aumento de las tensiones sociales y una corriente favorable a la revolución social; la ampliación del voto a masas de ciudadanos escasamente ilustrados sin ninguna experiencia de responsabilidad cívica; pasiones exaltadas por la propaganda de época de guerra; trastornos en el comercio internacional y el cambio por las deudas de guerra y por las fluctuaciones monetarias. El fascismo propuso nuevas soluciones para estos retos. Examinaré esa cuestión crucial con más detalle en el capítulo 3.

Los fascistas odiaban a los liberales tanto como a los socialistas, pero por razones diferentes. Para los fascistas, la izquierda socialista e internacionalista era el enemigo y los liberales eran los cómplices del enemigo. Con su gobierno no intervencionista, su confianza en la discusión abierta, su débil control sobre la opinión de las masas y su renuencia al uso de la fuerza, los liberales eran, en opinión de los fascistas, guardianes culpables e incompetentes de la nación frente a la lucha de clases desencadenada por los socialistas. En cuanto a los propios asediados liberales de clase media, temerosos de una izquierda en ascenso, desconocedores del secreto de lo que atraía a las masas, enfrentados a las desagradables alternativas que les ofrecía el siglo xx, se mostraron a veces

tan dispuestos a cooperar con los fascistas como los conservadores.

Toda estrategia para intentar comprender el fascismo debe tener en cuenta la amplia diversidad de sus ejemplos nacionales. La cuestión importante aquí es si los fascismos son más dispares que los otros «ismos».

Este libro adopta la posición de que lo son, porque rechazan cualquier valor universal que no sea el éxito de pueblos elegidos en una lucha darwiniana por la supremacía. La comunidad va por delante de la humanidad en los valores fascistas y servir al destino del *Volk* o la *razza* está por encima del respeto a los derechos individuales o al procedimiento debido.[82] Por tanto, cada movimiento fascista nacional individual da plena expresión a su propio particularismo cultural. El fascismo, a diferencia de los otros «ismos», no es para la exportación: cada movimiento guarda celosamente su propia receta para el resurgir nacional y los dirigentes fascistas parecen sentir poco parentesco, o ninguno, con sus primos extranjeros. Ha resultado imposible conseguir que funcionase una «internacional» fascista.[83]

En vez de mesarnos los cabellos desesperados ante las disparidades radicales del fascismo, convirtamos la necesidad en virtud. Porque la variedad invita a la comparación. Son precisamente las diferencias que separan al nazismo de Hitler del fascismo de Mussolini, y a ambos de, por ejemplo, el mesianismo religioso de la Legión del Arcángel Miguel de Corneliu Codreanu en Rumanía, las que dan pie a la comparación. La comparación, como nos recuerda Marc Bloch, es lo más útil para dilucidar diferencias.[84] Yo utilizo de ese modo la comparación. No me esforzaré por hallar similitudes, por decidir si un régimen se ajusta a la definición de alguna esencia fascista. Ese género de taxonomía, tan extendido en la literatura sobre el fascismo, no lleva muy lejos. En vez de eso, buscaré con la mayor precisión posible las razones que hay detrás de los resultados dispares. Movimientos que se autodenominaron fascistas o que se configuraron deliberadamente a imitación de Mussolini existieron en todos los países europeos después de la Primera Guerra Mundial y, en algunos casos, fuera del mundo occidental. ¿Por qué tuvieron resultados tan diferentes en sociedades diferentes movimientos de inspiración similar? La

comparación utilizada de este modo será una estrategia básica en esta obra.

¿Hacia dónde vamos a partir de aquí?

Ante la gran variedad de fascismos y el carácter esquivo del «mínimo fascista», ha habido tres tipos de reacción. Como vimos al principio, algunos investigadores, exasperados por la imprecisión del término *fascismo* en el uso común, niegan que tenga algún significado útil. Han propuesto seriamente limitarlo al caso particular de Mussolini.[85] Si siguiésemos su consejo, llamaríamos al régimen de Hitler *nazismo*; al régimen de Mussolini, *fascismo*, y a cada uno de los otros movimientos emparentados, por su propio nombre. Trataríamos cada uno de ellos como un fenómeno diferenciado.

Este libro rechaza semejante nominalismo. El término *fascismo* ha de rescatarse del uso impreciso, no desecharse a causa de él. Sigue siendo indispensable. Necesitamos un término genérico para lo que es, en realidad, un fenómeno general, la novedad política más importante del siglo xx: un movimiento popular contra la izquierda y contra el individualismo liberal. Es considerando el fascismo cómo con mayor claridad se aprecia lo que diferencia al siglo xx del siglo xix, y lo que debe evitar el siglo xxi.

La amplia variedad que se da en los fascismos, que ya hemos comentado, no es ninguna razón para abandonar el término. No dudamos de la utilidad de *comunismo* como término genérico debido a que sus manifestaciones sean profundamente diferentes en, por ejemplo, Rusia, Italia y Camboya. Ni desechamos el término *liberalismo* porque las políticas liberales adopten formas dispares en la Inglaterra victoriana lectora de la Biblia y partidaria del libre comercio, en la Francia proteccionista y anticlerical de la Tercera República o en el Reich alemán agresivamente unido de Bismarck. De hecho *liberalismo* sería un candidato mejor aún a la abolición que *fascismo*, ahora que los estadounidenses consideran a los «liberales» la extrema izquierda, mientras que los europeos llaman «liberales» a los que abogan por un mercado libre de *laissez-faire* sin intervencionismo, como Margaret

Thatcher, Ronald Reagan y George W. Bush. Ni siquiera el fascismo llega a ser tan equívoco como eso.

Una segunda propuesta ha sido aceptar la variedad del fascismo y recopilar un estudio enciclopédico de sus muchas formas.[86] La descripción enciclopédica proporciona detalles ilustrativos y fascinantes, pero nos deja con algo que recuerda a un bestiario medieval, con sus grabados de cada criatura, clasificadas por apariencias externas, fijadas contra un fondo estilizado de ramas o de rocas.

Un tercer enfoque afronta la variedad construyendo un «tipo ideal» que no se ajusta exactamente a ningún caso, pero nos permite postular una especie de «esencia» representativa. La definición concisa reciente del fascismo como un «tipo ideal» que cuenta con una aceptación más generalizada es la del investigador inglés Roger Griffin: «Fascismo es un tipo de ideología política cuyo núcleo mítico en sus diversas permutaciones es una forma palingenésica de ultranacionalismo populista».[87]

Este libro se propone dejar a un lado, por el momento, tanto el bestiario como la esencia. Nos condenan a una visión estática y a una perspectiva que conduce a considerar el fascismo en un estado de aislamiento. Observemos, en vez de eso, al fascismo en acción, desde sus inicios a su cataclismo final, dentro de la red compleja de interacción que forma con la sociedad. Los ciudadanos ordinarios y los titulares del poder político, social, cultural y económico que ayudaron al fascismo, o no se opusieron a él, pertenecen a la historia. Cuando hayamos terminado, puede que nos hallemos en mejores condiciones para formular una definición apropiada del fascismo.

Necesitaremos tener una idea clara de los dos socios de coalición principales del fascismo, los liberales y los conservadores. Utilizo en este libro *liberalismo* en su sentido original, el significado vigente en la época en que surgió el fascismo en su contra, en vez del uso estadounidense actual ya comentado. Los liberales europeos de principios del siglo xx se estaban aferrando a lo que había sido progresista un siglo atrás, cuando estaba aún asentándose el polvo de la Revolución francesa. A diferencia de los conservadores, aceptaban los objetivos de libertad, igualdad y fraternidad

de la revolución, pero los aplicaban de formas aceptables para una clase media ilustrada. Los liberales clásicos interpretaban la libertad como libertad personal individual, preferían el gobierno constitucional limitado y una economía de *laissez-faire* a cualquier tipo de intervención estatal, fuese mercantilista, como a principios del siglo xix, o socialista, como más tarde. La igualdad la entendían como oportunidad hecha accesible al talento por la educación; aceptaban la desigualdad del logro y, por tanto, del poder y la riqueza. Consideraban que la fraternidad era la condición normal de los hombres libres —y tendían a considerar los asuntos públicos como asuntos de los hombres—, por lo que no había ninguna necesidad de un refuerzo artificial, ya que los intereses económicos eran armoniosos por naturaleza y la verdad afloraría en un mercado libre de las ideas. Es en ese sentido en el que utilizo yo el término *liberal* en este libro, y nunca en su significado estadounidense actual de «extrema izquierda». Los conservadores querían orden, tranquilidad y las jerarquías heredadas de riqueza y nacimiento. Les inspiraba la misma aversión el entusiasmo de las masas fascistas que el tipo de poder total que los fascistas querían conseguir. Lo que ellos deseaban era obediencia y respeto, no una movilización popular peligrosa, y querían limitar las tareas del Estado a las funciones de un «vigilante nocturno» que mantendría el orden mientras las élites tradicionales gobernaban a través de la propiedad, las Iglesias, los Ejércitos y la influencia social heredada.[88]

Los conservadores europeos, en términos más generales, aún seguían rechazando en 1930 los principios básicos de la Revolución francesa, preferían la autoridad a la libertad, la jerarquía a la igualdad y el respeto a la fraternidad. Aunque muchos de ellos pudiesen considerar útiles a los fascistas, esenciales incluso, en su lucha por la supervivencia contra los liberales dominantes y una izquierda en ascenso, algunos sabían muy bien que sus aliados fascistas tenían un programa distinto y les consideraban unos zafios advenedizos que les inspiraban una repugnancia desdeñosa.[89] Cuando bastaba el simple autoritarismo, los conservadores lo preferían con mucho. Algunos de ellos mantuvieron hasta el final su posición antifascista. Pero la mayoría de los conservadores estaban seguros de que el comunismo era peor. Colaboraban con los fascistas en caso de que pareciese probable,

si no lo hacían, que ganase la izquierda. Hicieron causa común con los fascistas con el mismo espíritu que Tancredi, el joven aristócrata contumaz de la gran novela de Giuseppe di Lampedusa sobre la decadencia de una familia de la nobleza siciliana, *El Gatopardo*: «Tendrán que cambiar las cosas si queremos que sigan como están».[90]

Los fascismos que hemos conocido llegaron al poder con la ayuda de exliberales asustados y tecnócratas oportunistas y exconservadores y gobernaron en una asociación más o menos incómoda con ellos. Seguir estas coaliciones verticalmente a lo largo del tiempo, como movimientos convertidos en regímenes, y horizontalmente en el espacio, según se fueron adaptando a las peculiaridades de los marcos nacionales y a las oportunidades del momento, exige algo más elaborado que la dicotomía tradicional movimiento/régimen. Propongo, pues, que examinemos el fascismo en un ciclo de cinco etapas: (1) la creación de los movimientos; (2) su arraigo en el sistema político; (3) su toma del poder; (4) el ejercicio de ese poder; (5) y, por último, el largo plazo, durante el cual el régimen fascista elige radicalización o entropía. Aunque cada etapa sea un requisito previo de la siguiente, nada exige que un movimiento fascista los complete todos, ni siquiera que se desplace solo en una dirección. La mayoría de los fascismos se detuvieron pronto, algunos dieron marcha atrás y hubo a veces rasgos de varias etapas que siguieron operando al mismo tiempo. Si bien la mayoría de las sociedades modernas generaron movimientos fascistas en el siglo xx, solo unas pocas tuvieron regímenes fascistas. Solo en la Alemania nazi se aproximó el régimen fascista a los horizontes exteriores de la radicalización.

Diferenciar las cinco etapas del fascismo proporciona varias ventajas. Permite una comparación plausible entre movimientos y regímenes en grados equivalentes de desarrollo. Nos ayuda a ver que el fascismo, lejos de ser estático, fue una sucesión de procesos y de elecciones: búsqueda de una base de seguidores, formación de alianzas, intentos de conseguir el poder, luego el ejercicio de este. Ese es el motivo de que los instrumentos conceptuales que iluminan una etapa puedan no funcionar necesariamente igual de bien en otras. Pasemos, pues, ahora a examinar cada una de las

cinco etapas.

---

[1] Friedrich Engels, prefacio de 1895 a Karl Marx, *The Class Struggles in France (1848-1850)*, en *The Marx-Engels Reader*, ed. Robert C. Tucker, 2ª ed., Nueva York, W. W. Norton, 1978, p. 571.

[2] Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, trad., ed. e intro. de Harvey C. Mansfield y Delba Winthrop, Chicago, University of Chicago Press, 2000, p. 662, (vol. II, parte 4, cap. 6).

[3] Georges Sorel, *Reflections on Violence*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 79-80.

[4] Escribo con mayúscula Fascismo cuando me refiero al régimen, el partido y el movimiento italianos; dejo fascismo en minúscula cuando me refiero al fenómeno general.

[5] Véase Maurice Agulhon, *Marianne au combat: L'imagerie et la symbolique républicaine de 1789 a 1880*, París, Flammarion, 1979, pp. 28-29, 108-109, y *Marianne au pouvoir*, París, Seuil, 1989, pp. 77, 83.

[6] Simonetta Falasca-Zamponi, *Fascist Spectacle: The Aesthetics of Power in Mussolini's Italy*, Berkeley, University of California Press, 1997, pp. 95-99.

[7] Mussolini había sido una personalidad destacada del ala revolucionaria del Partido Socialista Italiano, hostil al reformismo y que miraba con recelo los acuerdos y compromisos del ala parlamentaria del partido. En 1912, con solo 29 años de edad, le nombraron director del periódico del partido, *Avanti*. Fue expulsado del partido en el otoño de 1914 por la mayoría pacifista de este debido a que propugnaba la participación de Italia en la Primera Guerra Mundial.

[8] Pierre Milza, *Mussolini*, París, Fayard, 1999, pp. 174, 176, 189. Mussolini llamaba ya en 1911 al grupo socialista local que él dirigía en Forlì un *fascio*. R. J. B. Bosworth, *Mussolini*, Londres, Arnold, 2002, p. 52.

[9] Este término se explica en las pp. 16-17.

[10] Tras la derrota de los Ejércitos italianos en Caporetto en noviembre de 1917, un gran grupo de diputados y senadores liberales y conservadores formaron un *fascio parlamentare di difesa nazionale* para conseguir que la opinión pública apoyase el esfuerzo bélico.

[11] La lista creció más tarde con añadidos oportunistas cuando figurar entre los fundadores (los *sansepolcristi*) pasó a resultar ventajoso. Renzo de Felice, *Mussolini il rivoluzionano, 1883-1920*, Turín, Einaudi, 1965, p. 504.

[12] Este término se explica en la p. 18.

[13] Hay una versión inglesa de los discursos de Mussolini de ese día incluida en Charles F. Delzell, *Mediterranean Fascism, 1919-1945*, Nueva York, Harper & Row, 1970, pp. 7-11. Las exposiciones más concretas son de De Felice, *Mussolini il rivoluzionario*, pp. 504-509, y Milza, *Mussolini*, pp. 236-240.

[14] Texto del 6 de junio de 1919, en De Felice, *Mussolini il rivoluzionario*, pp. 744-745. Versiones inglesas en Jeffrey T. Schnapp (ed.), *A Primer of Italian Fascism*, Lincoln, NE, University of Nebraska Press, 2000, pp. 3-6, y Delzell, pp. 12-13.

[15] Mussolini llegó a este número espectacular y exagerado contando todos los fragmentos, grandes y pequeños, que le hirieron en febrero de 1917 durante un ejercicio de instrucción con un lanzagranadas.

[16] Una introducción útil al sindicalismo es Jeremy Jennings, *Syndicalism in France:* A *Study of Ideas*, Londres, Macmillan, 1990. El sindicalismo revolucionario atraía más a los trabajadores

fragmentados y poco organizados de España e Italia que a los numerosos trabajadores bien organizados del norte de Europa, que tenían algo que ganar con la legislación reformista y con huelgas tácticas en apoyo de demandas en centros de trabajo específicos. En realidad es posible que atrajese más a intelectuales que a trabajadores. Véase Peter N. Stearns, *Revolutionary Syndicalism y French Labor: Cause without Rebels*, New Brunswick, NJ, Rutgers University Press, 1971.

[17] Zeev Sternhell *et al*., *The Birth of Fascist Ideology*, Princeton, Princeton University Press, 1994, pp. 160 y ss.; David Roberts, *The Syndicalist Tradition and Italian Fascism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1979; Emilio Gentile, *Le origini dell'ideologia fascista*, Bari, Laterza, 1975, pp. 134-152.

[18] Publicado en el diario de París *Le Figaro* el 15 de marzo de 1909. Citado aquí de Adrian Lyttelton (ed.), *Italian Fascisms: From Pareto to Gentile*, Nueva York, Harper Torchbooks, 1973, p. 211.

[19] El primer Risorgimento, o resurgimiento, en el periodo 1859-1870, había unido Italia, inspirado por el nacionalismo humanista de Giuseppe Mazzini.

[20] Emilio Gentile, *Il mito dello stato nuovo dall'antigiolittismo al fascismo*, Bari, Laterza, 1982; Walter Adamson, *Avant-garde Florence: From Modernism to Fascism*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1993.

[21] De Felice, *Mussolini il rivoluzionario*, p. 521.

[22] Se discute encarnizadamente si el Partido Nazi era «fascista» o algo sui géneris. Explicaremos en su momento por qué consideramos el nazismo una forma de fascismo. Ahora nos limitaremos a comentar que Hitler tenía un busto monumental del Duce en su despacho del cuartel general del Partido Nazi de la Casa Parda de Múnich (Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936*: *Hubris*, Nueva York, Norton, 1999, p. 343). Incluso en la cúspide de su poder, cuando la mayoría de los nazis preferían no otorgar prioridad a Italia etiquetando a Alemania como «fascista», Hitler aún se proclamaba «admirador y discípulo sincero» de Mussolini. Una carta en esos términos dirigida al Duce el 21 de octubre de 1942, el vigésimo aniversario de la Marcha sobre Roma, figura en Meir Michaelis, «I rapporti fra fascismo e nazismo prima dell'avvento di Hitler al potere (1922-1933)», *Rivista storica italiana*, 85, 3, 1973, p. 545. El estudio más reciente de las relaciones de Hitler con Mussolini es Wolfgang Schieder, «The German Right and Italian Fascism», en Hans Mommsen (ed.), *The Third Reich Between Vision and Reality: New Perspectives on German History*, Oxford, NY, Berg, 2001, pp. 39-57.

[23] Palabras del propio Mussolini, burlándose de que sus enemigos no hayan sido capaces de comprender «la noble pasión de la juventud italiana». Discurso del 3 de enero de 1925, en Eduardo y Duilio Susmel (eds.), *Opera Omnia di Benito Mussolini*, vol. XXI, Florence, La Fenice, 1956, pp. 238 y ss.

[24] Thomas Mann, *Diaries 1918-1939*, selección y prólogo de Herman Kesten, trad. del alemán de Richard y Clara Winston, Nueva York, H. N. Abrams, 1982, p. 136 y *passim*. La repugnancia que le inspiraba a Mann la «barbarie» nazi no le impidió confesar el 20 de abril de 1933 «cierto grado de comprensión por la rebelión contra el elemento judío» (p. 153).

[25] Citado en Alberto Aquarone y Maurizio Vernassa (eds.), *Il regime Fascista*, Bolonia, Il Mulino, 1974, p. 48.

[26] Friedrich Meinecke, *Die deutsche Katastrophe*, Wiesbaden, Brockhaus, 1946, traducido al inglés como *The German Catastrophe*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1950.

[27] Resolución de la Internacional Comunista, julio de 1924, citada en David Beetham (ed.), *Marxists in Face of Fascism: Writings by Marxists on Fascism from the Interwar Period*, Manchester, University of Manchester Press, 1983, pp. 152-153.

[28] Roger Griffin (ed.), *Fascism*, Oxford, Oxford University Press, 1995, p. 262.

[29] El máximo escéptico es Gilbert Allardyce, «What Fascism Is Not: Thoughts on the Deflation of a Concept», *American Historical Review* 84, 2, abril de 1979, pp. 367-388.

[30] Algunas obras de la década de 1940, influidas por la propaganda del periodo bélico, consideraron el nazismo como la coronación lógica de la cultura nacional alemana. Véanse, entre otros, W. M. McGovern, *From Luther to Hitler: The History of Fascist-Nazi Political Philosophy*, Boston, Houghton Mifflin, 1941, y Rohan d'Olier Butler, *The Roots of National Socialism*, Nueva York, E. P. Dutton, 1942. El principal ejemplo francés es Edmond-Joachim Vermeil, *L'Allemagne: Essai d'explication*, París, Gallimard, 1940. El ejemplo contemporáneo más deprimente es Daniel Jonah Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners*, Nueva York, Knopf, 1996, deprimente porque el autor convirtió un valioso estudio del sadismo entre los perpetradores de a pie del Holocausto en una tosca demonización de todo el pueblo alemán, oscureciendo con ello la existencia de numerosos cómplices no alemanes y de algunos alemanes humanitarios.

[31] Alexander Stille, *Benevolence y Betrayal: Five Italian Jewish Families Under Fascism*, Nueva York, Penguin, 1993, aporta ejemplos interesantes de respaldadores judíos ricos de Turín y Ferrara, aunque también figurasen judíos en la resistencia antifascista, sobre todo en el movimiento Giustizia e Libertà. Cuando se promulgaron las leyes raciales italianas en 1938, un judío italiano adulto de cada tres era miembro del Partido Fascista (p. 22).

[32] Philip V. Canistraro y Brian R. Sullivan, *Il Duce's Other Woman*, Nueva York, Morrow, 1993.

[33] Susan Zuccotti, *The Italians and the Holocaust: Persecution, Rescue, Survival*, Nueva York, Basic Books, 1987, p. 24.

[34] Las dictaduras autoritarias gobiernan a través de fuerzas conservadoras preexistentes (Iglesias, Ejércitos, intereses económicos organizados) y procuran desmovilizar a la opinión pública, mientras los fascistas gobiernan a través de un partido único y procuran generar un entusiasmo público. Analizamos esta diferenciación más detalladamente en el capítulo 8, pp. 363-368.

[35] Algunos autores consideran que lo que es esencial en el asunto es el antisemitismo; a mí me parece instrumental. Hannah Arendt, *Origins of Totalitarianism*, ed. rev., Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1966, situó las raíces del totalitarismo en una pócima en fermentación de antisemitismo, imperialismo y sociedad de masas atomizada. No creía que la Italia de Mussolini fuese totalitaria (pp. 257-259, 308).

[36] Otto Wagener, jefe de Estado Mayor de la SA y jefe de la Oficina de Política Económica del NSDAP antes de 1933, citado en Henry A. Turner (ed.), *Hitler aus nächster Nähe*, Frankfurt del Meno, Ullstein, 1978, p. 374. Wagener estuvo a punto de ser ministro de Economía en junio de 1933. Véase capítulo 5, p. 250.

[37] Los nazis prometieron una redistribución de tierras en el decimoséptimo de sus 25 Puntos del 24 de febrero de 1920 (Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham, *Nazism 1919-1945*, vol. I, *The Rise to Power, 1919-1934*, Exeter, University of Exeter Press, 1998, p. 15). Este fue el único de los 25 Puntos «inalterables» que Hitler revisó explícitamente más tarde cuando, después de 1928, centró su atención en intentar reclutar a los granjeros de explotaciones familiares para su movimiento. La orden de 6 de marzo de 1930, que «completaba» el Punto 17 y ratificaba la inviolabilidad de la propiedad agrícola privada (salvo la de los judíos), está en *Hitler Reden, Schriften, Anordnungen,*

Februar 1925 bis Januar 1933, publicado por el Institut für Zeitgeschichte, Múnich, K. C. Saller, 1995, vol. III, parte 3, pp. 115-120. Se incluye una versión inglesa en Norman Bayne (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler*, Oxford, Oxford University Press, 1942, vol. 1, p. 105.

[38] Eve Rosenhaft, *Beating the Fascists? The German Communists and Political Violence, 1929-1933*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983. El himno nazi, la «Horst Wessel Lied» («Canción de Horst Wessel»), conmemoraba a un joven rufián nazi muerto en una pelea de ese tipo, omitiéndose que el asunto fue una disputa con su casera. Véase Peter Longerich, *Die braune Bataillonen: Geschichte der SA*, Múnich, C. H. Beck, 1989, p. 138.

[39] «Si había una cosa en la que todos los fascistas y nacionalsocialistas estaban de acuerdo, era en su hostilidad hacia el capitalismo». Eugen Weber, *Varieties of Fascism*, Nueva York, Van Nostrand, 1964, p. 47. Weber comentaba, claro está, que el oportunismo limitó las consecuencias prácticas de esta hostilidad. Véase también Eugen Weber, «Revolution? Counter-Revolution? What Revolution?», *Journal of Contemporary History* 9, 2, abril de 1974, pp. 3-47, reeditado en Walter Laqueur (ed.), *Fascism: A Reader's Guide*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1976, pp. 435-467.

[40] Para el temprano cambio de Mussolini del proletariado a las «fuerzas productivas» como la base de una nación renovada, véase Sternhell *et al*., *Birth*, pp. 12, 106, 160, 167, 175, 179, 182, 219.

[41] Los autores que meten en el mismo saco estas dos formas muy diferentes de ser antiburgués no están en realidad leyendo detenidamente. Un ejemplo reciente es la declaración del gran historiador de la Revolución francesa François Furet, repudiando su propia juventud comunista, de que el fascismo y el comunismo brotan de un odio común a sí mismos de los jóvenes burgueses. Véase *The Passing of an Illusion: The Idea of Communism in the Twentieth Century*, Chicago, University of Chicago Press, 1999, pp. 4, 14.

[42] T. W. Mason, «The Primacy of Politics-Politics and Economics in National Socialist Germany», en Jane Carlan (ed.), *Nazism, Fascism and the Working Class: Essays by Tim Mason*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 53-76. (Primera publicación en alemán, en *Das Argument* 41, diciembre de 1966).

[43] El tema de la «revolución fascista» se aborda más detalladamente en el capítulo 5, pp. 242-252.

[44] Cuándo abandonó Mussolini el socialismo es algo que aún sigue discutiéndose. Su principal biógrafo italiano, Renzo de Felice, piensa que Mussolini ya no se consideraba socialista en 1919 *(Mussolini il rivoluzionario*, pp. 485, 498, 519). Milza, *Mussolini*, piensa que dejó de considerarse socialista a principios de 1918, cuando cambió el subtítulo de su periódico *Il Popolo d'Italia*, que pasó de ser «diario socialista» a ser «diario para soldados y productores», pero que, incluso en 1919, no había optado todavía claramente por la contrarrevolución (pp. 210, 228). Sternhell *et al*., *Birth*, p. 212, piensan que el fracaso de la Semana Roja (junio de 1914) en las ciudades industriales del norte de Italia «puso fin al socialismo de Mussolini». Emilio Gentile dice que la expulsión de Mussolini del PSI en septiembre de 1914 puso en marcha una larga evolución ideológica, pero que Mussolini había sido siempre un socialista «herético», más nietzscheano que marxista [*Le origini dell'ideologia fascista (1918-1925)*, 2ª ed., Bolonia, Il Mulino, 1996, pp. 61-93]. Bosworth, *Mussolini*, p. 107, coincide en el cronometraje, pero sospecha que Mussolini era un oportunista para el que el socialismo fue solo un medio convencional de ascenso para un arribista provinciano. El meollo del asunto es cómo interpretar su persistente compromiso verbal con la «revolución», un tema al que volveremos.

[45] Esta corriente era más fuerte entre los nazis (verbigratia, Walther Darré) y los fascistas

centroeuropeos que en Italia, pero Mussolini exaltó la vida campesina e intentó que los italianos no abandonasen la tierra. Paul Corner, en «Fascist Agrarian Policy and the Italian Economy in the Interwar Years», en J. A. Davis (ed.), *Gramsci and Italy's Passive Revolution*, Londres, Croom Helm, 1979, pp. 239-274, sospecha que esto se debió sobre todo a que quería mantener a los parados fuera de las ciudades para que no obstaculizasen una política económica que favorecía a los grandes terratenientes. Alexander Nützenadel, *Landwirtschaft, Staat, und Autarkie: Agrarpolitik im faschistischen Italien*, Bibliothek des Deutschen Historischen Instituts in Rom, Band 86, Tubinga, Max Niemeyer Verlag, 1997, pp. 45 y ss., cree que Mussolini quería, antes incluso de llegar al poder, completar el Risorgimento integrando a los campesinos.

[46] El Duce conducía un coche deportivo propio, un Alfa Romeo rojo (Milza, *Mussolini*, pp. 227, 318, acompañado a veces por su cachorro de león. A Hitler le encantaba que le llevasen a toda velocidad en un potente Mercedes, que la empresa le vendió a mitad del precio como publicidad. Véase Bernard Bellon, *Mercedes in Peace and War*, Nueva York, Columbia University Press, 1990, p. 232.

[47] Hitler deslumbró a los electores acudiendo a los mítines, espectacularmente, en avión. Mussolini fue un piloto activo. Durante una visita de Estado a Alemania aterrorizó a Hitler insistiendo en hacerse con los controles del Cóndor oficial del Führer (Milza, *Mussolini*, pp. 794-795). La Italia fascista invirtió mucho en aviación por razones de prestigio y logró batir marcas mundiales de velocidad y distancia en la década de 1930. Véase Claudio C. Segre, *Italo Balbo: A Fascist Life*, Berkeley, University of California Press, 1987, parte II, «The Aviator». Para el dirigente fascista inglés Mosley, otro piloto, véase Colin Cook, «A Fascist Memory: Oswald Mosley and the Myth of the Airman», *European Review of History* 4, 2, 1997, pp. 147-162.

[48] En la literatura sobre el tema más antigua, dos tipos de enfoques tendieron a situar en el corazón del nazismo una rebelión contra la modernidad: estudios de precedentes culturales, como George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*, Nueva York, Crosset y Dunlap, 1964, y Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1961; y estudios del resentimiento de la clase media baja, como Talcott Parsons, «Democracy and Social Structure in Pre-Nazi Germany», en Parsons, *Essays in Sociological Theory*, Glencoe, IL, Free Press, 1954, pp. 104-123 (pub. orig., 1942), y Heinrich A. Winkler, *Mittelstand, Demokratie und Nationalsozialismus*, Colonia, Kiepenheuer & Witsch, 1972. Italia no tiene ninguna literatura equivalente, lo que constituye una diferencia importante.

[49] A. James Gregor, *Italian Fascism and Developmental Dictatorship*, Princeton, Princeton University Press, 1979; Rainer Zitelmann, *Hitler: Selbstverstandnis eines Revolutionars*, nueva edición ampliada, Múnich, F. A. Habig, 1998. Zitelmann admite que presenta el Hitler que podría haber sido, si hubiese ganado la guerra, y no la «realidad económica y social concreta» del régimen, en la que el Führer hubo de «tener en cuenta las ideas de sus socios de alianza conservadores» (pp. 47-48, 502). Hay artículos que adoptan la misma perspectiva reunidos en Michael Prinz y Rainer Zitelmann (eds.), *Nationalsozialismus und Modernizierung*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1991.

[50] A. F. K. Organski, «Fascism and Modernization», en Stuart J. Woolf (ed.), *Nature of Fascism*, Nueva York, Random House, 1968, pp. 19-41, cree que, cuando el fascismo es más probable, es en el punto medio vulnerable de una transición a la sociedad industrial, cuando las numerosas víctimas de la industrialización pueden hacer causa común con el resto de la élite preindustrial.

[51] Una lista parcial incluiría a Ezra Pound, T. S. Eliot, W. B. Yeats, Wyndham Lewis y Gertrude

Stein, todos los cuales utilizaron técnicas literarias experimentales para criticar la sociedad moderna.

[52] Mussolini tuvo su *autostrade*, Hitler, su *Autobahnen*, que cumplieron fines de creación de empleo además de simbólicos. Véase James D. Shand, «The Reichsautobahn: Symbol of the Third Reich», *Journal of Contemporary History* 19, 2, abril de 1984, pp. 189-200.

[53] El estudio clásico de este proceso para Alemania es David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution: Class and Status in Nazi Germany, 1933-1939*, Nueva York, Doubleday, 1966. Para Italia, véase el análisis de amplio alcance de Tim Mason, «Italy and Modernization», *History Workshop* 25, primavera de 1988, pp. 127-147.

[54] Albert Speer, *Inside the Third Reich: Memoirs*, Nueva York, Macmillan, 1970, pp. 11, 14-17.

[55] Jeffrey Herf, *Reactionary Modernism: Technology, Culture, and Politics in Weimar and the Third Reich*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, considera que los dos están reconciliados en una tradición cultural alemana de utilizar la tecnología para controlar las tensiones de la modernización. Según Henry A. Turner, Jr., «Fascism and Modernization», en *World Politics* 24, 4, julio de 1972, pp. 547-564, reproducido en Turner (ed.), *Reappraisals of Fascism*, Nueva York, Watts, 1975, pp. 117-139, el nazismo instrumentalizó la modernidad para conseguir una utopía agraria antimoderna en el este conquistado.

[56] Hans Mommsen considera el nazismo «modernización simulada», la aplicación de técnicas modernas a la destrucción irracional y al propósito de desmantelar el Estado moderno. Véase Mommsen, «Nationalsozialismus als Vorgetauschte Modernisierung», en Mommsen, *Der Nationalsozialismus und die Deutsche Gesellschaft: Ausgewahlte Aufsatze*, ed. de Lutz Niethammer y Bernd Weisbrod, Reinbek y Hamburgo, Rowohlt Taschenbuch Verlag, 1991, pp. 405 y ss.; «Noch einmal: Nationalsozialismus und Modernisierung», *Geschichte und Gesellschaft* 21, 3, julio-septiembre de 1995, pp. 391-402; y «Modernitat und Barbarei: Anmerkungen aus zeithistorische Sicht», en Max Miller y Hans-Georg Soeffner (eds.), *Modernitat und Barbarei: Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20. Jahrhunderts*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp, 1996, pp. 137-155.

[57] Los estadounidenses, los ingleses e incluso los suecos fueron grandes adelantados en la esterilización forzosa, seguidos de cerca por los alemanes. Véase Daniel Kevles, *In the Name of Eugenies: Genetics and the Uses of Human Heredity*, Nueva York, Knopf, 1985. El racismo biológico fue mucho más débil en la Europa meridional católica, pero Mussolini anunció una política de «higiene social y purificación nacional» (*profilassi)* en su declaración política más importante después de la instauración de la dictadura, el Discurso del Día de la Ascensión del 16 de mayo de 1921. Para las políticas de «purificación» médica de la Alemania nazi y la promoción de la Italia fascista de *la razza* y *la stirpe*, entendidas cultural e históricamente, véase el ensayo bibliográfico, pp. 404-407.

[58] Esta tesis la utilizó provocadoramente el difunto Detlev Peukert, «The Genesis of the "Final Solution" from the Spirit of Science», en Thomas Childers y Jane Carlan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, Holmes and Meier, 1993, pp. 234-252. Véase también Zygmunt Bauman, *Modernity and the Holocaust*, Ithaca, NY Cornell University Press, 1989, p. 149: «El Holocausto, considerado como una operación compleja y decidida, puede considerarse un paradigma del racionalismo burocrático moderno. Se hizo casi todo para conseguir resultados máximos con un esfuerzo y un coste mínimos».

[59] P. Sabini y Mary Silvers, «Destroying the Innocent with a Clear Conscience: A Sociopsychology

of the Holocaust», en Joel E. Dimsdale (ed.), *Survivors, Victims, y Perpetrators: Essays in the Nazi Holocaust*, Washington, Hemisphere Publishing Corp., 1980, pp. 329-330, citado en Ballman, *Modernity and the Holocaust*, pp. 89-90.

[60] Se revisa el tema críticamente en Carl Levy, «From Fascism to "post-Fascists": Italian Roads to Modernity», y Mark Roseman, «National Socialism and Modernization», en Richard Bessel (ed.), *Fascist Italy and Nazi Germany*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 165-196 y 197-229. Detlev K. Peukert trató estos temas fructíferamente en su excelente obra *The Weimar Republic: The Crisis of Classical Modernity,* traducida del alemán por Richard Deveson, Nueva York, Hill and Wang, 1991.

[61] Un brillante ejemplo es Tim Mason, «The Origins of the Law on the Organization of National Labour of 20 January 1934: An Investigation into the Relationship Between "Archaic" and "Modern" Elements in Recent Germany History», en Carlan, *Nazism, Fascism and the Working Class*, pp. 77-103.

[62] La *Kristallnacht* fue el primero y el último asesinato colectivo de judíos que efectuaron los nazis en las calles de ciudades alemanas, el último pogromo alemán y el comienzo del Holocausto (Ballman, *Modernity and the Holocaust,* p. 89). Para la reacción pública, véase William S. Allen, «Die deutsche Öffentlichkeit und die Reichskristallnacht Konflikte zwischen Wertheirarchie und Propaganda im Dritten Reich», en Detlev Peukert y Jürgen Reulecke (eds.), *Die Reihe fast geschlossen: Beiträge zur Geschichte des Alltags unterm Nationalsozialismus,* Wuppertal, Hammer, 1981, pp. 397-412, y los estudios de la opinión pública citados en el capítulo 9.

[63] Martin Broszat, «A Controversy about the Historicization of National Socialism», en Peter Baldwin (ed.), *Reworking the Past: Hitler, the Holocaust, and the Historians' Debate*, Boston, Beacon Press, 1990, p. 127.

[64] «Historizar» el fascismo dispara timbres de alarma. Cuando Martin Broszat propuso tratar el nazismo como parte de la historia en vez de, abstractamente, como una imagen emblemática del mal («Plädoyer für eine Historisierung des Nationalsozialismus», *Merkur* 39, 5, mayo de 1985, pp. 373-385), el historiador israelí Saul Friedlander advirtió que si se trazaban continuidades y se apreciaban normalidades en medio de actos criminales se corría el peligro de banalizar el régimen nazi. Ambos artículos y posteriores intercambios iluminadores se incluyen en Baldwin (ed.), *Reworking the Past* (véase nota anterior).

[65] «El fascismo es un género de ideología política» (Roger Griffin, *The Nature of Fascism*, Londres, Routledge, 1991, p. 26). Tras el fascismo «hay un cuerpo coherente de pensamiento» (Roger Eatwell, *Fascism: A History,* Londres, Penguin, 1996, p. xvii).

[66] Verbigracia, Schnapp, *Primer,* p. 63.

[67] Una introducción útil a los significados en evolución de «ideología», un término creado durante la Revolución francesa, es Andrew Vincent, *Modern Political Ideologies,* 2ª ed., Oxford, Blackwell, 1995.

[68] Payne, *History,* p. 472.

[69] *Mein Kampf* (*Mi lucha*), de Hitler, sirvió como texto básico del nazismo. Se regalaban ejemplares elegantemente encuadernados a los recién casados y se exhibían en los hogares nazis. Se trata de una colección, vigorosa y coherente, pero ampulosa y autoindulgente, de fragmentos autobiográficos y reflexiones personales sobre la raza, la historia y la naturaleza humana. Para los escritos doctrinales de Mussolini, véase capítulo 1, p. 40, y nota 76 (en esa misma página).

[70] A. Bertelè, *Aspetti ideologici del fascismo,* Turín, Druetto, 1930, citado en Emilio Gentile,

«Alcuni considerazioni sull'ideologia del fascismo», *Storia Contemporanea* 5, 1, marzo de 1974, p. 117. Doy las gracias a Carla Moos por ayudar a traducir este difícil pasaje.

[71] Isaiah Berlin vincula explícitamente fascismo y Romanticismo en «The Essence of European Romanticism», de Henry Hardy (ed.), *The Power of Ideas*, Princeton, Princeton University Press, 2000, p. 204.

[72] Walter Benjamin, «The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction», publicado por primera vez en *Zeitschrift für Sozialforschung*, 5, 1, 1936, reeditado en Benjamin, *Illuminations*, Nueva York, Schocken, 1969. Véase especialmente pp. 241-242, donde Benjamin cita un comentario de Marinetti sobre la belleza de la guerra de Etiopía que acaba de concluir: «[la guerra] enriquece un prado en floración con las rojas orquídeas de las ametralladoras».

[73] Delzell, *Mediterranean Fascism*, p. 14.

[74] Citado en R. J. B. Bosworth, *The Italian Dictatorship: Problems and Perspectives in the Interpretation of Mussolini and Fascism*, Londres, Arnold, 1998, p. 39.

[75] Emilio Gentile, *Storia del partito fascista 1919-1922: Movimento e milizia*, Bari, Laterza, 1989, p. 498.

[76] «La dottrina del fascismo», *Enciclopedia italiana* (1932, vol. XIV, pp. 847-851. Se dio amplia difusión a una versión inglesa: Benito Mussolini, *The Doctrine of Fascism*, Florencia, Vallecchi, 1935, y ediciones posteriores. Hay una versión inglesa reciente en Jeffrey T. Schnapp (ed.), *Primer*, pp. 46-61.

[77] Arendt, *Origins*, p. 325, n. 39. Cf. Salvatore Lupo, *Il fascismo: La politica in regime totalitario*, Rome, Donzelli, 2000: «Lo que determinó el compuesto fascista fue más el peso de los duros hechos de la política actual que el magma incoherente de la ideología del pasado» (p. 18).

[78] Max Domarus, *Hitler Speeches and Proclamations, 1932-1945*, Londres, I. B. Taurus, 1990, vol. I, p. 246, 10 de febrero de 1933).

[79] Leszek Kolakowski percibió con ejemplar claridad cómo una ideología cerrada y totalizadora sirve para reprimir planteamientos críticos en «Why an Ideology Is Always Right», en Kolakowski, *Modernity on Endless Trial*, Chicago, University of Chicago Press, 1990.

[80] Roger Chartier, *The Cultural Origins of the French Revolution*, traducido del francés por Lydia G. Cochrane, Durham, NC, Duke University Press, 1991, p. 2.

[81] Esta combinación puede sorprender, pero la brutalidad de las campañas africanas de Mussolini, destacada por la investigación reciente, debe considerarse básica para el régimen. Mussolini utilizó campos de concentración y limpieza étnica como Hitler, y gas tóxico, algo que Hitler nunca se atrevió a hacer. Véase el capítulo 6, pp. 280-281, y las notas 63 y 68 (en pp. 281 y 283, respectivamente).

[82] «La concepción fascista de la vida [...] afirma el valor del individuo solo en la medida en que sus intereses coinciden con los del Estado»: Mussolini, «Doctrine», en Schnapp, *Primer*, p. 48.

[83] Michael A. Ledeen, *Universal Fascism*, Nueva York, Howard Fertig, 1972.

[84] Marc Bloch, «Towards a Comparative History of European Society», en Bloch, *Land and Work in Medieval Europe: Selected Papers*, trad. de J. E. Anderson, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1967, p. 58 (ed. orig., 1928).

[85] Véase nota 29 (en la p. 23). Varios autores importantes, en especial Sternhell y Bracher, creen que «una teoría general que pretenda agrupar fascismo y nazismo [...] no es posible» (Sternhell, *Birth*, p. 5). La principal razón que alegan es el carácter básico del racismo biológico para el nacionalsocialismo y su debilidad en el fascismo. Este libro sostiene que todos los fascismos

movilizan contra algún enemigo, infernal además de externo, pero que es la cultura nacional la que proporciona la identidad de ese enemigo.

[86] El estudio más impresionante por su erudición es Payne, *History.*

[87] Griffin, *Nature*, p. 26.

[88] «El Estado fascista no es un vigilante nocturno [...], es una entidad espiritual y moral que tiene como objetivo garantizar la organización política, judicial y económica de la nación [...]. El Estado, que trasciende la breve existencia del individuo, se convierte en la conciencia inmanente de la nación»: Mussolini, «Doctrine», en Schnapp, *Primer,* 58.

[89] Un ejemplo elocuente fue Friedrich Percyval Reck-Malleczewen, cuyo *Diary of a Man in Despair*, trad. del alemán por Paul Rubens, Londres, Macmillan, 1970 (pub. orig., 1947), lamenta la transformación de Alemania desde Bismarck en un «hormiguero industrialmente hiperdesarrollado» (p. 119). Reck-Malleczewen reservó sus invectivas más agudas para Hitler: «el gitano del flequillo» (p. 18), «el Genghis Kan vegetariano, el Alejandro abstemio, el Napoleón sin mujeres» (p. 27). Los nazis le ejecutaron a principios de 1945. Véase también el diario del mecenas pacifista Harry Kessler, *The Diaries of a Cosmopolitan*, Londres, Weidenfeld y Nicolson, 1971.

[90] Giuseppe di Lampedusa, *The Leopard,* trad. del italiano por Archibald Colquhoun, Nueva York, Pantheon, 1950, p. 40.

02

La creación de movimientos fascistas

Si algo empieza cuando adquiere un nombre, podemos fechar con exactitud los inicios del fascismo. Comenzó la mañana del domingo 23 de marzo de 1919 en la reunión de la Piazza San Sepolcro de Milán de la que ya hablamos en el capítulo 1. Pero los Fasci Italiani di Combattimento de Mussolini no estaban solos. Había en marcha algo más amplio. Estaban formándose por toda Europa grupos similares independientemente de Mussolini.

Hungría era otro entorno fértil para el crecimiento espontáneo —no copiado de nadie— de algo que aún no se llamaba fascismo, pero que tenía con él un gran parecido de familia. De todos los países que participaron en la Primera Guerra Mundial, Hungría fue el que sufrió las pérdidas territoriales más calamitosas, peores incluso que las de Alemania. Antes de la guerra había sido uno de los socios rectores de la poderosa monarquía dual de Austria-Hungría, o Imperio de los Habsburgo. La mitad húngara del Imperio —el reino de Hungría— había recibido un mundo multilingüe de eslavos meridionales, eslovacos, rumanos y muchos otros, entre los que los húngaros gozaban de una posición privilegiada. Durante los meses finales de la Primera Guerra Mundial, el Imperio de los Habsburgo se disolvió al proclamar la independencia nacionalidades que lo componían. Hungría, que había sido el mayor beneficiario del Imperio multinacional, se convirtió en el mayor perdedor cuando se disolvió. Los aliados victoriosos acabaron amputando el 70% del territorio de preguerra de Hungría y casi dos tercios

de su población en el punitivo Tratado del Trianon, firmado con protestas el 4 de junio de 1920.

Durante los días caóticos que siguieron al armisticio de noviembre de 1918, cuando los pueblos sometidos de la mitad húngara del Imperio —rumanos, eslavos meridionales, eslovacos— empezaron a gobernar sus propios territorios bajo protección aliada, un aristócrata progresista disidente, el conde Miguel Károlyi, intentó salvar el Estado húngaro mediante reformas espectaculares. Supuso que, si instauraba una democracia plena dentro de una Hungría federal cuyos pueblos sometidos disfrutasen de un amplio autogobierno, tal vez conseguiría aplacar la hostilidad de los aliados y que aceptaran las fronteras históricas de Hungría. Pero no acertó en su suposición. Ejércitos franceses y serbios ocuparon el tercio meridional de Hungría, mientras ejércitos rumanos, apoyados por los aliados, ocupaban las vastas llanuras de Transilvania. Estas anexiones parecían permanentes. El conde Károlyi, incapaz de convencer a las autoridades francesas para que las impidiesen, abandonó su tenue control del poder a finales de marzo de 1919.

Asumió entonces el poder en Budapest una coalición de socialistas y comunistas. El nuevo Gobierno, encabezado por un intelectual revolucionario judío, Béla Kun, logró obtener, durante un breve periodo, el apoyo hasta de algunos oficiales del Ejército con su promesa de que la Rusia bolchevique sería mejor apuesta que los aliados para ayudar a Hungría a sobrevivir. Pero Lenin no estaba en condiciones de ayudar a los húngaros y aunque el Gobierno de Kun consiguió reconquistar parte de los territorios ocupados por los eslovacos, adoptó al mismo tiempo medidas socialistas radicales. Proclamó una república soviética en Budapest en mayo de 1919 y la dictadura del proletariado el 25 de junio.

Las élites húngaras, ante estos retos combinados y sin precedentes de desmantelamiento territorial y revolución social, se inclinaron por combatir esta última con más vigor que lo primero. Crearon un Gobierno provisional en una ciudad de provincias, situada al suroeste del país, Szeged, que se hallaba por entonces bajo ocupación serbia y francesa, y esperaron mientras los rumanos avanzaban a principios de agosto de 1919 hasta ocupar

Budapest, de la que había huido ya Kun. Siguió a esto una sangrienta contrarrevolución en la que hubo de cinco mil a seis mil víctimas, diez veces más de las que había habido durante el régimen soviético.

La contrarrevolución húngara tuvo dos caras. Su jefatura suprema estaba compuesta por la élite tradicional, dentro de la cual afloró como personalidad dominante el último comandante de la Marina austrohúngara, el almirante Miklós Horthy. Un segundo componente eran los que creían que la autoridad tradicional no bastaba ya para afrontar la situación de emergencia de Hungría. Un grupo de jóvenes oficiales encabezados por el capitán Gyula Gömbös fundaron un movimiento con muchas de las características del fascismo.

Los oficiales de Gömbös querían movilizar una base de masas para un movimiento militante de renovación nacionalista, diferente tanto del liberalismo parlamentario —pues la democracia del conde Károlyi estaba ya tan desacreditada como el sóviet de Kun— como de una dictadura anticuada, que gobernasen desde arriba. Su Comité Antibolchevique era virulentamente antisemita —no solo Béla Kun, sino 32 de sus 45 comisarios habían sido judíos—.[91] Los oficiales de Gömbös no querían restaurar la autoridad tradicional, sino sustituirla por algo más dinámico, enraizado en las pasiones populares nacionalistas y xenófobas y expresado con símbolos y mitos húngaros tradicionales.[92] El almirante Horthy y los conservadores consiguieron gobernar de momento sin tener que recurrir a los jóvenes oficiales, aunque Gömbös llegaría a ser primer ministro durante el régimen de Horthy, entre 1932 y 1935, y estableció una alianza con Mussolini para contrarrestar el creciente poder alemán.

En la mitad austriaca de la monarquía de los Habsburgo, los nacionalistas alemanes se habían sentido alarmados ya antes de la Primera Guerra Mundial por los avances de los checos y de otras minorías hacia una mayor autonomía lingüística y administrativa. Se estaba creando ya antes de 1914 una variedad virulenta de nacionalismo de clase obrera. Trabajadores de habla alemana pasaron a considerar a los trabajadores de habla checa rivales nacionales en vez de camaradas proletarios. En la Bohemia de los Habsburgo la nación desplazaba ya a la clase en vísperas de la Primera

Guerra Mundial.

Los nacionalistas alemanes del Imperio de los Habsburgo se habían apoyado desde finales del siglo xix en el panalemanismo populista de Georg von Schönerer, del que trataré con más detalle próximamente.[93] Consiguieron el poder político efectivo en la capital, Viena, cuando se convirtió en alcalde de la ciudad en 1897 Karl Lueger. La prolongada alcaldía de este se apoyó en la sólida base de una mezcla populista de antisemitismo, anticorrupción, defensa de los artesanos y los pequeños comerciantes, lemas y canciones pegadizos y servicios municipales eficientes.

Adolf Hitler, un joven desorientado, presunto estudiante de Arte, procedente de Linz, que quedaba unos 130 kilómetros río arriba, se empapó de la atmósfera de aquella Viena de Lueger.[94] No fue el único. El Partido de los Trabajadores Alemanes, nacionalista, dirigido por un abogado y empleado de los ferrocarriles de Viena, había obtenido ya tres escaños en la Dieta austriaca en 1911. Revivió en mayo de 1918 como el Partido de los Trabajadores Alemanes Nacional Socialistas y empezó a utilizar como símbolo suyo la *Hakenkreuz*, o cruz gamada.[95]

La Alemania de posguerra ofrecía un terreno particularmente fértil para movimientos de renovación nacional antisocialistas con una base popular. A los alemanes les había conmovido profundamente la derrota de 1918. El impacto emotivo fue mucho más fuerte porque las autoridades alemanas habían estado pregonando la victoria hasta solo unas semanas antes. Una calamidad tan increíble era fácil de atribuir a los traidores. El hundimiento de Alemania, que pasó de ser la audaz gran potencia de 1914 a ser la perdedora hambrienta y desconcertada de 1918, hizo estremecer la confianza y el orgullo nacional. Wilhelm Spannaus describió más tarde sus sentimientos al regresar a su ciudad natal en 1921 después de años dando clases en una escuela alemana en Sudamérica:

> Fue poco después del levantamiento espartaquista en la Renania: prácticamente todas las ventanillas del tren en el que regresé a Alemania tenían los cristales rotos y la inflación estaba adquiriendo proporciones fantásticas. Había dejado Alemania en la cúspide del poder y la gloria del Reich guillermiano. Volví para encontrar la patria en ruinas, bajo una

república socialista.[96]

Spannaus se convirtió en el primer ciudadano respetable de su población que ingresó en el Partido Nazi, y, como dirigente intelectual —era propietario de la librería local—, arrastró con él a muchos otros ciudadanos.

Los veteranos, libres y sin compromiso, con sus unidades desmoronándose, incapaces de encontrar trabajo e incluso comida, estaban disponibles para el extremismo de derechas o de izquierdas. Algunos volvieron la vista hacia la Rusia bolchevique buscando inspiración, como en el caso de la efímera República Soviética de Múnich de la primavera de 1919. Otros se aferraron al nacionalismo difundido ya por el movimiento de propaganda de la época de la guerra, el Frente de la Patria. Algunos de estos veteranos nacionalistas se incorporaron a unidades de mercenarios —*Freikorps*— que estaban al mando de oficiales del Ejército regular para combatir a los que ellos consideraban los enemigos internos de Alemania. En enero de 1919 asesinaron a los dirigentes socialistas Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht en el Berlín revolucionario. La primavera siguiente aplastaron los regímenes socialistas de Múnich y de otros lugares. Otras unidades siguieron combatiendo a los Ejércitos polaco y soviético a lo largo de la frontera báltica, aún por determinar mucho después del armisticio de noviembre de 1918.[97]

El cabo Adolf Hitler,[98] de nuevo en servicio activo en el Mando del Grupo de Ejército IV de Múnich tras recuperarse de la ceguera histérica que padeció al enterarse de la derrota alemana, fue enviado por el Servicio de Inteligencia del Ejército en septiembre de 1919 a investigar a uno de los muchos movimientos nacionalistas que estaban surgiendo en el desorden de posguerra. El Partido de los Trabajadores Alemanes —DAP— había sido fundado al final de la contienda por un cerrajero patriota, Anton Drexler. Hitler, al encontrarse con un puñado de artesanos y periodistas que soñaban con ganarse a los trabajadores para la causa nacionalista, pero no tenían la menor idea de cómo conseguirlo, se unió a ellos y recibió el carné número 555 del partido. No tardó en convertirse en uno de los oradores más eficaces del movimiento y en miembro del comité dirigente.

A principios de 1920 Hitler pasó a hacerse cargo de la propaganda del partido. Con ayuda de oficiales del Ejército favorables, como el capitán Ernst Röhm, y algunos patrocinadores ricos de Múnich,[99] consiguió ampliar la audiencia del partido. Ante casi dos mil personas, en la bodega de una gran cervecería de Múnich, la Hofbräuhaus, el 24 de febrero de 1920, Hitler dio un nuevo nombre al movimiento —el Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei, NSDAP, o, para abreviar, Partido Nazi— y presentó un programa de 25 puntos en que se mezclaban el nacionalismo, el antisemitismo y los ataques a los grandes almacenes y al capital internacional. El 1 de abril siguiente abandonó el Ejército para dedicarse por entero al partido. Empezó a reconocérsele cada vez más como su jefe, su *Führer*.[100]

Cuando se calmó el torbellino de la posguerra inmediata, estas sectas nacionalistas militantes se enfrentaron en Europa a condiciones menos hospitalarias. Los Gobiernos fueron adquiriendo gradualmente una mayor legitimidad. Se asentaron las fronteras. El bolchevismo estaba contenido dentro de su lugar de origen, Rusia. La mayor parte de Europa volvió a una cierta apariencia de normalidad de época de paz. Aun así, los fascistas italianos, los oficiales húngaros y los nacionalsocialistas austriacos y alemanes se mantuvieron. Surgieron en Francia y en otros lugares movimientos parecidos.[101] Expresaban claramente algo más duradero que un espasmo nacionalista momentáneo debido al paroxismo final de la guerra.

Los antecedentes inmediatos

En 1914 solo tenuemente se había hecho visible un espacio político[102] para el activismo nacionalista con base de masas movilizado contra el socialismo y contra el liberalismo. Durante la Primera Guerra Mundial ese espacio se convirtió en un gran vacío. El conflicto bélico, más que crear el fascismo, le brindó amplias oportunidades culturales, sociales y políticas. Culturalmente, la guerra desacreditó las visiones optimistas y progresistas

del futuro y sembró dudas sobre los supuestos liberales acerca de una armonía humana natural. Socialmente, generó ejércitos de veteranos inquietos —y de sus hermanos pequeños—[103] que buscaban medios de expresar su cólera y su decepción sin tener en cuenta una moralidad o unas leyes anticuadas. Políticamente, generó tensiones económicas y sociales que excedían la capacidad de las instituciones existentes —tanto de las liberales como de las conservadoras— para superarlas.

La experiencia de la Primera Guerra Mundial fue la condición previa más decisiva del fascismo. La victoriosa campaña para incorporar a Italia a la guerra en mayo de 1915 —el «mayo radiante» de la mitología fascista— agrupó por primera vez a los elementos fundacionales del fascismo italiano. «El derecho a la sucesión política nos pertenece a nosotros», proclamó Mussolini en la reunión fundacional de los Fasci di Combattimento en marzo de 1919, «porque fuimos nosotros los que empujamos al país a la guerra y le condujimos a la victoria».[104]

Hay que añadir que la Gran Guerra fue también la razón básica de muchas más cosas airadas y violentas del mundo de posguerra, desde el bolchevismo a la pintura expresionista. De hecho, para algunos autores, basta por sí sola para explicar tanto el fascismo como el bolchevismo.[105] Cuatro años de matanza industrializada habían dejado poco del legado de Europa sin alterar y, en cuanto a su futuro, no había ya en él nada que se pudiese considerar seguro.

Antes de 1914, ningún europeo vivo podría haber imaginado semejante barbarie en lo que se consideraba entonces la parte más civilizada del mundo. Las guerras se habían convertido en algo raro, localizado y breve en Europa en el siglo xix, combatían en ellas Ejércitos profesionales que incidían poco en la sociedad civil. Europa se había ahorrado catástrofes similares a la Guerra de Secesión estadounidense o la de la Triple Alianza —Brasil, Argentina y Uruguay— contra Paraguay, que redujo a la mitad la población paraguaya entre 1864 y 1870. Cuando un insignificante conflicto balcánico se desmandó en agosto de 1914 convirtiéndose en una guerra total entre las grandes potencias europeas, y cuando esas potencias consiguieron prolongar la degollina de toda una generación de jóvenes

durante cuatro años, a muchos europeos les pareció que había fracasado su propia civilización, con su promesa de paz y de progreso.

La Gran Guerra se había prolongado además mucho más de lo que la mayoría de la gente había creído posible en países industriales urbanizados. La mayoría de los europeos había supuesto que poblaciones altamente diferenciadas amontonadas en ciudades, que dependían de grandes intercambios de bienes de consumo, serían sencillamente incapaces de soportar años de destrucción masiva. Solo las sociedades primitivas, pensaban, podrían soportar guerras largas. En contra de las expectativas, los europeos descubrieron, a principios de 1914, cómo se podían movilizar la productividad industrial y las voluntades humanas para largos años de sacrificio. Cuando la guerra de trincheras se aproximó a los límites de la capacidad de resistencia humana, los Gobiernos de los países en guerra se aproximaron también a los límites de la reglamentación de la vida y del pensamiento.[106]

Todos los Gobiernos beligerantes habían experimentado con la manipulación de la opinión pública. El intento de Alemania de motivar a toda la población civil en el Frente de la Patria fue uno de los ejemplos más coercitivos, pero todos los países procuraron conformar y controlar la información y las opiniones de sus ciudadanos. Las economías y las sociedades de todos los países beligerantes habían sufrido también profundas transformaciones. Los pueblos europeos habían soportado su primera experiencia prolongada de servicio nacional universal, un racionamiento de víveres, de energía y de ropa y un control económico a escala total. Pero a pesar de estos esfuerzos sin precedentes ninguno de los beligerantes había conseguido sus objetivos. En vez de una guerra corta con resultados claros, esta carnicería larga y laboriosa había concluido con un agotamiento y una decepción mutuos.

La guerra constituyó una prueba tan terrible que a duras penas consiguieron soportar las tensiones hasta los países mejor integrados y mejor gobernados. Los países mal integrados y mal gobernados fracasaron rotundamente en esa tarea. Inglaterra y Francia distribuyeron pertrechos, asignaron funciones a los ciudadanos, distribuyeron el sacrificio y

manipularon las noticias justo con el éxito suficiente para conservar la lealtad de la mayoría de sus ciudadanos. Al Imperio alemán recientemente unificado y a la monarquía italiana no les fue tan bien. El Imperio de los Habsburgo se disgregó en sus nacionalidades constitutivas. La Rusia zarista se hundió en el caos. Los países poco integrados en los que un campesinado sin tierra era aún numeroso y donde una clase media sin derecho al voto aún carecía de libertades básicas se polarizaron hacia la izquierda —como en Rusia—. Los que tenían una clase media grande pero amenazada, que incluía familias campesinas con tierras, se polarizaron contra la izquierda y buscaron nuevas soluciones.[107]

Al final de la guerra, los europeos se hallaban ante el dilema de un mundo viejo que no se podía revivir y un mundo nuevo sobre el que discrepaban agriamente. Como las economías de guerra se desmantelaron con excesiva rapidez, la inflación del periodo bélico se disparó de forma incontrolable, haciendo que resultasen irrisorias las virtudes burguesas de ahorro y moderación. Una población que se había habituado a esperar soluciones públicas a los problemas económicos se veía ahora sumida en la inseguridad.

El conflicto bélico profundizó también las divisiones políticas, complicando aún más las tensiones sociales y económicas. Como la guerra de trincheras había sido una experiencia embrutecedora que superaba todo lo previamente imaginado, hasta la distribución más equitativa de las cargas de hacer la guerra había dividido a los civiles de los militares, el frente de combate del frente interior. Los que habían sobrevivido a las trincheras no podían perdonar a los que les habían enviado allí. Veteranos habituados a la violencia insistían en lo que consideraban como su derecho bien ganado a gobernar los países por los que habían derramado su sangre.[108] «Cuando volví de la guerra», escribió Italo Balbo, «exactamente igual que tantos otros, odiaba la política y a los políticos que, en mi opinión, habían traicionado las esperanzas de los soldados, sometiendo a Italia a una paz vergonzosa y a los italianos que mantenían el culto a los héroes a una sistemática humillación. ¿Luchar, combatir para volver al país de Giolitti, que había convertido en mercancía todos los ideales? No. Antes negarlo

todo, destruirlo todo, para renovarlo todo desde los cimientos».[109] Balbo, que era en 1919 un veterano desmovilizado de 23 años de convicciones antisocialistas pero mazzinianas, que había necesitado cuatro intentos para aprobar los exámenes de Derecho y había trabajado durante un tiempo dirigiendo un semanario para soldados, *L'Alpino,* tuvo pocas posibilidades hasta que le contrató en enero de 1921 como secretario a sueldo el fascio de Ferrara.[110] Acabaría convirtiéndose en uno de los brazos derechos de Mussolini y uno de sus posibles rivales.

Había tres grandes principios de orden mundial que rivalizaban por imponer su influencia mientras la Europa de posguerra vendaba sus heridas: liberalismo, conservadurismo y comunismo. Los liberales —a los que se unían algunos socialistas democráticos— querían organizar el mundo de posguerra de acuerdo con el principio de la dependencia de las naciones. Las nacionalidades satisfechas, cada una con su Estado, coexistían en una armonía natural tal, según la doctrina liberal, que no sería necesaria ninguna fuerza externa para mantener la paz. Los Catorce Puntos de enero de 1918 del presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson, idealistas pero mal concebidos, fueron su expresión más concreta.

Los conservadores dijeron poco en 1918, pero intentaron silenciosamente restaurar un mundo en el que la fuerza armada determinaba las relaciones entre Estados. El primer ministro francés Georges Clemenceau y su jefe de Estado Mayor, el general Ferdinand Foch —con ciertas discrepancias entre ellos sobre lo lejos que podían llegar—, intentaron asegurar una supremacía militar francesa permanente sobre una Alemania debilitada.

El tercer rival era el primer régimen socialista en funcionamiento del mundo, entronizado en Rusia por la Revolución Bolchevique de noviembre de 1917. Lenin exigió que los socialistas de los otros países siguiesen su ejemplo coronado por el éxito, dejasen a un lado la democracia y creasen partidos conspiratorios dictatoriales según el modelo bolchevique capaces de extender la revolución a los Estados capitalistas más avanzados. De momento arrastró consigo a algunos socialistas democráticos occidentales que no querían perder el tan esperado tren revolucionario. Mientras los liberales querían mantener la paz dando satisfacción a las reclamaciones

nacionalistas y los conservadores querían mantenerla mediante la reparación militar, Lenin quería instaurar una sociedad comunista mundial que trascendiese por completo los Estados nacionales.[111]

Ningún bando consiguió un éxito completo. El proyecto de Lenin quedó contenido a finales de 1919 dentro de Rusia, después de que liberales y conservadores unidos aplastasen los efímeros regímenes soviéticos locales de Budapest y Múnich y los levantamientos que se produjeron en otros lugares de Alemania y de Italia. Sobrevivió en Rusia, sin embargo —el primer Estado socialista—, y en los partidos comunistas de todo el mundo. El proyecto de Wilson se plasmó supuestamente en los tratados de paz de 1919-1920, pero había sido parcialmente modificado en la práctica en una dirección conservadora por los intereses nacionales de las grandes potencias y por las duras realidades de las disputadas fronteras étnicas y nacionales. En vez de un mundo de nacionalidades satisfechas o de potencias dominantes, los tratados de paz crearon un mundo dividido entre las potencias victoriosas y sus Estados clientes, artificialmente ampliados incluyendo a otras minorías nacionales —Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía— y a Estados vencidos con ánimo de venganza —las derrotadas Alemania, Austria y Hungría, y la insatisfecha Italia—. Europa, desgajada en un wilsonianismo deformado y un leninismo incompleto, bullía después de 1919 perturbada por conflictos territoriales y de clase sin resolver.

Este fracaso mutuo dejó un espacio político disponible para un cuarto principio de orden mundial. La nueva fórmula de los fascistas prometía, como la de los conservadores, resolver los conflictos territoriales dejando que triunfasen los fuertes. A diferencia de los conservadores, medía los Estados fuertes no solo por el poderío militar, sino también por el fervor y la unidad de sus poblaciones. Proponían superar la lucha de clases integrando a la clase obrera en la nación, por la persuasión si era posible y por la fuerza en caso necesario, y deshacerse de lo «ajeno» y lo «impuro». Los fascistas no querían en modo alguno mantener la paz. Esperaban que la guerra inevitable permitiese que las razas superiores, unidas y seguras de sí mismas, prevalecieran, mientras que los pueblos indecisos, «mestizos» y

divididos se convertirían en sus sirvientes.

El fascismo se había convertido en algo concebible, como pronto veremos, antes de 1914. Pero no llegó a ser realizable en términos prácticos hasta que la Gran Guerra precipitó a Europa en una nueva era. La «época» del fascismo, por citar el título alemán de la obra clásica de 1963 del filósofo-historiador Ernst Nolte, «el fascismo en su época»,[112] se inició en 1918.

Raíces emotivas, culturales e intelectuales

La interpretación que hicieron los europeos de la prueba bélica por la que habían pasado en medio del desastre de 1919 estuvo condicionada, claro está, por una preparación mental previa. Las condiciones previas más profundas del fascismo se hallan en la rebelión de finales del siglo xix contra la creencia liberal dominante en la libertad individual, la razón, la armonía humana natural y el progreso. Mucho antes de 1914, nuevos valores antiliberales en boga, un racismo y un nacionalismo agresivos y una nueva estética del instinto y de la violencia empezaron a aportar un humus intelectual y cultural en el que pudo germinar el fascismo.

Podemos empezar con lo que leían los primeros fascistas. Mussolini fue un lector serio. El joven maestro y militante socialista italiano leyó más a Nietzsche, a Gustave Le Bon y a Georges Sorel que a Marx. Hitler absorbió más bien por ósmosis el febril nacionalismo panalemán y el antisemitismo de George von Schöner, de Houston Stewart Chamberlain,[113] del alcalde Lueger y de las calles de Viena, elevados al éxtasis en su mente por la música de Ricardo Wagner.

Friedrich Nietzsche —1844-1900— ha sido acusado tan a menudo de ser el progenitor del fascismo que su caso exige un cuidado especial. El joven Nietzsche, destinado al sacerdocio luterano, perdió la fe y se convirtió en un catedrático de Filología Clásica cuando era aún extraordinariamente joven. Durante sus restantes años buenos —sufrió un derrumbe mental irreversible a los cincuenta años, tal vez relacionado con la sífilis— dedicó toda su

inteligencia y su rabia a atacar la piedad, la blandura y el moralismo complaciente y conformista de la burguesía en nombre de una independencia de espíritu firme y pura. En un mundo en el que Dios estaba muerto, el cristianismo debilitado y la ciencia era falsa, solo un «superhombre» espiritualmente libre podría luchar desembarazado de las convenciones y vivir de acuerdo con sus propios valores auténticos. Nietzsche inspiró al principio sobre todo a la juventud rebelde y estremeció a sus padres. Al mismo tiempo, su obra contenía abundancia de materia prima para los que quisiesen cavilar sobre la decadencia de la sociedad moderna, el esfuerzo de voluntad heroico necesario para modificar eso y la influencia nefasta de los judíos. Nietzsche, por su parte, se burlaba del patriotismo y de los antisemitas concretos que veía a su alrededor e imaginaba al superhombre como «un espíritu libre, enemigo de los grilletes, el que no adora, el que habita en los bosques».[114] Con una prosa al rojo vivo, ejerció un poderoso influjo intelectual y estético en todo el espectro político, desde los nacionalistas militantes como Mussolini y Maurice Barrès a inconformistas como Stefan George y André Gide, en los nazis y en los no nazis, y en varias generaciones de iconoclastas franceses que van desde Sartre a Foucault. «Los textos de Nietzsche aportan una mina de oro positiva de posibilidades diversas»[115]

Georges Sorel —1847-1922— ejerció una influencia más directa y práctica sobre Mussolini. Ingeniero francés retirado y teórico social aficionado, le fascinaba la idea de determinar qué tipos de causas eran capaces de despertar «en las profundidades del alma un sentimiento de lo sublime proporcional a las exigencias de una lucha gigantesca» de manera que «las naciones europeas, narcotizadas por el humanitarismo, puedan recuperar su antigua energía».[116] Descubrió los mejores ejemplos al principio en el sindicalismo revolucionario del que ya hemos hablado como primer hogar virtual de Mussolini. El sueño sindicalista de «un gran sindicato único», cuya huelga general decisiva erradicaría la sociedad capitalista en «una sola gran noche» y dejaría a los sindicatos al mando, era lo que Sorel denominó un «mito»: un ideal electrizante capaz de impulsar a la gente a actuar por encima de su capacidad ordinaria. Más tarde, al final

de la guerra, Sorel llegó a la conclusión de que quien mejor encarnaba ese ideal era Lenin. Más tarde aún, le impresionó brevemente Mussolini —que era, a su vez, el discípulo de más éxito de Sorel—.[117]

También fueron importantes para el ataque fascista a la democracia los teóricos sociales que plantearon dudas pragmáticas sobre si esa forma relativamente joven de gobierno era factible. Mussolini mencionaba a menudo *La Psychologie des foules —La psicología de las masas,* 1895— de Gustave Le Bon. Le Bon adoptó una visión cínica de cómo surgían las pasiones y se difundían dentro de una masa de gente a la que se podía luego manipular con facilidad.[118] Mussolini también se matriculó en los cursos de Vilfredo Pareto en la Universidad de Lausana en 1904, cuando estaba viviendo en el exilio para eludir el servicio militar italiano. Pareto —1848-1923—, hijo de un mazziniano exiliado en Francia y de madre francesa, era un economista liberal tan exasperado por la difusión del proteccionismo a finales del siglo xix que elaboró una teoría política sobre cómo el poder permanente de las élites y los «residuos» irracionales de los sentimientos populares subvertían en la práctica de forma inevitable las normas superficiales de la democracia electoral y parlamentaria.

En la cúspide de la escala intelectual, el avance más importante de finales del siglo xix fue el descubrimiento de la realidad y el poder del subconsciente en el pensamiento humano y de lo irracional en la actuación humana. Aunque Bergson y Freud no tenían absolutamente ninguna relación con el fascismo y lo padecieron personalmente en realidad, su obra ayudó a socavar la convicción liberal de que la política significa que individuos libres eligen las mejores políticas por el simple uso de su razón.[119] Sus descubrimientos —sobre todo los de Freud— se difundieron y popularizaron después de 1918 debido a experiencias directas del período bélico, como el trauma emocional del campo de batalla, para el que se acuñó el término «neurosis de guerra».

En la base de la escala intelectual, una serie de escritores populares reelaboraron un repertorio existente de temas —raza, nación, voluntad, acción— con formas más duras, más agresivas, como por ejemplo el ubicuo darwinismo social.[120] *Raza,* hasta entonces un término bastante neutro que

se aplicaba a cualquier grupo animal o humano, pasó a tener una forma más explícitamente biológica y hereditaria a finales del siglo xix. Un primo de Charles Darwin, Francis Galton, propuso en la década de 1880 que la ciencia proporcionase a la humanidad la posibilidad de mejorar la raza instando a reproducirse a «los mejores»; él fue el que inventó la palabra *eugenesia* para designar esa tarea.[121] La nación —que había sido en tiempos, para nacionalistas progresistas como Mazzini, una estructura para el progreso y la fraternidad entre los pueblos— se hizo más exclusivista y se incluyó en una jerarquía que daba a las «razas superiores» —como los «arios», una fantasía de la imaginación antropológica del siglo xix—[122] el derecho a dominar a pueblos «inferiores». La voluntad y la acción se convirtieron en virtudes en sí mismas, independientemente de cualquier objetivo concreto, vinculadas a la lucha entre las «razas» por la supremacía.[123]

Después incluso de que los horrores de 1914-1918 hubiesen hecho más difícil pensar en la guerra como el tipo de hazaña tonificante que admiraban Rudyard Kipling, Theodore Roosevelt o el movimiento de los Boy Scouts en sus inicios, aún había quien la consideraba la suprema actividad humana. Si la nación o *Volk* era el logro supremo de la humanidad, la violencia por su causa era ennoblecedora. Amén de eso, unos cuantos estetas de la violencia hallaban belleza en el propio límite extremo de resistencia y voluntad masculina que la guerra de trincheras exigía.[124]

Con el siglo xx aparecieron nuevas formas de angustia, para las que pronto prometería remedios el fascismo. Buscar temores puede ser, en realidad, una estrategia de investigación más fructífera que la búsqueda literal de pensadores que «crearon» el fascismo. Uno de esos temores era el hundimiento de la comunidad a causa de las influencias corrosivas del individualismo libre. Rousseau se había preocupado ya por esto antes de la Revolución francesa.[125] A mediados del siglo xix, y después de esa fecha, el temor a la desintegración social fue mayoritariamente una preocupación conservadora. Tras la década turbulenta de 1840, el polemista victoriano Thomas Carlyle se planteó qué fuerza podría disciplinar en Inglaterra a «las masas, llenas de cerveza y de estupideces», a medida que sectores cada vez

más amplios de ellas recibiesen el derecho al voto.[126] El remedido que él propuso fue una dictadura del bienestar social militarizada, administrada no por la clase dirigente de entonces, sino por una nueva élite formada por abnegados capitanes de la industria y otros héroes naturales del tipo de Oliver Cromwell y Federico el Grande. Los nazis ensalzarían más tarde a Carlyle como un precursor.[127]

El miedo al hundimiento de la solidaridad comunitaria se intensificó en Europa a finales del siglo xix, debido al crecimiento urbano, el conflicto industrial y la inmigración. Una de las razones básicas de que se crease la nueva disciplina de la sociología fue el que se pudiesen diagnosticar a través de ella los males de la comunidad. Émile Durkheim —1858-1917—, el primer titular francés de una cátedra de Sociología, diagnosticó que la sociedad moderna padecía «anomia» —el andar sin rumbo de los que carecen de vínculos sociales— y reflexionó sobre la sustitución de la solidaridad «orgánica», los vínculos forjados dentro de las comunidades naturales de las aldeas, las familias y las iglesias, por la solidaridad «mecánica», los vínculos forjados por la propaganda moderna y los medios de comunicación que perfeccionarían más tarde los fascistas —y los publicitarios—. El sociólogo alemán Ferdinand Tönnies lamentó la suplantación de las sociedades naturales tradicionales —*Gemeinschaften*— por sociedades modernas más diferenciadas e impersonales —*Gesellschaften*— en *Gemeinschaft und Gesellschaft* —1887— y los nazis tomaron de él el término que utilizaron para designar la «comunidad del pueblo» —*Volksgemeinschaft*— que querían formar. Los sociólogos de principios del siglo xx Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca y Roberto Michels hicieron aportaciones aún más directas a las ideas fascistas.[128]

Otra angustia de finales del siglo xix fue la decadencia: el temor a que las grandes naciones históricas estuviesen condenadas por su propia molicie y complacencia a índices de natalidad menguantes[129] y a una disminución de la vitalidad. La predicción mejor conocida de decadencia, cuyo título todo el mundo conocía aunque pocos se hubiesen aventurado a través de su prosa, era *Der Untergang des Abendlandes —La decadencia de occidente*, 1918—, de Oswald Spengler. Spengler, profesor de Historia en un instituto

de enseñanza media alemán, sostenía que las culturas tienen ciclos vitales como los organismos, que pasan de una «Edad de la Cultura» heroica y creadora a una «Edad de la Civilización» en la que masas desarraigadas, amontonadas en ciudades, pierden el contacto con la tierra, solo piensan en el dinero y se hacen incapaces de grandes acciones. Alemania no era, por tanto, la única víctima de la decadencia. En un segundo volumen —1922—, indicaba que un «cesarismo» heroico aún podría ser una solución en Alemania. Spengler temía que la modernización estuviese acabando con las tradiciones arraigadas. El bolchevismo llevaría aún más allá la destrucción. Él abogaba por una revolución espiritual que revitalizase la nación sin modificar su estructura social.[130]

Los enemigos fueron básicos para las angustias que ayudaron a inflamar la imaginación fascista. Los fascistas veían enemigos dentro de la nación además de fuera. Los Estados extranjeros eran enemigos familiares, aunque su peligro pareció intensificarse con el avance del bolchevismo y con los conflictos fronterizos exacerbados y las reclamaciones nacionalistas insatisfechas de después de la Primera Guerra Mundial. Los enemigos internos crecieron exuberantemente en número y en diversidad en el paisaje mental cuando el ideal del Estado nacional homogéneo pasó a hacer que resultasen más sospechosas las diferencias. Las minorías étnicas habían aumentado de tamaño en Europa Occidental después de la década de 1880 por los numerosos refugiados que huían de los pogromos de la Europa Oriental.[131] Los subversivos políticos y culturales —socialistas de diversos matices, intelectuales y artistas de vanguardia— descubrieron nuevos modos de desafiar el conformismo de la comunidad. Había que defender de sus ataques la cultura nacional. Joseph Goebbels proclamó en una ceremonia de quema de libros que tuvo lugar en Berlín el 10 de mayo de 1933 que «la era del intelectualismo judío extremo ha terminado ya y el éxito de la revolución alemana ha dado de nuevo preferencia al espíritu alemán».[132] Aunque a Mussolini y a sus amigos artistas de vanguardia les preocupaba menos que a los nazis el modernismo cultural, escuadras fascistas organizaron también quemas de libros socialistas en Italia.

El descubrimiento del papel de las bacterias en el contagio de las

enfermedades por el biólogo francés Louis Pasteur y de los mecanismos de la herencia por el monje y botánico austriaco Gregor Mendel en la década de 1880 permitieron que se pudieran concebir categorías completamente nuevas de enemigos internos: los portadores de enfermedad, los impuros y los criminales, los locos y los enfermos hereditarios. El ansia de purificar médicamente la comunidad se hizo mucho más intensa en la Europa septentrional protestante que en la Europa meridional católica. Este hecho influyó también en los Estados liberales. Suecia y Estados Unidos fueron los primeros países que impusieron la esterilización forzosa de los delincuentes habituales —en el caso estadounidense, sobre todo de afroamericanos—, pero la Alemania nazi fue mucho más allá que ellos con el programa más amplio de eutanasia médica que se ha conocido.[133]

La Italia fascista, sin embargo, aunque promovió el crecimiento de *la razza*, entendida en términos histórico-culturales,[134] no se vio demasiado afectada por la moda estadounidense y norteuropea de la purificación biológica. Esta diferencia se apoyaba en la tradición cultural. La derecha alemana había sido tradicionalmente *völkisch*, defensora de un «pueblo» biológico amenazado por las impurezas extranjeras, la división socialista y la molicie burguesa.[135] El nuevo nacionalismo italiano era menos biológico y más político en su decisión de «volver a hacer» el Risorgimento que los liberales habían corrompido y los socialistas, debilitado. Reclamaba el derecho de los italianos como «nación proletaria» a una parte de las colonias del mundo. Si era cierto que las naciones, fuese el que fuese su aparato democrático superficial, estaban regidas en realidad por una élite, como les decían a los italianos al final de la Primera Guerra Mundial los sociólogos Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca y el decepcionado socialista alemán emigrado Roberto Michels, Italia debía plantearse la creación de una nueva élite digna capaz de dirigir su nuevo Estado y de guiar a la opinión pública italiana, mediante «mitos» si era necesario.[136]

Los fascistas necesitan un enemigo demonizado contra el que movilizar seguidores, pero ese enemigo no tiene por qué ser, claro está, el judío. Cada cultura concreta su enemigo nacional. Aunque en Alemania el extranjero, el impuro, el contagioso y el subversivo se fundían a menudo en una sola

imagen demonizada del judío, los gitanos y los eslavos fueron también objetivos. Los fascistas estadounidenses demonizaron a los negros y a veces a los católicos además de a los judíos. Los fascistas italianos demonizaron a sus vecinos, los eslavos meridionales, sobre todo a los eslovenos, así como a los socialistas opuestos a la guerra de renovación nacional. Más tarde añadieron sin problema a su lista a los etíopes y a los libios, a los que intentaron someter en África.

Las angustias fascistas por la decadencia y la impureza no señalaban necesariamente hacia la restauración de alguna antigua edad dorada. Es indudable que Isaiah Berlin se excedió un poco al considerar un precursor del fascismo a Joseph de Maistre, de la Francia de la Restauración, más por su «obsesión con la sangre y la muerte», su fascinación con el castigo y su profecía de una «sociedad totalitaria» que por su convencimiento de la depravación humana y de la necesidad de autoridad.[137] Pero De Maistre brindó solo soluciones anticuadas: la autoridad ilimitada de la Iglesia y el Rey. Zeev Sternhell ha demostrado que las herejías socialistas figuran entre las raíces del fascismo, aunque no estaban solas, por supuesto.[138] Otros elementos del universo mental fascista —unidad nacional, participación ciudadana— procedían del seno de los valores liberales.

El lugar del fascismo en la tradición intelectual europea es motivo de acalorada disputa. Se han destacado dos posiciones extremas. Zeev Sternhell considera el fascismo una ideología coherente que formaba «parte integrante de la historia de la cultura europea».[139] Según Hannah Arendt, el nazismo «no debió nada a ningún sector de la tradición occidental, ya sea alemán o no, católico o protestante, cristiano, griego o romano [...], el nazismo es en realidad, por el contrario, la descomposición de todas las tradiciones europeas y alemanas, tanto de las buenas, como de las malas [...], que se basa en la embriaguez de la destrucción como una experiencia real, soñando el sueño estúpido de producir el vacío».[140]

En apoyo de Sternhell, se había hecho asequible para el fascismo dentro de la cultura europea en 1914 todo un repertorio de temas: la primacía de la «raza» o la «comunidad» o «el pueblo» —el *Volk* para los alemanes— sobre los derechos individuales; el derecho de las razas más fuertes a luchar por la

supremacía; la virtud y la belleza de la acción violenta en nombre de la nación; el temor a la decadencia nacional y a la impureza; el menosprecio de compromisos y acuerdos; el pesimismo respecto a la naturaleza humana.

No es válido, sin embargo, construir una especie de teleología intelectual que empiece con el movimiento fascista y lea hacia atrás, selectivamente, reuniendo todos los textos o declaraciones que parezca que señalan en su dirección. Una genealogía lineal que conduzca directamente de pensadores originales a un fascismo terminado es una invención. Por una parte, los que se rebelaron en el siglo xix y principios del xx contra el liberalismo conformista, como, por ejemplo, Nietzsche, y contra el socialismo reformista, como Sorel, no se consideran en su totalidad si nos limitamos a elegir partes que parezcan presagiar el fascismo. Los panfletarios fascistas que los citaban más tarde se limitaron a desgajar fragmentos fuera de contexto.

También los antifascistas se basaron en esos autores. Hubo incluso algunos escritores alemanes *völkisch* que rechazaron el nazismo. Oswald Spengler, por ejemplo, pese al entusiasmo de los nazis por su obra, siempre se negó a respaldar el nacionalsocialismo. «El entusiasmo», escribió en 1932, al parecer pensando en Hitler, «es una carga peligrosa en el camino de la política. El que abre nuevos caminos tiene que ser un héroe, no un tenor heroico».[141] El poeta Stefan George, cuyo sueño de una comunidad purificada de campesinos y artistas regida por una élite ilustrada resultaba atractivo para algunos nazis, rechazó la oferta que estos le hicieron de que presidiera la Academia Alemana. Horrorizado por la tosca violencia de la Sección de Asalto —*Sturmabteilungen*, o SA—, George se exilió voluntariamente en Zúrich, donde murió en diciembre de 1933. Uno de sus antiguos discípulos, el coronel conde Klaus Schenk von Stauffenberg, intentó asesinar a Hitler en julio de 1944. Ernst Niekisch —1889-1967—, cuyo rechazo radical de la sociedad burguesa estaba vinculado a un ardoroso nacionalismo alemán, cooperó brevemente con el nazismo a mediados de la década de 1920 y se pasó luego a la izquierda y se opuso agriamente a él. El teórico austriaco del cooperativismo Othmar Spann estaba entusiasmado con el nazismo en 1933, pero la jefatura nazi consideró

que su forma de cooperativismo era demasiado antiestatista y le detuvieron cuando invadieron Austria en 1938.[142]

En Italia, Gaetano Mosca, que influyó en los fascistas por su análisis de la inevitable «circulación de las élites» dentro incluso de las democracias, fue uno de los senadores que hicieron frente a Mussolini en 1921. Firmó el Manifiesto Antifascista de Croce en 1925.[143] Giovanni Prezzolini, que con su anhelo de una nueva versión del Risorgimento había sido una inspiración para el joven Mussolini,[144] fue mostrando una reserva creciente y acabó yéndose a dar clases en Estados Unidos.

La preparación intelectual y cultural puede haber hecho imaginable el fascismo, pero esos pensadores no trajeron por eso el fascismo. Incluso para Sternhell, la ideología del fascismo, plenamente formada, en su opinión, en 1912, no formó regímenes fascistas por sí sola. Los regímenes fascistas tenían que entretejerse en las sociedades a través de elecciones entre alternativas y de actuaciones.[145]

Los críticos intelectuales y culturales a los que se considera a veces los creadores del fascismo fueron en realidad más los creadores del espacio que estaba disponible para el fascismo que del fascismo mismo. Son los que más directamente explican la debilidad de los rivales del fascismo, el liberalismo burgués en ascenso y el poderoso socialismo reformista de la Europa de antes de 1914. Eran necesarias actuaciones y elecciones concretas entre alternativas para que el fascismo pudiese surgir, explotar esa debilidad y ocupar esos espacios.

Una dificultad más para rastrear las raíces culturales e intelectuales del fascismo es lo mucho que difieren entre sí los casos nacionales. Eso no debería resultar sorprendente por dos razones. Ciertos entornos nacionales, sobre todo las democracias que operaban con éxito, pero también países turbulentos, como Rusia, donde la disensión y la cólera aún polarizaban hacia la izquierda, brindaban pocas posibilidades al fascismo. Además, los fascistas no inventan los mitos y los símbolos que componen la retórica de sus movimientos, sino que eligen aquellos que se adaptan a sus objetivos dentro del repertorio cultural de la nación. La mayoría de ellos no tienen un vínculo intrínseco o necesario con el fascismo. El poeta futurista ruso

Vladimir Mayakovski, cuyo amor a las máquinas y a la velocidad era comparable al de Marinetti, encontró su camino como bolchevique ferviente.

En cualquier caso, no son los temas particulares del nazismo o del fascismo italiano los que definen la naturaleza del fenómeno fascista, sino la función que tienen. Los fascismos buscan en cada cultura nacional aquellos temas que son más capaces de activar un movimiento de masas de regeneración, unificación y purificación, dirigido contra el individualismo y el constitucionalismo de los liberales y contra la lucha de clases izquierdista. Los temas que atraen a los fascistas en una tradición cultural pueden parecer sencillamente estúpidos en otra. Los nuevos mitos nórdicos que emocionaron a noruegos o alemanes parecían ridículos en Italia, donde el fascismo apeló más bien a una *Romanitá* clásica empapada de sol.[146]

Sin embargo, donde el fascismo apeló a los intelectuales, lo hizo sobre todo en sus primeras etapas. Su hospitalidad latitudinaria con adláteres intelectuales dispares tuvo su mayor amplitud entonces, antes de que su ímpetu antiburgués tuviese que aceptar, comprometido en la búsqueda del poder. En la década de 1920 parecía la esencia misma de la rebelión contra el acartonado conformismo burgués. El movimiento vorticista, fundado en Londres por el poeta estadounidense Ezra Pound y el pintor y escritor canadiense Wydham Lewis,[147] simpatizó con el fascismo italiano en la década de 1920. Sus paladines mostraron, lo mismo que el futurismo de Marinetti, que se podría ser rebelde y vanguardista sin tener que tragarse el igualitarismo, el cosmopolitismo, el caciquismo, el feminismo o la seriedad de la izquierda.

Pero los cambios culturales e intelectuales que ayudaron a hacer concebible el fascismo y, por tanto, posible fueron ambos más amplios y más reducidos, simultáneamente, que el propio fenómeno fascista. Por una parte, muchas personas compartieron esas tendencias sin llegar nunca a respaldar el fascismo. El novelista inglés D. H. Lawrence parecía un temprano fascista en carta a un amigo, unos meses antes de que estallase la Primera Guerra Mundial: «Mi gran religión es una fe en la sangre, la carne, porque las considero más sabias que el intelecto. Podemos equivocarnos

con la mente, pero lo que siente y cree nuestra sangre y lo que dice siempre es verdad».[148] Cuando empezó la guerra, Lawrence, casado con una alemana, se quedó horrorizado ante la matanza y se declaró objetor de conciencia.

Por otra parte, el fascismo no se desarrolló plenamente hasta después de que sus activistas cerraran los ojos discretamente a algunos de sus primeros principios, en su propósito de establecer las coaliciones necesarias para alcanzar el poder. Una vez en el poder, como ya veremos, los fascistas minimizaron, marginaron e incluso desecharon algunas de las corrientes intelectuales que les habían ayudado a abrirse camino.

Además, centrarse solo en las trayectorias ilustradas de inteligencia y la cultura en busca de las raíces fascistas es pasar por alto el registro más importante: las emociones y pasiones subterráneas. Lo que estaba adquiriendo forma era una nebulosa de actitudes, y ningún pensador llegó a unificar nunca un sistema filosófico total para apoyar el fascismo. Hasta los investigadores que se especializan en la búsqueda de los orígenes intelectuales y culturales del fascismo, como George Mosse, proclaman que el asentamiento de un «talante» es más importante que «la búsqueda de algunos precursores individuales».[149] En ese sentido también, el fascismo se vincula más plausiblemente a una serie de «pasiones movilizadoras» que conforman la acción fascista que a una filosofía coherente y plenamente articulada. Es en el fondo un nacionalismo apasionado. Y hay, aliada con él, una visión conspiratoria y maniquea de la historia como una batalla entre los campos del bien y del mal, entre lo puro y lo corrompido, en la que la comunidad o la nación de uno ha sido la víctima. En esta narración darwiniana, al pueblo elegido lo han debilitado los partidos políticos, las clases sociales, las minorías no asimilables, unos rentistas mimados y unos pensadores racionalistas que carecen del necesario sentido de comunidad. Estas «pasiones movilizadoras», la mayoría de las cuales se dan por supuestas y no se exponen siempre abiertamente como proposiciones intelectuales, forman la lava emotiva que asienta los cimientos del fascismo:

- un sentimiento de crisis abrumadora que no se puede superar con las soluciones tradicionales;
- la primacía del grupo, hacia el que uno tiene deberes superiores a cualquier derecho, sea individual o universal, y la subordinación a él del individuo;
- la creencia de que el grupo al que uno pertenece es una víctima, un sentimiento que justifica cualquier actuación, sin límites legales o morales, contra sus enemigos, tanto internos como exteriores;[150]
- el temor a la decadencia del grupo a causa de los efectos corrosivos del liberalismo individualista, la lucha de clases y las influencias extranjeras;
- la necesidad de una integración más estrecha de una comunidad más pura, por el consentimiento si es posible o por la violencia excluyente en caso necesario;
- la necesidad de que haya una autoridad de dirigentes naturales —siempre varones—, que culmina en un caudillo nacional que es el único capaz de encarnar el destino del grupo;
- la superioridad de los instintos del caudillo sobre la razón abstracta y universal;
- la belleza de la violencia y la eficacia de la voluntad, cuando se consagran al éxito del grupo;
- el derecho del pueblo elegido a dominar a otros sin limitaciones de ningún género de ley humana o divina, derecho que se decide por el criterio exclusivo de la capacidad del grupo para triunfar en una lucha darwiniana.

Las «pasiones movilizadoras» del fascismo son difíciles de abordar históricamente porque muchas de ellas son tan antiguas como Caín. Pero parece indiscutible que las fiebres del nacionalismo exacerbado de antes de la Primera Guerra Mundial y las pasiones desatadas por esa guerra las agudizaron. El fascismo era un asunto visceral más que cerebral, y un estudio de las raíces del fascismo que solo trate de los pensadores y los escritores pasa por alto los impulsos más poderosos de todos.

Condiciones previas a largo plazo

Los cambios a largo plazo en las estructuras fundamentales, políticas, sociales y económicas ayudaron también a preparar el camino al fascismo. Como señalé al principio, el fascismo llegó retrasado como movimiento político.[151] Era sencillamente inconcebible antes de que se hubiesen dado una serie de condiciones previas básicas.

Una condición previa necesaria fue la política de masas. El fascismo, como movimiento de masas dirigido contra la izquierda, no podía existir en realidad antes de que la ciudadanía hubiese empezado a participar en la política. Algunos de los primeros cambios de dirección que llevarían al

fascismo se dieron en los primeros experimentos europeos duraderos con el sufragio universal de los varones después de las revoluciones de 1848.[152] Hasta entonces, tanto los conservadores como los liberales habían intentado en general limitar el electorado a los ricos y a los ilustrados: a ciudadanos «responsables», con capacidad para elegir entre alternativas de carácter general. Después de las revoluciones de 1848, aunque la mayoría de los conservadores y de los liberales cautos intentaban restaurar las limitaciones al derecho de sufragio, unos cuantos políticos conservadores innovadores y audaces prefirieron, en vez de eso, arriesgase a aceptar el electorado de masas e intentar manejarlo.

El aventurero Luis Napoleón fue elegido presidente de la Segunda República Francesa en diciembre de 1848 por sufragio universal masculino, utilizando una imaginería simple y lo que hoy se llama «reconocimiento del nombre» —su tío había sido el emperador Napoleón Bonaparte, que había estremecido al mundo—. El presidente Luis Napoleón, enfrentado a una legislatura liberal —en el sentido que tenía el término en el siglo xix— que intentó en 1850 privar del derecho al voto a los ciudadanos pobres e itinerantes, defendió audazmente el sufragio universal de los varones. Después incluso de haberse convertido en el emperador Napoleón III mediante un golpe de Estado militar en diciembre de 1851, dejó que todos los ciudadanos varones votasen a los miembros de un Parlamento fantasma. Frente a la preferencia de los liberales por un electorado restringido de ilustrados, el emperador se convirtió en un pionero del uso habilidoso de símbolos y lemas sencillos que atraían a los pobres y poco ilustrados.[153]

Bismarck, en el nuevo Imperio alemán que terminó de construir en 1871, decidió así mismo manipular un electorado amplio en sus batallas contra los liberales. Sería absurdo llamar a estos autoritarios «fascistas»,[154] pero eran claramente los primeros que se adentraban en un territorio que los fascistas dominarían más tarde. Al decidirse por manipular a un electorado de masas en vez de restringir el derecho de voto, se apartaron tanto de los conservadores como de los liberales y de la política tal como se practicaba entonces, como un debate ilustrado entre notables elegidos por un público respetuoso para que gobernaran en su nombre.

Los fascistas, a diferencia de los conservadores y de los liberales cautos, nunca quisieron mantener a las masas fuera de la política. Ellos querían reclutarlas, disciplinarlas e insuflarles energía. Al final de la Primera Guerra Mundial, no había ya, de todos modos, posibilidad de volver a un derecho de sufragio limitado. Los jóvenes habían sido reclutados casi en todas partes para morir por su país, y difícilmente se podía negar a ninguno de ellos los plenos derechos de ciudadanía. También a las mujeres, cuyo papel económico y social se había ampliado enormemente con la guerra, se les otorgó el derecho al voto en muchos países del norte de Europa —aunque todavía no en Francia, Italia, España o Suiza—. Aunque los fascistas pretendían restaurar el patriarcado en la familia y en el lugar de trabajo, prefirieron movilizar a las mujeres favorables a ellos en vez de privarlas del derecho de voto, al menos hasta que pudieron abolir por completo las votaciones.[155]

Para que pudiera llegar a ser posible el fascismo tuvo que cambiar también la cultura política europea. La derecha tuvo que reconocer que no podía evitar ya participar en la política de masas. Facilitó esta transición el que un número creciente de ciudadanos de clase media se incorporase a las filas conservadoras, una vez satisfechas sus limitadas demandas políticas y al concretarse nuevas demandas amenazadoras de los socialistas. En 1917 —tal vez antes—, el proyecto revolucionario era algo lo suficientemente inmediato como para alejar a gran parte de la clase media de la fidelidad a la izquierda de sus abuelos demócratas de 1848. Los conservadores pudieron empezar a soñar con el control de mayorías electorales.

Las izquierdas democráticas y socialistas, aún unidas en 1848, tuvieron que escindirse para que pudiera llegar a ser posible el fascismo. La izquierda tuvo que perder también su posición como recurso automático de todos los partidarios del cambio: los soñadores y los descontentos, tanto entre la clase media como en la clase obrera. Así pues, el fascismo es inconcebible sin la presencia de una izquierda socialista madura y en expansión. De hecho los fascistas solo pueden hallar su espacio después de que el socialismo ha llegado a hacerse lo bastante poderoso como para haber tenido cierta participación en el Gobierno y haber desilusionado así a

una parte de su clientela intelectual y obrera tradicional. Así que podemos situar el fascismo en el tiempo no solo después del asentamiento irreversible de la política de masas, sino en realidad en un periodo tardío de ese proceso, en el que los socialistas han llegado al punto de participar en el Gobierno... y de estar comprometidos por ello.

El umbral se franqueó en septiembre de 1899, cuando el primer socialista europeo aceptó un cargo en un gabinete burgués, para ayudar a la democracia francesa que estaba siendo atacada durante el *affaire* Dreyfus, ganándose así la hostilidad de algunos de los puristas morales de su movimiento.[156] En 1914 parte de los seguidores tradicionales de la izquierda se habían desilusionado por lo que consideraban los compromisos de los socialistas parlamentarios moderados. Después de la guerra, buscando algo más intransigentemente revolucionario, se pasaron al bolchevismo o, como hemos visto, a través del nacional-sindicalismo, al fascismo.

Después de 1917, por supuesto, la izquierda no estaba ya agrupándose y esperando su momento, como había estado haciendo antes de 1914. Estaba amenazando con recorrer el mundo a la cabeza de una Revolución Bolchevique en apariencia incontenible. El miedo que causó a todas las clases medias y altas la victoria de Lenin en Rusia, y el éxito previsto de sus seguidores en la más industrializada Alemania, es crucial para entender la búsqueda aterrada durante el periodo 1918-1922 de algún nuevo tipo de respuesta al bolchevismo.

Los timbres de alarma activados por el bolchevismo convirtieron en emergencias las dificultades que afrontaban ya los valores e instituciones liberales después de la Primera Guerra Mundial.[157] Las tres instituciones liberales clave —el Parlamento, el mercado y la escuela— no resultaban demasiado eficaces frente a estas emergencias. Los representantes elegidos pugnaban por encontrar el mínimo necesario de terreno compartido para tomar difíciles decisiones de gobierno. La tesis de la idoneidad de un mercado autorregulado, aunque creíble a largo plazo, parecía ridículamente insuficiente ante los trastornos económicos nacionales e internacionales inmediatos. La escolarización gratuita no parecía ya suficiente por sí sola

para integrar comunidades agitadas por una cacofonía de intereses opuestos, pluralismo cultural y experimentación artística. La crisis de las instituciones liberales no afectó, sin embargo, a todos los países exactamente con la misma intensidad y examinaremos en el próximo capítulo estas experiencias nacionales diversas.

Precursores

Hemos comentado ya que el fascismo fue algo inesperado. No es la proyección lineal de ninguna otra tendencia política del siglo xix. No es fácilmente abarcable en función de ninguno de los principales paradigmas del siglo xix: liberalismo, conservadurismo, socialismo. No había ni palabras ni conceptos para él antes de que apareciesen el movimiento de Mussolini y otros parecidos a él después de la Primera Guerra Mundial.

Había habido indicios de ello, sin embargo. A finales del siglo xix surgieron los primeros signos de una «Política en una Clave Nueva»:[158] la creación de los primeros movimientos populares consagrados a reafirmar la prioridad de la nación frente a todas las formas de internacionalismo o de cosmopolitismo. La década de 1880 —con su depresión económica y su práctica democrática ampliada simultáneas— fue un umbral decisivo.

Esa década enfrentó a Europa y al mundo con nada menos que la primera crisis de la globalización. En la década de 1880 los nuevos barcos de vapor hicieron posible transportar carne y trigo baratos a Europa, arruinando las granjas familiares y las fincas aristocráticas y enviando una oleada de refugiados rurales a las ciudades. Al mismo tiempo, los ferrocarriles acabaron con la base de lo que quedaba de trabajo artesanal especializado al transportar artículos manufacturados baratos a todas las ciudades. En el mismo momento inoportuno llegó a Europa Occidental un número excepcional de inmigrantes; no solo eran trabajadores con similitudes culturales de España e Italia, sino también judíos culturalmente exóticos que huían de la opresión de la Europa oriental. Estas conmociones constituyen el telón de fondo de algunos de los acontecimientos de la

década de 1880 que podemos ahora apreciar como los primeros tanteos hacia el fascismo.

Los experimentos conservadores franceses y alemanes con sufragio universal de los varones manipulado a los que aludimos anteriormente se ampliaron en la década de 1880. La tercera Ley de Reforma inglesa de 1884 casi duplicó el electorado, pasando a incluir a casi todos los varones adultos. En todos estos países, las élites políticas se vieron obligadas en esa década a adaptarse a un cambio de la cultura política que debilitaba el respeto social que había producido durante mucho tiempo la elección casi automática de los representantes de la clase alta para el Parlamento, abriendo así el camino para que accediesen a la política estratos sociales más modestos: tenderos, médicos y farmacéuticos rurales, abogados de poblaciones pequeñas..., las «nuevas capas» —*nouvelles couches*— a las que aludía en 1874, en una frase célebre, Léon Gambetta, hijo él mismo de un tendero italiano inmigrante, que pronto se convertiría en el primer francés de origen humilde que llegaría a ser primer ministro.

Este nuevo tipo de representante electo, al carecer de fortuna personal, vivía de su salario de parlamentario, convirtiéndose con ello en el primer político profesional.[159] Al carecer del reconocimiento del nombre hereditario de los «notables» que habían dominado hasta entonces los Parlamentos europeos, estos nuevos políticos tuvieron que inventar nuevos tipos de redes de apoyo y nuevos tipos de mensajes. Algunos de ellos crearon maquinarias políticas basadas en clubes sociales de clase media, como la masonería —eso fue lo que hizo, por ejemplo, el Partido Radical de Gambetta en Francia—; otros, tanto en Alemania como en Francia, descubrieron el poder de convocatoria del antisemitismo y el nacionalismo. [160]

Ese nacionalismo creciente penetró a finales del siglo xix incluso en las filas de la clase obrera organizada. Me referí antes en este capítulo a la hostilidad entre asalariados de habla alemana y de habla checa en Bohemia, en lo que era entonces el Imperio de los Habsburgo. En 1914 estaba empezando a resultar posible utilizar el sentimiento nacionalista para movilizar a unos sectores contra otros dentro de la clase trabajadora, algo

que se haría más notorio aún después de la Primera Guerra Mundial.

Por todas esas razones, la crisis económica de la década de 1880, que fue la primera depresión importante que se produjo en la era de la política de masas, benefició a la demagogia. Como consecuencia, una disminución en el nivel de vida se traduciría rápidamente en derrotas electorales para los titulares de cargos y en victorias para advenedizos políticos dispuestos a utilizar lemas sumarios dirigidos a votantes furiosos.

Durante la década de 1880 surgieron en Europa varios movimientos nacionalistas y populistas notorios con una base de masas. Francia, precoz en tantos experimentos políticos, fue también en este una adelantada. El elegante y seductor general Boulanger, al que había nombrado ministro de Guerra en enero de 1886 el Gobierno de tendencia moderadamente izquierdista de Charles de Freycinet, al que se idolatraba en París porque se había enfrentado a los alemanes y había tratado consideradamente a sus soldados y porque con su barba rubia y su caballo negro era una estampa espléndida en los desfiles patrióticos. El general fue depuesto como ministro de Guerra en mayo de 1887, sin embargo, por hacer uso de un lenguaje excesivamente belicoso durante un periodo de tensión con Alemania. Su partida para ocupar un cargo en provincias desencadenó una gigantesca manifestación popular cuando sus admiradores parisinos se tendieron en las vías para bloquear su tren. Boulanger había estado próximo en principio a la izquierda moderada anticlerical —los «radicales» en la terminología política francesa de la época—, pero entonces se permitió convertirse en el centro de una agitación política que atraía a la derecha y a la izquierda. Aunque seguía apoyando propuestas radicales como la abolición del Senado elegido indirectamente, su propuesta de cambios constitucionales trascendentales adquirió entonces un tufillo de conspiración de hombre providencial.

Cuando el Gobierno, alarmado, expulsó a Boulanger del Ejército, el exgeneral se vio libre ya para entregarse a sus ambiciones políticas recién halladas. Su estrategia consistió en presentarse a todas las elecciones para cubrir un escaño vacante que se producían siempre que un escaño parlamentario quedaba libre por muerte o dimisión. Resultó que tenía un

amplio apoyo popular en los barrios obreros. Monárquicos y también bonapartistas le daban dinero porque su éxito parecía más probable que dañase a la república que no que la reformase. En enero de 1889, después de que Boulanger obtuviese un escaño vacante en París por una considerable mayoría, sus seguidores le instaron a dar un golpe de Estado contra la República francesa, tambaleante ya debido a los escándalos financieros y a la depresión económica. Pero en el momento decisivo el hombre providencial falló. Amenazado por el Gobierno con un proceso judicial, huyó a Bélgica el 1 de abril y se suicidó allí más tarde sobre la tumba de su amante. El boulangerismo resultó ser flor de un día.[161] Pero por primera vez se habían reunido en Europa los ingredientes para una agrupación nacionalista y populista con base de masas en torno a un personaje carismático.

Surgieron también en Francia ingredientes similares después de 1896 mezclados con las emociones populares contra el capitán Alfred Dreyfus, un oficial de Estado Mayor judío acusado erróneamente de espiar en favor de Alemania. El caso convulsionó Francia hasta 1906. El bando anti-Dreyfus reclutó en defensa de la autoridad del Estado y el honor del Ejército a conservadores y a algunos izquierdistas influidos por el antisemitismo anticapitalista tradicional y las formas jacobinas de nacionalismo. El bando pro-Dreyfus, formado principalmente por la izquierda y el centro, defendió una norma universal de los derechos del hombre. La nación estaba por encima de cualquier valor universal, proclamó Charles Maurras, *anti-dreyfusard*, cuyo movimiento Action Française se considera a veces el primer fascismo auténtico.[162] Cuando resultó que un documento utilizado para incriminar a Dreyfus había sido falsificado, Maurras no se inmutó. Era, dijo, una «falsificación patriótica», un *faux patriotique*.

Austria-Hungría fue otro marco en el que hubo movimientos precursores que se adentraron con éxito en el terreno del nacionalismo populista. Georg von Schönerer —1842-1921—, un terrateniente acaudalado y apóstol del panalemanismo de los Sudetes, en las estribaciones occidentales de Bohemia, instó a los súbditos de habla alemana del Imperio de los

Habsburgo a trabajar por la unión con el Imperio alemán y a combatir la influencia judía y católica.[163] Ya hemos comentado cómo Karl Lueger fue elegido alcalde de Viena en 1897, con la oposición del emperador y de los liberales tradicionales, y gobernó invicto hasta 1910, cuando murió, con una mezcla innovadora de «socialismo municipal» —parques, escuelas, hospitales, electricidad, agua y gas públicos— y antisemitismo.[164]

También los políticos alemanes experimentaron en la década de 1880 con el atractivo del antisemitismo. El pastor protestante de la corte Adolf Stöker lo utilizó en su Partido Socialcristiano con el propósito de atraer al conservadurismo a votantes de clase media baja y de clase obrera. Hizo uso de él como un nuevo medio de controlar la política de masas una nueva generación de liberales que no procedían de los viejos círculos de aristócratas y terratenientes y que carecían de los viejos mecanismos de respeto social.[165] Pero los experimentos de política abiertamente antisemita fueron reduciéndose hasta la insignificancia en Alemania a principios del siglo xx. Esos movimientos precursores demostraban que, aunque existiesen ya muchos elementos del fascismo posterior, las condiciones no estaban maduras para unificarlos y conseguir un número sustancial de seguidores.[166]

Podría decirse que el primer ejemplo concreto de «nacionalsocialismo» en la práctica fue el Círculo Proudhon de Francia en 1911, un grupo de estudio que se proponía «unir a nacionalistas y antidemócratas de ala izquierda» en una ofensiva contra el «capitalismo judío».[167] Era una creación de Georges Valois, antiguo militante de la Action Française de Charles Maurras que rompió con su maestro para dedicarse más activamente a convertir a la clase trabajadora al nacionalismo y apartarla del internacionalismo marxista. Pero resultó ser demasiado pronto para eso y su «triunfo de los valores heroicos sobre el materialismo burgués innoble en el que se está ahogando ahora Europa» y «el despertar de la Fuerza y la Sangre contará el Oro» solo consiguió atraer a unos cuantos periodistas e intelectuales.[168]

El término *nacionalsocialismo* parece ser que lo inventó el escritor nacionalista francés Maurice Barrès, que describió en 1896 a un aristócrata

aventurero, el marqués de Morès, como el «primer nacionalsocialista».[169] Morès, después de fracasar como ranchero en Dakota del Norte, regresó a París a principios de la década de 1890 y organizó una banda de matones antisemitas que atacaba las oficinas y tiendas judías. Como ganadero que era, Morès buscó sus reclutas entre los trabajadores de los mataderos de París, atrayéndolos con una mezcla de anticapitalismo y nacionalismo antisemita.[170] Sus escuadras llevaban ropa vaquera y sombreros de diez galones que el marqués había descubierto en el Oeste americano y que precedieron, por tanto —con un modesto esfuerzo de la imaginación—, a las camisas negras y pardas como el primer uniforme fascista. Morès mató en un duelo a un popular oficial judío, el capitán Armand Meyer, al principio del *affaire* Dreyfus, y fue muerto a su vez por sus guías tuaregs en el Sahara en 1896 en una expedición que hizo allí para «unir Francia al islam y a España».[171] «La vida solo es valiosa a través de la acción», había proclamado. «Si la acción es mortal, qué se le va a hacer».[172]

Algunos italianos se estaban moviendo en la misma dirección. Algunos discípulos italianos de Sorel hallaron en la nación el tipo de mito movilizador que no estaba consiguiendo aportar la revolución proletaria.[173] A quienes querían mantener, como Sorel, la pureza de la motivación y la intensidad de la entrega que el socialismo había brindado cuando era una oposición acosada, se les unieron ahora los que despreciaban los compromisos del socialismo parlamentario y los que se estaban desilusionando ante el fracaso de las huelgas generales, que llegaron a su punto álgido en la terrible derrota de la «Semana Roja» de Milán de junio de 1914. Pensaban que el productivismo[174] y la guerra expansionista podían sustituir en el caso de la Italia «proletaria» —como en Libia en 1911 — a la huelga general como el mito movilizador más eficaz para un cambio revolucionario del país. Se ponía así otra piedra angular para el edificio que construirían los fascistas: el proyecto de ganarse la clientela de los socialistas para la nación a través de un «nacional-sindicalismo» antisocialista heroico.

Considerando estos precursores, ha surgido un debate sobre cuál fue el país que generó el primer movimiento fascista. Un frecuente candidato es

Francia.[175] Se ha propuesto Rusia.[176] Casi nadie coloca a Alemania en primer lugar.[177] Es posible que el fenómeno más antiguo que puede relacionarse funcionalmente con el fascismo sea estadounidense: el Ku Klux Klan. Justo inmediatamente después de la Guerra de Secesión, algunos antiguos oficiales confederados, temiendo el voto otorgado a los afroamericanos en 1867 por los reconstruccionistas radicales, crean una milicia para restaurar un orden social desbaratado. El Klan constituyó una autoridad cívica alternativa, paralela al Estado legítimo, que, según el punto de vista de los fundadores del Klan, ya no defendía los intereses legítimos de su comunidad. Al adoptar un uniforme —túnica blanca y capucha—, así como por sus técnicas de intimidación y por su convencimiento de que la violencia estaba justificada por estar en juego el destino de su grupo,[178] la primera versión del Klan y el Sur estadounidense derrotado puede razonablemente considerarse un notable anticipo de cómo habrían de actuar en la Europa de entreguerras los movimientos fascistas. No debería tener nada de sorprendente, en realidad, el que las democracias más precoces —Estados Unidos y Francia— fuesen las que generasen reacciones precoces contra la democracia.

Estos experimentos podemos verlos hoy como presagios de un nuevo tipo de política que vendría después. Pero por entonces parecían aberraciones personales de aventureros individuales. Aún no se podían ver como ejemplos de un nuevo sistema. Solo pasaron a ser visibles de este modo en una visión retrospectiva, después de que las piezas se hubiesen unido, de que se hubiese abierto un espacio y se hubiese inventado un nombre.

Reclutamiento

Al explicar la fundación de los primeros movimientos fascistas nos hemos encontrado continuamente con veteranos de guerra resentidos. Sin embargo, el fascismo se habría quedado en un simple grupo de presión para los veteranos y sus hermanos pequeños si no hubiese atraído a muchos otros tipos de reclutas.[179]

Los primeros fascistas eran sobre todo jóvenes. Muchos miembros de la nueva generación estaban convencidos de que los hombres de barba blanca responsables de la guerra, que aún se aferraban a sus cargos, no entendían nada de lo que les preocupaba ellos, hubiesen pasado o no por la experiencia del frente. Los jóvenes que votaban entonces por primera vez reaccionaron con entusiasmo ante el tipo de política antipolítica del fascismo.[180]

Los fascismos de más éxito tenían varias características que los distinguían de los partidos anteriores. A diferencia de los partidos de clase media dirigidos por «notables» que solo condescendían a establecer contacto con su público en el periodo electoral, los partidos fascistas unían a sus miembros en una fraternidad apasionada de esfuerzo y emoción.[181] A diferencia de los partidos de clase —socialistas o burgueses— los partidos fascistas consiguieron materializar su pretensión declarada de unir a ciudadanos de todas las clases sociales. Estas características resultaban atractivas para muchos.[182]

Sin embargo, los primeros partidos fascistas no reclutaron a ciudadanos de todas las clases en las mismas proporciones. Pronto se hizo evidente que los partidos fascistas eran predominantemente de clase media, hasta el punto de considerarse al fascismo la encarnación misma de los resentimientos de la clase media baja.[183] Pero, en realidad, todos los partidos políticos son mayoritariamente de clase media. En un examen más detenido, se evidencia que también el fascismo atrajo a miembros y votantes de clase media alta.[184]

El fascismo inicial también logró más seguidores de la clase obrera de lo que se solía pensar, aunque fuesen siempre proporcionalmente menos que su porcentaje de la población.[185] La escasez relativa de fascistas de clase obrera no se debía a que los proletarios fuesen inmunes al atractivo del nacionalismo y la limpieza étnica. Se explica mejor por la «inmunización» y el «confesionalismo»:[186] los que estaban ya profundamente inmersos, de generación en generación, en la rica subcultura del socialismo, con sus asociaciones, periódicos, sindicatos, mítines y concentraciones, no estaban sencillamente disponibles para otra fidelidad.

Los trabajadores eran más proclives al fascismo si se hallaban fuera de la comunidad de los socialistas. Ayudaba que tuviesen una tradición de acción directa y de hostilidad al socialismo parlamentario: en Italia, por ejemplo, los trabajadores rompehuelgas del mármol de la tradicionalmente anarquista Carrara[187] o los marineros genoveses organizados por el capitán Giuseppe Giuletti, que siguió primero a D'Annunzio y luego a Mussolini. Los parados habían estado también apartados del socialismo organizado —que, en las duras y divisivas condiciones de depresión económica, parecían valorar más a los obreros que tenían trabajo que a los parados—. Sin embargo, era más probable que los parados se uniesen a los comunistas que a los fascistas, salvo que votasen por primera vez o fuesen de clase media.[188] Un arraigo parecido en la comunidad parroquial probablemente explique la proporción menor de católicos que de protestantes entre el electorado nazi.

Podía haber condiciones locales especiales que arrastrasen a los proletarios al fascismo. Un tercio de los miembros de la Unión Británica de Fascistas del barrio en decadencia del East londinense eran trabajadores no especializados o semiespecializados, a los que habían llevado a sus filas el resentimiento contra la reciente inmigración judía, la decepción con un Partido Laborista ineficaz o la indignación por los ataques de judíos y comunistas a los desfiles de la organización.[189] La Cruz de la Flecha húngara obtuvo un tercio de los votos en la zona central de concentración industrial de Budapest —isla Csepel— y tuvo éxito en algunas zonas mineras rurales, en ausencia de una alternativa de izquierdas plausible para un voto de protesta antigobierno.[190]

Se discute acaloradamente si el fascismo reclutó más apelando a la razón que a las emociones.[191] El poder evidente de las emociones dentro del fascismo ha hecho que muchos sientan la tentación de creer que el fascismo reclutó a los que padecían trastornos emotivos o desviaciones sexuales. Ya consideraré algunos de los peligros de la psicohistoria en el capítulo 8. Hay que destacar que el propio Hitler, aunque impulsado por odios y obsesiones anormales, fue capaz de tomar decisiones pragmáticas y de elegir racionalmente, sobre todo antes de 1942. Llegar a la conclusión de que el

nazismo u otras formas de fascismo son formas de trastorno mental es doblemente peligroso: proporciona una coartada a la multitud de fascistas «normales» y nos prepara mal para percibir la normalidad absoluta del fascismo auténtico. La mayoría de los dirigentes y militantes fascistas eran personas completamente normales situadas en cargos de un poder y una responsabilidad extraordinarios por procesos que son perfectamente comprensibles en términos racionales. Poner al fascismo en el diván del psicoanalista puede extraviarnos. Las sospechas sobre la sensualidad pervertida del propio Hitler no se apoyan en ninguna prueba sólida,[192] aunque es evidente que no era un padre de familia convencional. En la fraternidad masculina que era el nazismo destacaron tanto homosexuales —por ejemplo, Ernst Röhm y Edmund Heines, de la SA— como violentos homófobos —por ejemplo, Himmler—. Pero no hay prueba alguna de que la proporción de homosexuales fuese superior entre los nazis que en la población general. Ese tema no se ha planteado en el caso del fascismo italiano.

Los dirigentes fascistas eran advenedizos de un nuevo tipo. Ya se había abierto paso antes gente nueva hasta la jefatura de la nación. Hacía mucho ya que soldados endurecidos que combatían mejor que los oficiales aristócratas habían conseguido hacerse indispensables a los reyes. Una forma posterior de reclutamiento político fue la de jóvenes de origen humilde que consiguieron buenos resultados cuando la política electoral se amplió a finales del siglo xix. Tenemos un ejemplo en el político francés antes mencionado Léon Gambetta, hijo de un tendero, o el hijo de un cervecero mayorista Gustav Stresemann, que se convirtió en el estadista más destacado de la Alemania de Weimar. Un tercer tipo de advenedizos de éxito de los tiempos modernos ha sido el de los mecánicos inteligentes de las nuevas industrias —pensemos en constructores de bicicletas emprendedores como Henry Ford, William Morris y los Wright—.

Pero muchos de los dirigentes fascistas eran advenedizos de un nuevo tipo. No se parecían a los intrusos de periodos anteriores: los soldados de fortuna, los primeros políticos parlamentarios con movilidad ascendente o los mecánicos listos. Algunos eran bohemios, lumpen-intelectuales,

diletantes, especialistas en nada más que en manipular a las masas y en avivar resentimientos: Hitler, el estudiante de Arte fracasado; Mussolini, maestro de escuela de profesión, pero principalmente revolucionario inquieto, expulsado de Suiza y del Trentino por subversivo; Joseph Goebbels, el licenciado universitario sin trabajo y con ambiciones literarias; Hermann Göring, el as de la aviación de la Primera Guerra Mundial sin rumbo; Heinrich Himmler, el estudiante de Agronomía que fracasó como vendedor de fertilizantes y criador de pollos.

Pero los primeros cuadros fascistas eran demasiado diversos en los orígenes sociales y en la educación para ajustarse a la etiqueta ordinaria de advenedizos marginales.[193] Junto a matones callejeros con antecedentes penales como Amerigo Dumini[194] o Martin Bormann se podía encontrar a un profesor de Filosofía como Giovanni Gentile[195] o incluso, brevemente, a un músico como Arturo Toscanini.[196] Lo que les unía eran, después de todo, valores más que un perfil social: desprecio a la agotada política burguesa, oposición a la izquierda, nacionalismo ferviente y una tolerancia de la violencia cuando era necesaria.

Alguien ha dicho que un partido político es como un autobús: siempre hay gente que sube y que baja. Ya iremos viendo cómo se fue modificando a lo largo del tiempo la clientela fascista, desde los radicales del principio a los arribistas posteriores. Tampoco aquí podemos ver el fenómeno fascista en su totalidad examinando solo sus inicios.

La interpretación del fascismo por sus orígenes

En este capítulo hemos examinado los momentos, los lugares, la clientela y la retórica de los primeros movimientos fascistas cuando estaban en ciernes. Ahora no tenemos más remedio que admitir que los primeros movimientos no explican toda la historia. Los primeros fascismos habrían de transformarse en la empresa misma de intentar llegar a ser algo más que una voz marginal. Siempre que se convirtieron en aspirantes más activos al poder, ese esfuerzo habría de transformarles en algo notoriamente distinto

del radicalismo de los primeros tiempos. El estudio de los primeros movimientos solo nos aporta una visión parcial incompleta del fenómeno en su totalidad.

Es curioso que se haya dedicado una cuantía tan desproporcionada de atención histórica a los inicios del fascismo. Hay varias razones para ello. Una es la convención darwiniana latente —pero engañosa— de que si estudiamos los orígenes de algo, captamos su programa interno. Otra es la disponibilidad de una profusión de palabras y utensilios culturales fascistas de las primeras etapas que son un material tentador para los historiadores; la cuestión más sutil, más secreta y más sórdida de negociar acuerdos para alcanzar el poder o para ejercerlo parece en cierto modo un tema menos seductor —¡erróneamente!—.

Una sólida razón pragmática de que tantas obras sobre el fascismo se concentren en los primeros movimientos es que la mayoría de los movimientos fascistas nunca llegaron mucho más allá. Escribir sobre fascismo en Escandinavia, Inglaterra, Países Bajos o incluso Francia es necesariamente escribir sobre movimientos que nunca se desarrollaron más allá de la creación de un periódico, de organizar algunas manifestaciones, de hablar en las esquinas de las calles. José Antonio Primo de Rivera en España, Mosley en Inglaterra y los movimientos más declaradamente fascistas de Francia nunca llegaron a participar siquiera en el proceso electoral.[197]

Centrarse primordialmente en el fascismo inicial nos encamina por varias rutas falsas. Sitúa a los intelectuales en el centro de una empresa en la que las decisiones importantes las tomaron hombres de acción que buscaban el poder. Los intelectuales compañeros de viaje ejercieron una influencia decreciente en las etapas de arraigo e instauración del poder del ciclo fascista, aunque se reafirmasen ciertas ideas en la etapa de radicalización —véase el capítulo 6—. Además, centrarse en los orígenes otorga una importancia engañosa a la retórica antiburguesa del primer fascismo y a su crítica del capitalismo. Privilegia el «movimiento poético» de José Antonio Primo de Rivera que impondría «a muchos de nuestras clases [...] sacrificios duros y justos», y alcanzaría «con sus bienes lo mismo a los

poderosos que a los humildes»,[198] y el «gran fascismo rojo de nuestra juventud», que recordaba con tierna nostalgia Robert Brasillach poco antes de que fuese ejecutado por traición en París en febrero de 1945.[199]

La comparación, por último, tiene poca importancia en las primeras etapas, ya que todo país con política de masas tuvo en algún momento un movimiento fascista en ciernes después de 1918. Algunos comentaristas sostienen que el fascismo se inventó en Francia y alcanzó allí su florecimiento intelectual más pleno.[200] Pero el fascismo no llegó a aproximarse al poder en Francia hasta después de la derrota militar de 1940, como veremos luego con más detalle.

El primero que puso a prueba el fascismo inicial en las urnas fue Mussolini. Supuso que su «antipartido» antisocialista pero antiburgués atraería a todos los veteranos de Italia y a sus admiradores y convertiría sus Fasci di Combattimento en un partido de masas aglutinador. Se presentó al Parlamento de Milán el 16 de noviembre de 1919 con el programa original de San Sepolcro, con su mezcla de cambio interno radical y nacionalismo expansionista y obtuvo 4.796 votos de un total de 315.165.[201] Tendría que introducir ajustes para poder convertirse en un factor importante de la vida política italiana.

Para entender el fascismo en su totalidad, tenemos que aplicar la misma energía al estudio de sus formas posteriores que al de las iniciales. Las adaptaciones y transformaciones que señalan el camino seguido por algunos fascismos en su paso de movimiento a partido, de partido a régimen y de régimen a paroxismo final ocuparán una gran parte del resto de este libro.

---

[91] Joseph Rothschild, *East Central Europe Between the Two World Wars,* Seattle y Londres, University of Washington Press, 1974, p. 148.

[92] Para más lecturas sobre este y otros países que se analizan en este capítulo, véase el ensayo bibliográfico.

[93] Véase capítulo 2, p. 89.

[94] Brigitte Hamann, *Hitler's Vienna: A Dictator's Apprenticeship,* trad. del alemán de Thomas Thornton, Nueva York, Oxford University Press, 1999 (pub. orig.,1996), es el tratamiento más detallado. William A. Jenks, *Vienna and the Young Hitler,* Nueva York, Columbia University Press, 1960, evoca el entorno.

[95] La cruz gamada, un símbolo basado en el Sol que representaba entre otras cosas la energía y la

eternidad, tuvo amplio uso en las culturas antiguas del Asia Menor y la cristiana, la hindú, la budista y la amerindia. Introducida en Europa a finales del siglo xix por médiums y espiritualistas, como la célebre Madame Blavatsky, y por apóstoles de la religión nórdica, como el austriaco Guido van List, se utilizó por primera vez en 1899 para expresar el antisemitismo y el nacionalismo alemán en la Orden de los Nuevos Templarios de Jörg Lanz van Liebenfels (1874-1954). El artista gráfico Steven Heller explora sus amplios usos en *The Swastika: Symbol Beyond Redemption?,* Nueva York, Allworth, 2001, y sus vínculos con el nazismo se investigan en Nicholas Coodrick-Clarke, *The Occult Roots of Nazism: Secret Aryan Cults and Their Influence on Nazi Ideology: The Ariosophists of Austria and Germany,* Nueva York, Nueva York University Press, 1996.

[96] William Sheridan Allen, *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single Town, 1922-1945*, ed. rev., Nueva York, Franklin Watts, 1984, p. 32. Spannaus se había convertido ya en un admirador del precursor nazi Houston Stewart Chamberlain cuando vivía en el extranjero.

[97] Para los *Freikorps* véase Robert C. L. Waite, *Vanguard of Nazism,* Cambridge, MA, Harvard University Press, 1954.

[98] Adolf Hitler, ciudadano austriaco, se trasladó a Múnich en mayo de 1913 para eludir el servicio militar austriaco. Cuando empezó la Primera Guerra Mundial, se enroló como voluntario en el Ejército alemán. Para Hitler la alemanidad fue siempre más importante que la lealtad a un Estado concreto cualquiera; no se convirtió en ciudadano alemán hasta 1932 (Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936: Hubris,* Nueva York, Norton, 1998, p. 362). Hitler logró su primera plenitud personal como soldado. Se enfrentó al peligro como correo, fue ascendido a cabo y fue condecorado por su valor con la Cruz de Hierro de Segunda Clase y luego con la de Primera Clase, la condecoración más alta posible para un soldado raso (pp. 92, 96, 216).

[99] Fue el oficial a cuyas órdenes estaba Röhm, Freiherr Ritter van Epp, quien más tarde, a finales de 1920, aportó la mitad del dinero (procedente de los fondos secretos del Ejército) para comprarle al partido un periódico, el *Volkischer Beobachter,* recaudando la otra mitad el periodista y *bon vivant* de Múnich Dietrich Eckhart (Kershaw, *Hitler,* vol. I, p. 156).

[100] Hitler adoptó el título de *Führer*, junto con el saludo *Heil*, del dirigente panalemán George van Schönerer, tan influyente en la Viena de preguerra (Kershaw, *Hitler,* vol. I, p. 34).

[101] Véase capítulo 3, pp. 123-131.

[102] Juan J. Linz, «Political Space and Fascism as a Latecomer», en Stein U. Lusen, Bernt Hagtvet y Jan Petter Myklebust, *Who Were the Fascists: Social Roots of European Fascism*, Bergen, Universitetsforlaget, 1980, pp. 153-189, y «Some Notes Toward a Comparative Study of Fascism in Sociological Historical Perspective», en Walter Laqueur (ed.), *Fascism: A Reader's Guide,* Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1976, pp. 3-121.

[103] Aquellos cuya adolescencia estaba marcada por la guerra, pero que se habían perdido el combate real debido a su juventud o a una incapacidad física, podían convertirse en unos fascistas particularmente fanáticos. Joseph Goebbels, ministro de Propaganda de Hitler, se había perdido la guerra por su cojera (Ralf Georg Reuth, *Goebbels,* trad. del alemán por Krishna Winston, Nueva York, Harcourt Brace, 1990, pp. 14, 24).

[104] Charles F. Delzell (ed.), *Mediterranean Fascism,* Nueva York, Harper & Row, 1970, p. 10.

[105] François Furet, *The Passing of an Illusion: The Idea of Communism in the Twentieth Century,* Chicago, University of Chicago Press, 1999, pp. 19, 163, 168. Linz comenta en «Political Space», pp. 158-159, que los países neutrales en la Primera Guerra Mundial tenían bajos niveles de

fascismo, lo mismo que la mayoría de los países victoriosos. España, sin embargo, había sufrido una derrota en 1898.

[106] Elie Halévy, *L'Ere des tyrannies*, París, Gallimard, 1938, traducido al inglés como *The Era of Tyrannies: Essays on Socialism and War,* trad. de Robert K. Webb, Garden City, NY, Anchor Books, 1965, fue el primero que comentó el descubrimiento por los Estados modernos durante la Primera Guerra Mundial de su capacidad para controlar la vida y el pensamiento.

[107] Gregory M. Luebbert, *Liberalism, Fascism, or Social Democracy,* Nueva York, Oxford University Press, 1991, ofrece el análisis comparativo más coherente de algunos de estos resultados diferentes, que dependen, en opinión de Luebbert, de si agricultores de explotaciones familiares se alían con la clase media (produciendo liberalismo o fascismo) o con los socialistas (produciendo socialdemocracia).

[108] Mussolini quería que Italia estuviese gobernada después de la guerra por una *trincerocrazia*, o «trincherocracia», gobierno de veteranos de primera línea del frente (*Il Popolo d'Italia*, 15 de diciembre de 1917, citado en Emilio Gentile, *Storia del partito fascista, 1919-1922*: *Movimento e milizia*, Bari, Laterza, 1989, p. 19; véase también Gentile, *The Sacralization of Politics in Fascist Italy*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1996, pp. 16-17). Veteranos furiosos se inclinaron por la izquierda además de por la derecha, por supuesto. Véase el ensayo bibliográfico para bibliografía.

[109] Giorgio Rochat, *Italo Balbo*, Turín, UTET, 1986, p. 23.

[110] Claudio Segre, *Italo Balbo: A Fascist Life*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1987, pp. 28-34, 41-47.

[111] Arno J. Mayer menospreció esa lucha en *The Political Origins of the New Diplomacy, 1917-1918*, New Haven, Yale University Press, 1969, y *The Politics and Diplomacy of Peacemaking: Containment and Counterrevolution at Versailles. 1918-1919*, Nueva York, Knopf, 1967.

[112] Ernst Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoch*, Múnich, Piper Verlag, 1963. Traducido al inglés como *Three Faces of Fascism*, trad. de Leila Vennewitz, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1966.

[113] Para este apóstol, nacido en Inglaterra, de una Alemania racialmente más pura y menos materialista, yerno de Wagner, véase Geoffrey G. Field, *Evangelist of Race: The Germanic Vision of Houston Stewart Chamberlain*, Nueva York, Columbia University Press, 1981.

[114] Friedrich Nietzsche, *Thus Spoke Zarathustra*, trad. de R. J. Hollingdale, Baltimore, Penguin, 1961, p. 126.

[115] Steven E. Aschheim, «Nietzsche, Anti-Semitism, and Mass Murder», en Aschheim, *Culture and Catastrophe*, Nueva York, Nueva York University Press, 1996, p. 71. Esta descripción lúcida de los Nietzsches sucesivos, desde el protonazi de 1945 hasta el Nietzsche de espíritu libre de Walter Kaufmann de la década de 1960 y al Nietzsche deconstruido de hoy, se amplía en Aschheim, *The Nietzsche Legacy in Germany*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1992.

[116] Georges Sorel, *Reflections on Violence*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 159.

[117] Zeev Sternhell con Mario Sznayder y Maia Asheri, *The Birth of Fascist Ideology*, Princeton, Princeton University Press, 1994, se extiende sobre el uso de Sorel por Mussolini. Los comentarios favorables de Sorel sobre el fascismo han sido reducidos por la investigación reciente a referencias fugaces en 1920-1921. Véase J. R. Jennings, *Georges Sorel: The Character and Development of His Thought*, Londres, Macmillan, 1985; Jacques Julliard y Shlomo Sand (eds.),

Georges Sorel en son temps, París, Seuil, 1985; Marco Gervasoni, *Georges Sorel: Una biografia intellettuale*, Milán, Unicopli, 1997.

[118] Suzanna Barrows, *Distorting Mirrors: Visions of the Crowd in Late Nineteenth Century France*, New Haven, Yale University Press, 1981.

[119] La descripción clásica de este cambio es H. Stuart Hughes, *Consciousness and Society: The Reconstruction of European Social Thought, 1890-1930*, Nueva York, Random House, 1961.

[120] La lucha biológica como la clave de la historia humana, básica en la visión del mundo de Hitler, era más débil en Italia, aunque algunos nacionalistas italianos llegaron a un ideal paralelo de base cultural de voluntades nacionales rivales a través de Hegel y Nietzsche. Véase Mike Hawkins, *Social Darwinism in European and American Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 285-289.

[121] Daniel Kevles, *In the Name of Eugenics: Genetics and the Uses of Human Heredity*, Nueva York, Knopf, 1985. Galton no abogó personalmente por que se impidiese la reproducción a los «inferiores».

[122] Léon Poliakov, *The Aryan Myth: A History of Racist and Nationalist Ideas in Europe*, trad. del francés por Edmund Howard, Nueva York, Basic Books, 1974. La *razza* histórico-cultural de la retórica nacionalista italiana no era menos agresivamente competitiva.

[123] El esteta y poeta italiano Gabriele D'Annunzio se esforzó por «exaltar y glorificar sobre todas las cosas la Belleza y la energía del varón belicoso y dominador», en Anthony Rhodes, *The Poet as Superman: A Life of Gabriele D'Annunzio*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1959, pp. 62-63. Véase también marqués de Morès, citado en p. 91. En la izquierda, los anarquistas que propugnaban la propaganda por los hechos, valoraban también la acción por sí misma. El poeta anarquista Laurent Tailhade reaccionó ante la bomba colocada en la Cámara de Diputados francesa en diciembre de 1893 diciendo: «¿Qué importan esos vagos seres [los heridos] si el gesto es bello?». Él mismo perdería más tarde un ojo en un atentado anarquista en un café parisino (James Jolsel, *The Anarchists*, Boston, Little, Brown, 1964, p. 169).

[124] Ernst Jünger, *In Stahlgewittern*, Berlín, E. S. Mittler, 1929, traducido al inglés como *Storm of Steel*, Londres, Chatto and Windus, 1929, se hizo célebre por exaltar después de la Primera Guerra Mundial los efectos ennoblecedores del combate. La literatura proguerra fue mucho menos frecuente que su adversaria, ejemplo de la cual es la evocación del horror del combate en las trincheras de *Sin novedad en el frente* (1927), de Erich Maria Remarque. Bandas de nazis reventaban las proyecciones de la película basada en la novela de Remarque. Jünger (1895-1998) tuvo una relación tensa con el nazismo, pero nunca fue una oposición seria a él, una actitud no infrecuente entre compañeros de viaje intelectuales.

[125] Según Jacob Talmon, *The Origins of Totalitarian Democracy*, Londres, Secker and Warburg, 1952, el que fundamente la soberanía popular en la «voluntad general» de Rousseau, en vez de en una mayoría de voluntades individuales, le convierte en un antecesor del fascismo.

[126] J. Salwyn Schapiro, «Thomas Carlyle, Prophet of Fascism», *Journal of Modern History* 17, 2, junio de 1945, p. 103. Véase, más en general, Chris R. Vanden Bossche, *Carlyle and the Search for Authority*, Columbus, Ohio State University Press, 1992.

[127] Theodore Deimel, *Carlyle und der Nationalsozialismus*, Würzburg, 1937, citado en Karl Dietrich Bracher, Wolfgang Sauer y Gerhard Schulz, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, Colonia y Opladen, Westdeutscher Verlag, 1960, p. 264 y nota 9.

[128] Véase capítulo 2, pp. 73, 77. Stephen P. Turner y Dirk Kasler (eds.), *Sociology Responds to*

Fascism, Londres, Routledge, 1992, pp. 6, 9, reflexiona sobre los vínculos de la sociología con el fascismo.

[129] Fue el censo de 1891 el que reveló a los franceses que su población no se estaba reproduciendo, convirtiendo eso en un tema básico por primera vez en un Estado europeo importante. Fue más tarde una preocupación fascista básica.

[130] H. Stuart Hughes, *Oswald Spengler: A Critical Estimate*, Nueva York, Scribner, 1952, reeditado por Greenwood Press, 1975.

[131] Michael R. Marrus, *The Unwanted: European Refugees in the Twentieth Century*, Nueva York, Oxford University Press, 1985, explora la conciencia emergente desde la década de 1880 de los problemas de los refugiados.

[132] *Goebbels-Reden*, vol. I (1933-1939), ed. de Helmut Heiber, Düsseldorf, Droste Verlag, 1971, p. 108.

[133] Michael Burleigh, *Death and Deliveranee: Euthanasia in Germany, c. 1900-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

[134] Véase el ensayo bibliográfico, p. 406.

[135] George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*, Nueva York, Grosset and Dunlap, 1964; Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair*, Nueva York, Doubleday, 1961.

[136] Véase capítulo 1, nota 20.

[137] Isaiah Berlin, «Joseph de Maistre and the Origins of Fascism», en Henry Bardy (ed.), *The Crooked Timber of Humanity*: *Chapters in the History of Ideas*, Nueva York, Knopf, 1991, pp. 91-174 (citas, de pp. 112 y 174). [Hay traducción al español, *El fuste torcido de la humanidad: Capítulos de historia de las ideas*, Ediciones Península, Barcelona, 3ª ed., 1998]. Un breve esbozo preliminar para este ensayo aparece en Berlin, *Freedom and Its Betrayal: Six Enemies of Human Liberty*, ed. de Henry Hardy, Princeton, Princeton University Press, 2002, pp. 131-154.

[138] Sternhell, *Birth.*

[139] Sternhell, *Birth*, p. 3. Sternhell habla aquí solo del fascismo italiano; excluye explícitamente el nazismo de su análisis. En un registro diferente, la brillante obra de Mark Mazower *Dark Continent* (Nueva York, Knopf, 1999) sostiene que los valores no democráticos eran «no más extraños a la tradición [europea]» que los democráticos.

[140] Hannah Arendt, «Approaches to the German Problem», en *Essays in Understanding*, Nueva York, Harcourt Brace, 1994 (pub. orig., 1945), p. 109. Doy las gracias a Michael Burleigh por esta cita.

[141] Hughes, *Spengler*, p. 156.

[142] Herman Lebovics, *Social Conservatism and the Middle Classes in Germany, 1914-1933*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1969, pp. 86, 107.

[143] Ibíd., 136.

[144] Capítulo I, p. 19.

[145] Sternhell, *Birth*, p. 231: «Mussolini aceptó las fuerzas sociales existentes»; Emilio Gentile, *Le origini, dell'ideologia fascista (1918-1925)*, 2ª ed., Bolonia, Il Mulino, 1996, p. 323.

[146] Romke Visser, «Fascist Doctrine and the Cult of Romanità», *Journal of Contemporary History*, 27, 1, 1992, pp. 5-22. El dos mil aniversario del emperador Augusto fue la respuesta de Mussolini al Reich de los Mil Años. Véase Friedemann Scriba, *Augustus im Schwarzhemd? Die Mostra Augustea della Romanità in Rom 1937/38*, Frankfurt del Meno, Lang, 1995, resumido en Scriba,

«Die Mostra Augustea della Romanità in Rom 1937/38», en Jens Petersen y Wolfgang Schieder (eds.), *Faschismus und Gesellschaft in Italien: Staat, Wirtschaft, Kultur,* Colonia, SH-Verlag, 1998, pp. 133-157.

[147] Fredric Jameson, *Fables of Aggression: Wyndham Lewis, The Modernist as Fascist,* Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1979.

[148] Carta a Ernest Collings, 17 de enero de 1913, en *The Portable D. H. Lawrence,* Nueva York, Viking, 1947, p. 563.

[149] Mosse, *Crisis,* p. 6. Cf. Emilio Gentile, *Storia del partito fascista, 1919-1921: Movimento* e *milizia,* Bari, Laterza, 1989, p. 518: «Más que una idea o una doctrina», el Fascismo representa «un nuevo estado de ánimo» *(stato d'animo).*

[150] Un raro estudio de cómo el «tropo víctima» puede generar un deseo de exterminar enemigos es Omer Bartov, «Defining Enemies, Making Victims: Germans, Jews and the Holocaust», *American Historical Review* 103, 3, junio de 1998, pp. 771-816, con réplicas en 103, 4, octubre de 1998. La condición de víctima puede ser auténtica, por supuesto.

[151] Linz, «Political Space and Fascism».

[152] Durante la Revolución francesa, 1789-1815, tuvieron derecho a votar todos los varones solo en unas elecciones: las de la Convención, el 26 de agosto de 1792. Pero incluso entonces los ciudadanos eligieron asambleas primarias que fueron las que, en una segunda etapa, eligieron realmente a los representantes. La Constitución de 1793 introdujo el sufragio masculino directo, pero nunca se aplicó. El sufragio de los varones comienza en realidad en Europa en 1848, aunque existía anteriormente en la mayoría de los Estados americanos.

[153] Una reconsideración reciente de la teatralización que el emperador hizo de sí mismo es David Baguley, *Napoleon III and His Regime: An Extravaganza,* Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 2001.

[154] Durante el apogeo del fascismo varios autores detectaron elementos fascistas en el Segundo Imperio de Napoleón III, verbigratia, J. Salwyn Shapiro, en *Liberalism and the Challenge of Fascism,* Nueva York, McGraw-Hill, 1949, pp. 308-331. Eso extiende demasiado la definición, aunque las estrategias políticas de Luis Napoleón a raíz de las revoluciones de 1848 (propaganda electoral de masas, crecimiento económico patrocinado por el Estado, aventura en el exterior) constituyen un precursor significativo de formas posteriores de popularidad basadas en la dictadura. La elección triunfal de Luis Napoleón como presidente de Francia en diciembre de 1848 le creó problemas a Karl Marx, que había esperado un resultado diferente del desarrollo económico y la organización de clases de la Francia de la década de 1840. En *El 18 Brumario de Luis Napoleón* (1850), Marx dio la explicación de que un punto muerto momentáneo entre dos clases muy equilibradas (burguesía y proletariado) otorgó un margen de posibilidades excepcional a un dirigente individual, aunque se tratase de alguien de mediocres cualidades personales (Marx utilizó algunas de sus invectivas más jugosas con el despreciado Luis Napoleón), la «farsa» que siguió a la «tragedia», para gobernar con independencia de los intereses de clase. El austriaco August Thalheimer y otros pensadores marxistas retomaron este análisis en la década de 1920 para explicar el éxito inesperado de dictaduras populares después de la Primera Guerra Mundial. Véase Jost Düllfer, «Bonapartism, Fascism, and National Socialism», *Journal of Contemporary History* 11, 4, octubre de 1976, pp. 109-128.

[155] Jill Stephenson, *Women in Nazi Society,* Londres, Croom Helm, 1975, reeditado en 2001; Victoria de Crazia, *How Fascism Ruled Women,* Berkeley y Los Ángeles, University of California

Press, 1992, pp. 30, 36-38. Para otras obras, véase el ensayo bibliográfico.

[156] En el Gobierno francés que formó el demócrata moderado Waldeck-Rousseau en septiembre de 1899 para corregir el error legal cometido con Dreyfus y para defender la república contra nacionalistas enfurecidos, el socialista moderado Alexandre Millerand aceptó el Ministerio de Comercio, Industria y Servicios Postales. Apareció sentado en la fotografía oficial del gabinete junto al ministro de Guerra, el general Gallifet, que había aplastado en 1871 a los revolucionarios parisinos. Algunos socialistas, ya reacios a defender a Dreyfus porque era un hombre rico y además judío, pensaban que la pureza del movimiento socialista era lo primero, mientras que otros, agrupados en torno a Jean Jaurès, ponían en primer lugar la defensa de los derechos humanos.

[157] Véase capítulo 2, pp. 57-61.

[158] El término de Carl Schorske para el movimiento nacionalista alemán de Georg von Schönerer en las fronteras de Bohemia durante la década de 1880. Schorske, *Fin-de-siècle Vienna,* Nueva York, Knopf, 1980, capítulo 3.

[159] El análisis clásico de este proceso es «Politik als Beruf» (1918), de Max Weber. A los parlamentarios se les empezó a pagar en Francia en 1848, en Alemania en 1906 y en Inglaterra, la última entre las grandes potencias europeas, en 1910. La Constitución de Estados Unidos de 1787 estableció el pago a senadores y congresistas (artículo 1, sección 6).

[160] Una excelente descripción de este cambio generacional en el Partido Liberal Alemán en la década de 1880, en Dan White, *A Splintered Party: National Liberalism in Hessen and the Reich, 1867-1918,* Cambridge, MA, Harvard University Press, 1976. Para Francia, véase Michel Winock, *Nationalism, Antisemitism, and Fascism in France,* Stanford, CA, Stanford University Press, 1998, y Raoul Cirardet, *Mythes et mythologies politiques,* París, Seuil, 1990.

[161] Odile Rudelle, *La République absolue, 1870-1889*, París, Publications de la Sorbonne, 1982, pp. 164-175, 182-190, 196-223, 228-234, 247-226, 262-278; Christophe Prochasson, «Les années 1880: Au temps du boulangisme», en Michel Winock (ed.), *Histoire de l'extreme droite en France,* París, Seuil, 1993, pp. 51-82; y William D. Irvine, *The Boulanger Affair Reconsidered,* Nueva York, Oxford University Press, 1989.

[162] Ernst Nolte considera Action Française la «primera cara» en su *The Three Faces of Fascism*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1966. Apoyan su tesis el nacionalismo, el antiparlamentarismo y el esporádico anticapitalismo del movimiento, junto con su culto a la juventud y a la acción. Operan en contra de la tesis del fascismo el que Maurras propugnase una monarquía restaurada y la Iglesia católica como la solución para la «decadencia» francesa.

[163] Además de la obra de Schorske mencionada en la nota 158, véase John W. Boyer, *Political Radicalism in Late Imperial Vienna: Origins of the Christian Social Movement, 1849-1897,* Chicago, University of Chicago Press, 1981.

[164] John W. Boyer, *Culture and Political Crisis in Vienna: Christian Socialism in Power, 1897-1918*, Chicago, University of Chicago Press, 1995.

[165] White, *Splintered Party.*

[166] Richard S. Levy, *The Downfall of the Anti-Semitic Political Parties in Imperial Germany,* New Haven, Yale University Press, 1975.

[167] Zeev Sternhell, *La Droite révolutionnaire, 1885-1914: Les origines françaises du fascisme,* París, Seuil, 1978, pp. 391-398. Véase también Sternhell, *Birth,* pp. 86, 96, 123-127.

[168] Valois, citado en Sternhell, *La Droite révolutionnaire,* p. 394.

[169] Oración fúnebre de Maurice Barrès para el marqués de Morès, en Barres, *Scenes et doctrines du nationalisme*, París, F. Juven, 1902, pp. 324-328.

[170] Para las extravagantes aventuras de Morès, véase Robert F. Byrnes, *Antisemitism in Modern France*, New Brunswick, NI, Rutgers University Press, 1950, pp. 225-250, y Sternhell, *La Droite révolutionnaire*, pp. 67, 69, 178, 180-184, 197-220.

[171] Sternhell, *La Droite*, p. 218.

[172] Byrnes, *Antisemitism*, p. 249.

[173] Sternhell, *Birth*, pp. 131-159. David D. Roberts, «How Not to Think about Fascism and Ideology, Intellectual Antecedents, and Historical Meaning», *Journal of Contemporary History* 35, 2, abril de 2002, otorga a los italianos mayor autonomía intelectual que Sternhell.

[174] Sternhell muestra que Mussolini, tomando tanto de autores nacionalistas como sindicalistas, había llegado a una posición proproductivista en enero de 1914. *Birth*, pp. 12, 160, 167, 175, 179, 182, 193, 219, 221.

[175] Véase capítulo 3, nota 46 (en la página 125).

[176] Hans Rogger, *Jewish Policies and Right-Wing Politics in Imperial Russia*, (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1986, p. 213, llama a la Unión del Pueblo Ruso que surgió como reacción a la Revolución de 1905 «el primer fascismo europeo».

[177] George L. Mosse señala «ideas y valores particularmente alemanes» y «únicamente procesos alemanes» «preparados con mucha antelación» en su estudio de los precursores culturales del nazismo *The Crisis of German Ideology*, pp. 2, 6, 8, pero no reclama prioridad para ellos.

[178] David M. Chalmers, *Hooded Americanism: The First Century of the Ku Klux Klan, 1865-1965*, 3ª ed., Durham, NC, Duke University Press, 1987, cap. I. Las similitudes entre el antisemitismo furibundo del Klan revivido de los años veinte y el fascismo se investigan en Nancy Maclean, *Behind the Mask of Chivalry: The Making of the Second Klan*, Nueva York, Oxford University Press, 1994, pp. 179-188.

[179] De hecho, muchos veteranos se inclinaron por la izquierda, y los veteranos constituían solo una cuarta parte de los miembros de la SA. Peter H. Merkl, «Approaches to Political Violence: The Stormtroopers, 1925-1933», en Wolfgang J. Mommsen y Gerhard Hirschfeld (eds.), *Social Protest, Violence and Terror in Nineteenth and Twentieth Century Europe*, Nueva York, St. Martin's Press, para la German Historical Institute of Londres, 1982, p. 379. Muchos eran más jóvenes, como hemos comentado ya antes.

[180] Bruno Wanrooij, «The Rise and Fall of Fascism as a Generational Revolt», *Journal of Contemporary History* 22, 3, 1987.

[181] En un artículo trascendental, «The Transformation of the Western European Party System», en Joseph La Palombara y Myron Weiner (eds.), *Political Parties and Political Development*, Princeton, Princeton University Press, 1966, pp. 177-210, Otto Kircheimer inventó la útil diferenciación entre «partidos de representación individual», que solo existían para elegir como representante a un «notable»; «partidos de integración», que reclutaban a sus miembros en participación activa; y «partidos cajón de sastre», que reclutaban por encima de las líneas de clase. Los socialistas crearon los primeros partidos de integración. Los partidos fascistas fueron los primeros que fueron simultáneamente partidos de integración y partidos cajón de sastre.

[182] Melitta Maschman, *Account Rendered:* A *Dossier on My Former Self*, Londres, Abelard Schuman, 1965, pp. 4, 10, 12, 18, 35-36 y 175, recordaba la alegría que sintió al poder escapar de su asfixiante hogar burgués a la comunidad interclasista de la Bund Deutscher Mädel.

[183] La exposición clásica del fascismo como «extremismo del centro», en Seymour Martin Lipset, *Political Man* (véase capítulo 8, p. 353 y nota 28 de esa página).

[184] Richard F. Hamilton, *Who Voted for Hitler?*, Princeton, Princeton University Press, 1982, pp. 90, 112, 198, 228, 413-418.

[185] Thomas Childers, *The Nazi Voter: The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1983, pp. 108-112, 185-188, 253-257; Jürgen Falter, *Hitlers Wahler,* Múnich, C. H. Beck, 1991, pp. 198-230. La SA estaba formada principalmente por parados de clase obrera (véase el ensayo bibliográfico). En 1921 el Partido Fascista aseguraba que el 15,4 % de sus miembros pertenecían a la clase obrera: Salvatore Lupo, *II fascismo: La politica in un regime totalitario*, Roma, Donzelli, 2000, p. 89.

[186] W. D. Burnham, «Political Immunization and Political Confessionalism: The United States and Weimar Germany», *Journal of Interdisciplinary History* 3, verano de 1972, pp. 1-30; Michaela W. Richter, «Resource Mobilization and Legal Revolution: National Socialist Tactics in Franconia», en Thomas Childers (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency,* Totowa, NJ, Barnes and Noble, 1986, pp. 104-130.

[187] Los obreros, a menudo parados, eran la categoría social más numerosa del *fascio* de Carrara. El *ras* local, Renato Ricci, aunque próximo a los propietarios de la cantera, apoyó una huelga de 40 días a finales de 1924, un caso que no fue único en los inicios del régimen fascista. Lupo, *Il fascismo,* pp. 89, 201; Adrian Lyttelton, *The Seizure of Power: Fascism in Italy, 1919-1929*, Nueva York, Scribner's, 1973, pp. 70-71, 168, 170; Sandro Setta, *Renato Ricci: Dallo squadrismo all Repubblica Sociale Italiano*, Bolonia, II Mulino, 1986, pp. 28, 81-100.

[188] Childers, *The Nazi Voter,* p. 185; R. I. McKibbin, «The Myth of the Unemployed: Who Did Vote for the Nazis?», *Australian Journal of Politics and History*, agosto de 1969.

[189] Thomas Linehan, *East London for Mosley: The British Union of Fascists in East London and Southwest Essex, 1933-1940*, Londres, Frank Cass, 1996, pp. 210, 237-297. La UFB recibió su mayor aflujo como consecuencia de una reacción ante contraataques comunistas y judíos en la batalla de Cable Street (p. 200) (véase capítulo 3, p. 135).

[190] Miklós Lackó, *Arrow Cross Men, National Socialists*, Budapest, Studia Historica Academiae Scientiarum Hungaricae, núm. 61, 1969; Gyorgy Ránki, «The Fascist Vote in Budapest in 1939», en Larsen *et al*., *Who Were the Fascists*, pp. 401-416.

[191] William Brustein, *The Logic of Evil: The Social Origins of the Nazi Party 1925-1933*, New Haven, Yale University Press, 1996, es el más firme defensor de la elección racional entre los reclutas nazis que se incorporaron al partido, según Brustein, porque creyeron que el programa de los nazis ofrecía mejores soluciones a los problemas alemanes. Tanto los métodos como los datos de esta obra se han puesto en entredicho.

[192] Ian Kershaw, *Hitler: Hubris*, p. 46, no halla ninguna prueba convincente de homosexualidad. Frederick C. Redlich, M. D., *Hitler: Diagnosis of a Destructive Prophet*, Nueva York, Oxford, 1998, considera a Hitler una víctima de fuertes represiones, basadas posiblemente en una deformidad genital, y posiblemente un homosexual latente aunque «diese un buen juego [heterosexual]». Lothar Machtan escudriñó los archivos buscando pruebas de la homosexualidad de Hitler y halló indicios sugerentes (pero menos confirmación de la que él creía): *The Hidden Hitler,* trad. del alemán por John Brownjohn, Oxford, Perseus Books, 2001.

[193] Véase Michael Kater, *The Nazi Party: A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1983, pp. 194-198. Kater puede haber sobreestimado

la solidez social de los dirigentes nazis en la Alemania de la Depresión.

[194] El supuesto asesino de Matteotti.

[195] Giovanni Gentile, un prestigioso filósofo idealista obsesionado con la necesidad de unidad nacional a través de un Estado fuerte, fue el primer ministro de Educación de Mussolini e introdujo reformas que eran simultáneamente elitistas y estatistas. Fue ejecutado por los partisanos en 1944. Su biografía más reciente es Gabriele Turi, *Giovanni Gentile: Une biografia*, Florencia, Giunti, 1995.

[196] Toscanini, candidato en la lista fascista de Milán en 1919, rompió rápidamente con el partido. En 1931, tras ser atacado en un diario fascista como un «puro esteta que se remonta por encima de la política en nombre de [...] un esteticismo decadente», aceptó un puesto en Nueva York. Harvey Sachs, *Music in Fascist Italy*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1987, p. 216.

[197] Véase capítulo 3, pp. 105-106.

[198] Discurso del 29 de octubre de 1933, en Hugh Thomas (ed.), *José Antonio Primo* de *Rivera: Selected Writings*, Londres, Jonathan Cape, 1972, pp. 56, 57.

[199] Véase capítulo 3, nota 82 (en la página 147). Alice Kaplan comenta en *The Collaborator*, Chicago, University of Chicago Press, 2000, p. 13, que el fascismo de Brasillach «se basaba en los puntos de referencia y el vocabulario de un crítico literario (imágenes, poesía, mitos) sin apenas alusión a la política, la economía o la ética».

[200] Véase capítulo 3, notas 46 y 47 (en la página 125).

[201] Gentile, *Storia del partito fascista*, p. 57.

03
El arraigo

Fascismos triunfantes

Entre las dos guerras mundiales casi todas las naciones de la Tierra, y desde luego todas las que tenían política de masas, generaron alguna corriente intelectual o algún movimiento activista emparentado con el fascismo. Casi ubicuos, pero la mayoría efímeros, movimientos como los Camisas Grises de Islandia[202] o la Nueva Guardia de Nueva Gales del Sur —Australia—[203] no nos interesarían hoy gran cosa si unos cuantos de su género no se hubiesen hecho grandes y peligrosos. Unos cuantos movimientos fascistas tuvieron mucho más éxito que la generalidad de los matones y los oradores callejeros fascistas. Al convertirse en portadores de agravios e intereses sustanciales y al llegar a ser capaces de satisfacer ambiciones políticas, arraigaron dentro de los sistemas políticos. Un puñado de ellos desempeñaron papeles importantes en la vida pública. Estos fascismos triunfantes se abrieron camino entre los otros partidos o grupos de intereses rivales y persuadieron a gente con influencia de que podían representar sus intereses y sus sentimientos y satisfacer sus ambiciones mejor que cualquier partido convencional. Los primitivos y variopintos advenedizos se transformaron así en fuerzas políticas serias capaces de competir en condiciones de igualdad con movimientos o partidos que llevaban mucho tiempo consolidados. Su éxito influyó en sistemas políticos completos, dándoles un tono más apasionado y agresivo y legitimando

expresiones declaradas de nacionalismo extremo, acoso a la izquierda y racismo. Este conjunto de procesos —cómo arraigaron los partidos fascistas — es el tema del presente capítulo.

Convertirse en un participante de éxito en la política electoral o de grupo de presión obligó a los jóvenes movimientos fascistas a elegir con mayor rigor sus palabras y sus acciones. Pasó a resultar más difícil entregarse a su libertad inicial para movilizar una amplia gama de quejas heterogéneas y dar expresión a los diversos resentimientos de todos los que se sentían agraviados —salvo los socialistas— pero no representados. Tuvieron que elegir entre opciones. Tuvieron que abandonar los reinos amorfos de la protesta indiscriminada y establecer un espacio político definido[204] en el que se pudiesen obtener resultados prácticos positivos. Para crear relaciones de trabajo eficaces con socios significativos, tuvieron que hacerse útiles de formas mensurables. Tuvieron que ofrecer a sus seguidores ventajas concretas y consagrarse a actuaciones específicas cuyos beneficiarios y cuyas víctimas fuesen evidentes.

Estos pasos más centrados obligaron a los partidos fascistas a dejar más claras sus prioridades. En esta etapa se puede empezar a contrastar la retórica fascista con las acciones fascistas. Podemos ver qué era lo que de verdad importaba. La retórica radical no desapareció nunca, claro está: todavía en junio de 1940 Mussolini convocaba a la «Italia Proletaria y Fascista» y a «los Camisas Negras de la Revolución» al «campo de batalla contra las democracias reaccionarias y plutocráticas de Occidente».[205] Pero en cuanto se inició el arraigo de los partidos fascistas en la acción política concreta, fue haciéndose más clara la naturaleza selectiva de su retórica antiburguesa.

Resultó en la práctica que el anticapitalismo de los fascistas era sumamente selectivo.[206] El socialismo que querían ellos, incluso los de tendencias más radicales, era un «nacionalsocialismo»: uno que solo rechazaba los derechos de propiedad del enemigo o del extranjero —incluidos los de los enemigos internos—. Valoraban a los productores nacionales.[207] Fue, sobre todo, ofreciendo un remedio eficaz contra la revolución socialista como acabó el fascismo encontrando en la práctica un

espacio. Si Mussolini aún conservaba alguna esperanza en 1919 de fundar un socialismo alternativo en vez de un antisocialismo, no tardó en desengañarse de esas ideas al comprobar qué era lo que funcionaba en la política italiana y lo que no. Los decepcionantes resultados electorales que obtuvo con un programa nacionalista de izquierdas en Milán en noviembre de 1919[208] debieron de servirle, sin duda, de lección.

Las decisiones pragmáticas de Mussolini y de Hitler se debieron a su deseo apremiante de triunfo y de poder. No todos los dirigentes fascistas tenían esas ambiciones. Algunos de ellos prefirieron mantener sus movimientos «puros» incluso a costa de que siguiesen siendo marginales. José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange Española, consideraba que su misión era reconciliar a los trabajadores y a los patronos sustituyendo el materialismo —el fatídico fallo tanto del capitalismo como del socialismo— por el idealismo al servicio de la nación y de la Iglesia, aunque su muerte prematura en noviembre de 1936 ante un pelotón de fusilamiento republicano le libró de las duras elecciones que le habría impuesto el triunfo de Franco.[209] Charles Maurras, cuya Acción Francesa fue una adelantada del nacionalismo populista antiizquierda, solo dejó una vez a sus seguidores presentarse a unas elecciones, en 1919, en las que su lugarteniente principal, el periodista Léon Daudeta y un puñado de simpatizantes de provincias fueron elegidos para la Cámara de Diputados francesa. La Croix de Feu del coronel François de la Rocque desdeñó las elecciones, pero su más moderado sucesor, el Parti Social Français, empezó a presentar candidatos en las elecciones a escaños vacantes en 1938.[210] Ferenc Szálasi, el antiguo oficial de Estado Mayor que dirigía la Cruz de la Flecha húngara, se negó siempre a volver a presentarse a unas elecciones después de dos derrotas y prefirió filosofar nebulosamente a maniobrar para conseguir llegar al poder.

Hitler y Mussolini, sin embargo, no solo se sintieron destinados a gobernar, sino que no compartieron ninguno de los escrúpulos de los puristas sobre la participación en las elecciones burguesas. Ambos optaron —con impresionante habilidad táctica y por rutas bastante distintas, que descubrieron por tanteo— por hacerse partícipes indispensables en la lucha

por el poder político dentro de sus naciones.

Convertirse en un actor político de éxito entrañó perder seguidores además de ganarlos. Hasta el simple paso de convertirse en un partido podría parecer una traición a algunos puristas del periodo inicial. Cuando Mussolini decidió convertir su movimiento en un partido a finales de 1921, algunos de sus tempranos seguidores idealistas consideraron que eso era descender al turbio campo del parlamentarismo burgués.[211] Ser un partido situaba el hablar por encima del actuar, los acuerdos por encima de los principios y los intereses rivales por encima de una nación unida. Lo que los primeros fascistas idealistas consideraban que ofrecían era una nueva forma de vida pública —un «antipartido»—[212] capaz de agrupar a toda la nación, en oposición tanto al liberalismo parlamentario, que fomentaba la facción, como al socialismo, con su lucha de clases. José Antonio describió la Falange Española como un movimiento «que no es de partido, sino que es un movimiento, casi podríamos decir un antipartido [...], no es de derechas ni de izquierdas».[213] El NSDAP de Hitler, por supuesto, se había llamado *partido* desde el principio, pero sus miembros, que sabían que no era como los demás partidos, lo llamaban «el movimiento» —*die Bewegung* —. La mayoría de los fascistas llamaban a sus organizaciones movimientos[214] o campos[215] o bandas[216] o *rassemblements*[217] o *fasci*: hermandades que no enfrentaban unos intereses a otros, sino que se proponían unir y revitalizar a la nación.

Los conflictos sobre el nombre que debían asignarse los movimientos fascistas fueron relativamente intrascendentes. Se plantearon compromisos y transformaciones mucho más graves en el proceso de convertirse en actores significativos dentro de un escenario político. Porque ese proceso entrañaba coaligarse con algunos de los mismos dirigentes de partidos burgueses y los mismos capitalistas especuladores cuyo rechazo había sido parte del atractivo del movimiento primitivo. El que los fascistas se las arreglaran para conservar parte de su retórica antiburguesa y una cierta aura «revolucionaria» mientras formaban alianzas políticas prácticas con sectores del orden establecido sigue siendo uno de los misterios de su éxito.

Convertirse en un rival de éxito en la escena política exigía algo más que

aclarar prioridades y tejer alianzas. Significaba ofrecer un nuevo estilo político que atrajese votantes que habían llegado a la conclusión de que la «política» se había convertido en algo sucio y fútil. Presentarse como una «antipolítica» era a menudo eficaz con gente cuya principal motivación política era el desprecio hacia la política. En situaciones en que los partidos existentes se hallaban limitados dentro de fronteras confesionales o de clase, como los partidos marxistas, los cristianos o los de los pequeños propietarios, los fascistas podían atraer votos prometiendo unir a la gente en vez de dividirla. Donde los partidos existentes estaban dirigidos por parlamentarios que pensaban con preferencia en sus propias carreras, los partidos fascistas podían atraer a idealistas por ser «partidos de entrega y de servicio», en los que los que establecían el tono eran los militantes comprometidos en vez de los políticos de carrera. En situaciones en las que un solo clan político había monopolizado el poder durante muchos años, el fascismo podría presentarse como el único camino no socialista de renovación y nueva jefatura. De ese modo diverso, fue como inauguraron los fascistas una vía innovadora en la década de 1920 creando los primeros partidos «cajón de sastre» europeos de «combate»,[218] que podían distinguirse fácilmente de sus trasnochados y limitados rivales tanto por la amplitud de su base social como por el intenso activismo de sus militantes.

La comparación tiene cierta relevancia en este punto: solo algunas sociedades experimentaron un desplome tan grave de los sistemas existentes como para que los ciudadanos empezaran a buscar gente nueva para su salvación. En muchos casos la instauración fascista fracasó; en otros nunca se intentó en realidad. Una implantación fascista con pleno éxito solo se produjo en unos cuantos casos en Europa en el periodo de entreguerras. Me propongo analizar tres casos en este capítulo: dos que tuvieron éxito y uno que no lo tuvo. Tras ello estaremos en mejor posición para ver con claridad qué condiciones ayudaron a los movimientos fascistas a implantarse en un sistema político.

«(1) El valle del Po, Italia, 1920-1922»

A Mussolini le salvó del olvido después del desastre casi definitivo de las elecciones de noviembre de 1919 una nueva táctica inventada por algunos de sus seguidores de la Italia norteña rural: el *squadrismo*. Algunos de sus discípulos más agresivos formaron allí escuadras agresivas de acción, *squadre d'azione*, y aplicaron las tácticas que habían aprendido como soldados para atacar a quienes eran, en su opinión, los enemigos internos de la nación italiana. Marinetti y algunos otros amigos de Mussolini habían dado el ejemplo con su ataque contra *Avanti* de abril de 1919.[219]

Las *squadre* iniciaron su andadura en el caldero nacionalista de Trieste, un puerto políglota del Adriático perteneciente a Austria-Hungría y asignado a Italia en los acuerdos de posguerra. Para establecer la supremacía italiana en esa ciudad cosmopolita, una escuadra fascista incendió el hotel Balkan, donde tenía su cuartel general la Asociación Eslovena, en julio de 1920 e intimidó en las calles a los eslovenos.

Los Camisas Negras de Mussolini no fueron los únicos que utilizaron la acción directa con objetivos nacionalistas en la Italia de posguerra. El rival más serio de Mussolini era el escritor-aventurero Gabriele D'Annunzio. Entre 1919 y 1920 D'Annunzio era en realidad una celebridad mucho más notoria que el jefe de la pequeña secta fascista. Era ya famoso en Italia no solo por sus obras de teatro y sus poemas grandilocuentes y por su vida extravagante, sino también por realizar incursiones aéreas sobre territorio austriaco durante la Primera Guerra Mundial —en la que perdió un ojo—.

En septiembre de 1919, D'Annunzio invadió con una banda de nacionalistas y veteranos de guerra el puerto adriático de Fiume, que los que habían firmado la paz en Versalles habían asignado al nuevo Estado de Yugoslavia. D'Annunzio, al convertir Fiume en la «República de Carnaro», inventó la teatralidad pública que habría de apropiarse más tarde Mussolini: arengas diarias del Comandante desde un balcón, muchos uniformes y desfiles, el «saludo romano» con el brazo extendido, el grito de guerra sin contenido significativo: «Eia, eia, alalá».

Cuando la ocupación de Fiume se convirtió en un embarazoso problema internacional para Italia, D'Annunzio desafió al Gobierno de Roma y sus partidarios nacionalistas más conservadores se apartaron de él. El régimen

de Fiume pasó a ser apoyado cada vez más por la izquierda nacionalista. Alceste de Ambris, por ejemplo, un sindicalista intervencionista y amigo de Mussolini, redactó la nueva Constitución de la ciudad, la Carta de Carnaro. El Fiume de D'Annunzio se convirtió en una especie de república populista marcial cuyo jefe se apoyaba directamente en una voluntad popular manifestada en concentraciones de masas y cuyos sindicatos se sentaban al lado de la dirección en «corporaciones» oficiales a través de las cuales debían administrar conjuntamente la economía. Una «Liga de Fiume» internacional intentó agrupar a los movimientos de liberación nacional del mundo como una organización rival de la Liga de Naciones.[220]

Mussolini solo emitió suaves protestas cuando el viejo y principal manipulador político Giovanni Giolitti, una vez más, primer ministro de Italia, a los 80 años de edad, negoció un acuerdo con Yugoslavia en noviembre de 1920 que convirtió Fiume en una ciudad internacional, y envió luego a la Marina italiana en Navidad a dispersar a los voluntarios de D'Annunzio. Esto no significó que Mussolini no estuviese interesado por Fiume. Una vez en el poder, obligó a Yugoslavia a reconocer la ciudad como italiana en 1924.[221] Pero la humillación de D'Annunzio favorecía las ambiciones de Mussolini, que, adoptando muchas de las peculiaridades del Comandante, consiguió atraer hacia su propio movimiento a muchos veteranos de la aventura de Fiume, incluido Alceste de Ambris.

Mussolini triunfó donde fracasó D'Annunzio por algo más que simple suerte o estilo. Estaba lo suficientemente sediento de poder para establecer acuerdos con políticos centristas destacados. D'Annunzio jugó en Fiume a todo o nada y estaba más interesado por la pureza de sus gestos que por el poder en sí. Tenía además 57 años en 1920. Mussolini, una vez en el cargo, se deshizo fácilmente de él comprándolo con el título de príncipe de Monte Nevoso y con un castillo en el lago de Garda.[222] El fracaso de D'Annunzio es una advertencia para los que quieren interpretar el fascismo basándose primordialmente en sus expresiones culturales. No bastaba con el teatro.

Sobre todo, Mussolini superó a D'Annunzio porque prestó atención a intereses sociales y económicos además de al sentimiento nacionalista. Hizo

que sus Camisas Negras estuviesen disponibles para la acción contra los socialistas además de contra los eslavos meridionales de Fiume y de Trieste. Los veteranos de guerra odiaban a los socialistas desde 1915 por su actitud «antinacional» durante la guerra. Los terratenientes del valle del Po, de la Toscana y de la Apulia y de otras regiones de grandes haciendas odiaban y temían a los socialistas por su éxito al final de la guerra organizando a los braceros, los *braccianti*, para que presionasen para obtener salarios más altos y mejores condiciones de trabajo. El *squadrismo* fue la conjunción de esos dos odios.

Los socialistas italianos, a raíz de su victoria en las primeras elecciones de posguerra —noviembre de 1919—, habían utilizado su nuevo poder en la administración local para establecer un control de facto sobre el mercado salarial agrícola. En el valle del Po en 1920 todo agricultor que necesitaba braceros para sembrar o cosechar tenía que visitar la Bolsa de Trabajo socialista. Las bolsas de trabajo aprovecharon al máximo su nueva influencia. Obligaban a los agricultores a contratar a trabajadores todo el año en vez de solo estacionalmente y con mejores salarios y mejores condiciones de trabajo. Los agricultores estaban apurados económicamente. Habían invertido sumas considerables antes de la guerra para transformar las marismas del valle del Po en tierras de cultivo; los cultivos que les proporcionaban dinero resultaban poco rentables en las difíciles condiciones de la economía de posguerra italiana. Los sindicatos socialistas ponían en entredicho también la posición personal de los agricultores como dueños de sus fincas.

Los terratenientes del valle del Po, asustados y humillados, buscaban ayuda frenéticamente.[223] No la encontraron en el Estado italiano. Los funcionarios locales o bien eran también socialistas o bien se sentían poco inclinados a enfrentarse a ellos. El primer ministro Giolitti, un practicante auténtico del liberalismo del *laissez-faire*, se negó a utilizar a las fuerzas nacionales para romper huelgas. Los grandes propietarios agrícolas se sintieron abandonados por el Estado liberal italiano.

Al no disponer de ayuda de las autoridades del Estado, los grandes terratenientes del valle del Po buscaron la protección de los Camisas

Negras. Las *squadre* fascistas, contentas por disponer de una excusa para atacar a sus viejos enemigos pacifistas, invadieron el 21 de noviembre de 1920 el Ayuntamiento de Bolonia, donde funcionarios socialistas habían izado una bandera roja. Hubo seis muertos entre los funcionarios. A partir de entonces, el movimiento se extendió con gran rapidez por toda la rica región agrícola del bajo delta del río Po. Escuadristas de camisa negra organizaban expediciones nocturnas para saquear y quemar bolsas de trabajo y oficinas socialistas locales y pegar e intimidar a los funcionarios socialistas. Sus formas favoritas de humillación eran administrar dosis ingentes de aceite de ricino y afeitar la mitad de un orgulloso bigote latino. En los seis primeros meses de 1921 las escuadras destruyeron 17 periódicos e imprentas, 59 casas del pueblo —sedes socialistas—, 119 cámaras de trabajo —oficinas de empleo socialistas—, 107 cooperativas, 83 ligas de campesinos, 151 clubes socialistas y 151 organizaciones culturales.[224] Entre el 1 de enero y el 7 de abril, de 1921, resultaron muertas 102 personas: 25 fascistas, 41 socialistas, 20 policías y 16 más sin filiación determinada.[225]

El éxito de los Camisas Negras del valle del Po no se basó solo en la fuerza. Los fascistas dieron a algunos campesinos también lo que estos más querían: trabajo y tierra. Volviendo las tornas a los socialistas, los fascistas establecieron su propio monopolio sobre el mercado de trabajo agrícola. Ofreciendo a unos cuantos campesinos pequeñas parcelas de tierra en propiedad, donadas por grandes propietarios clarividentes, convencieron a gran número de braceros sin tierra de que abandonaran los sindicatos socialistas. La tierra había sido el deseo más profundo de todos los campesinos del valle del Po que tenían demasiado poca —como pequeños propietarios, aparceros o arrendatarios— o absolutamente ninguna —como los jornaleros—. Los socialistas perdieron rápidamente su control sobre estas categorías de trabajadores agrícolas, no solo porque había quedado demostrado que eran incapaces de defender sus ganancias de posguerra, sino también porque su objetivo a largo plazo de colectivizar las tierras no resultaba atractivo para los pobres rurales hambrientos.

Al mismo tiempo, los escuadristas consiguieron demostrar la incapacidad

del Estado para proteger a los terratenientes y mantener el orden. Empezaron incluso a suplantarle en la organización de la vida pública y a no respetar su monopolio de la fuerza. Cuando llegaron a hacerse más osados, los Camisas Negras ocuparon ciudades enteras. Una vez instalados en Ferrara, por ejemplo, obligarían a la ciudad a introducir un programa de obras públicas. A principios de 1922, las escuadras fascistas y sus truculentos jefes, como Italo Balbo en Ferrara y Roberto Farinacci en Cremona —llamados *ras* por los caudillos etíopes—, eran un poder de facto en la Italia septentrional con el que el Estado tenía que contar, sin cuya buena voluntad no podían funcionar con normalidad los Gobiernos locales.

Los terratenientes no fueron los únicos que ayudaron a los Camisas Negras a aplastar el socialismo en el valle del Po. Comandantes del Ejército y de la policía local les prestaron armas y camiones, y parte de su personal más joven se incorporó a las expediciones. Algunos prefectos locales, resentidos por las pretensiones de los nuevos alcaldes y concejales socialistas, hicieron oídos sordos a estas incursiones nocturnas e incluso suministraron vehículos para realizarlas.

Aunque los fascistas del valle del Po abogaban aún por algunas medidas políticas —obras públicas para los parados, por ejemplo— que recordaban el radicalismo inicial del movimiento, los escuadristas eran considerados en general los agentes de mano dura de los grandes hacendados. Algunos de los primeros fascistas idealistas estaban horrorizados por esta transformación. Apelaron a Mussolini y a la jefatura de Milán para que pusiesen coto a esa tendencia a la complicidad con los intereses locales dominantes. Barbato Gatelli, uno de los desilusionados, se quejó amargamente de que el Fascismo había perdido sus ideales originales y se había convertido en «el guardaespaldas de los especuladores». Él y sus amigos intentaron organizar un movimiento fascista rival y crear un nuevo periódico —*L'Idea Fascista*— para recuperar el viejo espíritu, pero Mussolini se alineó con los escuadristas.[226] Los puristas acabaron abandonando el partido o siendo expulsados de él. Lo sustituyeron hijos de terratenientes, policías jóvenes, oficiales y suboficiales del Ejército y otros partidarios del *squadrismo*. D'Annunzio, al que algunos de los idealistas

descontentos recurrieron para sustituir a Mussolini, se quejó de que el Fascismo había pasado a significar «esclavitud agraria».[227] No era la primera vez, ni sería la última, que movimientos fascistas perdían parte de su primera clientela y reclutaban una nueva,[228] con el fin de situarse en un espacio político rentable y echar raíces en él.

Como vimos en el capítulo anterior, los primeros fascistas habían sido reclutados entre veteranos radicales, sindicalistas nacionalistas e intelectuales futuristas, es decir, jóvenes descontentos antiburgueses que querían el cambio social unido a la grandeza nacional. En muchos casos era solo el nacionalismo lo que les separaba de los socialistas y del ala radical del nuevo partido católico, el Partito Popolare Italiano —los *Popolari*—.[229] De hecho, muchos procedían de la izquierda, como el propio Mussolini. El *squadrismo* modificó la composición social del movimiento inclinándola hacia la derecha. Se incorporaron ya a él hijos de terratenientes e incluso algunos elementos procedentes del mundo de la delincuencia. Pero el Fascismo conservó aún su carácter juvenil: el nuevo Fascismo siguió siendo una rebelión generacional contra los viejos.

Mussolini decidió adaptar su movimiento a las nuevas oportunidades en vez de aferrarse al Fascismo nacionalista de izquierdas fallido de Milán de 1919. Podemos seguir su evolución en el desplazamiento de las posiciones fascistas hacia la derecha en los discursos y programas del periodo 1920-1922.[230] La primera idea que desapareció fue la del rechazo del primer fascismo de la guerra y del imperialismo, el «pacifismo de las trincheras» tan extendido entre los veteranos cuando aún estaba fresco su recuerdo del combate. El programa de San Sepolcro aceptó el «postulado supremo» de la Liga de Naciones del mantenimiento de «la integridad de cada nación» —aunque afirmando el derecho de Italia a Fiume y a la costa dálmata—. La Liga desapareció del programa de junio de 1919, aunque los fascistas todavía siguiesen pidiendo la sustitución del Ejército profesional por una milicia defensiva y la nacionalización de las fábricas de armas y de municiones. El programa del Partido Fascista transformado de noviembre de 1921 atacaba a la Liga de Naciones por su parcialidad, afirmaba el papel de Italia como un «baluarte de civilización latina en el Mediterráneo» y de

italianità en el mundo, pedía la creación de colonias italianas y abogaba por un gran Ejército permanente.

Las propuestas radicales que había hecho el fascismo en sus inicios, de nacionalizaciones y gravosos impuestos, quedaron reducidas en 1920 al derecho de los trabajadores a defender objetivos estrictamente económicos, pero no «demagógicos». La representación de los trabajadores en la dirección quedaba limitada en 1920 a los asuntos de personal. En 1921 los fascistas rechazaron «la fiscalidad progresiva y confiscatoria» como «demagogia fiscal que ahuyenta la iniciativa», y pasaron a considerar la productividad el objetivo primordial de la economía. Mussolini, ateo de toda la vida, había pedido en 1919 la confiscación de todas las propiedades pertenecientes a congregaciones religiosas y las requisas de todos los ingresos de las sedes episcopales. En su primer discurso en la Cámara de Diputados, el 21 de junio de 1921, dijo, sin embargo, que el catolicismo representaba «la tradición imperial y latina de Roma» y pidió un acuerdo que zanjase las diferencias con el Vaticano. En cuanto a la monarquía, Mussolini proclamó en 1919 que «el régimen actual de Italia ha fracasado». En 1920 suavizó su republicanismo inicial adoptando una posición agnóstica en favor del régimen constitucional que mejor sirviese a los intereses materiales y morales de la nación. En un discurso pronunciado el 20 de septiembre de 1922, negó que tuviese intención de poner en entredicho la monarquía o a la Casa de Saboya reinante. «Nos preguntan cuál es nuestro programa», dijo Mussolini. «Nuestro programa es simple. Queremos gobernar Italia».[231]

A Mussolini, mucho después de que su régimen si hubiese asentado en la rutina, aún le gustaba aludir a la «revolución fascista». Pero se refería a una revolución contra el socialismo y el blando liberalismo, un nuevo modo de unir y de motivar a los italianos y un nuevo género de autoridad gubernamental capaz de subordinar las libertades privadas a las necesidades de la unidad nacional y de conseguir la aquiescencia de las masas dejando al mismo tiempo intacta la propiedad. El punto importante es que el movimiento fascista se reconfiguró en su proceso de crecimiento en el espacio disponible. El antisocialismo ya presente en el movimiento inicial

se convirtió en básico, y muchos idealistas antiburgueses abandonaron o fueron expulsados. El idealismo anticapitalista radical del primer Fascismo se aguó, y no debemos permitir que su notoria presencia en los primeros textos nos confunda respecto a lo que el fascismo llegó a ser más tarde en su actuación.

El poder de facto del Fascismo en el nordeste rural de Italia —sobre todo en la Emilia-Romaña y en la Toscana— había llegado a hacerse en 1921 demasiado importante para que los políticos nacionales lo ignorasen. Cuando el primer ministro Giolitti preparó nuevas elecciones parlamentarias en mayo de 1921, dispuesto a recurrir a cualquier medio para arrebatar a los socialistas y a los *Popolari* el gran número de votos que habían obtenido en noviembre de 1919, incluyó a los fascistas de Mussolini en su coalición electoral junto con los liberales y los nacionalistas. Gracias a este arreglo, fueron elegidos en la lista de Giolitti para la cámara italiana 35 candidatos del PNF, incluido el propio Mussolini. No se trataba de un gran número y muchos contemporáneos pensaron que el movimiento de Mussolini era demasiado incoherente y contradictorio para que pudiese perdurar.[232] Pero el hecho demostraba que Mussolini se había convertido en una parte vital de la coalición antisocialista italiana a escala nacional. Era el primer paso en el avance hacia el poder nacional, que era ya el único principio por el que Mussolini se regía.

La transformación del Fascismo italiano que el éxito del valle del Po entre 1920 y 1922 puso en marcha nos muestra por qué es tan difícil encontrar una «esencia» fijada en los primeros programas fascistas o en los primeros jóvenes rebeldes antiburgueses del movimiento, y por qué debe uno seguir la trayectoria del movimiento cuando encontró un espacio político y se adaptó para poder encajar en él. Sin la transformación del valle del Po —que tuvo paralelismos en otras regiones donde el fascismo se ganó el apoyo de los terratenientes locales, como la Toscana y la Apulia—,[233] Mussolini habría sido solo un oscuro agitador de Milán que fracasó.

«(2) Schleswig-Holstein, Alemania, 1928-1933»

Schleswig-Holstein fue el único estado alemán —*Land*— que dio a los nazis una clara mayoría en unas elecciones libres: el 51% votó nazi en las elecciones parlamentarias del 31 de julio de 1932. Nos brinda, por tanto, un segundo ejemplo evidente de un movimiento fascista que consigue convertirse en un actor político importante.

El movimiento fascista alemán no había conseguido asentarse durante la primera crisis de posguerra, entre 1918 y 1923, cuando la sangrienta represión del sóviet de Múnich y de otros levantamientos socialistas por los *Freikorps* brindó una oportunidad. La oportunidad siguiente llegó con la Depresión. El Partido Nazi, tras haber obtenido muy pobres resultados con una estrategia urbana en las elecciones de 1924 y 1928, recurrió a los campesinos.[234] Eligió bien. La agricultura no había prosperado en ninguna parte en la década de 1920, porque los mercados mundiales estaban inundados por los nuevos productores de Estados Unidos, Argentina, Canadá y Australia. Los precios agrícolas cayeron aún más a finales de la década de 1920, antes incluso del hundimiento de la bolsa de 1929; este fue solo el golpe final para los agricultores del mundo.

En la región arenosa y ganadera del interior de Schleswig-Holstein, cerca de la frontera danesa, los campesinos habían apoyado tradicionalmente al partido nacionalista conservador —DNVP—.[235] Al final de la década de 1920, perdieron la fe en la capacidad de los partidos tradicionales y del gobierno nacional para ayudarles. La República de Weimar estaba triplemente condenada a sus ojos: dominada por la lejana Prusia, por la pecaminosa y decadente Berlín y por «rojos», que en lo único que pensaban era en conseguir alimentos baratos para los trabajadores urbanos. Cuando el hundimiento de los precios agrícolas después de 1928 tuvo como consecuencia para muchos de ellos el endeudamiento y la ejecución de hipotecas, los desesperados ganaderos de Schleswig-Holstein abandonaron al DNVP y recurrieron a la Landbund, una violenta liga de autoayuda campesina. Sus protestas contra los bancos y los intermediarios y sus huelgas fiscales localizadas fueron ineficaces por falta de un apoyo organizado a escala nacional. Así que en julio de 1932 el 64% del voto rural de Schleswig-Holstein fue a los nazis. Los ganaderos probablemente

habrían cambiado una vez más a una nueva panacea —su fidelidad a los nazis estaba empezando a desvanecerse en las elecciones de noviembre de 1932— si el nombramiento de Hitler para el cargo de canciller en enero de 1933 no hubiese inmovilizado las cosas.

El primer proceso que uno ve operando aquí es la humillación de las organizaciones y los dirigentes políticos existentes con la crisis de la Depresión mundial de 1929. Su impotencia ante el hundimiento de los precios, la saturación de los mercados, los embargos de granjas y su venta por deudas a los bancos abrió un nuevo espacio.

Los ganaderos de Schleswig-Holstein constituyeron solo una parte —la de más éxito— de la amplia corriente de agravios particulares y a veces contrapuestos que Hitler y los nazis consiguieron agrupar en una marea electoral entre 1929 y julio de 1932. El crecimiento del apoyo electoral al Partido Nazi, que pasó de ser el noveno de Alemania en 1928 a ser el primero en 1932, demostró lo bien que habían sabido aprovechar Hitler y sus estrategas el descrédito de los partidos tradicionales ideando nuevas técnicas electorales y dirigiéndose a grupos de votantes específicos.[236]

Hitler sabía cómo tratar a un electorado de masas. Jugó habilidosamente con los resentimientos y los temores de los alemanes ordinarios, en mítines públicos incesantes animados con escuadras uniformadas de acción directa, con la intimidación física del enemigo, el entusiasmo de multitudes enfebrecidas y las arengas incendiarias y las llegadas espectaculares en avión y en rápidos Mercedes descapotables. Los partidos tradicionales se atuvieron obstinadamente a los largos discursos librescos, apropiados para un electorado pequeño e ilustrado. La izquierda alemana adoptó saludos y camisas,[237] pero no podía reclutar muchos votantes fuera de la clase obrera. Mientras los otros partidos estaban firmemente identificados con un interés, una clase o un enfoque político, los nazis se las arreglaron para prometer algo a cada uno. Fueron el primer partido de Alemania que se dirigió a ocupaciones diferentes con mensajes a medida, sin preocuparse demasiado de que uno pudiese contradecir a otro.[238]

Todo esto cuesta mucho dinero, y se ha dicho a menudo que eran hombres de negocios alemanes los que pagaban las facturas. La versión marxista

ortodoxa de este enfoque sostiene que Hitler y los suyos fueron prácticamente una especie de ejército anticomunista privado creado por los capitalistas. Es realmente posible descubrir a hombres de negocios alemanes —normalmente, de pequeños negocios— que se sintieron atraídos por el antisocialismo y el nacionalismo expansionista de Hitler y a los que engañaron sus discursos cuidadosamente adaptados a audiencias del mundo de los negocios minimizando el antisemitismo y eludiendo cualquier alusión a las cláusulas radicales de los 25 Puntos. El empresario de la siderurgia Fritz Thyssen, cuyo libro —escrito por un «negro»— *Yo pagué a Hitler* —1941— proporcionó munición a la tesis marxista, resulta ser excepcional, tanto por su temprano apoyo al nazismo como por su ruptura con él y su exilio después de 1939.[239] Otro hombre de negocios célebre, el anciano magnate del carbón Emil Kirdorf, ingresó en el Partido Nazi en 1927, pero lo abandonó furioso en 1928 por los ataques a la agrupación de empresarios del carbón y apoyó en 1933 al DNVP conservador.[240]

Una investigación detenida de sus archivos indica que la mayoría de los empresarios alemanes repartían las apuestas, contribuyendo con su dinero a todas las formaciones electorales no socialistas que mostraban algún indicio de éxito en la tarea de mantener a los marxistas fuera del poder. Aunque algunas empresas alemanas diesen algún dinero a los nazis, siempre dieron más a los conservadores tradicionales. Su favorito era Franz von Papen. Cuando Hitler se hizo demasiado importante para que se le pudiese ignorar, estaban alarmados por el tono anticapitalista de algunos de los elementos radicales próximos a él, como el maniático de la tasa de interés Gottfried Feder, el «bolchevique de salón» Otto Strasser —así le llamó una vez, irritado, Hitler— y una organización de tenderos antisemitas proclive a la violencia, la Liga Combatiente de la Clase Media del Comercio. Hasta el jefe del aparato administrativo del Partido Nazi, Gregor Strasser, aunque más moderado que su hermano Otto, proponía medidas radicales para crear puestos de trabajo.[241] El radicalismo nazi aumentó en realidad a finales de 1932, cuando el partido propugnó una legislación destinada a abolir todos los trusts y cooperó con los comunistas en una huelga de los trabajadores del transporte de Berlín. Algunas empresas importantes, como I. G. Farben,

no aportaron casi nada a los nazis antes de 1933.[242] Una parte importante de los fondos nazis procedía en realidad del importe de las entradas de los mítines y actos de masas y de la venta de folletos, insignias y recuerdos y de las pequeñas aportaciones.[243]

Hitler convirtió así el Partido Nazi en julio de 1932 en el primer partido aglutinador tipo cajón de sastre de la historia alemana y en el partido más grande que había existido hasta entonces en el país. Sus Camisas Pardas, siempre dispuestos a pegar a socialistas, comunistas, pacifistas y extranjeros, despertaban al mismo tiempo temor y admiración. La acción directa y el electoralismo eran tácticas complementarias, no contradictorias. La violencia —violencia selectiva contra enemigos «antinacionales» que para muchos alemanes estaban fuera del redil— ayudó a obtener los votos que permitieron a Hitler decir que estaba trabajando para llegar al poder por medios legales.

Una razón de que los nazis consiguiesen suplantar a los partidos liberales de clase media fue que se consideró que los liberales no eran capaces de afrontar las dos crisis gemelas que asediaban a Alemania a finales de la década de 1920. Una de esas crisis era el sentimiento de humillación nacional de muchos alemanes por el Tratado de Versalles. El tema del cumplimiento del tratado se convirtió en un problema acuciante de nuevo en enero de 1929 cuando una comisión internacional presidida por el banquero estadounidense Owen D. Young puso en marcha otro intento de resolver el problema del pago alemán de reparaciones por la Primera Guerra Mundial. Cuando el Gobierno alemán firmó el Plan Young en junio, los nacionalistas alemanes le atacaron agriamente por seguir aceptando que Alemania tenía el deber de pagar algo, aunque las sumas se hubiesen reducido. La segunda crisis fue la Depresión que se inició en 1929. El hundimiento de la economía alemana fue el más catastrófico de todos los de los países importantes y dejó sin trabajo a una cuarta parte de la población. Los partidos antisistema se unieron todos en sus reproches a la República de Weimar por no ser capaz de resolver ninguna de las dos crisis.

Dejo, por el momento, esta historia en julio de 1932, con el Partido Nazi convertido en el mayor de Alemania, con el 37% de los votos. Los nazis no

habían obtenido una mayoría en las urnas —nunca la conseguirían—, pero se habían hecho indispensables para cualquier coalición no socialista que quisiese gobernar con una mayoría popular en vez de a través de poderes presidenciales con decreto de emergencia, como había sido el caso desde la caída del último Gobierno normal en marzo de 1930 —examinaremos esta cuestión más detenidamente en el próximo capítulo—.

El fascismo no estaba aún en el poder en Alemania, sin embargo. El voto nazi disminuyó en las elecciones parlamentarias siguientes de noviembre de 1932. El Partido Nazi estaba perdiendo su valor más preciado: el impulso. Se agotaba el dinero. Hitler, jugándose el todo por el todo para conseguir el cargo de canciller, rechazó todas las ofertas menores de convertirse en vicecanciller de un Gobierno de coalición. Las bases del partido estaban inquietas ante la posibilidad de que se les fuese de las manos la posibilidad de conseguir cargos y puestos de trabajo. Gregor Strasser, jefe de la organización del partido y dirigente del ala anticapitalista del movimiento, fue expulsado por iniciar negociaciones independientes con el nuevo canciller, el general Kurt von Schleicher. El movimiento podría haber acabado como una nota al pie de la historia si no lo hubiesen salvado a principios de 1933 políticos conservadores que querían robarle sus seguidores y utilizar su músculo político para sus propios fines. El camino concreto por el que los fascistas llegaron al poder tanto en Alemania como en Italia es el tema del capítulo siguiente. Pero antes hemos de examinar un tercer caso, el fracaso del fascismo en Francia.

Un fascismo que no triunfó: Francia, 1924-1940

Ni siquiera las naciones victoriosas fueron inmunes al virus fascista después de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, prescindiendo de Italia y de Alemania, aunque los fascistas pudiesen ser ruidosos o problemáticos, no llegaron nunca a aproximarse al poder. Lo que no significa que no debamos tener en cuenta esos otros casos. Los movimientos fascistas que fracasaron pueden decirnos tanto sobre lo que hacía falta para arraigar como los que

triunfaron.

Francia nos proporciona un ejemplo ideal. Aunque parezca ejemplificada para muchos por la caída de la Bastilla, los Derechos del Hombre y la *Marsellesa*, numerosos nacionalistas autoritarios y monárquicos franceses no habían llegado nunca a considerar que una república parlamentaria fuese del régimen adecuado para *la grande nation*. Cuando la república no consiguió afrontar adecuadamente en el periodo de entreguerras la triple crisis de la amenaza revolucionaria, la depresión económica y la amenaza alemana, ese descontento se convirtió en una desafeción directa.

La extrema derecha se expandió en la Francia de entreguerras como reacción a los éxitos electorales de la izquierda. Cuando una coalición de centroizquierda, el Cartel des Gauches, ganó las elecciones parlamentarias de 1924, Georges Valois, al que encontraremos en el capítulo 2 como el fundador del Círculo Prodhon para trabajadores nacionalistas en 1911,[244] fundó el Faisceau, para cuyo nombre y actuación se había inspirado directamente en Mussolini. Pierre Taittinger, un magnate del champán, creó las Jeunesses Patriotes, de un nacionalismo más tradicional. Y la nueva Fédération Nationale Catholique adoptó un tono apasionadamente antirrepublicano con el general Noël Currières de Castelnau.

En la década de 1930, en plena Depresión, cuando la Alemania nazi desmantelaba las salvaguardias del acuerdo de paz de 1918, y cuando el prestigio de la mayoría de centroizquierda de la Tercera República —renovada en 1932— quedó empañado por la corrupción política, floreció una nueva cosecha de «ligas» radicales de derechas —rechazaban la palabra *partido*—. El 6 de febrero de 1934 quedó demostrado, en grandes manifestaciones callejeras de masas ante la Cámara de Diputados en las que murieron 16 personas, que eran lo suficientemente fuertes para derribar el Gobierno francés, pero no lo bastante para instalar otro en su lugar.

En el periodo de intensa polarización que siguió, fue la izquierda la que obtuvo más votos. El Frente Popular, una coalición de socialistas, radicales y comunistas, ganó las elecciones de mayo de 1936, y el primer ministro Léon Blum prohibió las ligas paramilitares en junio, algo que el canciller alemán Heinrich Brüning no había sido capaz de hacer en Alemania cuatro

años antes.

El Frente Popular había ganado, sin embargo, por muy poco y la presencia de un judío apoyado por comunistas en el cargo de primer ministro precipitó a la extrema derecha en un paroxismo de indignación. Su verdadera fuerza en la Francia de la década de 1930 ha sido tema de un debate particularmente intenso.[245] Algunos autores han postulado que Francia no tuvo un fascismo indígena, sino que tuvo, como máximo, pequeñas salpicaduras de «cal» de ejemplos extranjeros sobre la tradición bonapartista propia.[246] En el extremo opuesto están los que consideran que Francia fue la «verdadera cuna del fascismo».[247] Considerando esta extrema derecha indiscutiblemente ruidosa y vigorosa y la facilidad con que se derribó la democracia después de la derrota francesa de junio de 1940, Zeev Sternhell llegó a la conclusión de que el fascismo había «impregnado» por entonces el lenguaje y las actitudes de la vida pública del país. Apoyaba su tesis calificando de fascistas a una gran gama de críticas al funcionamiento de la democracia en Francia en la década de 1930 formuladas por un amplio espectro de comentaristas franceses, algunos de los cuales expresaban cierta simpatía por Mussolini, aunque casi ninguna por Hitler.[248] La mayoría de los investigadores franceses y algunos de los extranjeros consideraron que la categoría «fascista» de Sternhell era demasiado imprecisa y que este se excedía en sus conclusiones.[249]No basta, claro está, limitarse a contar el número de intelectuales franceses destacados que hablaban un lenguaje que sonaba a fascista, junto con la gama colorista de movimientos que se manifestaban y pontificaban en la Francia de la década de 1930. Se plantean dos cuestiones: ¿eran tan significativos como ruidosos? y ¿eran realmente fascistas? Conviene tener en cuenta que, cuanto más estrechamente imitó el modelo hitleriano o —con mayor frecuencia— el mussoliniano un movimiento francés, como el pequeño Solidarité Française de camisa azul o el Parti Populaire Français de reducida localización de Jacques Doriot,[250] menos éxito tuvo, mientras que el único movimiento de extrema derecha que se aproximó a la condición de partido de masas aglutinador entre 1936 y 1940 fue el Parti Social Français del coronel François de la Rocque, que procuró parecer

moderado y «republicano».

Toda valoración del fascismo en Francia gira en torno a De la Rocque. Si sus movimientos fueron fascistas, el fascismo fue poderoso en la Francia de la década de 1930; si no lo fueron, el fascismo estuvo limitado a los márgenes. De la Rocque, un oficial de carrera de familia monárquica, consiguió hacerse en 1931 con el control de la Croix de Feu, una pequeña asociación de veteranos formada por los que habían sido condecorados con la Croix de Guerre por heroísmo en el combate, y la convirtió en un movimiento político. Consiguió ampliar el número de miembros a un ámbito mayor y denunció la debilidad y la corrupción del Parlamento, previno de la amenaza del bolchevismo y abogó por un Estado autoritario y una mayor justicia para los trabajadores integrándolos en una economía corporativista. Su fuerza paramilitar, llamada *dispos* —de la palabra francesa *disponible*—, organizó concentraciones militaristas en automóvil en 1933 y 1934. Se movilizaban con precisión para recoger órdenes secretas en destinos remotos para *le jour J* —el Día D— y *l'heure H* —la hora H— en una evidente preparación para combatir con las armas una insurrección comunista.[251]

La izquierda, nerviosa por supuestas marchas fascistas sobre Roma, Berlín, Viena y Madrid, calificó de fascista la Croix de Feu. Esta impresión se fortaleció cuando la Croix de Feu participó en la marcha sobre la Cámara de Diputados la noche del 6 de febrero de 1934. El coronel De la Rocque mantuvo, sin embargo, sus fuerzas separadas de las otras en una calle lateral y en todas sus declaraciones públicas dio la impresión de una disciplina y un orden rigurosos más que de una violencia callejera sin freno. Insólitamente, tratándose de la derecha francesa, rechazó el antisemitismo e incluso reclutó a algunos judíos patriotas notables —aunque sus secciones de Alsacia y Argelia eran antisemitas—. Pese a que le parecía bien Mussolini —salvo por lo que consideraba un estatismo excesivo—, mantuvo la posición antialemana de la mayoría de los nacionalistas franceses.

Cuando el Gobierno del Frente Popular disolvió la Croix de Feu junto con otros grupos paramilitares de derechas en junio de 1936, el coronel De la

Rocque la sustituyó por un partido electoral, el Parti Social Française —PSF—. El PSF abandonó las concentraciones paramilitares y se centró en la reconciliación nacional y la justicia social bajo un dirigente fuerte pero elegido. Este desplazamiento hacia el centro fue entusiásticamente ratificado por un rápido aumento de sus miembros. El PSF probablemente era el partido de mayor tamaño de Francia en vísperas de la guerra. Es muy difícil, sin embargo, determinar el tamaño de cualquiera de los movimientos franceses de extrema derecha, en ausencia de resultados electorales o de cifras de circulación auditadas de sus periódicos. Las elecciones parlamentarias programadas para 1940, en las que se esperaba que al partido de De la Rocque le fuese bien, quedaron canceladas por la guerra.

Cuando Francia recuperó cierta calma y estabilidad en el periodo 1938-1939 con un primer ministro dinámico de centroizquierda, Édouard Daladier, todos los movimientos de extrema derecha salvo el más moderado, el PSF de De la Rocque, perdieron terreno. Después de la derrota de 1940, fue la derecha tradicional, y no la derecha fascista, la que creó y dirigió el Gobierno colaboracionista de Vichy.[252] Lo que quedaba del fascismo francés completó su descrédito parrandeando en el París ocupado a sueldo de los nazis durante el periodo 1940-1944. Una generación después de la liberación de 1945, la extrema derecha francesa se hallaba reducida a las dimensiones de una secta.

El fracaso del fascismo en Francia no se debió a una alergia misteriosa,[253] aunque no deba desdeñarse la importancia de la tradición republicana para la conciencia de sí mismo de una mayoría del pueblo francés. La Depresión, pese a las penurias que trajo consigo, fue menos grave en Francia que en países industrialmente más concentrados como Inglaterra y Alemania. La Tercera República, pese a todos sus bandazos, nunca llegó al punto muerto o a la parálisis total. La mayoría conservadora no se sintió lo suficientemente amenazada en la década de 1930 como para pedir ayuda a los fascistas. Finalmente, ningún personaje destacado consiguió dominar el pequeño ejército de *chefs* fascistas franceses rivales, la mayoría de los cuales preferían la «pureza» doctrinal intransigente al tipo de acuerdos con los conservadores que practicaron Mussolini y Hitler.

Podemos poner un poco más de carne sobre estos huesos mondos del análisis examinando más detenidamente uno de esos movimientos. Los Camisas Verdes eran un movimiento de campesinos del noroeste de Francia de la década de 1930, abiertamente fascista por lo menos en sus inicios, que consiguió reclutar a algunos campesinos descontentos para la acción directa, pero que no logró construir un movimiento permanente ni extenderse fuera del noroeste católico para convertirse en un verdadero actor a escala nacional.[254] Es importante investigar el fascismo rural en Francia porque fue entre los campesinos donde los fascismos alemán e italiano consiguieron implantarse con éxito en principio. Además, en un país que era mayormente rural, el potencial para el fascismo se hallaba en lo que pudiese conseguir en el campo. Siendo así, resulta curioso que todos los estudios previos del fascismo francés hayan examinado solo los movimientos urbanos.

En la Francia rural se abrió un espacio para el fascismo a principios de la década de 1930 porque tanto el Gobierno como las organizaciones tradicionales de agricultores, lo mismo que en Schleswig-Holstein, estaban desacreditados por su absoluta incapacidad para impedir el hundimiento de los precios agrícolas.

El caudillo de los Camisas Verdes, Henry Dorgères —seudónimo literario de un periodista y agricultor que descubrió que tenía un don para exacerbar el odio campesino en los días de mercado—, alabó abiertamente a la Italia fascista en 1933 y en 1934 —aunque la acusase más tarde de demasiado estatista— y adoptó cierto número de peculiaridades fascistas: la camisa de color, la oratoria inflamada, el nacionalismo, la xenofobia y el antisemitismo. En 1935, que fue cuando adquirió más fuerza, era capaz de reunir a las mayores multitudes que se hayan visto en las ciudades de mercado rurales francesas empobrecidas.

Había incluso en Francia un espacio que parecía superficialmente ofrecer oportunidades para la acción directa parecidas a las de los fascistas italianos en el valle del Po: en los veranos de 1936 y 1937, cuando huelgas masivas de jornaleros en las grandes fincas de las llanuras septentrionales de Francia en momentos cruciales —entresacar la remolacha azucarera, cosechar el

trigo y la remolacha— llenaron de pánico a los propietarios de tierras. Las Camisas Verdes organizaron grupos de voluntarios para recoger la cosecha, con una actitud que recordaba el auxilio que habían prestado los Camisas Negras a los agricultores del valle del Po. Tenían un agudo sentido del teatro: al final del día se reunían en un monumento a los caídos en la Primera Guerra Mundial y depositaban en él una gavilla de trigo.

Pero la acción directa de los cosechadores voluntarios de Dorgères no tuvo consecuencias y estos pequeños grupos que tenían un cierto parecido de familia con los escuadristas de Mussolini nunca se convirtieron en Francia en un poder local de facto. Una razón importante de que sucediese esto fue que el Estado francés se enfrentó de un modo mucho más enérgico que el italiano con cualquier posible amenaza a la recogida de la cosecha. Hasta el Frente Popular de Léon Blum envió a los gendarmes inmediatamente siempre que los jornaleros se pusieron en huelga en la época de la recolección. La izquierda francesa había asignado siempre una alta prioridad a la alimentación de las ciudades, desde los días de 1793 en los que el Comité de Seguridad Pública de Robespierre había enviado «ejércitos revolucionarios» para requisar el grano.[255] Los campesinos franceses tenían menos miedo que los del valle del Po a que les abandonase el Estado y sentían menos necesidad de unas fuerzas del orden sustitutas.

Además, a lo largo de la década de 1930, las poderosas organizaciones agrarias conservadoras francesas afrontaron la crisis mucho mejor que en Schleswig-Holstein. Organizaron con éxito cooperativas y consiguieron suministrar servicios esenciales, mientras que los Camisas Verdes solo ofrecían un desahogo a la cólera y se quedaron al final en los márgenes del espectro político. El momento crucial llegó cuando Jacques Le Roy Ladurie, presidente de la poderosa Federación de Agricultores Franceses —FNEA, Féderation Nationale des Exploitants Agricoles—, que había ayudado antes a Dorgères a exaltar a las multitudes rurales, decidió en 1937 que sería más eficaz crear un grupo de presión de agricultores poderosos capaz de influir desde dentro en la Administración del Estado. El poder de organizaciones agrarias conservadoras asentadas, como la FNEA, y del vigoroso movimiento cooperativo basado en Landerneau, en la Bretaña, era

tal que los Camisas Verdes encontraron poco espacio disponible.

Esto indica que los intrusos fascistas no pueden penetrar fácilmente en un sistema político que esté funcionando aceptablemente bien. Solo cuando el Estado y las instituciones existentes fallan estrepitosamente, brindan oportunidades a recién llegados. Otro fallo de los Camisas Verdes de Dorgères fue que no fueron capaces de convertirse en base de un partido tipo cajón de sastre. Aunque Dorgères era un genio excitando la cólera de los campesinos, casi nunca abordaba las tribulaciones de la clase media urbana. Era un agitador eminentemente rural, y tendía por ello a considerar a los tenderos urbanos parte del enemigo en vez de posibles socios de alianza en un fascismo plenamente desarrollado.

Otra razón más del fracaso de Dorgères fue que grandes zonas de la Francia rural estaban vedadas para los Camisas Verdes por su vinculación secular a las tradiciones de la Revolución francesa, que había otorgado a los campesinos la propiedad plena de sus pequeñas parcelas de tierra. Aunque los campesinos de la Francia republicana del sur y el suroeste pudiesen enfurecerse violentamente, su radicalismo lo canalizaban lejos del fascismo el Partido Comunista Francés, que tenía bastante éxito entre los pequeños campesinos de las regiones de tendencia tradicionalmente izquierdista.[256] Así que la Francia rural, pese a lo mucho que sufrió en la Depresión de la década de 1930, no era un marco en el que pudiese germinar un fascismo francés vigoroso.

Algunos fascismos más que no tuvieron éxito

Aparte de Italia y Alemania, solo un número bastante limitado de naciones ofreció condiciones que permitiesen al fascismo conseguir un gran apoyo electoral, además de ávidos socios de coalición conservadores. Inmediatamente después de Alemania en cuanto a éxito electoral, se halla el Partido de la Cruz de la Flecha, el movimiento húngaro de Ferenc Szálasy, que obtuvo unos 750.000 votos de un total de 2 millones en las elecciones húngaras de mayo de 1939.[257] Sin embargo, el Gobierno estaba ya

firmemente en manos de la dictadura militar conservadora del almirante Horthy, que no tenía ni necesidad de compartir el poder ni ninguna intención de hacerlo. El otro ganador de votos importante de la Europa Oriental fue la Legión del Arcángel Miguel de Rumanía, que, presentándose con el lema «Todo por la Patria», obtuvo el tercer puesto entre los partidos que se presentaron a las elecciones generales de 1937, con el 15,38% de los votos y 66 escaños de un total de 390 en la Cámara de Representantes.[258]

El ganador de votos fascista de más éxito de Europa Occidental, por el momento al menos, fue el movimiento rexista belga de Léon Degrelle. Degrelle empezó organizando a estudiantes católicos y dirigiendo una editorial católica —Christus Rex— y pasó luego a abordar empresas de más envergadura. En 1935 se embarcó en una campaña para convencer a los votantes belgas de que los partidos tradicionales —incluido el Partido Católico— estaban enfangados en la corrupción y la rutina en un momento que exigía una jefatura vigorosa y una actuación resuelta y decidida. En las elecciones parlamentarias nacionales de mayo de 1936 los rexistas hicieron campaña con un símbolo sencillo pero elocuente: una escoba. Si les votaban a ellos, barrerían a los viejos partidos. También proponían la unidad. Los viejos partidos dividían al país, porque agrupaban a los votantes según criterios confesionales o étnicos o de clase. Los rexistas prometían —como hacían todos los movimientos fascistas efectivos— agrupar a ciudadanos de todas las clases en un *rassemblement* en vez de un «partido» divisivo.

Estas consignas llegaban bien al público en un país aquejado por una división étnica y lingüística agravada por la depresión económica. Los rexistas obtuvieron el 11,5% del voto popular en mayo de 1936 y 21 de los 202 escaños de la Cámara Legislativa. Pero Degrelle no fue capaz de mantener ese rápido crecimiento. El orden establecido conservador se unió en su contra y las autoridades eclesiásticas renegaron de él. Cuando se presentó para un escaño vacante en Bruselas en abril de 1937, toda la clase política, desde los comunistas a los católicos, se unió para apoyar a su popular y joven adversario, el futuro primer ministro Paul Van Zeeland, y Degrelle perdió así su propio escaño parlamentario.[259]

La rápida ascensión de Degrelle y su caída igual de rápida ponen al descubierto lo difícil que es para un dirigente fascista mantener la burbuja intacta después de conseguir agrupar un voto heterogéneo de protesta. La rápida afluencia de votos a un partido nuevo aglutinador tipo cajón de sastre podía ser una corriente en dos direcciones. El crecimiento febril del partido podía ir seguido de un hundimiento igual de rápido si no demostraba ser capaz de representar algunos intereses importantes y de gratificar a políticos profesionales ambiciosos. Un gran número de votos no bastaba para que pudiese arraigar un partido fascista.

Otros movimientos fascistas de Europa Occidental tuvieron menos éxito electoral. El Nationaal Socialistische Beweging —NSB— holandés consiguió el 7,94% de los votos en las elecciones nacionales de 1935, pero a partir de entonces inició una decadencia acelerada.[260] El Nasjonal Samling de Vidkun Quisling solo consiguió el 2,2% de los votos noruegos en 1933 y el 1,8% en 1936, aunque en el puerto de Stavanger y en dos localidades rurales llegó a obtener hasta el 12%.[261]

La Unión Británica de Fascistas de sir Oswald Mosley fue uno de los fracasos más interesantes, porque, de todos los caudillos fascistas, Mosley tal vez fuese el de más dotes intelectuales y el que contaba con relaciones sociales más importantes. Como joven ministro prometedor del Gobierno laborista de 1929, propuso a principios de 1930 un audaz plan para combatir la Depresión convirtiendo el Imperio en una zona económica cerrada e invirtiendo en obras públicas —incurriendo en déficits si era necesario— para crear puestos de trabajo y en créditos al consumidor. Cuando los dirigentes del Partido Laborista rechazaron estas heterodoxas propuestas, Mosley dimitió y creó su propio Nuevo Partido en 1931, llevándose con él a unos cuantos miembros del Parlamento pertenecientes al ala izquierda del laborismo. El Nuevo Partido no obtuvo, sin embargo, ningún escaño en las elecciones parlamentarias de octubre de 1931. Una visita a Mussolini convenció al decepcionado Mosley de que el fascismo era la ola de futuro y su propio camino personal para seguir adelante.

La Unión Británica de Fascistas de Mosley —octubre de 1932— consiguió algunos tempranos conversos importantes, como lord

Rothermere, director de un periódico londinense de gran circulación, el *Daily Mail*. Pero el movimiento de Mosley despertó repugnancia cuando sus guardias de camisa negra iluminaron con reflectores y agredieron a sus adversarios en un gran mitin público en la sala de exposiciones Olympia de Londres en junio de 1934. La Noche de los Cuchillos Largos de Hitler, que se produjo a finales de ese mismo mes, provocó que el 90% de los 50.000 miembros[262] de la Unión Británica de Fascistas, lord Rothermere incluido, la abandonaran. A finales de 1934 Mosley adoptó una actitud activamente antisemita y enviaba a sus Camisas Negras a desfilar con fanfarronería desafiante por el East End londinense, donde se enfrentaban a judíos y comunistas, haciéndose con una nueva clientela entre los trabajadores no especializados y los tenderos del barrio que a duras penas conseguían sobrevivir. La Ley de Orden Público, aprobada poco después de la «Batalla de Cable Street» con antifascistas del 4 de octubre de 1936, prohibió los uniformes políticos y privó a la Unión Británica de Fascistas de sus espectáculos públicos, pero la Unión creció de nuevo con una campaña contra la guerra en 1939 hasta llegar a contar con unos 20.000 miembros. Los Camisas Negras de Mosley, su violencia y su simpatía declarada por Mussolini y Hitler —se casó con Diana Mitford en presencia de Hitler en Múnich en 1936— les parecían algo ajeno a la mayoría de la gente en Inglaterra y la gradual recuperación económica que se produjo a partir de 1931 con el Gobierno Nacional, una coalición dominada por conservadores y ampliamente aceptada, le dejó poco espacio político.

Algunos de los imitadores europeos del fascismo de la década de 1930 fueron poco más que movimientos fantasmas, como los Camisas Azules del coronel O’Duffy de Irlanda, aunque el poeta W. B. Yeats accediese a escribir su himno y enviase 300 voluntarios a España para ayudar a Franco. La mayoría de estas débiles imitaciones mostraron que no bastaba con ponerse una camisa de color, desfilar y arremeter contra alguna minoría local para conseguir el éxito de un Hitler o un Mussolini. Hace falta una crisis comparable, la apertura de un espacio político comparable, una habilidad para establecer alianzas comparable y una cooperación comparable de las élites existentes. Estas imitaciones nunca llegaron a pasar

de la etapa fundacional y no experimentaron por ello ninguna de las transformaciones de los movimientos que triunfaron. Se mantuvieron «puras»... e insignificantes.

Comparaciones y conclusiones

A principios del siglo xx surgieron movimientos fascistas tan generalizadamente que no podemos saber mucho sobre su naturaleza basándonos en el mero hecho de su fundación. Pero crecieron a ritmos distintos y consiguieron éxito en grados distintos. Un examen comparativo de sus éxitos y fracasos indica que las principales diferencias residen no solo en los movimientos mismos, sino también, y significativamente, en las oportunidades que se les ofrecieron. Para comprender las etapas posteriores del fascismo, tendremos que mirar, más allá de los propios partidos, los marcos que ofrecieron —o no— espacio y los tipos de respaldadores que estaban —o no— disponibles.

La historia intelectual, vital para la formación inicial de movimientos fascistas, es menos útil en esta etapa. El fascismo se mantuvo marginal en algunos países que parecerían tener, a primera vista, una gran predisposición intelectual y cultural para él. En Francia, por ejemplo, la riqueza, el fervor y la celebridad de la rebelión intelectual contra los valores liberales clásicos de principios del siglo xx parecía, basándonos exclusivamente en la historia intelectual, convertir ese país en un candidato primordial para que se asentaran en él con éxito movimientos fascistas.[263] Hemos visto por qué no sucedió eso.[264] En realidad, todos los países europeos produjeron pensadores y escritores en los que podemos apreciar hoy una vigorosa corriente de sensibilidad fascista. Resulta, por tanto, difícil sostener que un país estaba más «predispuesto» que otro porque sus intelectuales concediesen un papel importante a partidos fascistas.

El antisemitismo exige mención especial. No está claro que la preparación cultural fuese el indicio más importante para predecir qué país emprendería medidas de carácter extremo contra los judíos. Si se hubiese preguntado

hacia 1900 que se identificase la nación europea donde la amenaza del antisemitismo parecía más aguda, ¿quién habría elegido Alemania? Fue en Francia después de 1898, durante el frenesí del caso Dreyfus, donde se saquearon tiendas judías, y en la Argelia francesa donde fueron asesinados judíos.[265] En el cambio de siglo se produjeron desagradables incidentes antisemitas en Inglaterra[266] y en Estados Unidos, como, por ejemplo, el tristemente célebre linchamiento de Leo Frank en Atlanta,[267] por no mencionar los focos tradicionalmente furibundos de violencia antijudía endémica de Polonia y Rusia, donde se inventó precisamente la palabra *pogromo*.

En Alemania, sin embargo, el antisemitismo organizado, vigoroso en la década de 1880, perdió fuerza como táctica política en las décadas que precedieron a la Primera Guerra Mundial.[268] Después de la guerra, el acceso de judíos a puestos como los de la enseñanza universitaria llegó a ser más fácil en la Alemania de Weimar que en los Estados Unidos de Harding y Coolidge. Puede que incluso la Alemania guillermina estuviese más abierta al progreso de los profesionales judíos que los Estados Unidos de Theodore Roosevelt, con importantes excepciones como el cuerpo de oficiales. Lo que revela la comparación con la Alemania guillermina no es que tuviese antisemitas y rebeldes contra la «modernidad» más numerosos o más poderosos que otros Estados europeos, sino que en una crisis política la burocracia y el Ejército alemanes estaban menos sujetos a una supervisión política o judicial efectiva.[269]

Hay, sin embargo, conexiones entre la preparación intelectual y el éxito posterior del fascismo, y tenemos que ser muy precisos respecto a ellas. El papel de los intelectuales fue crucial en tres aspectos ya indicados en el capítulo 1: en desacreditar los regímenes liberales previos; en crear nuevos polos fuera de la izquierda en torno a los cuales se pudiesen movilizar la cólera y la protesta —hasta fechas recientes, un monopolio de la izquierda —; y en hacer respetable la violencia fascista. Necesitamos estudiar también la preparación cultural e intelectual de aquellos sectores de las viejas élites que se mostraron dispuestos a cooperar con los fascistas —o al menos a intentar integrarlos—. Los Estados europeos se parecían bastante

entre sí en el frondoso crecimiento de la crítica antiliberal al iniciarse el siglo xx. En lo que diferían era en las condiciones políticas, sociales y económicas previas que parecen distinguir a los Estados donde el fascismo fue capaz, excepcionalmente, de asentarse.

Una de las condiciones previas más importantes fue un orden liberal tambaleante.[270] Donde los fascismos pasaron más fácilmente de las habitaciones traseras a la escena pública fue donde el gobierno existente funcionaba mal o no funcionaba en absoluto. Uno de los lugares comunes de los análisis del fascismo es que prosperó a costa de la crisis del liberalismo. Aspiro a hacer aquí algo más concreta esa vaga formulación.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial los Estados importantes de Europa estaban gobernados por regímenes liberales o parecían encaminarse a eso. Los regímenes liberales garantizaban las libertades tanto para los individuos como para los partidos políticos rivales y permitían a los ciudadanos influir en la composición de los Gobiernos, más o menos directamente, a través de elecciones. El régimen liberal otorgaba también una gran cuantía de libertad a los ciudadanos y a las empresas. La intervención del Gobierno se consideraba que debía limitarse a las pocas funciones que no podían realizar por sí mismos los ciudadanos, como, por ejemplo, el mantenimiento del orden y la dirección de la guerra y la diplomacia. Las cuestiones económicas y sociales se consideraba que tenían que dejarse al libre juego de las elecciones individuales en el mercado, aunque los regímenes liberales no dudasen en proteger la propiedad de las protestas obreras y de la competencia extranjera. Este tipo de Estado liberal dejó de existir durante la Primera Guerra Mundial, porque la guerra total solo podía dirigirse mediante una coordinación y una regulación masivas por parte del Gobierno.

Una vez terminado el conflicto bélico, los liberales esperaban que los Gobiernos volviesen a las políticas liberales. Pero las tensiones originadas por la guerra habían creado nuevos conflictos, tensiones y disfunciones que exigían una intervención continuada del Estado. Al final de la guerra, algunos de los Estados beligerantes se habían desmoronado. En Rusia —que solo parcialmente era un Estado liberal en 1914—, habían tomado el

poder los bolcheviques. En Italia, y más tarde en Alemania, lo tomaron los fascistas. En el periodo de entreguerras los Gobiernos parlamentarios dejaron paso a regímenes autoritarios en España, Portugal, Polonia, Rumanía, Yugoslavia, Estonia, Lituania y Grecia, por mencionar solo casos europeos. ¿Qué había funcionado mal en la receta liberal de gobierno?

No debemos enfocar esto exclusivamente como una cuestión de ideas. Lo que estaba en juego era una técnica de gobierno: el gobierno de notables, en el que solo los de buena cuna y los instruidos podían apoyarse en el prestigio social y el respeto para que se les siguiese eligiendo. Ese gobierno de notables empezó a verse sometido, sin embargo, a una grave presión por la «nacionalización de las masas».[271] Después de 1918 los políticos, incluidos los contrarios a la izquierda, tenían que aprender a manejar un electorado de masas si no querían fracasar. Donde el voto de las masas era nuevo e indisciplinado, como en Italia —el sufragio universal de los varones no se introdujo allí hasta 1912— y en el Estado prusiano dentro de Alemania —donde el viejo sistema electoral de tres clases de las elecciones locales no se abolió hasta 1918—, muchos políticos anticuados, fuesen liberales o conservadores, no tenían la menor idea de cómo atraer a una multitud. Hasta en Francia, donde los conservadores habían aprendido en el siglo xix a domesticar al menos al sector rural de un electorado de masas explotando la influencia social y las tradiciones de respeto, les costó trabajo después de 1918 hacerse cargo de que no operaban ya esas influencias. Cuando el conservador nacionalista Henri de Kérillis intentó abordar los nuevos retos de la política de masas creando un Centro de Propaganda para Republicanos Nacionales en 1927, conservadores retrógrados se burlaron de sus métodos diciendo que eran más apropiados para vender una nueva marca de chocolate que para la política.[272]

Los fascistas se aprovecharon rápidamente de la incapacidad de centristas y conservadores para mantener el control de un electorado de masas. Mientras los anticuados notables desdeñaban la política de masas, ellos demostraron cómo podía utilizarse para el nacionalismo y contra la izquierda. Prometieron acceso a la multitud a través del espectáculo político emocionante y de técnicas de publicidad inteligentes, medios para

disciplinar a aquella multitud a través de la organización paramilitar y la jefatura carismática, y la sustitución de azarosas elecciones por plebiscitos de sí o no.[273] Mientras los ciudadanos de una democracia parlamentaria votaban para elegir a unos cuantos conciudadanos que sirviesen como representantes suyos, los fascistas expresaban su ciudadanía directamente participando en ceremonias de aquiescencia masiva. La manipulación propagandística de la opinión pública sustituyó al debate sobre temas complicados entre un pequeño grupo de legisladores que —de acuerdo con los ideales liberales— se suponía que estaban mejor informados que la masa de la ciudadanía. El fascismo podía muy bien dar la impresión de que ofrecía a los adversarios de la izquierda nuevas técnicas eficaces para controlar, manejar y canalizar la «nacionalización de las masas», en un momento en que esa izquierda amenazaba con agrupar a una mayoría de la población en torno a dos polos no nacionales: clase y pacifismo internacional.

Se puede también considerar la crisis del liberalismo después de 1918 de un segundo modo, como una «crisis de transición», un arduo trecho en el proceso de industrialización y modernización. Parece claro que las naciones que se industrializaron tarde se enfrentaron a más tensiones sociales que Inglaterra, la primera que se industrializó. Por una parte, el ritmo fue más rápido en el caso de los retrasados; por otra, los trabajadores contaban por entonces con una organización mucho más potente. No hace falta ser marxista para considerar que la crisis del Estado liberal se debió a las graves tensiones provocadas por el proceso de industrialización, siempre que no se inyecte inevitabilidad en el modelo explicativo. Los fascistas, hasta hace muy poco, consideraban esta crisis una etapa inevitable del desarrollo capitalista, en la que el sistema económico no puede funcionar ya sin disciplinar aún más a la clase obrera y/o una conquista por la fuerza de mercados y recursos exteriores. Se puede postular, sin generalizar tanto, que los que llegaban más tarde se enfrentaban simplemente a niveles más elevados de perturbación social que exigían nuevas formas de control.

Una tercera forma de considerar la crisis del Estado liberal aborda el mismo problema de la industrialización tardía desde el punto de vista

social. Determinados Estados liberales, según esta versión, eran incapaces de afrontar la «nacionalización de las masas» o la «transición a la sociedad industrial» porque su estructura social era demasiado heterogénea, estaba dividida entre grupos preindustriales que no habían desaparecido aún —artesanos, grandes terratenientes, rentistas— junto con nuevas clases de trabajadores y administradores industriales. Donde la clase media preindustrial era particularmente poderosa, de acuerdo con esta interpretación de la crisis del Estado liberal, podía bloquear la solución pacífica de los problemas de la industria y podía proporcionar efectivos al fascismo para defender los privilegios y el prestigio del viejo orden social.[274]

Otra «toma» más de la crisis del orden liberal es la que se centra en una transición tensa a la modernidad en términos culturales. De acuerdo con esta interpretación, la alfabetización generalizada, los medios de comunicación de masas baratos y las culturas extranjeras invasoras —desde dentro además de desde fuera— hicieron más difícil a medida que se iniciaba el siglo xx que la intelectualidad liberal pudiese perpetuar el orden cultural e intelectual tradicional.[275] El fascismo ofreció a los defensores de un canon cultural nuevos instrumentos de propaganda junto con una desvergüenza nueva respecto al uso de ellos.

Puede que no sea absolutamente necesario elegir solo uno de estos diversos diagnósticos de las dificultades que afrontaron los regímenes liberales de Europa al terminar la Primera Guerra Mundial. Italia y Alemania parecen realmente responder a los cuatro. Figuraban entre los últimos Estados importantes de Europa que aprendieron a vivir con un electorado de masas: Italia en 1912 y Alemania solo plenamente en 1919. Rusia, otro recién llegado a la política de masas, se inclinó por la izquierda, como correspondía a una sociedad menos desarrollada todavía en la que ni siquiera la clase media tenía aún pleno derecho al voto. Industrialmente, Italia, como «la menor de las Grandes Potencias»,[276] llevaba desde la década de 1890 entregada a una enérgica carrera para ponerse al día. Alemania era ya, sin duda, una nación sumamente industrializada en 1914, pero había sido la última de las grandes potencias que se había

industrializado, después de la década de 1860, y entonces, tras la derrota de 1918, necesitaba desesperadamente arreglo y reconstrucción. En cuanto a la estructura social, tanto Italia como Alemania tenían grandes sectores preindustriales —aunque también los tenían Francia e incluso Inglaterra—.[277] Los conservadores culturales de ambos países se sentían terriblemente amenazados por la cultura popular y el experimento artístico; la Alemania de Weimar estaba claramente en el epicentro mismo del experimentalismo cultural de posguerra.[278]

Es preciso introducir una advertencia en este punto contra la inevitabilidad. Considerar la crisis de los regímenes liberales decisiva para el éxito del fascismo sugiere la actuación aquí de algún tipo de determinismo ecológico. Si el marco es propicio, según esa forma de pensar, se produce fascismo. Prefiero dejar un espacio para las diferencias nacionales y para las elecciones humanas en nuestra explicación.

A más corto plazo, los Estados europeos habían pasado por experiencias nacionales enormemente distintas desde 1914. La más evidente es que unos países habían ganado la guerra y otros la habían perdido. Dos mapas de Europa ayudan a explicar dónde crecería con más vigor el fascismo. El éxito fascista sigue estrecha pero no exactamente el mapa de la derrota en la Primera Guerra Mundial. Alemania, con su leyenda de la puñalada en la espalda, fue el ejemplo clásico. Italia, excepcionalmente, había pertenecido a la alianza victoriosa, pero no había conseguido la expansión nacional que esperaban los nacionalistas italianos que habían llevado al país a la guerra. La victoria fue a sus ojos una *vittoria mutilata*. España había sido neutral en 1914-1918, pero el que perdiese los restos del imperio en su guerra con Estados Unidos en 1898 marcó a toda la generación siguiente con la humillación nacional. La derecha radical española creció en parte por el miedo a que la nueva república, instaurada en 1931, estuviese dejando ganar la partida a movimientos separatistas en Cataluña y en el País Vasco. Pero en España la derrota y el miedo a la decadencia condujeron a la dictadura militar de Franco en vez de dar el poder al jefe de la Falange, José Antonio Primo de Rivera. El fascismo no es nunca un resultado inevitable.

El éxito fascista se ajustó también con bastante precisión a otro mapa: el

de las tentativas de una revolución bolchevique —o el miedo a ella— durante el periodo en que parecía probable que el comunismo se extendiese fuera de su base originaria rusa. Alemania, Italia y Hungría habían tenido todas casos particularmente agudos de «amenaza roja» después de la guerra. Tampoco hay aquí una coincidencia exacta, porque el fascismo floreció también en Estados más amenazados por la división étnica que por el conflicto de clase —por ejemplo, en Bélgica—.

En entornos en los que una gran masa de campesinos sin tierra se sumaron a un movimiento revolucionario, y donde grandes sectores de la clase media aún estaban luchando por los derechos más elementales —en vez de defender privilegios establecidos—, como en Rusia en 1917, la protesta de las masas se concentró en la izquierda. El ganador fue el comunismo, no el fascismo. La Rusia revolucionaria tenía también escuadras antibolcheviques que se parecían a los *Freikorps* alemanes,[279] pero una sociedad en la que los campesinos sin tierra superaban en número con mucho a una clase media insegura no brindaba ningún apoyo de masas al fascismo. Rusia se aproximó a un régimen de dictadura militar en julio de 1917 cuando el general Lavr Georgyevich Kornilov decidió marchar sobre Moscú y ese habría sido un resultado probable si hubiese fracasado el bolchevismo en el país.

Una tipología de las crisis que podrían dar una oportunidad al fascismo no es suficiente. Una consideración igual de importante es la capacidad de los regímenes liberales y democráticos para responder a esas crisis. La metáfora de Leon Trotski de la «puerta menos defendida» es igual de aplicable al fascismo de lo que lo era, en opinión de Trotski, al bolchevismo. Trotski utilizó esta metáfora para ayudar a explicar cómo pudo llegar al poder el bolchevismo en un país relativamente no industrializados en vez de hacerlo, como esperaban los marxistas de mentalidad más ortodoxa, en países sumamente industrializados con poderosas organizaciones obreras como Alemania.[280] El fascismo ha sido también históricamente un fenómeno propio de Estados liberales fallidos o débiles y de sistemas capitalistas retrasados o dañados más que de los triunfantes. La repetida afirmación de que el fascismo surge de una crisis

del liberalismo podría muy bien enmendarse especificando que surge de liberalismos *débiles* o *fallidos*.

Hay varias pistas falsas en la explicación habitual de por qué el fascismo arraigó en unos lugares y no en otros. Buscar las razones del fascismo en el carácter nacional o en las predilecciones hereditarias de un pueblo determinado se aproxima peligrosamente a un racismo a la inversa.[281] Es cierto, sin embargo, que la democracia y los derechos humanos estaban menos sólidamente implantados en unas tradiciones nacionales que en otras. Mientras que la democracia, los derechos ciudadanos y la soberanía de la ley estaban asociados históricamente a la grandeza nacional en Francia y en Inglaterra, a muchos alemanes les parecían importaciones extranjeras. La asociación de la República de Weimar con la derrota y la humillación nacional, unida a su ineficacia política y económica y a su libertinaje cultural, destruyó su legitimidad para muchos alemanes chapados a la antigua.

Es legítimo preguntar por qué los clamores del mundo de después de 1918 no pudieron expresarse dentro de una de las grandes familias ideológicas y políticas del siglo xix —conservadurismo, liberalismo, socialismo— que hasta fechas tan recientes habían brindado toda una gama de alternativas. El agotamiento de las opciones políticas más viejas, que parecían ahora incapaces de dar una expresión satisfactoria para todos los sentimientos de posguerra, es una parte importante del asunto.

Los conservadores habrían preferido una solución tradicional a las tensiones del mundo de posguerra: que se tranquilizase la sobrexcitada multitud y que el manejo de los asuntos públicos volviese a ser misión de una élite selecta. Esa solución, sin embargo, era impensable después de tanta participación emotiva en la propaganda de época de guerra y en el rechazo de ella. El mundo de la posguerra inmediata fue un periodo de intensa participación pública y los conservadores, incapaces de abolir la sociedad de masas y la política de masas, tendrían que aprender a manejarlas.

Los liberales tenían también, como hemos visto, su solución: vuelta a la doctrina decimonónica del mercado omnipotente. Los mercados no

regulados funcionaban tan mal en economías distorsionadas por el proceso de hacer la guerra y por las presiones revolucionarias que hasta los liberales querían que hubiese alguna regulación..., pero no suficiente para satisfacer a todos sus propios seguidores. Vimos antes cómo el Estado liberal italiano perdió su legitimidad entre los hacendados del valle del Po al no protegerles de la izquierda. Convencidos de que el orden público no existía, los hacendados reclutaron una fuerza privada, que fue el *squadrismo*. Los liberales ofrecieron el pálido «mercado de las ideas» de Mill a gente en cuyos oídos resonaba la propaganda nacionalista y revolucionaria. Pero era la propia Europa liberal la que había quebrantado todos sus propios principios al dejarse arrastrar a la barbarie de una larga guerra que había sido incapaz después de controlar.

En cuanto a la izquierda, se estaba iniciando una nueva era en la historia de la disidencia en Europa. En el siglo xix, siempre que afloraban la cólera y la protesta, hablaba por ellas, más o menos automáticamente, la izquierda. A mediados del siglo xix la izquierda aún era una gran familia: incluía a nacionalistas y antisemitas, artesanos y obreros industriales, demócratas de clase media y partidarios de la propiedad colectiva. Era la coalición de prácticamente todos los descontentos. La izquierda no podía ya jugar ese papel en 1919. Cuando sus organizaciones pasaron a ser disciplinadas y domesticadas por el marxismo después de la década de 1880, intentó expulsar la vieja xenofobia de la clase obrera que antes había tolerado. En 1920 sobre todo, reaccionando contra el lavado de cerebro patriótico de la guerra y aguardando con expectación la revolución mundial, la izquierda no tenía espacio alguno para la nación dentro de la causa revolucionaria internacional.

Los socialistas no comunistas, un tanto desprestigiados por haber participado en los Gobiernos de guerra y por parecer que habían perdido el barco revolucionario en 1917, era ya menos frecuente que consiguiesen entusiasmar de un modo visceral a los jóvenes. En el siglo xix, los furiosos y descontentos habían mirado normalmente a la izquierda, y lo mismo habían hecho los embriagados por el tipo de éxtasis de rebeldía expresado en el *Estudio revolucionario* de Chopin, en el poema de Wordsworth «Estar

vivo en aquel amanecer era una bendición, pero ser joven era el propio cielo»[282] o en *La Revolución conduciendo al pueblo* de Delacroix. Al iniciarse el siglo xx, la izquierda no tenía ya un monopolio de los jóvenes que querían cambiar el mundo. Después de la Primera Guerra Mundial, lo que el autor francés Robert Brasillach recordaba cómo el «gran fascismo rojo» de su juventud[283] podía competir con el comunismo brindando un refugio a los furiosos, una experiencia extática en las barricadas, el señuelo de la posibilidad no intentada. Los jóvenes y los intelectuales que estaban aquejados por la fiebre de la insurrección, pero aún se aferraban a la nación, hallaron en el fascismo un nuevo hogar.

Antes de que el fascismo pudiese convertirse en un rival serio, tenía que aflorar un jefe como el «agrupador», el único capaz de desplazar a sus rivales y reunir en una sola tienda a todos los descontentos —no socialistas —. Pero el problema al principio no era la falta de posibles *Führers*, sino la excesiva cantidad de ellos. Tanto Hitler como Mussolini se enfrentaron a rivales al principio. D'Annunzio sabía muy bien, como hemos visto, teatralizar un golpe, pero no forjar una coalición; los competidores de Hitler en la Alemania de después de la derrota no supieron entusiasmar a la multitud ni construir un partido aglutinador.

Un «jefe» que tuviese éxito podía prescindir de la «pureza» y establecer los acuerdos y compromisos necesarios para encajar en el espacio disponible. El Partido Fascista Italiano, después de descubrir que en su primera identidad como movimiento nacionalista de izquierdas el espacio que ansiaba lo estaba ocupando ya la izquierda, emprendió las transformaciones necesarias para convertirse en un poder local en el valle del Po. El Partido Nazi amplió su mensaje después de 1928 para atraer a campesinos desesperados porque estaban arruinándose y perdiendo sus granjas. Tanto Mussolini como Hitler supieron identificar el espacio disponible y se mostraron dispuestos a podar sus movimientos para que pudiesen encajar en él.

El espacio era parcialmente simbólico. El Partido Nazi delimitó pronto su identidad lanzándose a conquistar la calle y combatiendo con bandas comunistas por el control de los barrios obreros de Berlín.[284] Lo que

estaba en juego no era simplemente unos cuantos metros de territorio urbano. Los nazis querían presentarse como la fuerza más vigorosa y eficaz contra los comunistas... y, al mismo tiempo, presentar al Estado liberal como un régimen incapaz de preservar la seguridad pública. Los comunistas, por su parte, estaban indicando que los socialdemócratas no tenían medios para afrontar una situación revolucionaria incipiente que exigía una vanguardia militante. A ambos les interesaba la polarización.

La violencia fascista no era una violencia al azar ni una violencia indiscriminada. Transmitía una serie bien calculada de mensajes codificados: que la violencia comunista estaba aumentando, que el Estado democrático estaba respondiendo a ella ineptamente y que solo los fascistas eran lo suficientemente fuertes para salvar a la nación de los terroristas antinacionales. Un paso esencial en la marcha fascista hacia la aceptación y el poder fue convencer a los conservadores de la ley y el orden y a los miembros de la clase media de que tenían que tolerar la violencia fascista como una dura necesidad frente a la provocación de la izquierda.[285] Ayudó, por supuesto, el que muchos ciudadanos ordinarios no tuviesen que temer nunca que la violencia fascista se dirigiese contra ellos, porque se les aseguraba que estaba reservada para «terroristas» y enemigos nacionales que la merecían.[286]

Los fascistas fomentaron que se estableciese una diferencia entre miembros de la nación que merecían protección y los extraños que merecían mano dura. Uno de los casos más sensacionales de violencia nazi antes de la toma del poder fue el asesinato de un trabajador comunista de ascendencia polaca en la población de Potempa, en la Silesia, por cinco hombres de la SA en agosto de 1932. Se convirtió en un acontecimiento sensacional cuando las sentencias de muerte de los asesinos fueron conmutadas, por presión nazi, por cadena perpetua. El teórico del partido Alfred Rosenberg aprovechó la ocasión para subrayar la diferencia entre «justicia burguesa», de acuerdo con la cual «un comunista polaco tiene el mismo peso que cinco soldados alemanes de primera línea», y la ideología nacionalsocialista, según la cual «un alma no es igual a otra alma, ni una persona a otra». En realidad, continuaba Rosenberg, para el

nacionalsocialismo, «no hay ninguna “ley en cuanto tal”».[287] La legitimación de la violencia contra un enemigo interno demonizado nos aproxima al corazón del fascismo.

Para algunos, la violencia fascista era más que útil: era bella. Algunos veteranos de guerra e intelectuales —Marinetti y Ernst Jünger fueron ambas cosas— se entregaron a la estética de la violencia. La violencia atraía a menudo a hombres demasiado jóvenes para que hubiesen podido conocerla en 1914-1918 y que tenían la sensación de que les habían robado su guerra. También atraía a algunas mujeres.[288] Pero es un error considerar el éxito fascista exclusivamente como el triunfo del héroe d’annunziano. El talento del fascismo consistió en conseguir que más de un burgués —o incluso burguesa— respetable disfrutase de cierta satisfacción vicaria con una violencia cuidadosamente selectiva, dirigida solo contra «terroristas» y «enemigos del pueblo».

Un clima de organización ayudó a los nuevos partidos cajón de sastre fascistas a recoger a muchos que se habían decepcionado con los viejos partidos del respeto —*honoratioren*—. Esto era arriesgado, por supuesto. La polarización podría desplazar a la masa de los que protestaban furiosos hacia la izquierda bajo ciertas condiciones —como en Rusia en 1917—. Hitler y Mussolini se dieron cuenta de que mientras que el marxismo atraía ya principalmente a los trabajadores de cuello azul —y no a todos ellos—, el fascismo podría dirigirse a un electorado más amplio, por encima de las líneas de clase. En la Europa Occidental posrevolucionaria la polarización operaba en favor del fascismo.

Un instrumento utilizado por los partidos fascistas, pero también por revolucionarios marxistas, que ha hecho reflexionar seriamente sobre la conquista del poder, fue el de las estructuras paralelas. Un partido marginal que quiere llegar al poder crea organizaciones que reproducen los organismos del Gobierno. El Partido Nazi, por ejemplo, tenía su propio departamento de política exterior, que, al principio, poco después de que el partido consiguiese el poder, tuvo que compartir funciones con el Ministerio de Asuntos Exteriores tradicional. Después de que su jefe, Joachim von Ribbentrop, se convirtiese en ministro de Exteriores en 1938, el

departamento de política exterior del partido fue suplantando progresivamente a los diplomáticos profesionales del ministerio. Una «organización paralela» fascista particularmente importante fue la policía del partido. Los partidos fascistas que aspiraban al poder tendían a utilizar sus milicias para disputarle al Estado el monopolio de la fuerza física.

Las estructuras paralelas de los partidos fascistas eran un desafío para el Estado liberal porque proclamaban que eran capaces de hacer algunas cosas mejor —zurrar a los comunistas, por ejemplo—. Una vez conseguido el poder, el partido podía sustituir las estructuras del Estado por sus propias estructuras paralelas.

Nos encontraremos de nuevo con las estructuras paralelas cuando estudiemos el proceso de la llegada al poder y el ejercicio de este. Es una de las características definitorias del fascismo. Los partidos leninistas hicieron lo mismo durante la conquista del poder, pero luego, una vez en el poder, el partido único eclipsó por completo al Estado tradicional. Los regímenes fascistas, como veremos en el capítulo 5, conservaron las estructuras paralelas y el Estado tradicional en tensión permanente, lo que les hizo funcionar una vez en el poder de una forma distinta al régimen bolchevique.

El éxito fascista dependió tanto de sus aliados y cómplices como de las tácticas o cualidades especiales del propio movimiento. Se ha comentado ya la ayuda que prestaron a los escuadristas de Mussolini en el valle del Po miembros de la policía, del Ejército y de la prefectura. Siempre que la autoridad pública hacía la vista gorda ante la acción directa contra comunistas y socialistas sin preocuparse demasiado por los formalismos, se abría una puerta al fascismo.

En el caso italiano, el viejo político centrista y habilidoso negociador Giovanni Giolitti dio un paso más para otorgar legitimidad a Mussolini. Ateniéndose a la sagrada tradición parlamentaria italiana del *trasformismo*, [289] incluyó a Mussolini en su coalición nacionalista de centro en las elecciones parlamentarias de 1921 para que le ayudase a luchar contra los socialistas y los *Popolari*. Mussolini, que se había negado a integrarse en coaliciones cuando era un joven socialista, aceptó rápidamente como fascista, aunque esto provocase cierta oposición entre los puristas del

partido. Los 35 escaños de Mussolini proporcionaron el regalo de la respetabilidad. Ahora estaba ya disponible para todos los que quisiesen establecer coaliciones antisocialistas. Integrar partidos nuevos en el sistema suele ser un paso político profundamente sabio, pero no cuando lo que se recompensa es la violencia y una decisión impenitente de abolir la democracia.

Después de reunir todo un catálogo de condiciones previas, raíces intelectuales y condiciones previas estructurales a largo plazo, podríamos sentirnos tentados a creer que podemos prever con exactitud dónde es probable que el fascismo aparezca, crezca y tome el poder. Eso significaría, sin embargo, caer en una trampa determinista. Hay que tener cuenta el factor de la elección humana. No estaba en modo alguno garantizado que una nación que reuniese todas las condiciones previas se hiciese fascista. Solo la interpretación marxista «vulgar» sostiene que el capitalismo acabará metiéndose en problemas y necesitará inevitablemente adoptar una fórmula fascista para salvarse, y hasta los marxistas refinados han dejado de creer en esa inevitabilidad.

Como veremos en el próximo capítulo, fueron necesarias las decisiones de individuos poderosos para abrir las puertas al fascismo. Esa fue la condición previa esencial y definitiva del éxito del fascista: individuos que ostentaban la capacidad decisoria dispuestos a compartir el poder con los aspirantes fascistas.

---

[202] A. Gudmundsson, «Nazism in Iceland», en Stein U. Larsen, Bernt Hagtvet y Jan Petter Myklebust (eds.), *Who Were the Fascists: Social Roots of European Fascism*, Bergen, Universitetsforlaget, 1980, pp. 743-751. Alcanzó su máximo de 300 miembros en 1936.

[203] Keith Amos, *The New Guard Movement, 1931-1935*, Melbourne, Melbourne University Press, 1976.

[204] Véase capítulo 2, nota 12 (en la página 57).

[205] Discurso del 10 de junio de 1940, en Renzo de Felice, *Mussolini il duce*, vol. II: *Lo stato totalitario, 1936-1940,* Turín, Einaudi, 1981, pp. 841-842. Hay una versión en inglés en Charles F. Delzell, *Mediterranean Fascism*, Nueva York, Harper & Row, 1970, pp. 213-215.

[206] Véase capítulo 1, p. 25.

[207] Sternhell consideraba la diferenciación entre productores y parásitos sociales «un elemento esencial en la aparición de la síntesis fascista». Zeev Sternhell *et al*., *The Birth of the Fascist*

Ideology: From Cultural Rebellion to Political Revolution, Princeton, Princeton University Press, 1994, p. 106.

[208] Véase capítulo 2, p. 101.

[209] «El socialismo [...] fue una reacción legítima contra la esclavitud liberal», dijo José Antonio en el discurso fundacional de la Falange el 29 de octubre de 1933. Pero el socialismo estaba viciado por el materialismo, el espíritu de venganza y la lucha de clases y debía sustituirse por un idealismo más elevado «ni de la derecha ni de la izquierda», que girase en torno a la nación y a la Iglesia. Texto en inglés en Delzell, *Mediterranean Fascism*, pp. 259-266.

[210] La dinámica actividad electoral de Hitler y de Mussolini refuta la tesis de algunos de que esto basta para hacer a La Rocque no fascista. Véase el ensayo bibliográfico, p. 416.

[211] La proclamación de que el Fascismo se había convertido en un partido, contenida en el Nuevo Programa del Partito Nazionale Fascista, de 7-10 de noviembre de 1921, está incluida en Delzell, *Mediterranean Fascism*, pp. 26-27. Para la oposición interna, véase Adrian Lyttelton, *The Seizure of Power*, Nueva York, Scribner's, 1973, pp. 44, 72-75, y Emilio Gentile, «The Problem of the Party in Italian Fascism», *Journal of Contemporary History* 19, 2, abril de 1984, pp. 251-274.

[212] Emilio Gentile, *Le origine dell'ideologia fascista (1918-1925)*, 2ª ed., Bolonia, Il Mulino, 1996, pp. 128-133: «L'antipartito».

[213] Delzell, *Mediterranean Fascism*, p. 263.

[214] Verbigracia, el Movimiento Nacionalsocialista (Nationaal Socialistische Beweging) de Adrian Anton Mussert en Holanda.

[215] Verbigracia, la Agrupación de Unidad Nacional Polaca.

[216] Verbigracia, el Vlaamseh Nationaal Verbond de la Bélgica de habla flamenca y el Verband van Dietsche Nationaal-Solidaristen (Verdinaso) de Holanda.

[217] Verbigracia, el Rassemblement National Populaire de Marcel Déat en el París bajo ocupación nazi de 1941-1944, y el Nasjonal Samling de Vidkun Quisling en Noruega. El general De Gaulle hizo enarcarse cejas en 1947 al llamar a su nuevo movimiento Rassemblement du Peuple Français.

[218] Véase capítulo 2, nota 91 (en la página 94).

[219] Véase capítulo 1, pp. 19-20.

[220] Para la «República de Carnaro» de D'Annunzio, una empresa con aires de ópera bufa, pero profundamente seria, véase Michael A. Ledeen, *The First Duce*, Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press, 1977, y John Woodhouse, *Gabriele D'Annunzio: Defiant Archangel*, Oxford, Clarendon, 1998. Pierre Milza, *Mussolini*, París, Fayard, 1999, pp. 242-250, y Michel Ostenc, *Intellectuels italiens et fascisme*, París, Payot, 1983, p. 122, entre otros, muestran cómo la fama de D'Annunzio eclipsó a Mussolini a finales de 1919-1920.

[221] Después de la Segunda Guerra Mundial, la derrotada Italia no podía impedir que Yugoslavia reclamarse Fiume. Rebautizada como Rijeka, es hoy el puerto principal de la República posyugoslava de Eslovenia.

[222] Monte Nevoso, una montaña próxima a Fiume que pasó a Italia con el acuerdo de 1920, podría considerarse una conquista de D'Annunzio. Su castillo, Il Vittoriale, es hoy un lugar de peregrinación nacionalista.

[223] Las principales autoridades se enumeran en el ensayo bibliográfico.

[224] A. Rossi [Angelo Tasca], *The Rise of Italian Fascism*, trad. de Peter y Dorothy Waite, Nueva York, Howard Fertig, 1966, pp. 119-120 (pub. orig., 1938), cifras tomadas de fuentes del Partido Fascista.

[225] Christopher Seton-Watson, *Italy from Liberalism to Fascism*, Londres, Methuen, 1967, p. 572, n. 2.

[226] Paul Corner, *Fascism in Ferrara*, Oxford, Clarendon, 1976, pp. 123, 223.

[227] Seton-Watson, *Italy from Liberalism to Fascism*, p. 616.

[228] Véase capítulo 3, p. 107.

[229] Véase capítulo 4, p. 156.

[230] Hay traducciones al inglés de estos textos en Delzell, *Mediterranean Fascism*, pp. 7-40.

[231] Ibíd., p. 39.

[232] Muchos observadores contemporáneos expresaron esas dudas. Renzo de Felice (ed.), *Il fascismo: Le interpretazioni dei contemporanei et degli storici*, ed. rev., Bari, Laterza, 1998.

[233] Frank Snowden, *The Fascist Revolution in Tuscany*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, y *Fascism and Great Estates in the South of Italy: Apulia 1900-1922*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; Simona Colarizi, *Dopoguerra e fascismo in Puglia* (*1919-1926*), Bari, Laterza, 1971.

[234] Véanse las obras citadas en el ensayo bibliográfico.

[235] El estudio clásico del giro de Schleswig-Holstein hacia el nazismo se hizo en una tesis doctoral en Ciencias Políticas de Rudolf Heberle justo cuando los nazis estaban llegando al poder. Heberle que no tardó en verse obligado a ir al exilio, publicó su tesis en forma abreviada como *From Democracy to Nazism: A Regional Case Study on Political Parties in Germany*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1945. El texto completo se publicó finalmente en Alemania como *Landbevölkerung und Nationalsozialismus: Eine soziologische Untersuchung der politischen Willensbildung in Schleswig-Holstein, 1918 bis 1932*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1963.

[236] Para obras sobre miembros del partido y votantes nazis, véase el ensayo bibliográfico.

[237] Philippe Burrin, «Poings levés et bras tendus», en *Fascisme, nazisme, autoritarisme*, París, Seuil, 2000, pp. 183-209, muestra que la izquierda alemana fue la primera en este campo.

[238] Henry A. Turner, Jr., *German Big Business and the Rise of Hitler*, Nueva York, Oxford University Press, 1985, pp. 54, 339, 350. La obra de Turner es sólida no solo por su dominio sin par de los archivos del empresariado alemán, sino porque comprendió que la parte de las contribuciones del empresariado a los nazis solo se puede valorar con precisión comparándola con las de otros grupos políticos.

[239] Turner, *German Big Business*, pp. 95, 312.

[240] Reinhard Kühnl, *Die nationalsozialistische Linke 1925 bis 1930*, Marburger Abhandlungen zur Politischen Wissenschaft, Band 6, Meisenheim am Clan, Verlag Anton Hain, 1966.

[241] Peter D. Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, Londres, Allen y Unwin, 1983. Para Otto Wagener, véase capítulo 1, p. 00, capítulo 5, pp. 250-251, y las notas correspondientes.

[242] Peter Hayes, *Industry and Ideology: I. G. Farben in the Nazi Era*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 61-68. Daimler, sin embargo, fue un respaldo importante. Bernard Bellon, *Mercedes in Peace and War*, Nueva York, Columbia University Press, 1990, pp. 218, 219, 264. Ambas empresas se beneficiaron notoriamente del régimen nazi.

[243] Horst Matzerath y Henry A. Turner, «Die Selbstfinanzierung der NSDAP 1930-1932», *Geschichte und Gesellschaft* 3, 1, 1977, pp. 59-92.

[244] Véase capítulo 2, pp. 90-91.

[245] Las obras más autorizadas se enumeran y analizan en el ensayo bibliográfico, pp. 408-416.

[246] René Rémond, *Les Droites en France*, 4ª ed., París, Aubier, 1982, pp. 168, 195-230, es la exposición clásica de esta tesis. La expresión «blanqueado romano» aparece en la p. 206. Jean Plumyene y Raymond Lasierra, *Les fascismes français*, París, Seuil, 1963, afirma con mayor rotundidad aún que «el fascismo fue al principio un fenómeno extranjero en Francia» (p. 15) y que solo llegó a alcanzar allí una «débil presencia» *(réalité dérisoire)* (p. 7).

[247] Zeev Stemhell *et al.*, *Birth*, p. 4. Véase también Stemhell, *La Droite révolutionaire: Les origines françaises du fascisme*, París, Seuil, 1984. Ernst Nolte convirtió la Action Française de Charles Maurras en una de sus *Three Faces* of *Fascism* (capítulo 2, nota 66). George Mosse sostuvo en *Masses and Man: Nationalist Perceptions of Reality*, Nueva York, Howard Fertig, 1980, pp. 119 y ss., 164, y en *Toward the Final Solution: A History of European Racism*, Nueva York, Howard Fertig, 1975, p. 157, que donde más se había desarrollado el racismo en 1900 era en Francia y en Viena. Bernard-Henri Lévy, *L'Idéologie française*, París, Grasset, 1981, es polémico.

[248] Zeev Sternhell, *Neither Left nor Right: Fascist Ideology in France*, Berkeley, University of California Press, 1988.

[249] Véase el ensayo bibliográfico, p. 410. Uno de los escritores citados por Sternhell le demandó ante un tribunal francés, con éxito, por difamación.

[250] El PPF podría considerarse arraigado en el suburbio obrero parisino de Saint-Denis, donde la popularidad que había adquirido Jacques Doriot como joven dirigente comunista sobrevivió a su paso a la extrema derecha en 1936. Tenía otros bastiones locales en Marsella, donde el militante del PPF Simon Sabiani se convirtió en alcalde (véase Paul Jankowski, *Communism and Collaboration: Simon Sabiani and Politics in Marseille, 1919-1944*, New Haven, Yale University Press, 1989), y en la Argelia francesa.

[251] La Croix de Feu no llevaba camisas de color, pero desfilaba con gorras y medallas. Doy las gracias al profesor Sean Kennedy por su ayuda en este punto. Se considera más detenidamente este debate en el ensayo bibliográfico, pp. 410-411.

[252] Véase el ensayo bibliográfico, p. 411. El coronel De la Rocque respaldó la «Revolución Nacional» del mariscal Pétain y la colaboración neutral con la Europa de Hitler en el periodo 1940-1942, sin desempeñar en el régimen de Vichy el papel que él consideraba que se merecía; algunos miembros del PSF se fueron inmediatamente del país para incorporarse a los Franceses Libres en Londres, y De la Rocque estuvo pasando información a Londres después de 1942. Los nazis le detuvieron y deportaron en 1943 y murió en 1945, poco después de que le liberaran.

[253] Serge Berstein, «La France allergique au fascisme», *Vingtième siécle: Revue d'histoire* 2, abril de 1984, pp. 84-94.

[254] Robert O. Paxton, *Peasant Fascism in France*, Nueva York, Oxford University Press, 1997.

[255] Richard Cobb, *The Peoples' Armies: The Armées Révolutionnaires, Instrument of the Terror in the Departments, April 1793 to Floréal Year II*, New Haven, Yale University Press, 1987.

[256] Laird Boswell, *Rural Communism in France, 1920-1939*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1998; Gérard Belloin, *Renaud Jean: Le tribun des paysans*, París, Editions de l'Atelier, 1993.

[257] Esto, sin embargo, representó solo 31 escaños parlamentarios de un total de 259. Istvan Deák, «Hungary», en Rogger y Weber, *European Right*, p. 392.

[258] Eugen Weber, «The Men of the Archangel», *Journal of Contemporary History* 1, 1, 1966, pp. 101-126. Véase capítulo 4, p. 170.

[259] J.-M. Etienne, *Le mouvement rexiste jusqu'en 1940*, París, 1968, pp. 53-58; Daniele Wallef, «The Composition of Christus Rex», en Larsen *et al.* (eds.), *Who Were the Fascists*, p. 517.

[260] Herman van der Wusten y Ronald E. Smit, «Dynamics of the Dutch National Socialist Movement (the NSB), 1931-35», en Larsen *et al.*, *Who Were the Fascists*, p. 531.

[261] Sten Sparre Nilson, «Who Voted for Quisling?», en Larsen *et al*., *Who Were the Fascists*, p. 657.

[262] Gerry Webber, «Patterns of Membership and Support for the British Union of Fascists», *Journal of Contemporary History* 19, 1984, pp. 575-600. Véase para otras lecturas el ensayo bibliográfico.

[263] Véase, antes, notas 45-47 (en la página 125).

[264] Véase capítulo 3, pp. 123-131.

[265] La exposición más completa es Pierre Birnbaum, *The Anti-Semitic Movement: A Tour of France in 1898*, Nueva York, Hill y Wang, 2002. Véase también Stephen Wilson, *Ideology and Experience: Antisemitism in France at the Time* of *the Dreyfus Affair*, Rutherford, NJ, Fairleigh Dickinson University Press, 1982.

[266] Panikos Panayi (ed.), *Racial Violence in Britain, 1840-1950*, ed. rev., Londres y Nueva York, Leicester University Press, 1996, pp. 10-11.

[267] Albert S. Lindemann, *The Jew Accused: Three Antisemitic Affairs-Dreyfus, Beilis, Frank*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

[268] Richard S. Levy, *The Downfall* of *the Antisemitic Political Parties in Imperial Germany*, New Haven, Yale University Press, 1975.

[269] Esta posición se ha visto reforzada habitualmente por el tristemente célebre choque civil-militar de 1913 en Zabern (o Saverne), Alsacia, aunque David Sehoenbaum, *Zabern 1913*, Boston, Allen y Unwin, 1982, considera que el resultado final, en el que los civiles acabaron obteniendo una cierta justicia, no convirtió a Alemania en algo realmente excepcional.

[270] Los investigadores han prestado curiosamente poca atención al tema crucial de cómo los regímenes liberales fracasaron (quizás porque los estudiosos del fascismo tienden a hacer que las acciones del caudillo fascista lo expliquen todo). La obra básica aquí es Juan Linz y Alfred Stepan (eds.), *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press, 1978.

[271] George L. Mosse, *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*, Nueva York, Howard Fertig, 1975.

[272] Kevin Passmore, *From Liberalism to Fascism: The Right in a French Province, 1928-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 120, 152. Este libro relaciona el crecimiento del fascismo en Francia directamente con la ineficacia de los partidos conservadores franceses, cuyas bases se rebelaron contra la vieja jefatura y acudieron a las nuevas «ligas» antiparlamentarias en la década de 1930. Kérillis fue uno de los pocos conservadores nacionalistas franceses que se resistieron a esa tendencia; rechazó Vichy y se exilió en Nueva York en 1940.

[273] El plebiscito, el término de la República romana para designar una decisión tomada por votación popular, lo introdujo en la vida política moderna la Revolución francesa. Se propuso una consulta a todo el pueblo, pero no llegó a realizarse, cuando Luis XVI fue juzgado y ejecutado en 1792, y este tipo de votación aparece en la abortada Constitución de 1793. El general Napoleón Bonaparte le dio su forma moderna en 1800 al pedir a toda la población masculina que votase sí o no a su asunción de poderes dictatoriales como primer cónsul. El plebiscito contrasta con la preferencia liberal clásica de que vote una minoría de hombres ilustrados a representantes que

compartirán el poder con el gobernante. Napoleón lo utilizó de nuevo para legitimar su adopción del título de emperador Napoleón I, lo mismo que hizo su sobrino Napoleón III. Hitler y Mussolini adoptaron inalterado el plebiscito napoleónico.

[274] Véanse las ideas de Jürgen Kocha, a las que se opuso Geoff Eley, en el ensayo bibliográfico, en p. 382. Véanse también las teorías de «no contemporaneidad» analizadas en el capítulo 8, p. 350.

[275] José Ortega y Gasset, *The Revolt* of *the Masses*, Nueva York, Norton, 1957 (pub. orig. 1932).

[276] R. J. B. Bosworth, *Italy: The Least of the Great Powers: Italian Foreing Policy Before the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979. Para la relación entre la puesta al día económica de Italia y la política, véase Richard A. Webster, *Industrial Imperialism in Italy, 1908-1915*, Berkeley y Los Ángeles, The University of California Press, 1975.

[277] Arno Mayer, *The Persistence of the Old Regime: Europe to the Great War*, Nueva York, Pantheon, 1981.

[278] Muchos alemanes de provincias estaban ofendidos por la libertad que las ciudades alemanas brindaban en la época de Weimar a extranjeros, artistas rebeldes y homosexuales. Peter Gay, *Weimar Culture: The Outsider as Insider*, Nueva York, Harper & Row, 1968, es la descripción más rica del cambio radical que se produjo en la vida cultural alemana después de 1919 y la reacción contraria que produjo.

[279] Para las unidades de voluntarios agrupados en torno al general Kornilov, véase Orlando Figes, *A People's Tragedy: A History of the Russian Revolution*, Nueva York, Viking, 1997, pp. 556-562.

[280] «La historia ha avanzado siguiendo la línea de menor resistencia. La época revolucionaria ha hecho su incursión a través de las puertas menos protegidas». Leon Trotski, «Reflections on the Course of the Proletarian Revolution» (1919), citado en Isaac Deutscher, *The Prophet Armed: Trotsky, 1879-1921*, Nueva York, Vintage, 1965, p. 455.

[281] Véase capítulo 1, nota 30 (en la página 24), para ese tipo de obras sobre Alemania. La teoría de que el curso de la historia alemana era una «vía especial», o *Sonderweg*, que encarnaba una propensión especial al fascismo ha sido muy criticada últimamente. Para una revisión reciente, véase Shelley Baranowski, «East Elbian Landed Elites y Germany's turn to Fascim: The Sonderweg Controversy Revisited», *European History Quarterly* 26, 2, 1996, pp. 209-240.

[282] *The Prelude*, libro XI.

[283] Brasillach, cuando estaba en la cárcel, aguardando la ejecución (febrero de 1945), escribió nostálgicamente sobre «la majestuosa brillantez del fascismo universal de mi juventud [...], esta exaltación de millones de hombres, catedrales de luz, héroes caídos en combate, la amistad de los jóvenes de las naciones despertadas». René Rémond, *Les droites en France*, París, Aubier Montaigne, 1982, pp. 458-459.

[284] Eve Rosenhaft, *Beating the Fascists? The German Communists and Political Violence, 1929-1933*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

[285] Fue el intento de Ernst Nolte en junio de 1986 de revivir esta misma idea, la de que la violencia del comunismo soviético (el «hecho asiático») fue la provocación inicial a la que la violencia nazi fue solo una respuesta, lo que hizo estallar la furiosa «polémica de los historiadores» en Alemania. Charles S. Maier, *The Unmasterable Post: History, Holocaust, and German National Identity*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1988, pp. 29-30, y Peter Baldwin, *Reworking the Past: Hitler, the Holocaust, and the Historians' Debate*, Boston, Beacon Press, 1990.

[286] Donde se examina más cuidadosamente esta cuestión para el caso nazi es en Eric A. Johnson, *Nazi Terror: The Gestapo, Jews, and Ordinary Germans*, Nueva York, Basic Books, 1999. Cf. p.

262: «La población alemana ordinaria [...] no percibía personalmente a la Gestapo [...] como terriblemente amenazadora para ella». Véase también Roberl Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, Nueva York, Oxford University Press, 2001.

[287] Citado en Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936*: *Hubris*, Nueva York, Norton, 1999, p. 383. Los asesinos de Potempa fueron puestos en libertad en cuanto Hitler tomó posesión del cargo. Véase Paul Kluke, «Der Fall Potempa», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 5, 1957, pp. 279-297, y Richard Bessel, «The Potempa Murder», *Central European History* 10, 1977, pp. 241-254.

[288] Denise Detragiache, «Il fascismo feminile da San Sepolcra all'affare Matteotti (1919-1925)», *Storia contemporanea* 14, 2, abril de 1983, pp. 211-250. Según Julie V. Gottlieb, *Feminist Fascism: Women in Britain's Fascist Movement*, 1923-1945, Londres, Tauris, 2001, el 10% de los candidatos de la Unión Británica de Fascistas eran mujeres y a las fascistas inglesas les gustaba particularmente zurrar a las comunistas.

[289] *Trasformismo* (quien primero utilizó la palabra fue el primer ministro Depretis en 1876) era la domesticación política de los partidos antisistema incorporándolos al sistema. Aplicado por Giolitti a los socialistas, el *trasformismo* los escindió en socialistas reformistas parlamentarios e intransigentes, como los sindicalistas revolucionarios (uno de los cuales era el joven Mussolini). Giolitti, después de conseguir su propósito con los socialistas, se sintió tentado a probar el *trasformismo* con los fascistas.

04

La llegada al poder
Mussolini y la Marcha sobre Roma

El mito de que los fascistas de Mussolini conquistaron el poder por sus únicas y heroicas hazañas era propaganda..., uno de sus temas de mayor éxito, sin duda alguna, porque mucha gente aún lo cree. Dado que la Marcha sobre Roma está detrás de la falsa interpretación generalizada de la llegada fascista al poder como una «toma» de este, necesitamos investigar ese hecho despojado de su mitología.

Durante 1922 los escuadristas pasaron de saquear y quemar sedes locales, oficinas de periódicos, bolsas de trabajo y casas de dirigentes socialistas a la ocupación violenta de ciudades enteras, todo sin que las autoridades les pusiesen grandes impedimentos. Tomaron Fiume de nuevo, desbancando a su administración internacional el 3 de marzo, y asaltaron Ferrara y Bolonia en mayo, expulsando a los Gobiernos municipales socialistas e imponiendo sus propios programas de obras públicas. El 12 de julio ocuparon Cremona y quemaron la sede de los sindicatos socialista y católico y devastaron el domicilio de Guido Miglioli, un dirigente católico de izquierdas que había organizado a los trabajadores de las granjas lecheras de la región. Una «columna de fuego» atravesó la Romaña y llegó a Rávena el 26 de julio. Trento y Bolzano, con sus grandes minorías de habla alemana, fueron «italianizadas» a principios de octubre. La campaña de los Camisas Negras había adquirido un empuje tan formidable que Roma, la capital,

difícilmente podría dejar de ser la siguiente.

Cuando se celebró el Congreso Fascista anual, el 24 de octubre, en Nápoles —su primera incursión en el sur—, Mussolini se proponía comprobar lo lejos que la ola le llevaría. Ordenó a los Camisas Negras que tomasen los edificios públicos, se hiciese cargo de los trenes y convergiesen en tres puntos alrededor de Roma. La Marcha estaba dirigida por cuatro militantes que representaban las múltiples tendencias del fascismo: Italo Balbo, veterano de guerra y jefe escuadristas de Ferrara; el general Emilio de Bono; Michele Bianchi, fundador del Fascio Intervencionista de Milán en 1915; y Cesare Maria de Vecchi, jefe monárquico del fascismo piamontés. Mussolini, por su parte, esperó prudentemente en las oficinas de su periódico de Milán, no lejos del posible refugio suizo por si las cosas iban mal. El 27 de octubre los escuadristas tomaron oficinas de correos y estaciones de trenes en varias ciudades del norte de Italia sin oposición.

El Gobierno italiano estaba mal equipado para hacer frente a este desafío. En realidad, no había existido prácticamente un Gobierno efectivo desde febrero de 1922. Ya comentamos en el capítulo anterior cómo los sueños de posguerra de cambio profundo llevaron al Parlamento italiano a una gran mayoría de izquierdas en las primeras elecciones de posguerra, el 16 de noviembre de 1919. Pero esta mayoría de izquierdas, fatalmente dividida en dos partes irreconciliables, no podía gobernar. El Partito Socialista Italiano —PSI— tenía apróximadamente un tercio de los escaños. Muchos de los socialistas italianos —los «maximalistas»— estaban hipnotizados por el éxito bolchevique en Rusia y creían que la mera reforma era una traición en aquel momento tan oportuno. Otro tercio de la cámara italiana correspondía a un nuevo partido católico, padre de los poderosos demócrata-cristianos de después de 1945, el Partito Popolare Italiano —PPI—, algunos de cuyos miembros querían una reforma social radical dentro de un marco católico. Los católicos, incluso los partidarios de cambios profundos en la propiedad de la tierra y en las relaciones de clase, discrepaban apasionadamente de los marxistas ateos sobre el tema de la religión en las escuelas. Así que no era posible ninguna alianza entre las dos mitades de lo que podría de otro modo haber sido una mayoría progresista. En ausencia de otras alternativas

prácticas, pugnaba por gobernar sin una mayoría sólida después de 1919 una coalición heterogénea de liberales —en el sentido que tenía la palabra en el periodo— y conservadores.

Como vimos en el capítulo anterior, la solución adoptada por el primer ministro Giolitti fue incluir a los fascistas en su plataforma —el Bloque Nacional— para las nuevas elecciones de mayo de 1921. Este fue el primero de varios pasos cruciales a través de los cuales los representantes del orden establecido italiano intentaron integrar la energía fascista y a los militantes del movimiento para asegurar su propia supervivencia. Si bien las tentaciones del cargo podrían haber «transformado» a los fascistas en tiempos normales, lo mismo que habían domesticado y dividido a los socialistas italianos antes de 1914, Italia no estaba viviendo tiempos normales en 1921.

Cuando el Gobierno del bien intencionado pero abrumado Ivanoe Bonomi, un socio del centro-izquierda de Giolitti, perdió una votación de confianza en febrero de 1922, costó tres semanas encontrar un sucesor. Finalmente, asumió a regañadientes el cargo de primer ministro un lugarteniente de Giolitti más subalterno aún, Luigi Facta. Su Gobierno perdió la mayoría el 19 de julio. Cuando se produjo la situación de emergencia, Facta estaba desempeñando el cargo solo de forma provisional.

Sin embargo, el primer ministro puso en marcha vigorosas contramedidas. Había reforzado ya, con aprobación del rey, la guarnición de Roma con cinco batallones de disciplinados soldados alpinos. Ahora ordenó a la policía y a los ferroviarios detener los trenes fascistas en cinco puntos de control e inició los preparativos para proclamar la ley marcial.

Mussolini dejó entretanto la puerta abierta discretamente para un compromiso político. Varios viejos veteranos de la política estaban intentando desactivar la crisis «transformando» a Mussolini en un simple ministro dentro de otro gabinete de coalición liberal-conservador más. El anciano negociador Giolitti era la persona que se consideraba el salvador más plausible —había desalojado a D’Annunzio por la fuerza en 1920 y había incluido a Mussolini en su lista electoral en 1921—, pero no parecía tener ninguna prisa por reasumir el cargo, y Mussolini se mantuvo firme y

no quiso llegar a ningún acuerdo en las reuniones que celebró con sus representantes. El antiguo primer ministro nacionalista Antonio Salandra, situado más a la derecha, ofreció también puestos en el gabinete al partido de Mussolini. Cuando empezaron a movilizarse los escuadristas, estas negociaciones se habían paralizado por rivalidades mutuas, porque los socialistas se negaban a apoyar a un Gobierno «burgués», por indecisión respecto a si incluir o no a Mussolini y por las vacilaciones calculadas del propio Mussolini.

Los socialistas aportaron su grano de arena a la situación de emergencia. Aunque casi la mitad de los diputados socialistas, dirigidos por Filippo Turati, accedieron finalmente el 28 de julio a apoyar un Gobierno centrista sin Mussolini si se podía formar uno, la otra mitad los expulsaron del partido por considerarlo colaboración de clase y traición. En lo que pudo ponerse de acuerdo la izquierda italiana fue en una huelga general el 31 de julio. Aunque estaba considerada una «huelga por la legalidad» y se proponía reforzar la autoridad constitucional, tuvo el efecto de aumentar el atractivo de Mussolini como baluarte contra la revolución. El rápido desmoronamiento de la huelga reveló también la debilidad de la izquierda.

Las medidas de emergencia del primer ministro Facta casi consiguieron bloquear la marcha fascista en octubre. Cuatrocientos policías pararon trenes que transportaban a 20.000 Camisas Negras en tres de los puestos de control —Civita Vecchia, Orte y Avezzano—. Unos 9.000 Camisas Negras que eludieron los puestos de control o continuaron a pie formaron una variopinta multitud a las puertas de Roma la mañana del 28 de octubre;[290] pobremente armados, vistiendo uniformes improvisados, escasos de alimentos y de agua, daban vueltas por allí bajo una lluvia desalentadora. «Es difícil que haya podido haber, en la historia antigua y en la moderna, un intento de tomar Roma que fracasase tan miserablemente en su inicio».[291]

El rey Víctor Manuel III se echó atrás en el último momento. Decidió no firmar el decreto del primer ministro Facta por el que se decretaba la ley marcial. Se negó a poner al descubierto el farol de Mussolini utilizando las fuerzas disponibles para no permitir entrar en Roma a los Camisas Negras. Rechazó los últimos intentos de Salandra de formar un nuevo Gobierno

conservador sin Mussolini, que por entonces había rechazado la oferta de Salandra de formar una coalición. En vez de eso, el monarca ofreció el cargo de primer ministro al joven dirigente fascista en ascenso.

Mussolini llegó a Roma de Milán la mañana del 30 de octubre, no a la cabeza de sus Camisas Negras, sino en un coche cama del ferrocarril. Visitó al rey ataviado incongruentemente con chaqué y camisa negra, un reflejo indumentario de su ambigua situación: en parte aspirante legítimo al cargo y en parte jefe de una banda de insurrectos. «Señor, perdón por mi atuendo», dicen que le dijo al rey, mendazmente, «vengo de los campos de batalla».

¿Por qué salvó así el rey a Mussolini de una apuesta precipitada y temeraria? Mussolini había planteado astutamente al soberano una elección difícil. El Gobierno debía utilizar la fuerza para dispersar a miles de Camisas Negras que se dirigían a Roma, con considerable peligro de derramamiento de sangre y de agrias disensiones internas o bien debía aceptar a Mussolini como jefe del Gobierno.

La explicación más probable de que el monarca se inclinase por la segunda opción es la de que recibió una advertencia privada —de la que no perdura ningún rastro documental— del comandante en jefe del Ejército, el mariscal Armando Díaz, o posiblemente de otro alto jefe militar, de que las tropas podrían fraternizar con los Camisas Negras si se les daba orden de pararlos. De acuerdo con otra teoría, el rey temió que si intentaba utilizar la fuerza contra Mussolini, su primo, el duque de Aosta, que se consideraba que simpatizaba con los fascistas, podría alinearse con ellos para desbancarle del trono. Es probable que nunca lo sepamos con seguridad. Lo que sí parece seguro es que Mussolini había supuesto correctamente que el rey y el Ejército no se inclinarían por la dura elección de oponerse por la fuerza a sus Camisas Negras. No fue la fuerza del Fascismo la que decidió el asunto, sino el que los conservadores no estuviesen dispuestos a arriesgar su fuerza en un enfrentamiento con la de él. La Marcha sobre Roma fue un gigantesco farol que salió bien, y que aún sigue haciéndolo, dada la idea que se tiene en general de la «toma del poder» por Mussolini.

Hasta el 31 de octubre, cuando Mussolini estaba ya ocupando el cargo, no

se dio de comer y ropa seca a unos 10.000 Camisas Negras, a los que se concedió un desfile compensatorio por las calles de Roma, donde provocaron sangrientos incidentes.[292] El nuevo primer ministro sacó de la ciudad esa misma noche en 50 trenes especiales a sus comprometedoras escuadras.

Mussolini trabajó de firme luego para asentar el mito de que sus Camisas Negras habían tomado el poder por voluntad propia y por su propia fuerza. El primer aniversario de lo que se consideraba que había sido su llegada a Roma se conmemoró en 1923 con cuatro días de fiesta, y esa fecha —28 de octubre— se convirtió en una fiesta nacional. Se convirtió también en el primer día del Nuevo Año Fascista cuando se introdujo el nuevo calendario en 1927.[293] En el décimo aniversario, en octubre de 1932, una exposición nacional, la Mostra della Rivoluzione Fascista, tuvo como tema central las heroicas proezas de los «mártires» de la marcha.[294]

Hitler y la «conspiración palaciega»

Solo en Italia llegó el fascismo al poder en su primer impulso, en los días turbulentos que siguieron a la Primera Guerra Mundial. En otras partes, salvo en Rusia, las élites tradicionales hallaron medios menos perturbadores de restablecer la estabilidad y recuperar cierta apariencia de normalidad tras el terremoto de la Primera Guerra Mundial.[295] Los otros movimientos fascistas iniciales, vástagos de la crisis, quedaron reducidos a la insignificancia al recuperarse la normalidad en la década de 1920.

Pero antes Hitler, arrastrado por el mito que había creado Mussolini, intentó por su cuenta una «marcha». El 8 de noviembre de 1923, durante un mitin nacionalista en una cervecería de Múnich, la Bürgerbräukeller, Hitler intentó secuestrar a los dirigentes del Gobierno bávaro y obligarles a apoyar un golpe de Estado contra el Gobierno federal de Berlín. Creía que si se hacía con el control de Múnich y proclamaba un nuevo Gobierno nacional, los dirigentes militares y civiles bávaros se verían forzados por la opinión pública a apoyarle. También estaba convencido de que las autoridades

militares locales no se opondrían al golpe nazi porque se hallaba a su lado un héroe de la Primera Guerra Mundial, el general Ludendorff.[296]

Hitler subestimó la fidelidad de los militares a la cadena de mando. El ministro-presidente bávaro conservador Gustav von Kahr dio orden de parar el golpe de Hitler, si era necesario, por la fuerza. La policía disparó contra los manifestantes nazis el 9 de noviembre cuando se aproximaban a una importante plaza —posiblemente respondiendo a un primer disparo del bando de Hitler—. Resultaron muertos 14 golpistas y 4 policías. Hitler fue detenido y encarcelado,[297] junto con otros nazis y simpatizantes. El augusto general Ludendorff fue puesto en libertad sin más fianza que su palabra. El Putsch de la Cervecería fue así desarticulado tan ignominiosamente por los gobernantes conservadores de Baviera que Hitler decidió que nunca volvería a intentar obtener el poder por la fuerza. Eso significaba mantenerse, al menos superficialmente, dentro de la legalidad constitucional, a pesar de que los nazis nunca abandonaron la violencia selectiva, que era un elemento básico del atractivo del partido, ni a insinuar objetivos más amplios después de que llegasen al poder.[298]

La oportunidad de Hitler se presentó durante la crisis siguiente: el hundimiento económico de la década de 1930. Al quedarse sin trabajo millones de personas, los movimientos fascistas recuperaron el impulso en todas partes. Gobiernos de todo tipo, las democracias de una forma más pública y ruidosa que el resto, quedaron paralizados ante las embarazosas alternativas que se les presentaban. El modelo italiano hizo que los movimientos fascistas pareciesen de nuevo plausibles, como un nuevo medio de lograr apoyo masivo para una restauración del orden, la autoridad nacional y la productividad económica.

El sistema constitucional de la República de Weimar no había conseguido que la generalidad de la población alemana lo considerase legítimo; eran muchos los que lo consideraban hijo de la dominación extranjera y de la traición interna. La democracia de Weimar parecía una vela que estuviese ardiendo por ambos extremos. Minado por la derecha y por la izquierda, por los nazis antisistema y por los comunistas, el menguante centro se vio obligado a formar coaliciones heterogéneas emparejando socios tan

incompatibles como los socialistas con los moderados del *laissez-faire* y clericales con anticlericales, en su búsqueda condenada al fracaso de una mayoría parlamentaria efectiva.

Un sistema político que obligaba a trabajar juntos a una cacofonía tal de partidos era inevitable que tuviese problemas para llegar a acuerdos sobre temas sensibles, incluso cuando les iba bien. Y después de 1929 los Gobiernos alemanes tuvieron que tomar decisiones económicas y políticas cada vez más divisivas. En junio de ese año llegó el Plan Young, un acuerdo internacional por el que Alemania prometía seguir pagando reparaciones internacionales por la Primera Guerra Mundial a los vencedores, aunque a una tasa reducida. La diplomacia alemana había conseguido rebajar los pagos, pero, aun así, el hecho de que el Plan Young confirmase el principio de las reparaciones provocó la indignación nacionalista. En octubre se produjo el hundimiento de Wall Street. En 1930, cuando se disparaba el desempleo, el Gobierno tuvo que decidir si se ampliaban los subsidios del paro —como querían los socialistas y los católicos de izquierdas— o se equilibraba el presupuesto para dar satisfacción a los acreedores extranjeros —como querían los partidos conservadores y la clase media—. Una elección clara, pero que ninguna mayoría posible sería capaz de realizar en Alemania.

Cuando el Gobierno del canciller Hermann Müller cayó el 27 de marzo de 1930, el sistema de gobierno alemán se paralizó en un punto muerto terminal. El canciller, un socialista reformista, había presidido desde junio de 1928 una Gran Coalición de cinco partidos que abarcaba desde los socialistas al católico Partido del Centro, el Partido Democrático centrista moderado y el internacionalista pero conservador Partido del Pueblo. La Gran Coalición fue el Gobierno de la República de Weimar que más duró, veintiún meses —junio de 1928-marzo de 1930—.[299]

Pero esta longevidad no era indicio de fuerza, sino de que no había alternativas. Las profundas discrepancias políticas que habían hecho que fuese tan difícil gobernar cuando se había formado la Gran Coalición, en los días relativamente tranquilos de junio de 1928, lo hacían imposible ya dos años después, cuando la Depresión había dejado sin trabajo a millones de

personas. La izquierda quería elevar los impuestos para mantener el subsidio del paro; moderados y conservadores querían reducir el gasto social y rebajar impuestos. La Gran Coalición naufragó en estos escollos de la ayuda social y las cargas fiscales. Después de marzo de 1930 no se podía formar en Alemania ninguna mayoría parlamentaria. El funcionario sindical católico Heinrich Brüning gobernó como canciller sin contar con una mayoría, apoyándose en que el presidente Hindenburg podía aprobar legislación sin un voto mayoritario, valiéndose de los poderes especiales que le otorgaba el artículo 48 de la Constitución en situaciones de emergencia. A partir de entonces, los alemanes soportaron casi tres años con ese embarazoso Gobierno de emergencia, sin ninguna mayoría parlamentaria, hasta que Hitler tuvo su oportunidad. Por una curiosa ironía, la llegada al poder de este pareció permitir, al fin, una vuelta al gobierno de mayoría. Y Hitler era un regalo del cielo para los conservadores porque, como jefe del que desde julio de 1932 era el mayor partido de Alemania, disponían por primera vez de la posibilidad de una mayoría parlamentaria que excluyese a la izquierda.

En el momento en que el punto muerto paralizó el sistema político alemán, el 27 de marzo de 1930, el Partido Nazi era aún muy pequeño —solo el 2,8% del voto popular en las elecciones parlamentarias de mayo de 1928—. Pero la agitación nacionalista por el Plan Young más el hundimiento de los precios agrícolas y del empleo urbano lo catapultaron en las elecciones de septiembre de 1930 de 12 a 107 escaños de un total de 491, convirtiéndolo ya en el segundo partido del país. Después de eso, cualquier mayoría parlamentaria en Alemania tenía que incluir o a los socialistas o a los nazis. La izquierda —incluso suponiendo que los socialistas, los comunistas y los católicos de izquierdas pudiesen superar sus divisiones paralizadoras lo suficiente para gobernar— estaba excluida de antemano por el presidente Hindenburg y sus consejeros.

El mito de golpe fascista de Italia engañó también a la izquierda alemana y ayudó a asegurar la fatal pasividad del Partido Socialista Alemán —SPD— y del Partido Comunista Alemán —KPD— a finales de 1932 y principios de 1973. Ambos partidos esperaban que los nazis intentasen dar

un golpe de Estado, aunque el análisis que hacían de la situación fuese, por lo demás, completamente distinto. Para los socialistas, el levantamiento nazi que esperaban sería la señal para actuar sin el estigma de la ilegalidad, como habían hecho con éxito con una huelga general contra el golpe de Kapp en 1920, cuando unidades de los *Freikorps* habían intentado tomar el poder. Con semejante planteamiento, nunca llegaron a identificar un momento oportuno para contratacar a Hitler.

Lo más próximo a un golpe de Estado en la Alemania de Weimar a principios de la década de 1930 no fue obra de los nazis, sino de su predecesor conservador, el canciller Franz von Papen. El 20 de julio de 1932 Von Papen depuso al Gobierno legítimamente elegido del estado —*Land*— de Prusia, una coalición de socialistas y miembros del católico Partido del Centro, y consiguió convencer al presidente Hindenburg para que utilizase sus poderes de emergencia e instaurase un nuevo Gobierno en ese estado presidido por Von Papen. Una acto como ese podría haber desencadenado legítimamente una fuerte reacción de la izquierda. Pero los dirigentes socialistas, a los que frenaban sus fuertes convicciones legalistas, su avanzada edad,[300] la escasa utilidad del arma de la huelga en un periodo de paro masivo y tal vez miedos legítimos a que la actuación de la izquierda pudiese arrojar perversamente a aún más alemanes de clase media en brazos de los nazis, limitó su reacción a un fútil pleito contra el canciller Von Papen. Al no haber presentado una oposición eficaz a la actuación ilegal de Von Papen en julio de 1932, los socialistas —que aún seguían siendo el segundo partido de Alemania— tuvieron menos posibilidades aún de actuar contra Hitler, que hasta la primavera de 1933, cuando tenía ya un control indiscutible de la situación, procuró no quebrantar nunca directamente la legalidad.[301]

Los comunistas siguieron una línea completamente distinta, basada en su convencimiento de que la revolución social estaba al alcance de la mano. Con esa perspectiva, el éxito nazi podía en realidad ayudar a la causa comunista porque produciría un movimiento pendular, primero hacia la derecha y luego, inexorablemente, hacia la izquierda. Los estrategas del KPD, firmemente centrados en la revolución inminente, consideraban los

esfuerzos del SPD para salvar la democracia de Weimar «objetivamente» contrarrevolucionarios. Acusaban a los socialistas de «socialfascistas». El KPD, convencido de que el SPD no era menos enemigo suyo que los nazis, con los que se disputaba el apoyo del mismo sector inestable de la población —especialmente, los parados—, llegó incluso a cooperar con ellos en una huelga salvaje contra el sistema de transporte de Berlín en noviembre de 1932. Lo último que los comunistas alemanes estaban dispuestos a hacer era ayudar al SPD a salvar las instituciones democráticas.[302]

El éxito electoral de Hitler —mucho mayor que el de Mussolini— le permitió una mayor autonomía en sus negociaciones con los políticos del orden establecido cuya ayuda necesitaba para llegar al poder. La responsabilidad de hallar una salida, al paralizarse los mecanismos de gobierno de Alemania después de 1930, correspondía, más aún que en Italia, a una media docena de hombres: el presidente Hindenburg, su hijo Oskar y otros consejeros íntimos, además de los dos últimos cancilleres de Weimar, Franz von Papen y Kurt von Schleicher. Al principio intentaron mantener a distancia al zafio excabo austriaco. Hay que recordar que en la década de 1930 los ministros del Gobierno se suponía aún que tenían que ser caballeros. El que introdujesen a toscos fascistas en el Gobierno era un indicio de su desesperación.

El aristócrata católico Franz von Papen probó como canciller —julio-noviembre de 1932— a gobernar sin políticos, a través de un llamado Gabinete de Barones, compuesto por expertos técnicos y eminencias no políticas. Su jugada de celebrar elecciones nacionales en julio permitió que los nazis se convirtieran en el mayor partido del país. Von Papen intentó entonces integrar a Hitler como vicecanciller, un cargo sin autoridad, pero el dirigente nazi tuvo la suficiente agudeza estratégica y el coraje de jugador para no aceptar nada que no fuese el cargo más alto. Esta decisión obligó a Hitler a pasar el tenso otoño de 1932 por el calvario de una incierta espera, intentando apaciguar su desasosiego y el hambre de cargos de los militantes mientras mantenía su apuesta de todo o nada.

Los nazis —como los fascistas antes que ellos—, con la esperanza de

agudizar la crisis, incrementaron la violencia, eligiendo cuidadosamente sus objetivos. El apogeo de la violencia callejera nazi en Alemania llegó después del 16 de junio de 1932, cuando el canciller Von Papen levantó la prohibición de los uniformes de la SA que Brüning había impuesto en abril. Durante varias semanas acongojantes fueron asesinadas 103 personas y resultaron heridas centenares más.[303]

Mussolini había jugado una baza más débil en sus negociaciones por el poder y se había apoyado más que Hitler en la violencia directa. Solemos olvidar que el Fascismo mussoliniano fue más violento que el nazismo en su camino hacia el poder. El 5 de mayo de 1921 solamente, un día elecciones, fueron asesinadas 19 personas en actos de violencia política en Italia y 104 resultaron heridas.[304] Aunque las estadísticas no son fidedignas, cálculos plausibles de los muertos por violencia política en Italia durante el periodo 1920-1922 incluyen de 500 a 600 fascistas y 2.000 antifascistas y no fascistas, seguidos de otro millar de los últimos entre 1923 y 1926.[305]

La solución a la que recurrió Von Papen de convocar nuevas elecciones para el 6 de noviembre hizo disminuir un tanto el voto nazi —volvieron a ganar votos los comunistas—, pero no hizo nada por sacar a Alemania del punto muerto constitucional. El presidente Hindenburg le sustituyó como canciller el 2 de diciembre por un jefe del Ejército considerado más tecnocrático que reaccionario, el general Kurt von Schleicher. Durante las pocas semanas que estuvo en el poder —diciembre de 1932-enero de 1933—, Schleicher preparó un activo programa de creación de empleo y reconstruyó las relaciones con las organizaciones obreras. Con la esperanza de obtener la neutralidad nazi en el Parlamento, flirteó con Gregor Strasser, jefe de la organización del partido y uno de los dirigentes de su corriente anticapitalista —Hitler nunca olvidó y nunca perdonó la «traición» de Strasser—.

En este punto, Hitler se hallaba en serias dificultades. En las elecciones del 6 de noviembre el voto nazi había disminuido por primera vez, lo que le había hecho perder su valor más preciado: el impulso. El tesoro del partido estaba casi vacío. Gregor Strasser no era el único nazi importante que, harto

de la estrategia del todo o nada de Hitler, estaba considerando otras opciones.

Fue Franz von Papen el que salvó al caudillo nazi. Resentido con Schleicher por haber ocupado su puesto, Von Papen llegó a un acuerdo secreto con Hitler por el que este sería canciller y él, Von Papen, vicecanciller..., un cargo desde el que Von Papen esperaba dirigir las cosas. El anciano Hindenburg, convencido por su hijo y por otros consejeros íntimos de que Schleicher estaba planeando deponerle e instaurar una dictadura militar, y convencido por Von Papen de que no quedaba ninguna otra opción conservadora, aceptó el Gobierno Hitler-Von Papen el 30 de enero de 1933.[306] Hitler, según la conclusión de Alan Bullock, había sido «elevado» al cargo por «una conspiración palaciega».[307]

Lo que no sucedió: elecciones, golpe de Estado, triunfo en solitario

Los votantes alemanes nunca dieron a los nazis una mayoría del voto popular, como aún se afirma a veces. Como vimos en el último capítulo, los nazis se convirtieron realmente en el mayor partido del Reichstag alemán en las elecciones parlamentarias del 31 de julio de 1932, con el 37,2% de los votos. Luego descendieron al 33,1% en las elecciones parlamentarias del 6 de noviembre de 1932. En las elecciones parlamentarias del 6 de marzo de 1933, con Hitler como canciller y el Partido Nazi controlando todos los recursos del Estado alemán, sus resultados fueron del 43,9%, más significativo pero aún insuficiente.[308] Más de un alemán de cada dos votó contra los candidatos nazis en esas elecciones, en plena campaña de intimidación de los Camisas Pardas. El Partido Fascista Italiano obtuvo 35 escaños de un total de 535 en las únicas elecciones parlamentarias libres en las que participó, las del 15 de mayo de 1921.[309] En el otro extremo, ni Hitler y Mussolini llegaron al cargo por un golpe de Estado. Ninguno de ellos se hizo con el timón por la fuerza, a pesar de que ambos habían utilizado la fuerza antes de llegar al poder con el fin de desestabilizar el régimen existente y ambos habrían de utilizar la fuerza de nuevo, una vez

en el poder, con el fin de transformar sus Gobiernos en dictaduras —como veremos en breve—. Hasta los autores más escrupulosos hablan de su «toma del poder»,[310] pero esa frase describe mejor lo que hicieron los dos caudillos fascistas después de ocupar el cargo que cómo llegaron a él.

Tanto Mussolini como Hitler fueron invitados a ocupar el cargo de jefe de Gobierno por un jefe del Estado en el ejercicio legítimo de sus funciones oficiales, siguiendo el consejo de asesores civiles y militares. Ambos se convirtieron, por tanto, en jefes de Gobierno en lo que pareció, superficialmente al menos, el ejercicio legítimo de la autoridad constitucional del rey Víctor Manuel III y del presidente Hindenburg. Ambos nombramientos se hicieron, hay que añadir al mismo tiempo, en condiciones de crisis extrema, una crisis que los fascistas habían instigado. Consideraré el tipo de crisis que abre el camino al fascismo más adelante.

En realidad, ningún golpe insurrecional contra un Gobierno establecido ha llevado hasta ahora a los fascistas al poder. Dictaduras autoritarias han aplastado varias veces tales intentos.[311] Esto fue lo que le sucedió por tres veces a la Legión del Arcángel Miguel rumana, el partido fascista de religiosidad más exaltada y uno de los más dispuestos a asesinar judíos y políticos burgueses. En una Rumanía desastrosamente gobernada por una oligarquía corrupta y reducida, la Legión tenía una relación ferviente con sus bases populares, primordialmente hasta entonces campesinos apolíticos deslumbrados por el juvenil Corneliu Codreanu y sus discípulos, que recorrían aldeas remotas a caballo, ataviados con camisas verdes y provistos de estandartes religiosos y patrióticos.[312]

Tras un periodo particularmente estéril de luchas intestinas parlamentarias y de amiguismo, el rey rumano Carol asumió poderes dictatoriales el 10 de febrero de 1938. En noviembre, después de que intentase sin éxito integrar a la Legión, cada vez más violenta, en su Frente de Renacimiento Nacional oficial, Carol detuvo a Codreanu, que fue posteriormente asesinado, junto con algunos de sus colaboradores, «cuando intentaba escapar». Horia Sima, sucesor de Codreanu, respondió en enero de 1939 con una insurrección, que la dictadura regia reprimió con firmeza.

Carol abdicó en septiembre de 1940 después de que la Alemania

victoriosa obligase a Rumanía a ceder territorios a Hungría y a Bulgaria. El nuevo dictador rumano, el general —más tarde mariscal— Ion Antonescu, en otro intento de hacerse con las bases populares de la Legión, la convirtió en el partido único en el Estado Legionario Nacional que instauró el 15 de septiembre de 1940. Horia Sima, el impetuoso nuevo jefe de la Legión, creó organizaciones obreras «paralelas» y una policía «paralela» e inició la confiscación de bienes judíos, desorganizando tanto la economía del Estado rumano que Antonescu, con la aprobación de Hitler, empezó en enero de 1941 a recortar sus poderes. Un pogromo acompañado de una rebelión a gran escala de la Legión el 21 de enero fue sangrientamente aplastado por Antonescu en «el ejemplo más extremado»[313] de una represión conservadora del fascismo. Antonescu acabó con la Legión y sustituyó el Estado Legionario Nacional por una dictadura militar proalemana, pero no fascista.[314]

Otros intentos de golpes de Estado fascistas corrieron una suerte parecida. Si bien el golpe del 25 de julio de 1934 del Partido Nazi austriaco consiguió asesinar al canciller Engelbert Dollfuss, su sucesor, Kurt von Schuschnigg, reprimió a los nazis en Austria y gobernó a través de un partido clerical-autoritario único, el Frente de la Patria.

Aunque los conservadores podían aceptar la violencia contra socialistas y sindicalistas, no la toleraban contra el Estado. La mayoría de los dirigentes fascistas, por su parte, se habían dado cuenta de que una toma del poder a la que los militares y los conservadores se opusiesen solo sería posible con la ayuda de la calle, en condiciones de desorden social que probablemente desembocase en agresiones incontrolables a la propiedad privada, la jerarquía social y el monopolio de la fuerza armada por parte del Estado. Si los fascistas recurrían a la acción directa, corrían el peligro de proporcionar ventajas a su principal enemigo, la izquierda, poderosa aún en las calles y en los centros de trabajo de la Europa de entreguerras.[315] Estas tácticas alejarían también a aquellos mismos elementos —el Ejército y la policía— que los fascistas necesitarían más tarde para planear y ejecutar la expansión nacional agresiva. Los partidos fascistas, por muy profundo que fuese el desprecio que les inspirasen los conservadores, no tenían ningún futuro

plausible alineándose con grupos que quisiesen destruir las bases del poder conservador.

Dado que la ruta fascista hacia el poder ha pasado siempre por la cooperación con élites conservadoras, al menos en los casos que conocemos hasta ahora, la fuerza del propio movimiento fascista solo es una de las variables determinantes de la consecución —o no— del poder, aunque se trate, sin duda, de una variable vital. Los fascistas disponían de un número de militantes y una fuerza que podían ofrecer a los conservadores atrapados en una crisis en Italia y Alemania, como hemos visto. Pero fue igual de importante que las élites conservadoras estuviesen dispuestas a trabajar con el fascismo, que se diese una flexibilidad recíproca por parte de los dirigentes fascistas y que la urgencia de la crisis las indujese a cooperar entre ellos.

Es, por tanto, esencial estudiar a los cómplices que ayudaron en los momentos cruciales. Considerar solo al caudillo fascista durante su llegada al poder es caer bajo el hechizo del «mito del Führer» y el «mito del Duce» de una forma que les habría causado a los dos una inmensa satisfacción. Debemos dedicar el mismo tiempo a estudiar a los aliados y cómplices indispensables de los caudillos fascistas que el que dediquemos a estudiar a estos, y el mismo tiempo a estudiar el tipo de situaciones en que se ayudó a los fascistas a llegar al poder que el que dediquemos a estudiar los movimientos mismos.

La formación de alianzas

El iniciar seriamente una búsqueda del poder implicó profundamente a los movimientos fascistas maduros en el proceso de formación de alianzas con el orden establecido. Los conservadores italianos y alemanes no habían creado a Mussolini y a Hitler, claro está, aunque habían permitido demasiado a menudo que sus actuaciones ilegales quedasen impunes. Después de que los fascistas y los nazis se hubiesen hecho ya demasiado importantes para que se les pudiese ignorar, por la mezcla, en grados

diferentes, de triunfo electoral e intimidación violenta que vimos en el último capítulo, los conservadores tuvieron que decidir qué hacer con ellos.

Los dirigentes conservadores tenían que decidir, en concreto, si intentaban integrar el fascismo o si debían procurar convertirlo de nuevo en un fenómeno marginal. Una decisión crucial era si la policía y los tribunales debían obligar a los fascistas a cumplir las leyes. El canciller alemán Brüning intentó poner coto a la violencia nazi en el periodo 1931-1932. Prohibió a la SA el uso de uniformes en sus actos públicos el 14 de abril de 1932. Cuando Franz von Papen sucedió a Brüning en la cancillería en julio de 1932, levantó, sin embargo, la prohibición, como ya vimos, y eso llenó de entusiasmo a los nazis, que desencadenaron el periodo más violento de toda la crisis constitucional entre 1930 y 1932. En Italia, aunque unos cuantos prefectos intentaron poner coto a la ilegalidad fascista,[316] los dirigentes nacionales prefirieron, en momentos cruciales, como ya sabemos, intentar «transformar» a Mussolini en vez de disciplinarle. Dirigentes nacionales conservadores de ambos países decidieron que lo que los fascistas tenían para ofrecer compensaba sobradamente las desventajas de tener que permitir que aquellos rufianes arrebataran espacio público a la izquierda mediante la violencia. La prensa nacionalista y los dirigentes conservadores de ambos países aplicaron en consecuencia un doble rasero para juzgar la violencia fascista y la de la izquierda.

Cuando un sistema constitucional se estanca en un punto muerto y dejan de funcionar las instituciones democráticas, el «espacio político» tiende a estrecharse. El círculo de los que toman decisiones de emergencia puede llegar a reducirse a unos cuantos individuos, tal vez a un jefe de Estado y a sus asesores civiles y militares inmediatos.[317] En capítulos anteriores de este libro tuvimos que examinar contextos muy amplios para entender la formación y el arraigo del fascismo. En la etapa en que el hundimiento de los regímenes democráticos abre finalmente el camino para que el caudillo fascista haga un intento serio de conseguir el poder, la concentración de responsabilidad en manos de unos pocos individuos exige algo más próximo a una perspectiva biográfica... con la debida precaución, claro está, para no caer en la trampa de atribuirlo todo solo al caudillo fascista.

Las complicidades conservadoras en la llegada del fascismo al poder fueron de varios tipos. En primer lugar, estaba la complicidad en la violencia fascista contra la izquierda. Una de las decisiones más fatídicas en el caso alemán fue que Von Papen retirase el 16 de junio de 1932 la prohibición que pesaba sobre las actividades de la SA. Los escuadristas de Mussolini habrían sido impotentes sin los ojos cerrados e incluso la ayuda directa del Ejército y de la policía. Otra forma de complicidad fue otorgarles respetabilidad. Hemos visto ya cómo Giolitti ayudó a hacer respetable a Mussolini incluyéndole en su coalición electoral en mayo de 1921. Alfred Hugenberg, ejecutivo de Krupp y el dirigente del partido que más directamente compitió con Hitler, el Partido Nacional Alemán —DNVP—, atacó alternativamente al escalador nazi y apareció en actos políticos con él. Uno de ellos, en Bad Harzburg, en el otoño de 1931, hizo creer al público que habían formado los dos un «Frente de Harzburg». Pero mientras Hugenberg ayudaba a parecer aceptable a Hitler, los miembros de su DNVP se iban haciendo nazis, que era algo que resultaba mucho más emocionante.

Vimos en el capítulo 3 que los nazis recibieron menos ayuda económica directa de empresarios y capitalistas de la que muchos han supuesto. Antes del acuerdo final que puso en el poder a Hitler, el capitalismo alemán había preferido mucho más a un conservador sólido y tranquilizador como Von Papen que a un Hitler desconocido, con sus asesores económicos chiflados. En los tensos últimos meses, cuando Hitler se negaba a aceptar todas las ofertas menores jugándoselo todo a la opción de ser canciller, y cuando el radicalismo del partido volvió a aflorar en la huelga del transporte de Berlín, el dinero escaseaba más aún. El NSDAP estaba prácticamente en la quiebra después de las decepcionantes elecciones de noviembre de 1932. Un banquero relativamente poco importante de Colonia, Kurt von Sckröder, sirvió como intermediario en las negociaciones entre Hitler y Von Papen, pero las aportaciones del mundo de los negocios no se convirtieron en un recurso importante para Hitler hasta después de que alcanzó el poder. Entonces, por supuesto, cambiaron las reglas del juego. Los hombres de negocios entregaron sumas cuantiosas a las nuevas autoridades nazis y

comenzaron a adaptarse a un régimen que gratificaría generosamente a muchos de ellos con contratos de armamento y a todos ellos acabando con las organizaciones obreras del país.

La financiación del fascismo italiano ha sido menos estudiada. Cuando Mussolini rompió con los socialistas en el otoño de 1914, directores de periódicos nacionalistas e industriales y el Gobierno francés subvencionaron su nuevo periódico, *Il Popolo d'Italia*, pero lo único que perseguían con ello era intentar que Italia entrase en la guerra.[318] La ayuda posterior de los terratenientes, de los militares y de algunos funcionarios al *squadrismo* parece estar bastante clara.

El periodo más o menos prolongado durante el cual fascistas y conservadores llegaron a un acuerdo para compartir el poder fue un periodo tenso para ambas partes, tanto en Italia como en Alemania. Estas negociaciones prometían en el mejor de los casos producir un compromiso que no sería el ideal para ninguna de las dos partes. Pero, considerando las alternativas —la izquierda en el poder o una dictadura militar que probablemente excluiría tanto a los conservadores parlamentarios como a los fascistas—, ambas partes estaban dispuestas a hacer los ajustes necesarios y a conformarse con soluciones que no fuesen las ideales.

Los partidos fascistas se vieron así tentados a una complicidad cada vez más intensa con sus nuevos aliados, que planteaba el peligro de dividir a los partidos y de alejar de ellos a algunos puristas. Este proceso «normalizador», ya evidente en la etapa anterior del arraigo, se intensificará ahora por las ventajas superiores que se presentaban al hacerse plausible el acceso al poder. El caudillo fascista, entregado a una negociación prometedora con los que detentaban el poder conservador, reformaba su partido aún más radicalmente que antes. Hacía lo que Wolfgang Schieder llama un *Herrschaftskompromiss*, un «compromiso para gobernar» en el que se establecen áreas de acuerdo y se quita de en medio a idealistas molestos.[319]

Hitler y Mussolini hicieron su *Herrschaftskompromiss* partiendo de posiciones de fuerza algo distintas. Debido a la importancia del *squadrismo* para el éxito de Mussolini y a la relativa insignificancia de su grupo

electoral, el Duce estaba también más en deuda con los *ras*, sus cabecillas fascistas regionales, de lo que estaba Hitler con la SA. Pero aunque Hitler tenía más manos libres en esta negociación, ni siquiera él estaba a salvo de problemas con los militantes de su partido.

La negociación con dirigentes conservadores para llegar al poder es un periodo peligroso para un jefe fascista. Mientras este trata en secreto con la élite política, sus seguidores aguardan fuera con impaciencia, reprochándole que se está vendiendo. Mussolini, entregado ya a finales de 1920 a negociaciones secretas con dirigentes de partido, decepcionó a algunos de sus militantes al no acudir en defensa de D'Annunzio a Fiume en Navidad y al incorporarse a la coalición electoral de Giolitti en mayo de 1921. En agosto de 1921 se produjo una rebelión abierta por su «pacto de pacificación» con el enemigo tradicional, los socialistas, que solo superó dimitiendo temporalmente de la jefatura fascista y renunciando al pacto.

Hitler también tuvo conflictos internos en el partido siempre que parecía estar a punto de llegar a un acuerdo para conseguir el poder. El antiguo capitán de los *Freikorps* Walter Stennes, al mando de la SA de Berlín y Alemania oriental, puso objeciones al hecho de que Hitler se propusiese llegar al poder por medios legales. Los Camisas Pardas de Stennes estaban tan exasperados por el aplazamiento de las recompensas que esperaban por largas horas de servicio con un sueldo escaso y por su subordinación a cuadros del partido no militares, que ocuparon y destrozaron las oficinas del Partido Nazi de Berlín en septiembre de 1930. Cuando se negaron a obedecer la orden de Hitler de respetar la prohibición de la violencia callejera en febrero de 1931, Hitler expulsó sin contemplaciones a Stennes de la SA. Militantes furiosos ocuparon sedes del partido de nuevo en abril de 1931, e hicieron falta todos los poderes de persuasión de Hitler para poner fin a la revuelta. Fueron purgados 500 radicales de la SA. Cuando Hitler estuvo más cerca de perder el control del Partido Nazi fue a finales de 1932, como vimos antes, cuando los votos empezaron a disminuir, el dinero a escasear y algunos lugartenientes miraban hacia futuros más prometedores en Gobiernos de coalición. Hitler, con su fuerza de voluntad y su instinto de jugador intacto pese a una posición debilitada en la

negociación, apostó a todo o nada por la cancillería.

Los conservadores apoyaron la apuesta también, cuando empezó a parecer probable un acuerdo con un partido fascista triunfante: el poder con el apoyo de una base de masas se convertía ya también para ellos en un objetivo alcanzable. Hubo incluso cierta competencia entre los conservadores para conseguir el apoyo de todo el movimiento fascista o de una parte de él —intentándose a veces desgajar un ala o la base—. Schleicher compitió con Von Papen en Alemania por conseguir enganchar al caballo salvaje nazi a su carro, lo mismo que Giolitti con Salandra en Italia.

No hubo nada inevitable en la llegada al cargo de Mussolini y de Hitler. El examen detenido de cómo los dirigentes fascistas se convirtieron en jefes del Gobierno es un ejercicio de antideterminismo. Es muy posible que una serie de factores —la superficialidad de las tradiciones liberales, una industrialización tardía, la supervivencia de élites predemocráticas, la fuerza de las tendencias revolucionarias, un espasmo de rebelión contra la humillación nacional— contribuyesen todos ellos a la magnitud de la crisis y redujesen las opciones disponibles en Italia y en Alemania. Pero los dirigentes conservadores rechazaron otras posibilidades, como gobernar en coalición con la izquierda moderada, por ejemplo, o gobernar mediante los poderes de emergencia de la autoridad regia o presidencial —o, en el caso alemán, continuar haciéndolo—. Eligieron la opción fascista. Los dirigentes fascistas, por su parte, consiguieron la «normalización» necesaria para compartir el poder. No tenía por qué haber sido así.

Lo que ofrecieron los fascistas al orden establecido

En una situación de punto muerto constitucional y amenaza revolucionaria creciente, un movimiento fascista triunfante ofrece valiosos recursos a una élite tambaleante.

Los fascistas podían ofrecer una masa de seguidores lo suficientemente grande para permitir a los conservadores formar mayorías parlamentarias

capaces de tomar decisiones firmes sin tener que contar con socios izquierdistas inaceptables. Los 35 diputados de Mussolini no eran un peso importante en la balanza, pero la aportación potencial de Hitler era decisiva. Podía ofrecer el partido mayor de Alemania a unos conservadores que no habían adquirido la habilidad necesaria para manejar la política de masas súbitamente introducida en el país por la Constitución de 1919. Durante la década de 1920, el único partido no marxista que había construido con éxito una base de masas en Alemania era el Zentrum —Partido del Centro—, un partido católico que contaba, gracias a su arraigo en la vida parroquial, con numerosos militantes activos y pertenecientes a todas las clases sociales. El Zentrum penetró ampliamente en la clase obrera a través de los sindicatos católicos, pero, siendo como era un partido confesional, no podía reclutar con la misma amplitud que Hitler. Este, que contaba con el mayor partido del país, permitió a los artífices de la coalición conservadora dejar de tener que apoyarse en los poderes de emergencia del presidente, lo que ya habían hecho a lo largo de casi tres años, y formar una mayoría parlamentaria que excluyese a la izquierda.

Y los fascistas no solo ofrecían números. Ofrecían rostros jóvenes y frescos a un público cansado de un orden político establecido envejecido y que no había hecho nada por mejorar las cosas. Los dos partidos más jóvenes de Italia y de Alemania eran los comunistas y los fascistas. Ambas naciones deseaban nuevos dirigentes, y los fascistas ofrecían a los conservadores un manantial de juventud. Ofrecían también otra forma de pertenencia: un compromiso más intenso y una mayor disciplina en un área en que los conservadores temían la disolución del vínculo social.

Los fascistas habían hallado también una fórmula mágica para sacar a los trabajadores del marxismo. Marx había afirmado mucho tiempo atrás que la clase obrera no tenía patria, y los conservadores aún no habían sido capaces de hallar un medio de refutarle. Ninguna de sus panaceas decimonónicas —respeto, religión, escolarización— había funcionado. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, la Action Française había logrado cierto éxito reclutando a unos cuantos trabajadores industriales para el nacionalismo, y la aceptación inesperadamente amplia por los trabajadores de su deber

patriótico de luchar por sus patrias respectivas al iniciarse la Primera Guerra Mundial predecía que en el siglo xx Nación iba a ser más fuerte que Clase.

Los fascistas edificaron en todas partes sobre la base de esa revelación. Ya mencioné entre los primeros precursores el Círculo Proudhon francés.[320] En el Partido Nazi, su mismo nombre indicaba ya que era un partido de trabajadores, un *Arbeiter partei*. Mussolini esperaba reclutar a sus viejos colegas socialistas. No obtuvieron ningún éxito aplastante. Todos los análisis de la composición social de los partidos fascistas iniciales concuerdan: aunque atrajeron a algunos trabajadores, su porcentaje dentro del partido estuvo siempre por debajo del que les correspondía en la población general. Tal vez esos pocos trabajadores fascistas fuesen suficientes. Si los partidos fascistas podían reclutar algunos trabajadores, la violencia fascista ya se cuidaría luego de los obstinados. Esta fórmula de divide y vencerás fue más eficaz que todo lo que podían ofrecer por su cuenta los conservadores.

Otra oferta fascista seductora era una vía para superar el clima de desorden que los propios fascistas habían ayudado a crear. Después de haber dado rienda suelta a sus militantes para que hiciesen inviable la democracia y desacreditasen el Estado constitucional, los dirigentes nazis y fascistas se presentaron como la única fuerza no socialista que podía restaurar el orden. No sería la última vez que los dirigentes capitalizasen esa ambigüedad: «Al estar en el centro del movimiento», escribió Hannah Arendt en uno de sus penetrantes comentarios, «el dirigente puede actuar como si estuviese por encima de él».[321] Las condiciones fascistas para un acuerdo no eran insuperablemente altas. Algunos conservadores alemanes estaban inquietos por la retórica anticapitalista de la que aún hacían gala algunos intelectuales nazis,[322] lo mismo que lo estaban los conservadores italianos con activistas obreros fascistas como Edmondo Rossoni. Pero Mussolini hacía mucho que se había pasado al «productivismo» y a la admiración del héroe industrial, mientras que Hitler dejó claro en su famoso discurso del Club de Industriales de Düsseldorf el 26 de enero de 1932, así como en conversaciones privadas, que él era un darwinista social también en la esfera económica.

Aunque fuese obligado admitir a aquellos zafios advenedizos en los altos cargos para llegar a un acuerdo, los conservadores estaban convencidos de que ellos aún seguirían controlando el Estado. Era algo inaudito que semejantes arribistas dirigiesen Gobiernos europeos. Aún era normal en Europa, incluso después de la Primera Guerra Mundial, hasta en las democracias, que ministros y jefes de Estado fuesen miembros ilustrados de las clases superiores con larga experiencia en la diplomacia o en la administración pública. El primer ministro de clase baja de Inglaterra fue Ramsay MacDonald, en 1924, y no tardó en parecer un patricio y en hablar y actuar como tal, para disgusto de los militantes laboristas, que le ridiculizaban llamándole «el caballero Mac». El presidente de Alemania Friedrich Ebert —1919-1925—, guarnicionero de oficio, había adquirido prestigio en su larga trayectoria como diputado y funcionario del Partido Socialista. Hitler y Mussolini fueron los primeros aventureros de clase baja que llegaron al poder en países europeos importantes. Hasta hoy incluso la República francesa no ha tenido ningún jefe de Estado y solo un puñado de primeros ministros que fuesen advenedizos sociales del tipo de, por ejemplo, Harry Truman. Pero las circunstancias distaban mucho de ser normales en Italia en 1922 y en Alemania en 1933. Un ingrediente esencial en el cálculo de los conservadores era que el cabo austriaco y el bisoño agitador exsocialista italiano no tendrían la menor idea de qué hacer con aquel alto cargo. Serían incapaces de gobernar sin el *savoir faire* de los dirigentes conservadores cultivados y con experiencia.

En suma, los fascistas ofrecían una nueva receta para gobernar con apoyo popular, pero sin tener que compartir el poder con la izquierda y sin poner en peligro los privilegios económicos y sociales conservadores y el dominio político conservador. Los conservadores, por su parte, retenían las llaves de las puertas del poder.

La crisis prefascista

Aunque las dos crisis durante las cuales consiguieron el poder los dos

caudillos fascistas —las secuelas de la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión— fueron diferentes, tuvieron elementos comunes. Ambas se produjeron con Gobiernos que tenían problemas de dislocación económica y de humillación nacional que parecía que la política tradicional de partidos no era capaz de resolver; en una situación de parálisis del Gobierno constitucional —debida en parte a una polarización política que los fascistas ayudaron a instigar—; con una izquierda militante en rápido crecimiento y que amenazaba con convertirse en el principal beneficiario de la crisis; y con dirigentes conservadores que se negaban a colaborar incluso con los elementos reformistas de la izquierda, y que veían peligrar su capacidad para seguir gobernando contra la izquierda sin nuevos refuerzos.

Es imprescindible recordar lo real que parecía la posibilidad de una revolución comunista en Italia en 1921 y en Alemania en 1922. Italia acababa de pasar por el *biennio rosso*, los dos «años rojos» que siguieron a las primeras elecciones de posguerra de noviembre de 1919, en las que el Partido Socialista Italiano —PSI— triplicó sus votos de antes de la guerra haciéndose con casi un tercio de los escaños del Parlamento y experimentó una oleada de fervor «maximalista». El nombramiento de alcaldes socialistas en numerosas localidades estuvo acompañado de grandes ocupaciones de tierras y de grandes huelgas, que culminaron con una espectacular ocupación de fábricas en Turín en septiembre de 1920. Como telón de fondo se cernía el ejemplo de Rusia, donde la primera revolución socialista que triunfaba en el mundo mostraba todos los indicios de generar otras. Ahora sabemos que los «maximalistas» italianos y el nuevo Partido Comunista Italiano fundado en 1921 no tenían la menor idea de lo que iban a hacer a continuación. El miedo a una presunta revolución comunista podía, sin embargo, movilizar a los conservadores con tanta fuerza como una revolución real. Como comentó Federico Chabod, el miedo de la clase media al comunismo alcanzó su punto culminante en Italia después de que se hubiera aplacado ya la oleada «maximalista».[323]

En Alemania después de 1930 solo crecían electoralmente los comunistas, además de los nazis.[324] Los comunistas alemanes, lo mismo que los nazis, prosperaron con el paro y con el convencimiento generalizado de que el

sistema constitucional y los partidos tradicionales habían fracasado. Sabemos por documentos del Partido Nazi requisados por la policía alemana en 1931 —los «documentos de Boxheim»— que los estrategas nazis, como muchos otros alemanes, esperaban una revolución comunista y planeaban una acción directa contra ella. Los dirigentes nazis parecían estar convencidos en 1931 de que la oposición por la fuerza a una revolución comunista era su mejor ruta hacia la plena aceptación nacional.

Dadas todas estas circunstancias, el Gobierno democrático funcionaba muy pobremente. Aunque el Parlamento italiano nunca estuvo tan completamente paralizado como el alemán, la incapacidad de la jefatura política de ambos países para resolver los problemas que se planteaban ofreció su oportunidad indispensable al fascismo.

Tanto los fascistas italianos como los alemanes habían hecho todo lo posible para que la democracia funcionase mal. Pero el punto muerto de las constituciones liberales no era algo que hubiesen provocado solo los fascistas. «El colapso del Estado liberal», dice Roberto Vivarelli, «se produjo con independencia del fascismo».[325] En la época resultaba tentador considerar el mal funcionamiento del Gobierno democrático después de 1918 como una crisis sistemática que señalaba el final histórico del liberalismo. Desde el resurgir de la democracia constitucional después de la Segunda Guerra Mundial, ha parecido más plausible considerarlo una crisis circunstancial producida por las tensiones de la Primera Guerra Mundial, por una brusca ampliación de la democracia y por la Revolución bolchevique. Interpretemos como interpretemos la parálisis que aquejó al Gobierno democrático, no es probable que hubiese podido llegar al poder sin ella ningún movimiento fascista.

Las revoluciones después de llegar al poder: Alemania e Italia

Los conservadores llevaron a Hitler y a Mussolini al máximo cargo semiconstitucionalmente, dentro de unos Gobiernos de coalición que los dirigentes fascistas no controlaban totalmente. Una vez en posesión

semilegal del cargo, a Mussolini y a Hitler solo se les habían confiado los poderes correspondientes a un jefe de Gobierno de acuerdo con la Constitución. En términos más prácticos, su poder se hallaba limitado durante su periodo inicial en el cargo por el hecho de tener que gobernar en coalición con sus aliados conservadores. Aunque los partidos fascistas ocupaban algunos puestos vitales en estos Gobiernos, solo disponían de un número reducido de cargos en el gabinete.[326]

Ambos jefes fascistas no tardaron convertir ese punto de apoyo en una dictadura directa. Completaron su control del Estado transformando un cargo semiconstitucional en una autoridad personal ilimitada: esa fue la auténtica «toma del poder». Fue una historia distinta a obtener un cargo que se caracterizó principalmente por una actuación ilegal masiva por parte de los jefes fascistas. Los aliados aún eran cruciales, pero ahora solo necesitaban ya su aquiescencia.

Ni siquiera Hitler se convirtió inmediatamente en el dictador de Alemania. Al principio creyó que el mejor medio de conseguir una mayor independencia de sus socios de coalición eran unas elecciones más, en las que esperaba obtener la mayoría suficiente que hasta entonces no había conseguido. Pero antes de que pudiesen celebrarse las elecciones un golpe de suerte proporcionó a Hitler una excusa para dar un virtual golpe de Estado desde dentro, sin un soplo de oposición de la derecha ni del centro. Ese golpe de suerte fue el incendio que destruyó el edificio del Reichstag de Berlín el 28 de febrero de 1933.

Se creyó durante mucho tiempo que habían sido los propios nazis quienes habían prendido fuego al Reichstag y acusado luego de hacerlo a un comunista holandés medio idiota que se encontraba en las inmediaciones, Marinus van der Lubbe, con la finalidad de convencer al público de que debía aceptar medidas anticomunistas extremas. Hoy la mayoría de los historiadores creen que Van der Lubber fue realmente el autor del incendio y que Hitler y sus colaboradores, cogidos por sorpresa, creyeron realmente que se había iniciado un golpe de Estado comunista.[327] Hubo suficientes alemanes que compartieron su pánico como para que dispusiesen de una libertad de actuación casi ilimitada.

Lo que sucedió después se ha presentado en general como una iniciativa de Hitler, en la que el nuevo canciller actuó con notable rapidez y seguridad para capitalizar el temor generalizado al «terrorismo» comunista. En lo que debe insistirse en la misma medida es en la disposición de los conservadores alemanes a dejarle manos libres y de las organizaciones de la sociedad civil a encontrarse con él a medio camino. Mientras aún humeaban las ruinas del Reichstag, el presidente Hindenburg firmó un Decreto para la Protección del Pueblo y del Estado el 28 de febrero, valiéndose de los poderes de emergencia que le otorgaba el Artículo 48. El Decreto del Incendio del Reichstag suspendió toda la protección legal de la libertad de expresión, de reunión, de propiedad y personal, permitió a las autoridades detener a sospechosos de «terrorismo» —es decir, comunistas— a voluntad y dio autoridad al Gobierno federal para el control policial de los Gobiernos de los estados.

Tras esto, pocos alemanes se mostraron dispuestos, sin apoyo de la policía, la judicatura o las demás autoridades, a oponerse cuando los Camisas Pardas irrumpieron en los juzgados y expulsaron a magistrados y abogados judíos[328] o saquearon periódicos y oficinas de organizaciones de izquierdas.

El presidente Hindenburg había autorizado ya nuevas elecciones. Cuando se celebraron el 5 de marzo, sin embargo, a pesar del terror nazi dirigido contra votantes y partidos de la izquierda, el partido de Hitler no consiguió todavía la ansiada mayoría. Sería necesario un paso más para que Hitler pudiese hacer su voluntad. Los nazis propusieron una Ley de Habilitación que les permitiría gobernar por decreto durante cuatro años, sin tener que remitirse ni al Parlamento ni al presidente, periodo tras el cual prometía retirarse. Su título oficial era un ejemplo espléndido de la grandilocuencia nazi o LTI:[329] Ley para Aliviar el Desasosiego del Pueblo y del Reich. La Constitución exigía dos tercios de los votos del Parlamento para esa delegación de poderes legislativos al ejecutivo.

A pesar de que la mayoría de alemanes habían votado aún por otros partidos el 5 de marzo, Hitler consiguió el apoyo de dos tercios necesario para que se aprobara la Ley de Habilitación el 24 de marzo de 1933, gracias

a la detención de los diputados comunistas. Los votos no nazis más decisivos llegaron del Zentrum católico y de los nacionalistas de Hugenberg. El Vaticano accedió, debido a que el papa Pío XI estaba convencido de que el comunismo era peor que el nazismo y a que no daba demasiada importancia a las libertades políticas, ya que consideraba que los católicos debían actuar en el mundo a través de las escuelas y de la Acción Católica —organizaciones juveniles y obreras de base—, más que a través de elecciones y partidos políticos. Hitler pagó su deuda el 20 de julio firmando un concordato con el Vaticano en el que prometía tolerancia con la enseñanza católica y con la Acción Católica en Alemania, siempre que se mantuviesen al margen de la política.

Hitler tuvo ya las manos libres para disolver todos los partidos políticos —incluido el Zentrum— en las semanas siguientes e instaurar una dictadura unipartidista. Sus cómplices conservadores se mostraron dispuestos a hacer oídos sordos a la «revolución desde abajo» realizada extraoficialmente en la primavera de 1933 por activistas del Partido Nazi contra judíos y marxistas, e incluso a la apertura del primer campo de concentración para enemigos políticos en Dachau, cerca de Múnich, en marzo de 1933, siempre que esas ilegalidades se cometiesen contra «enemigos del pueblo». Hitler pudo prolongar por su propia autoridad la vigencia de la Ley de Habilitación otros cinco años cuando expiró en 1937, casi sin comunicarlo, y de nuevo indefinidamente, con la justificación de la guerra, en 1942. Pareció necesitar encubrir su dictadura con el barniz legal que proporcionaba a las acciones arbitrarias del régimen la Ley de Habilitación.

Aunque conseguir el poder ayudaba a un jefe fascista a dominar al partido, Hitler siguió teniendo conflictos con él incluso después de enero de 1933. Algunos fanáticos creyeron que el éxito que había tenido en la instauración de una dictadura nazi significaba que no tardarían en tener acceso ilimitado a puestos de trabajo y al botín de una «segunda revolución». El jefe de la SA, Ernst Röhm, presionó a Hitler para que transformase a los Camisas Pardas en una fuerza armada suplementaria, un proyecto que alarmó al Ejército regular. Hitler resolvió el problema de una vez por todas en la Noche de los Cuchillos Largos, el 30 de junio de 1934,

haciendo matar a Röhm y a otros jefes de la SA, como es bien sabido, y también, como es menos bien sabido, a conservadores recalcitrantes —incluidos varios miembros del equipo del vicecanciller Von Papen— y a otros notables que habían dado motivos para ello, como Gregor Strasser, el general Von Schleicher —junto con su esposa—, Gustav von Kahr —el dirigente conservador bávaro que había cerrado el paso a Hitler en 1923— y a trece diputados del Reichstag. Las víctimas fueron en total entre 150 y 200.[330]41 Esta lección escalofriante y los expolios de las victorias nazis mantuvieron a raya a partir de entonces a los dubitativos.

La revolución de Mussolini después de llegar al poder fue más gradual, y la lucha por el predominio entre tres rivales —el caudillo, los fanáticos del partido y el orden establecido conservador— se resolvió de forma mucho menos definitiva que en la Alemania nazi. Mussolini pareció resignarse durante casi dos años a gobernar como un primer ministro parlamentario normal, en coalición con nacionalistas, liberales y unos cuantos *Popolari*. Su Gobierno emprendió políticas convencionalmente conservadoras en la mayoría de los campos, como, por ejemplo, el ortodoxo equilibrio de la deflación y el presupuesto del ministro de Finanzas, Alberto de Stefani.[331]

Pero la violencia escuadrista no dejó nunca de amenazar con escapar al control de Mussolini. Muchos camisas negras querían una «segunda revolución»[332] para que se les adjudicasen a ellos todos los puestos de trabajo y todo el botín. Su decepcionante desfile por Roma del 31 de octubre de 1922 se convirtió en una violencia que causó 7 muertos, 17 heridos y daños sustanciales en varios periódicos de la oposición antes de que el Duce consiguiese sacarles de la ciudad esa misma noche.[333] Después de eso, siempre que creían que Mussolini se estaba «normalizando» demasiado, los irritados escuadristas no vacilaban en enviarle un mensaje, como en Turín entre el 18 y el 21 de diciembre de 1923 —al menos 11 muertos— y en Florencia en enero de 1995 —varios muertos, incluido un diputado socialista y un abogado de la oposición—.

Aunque Mussolini procuraba a veces poner coto a sus díscolos seguidores, consideraba útil de vez en cuando su presión. La ley electoral de Acerbo la aprobó la Cámara Baja el 23 de julio de 1923 con los Camisas

Negras patrullando fuera por las calles y Mussolini amenazando con «dejar que siga su curso la revolución» si no se aprobaba la ley.[334] Cuando el Senado la aprobó, el 18 de noviembre de 1923, esta extraña norma otorgó dos tercios de los escaños al partido mayoritario, siempre que obtuviese más del 25% de los votos, distribuyéndose el otro tercio de los escaños proporcionalmente entre los otros partidos. En las elecciones siguientes del 6 de abril de 1924, con presión fascista sobre el electorado, la lista «nacional» —el Partido Fascista y el Partido Nacionalista— obtuvo el 64,9% de los votos y consiguió así 374 escaños. De todos modos, no logró la mayoría en las regiones del Piamonte, la Liguria, Lombardía y Venecia. A partir de entonces, Mussolini dispuso de un Parlamento dócil y de una apariencia de legitimidad, pero su régimen difícilmente podría considerarse «normal».

Este periodo de seminormalidad tocó a su fin por un terrible incidente de *squadrismo* renovado, el asesinato de Giacomo Matteotti, el elocuente secretario del ala reformista del Partido Socialista Italiano. El 30 de mayo de 1924, Matteotti dio a la Cámara pruebas detalladas de ilegalidad y corrupción fascistas en las recientes elecciones parlamentarias. Diez días después de esto, el dirigente socialista fue secuestrado en una calle de Roma e introducido un coche que esperaba. Su cadáver se encontró varias semanas después. Cuando testigos oculares permitieron identificar el coche, se hizo evidente que los autores del asesinato habían sido colaboradores personales íntimos de Mussolini. Sigue sin saberse con seguridad si fue personalmente Mussolini el que dio la orden o si sus subordinados actuaron por su cuenta. En cualquier caso, estaba clara la responsabilidad final de Mussolini. El asesinato estremeció a la mayoría de los italianos y conservadores importantes que habían apoyado Mussolini pidieron un nuevo Gobierno intachable.[335]

El escándalo por el asesinato de Matteotti brindó al rey y al orden establecido conservador su mejor oportunidad para deponer a Mussolini del cargo. Contaban una vez más con varias posibilidades. Pero decidieron no llevar sus dudas sobre Mussolini hasta el extremo de dar pasos concretos para deponerle, temiendo que eso volvería a dar paso al caos o a un

Gobierno de izquierdas.

Tras varios meses de incertidumbre, durante los cuales los aliados conservadores de Mussolini vacilaban y la oposición se retiraba, en un boicot de la actividad parlamentaria que se volvería contra ellos,[336] los *ras* presionaron a Mussolini. El 31 de diciembre de 1924, decepcionados por la aparente falta de decisión de su caudillo, 33 cónsules de la Milicia Fascista —en la que Mussolini había convertido a los escuadristas en un intento de control— le presentaron en su despacho un ultimátum: si el Duce no aplastaba a la oposición, actuarían sin él.

Mussolini, consciente de las vacilaciones de sus adversarios y temeroso de una rebelión de los *ras*, decidió jugarse el todo por el todo. En un agresivo discurso que pronunció el 3 de enero de 1925 aceptó «la plena responsabilidad política, moral e histórica por todo lo que había pasado» y prometió una actuación firme. Unidades movilizadas de la Milicia habían empezado ya a cerrar periódicos y organizaciones de la oposición y a detener a sus miembros. A lo largo de los dos años siguientes el Parlamento dominado por los fascistas, espoleado por varios atentados contra la vida de Mussolini, aprobó una serie de Leyes para la Defensa del Estado que reforzaron el poder de la Administración, sustituyeron alcaldes elegidos por funcionarios nombrados —*podestà*—, sometieron a censura a la prensa y a la radio, reinstauraron la pena de muerte, otorgaron a los sindicatos fascistas un monopolio de la representación obrera y disolvieron todos los partidos salvo el PNF. A principios de 1927 Italia se había convertido en una dictadura de partido único. Los conservadores aceptaron en general el golpe desde dentro dado por Mussolini porque las opciones alternativas parecían ser seguir con la situación de punto muerto o admitir a la izquierda en el Gobierno.

Comparaciones y alternativas

En esta tercera etapa tiene mucha más utilidad la comparación que en la segunda. Numerosos movimientos fascistas de primera etapa, al hallar poco

espacio para crecer, se mantuvieron demasiado débiles para que pudiesen resultar interesantes a cómplices y aliados. Unos pocos arraigaron, pero no consiguieron asentar su influencia ni las amistades de élite necesarias para poder competir plausiblemente por el poder. Solo un puñado de ellos llegaron realmente al poder. Entre los que lo hicieron, algunos se convirtieron en socios subalternos dentro de regímenes autoritarios que acabaron amordazándolos o destruyéndolos. Hasta hoy, solo en Alemania y en Italia se han hecho del todo con las riendas los fascistas.

La condición de socios subalternos dentro de regímenes autoritarios resultó desastrosa para los movimientos fascistas. Ocupar un puesto subalterno no se compagina con las extravagantes pretensiones fascistas de transformar la nación y redirigir la historia. Los socios autoritarios, por su parte, no veían con buenos ojos la violencia impaciente de los fascistas y su menosprecio de los intereses establecidos, pues solía tratarse en estos casos de movimientos fascistas que conservaban gran parte del radicalismo social de la primera etapa del movimiento.

Ya hemos comentado la sangrienta represión de un socio subalterno fascista por un dictador autoritario, la liquidación de la Legión del Arcángel Miguel por el dictador rumano Mariscal Antonescu en enero de 1941.[337] Como veremos en el capítulo 6, los dictadores ibéricos Franco y Salazar redujeron a la impotencia a los partidos fascistas, aunque de una forma menos sangrienta. El dictador brasileño Vargas toleró un movimiento fascista y luego los aplastó.[338] Los regímenes conservadores bien asentados, sean del tipo que sean, han demostrado en general ser terreno desfavorable para que el fascismo consiga el poder. O bien reprimieron lo que consideraron que fomentaban desorden o bien se apropiaron ellos de los temas y de los seguidores del fascismo.[339] Los conservadores, cuando podían gobernar solos, lo hacían.

Otra vía fascista hacia el poder era viajar en el vagón del equipaje de un Ejército fascista victorioso. Pero esto sucedió mucho menos a menudo de lo que se podría esperar. Los tres desafortunados Ejércitos de Mussolini le dieron pocas oportunidades de imponer regímenes marionetas en el exterior. Hitler disfrutó de muchas posibilidades de este género, pero no solía confiar

demasiado en los fascistas extranjeros. El nazismo como receta para la unidad y el dinamismo de la nación era lo último que deseaba él para un país que había conquistado y ocupado. Era el pacto privado del *Volk* alemán con la historia y Hitler no tenía ninguna intención de exportarlo.[340] Hitler fue también, durante gran parte del tiempo, y en contra de la leyenda popular, un gobernante pragmático con un agudo sentido práctico. Los partidos fascistas locales le serían mucho menos útiles para mantener a raya a los pueblos conquistados que las élites conservadoras adicionales locales.

Vidkun Quisling, el caudillo fascista noruego cuyo nombre aportó al inglés precisamente la palabra que designa a un gobierno títere, tuvo en realidad poca autoridad en la Noruega ocupada. Aunque su partido, el Nasjonal Samling —NS—, apenas había sobrepasado el 2% del voto popular en la década de 1930, aprovechó la oportunidad de la invasión alemana del 9 de abril de 1940 y de la retirada del rey y el Parlamento de Oslo para proclamar que su partido se hacía cargo del poder. Aunque el ideólogo nazi Alfred Rosenberg le apoyó, funcionarios alemanes más responsables sabían que no inspiraba más que asco en Noruega, y al cabo de solo seis días Hitler accedió a dejarle a un lado.

Gobernó Noruega como *Reichskomissar* el funcionario nazi Joseph Terboven, asistido después de septiembre de 1940 por un consejo de Estado en el que el NS tenía 10 de los 13 escaños, sin contar a Quisling. Terboven permitió a este seguir trabajando con el NS —único partido autorizado— y el 1 de febrero de 1942 le concedió el título de «ministro-presidente». Pero ni siquiera entonces disfrutó Quisling de una mínima autoridad independiente y Hitler no atendió a sus deseos repetidamente expresados de que Noruega tuviese un papel más independiente en la Europa nazi. El Gobierno fantasma de Quisling se enfrentó a una creciente resistencia pasiva y activa.

La Holanda ocupada, cuya reina Guillermina había formado un Gobierno en el exilio en Londres, estaba gobernada por una administración civil encabezada por el abogado nazi austriaco Arthur Seyss-Inquart, con el dirigente fascista holandés Anton Mussert desempeñando un papel muy menor. El movimiento fascista danés había sido casi invisible antes de la

guerra. Su caudillo, Fritz Clausen, no jugó papel alguno después de 1940. El rey Christian X permaneció en su puesto como un símbolo de la continuidad nacional mientras su ministro Scavenius suministraba los productos agrícolas que Alemania necesitaba, e incluso firmó el Pacto Anti-Comintern.

Francia fue la conquista más valiosa del Ejército alemán, y puesto que la neutralidad francesa y los productos y los recursos humanos de Francia eran valores indispensables para la maquinaria bélica del Reich, Hitler no estaba dispuesto a ponerlos en peligro dando poder en Francia a uno de los jefezuelos fascistas enfrentados entre sí de los que hablamos en el capítulo anterior. El Führer tuvo la buena suerte de que la derrota de mayo-junio de 1940 desacreditó tanto a la Tercera República Francesa que la Asamblea Nacional Francesa otorgó plenos poderes el 10 de julio de 1940 a un héroe de la Primera Guerra Mundial de 84 años, el mariscal Philippe Pétain, que se había destacado en junio como el principal partidario de abandonar la lucha. Pétain estableció una capital provisional en Vichy, en el sur no ocupado, y gobernó a través de un régimen personal autoritario apoyado por los servicios públicos tradicionales del Estado francés, el orden establecido económico y social, los militares y la Iglesia católica. Se esforzó mucho por cooperar con las autoridades de ocupación nazis de la mitad norte de Francia con la esperanza de hallar un lugar adecuado en la nueva Europa bajo dominio alemán, que estaba convencido de que era algo permanente.

Hitler mantuvo a cierto número de fascistas franceses a su servicio en la nómina nazi en París, por si necesitaba presionar a Pétain con un rival. Pero solo en los últimos días de la guerra, cuando la marea había cambiado de sentido y los notables conservadores que habían apoyado al principio Vichy empezaban a abandonarlo, consiguieron puestos en el Gobierno colaboracionista algunos fascistas de preguerra como Marcel Déat.[341]

El papel principal que Hitler asignó a los fascistas de los países ocupados fue el de reclutar voluntarios locales para que fuesen a congelarse y morir en el frente ruso. Tanto el belga Léon Degrelle[342] como el fascista francés Jacques Doriot[343] prestaron a Hitler ese servicio.

Hitler tampoco tenía interés en promover movimientos fascistas dentro de

países satélites. Mantuvo cordiales relaciones personales con el mariscal Antonescu, que había aplastado el fascismo rumano;[344] las 30 divisiones rumanas de Antonescu en el frente ruso le ayudaron mucho más que los fanáticos legionarios de Horia Sima. Dejó Eslovaquia, que empezó a existir como un Estado independiente cuando él dividió Checoslovaquia en mayo de 1939, en manos del Partido Popular Eslovaco del padre Josef Tiso, aunque era más autoritario-clerical que fascista. Había recibido hasta un tercio de los votos eslovacos en el periodo de entreguerras con el padre Andreas Hlinka y se mostró más tarde dispuesto a ayudar en la deportación de judíos.

Hitler consideró también que era más barato y más fácil no ocupar Hungría y dejarla bajo el mando del almirante Horthy, que había gobernado el país según directrices predominantemente autoritarias tradicionales desde el 1 de marzo de 1920. El Ejército alemán no entró en Hungría hasta el 22 de marzo de 1944, cuando los nazis sospechaban que Horthy estaba negociando con los ejércitos aliados que se aproximaban. Solo en este punto extremo y final, cuando las tropas soviéticas entraban en Hungría, el 16 de octubre de 1944, sustituyó Hitler a Horthy por el jefe del movimiento húngaro de la Cruz de la Flecha, Ferenc Szálasi. La Hungría fascista fue efímera, pues no tardó en acabar con ella el avance de los ejércitos soviéticos.

Los nazis permitieron a fascistas nativos tomar el poder en el Estado cliente de Croacia, que era una nueva creación sin élites rectoras ya establecidas y se hallaba, de hecho, en la zona de influencia italiana. En mayo de 1941, cuando el Ejército alemán invadió y dividió Yugoslavia, se permitió que tomara el poder en el Estado recientemente independiente de Croacia el Ustaša terrorista-nacionalista y el que había sido durante mucho tiempo su jefe, Ante Paveli. Hasta los observadores nazis se quedaron sobrecogidos con las matanzas descontroladas en las que el Ustaša acabó con un mínimo de 500.000 serbios, 200.000 croatas y 90.000 musulmanes bosnios, 60.000 judíos, 50.000 montenegrinos y 30.000 eslovenos.[345] Ninguno de estos regímenes marionetas de Estados satélites u ocupados pudo sobrevivir un instante tras la derrota de sus protectores del Eje. En

España y Portugal, por el contrario, los regímenes autoritarios siguieron funcionando después de 1945, evitando cuidadosamente toda la parafernalia fascista.

El que Quisling o Szálasi fuesen colocados en el poder in extremis dependió relativamente poco del apoyo indígena, y fue en realidad un indicio de que Hitler había fracasado en su política preferida de persuadir a los dirigentes tradicionales de los países ocupados de que colaborasen con las autoridades nazis. Los fascismos de ocupación son ciertamente interesantes —la derrota y el colaboracionismo hicieron aflorar a todos los perdedores del sistema de gobierno anterior y pusieron al descubierto todas las líneas de falla y los antagonismos del régimen político del país ocupado —, pero es dudoso que podamos llamarles fascismos auténticos, aunque solo sea porque no tenían libertad para buscar el expansionismo y la grandeza nacional.[346]

Aprendemos mucho más sobre el fascismo de otro tipo de fracasos, como los de los movimientos de la derecha radical francesa, que, aunque se hiciesen muy notorios, se mantuvieron en una posición marginal antes en 1940. Aquí la comparación nos permite ver diferencias reales en el carácter del marco de posibilidades de alianzas que diferencian a los países donde el fascismo triunfó de los demás. ¿Que separaba a Alemania e Italia, donde el fascismo tomó el poder, de Francia y de Inglaterra, donde los movimientos fascistas eran sumamente visibles, pero no consiguieron aproximarse siquiera al poder?

Ya consideramos el caso de Francia en el capítulo 3. Prosperaron allí movimientos derechistas radicales, algunos de ellos auténticamente fascistas, pero la mayoría de los conservadores no se sentían lo suficientemente amenazados en la década de 1930 para pedirles ayuda, ni arraigaron con la fuerza suficiente para imponerse como socios.[347] La Unión Británica de Fascistas dispuso de un dirigente, sir Oswald Mosley, elocuente, dinámico y —algo excepcional— socialmente prominente, que consiguió un importante apoyo en la prensa al principio, pero ofendió a los conservadores con la violencia callejera contra los judíos y acabó hallando poco espacio disponible mientras que el Partido Conservador mantenía su

cómoda mayoría desde 1931 a 1945.

En Escandinavia, los partidos socialdemócratas consiguieron incluir los intereses de las familias campesinas y de la clase media baja en el programa de su Gobierno de coalición, privando así de un importante electorado a los partidos fascistas, que se mantuvieron minúsculos.[348]

Un examen comparativo del acceso fascista al poder nos ayuda a identificar algunas de las interpretaciones del fascismo que parecen menos útiles. Las teorías instrumentales, por ejemplo, tienen bastantes fallos. Reducen la historia de la llegada al poder del fascismo a los actos de un solo grupo de intereses, los capitalistas. Niegan también todo respaldo popular autónomo al fascismo, considerando que se trata de una creación artificial.

La comparación sugiere que el éxito fascista en la empresa de llegar al poder depende menos de la brillantez de los intelectuales fascistas y las cualidades de los dirigentes fascistas que de la profundidad de la crisis y la desesperación de los aliados potenciales. Mientras que la historia intelectual era indispensable para explicar la pérdida de legitimidad del viejo sistema en casos en que el fascismo consiguió primero arraigar, solo nos presta en esta etapa una ayuda limitada. Es poco lo que nos brinda para explicar qué tipo de espacio político se abrió en las crisis prefascistas de paralización, avance de la izquierda y angustia de los conservadores, y por qué fue el fascismo el que llenó el hueco en vez de algo distinto.

¿En qué condiciones se abrió lo suficiente el espacio político disponible para el crecimiento fascista para que este accediese al poder? En el capítulo anterior analicé un poco los marcos más generales. En este capítulo, me centro en condiciones más específicas de quiebra de legitimidad democrática y parálisis de regímenes parlamentarios. Pero ¿por qué, en esas circunstancias, no se limitaron los conservadores a aplastar a la izquierda mediante la fuerza armada e instaurar una autocracia, sin dejar espacio alguno para la promesa del fascismo de atraer a sectores de la izquierda además de intimidarla?

Ese fue realmente el modo de proceder de algunos. Ese es el modo más normal, sobre todo fuera de Europa. En Europa, el canciller de Austria

Engelbert Dollfuss instauró un régimen autoritario católico y aplastó la resistencia socialista bombardeando un barrio obrero de Viena en febrero de 1934, mientras mantenía a raya a los nazis austriacos. El general Francisco Franco aplastó a la izquierda española y a la república mediante la insurrección armada y la guerra civil, y dejó poco espacio después de tomar el poder para el pequeño partido fascista español, la Falange. Pero esa opción violenta significa devolver la calle y la clase obrera y la intelectualidad ilustrada a la izquierda y exige gobernar claramente por la fuerza. Los conservadores alemanes e italianos quisieron valerse del poder de los fascistas sobre la opinión pública, la calle y los sectores nacionalistas y antisocialistas de las clases media y obrera para afianzar su propia jefatura. Parece que creían que era demasiado tarde para desmovilizar políticamente a la ciudadanía. Había que ganarla para la causa nacional y antisocialista, ya que era demasiado tarde para reducirla una vez más al respeto decimonónico.

El que Hitler y Mussolini llegasen al poder en alianza con élites tradicionales poderosas no fue ninguna mera peculiaridad de la historia alemana o de la italiana. Es difícil de creer que partidos fascistas pudiesen llegar al poder de algún otro modo. Es posible imaginar otros escenarios para una llegada fascista al poder, pero no son plausibles. El escenario de Kornilov —hemos aludido ya a él en el capítulo 3— merece una consideración. El general Lavr Georgyevich Kornilov, nombrado comandante en jefe de los Ejércitos rusos en agosto de 1917, consideró el régimen parlamentario de Alexander Kerenski ineficaz frente al riesgo de la presión revolucionaria, un marco clásico para una reacción fascista o autoritaria. Kornilov hizo avanzar a sus tropas sobre la capital, pero las fuerzas bolcheviques las contuvieron antes de que llegasen a Petrogrado. Si el general Kornilov hubiese tenido éxito en su misión, el resultado más probable habría sido una simple dictadura militar, pues la democracia era aún demasiado nueva en Rusia para proporcionar la movilización contrarrevolucionaria de masas característica de una reacción fascista a una socialdemocracia débil a punto de verse desbordada por el bolchevismo.

No tenemos por qué creer que los movimientos fascistas solo pueden

llegar al poder en una reproducción exacta del escenario de Mussolini y Hitler. Lo único que es necesario para encajar en nuestro modelo es polarización, paralización, movilización de masas contra enemigos internos y externos y complicidad de las élites existentes. En los Balcanes en la década de 1990 se produjo algo que se parece mucho al fascismo en un escenario diferente, un cambio de dirección realizado por dirigentes que estaban ya en el poder. Los dictadores poscomunistas aprendieron a jugar la carta del nacionalismo expansionista como un sustituto del comunismo desacreditado. Cuando el dictador serbio Slobodan Milosevic movilizó el patriotismo de su pueblo, primero, contra los vecinos de Serbia y, luego, contra el ataque aéreo aliado, con bailes y cantos y lemas, consiguió arrastrar a la población contra enemigos internos y externos y en favor de un sistema de gobierno de limpieza étnica de una implacabilidad que Europa no había conocido desde 1945.

Es concebible también, por supuesto, que un partido fascista pueda ser elegido para ocupar el poder en unas elecciones libres y competitivas, aunque, como vimos al principio de este capítulo, ni siquiera el Partido Nazi, que de todos los partidos fascistas fue, con mucho, el que mayor éxito electoral logró, no superó nunca el 37% de los votos en unas elecciones libres. El Partido Fascista Italiano obtuvo muchos menos votos que los nazis. La mayoría de los partidos fascistas no consiguieron ningún éxito electoral, o muy poco, y en consecuencia no tuvieron ningún poder negociador en el juego parlamentario. Lo que podían intentar era desacreditar el sistema parlamentario haciendo que resultase imposible gobernar con normalidad. Pero eso podría resultar contraproducente. Si los fascistas parecían estar más claramente provocando desorden que bloqueando el avance del comunismo, perdían el apoyo de los conservadores. La mayoría de los movimientos fascistas se vieron así reducidos a la propaganda y los gestos simbólicos. En eso se quedaron la mayoría de ellos, inmovilizados en una posición marginal cuando no se abría ningún espacio.

En una inspección más detenida, el éxito electoral no era, por supuesto, la condición previa más importante para la llegada fascista al poder. La

paralización o el colapso de un Estado liberal existente era más crucial. Es necesario tener en cuenta que tanto en Alemania como en Italia el Estado constitucional había dejado de funcionar normalmente mucho antes de que los fascistas fuesen colocados en el poder. No fueron los partidos fascistas los que los derrocaron, aunque ayudasen a provocar la paralización. Habían dejado de funcionar porque no habían sido capaces de solucionar los problemas existentes, incluido, por supuesto, el problema de una oposición fascista agresiva. El colapso del Estado liberal es hasta cierto punto un tema diferenciado de la ascensión del fascismo. El fascismo explota la oportunidad, pero no es la única causa de ella.

En la etapa de la consecución del poder, cuando las élites deciden integrar al fascismo, las funciones del fascismo maduro se hicieron aún más claras: en términos inmediatos, su papel consistió en romper un bloqueo de la política nacional mediante una solución que excluía a los socialistas. A largo plazo, consistió en reclutar un apoyo de masas para la defensa social y nacional, para unificar, regenerar y rejuvenecer, «moralizar» y purificar a la nación, que se hallaba en opinión de muchos en una condición débil, decadente e impura.

La transformación que atisbamos en la etapa 2, en la que los partidos fascistas mutaban para ajustarse al espacio disponible, se desarrollaría y completaría ahora más en el paso del nivel local al ámbito nacional. Los fascistas y sus aliados negociaron un terreno en común, el *Herrschaftskompromiss* al que alude Wolfgang Schieder.[349] En esta etapa, como en la etapa del arraigo, las purgas y secesiones dejaron a un lado a los puristas del partido del periodo inicial que querían mantener una parte del viejo radicalismo social.

Es un ejercicio meritorio de la imaginación histórica recordar las otras opciones de que disponían los principales aliados y cómplices de los fascistas. Podemos hacer de ese modo lo que se considera que deben hacer los historiadores: reconstruir las opciones del momento histórico con todas sus incertidumbres. ¿Qué otra cosa podían hacer las élites políticas de Alemania e Italia? En Italia, una coalición de los *Popolari* socialcatólicos y los socialistas reformistas habría asegurado una mayoría parlamentaria.

Habría hecho falta mucha persuasión y mucha habilidad, ya que las relaciones Iglesia-Estado y la educación religiosa los separaban. Sabemos que no se intentó y que no se deseaba. En Alemania, un Gobierno parlamentario con los socialdemócratas y los partidos centristas era una posibilidad aritmética, pero solo con una jefatura presidencial fuerte una posibilidad real. Una alternativa factible en ambos países podría haber sido un Gobierno de técnicos y especialistas no partidistas para afrontar de un modo no partidista la crisis de la autoridad del Gobierno y de las instituciones. Tampoco esto se intentó nunca. Si se tenía que prescindir del Gobierno constitucional, sabemos hoy que preferiríamos un Gobierno militar autoritario a Hitler. Pero el Ejército no quiso hacer eso —a diferencia de lo que sucedió en España— y decidió apoyar la alternativa fascista. El Ejército italiano no se opuso al fascismo en Italia porque sus jefes temían más a la izquierda.

Esto ayuda a ver, en cada caso, que las élites políticas eligieron opciones que podrían no ser su primera preferencia. Siguieron, de elección en elección, un camino de opciones menguantes. Eligieron en cada bifurcación del camino la solución antisocialista.

Es más eficaz ver la toma fascista del poder como un proceso: se forman alianzas, se eligen opciones, se eliminan alternativas.[350] Los dirigentes, que poseían cierta libertad de maniobra, eligieron la opción fascista considerándola preferible a otras. Ni la llegada al poder de Hitler ni la de Mussolini fueron inevitables.[351] Nuestro modelo explicativo debe dejar también un margen para la suerte, buena o mala dependiendo del punto de vista. A Mussolini se le podría haber obligado a dar marcha atrás en octubre de 1922 o se le podría haber depuesto en junio de 1924 si el rey, los dirigentes políticos del orden establecido y el Ejército hubiese emprendido resueltamente acciones en ese sentido dentro del ámbito de su competencia legal. La suerte de Mussolini fue que el rey prefirió elegir en su favor. También Hitler tuvo algunas oportunidades afortunadas. Se benefició de la rivalidad por el cargo de Von Papen y Schleicher y de que los conservadores alemanes no quisieran aceptar como conciudadanos a los socialistas reformistas. Fue Von Papen quien tomó la decisión de hacer

canciller a Hitler, como el mejor medio de formar una mayoría que excluyese tanto a su rival Schleicher como a la izquierda moderada. Las crisis del sistema político y económico crearon un espacio asequible al fascismo, pero fueron las elecciones desdichadas de unos cuantos dirigentes poderosos del orden establecido las que situaron realmente a los fascistas dentro de ese espacio.

---

[290] Aunque algunos escritores fascistas aseguran que de 50.000 a 70.000 Camisas Negras convergían sobre Roma el 28 de octubre, y aunque el rey Víctor Manuel III mencionase más tarde una cifra de 100.000 para justificar su renuencia a bloquear la marcha, cálculos cuidadosos indican que solo unos 9.000 Camisas Negras estaban realmente en su puesto a las puertas de Roma la mañana del 28 de octubre. El general Emanuele Pugliese, al mando de la 16ª División de Infantería, estacionada en Roma, tenía a su disposición 90.000 soldados de infantería curtidos, 300 de caballería, más unos 11.000 policías. Tenía además la ventaja de disponer de fuerzas bien alimentadas y bien armadas y de líneas interiores de comunicación y de defensa. Antonino Répaei, *La Marcia su Roma*, nueva ed., Milán, Rizzoli, 1972, pp. 441, 461-464.

[291] Martin Broszat, en Kolloquien des Instituts für Zeitgeschíchte, *Der italienische Faschismus: Probleme und Forschungstendenzen*, Múnich, Oldenbourg, 1983, pp. 8-9. Hay una breve relación bien informada en inglés en Christopher Seton-Watson, *Italy from Liberalism to Fascism*, Londres, Methuen, 1967, pp. 617-629.

[292] Este desfile es el tema de muchas fotografías que pretenden mostrar la Marcha sobre Roma. Para los incidentes véase capítulo 4, p. 188.

[293] El año V de la era fascista comenzaba así el 28 de octubre de 1927. Emilio Gentile, *The Sacralization of Politics in Fascist Italy*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1996, pp. 90-98a.

[294] Mabel Berezin, *Making the Fascist Self: The Political Culture of Interwar Italy*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1997, pp. 80, 109, 111-112, 150; esta exposición se repitió en 1942 en el vigésimo aniversario (p. 197). Véase también también Roberta Sazzivalli, «The Myth of Squadrismo in the Fascist Regime», *Journal of Contemporary History* 35, 2, abril de 2000, pp. 131-150.

[295] La obra en la que se ha examinado con mayor lucidez la recuperación europea después de la Primera Guerra Mundial es Charles S. Maier, *Recasting Bourgeois Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975.

[296] Harold J. Gordon, Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton, Princeton University Press, 1972.

[297] Fue mientras cumplía condena durante el año siguiente en la prisión de Landsberg cuando Hitler escribió *Mein Kampf* («Mi lucha») y empezó a crear su propia imagen mítica.

[298] «Queremos tomar el poder legalmente. Pero lo que hagamos una vez que tengamos el poder, es asunto nuestro»: Goering en el Reichstag, 5 de febrero de 1931, citado en Ian Kershaw, *Hitler, 1883-1936*: *Hubris*, Nueva York, Norton, 1998, p. 704, n. 201. Hitler amenazó durante un juicio en Leipzig el 25 de septiembre de 1930 que una vez en el poder haría «rodar cabezas». Max

Domarus, *Hitler's Speeches and Proclamations, 1932-1945*, Londres, I. B. Tauris, 1990, p. 244.

[299] La media era de solo ocho meses y medio. Karl Dietrich Bracher, Gerhard Schulz y Wolfgang Sauer, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, Frankfurt del Meno/Berlín/Viena, Ullstein, 1962, vol. I, p. 32.

[300] Mientras que los nazis y los comunistas eran los partidos más jóvenes en 1932, el SPD era el que tenía la dirección más vieja. Richard N. Hunt, *German Social Democracy, 1918-1933*, Chicago, Quadrangle, 1970, pp. 71-72, 86, 89-91, 246.

[301] Erich Mathias y Rudolf Morsey (eds.), *Das Ende der Parteien*, Düsseldorf, Droste, 1960, aún sigue siendo sólido para las reacciones de los partidos políticos a la llegada de Hitler al poder. En inglés, Donna Harsch, *German Social Democracy and the Rise of Nazism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1993.

[302] Conan Fischer, *The German Communists and the Rise of Nazism*, Nueva York, St. Martin's Press, 1991. Véase p. 177 para la huelga del transporte.

[303] Kershaw, *Hitler: Hubris*, p. 368.

[304] Emilio Gentile, *Storia del partito fascista, 1919-1922: Movimento e milizia*, Bari, Laterza, 1989, p. 202.

[305] Jens Petersen calcula que se dio muerte a unos 10.000 y que hubo 100.000 heridos en todas las formas de conflicto civil en Italia a principios de la década de 1920. Kolloquien des Instituts für Zeitgeschichte, *Der italienische Faschismus*, p. 32. Adrian Lyttelton calcula que murieron en Italia de 500 a 600 personas a causa de la violencia fascista solo en 1921. Véase Lyttelton, «Fascism and Violence in Post-War Italy: Political Strategy and Social Conflict», en Wolfgang J. Mommsen y Gerhard Hirschfeld (eds.), *Social Protest, Violence and Terror in Nineteenth and Twentieth Century Europe*, Londres, Macmillan con Berg Publishers para el German Historical Institute, 1982, p. 262; véase también Jens Petersen, «Violence in Italian Fascism, 1919-1925», pp. 275-299, esp. pp. 286-294.

[306] La descripción más reciente y más convincente sobre las causas, en modo alguno inevitables, por las que Hitler fue hecho canciller es Henry A. Turner, Jr., *Hitler's Thirty Days to Power*, Boston, Addison-Wesley, 1996.

[307] Bullock, *Hitler*, pp. 253, 277.

[308] Bracher *et al.*, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, p. 93.

[309] Luigi Salvatorelli y Giovanni Mira, *Storia d'Italia nel periodo Fascista*, Turín, Einaudi, 1964, pp. 137-138. Las elecciones siguientes, del 6 de abril de 1924, con los fascistas en el poder, no se celebraron en condiciones normales, como ya veremos.

[310] Adrian Lyttelton, *The Seizure of Power: Fascism in Italy, 1919-1929*, 2ª ed., Princeton, Princeton University Press, 1987, aún es el análisis más iluminador. La frase aparece también en el título de la obra clásica de Bracher *et al.*, *Die nationalsozialistiche Machtergreifung.*

[311] Stanley Payne, *A History of Fascism, 1914-1945*, Madison, University of Wisconsin Press, 1995, considera que los regímenes autoritarios «sirvieron más como una barrera contra el fascismo que como una inducción a él» (p. 312). Véase también pp. 250, 326, 395-396, 492.

[312] Las obras relacionadas con este y otros movimientos que se analizan en este capítulo se enumeran, y con frecuencia se comentan, en el ensayo bibliográfico.

[313] Payne, *History*, p. 395.

[314] Entre una fina capa de adornos fascistas se incluyen el título de Antonescu de *conducator*, o caudillo.

[315] No mucho antes, una huelga general de los sindicatos alemanes había frustrado el golpe de Estado de Kapp en 1920.

[316] El ejemplo más célebre fue Cesari Mori, el estricto y ascético prefecto de Bolonia, que no toleró desórdenes ni de socialistas ni de fascistas. Mori, al que se dieron poderes extraordinarios sobre todo el agitado valle del Po en noviembre de 1921, intentó imponer el orden, pero su propia policía fraternizó con los fascistas y se le trasladó y luego se le destituyó. Mussolini le envió más tarde a Sicilia a reprimir a la Mafia. Christopher Duggan, *Fascism and the Mafia*, New Haven, Yale University Press, 1989, pp. 122-124 y *passim.*

[317] Juan J. Linz, «Crisis, Breakdown, and Reequilibration», en Juan J. Linz y Alfred Stepan (eds.), *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978, pp. 66, 70, 78.

[318] William A. Renzi, «Mussolini's Sources of Financial Support, 1914-1915», *History* 56, 187, junio de 1971, pp. 186-206.

[319] Kolloquien des Instituts für Zeitgeschichte, *Der italienische Faschismus*, p. 62. Cf. el término comparable «compromesso autoritario» para las opciones de Mussolini en el importante artículo del difunto Massimo Legnani, «Systema di potere *fascista*, blocco dominante, alleanze social», en Angelo del Boca *et al.*, *Il regime fascista*, pp. 418-426.

[320] Capítulo 2, p. 90.

[321] Hannah Arendt, *Origins of Totalitarianism*, segunda edición ampliada, Nueva York, Meridian Books, 1958, p. 375.

[322] Henry A. Turner, *Big Business and the Rise of Hitler*, Nueva York, Oxford University Press, 1985, pp. 95-99, 113-115, 133-142, 188, 245, 279-281, 287, muestra que la preocupación de la mayoría de los financieros y empresarios por el radicalismo económico nazi aumentó en 1932.

[323] Federico Chabod, *A History of Italian Fascism*, Nueva York, Howard Fertig, 1975, p. 43, pub. orig, 1950. «El miedo puede ser también retrospectivo».

[324] El KPD fue el único partido alemán cuyos votos aumentaron sin interrupción desde diciembre de 1924 (9%) a noviembre de 1932 (17%), época en que los votos del SPD habían caído desde un máximo de apróximadamente el 30% en 1928 a apróximadamente el 21%.

[325] Roberto Vivarelli, en Kolloquien des Instituts für Zeitgeschichte, *Der italienische Faschismus*, p. 49. Vivarelli ponderó estos dos procesos mucho más por extenso en *Il fallimento del Liberalismo*, Bolonia, Il Mulino, 1981. La revisión más reciente de la relación entre el fascismo y la Italia liberal es Paul Corner, «The Road to Fascism: An Italian *Sonderweg*?», *Contemporary European History* 2, 2, 2002, pp. 273-295.

[326] El gabinete de Hitler del 30 de enero de 1933 solo incluía a otros dos nazis: el ministro de Economía, Walter Funk, y el ministro del Interior, Hermann Göring (un cargo vital, ya que controlaba a la policía; Göring era también ministro-presidente del mayor estado de Alemania, Prusia). El gabinete de Mussolini del 30 de octubre de 1922 incluía solo otros tres fascistas, junto con siete ministros de otros partidos (un liberal, un nacionalista, tres demócratas y dos *Popolari* [demócrata-cristianos], dos militares y el filósofo Giovanni Gentile). Mussolini, que se hizo cargo personalmente de los ministerios vitales del Interior y de Asuntos Exteriores, tenía más poder dentro de su Gobierno al principio que Hitler. Véase Lyttelton, *Seizure*, pp. 96, 457.

[327] Fritz Tobias, *Der Reichstagsbrand: Legende und Wirklichkeit*, Rastatt-Baden, Grote, 1962, y Hans Mommsen, «The Reichstag Fire and Its Political Consequences», en Hajo Holbom (ed.), *Republic to Reich: The Making of the Nazi Revolution*, Nueva York, Pantheon, 1972, pp. 129-222,

y Henry A. Turner, Jr., *Nazism and the Third Reich*, Nueva York, Franklin Watts, 1972, pp. 109-150, pub. orig., 1964.

[328] Sebastian Haffner, *Defying Hitler: A Memoir,* trad. del alemán por Oliver Pretzel, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2002, hace una estremecedora descripción de estas escenas según el testimonio de un joven magistrado que más tarde emigró.

[329] Víctor Klemperer, profesor de Francés en Dresde, tomó notas regularmente de la degradación del lenguaje nazi y las reunió en un texto que tituló *LTI, Lingua tertii imperii*, «la lengua del Tercer Imperio», la grandilocuencia inflada pero vacía que tanto estimaban los propagandistas nazis y que no es ya algo específico del fascismo: Klemperer, *The Language of the Third Reich: LTI, Lingua tertii imperii: A Philologist's Notebook*, New Brunswick, NJ, Athlone, 2000. Klemperer es más conocido por su conmovedor diario, en el que explica cómo soportó su condición de judío casado con una mujer no judía en Alemania.

[330] La cifra oficial de muertos fue de 85, 50 de ellos, miembros de la SA, pero jamás será posible hacer un balance exacto. Kershaw, *Hitler: Hubris,* p. 517.

[331] Véase capítulo 6, p. 258.

[332] Adrian Lyttelton, «Fascism: The Second Wave», en Walter Laqueur y George L. Mosse (eds.), *International Fascism: 1920-1945*, Nueva York, Harper, 1966, pp. 75-100, reeditado de *Journal of Contemporary History* 1, 1, 1966.

[333] Pierre Milza, *Mussolini*, París, Fayard, 1999, p. 307.

[334] Ibíd., p. 331.

[335] Se incluyen entre ellos Salandra, Giolitti y el poderoso *Corriere della Sera* de Milán, pero el Vaticano y algunos industriales advirtieron de que, si se deponía a Mussolini, aumentaría el desorden. Seton-Watson, *Italy,* pp. 653-657.

[336] A este gesto infructuoso le llamaron la «Secesión del Aventino», aludiendo a los representantes de la *plebs* romana que se refugiaron en la colina del Aventino en 494 a. C. ante la opresión patricia. Divididos entre socialistas, *Popolari* y algunos liberales, apelaron a un retorno a la legalidad, pero no fueron capaces de ponerse de acuerdo para ninguna actuación.

[337] Véase capítulo 4, p. 170.

[338] Véase capítulo 7, p. 323-324.

[339] Una propuesta interesante para crear una categoría adicional, a medio camino entre conservadurismo y fascismo, de regímenes conservadores que aplastan los movimientos fascistas de base, pero toman prestados algunos de sus instrumentos, es Gregory J. Kasza, «Fascism from Above? Japan's *Kakushin* Right in Comparative Perspective», en Stein Ugelvik Larsen (ed.), *Fascism Outside Europe*, Boulder, CO, Social Science Monographs, 2001, pp. 183-232. Véase también antes, nota 22 (en la página 170).

[340] «Soy totalmente opuesto a cualquier tentativa de exportar el nacionalsocialismo», *Hitler's Table Talk*, trad. de Norman Cameran y R. H. Stevens, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1953, p. 490 (entrada correspondiente al 20 de mayo de 1942).

[341] Robert O. Paxton, *Vichy France: Old Guard and New Order, 1940-1944,* 2ª ed., Nueva York, Columbia University Press, 2001, pp. 267, 325.

[342] Fueron apróximadamente 2.500 belgas los que sirvieron en la Légion Wallonie de Degrelle en Rusia en 1943 y 1944; unos 1.100 de los 2.000 enviados al frente en noviembre de 1943 murieron, entre ellos, su comandante, Lucien Lippert. Martin Conway, *Collaboration in Belgium: Léon Degrelle and the Rexist Movement*, New Haven, Yale University Press, 1993, pp. 220, 244.

[343] El único dirigente fascista europeo que combatió en persona en el frente oriental fue Jacques Doriot, que acompañó a unos 6.000 franceses más en la semioficial Légion des Volontaires Contre le Bolchevisme. Philippe Burrin, *La dérive fasciste: Doriot, Déat, Bergery: 1933-1945*, París, Seuil, 1986, p. 431.

[344] Véase capítulo 4, p. 170.

[345] John R. Lampe, *Yugoslavia as History: Twice There Was a Country,* 2ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2000, p. 440.

[346] Burrin, *La Dérive fasciste*, pp. 451-454, llama a los franceses ultras colaboracionistas como Déat y Doriot fascistas «secundarios o derivados» porque carecían del afán de expansión a través de la guerra común a Mussolini y a Hitler.

[347] Véase capítulo 3, pp. 123-131.

[348] Peter Baldwin, *The Politics of Social Solidarity: Class Bases of the European Welfare State*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

[349] Véase capítulo 4, p. 176.

[350] Una penetrante relación de las acciones de los conservadores en Italia entre 1920 y 1922 en función de la disminución de alternativas es Paolo Farneti, «Social Conflict, Parliamentary Fragmentation, Institutional Shift, and the Rise of Fascism: Italy», en Juan J. Linz y Alfreel Stepan (eds.), *The Breakdown* of *Democratic Regimes: Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978, pp. 3-33.

[351] «Esas fueron las condiciones que hicieron posible la victoria fascista», escribe Adrian Lyttelton, «pero no la hicieron inevitable» (*Seizure,* p. 77). Véase también Turner, *Hitler's Thirty Days*.

05
El ejercicio del poder

La naturaleza del gobierno fascista: «Estado dual» y amorfia dinámica

Los propagandistas del fascismo querían que viésemos solo al dirigente en su pináculo, y tuvieron un notable éxito. La imagen de poder monolítico que transmitieron la reforzaron más tarde el temor de los aliados a la maquinaria militar nazi durante el periodo de guerra, así como las afirmaciones de posguerra de las élites conservadoras italianas y alemanas de que habían sido las víctimas de los fascistas en vez de sus cómplices. Persiste hoy en la idea que tiene la mayoría de la gente del régimen fascista.

Sin embargo, los observadores perspicaces pronto percibieron que las dictaduras fascistas no eran ni monolíticas ni estáticas. Ningún dictador gobierna solo. Quiere conseguir la cooperación, o la aquiescencia al menos, de los sectores decisivos del régimen —los militares, la policía, la judicatura, el funcionariado— y de poderosas fuerzas sociales y económicas. En el caso especial del fascismo, que necesitaba que las élites conservadoras le abrieran las puertas, el nuevo caudillo no podía dejarlas a un lado despreocupadamente. Un cierto grado, al menos, de poder compartido obligatorio con el orden establecido conservador preexistente hizo las dictaduras fascistas fundamentalmente distintas en sus orígenes, en su desarrollo y en la práctica de la de Stalin.

En consecuencia, no hemos conocido nunca un régimen fascista

ideológicamente puro. En realidad, eso difícilmente parece posible. Todas las generaciones de estudiosos del fascismo han afirmado que los regímenes se apoyaban en cierto género de pacto o alianza entre el partido fascista y fuerzas conservadoras poderosas. A principios de la década de 1940 el refugiado socialdemócrata Franz Neumann sostuvo en su clásico *Behemoth* que lo que gobernaba la Alemania nazi era un «cártel» de partido, industria, Ejército y burocracia, que se mantenía unido exclusivamente por «el beneficio, el poder, el prestigio y sobre todo el miedo».[352] A finales de la década de 1960, el liberal moderado Karl Dietrich Bracher consideró que «el nacionalsocialismo llegó a existir y alcanzó el poder bajo condiciones que permitieron una alianza entre fuerzas autoritario-conservadoras y tecnicistas, nacionalistas y revolucionario-dictatoriales».[353] Martin Broszat denominó a los conservadores y nacionalistas del gabinete de Hitler sus «socios de coalición».[354] A finales de la década de 1970, Hans Mommsen describió el «sistema de gobierno» nacionalsocialista como una «alianza» entre «élites fascistas en ascenso y miembros de los grupos rectores tradicionales» «engranados [...] pese a las diferencias» en un proyecto común para dejar a un lado el Gobierno parlamentario, restablecer un Gobierno fuerte y aplastar al «marxismo».[355]

El carácter compuesto del Gobierno fascista en Italia fue más flagrante aún. El historiador Gaetano Salvemini recordaba a su regreso del exilio la «dictadura dualista» del Duce y el rey.[356] Alberto Aquarone, el destacado estudioso del Estado fascista, resaltó las «fuerzas centrífugas» y las «tensiones» a las que se enfrentó Mussolini en un régimen que, «quince años después de la Marcha sobre Roma», aún tenía «muchos rasgos derivados directamente del Estado liberal».[357] Los destacados investigadores alemanes del fascismo italiano Wolfgang Schieder y Jens Petersen hablan de «fuerzas opuestas» y «contrapesos»[358] y Massimo Legnani, de las «condiciones de cohabitación/cooperación» entre los elementos integrantes del régimen.[359] Hasta Emilio Gentile, el más deseoso de demostrar el poder y el éxito del impulso totalitario en la Italia fascista, admite que el régimen era una realidad «compuesta» en la que la «ambición de poder personal» de Mussolini luchaba en «constante tensión»

tanto con las «fuerzas tradicionales» como con los «intransigentes del Partido Fascista», divididos entre ellos por una «sorda lucha» —*sorda lotta* — de facciones.[360]

La estructura compuesta significa también que los regímenes fascistas no han sido estáticos. Es un error suponer que una vez que el caudillo llegaba al poder se acababa la historia y la sustituía la pompa.[361] La historia de los regímenes fascistas que hemos conocido ha estado llena, por el contrario, de conflicto y tensión. Los conflictos que ya hemos comentado en la etapa de arraigo se agudizan cuando llega el momento de distribuir el botín del cargo y de elegir entre vías de actuación. La tensión aumenta cuando las diferencias políticas se traducen en ganancias y pérdidas tangibles. Los conservadores tienden a retroceder hacia un autoritarismo tradicional más cauto, respetuoso de la propiedad y de la jerarquía social; los fascistas avanzan hacia la dictadura dinámica, niveladora y populista, dispuestos a subordinar todo interés privado a los imperativos del engrandecimiento nacional y la purificación. Las élites tradicionales procuran conservar posiciones estratégicas; los partidos quieren ocuparlas con hombres nuevos o eludir las bases del poder conservador con «estructuras paralelas»; los dirigentes soportan presiones de las élites y de los fanáticos del partido.

Esas luchas se sucedieron en Italia y en Alemania, con resultados variables. Mientras el régimen fascista italiano decayó hacia el Gobierno conservador autoritario, la Alemania nazi se radicalizó hacia la licencia sin freno del partido. Pero los regímenes fascistas no han sido nunca estáticos. Debemos ver el Gobierno fascista como una lucha interminable por el predominio dentro de una coalición, exacerbada por el colapso de las limitaciones constitucionales y de la soberanía de la ley y por un clima imperante de darwinismo social.

Algunos comentaristas han reducido esta lucha a un conflicto entre el partido y el Estado. Una de las primeras interpretaciones, y de las más sugerentes, del conflicto partido-Estado fue el retrato que hizo el investigador refugiado Ernst Fraenkel de la Alemania nazi como un «Estado dual». En el régimen de Hitler, escribió Fraenkel, un «Estado normativo», compuesto por las autoridades legalmente constituidas y el

funcionariado tradicional, luchaba por el poder con un «Estado prerrogativo» formado por las organizaciones paralelas del partido.[362] La idea de Fraenkel fue fructífera y haré uso de ella.

De acuerdo con el modelo de Fraenkel del Gobierno nazi, el segmento «normativo» de un régimen fascista continuó aplicando la ley de acuerdo con el procedimiento debido, y se reclutaron y promocionaron funcionarios en ese sector de acuerdo con normas burocráticas de competencia y antigüedad. En el «sector prerrogativo», por el contrario, no se aplicó más regla que el capricho del gobernante, la recompensa a los militantes del partido y el supuesto «destino» del *Volk*, la *razza* u otro «pueblo elegido». El Estado normativo y el Estado prerrogativo coexistieron en una cooperación plagada de conflicto pero más o menos eficiente, dando al régimen su extraña mezcla de legalismo[363] y violencia arbitraria.

Hitler nunca abolió oficialmente la Constitución elaborada en 1919 por la República de Weimar, y nunca desmanteló del todo el Estado normativo en Alemania, aunque se negó por su parte a dejarse limitar por él, oponiéndose, por ejemplo, a una ley de eutanasia por miedo a tener las manos atadas por las normas y por la burocracia.[364] Después del incendio del Reichstag, como ya vimos en el capítulo anterior, se otorgó a Hitler autoridad para prescindir de cualquier ley existente o cualquier derecho basándose en que era necesario para hacer frente a una supuesta emergencia nacional de «terror» marxista. Después de la primavera de 1933, la represión judicial y policial ilimitada pasó a ser permisible en Alemania si parecía exigirlo la seguridad nacional, a pesar de que siguiese existiendo un Estado normativo.

Con el tiempo, el Estado prerrogativo nazi fue invadiendo el Estado normativo y contaminó su funcionamiento,[365] de manera que incluso dentro de él la idea de un estado de emergencia nacional permitió al régimen prescindir de los derechos individuales y el procedimiento debido. [366] Después de iniciada la guerra, el Estado prerrogativo nazi consiguió algo próximo al dominio total. Las instituciones normativas se atrofiaron en el interior del país y casi no funcionaron en absoluto en los territorios ocupados de la antigua Polonia y de la Unión Soviética, como veremos más

por extenso en el próximo capítulo.

También la Italia fascista se puede interpretar fructíferamente como un Estado dual, como ya saben. Sin embargo, Mussolini otorgó mucho más poder al Estado normativo del que le otorgó Hitler.[367] La propaganda fascista situó al Estado, no al partido, en el centro de su mensaje. No estamos del todo seguros de por qué subordinó Mussolini su partido al Estado, pero hay varias explicaciones posibles. Tenía menos margen de maniobra que Hitler y menos impulso, y tuvo también menos suerte. El presidente Hindenburg murió en agosto de 1934, dejando a Hitler solo al timón. Mussolini estuvo cargando con el rey Víctor Manuel III hasta el final y fue el rey el que acabó deponiéndole en julio de 1943. Es posible también que Mussolini temiese la rivalidad de sus incontrolables jefes del partido.

Aún así, el Estado fascista italiano contenía importantes elementos prerrogativos: su policía secreta —la OVRA—,[368] su prensa controlada, sus baronías económicas —el IRI,[369] por ejemplo— y sus feudos africanos, en los que jefes del partido como Italo Balbo podían pavonearse y disponer de la vida y la muerte de los pueblos indígenas. Y a finales de la década de 1930, la participación de Italia en la guerra reforzó en ella el Estado prerrogativo.[370]

La lucha por el dominio dentro de las dictaduras fascistas entraña algo más, sin embargo, que el partido y el Estado o los Estados prerrogativo y normativo. La imagen del Estado dual de Fraenkel es incompleta. Elementos ajenos al Estado participan también en la pugna por el poder dentro de los regímenes fascistas. Los regímenes fascistas alemán e italiano sustituyeron con organizaciones propias centros de poder tradicionalmente independientes como sindicatos, asociaciones juveniles y profesionales y de productores. Los nazis intentaron incluso imponer un obispo «cristiano alemán» y doctrina a las Iglesias protestantes.[371] Los regímenes fascistas no siempre consiguieron, sin embargo, devorar a la sociedad civil.

Carl Friedrich y Zbigniew Brzezinski, los autores que crearon el modelo «totalitario», acuñaron el término «islas de separación» para describir elementos de la sociedad civil que sobreviven dentro de una dictadura totalitaria.[372] Islas de separación como las parroquias católicas —por muy

poco inclinadas que pudieran sentirse a plantear una oposición decidida al régimen, algo más que poner objeciones a actuaciones específicas—[373] podían poseer una capacidad de resistencia y una flexibilidad de organización suficientes e inspirar una fidelidad emotiva que impidiesen que el partido se infiltrase en ellas.[374] No es necesario aceptar íntegramente el modelo totalitario para que resulte provechosa la metáfora de las islas de separación.

Hitler y el Partido Nazi fueron dominando gradualmente la mayoría de las islas de separación dentro de la sociedad y el Estado alemanes en un proceso denominado eufemísticamente por los propagandistas del partido *Gleichschaltung*: coordinación o igualación. Una simplificación excesiva frecuente hace que este proceso parezca inevitable y unidireccional. Pero no se podía quitar de en medio tan despreocupadamente a las asociaciones sociales y económicas bien arraigadas, ni siquiera en la Alemania nazi. La *Gleichschaltung* podía entrañar negociación bilateral además de fuerza. Hubo grupos y organizaciones que fueron capaces de subvertir desde dentro las intenciones nazis o «apropiárselas» para sus propios fines.[375] Otras defendieron calladamente pero con obstinación una autonomía parcial, aunque aceptasen algunos de los objetivos del régimen.

Los ciudadanos alemanes podían hacer uso hasta de la temida Gestapo para sus propios fines personales denunciando a un rival, un acreedor, un pariente o una esposa insatisfactoria.[376] Las hermandades de las universidades alemanas son un buen ejemplo de supervivencia. El nazismo atrajo tanto a los estudiantes que antes incluso de 1933 su organización nacional había sido tomada por militantes del partido. Podría haberse esperado, en consecuencia, que las hermandades desapareciesen en la *Gleichschaltung* sin un murmullo después de enero de 1933. Pero, a pesar de los esfuerzos del régimen nazi para transformar los «reaccionarios» clubes de duelo en *Kameradschaften* —centros sociales y de instrucción—, las hermandades pervivieron extraoficialmente, en parte porque las defendían funcionarios nazis poderosos entre las redes de «amiguismo» y las asociaciones de antiguos alumnos, y en parte porque los estudiantes fueron haciéndose progresivamente indiferentes a la propaganda del

partido.[377]

En el proceso mucho más lento de consolidación del régimen fascista de Italia, solo se «metió en vereda» plenamente a los sindicatos, los partidos políticos y los medios de comunicación. La Iglesia fue la isla de separación más importante de la Italia fascista, y aunque el régimen invadió brevemente en 1931 sus escuelas y movimientos juveniles, acabó perdiendo la batalla.[378] Las asociaciones estudiantiles de la Italia fascista, los Gruppi Universitaria Fascista —GUF—, se las «apropiaron» silenciosamente sus miembros para su propio disfrute extrafascista o incluso antifascista,[379] lo mismo que la organización para el tiempo de ocio, el Dopolavoro.[380]

Todas esas tensiones persistentes dentro de los regímenes fascistas enfrentaban entre sí a los cuatro elementos que forjaron con su conflictiva colaboración esas dictaduras: el caudillo fascista, su partido —cuyos militantes exigían puestos de trabajo, incentivos, aventuras expansionistas y el cumplimiento pleno de algunos puntos de su programa radical inicial—, el aparato del Estado —funcionarios como jefes militares y policiales, magistrados y gobernadores locales— y, finalmente, la sociedad civil —los que detentaban el poder social, económico, político y cultural, como las asociaciones profesionales, los que dirigían los grandes negocios y las grandes explotaciones agrícolas, las Iglesias y los dirigentes políticos conservadores—.[381] Esta tensión a cuatro bandas dio a estos regímenes su mezcla característica de activismo febril y amorfia.[382]

La tensión era permanente dentro de los regímenes fascistas porque ninguno de los grupos enfrentados podía prescindir del todo de los otros. Los conservadores no se decidían a librarse del caudillo fascista, por miedo a que pudiesen recuperar el poder la izquierda o los liberales.[383] Hitler y Mussolini, por su parte, necesitaban los recursos económicos y militares que controlaban los conservadores. Al mismo tiempo, los dictadores no podían permitirse debilitar demasiado a sus escandalosos partidos, porque corrían el riesgo de socavar su propia base de poder independiente. Ningún rival podía destruir del todo a los otros, por miedo a desbaratar el equilibrio de fuerzas que mantenía al grupo en el poder y a la izquierda a raya.[384]

Las organizaciones paralelas que los partidos fascistas desarrollaron

durante el periodo de arraigo no podían jugar los papeles complejos y ambiguos de ese periodo en las luchas prolongadas por la supremacía dentro del régimen fascista. Eran un valor para el caudillo fascista que quisiese desbordar por el flanco los bastiones conservadores en vez de atacarlos frontalmente. Pero ofrecían, al mismo tiempo, a los militantes radicales ambiciosos una base de poder autónomo para desafiar la preeminencia del caudillo.

En Italia el Partido Fascista duplicó al principio cada nivel de la autoridad pública con un organismo del partido: el jefe del partido local flanqueó al alcalde nombrado —*podestà*—, el secretario regional del partido —*federale* — al prefecto, la milicia fascista al Ejército, y así sucesivamente. Pero Mussolini, en cuanto se consolidó su poder, proclamó que la «revolución se acabó» y convirtió explícitamente al prefecto en «la autoridad máxima del Estado», a la que estaban subordinados los jefes del partido.[385] El Duce no tenía ninguna intención de permitir que los *ras* volviesen a zarandearle.

La organización paralela de mayor éxito del fascismo italiano no desafió al Estado, pero invadió el campo de la diversión del tiempo de ocio, un área que hasta entonces había dependido de la iniciativa individual, los grupos privados o las parroquias católicas. El Dopolavoro fascista no alcanzó en modo alguno en la práctica sus objetivos proclamados de edificar la nación y crear el «nuevo hombre» —y mujer— fascista. Se lo apropiaron básicamente desde dentro los italianos normales que lo único que querían era ver películas o practicar deporte. Fue, no obstante, la tentativa más ambiciosa del régimen fascista de penetrar en la sociedad italiana hasta llegar a los pueblos del interior y competir en ellos con el cacique local y el cura por la autoridad social.[386]

El Partido Nazi compitió con los organismos tradicionales con una gama similar de organizaciones paralelas. El partido tenía su propia fuerza paramilitar —la SA—, su tribunal del partido, su policía del partido y su movimiento juvenil. La rama de política exterior del partido, primero a cargo de Alfred Rosenberg, pero más tarde parte del equipo personal de Joachim von Ribbentrop —el Dienststelle Ribbentrop—, intervino activamente entre las poblaciones extranjeras de habla alemana de Austria y

de los Sudetes checos.[387] Después de que el Partido Nazi alcanzara el poder, las organizaciones paralelas amenazaron con usurpar las funciones del Ejército, el Ministerio de Exteriores y otros organismos. En un proceso independiente y siniestro, la policía política fue desvinculada de los ministerios del Interior de los Estados alemanes y centralizada, paso a paso, como la tristemente célebre Gestapo —Geheime Staatspolizei—, bajo el mando de un nazi fanático, Heinrich Himmler. La duplicación de los centros de poder tradicionales por organizaciones paralelas del partido fue una de las principales razones de la ya comentada «amorfia» y de las caóticas líneas de autoridad que caracterizaron al régimen fascista y lo diferenciaron de la dictadura militar y del régimen autoritario.

En una complicación más, los regímenes fascistas permitieron a los oportunistas inundar los partidos, que dejaron con ello de ser los clubes privados de los «viejos combatientes». El Partito Nazionale Fascista —PNF — abrió sus listas en 1933 en un esfuerzo por fascistizar a toda la población. A partir de eso se exigió la pertenencia al partido para trabajar como funcionario, incluso en el sector de la enseñanza. Mussolini albergaba la esperanza de que la pertenencia al partido fortaleciese el espíritu cívico italiano, tan despreocupado y que tanto le irritaba,[388] pero parece que sucedió lo contrario. Al convertirse la pertenencia al partido en una buena táctica de ascenso, los cínicos decían que las iniciales del PNF significaban «per necessità famigliari».[389] El número de miembros del Partido Nazi creció en 1,6 millones entre enero y mayo de 1933. Aunque las listas del partido se cerraron luego para preservar la identidad de este como una élite selecta, muchos funcionarios oportunistas obtuvieron dispensa para ingresar en él.[390]

En la disputa interminable por el predominio dentro de los regímenes fascistas, el caudillo fascista conseguía a veces imponer a sus aliados políticas no deseadas, como hizo Hitler en un grado significativo. En otros casos, los burócratas y las fuerzas conservadoras podían conservar un poder independiente considerable, como sucedió en la Italia fascista, el suficiente para persuadir al ateo Mussolini de que debía otorgar a la Iglesia católica el tratamiento más favorable que se le había otorgado desde la unificación

italiana y para obligarle a sacrificar a sus amigos sindicalistas a los deseos de autonomía y privilegios del empresariado[391] y, finalmente, para echarle del poder en julio de 1943 cuando la proximidad de los ejércitos aliados les convencieron de que el fascismo no estaba ya sirviendo a los objetivos nacionales.[392] Hasta Hitler, pese a lo fácilmente que pareció desdeñar muchas preferencias conservadoras, nunca se libró, hasta que la guerra se hizo total en 1942, de la necesidad de satisfacer a los propietarios de las fábricas de municiones, a los oficiales del Ejército, a los profesionales especialistas y a las autoridades religiosas... e incluso a la opinión pública.

Sin embargo, los dirigentes fascistas disfrutaron de una especie de supremacía que no era exactamente como la jefatura en otro tipo de regímenes. El Führer y el Duce no podían proclamar una legitimidad basada en las elecciones ni en la conquista. Se apoyaban en el *carisma*,[393] una misteriosa comunicación directa con el *Volk* o la *razza* que no necesitara ninguna mediación de sacerdotes ni jefes del partido. Su carisma se parecía al «estrellato» de la celebridad de la era mediática, elevado a un poder superior por una autoridad que le permitía decidir sobre la guerra y la muerte. Se basaba en la pretensión de poseer una condición mística y excepcional como encarnación de la voluntad del pueblo y depositario del destino del pueblo. Un tufillo de carisma no es algo desconocido entre los dictadores tradicionales, por supuesto, e incluso lo tuvieron algunos dirigentes democráticamente elegidos como Churchill, De Gaulle y los dos Roosevelt. Stalin tuvo, sin duda, carisma, como demostró la histeria pública que se produjo en su funeral. Pero Stalin compartió su papel como portador del destino histórico con el Partido Comunista, que hizo posible la sucesión, aunque las intrigas palaciegas y los asesinatos se multiplicasen antes de que pudiese surgir el sucesor. Pero el régimen fascista depende de una forma más desnuda del carisma que ningún otro tipo de régimen, lo que puede ayudar a explicar por qué ningún régimen fascista ha conseguido hasta ahora transmitir el poder a un sucesor.[394] Tanto Hitler como Mussolini tenían carisma, aunque la vitalidad menguante de Mussolini en su mediana edad y su escabroso final hiciesen olvidar a la mayoría de la gente el magnetismo que había ejercido en otros tiempos, incluso fuera de Italia.[395]

El carisma nos ayudará a entender varios rasgos curiosos de la jefatura fascista. La famosa indolencia de Hitler,[396] lejos de hacer más tibio el nazismo, dio libertad a sus subordinados para competir empujando al régimen hacia una radicalización cada vez más extremada. Un dirigente carismático es además inmune a las quejas, sorprendentemente generalizadas, contra la administración que surgieron enseguida, tanto en Alemania como en Italia.[397] Al mismo tiempo, la jefatura carismática es frágil y quebradiza. Promete al *Volk* o a la *razza*, como comentó una vez Adrian Lyttelton, «una relación privilegiada con la historia».[398] Después de elevar hasta ese punto las expectativas, un caudillo fascista incapaz de entregar los triunfos prometidos se arriesga a perder su magia más deprisa aún que un presidente o un primer ministro elegidos, de los que se espera menos. Mussolini descubrió esta regla para su desdicha en julio de 1943.

Por tanto, estudiar el ejercicio fascista del poder no es simplemente una cuestión de exponer la voluntad del dictador —como pretendían los propagandistas y como parecen creer los «intencionalistas» irreflexivos—. Significa examinar las tensiones interminables que se producen dentro de los regímenes fascistas entre el caudillo, su partido, el Estado y las élites tradicionales del poder social, económico, político o cultural. Esta realidad ha producido una influyente interpretación del sistema fascista de gobierno como una «poliocracia», o gobierno a través de centros de poder múltiples relativamente autónomos, entregados a una tensión y una rivalidad mutuas constantes.[399] En la poliocracia el famoso «principio de jefatura» desciende en cascada a través de la pirámide política y social, creando una hueste de pequeños *Führers* y *Duces* en un estado de guerra hobbesiana de todos contra todos.Este esfuerzo por comprender el carácter complejo de la dictadura fascista y sus interacciones con la sociedad, muy digno en sí, entraña dos peligros. Hace difícil explicar la energía demoniaca desencadenada por el fascismo: ¿por qué la «poliocracia» no ató simplemente las manos a todos estableciendo una situación de tablas? Además, en sus versiones extremas, puede hacernos perder de vista la supremacía del caudillo. En un disputado debate de la década de 1980, los «intencionalistas» defendieron el carácter básico de la voluntad del

dictador, mientras que los «estructuralistas» o «funcionalistas» afirmaban que la voluntad del dictador no podía aplicarse sin múltiples vínculos con el Estado y con la sociedad. Resultaba fácil caricaturizar ambos puntos de vista, y se llevaron a veces al extremo. El intencionalismo funcionó mejor para la política exterior y militar, en las que Hitler y Mussolini desempeñaron ambos papeles prácticos. El tema con mayor carga emotiva dentro del debate entre intencionalistas y estructuralistas fue el Holocausto, en el que la desmesura del resultado parecía exigir la presencia de una voluntad criminal de una desmesura correspondiente. Examinaré este asunto con más detalle en el próximo capítulo.

Un problema importante para los intencionalistas era el estilo personal de gobernar de Hitler. Mientras Mussolini trabajaba largas horas en su escritorio, Hitler seguía entregándose al diletantismo bohemio y perezoso de sus tiempos de estudiante de arte. Cuando sus ayudantes intentaban que resolviese asuntos urgentes, Hitler era a menudo inaccesible. Pasaba mucho tiempo en su retiro bávaro; solía descuidar asuntos apremiantes incluso cuando estaba en Berlín. Sometía a sus invitados a monólogos de medianoche, se levantaba a mediodía y dedicaba las tardes a pasiones personales como los proyectos de su joven protegido Albert Speer para la reconstrucción de su ciudad natal de Linz y del centro de Berlín con un estilo monumental propio del Reich de los Mil Años. A partir de febrero de 1938 dejó de reunirse el gabinete; algunos ministros no conseguían ver nunca al Führer. Hans Mommsen llegó al extremo de llamarle un «dictador débil». Mommsen no quiso negar con esto el carácter ilimitado del poder vagamente definido y azarosamente ejercido de Hitler, pero indicó que el régimen nazi no estaba organizado sobre principios racionales de eficiencia burocrática y que su asombrosa explosión de energía asesina no se produjo por la diligencia de Hitler.[400] Consideraré más por extenso el misterio de la radicalización fascista en el capítulo 6.

Ni un enfoque intencionalista extremo de caudillo omnipotente gobernando solo ni uno estructuralista extremo de que son las iniciativas desde abajo el motor principal del dinamismo fascista resultan sostenibles. El trabajo más convincente de la década de 1990 introdujo explicaciones a

dos vías en las que se otorga el lugar debido a la rivalidad entre funcionarios de nivel medio para anticiparse a los deseos íntimos del caudillo y «trabajar en la dirección» de ellos, mientras que el caudillo desempeña su función indispensable definiendo objetivos y eliminando limitaciones y recompensando a colaboradores celosos entusiastas.[401]

La pugna entre fascistas y conservadores

Cuando Adolf Hitler se convirtió en canciller de Alemania el 30 de enero de 1933, sus aliados conservadores, encabezados por el vicecanciller Franz von Papen, junto con aquellos dirigentes conservadores y nacionalistas que apoyaban el *experimento Hitler* de Von Papen, esperaban manejar sin dificultad a aquel nuevo jefe del Gobierno inexperto. Estaban seguros de que sus títulos universitarios, su experiencia en los asuntos públicos y su refinamiento mundano les darían una fácil superioridad frente a los zafios nazis. Pensaban que el canciller Hitler hechizaría a las multitudes, mientras que el vicecanciller Von Papen dirigiría el Estado.

Los aliados conservadores de Hitler no eran los únicos que suponían que el nazismo era flor de un día. La Internacional Comunista estaba segura de que la oscilación alemana hacia la derecha bajo Hitler produciría una oscilación en sentido contrario, hacia la izquierda, en cuanto los trabajadores alemanes comprendiesen que la democracia era una ilusión y se apartasen de los socialdemócratas reformistas. «La calma actual después de la victoria del fascismo es solo temporal. Inevitablemente, a pesar del terrorismo fascista, crecerá la marea revolucionaria en Alemania [...]. La instauración de una dictadura fascista descarada, que está destruyendo todas las ilusiones democráticas entre las masas y está liberándolas de la influencia de los socialdemócratas, acelerará el progreso de Alemania hacia la revolución proletaria».[402]

En contra de las expectativas de la derecha y de la izquierda, Hitler impuso rápidamente su plena autoridad personal. En el primer periodo de gobierno nazi se produjo la *Gleichschaltung*, la tarea de meter en vereda no

solo a enemigos potenciales, sino también a los colegas conservadores. Las claves del éxito de Hitler fueron su audacia, su empuje y su agilidad táctica superiores, su hábil manipulación —como vimos en el capítulo anterior— de la idea de que el «terror» comunista inminente justificaba la suspensión del procedimiento debido y de la soberanía de la ley, y un ánimo resuelto de matar.

El dominio de Hitler sobre sus aliados conservadores había quedado claramente establecido a principios del verano de 1933. El 14 de julio, con la ley que instauraba un Estado unipartidista, «ya no era posible una lucha "legal" contra el dominio nacionalsocialista».[403] A partir de entonces los conservadores emprendieron una acción de retaguardia para defender la autonomía de los centros de poder que les quedaban frente a la invasión de las organizaciones paralelas del Partido Nazi. Esto significó defender el Ejército frente a la SA, los Gobiernos estatales —*Land*— frente a los jefes regionales del partido —*Gauleiter*—, el funcionariado de los cuerpos profesionales frente a los novatos del partido, las iglesias frente a los esfuerzos nazis para crear un «cristianismo alemán» y los intereses empresariales de las empresas frente a las SS.

Las principales esperanzas de los conservadores para mantener a raya a Hitler eran el presidente Hindenburg y el vicecanciller Von Papen.[404] Pero la avanzada edad de Hindenburg y su mala salud le debilitaban y Von Papen carecía de suficiente empuje personal y del personal administrativo independiente necesario para impedir la infiltración de los nazis en los organismos del Estado, sobre todo después de que fuera sustituido por Göring como ministro-presidente de Prusia, el mayor estado alemán, el 7 de abril de 1933. Cuando Von Papen atacó abiertamente la arbitrariedad nazi en un discurso que pronunció en la Universidad de Marburg el 17 de junio de 1934, el texto circuló rápidamente por el país. Hitler hizo detener al que le había escrito el discurso, Edgar Jung, prohibió su publicación y cerró las oficinas del vicecanciller. Jung y los otros íntimos de Von Papen figuraron entre los asesinados en la matanza de la Noche de los Cuchillos Largos, que se produjo dos semanas después, el 30 de junio de 1934. Los cautos y los ambiciosos procuraron esquivar las salpicaduras de la sangre y continuaron

con sus asuntos.[405] El propio Von Papen partió mansamente en julio a ocupar el puesto relativamente modesto de embajador en Austria. Los conservadores perdieron definitivamente la partida el 2 de agosto, cuando murió el presidente Hindenburg.

Los esfuerzos defensivos de los conservadores afloraron de nuevo a principios de 1938, cuando algunos de ellos discreparon del ritmo de la política exterior cada vez más agresiva de Hitler y del peligro que significaba. Este conflicto concluyó en febrero de 1938 con la destitución en circunstancias humillantes de los jefes del Estado Mayor General y del Estado Mayor del Ejército —generales Blomberg y Fritsch—, acusados sin motivo de conducta sexual impropia. El antiguo cabo se hizo cargo personalmente del alto mando del Ejército —Oberkommando der Wehrmacht, OKW— y exigió un juramento personal de fidelidad de sus generales, como había hecho antes que él el káiser. Una serie de oficiales de alta graduación quisieron oponerse a aquella pérdida de independencia del Ejército, pero no se atrevieron a actuar sin el apoyo de las máximas autoridades militares.[406] La subordinación del Ejército a Hitler fue aún más completa de lo que lo había sido al káiser.

Al mismo tiempo, se puso bajo control del partido el Ministerio de Asuntos Exteriores. El diplomático de carrera Konstantin von Neurath fue cesado como ministro de Asuntos Exteriores el 5 de febrero de 1938 y los diplomáticos alemanes tuvieron que soportar la humillación de ver cómo su orgullosa corporación pasaba a estar bajo el control del jefe de la organización paralela del partido, Joachim von Ribbentrop, un hombre cuya principal experiencia internacional antes de 1933 había sido vender champán alemán falsificado en Inglaterra. Con Ribbentrop tendieron a ocupar cargos diplomáticos en el extranjero antiguos miembros de la SA.[407]

Después de la derrota del nazismo en 1945, los conservadores alemanes han dado mucha importancia a su oposición a Hitler y a la hostilidad de este hacia ellos. Como hemos visto, nazis y conservadores tuvieron diferencias auténticas, que se resolvieron con derrotas muy reales de los conservadores. Pero en cada momento crucial en que había que decidir, en cada

intensificación de la represión antijudía, en cada nuevo recorte de las libertades ciudadanas y quebrantamiento de las normas legales, en cada nuevo movimiento agresivo en política exterior, en cada progresiva subordinación de la economía a las necesidades de la autarquía y del rearme precipitado, la mayoría de los conservadores alemanes —con algunas honorables excepciones— se tragaron sus dudas respecto a los nazis para defender sus primordiales intereses comunes.

Los conservadores consiguieron obstaculizar una política nazi: la eutanasia de las supuestas personas inútiles, una cuestión que analizaré pormenorizadamente en el próximo capítulo. En cuanto al resto, aunque las organizaciones e instituciones conservadoras procuraron salvaguardar sus intereses personales y de clase, raras veces se enfrentaron al régimen mismo. Algunos conservadores individuales, como los que se agrupaban en torno a Helmut von Moltke en su finca de Kreisau, se oponían moral e intelectualmente al régimen y se preguntaban qué forma debería tener el régimen de una nueva Alemania después de la guerra. Hacia el final, cuando se habían convencido ya de que Hitler estaba conduciendo al país a la aniquilación, algunos oficiales de alta graduación conservadores y algunos funcionarios de alto nivel fueron los que más cerca estuvieron de formar una resistencia efectiva contra el régimen nazi y anduvieron muy cerca de conseguir asesinar al propio Hitler el 20 de julio de 1944.

Como el régimen de Mussolini no consiguió alcanzar el dominio total que consiguió el de Hitler, suele considerarse que no llegó a ser del todo totalitario.[408] Pero los elementos que competían por el poder eran los mismos en la Italia fascista que en la Alemania nazi: el caudillo, el partido, la burocracia del Estado y la sociedad civil. Fue el resultado lo diferente, ya que el poder estaba distribuido entre ellos de un modo bastante distinto. Mussolini, que desconfiaba de los activistas de su partido, se esforzó por subordinarlos a un Estado todopoderoso. Al mismo tiempo, las circunstancias le obligaron a compartir la cúspide del poder con el rey y a aplacar a una Iglesia católica mucho más fuerte. Los activistas del partido replicaron con acusaciones de que el Duce estaba permitiendo que los compañeros de viaje conservadores —*fiancheggiattori*, literalmente

«flanqueadores»— desvirtuaran el movimiento.[409]

El resultado final en Italia fue lo que algunos han llamado «una versión más dura de la Italia liberal».[410] Este punto de vista subestima tanto las innovaciones del partido en la propaganda y en la organización del Estado, sobre todo en sus relaciones con la juventud y especialmente durante la guerra de Etiopía, la capacidad de Mussolini para la actuación arbitraria y el grado de tensión latente entre el Duce, el partido y las élites conservadoras en la versión italiana del Estado dual.

La pugna entre caudillo y partido

En la propaganda fascista, y en la imagen que tiene la mayoría de la gente de los regímenes fascistas, caudillo y partido están fundidos en una expresión única de la voluntad nacional. En realidad, hay también una tensión permanente entre ellos. El caudillo fascista desdeña inevitablemente algunas de las promesas iniciales de campaña en su búsqueda de las alianzas necesarias para llegar al poder, y decepciona así a algunos de sus seguidores más radicales.

Mussolini tuvo que enfrentarse a partidarios del *squadrismo* radical, como Farinacci, y también a los entusiastas del «sindicalismo integral», como Edmondo Rossoni. Hitler tuvo siempre un control mucho mayor de su partido que Mussolini, pero también se enfrentó a la disidencia en muchas ocasiones, hasta que la ahogó en sangre en junio de 1934. Los partidarios de un auténtico «socialismo alemán», una «tercera vía» intermedia entre el capitalismo y el marxismo, con los que ya nos hemos encontrado,[411] crearon, antes de que Hitler llegase al poder, situaciones embarazosas para él con los hombres de negocios a los que quería cortejar. Estaban también los impacientes ante la estrategia de Hitler del todo o nada, como Walter Stennes y Gregor Strasser. Como ya hemos visto, Hitler no vaciló en expulsar a estos dos últimos del partido.[412]

En el periodo inicial del Gobierno de Hitler, estalló el conflicto en torno a la «segunda revolución», una oleada más de cambio radical que entregaría

el botín de cargos y posiciones a los «viejos combatientes». En la primavera de 1933, los militantes del partido celebraron su llegada al poder prosiguiendo sus acciones callejeras contra la izquierda, contra la burguesía moderada y contra los judíos. El boicot de los negocios judíos organizado por la Liga Combatiente de la Clase Media Comercial en la primavera de 1973 fue solo uno de los ejemplos más notorios de «revolución desde abajo». Pero Hitler necesitaba calma y orden entonces en vez de desafíos al monopolio de la violencia por parte del Estado y los dirigentes del partido proclamaron «el final de la revolución» en el verano de 1933.

Las aspiraciones a una «revolución» continuada seguían presentes aún dentro de la SA, sin embargo, lo que inquietaba a la comunidad empresarial. El deseo de la SA de convertirse en la fuerza armada del nuevo régimen ponía además muy nervioso al alto mando del Ejército. Hitler resolvió estos problemas mucho más brutal y decisivamente que Mussolini en la Noche de los Cuchillos Largos. La lección no pasó desapercibida a otros posibles adversarios.

El problema de los regímenes fascistas —un problema al que nunca tenían que enfrentarse los dictadores tradicionales— era cómo mantener en marcha la energía del partido sin alterar el orden público ni asustar a los aliados conservadores. A la mayoría de los radicales del Partido Nazi les impidieron causar problemas al régimen el control personal de Hitler, los éxitos interiores y exteriores del régimen y, finalmente, la válvula de escape de la guerra y el asesinato de los judíos. La ocupación de Europa Occidental proporcionó oportunidades gratificantes para la expoliación.[413] Las cosas fueron mucho más allá en el frente oriental: allí el partido se entregó al descontrol con la política de ocupación, como veremos en el capítulo siguiente.

Mussolini dominó también el partido, pero enfrentándose a desafíos mucho más claros y duraderos. Los dirigentes del Partido Fascista, sobre todo los *ras* locales, cuyas hazañas durante el periodo del *squadrismo* les otorgaban cierto poder autónomo, expresaron a menudo su insatisfacción con Mussolini. Estas tensiones tenían dos orígenes: uno funcional, porque Mussolini tenía responsabilidades distintas como jefe del partido que los

ras locales y veía, por tanto, las cosas de una forma distinta; y otro personal, porque Mussolini se sentía más inclinado a «normalizar» las relaciones con los conservadores tradicionales de lo que lo estaban algunos de sus seguidores más exaltados. Movimiento y caudillo se enfrentaron, como vimos, en 1921 por la transformación del movimiento en un partido, y en agosto de 1921 los *ras* obligaron a Mussolini a renunciar a su proyecto de un pacto de pacificación con los socialistas.

Una vez en el poder, estas diferencias se agudizaron aún más. Los militantes del partido estaban irritados por los dos primeros años de gobierno moderado de coalición de 1922-1924. Ya vimos en el capítulo 4 cómo en diciembre de 1924 militantes del partido presionaron a Mussolini para que pusiese fin a sus seis meses de indecisión tras el asesinato de Matteotti y optase por una salida agresiva estableciendo un régimen unipartidista.[414]

Mussolini, que necesitaba un fuerte apoyo del partido cuando instauró su nueva dictadura, nombró secretario del Partido Fascista en febrero de 1925 al partidario más intransigente del *squadrismo* violento, Roberto Farinacci, *ras* de Cremona. El nombramiento de Farinacci pareció una señal para la renovación de la violencia contra los adversarios, para la invasión por parte del partido del funcionariado y para una política exterior, económica y social radical.[415] Farinacci fue depuesto, sin embargo al cabo de solo un año. Las erupciones renovadas de violencia, como los más de ocho muertos en Florencia de octubre de 1925 «delante de los turistas» eran inadmisibles, y se descubrió además que la tesis de Farinacci en sus estudios de Derecho era un plagio. Siguieron una serie de secretarios del partido más dóciles que, aunque aumentaron el tamaño y el alcance del partido, lo subordinaron incuestionablemente al Duce y a la burocracia del Estado. En el capítulo siguiente abordaré de nuevo la tensión continuada entre la tendencia favorable a la normalización de Mussolini y sus episodios periódicos de radicalización.

La pugna entre el partido y el Estado

Tanto Hitler como Mussolini tuvieron que conseguir que la maquinaria del Estado les obedeciese, mediante la persuasión o mediante la fuerza. Los militantes del partido querían echar a los burócratas de carrera y ocupar ellos todos los puestos. Los dirigentes casi nunca cedieron a esta exigencia. Ya hemos visto cómo Hitler sacrificó la SA al Ejército en junio de 1934. Asimismo, Mussolini impidió que la *Milizia* desbancase al sector profesional del Ejército italiano, salvo para el servicio en las colonias.

Los regímenes fascista y nazi no tuvieron ninguna dificultad grave, en general, para hacerse con el control de los servicios públicos. Protegieron en general el sector del funcionariado de la intrusión del partido y dejaron intacta su identidad profesional. Los funcionarios solían simpatizar mucho con la tendencia de los regímenes fascistas en favor de la autoridad y del orden y en contra del Parlamento y de la izquierda, y apreciaron la mayor libertad de que disfrutaban respecto a las limitaciones legales.[416] La eliminación de los judíos proporcionaba a veces posibilidades de ascenso profesional.

El organismo clave era, por supuesto, la policía. La policía alemana quedó enseguida libre del Estado normativo y pasó a quedar bajo el control del Partido Nazi a través de las SS. Himmler, apoyado por Hitler frente a rivales del Ministerio del Interior que controlaban tradicionalmente la policía, ascendió en abril de 1933 de comandante de la policía política de Baviera —donde creó el primer campo de concentración, en Dachau— a jefe de todo el sistema policial alemán en junio de 1936.[417]

Facilitó este proceso el descontento de muchos policías alemanes con la República de Weimar y su supuesta actitud de «mimar a los delincuentes»[418] y por los esfuerzos del régimen para aumentar el prestigio de la policía entre el público. En 1937 se amplió de un solo día a siete el «día del policía», que se celebraba una vez al año.[419] La SA se convirtió inicialmente en policía auxiliar en Prusia, pero se puso fin a esta práctica el 2 de agosto de 1933[420] y la policía no se enfrentó a más amenazas de absorción por parte de los militantes del partido. Sus agentes gozaron de una situación de privilegio, estaban por encima de la ley como árbitros finales de su propia forma de «justicia policial» ilimitada.

Mientras que la policía alemana estaba controlada más directamente por dirigentes del Partido Nazi que ningún otro organismo tradicional del Estado, la policía italiana siguió estando dirigida por un funcionario, y su comportamiento fue casi igual de profesional o partidista que con los Gobiernos anteriores. Esta es una de las diferencias más profundas entre los regímenes nazi y fascista. El jefe de la policía italiana durante la mayor parte del periodo fascista fue el funcionario profesional Arturo Bocchini. Había una policía política, la OVRA, pero el régimen ejecutó a un número relativamente pequeño de enemigos políticos.

Otro instrumento crucial del Gobierno fue la judicatura. Aunque había pocos jueces que fuesen miembros del Partido Nazi en 1933,[421] la magistratura alemana era ya abrumadoramente conservadora. Había establecido un sólido récord de penas más duras contra los comunistas que contra los nazis durante la década de 1920. A cambio de una invasión relativamente limitada de su esfera profesional por los Tribunales Especiales y el Tribunal del Pueblo del partido, los jueces integraron voluntariamente sus asociaciones en una organización nazi y aceptaron muy felices el poderoso papel que el nuevo régimen les asignó.[422] La judicatura italiana cambió poco, ya que la interferencia política había sido norma previamente con la monarquía liberal. Los jueces italianos sentían, en general, simpatía por el compromiso del régimen fascista con el orden público y la grandeza nacional.[423]

Los profesionales médicos —no estrictamente parte del Estado, pero esenciales para el funcionamiento normal del régimen— cooperaron con el régimen nazi con sorprendente rapidez. La decisión de los nazis de mejorar la pureza biológica de la «raza» —la cultura italiana era completamente distinta en este punto— contenía un componente de salud pública que gratificaba a muchos profesionales médicos. Durante mucho tiempo, los crueles experimentos realizados con prisioneros por el doctor Josef Mengele dieron una impresión deformada de la medicina nazi. La medicina nazi no fue mero sadismo, aunque causase mucho sufrimiento. Se embarcó en una amplia investigación de la salud pública básica. Los científicos alemanes fueron, por ejemplo, los primeros que relacionaron el fumar y el

amianto concluyentemente con el cáncer.[424] Mejorar la «raza» significaba también fomentar familias grandes, y los regímenes fascistas fueron particularmente activos en el desarrollo de la ciencia demográfica al servicio del pronatalismo. Veremos en el capítulo siguiente cómo en Alemania, bajo la presión de la guerra, la mejora de la raza se convirtió en la esterilización de los «incapaces» y la eliminación de «bocas inútiles» —los mental e incurablemente enfermos— y cómo se pasó de ahí al genocidio étnico. Los administradores nazis estaban orgullosos de la meticulosidad científica y burocrática con que abordaban estas cuestiones, tan diferente de los desordenados pogromos eslavos, y recompensaron a los médicos y a los profesionales de la salud pública otorgándoles amplia autoridad sobre ellas. Muchos participaron voluntariamente en la «matanza medicalizada».[425]

Un «número asombroso» de profesionales de la protección de la infancia, cansados de la pugna ideológica entre lo público y lo privado y entre los organismos religiosos y los laicos, que durante la República casi había paralizado este sector, que volvía ya a la autoridad y la disciplina de los padres tras la experimentación de Weimar, dieron la bienvenida al nazismo en 1933 como un nuevo comienzo.[426]

De todas las tensiones que se produjeron durante el régimen fascista, la que con mayor facilidad y más definitivamente se zanjó fue el conflicto partido-Estado. El Estado nazi, en particular, gobernó vigorosamente hasta el final, en un rechazo consciente y decidido de cualquier asomo de la quiebra de la autoridad pública que se había producido en 1918.

Acomodación, entusiasmo, terror

El modelo del Estado dual es incompleto en otra dimensión aún más crucial: no tiene en cuenta a la opinión pública. No basta con estudiar cómo ejerció su autoridad desde arriba un régimen fascista; hay que investigar también cómo interactuó con los ciudadanos. ¿Apoyó una mayoría de la población los regímenes fascistas consensualmente, incluso con entusiasmo, o fueron obligados a someterse por la fuerza y el terror? Ha prevalecido el

modelo del terror, en parte porque sirve como una coartada para los pueblos afectados. Pero la investigación reciente ha tendido a demostrar que el terror era selectivo y que el consenso fue elevado tanto en la Alemania nazi como en la Italia fascista.

Ninguno de los dos regímenes era concebible sin terror. La violencia nazi fue algo omnipresente y sumamente visible después de 1933. Los campos de concentración no estaban ocultos y se quería que se conociesen las ejecuciones de disidentes.[427] La publicidad de la violencia nazi no significa, sin embargo, que el apoyo al régimen fuese impuesto. Respecto a la violencia dirigida contra judíos, marxistas y marginados «asociales» —homosexuales, gitanos, pacifistas, los congénitamente locos o impedidos y los delincuentes habituales, grupos que muchos alemanes veían favorablemente que desaparecieran—, los ciudadanos se sentían a menudo más gratificados que amenazados por ella. Sobre el resto, pronto aprendieron a guardar silencio. Solo al final, cuando los aliados y los rusos se aproximaban, cuando las autoridades arremetían contra cualquiera que fuese acusado de derrotismo, dirigió el régimen nazi la violencia contra los alemanes ordinarios.[428]

La pauta fascista italiana de violencia fue la contraria de la nazi. Mussolini derramó más sangre para llegar al poder que Hitler,[429] pero su dictadura fue relativamente suave después de eso. La principal forma de castigo para los disidentes políticos era la residencia forzosa en remotas aldeas de montaña del sur.[430] Unos 10.000 adversarios serios del régimen fueron encarcelados en campos de concentración o en islas del litoral. El régimen condenó a muerte a solo nueve opositores entre 1926 y 1940.[431]Pero debemos evitar el supuesto común de que la dictadura de Mussolini fue más cómica que trágica. Su orden de asesinar en Francia en 1937 a los hermanos Rosselli, los elocuentes jefes del movimiento de resistencia democrática más importante, Giustizia e Libertà, junto con el tristemente célebre asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti en junio de 1924, marcaron indeleblemente con sangre su régimen. La justicia fascista, aunque varios órdenes de magnitud menos malévola que la justicia nazi, proclamó con no menor descaro la «subordinación de los intereses

individuales a los colectivos»,[432] y no debemos olvidar la crueldad impresionante de la conquista colonial italiana.[433]

Como en el caso del Tercer Reich, la violencia fascista estuvo dirigida selectivamente contra «enemigos de la nación»: socialistas o eslavos meridionales o pueblos africanos que se interpusieron en el camino de la hegemonía italiana en el Mediterráneo. Pudo por ello inspirar más aprobación que miedo.

La dicotomía popularidad-terror es, evidentemente, demasiado rígida. Ni siquiera el nazismo se basó solo en la fuerza bruta. Un descubrimiento notable de la investigación reciente es el del escaso aparato policial que necesitó para imponer su voluntad. La Gestapo estaba tan bien suministrada de denuncias de ciudadanos fanáticos —o envidiosos— que podía arreglárselas con una proporción de aproximadamente un policía por cada 10.000-15.000 ciudadanos,[434] muchísimo menos de lo que necesitaba la STASI en la República Democrática Alemana de posguerra.

Los aspectos más interesantes del asunto se sitúan entre los dos extremos de coerción y popularidad. Podría ser instructivo considerar cómo los regímenes fascistas manejaron a los trabajadores, que eran sin duda el sector más recalcitrante de la población. Es evidente que tanto el fascismo como el nazismo gozaron de cierto éxito en este campo. Según Tim Mason, la máxima autoridad sobre los obreros alemanes bajo el nazismo, el Tercer Reich «contuvo» a los trabajadores alemanes sirviéndose de cuatro medios: el terror, la división, ciertas concesiones e instrumentos de integración, como la famosa organización de tiempo de ocio Al Vigor por la Alegría —Kraft durch Freude—.[435]

No cabe duda de que el terror era algo que aguardaba a los trabajadores que ofrecían una resistencia directa. Fueron los cuadros del Partido Comunista Alemán y del socialista los que llenaron los primeros campos de concentración en 1933, antes que los judíos. Como socialistas y comunistas estaban ya divididos, no fue difícil para los nazis crear otra división entre los trabajadores que seguían resistiendo y los que decidieron intentar vivir una existencia normal. La eliminación de las organizaciones obreras autónomas permitió a los regímenes fascistas dirigirse a los trabajadores

individual y no colectivamente.[436] Los trabajadores, desmoralizados por la derrota de sus sindicatos y partidos, pronto estuvieron atomizados, privados de sus lugares habituales de sociabilidad y temerosos de confiar en alguien.

Ambos regímenes hicieron algunas concesiones a los trabajadores, el tercer instrumento de «contención» de Mason. No se limitaron a silenciarlos, como en las dictaduras tradicionales. Después de la toma del poder, los sindicatos oficiales disfrutaron de un monopolio de la representación obrera. El Frente del Trabajo Nazi tenía que preservar su credibilidad prestando realmente alguna atención a las condiciones de trabajo. El Tercer Reich, que no olvidaba la revolución de 1918, estaba dispuesto a hacer absolutamente cualquier cosa por evitar el paro o la escasez de alimentos. Cuando la economía alemana se reanimó con el rearme, hubo incluso algunas subidas de salarios. Más tarde, durante la guerra, la llegada de trabajadores esclavos, que ascendió a muchos obreros alemanes a la condición de amos, proporcionó satisfacciones adicionales.

Mussolini estaba particularmente orgulloso de cómo se comportaban los trabajadores bajo su constitución corporativista. La Carta del Trabajo —1927— prometió que trabajadores y patronos se sentarían juntos en una «corporación» por cada rama de la economía y olvidarían la lucha de clases al descubrir sus intereses comunes. Pareció algo muy impresionante cuando en 1939 una Cámara de Corporaciones sustituyó al Parlamento. Pero estos órganos corporativos estaban dirigidos en la práctica por los patronos, mientras que las secciones de los trabajadores estaban separadas y excluidas del lugar de trabajo.[437]

La cuarta forma de «contención» de Mason —instrumentos integradores — fue una especialidad de los regímenes fascistas. Los fascistas fueron los maestros del pasado en la manipulación de la dinámica de grupo: el grupo juvenil, la asociación de tiempo de ocio, las concentraciones del partido. La presión de los pares era particularmente poderosa en grupos pequeños. Allí la mayoría patriótica avergonzaba o intimidaba a los inconformistas haciéndoles mantener al menos la boca cerrada. Sebastian Haffner recordaba cómo su grupo de aspirantes a magistrados fue enviado en el verano de 1933 a un retiro en el que estos jóvenes de elevada cultura,

mayoritariamente no nazis, acabaron fundidos en un grupo mediante marchas, cantos, uniformes e instrucción. Resistirse parecía inútil, era seguro que no llevaría más que a la cárcel y a poner fin a la soñada carrera profesional. Finalmente comprobó, con asombro, que hasta él mismo alzaba el brazo, provisto de un brazalete con la cruz gamada, en el saludo nazi.[438]

Estas diversas técnicas de control social tuvieron éxito. Mussolini disfrutó de amplio apoyo desde 1929 al menos hasta su victoria en Etiopía en 1936.[439] El acuerdo con la Iglesia católica fue decisivo para este apoyo. Los Tratados de Letrán firmados por Mussolini y el papa Pío XI en febrero de 1929 pusieron fin a casi sesenta años de conflicto entre el Estado italiano y el Vaticano, con el reconocimiento mutuo y el pago por Italia de una indemnización sustanciosa por la expropiación de tierras papales en 1870. Italia reconoció al catolicismo romano como «la religión de la mayoría de los italianos». El en otros tiempos anticlerical Mussolini, que había escrito una novela juvenil titulada *La amante del cardenal* y que, con 21 años, en un debate con un pastor suizo, le había dado a Dios —si es que existía— cinco minutos para matarle,[440] se había plegado en 1925 a un tardío matrimonio eclesiástico con la que había sido durante mucho tiempo su compañera, Rachele Guidi, y a bautizar a los hijos de ambos. En las elecciones del 24 de marzo de 1929, el apoyo explícito de la Iglesia tuvo como resultado el 98% de votos favorables a la lista fascista de candidatos —no había ninguna más— al Parlamento.[441] El Fascismo pagó un alto precio a la larga por la ayuda que prestó la Iglesia para conseguir el consenso: cuando la liebre del dinamismo fascista se agotó, la tortuga de la vida parroquial católica y de la cultura católica pasaron poco a poco a convertirse en la base del Gobierno cristianodemócrata de Italia después de 1945.

El otro ingrediente de la popularidad de Mussolini en el periodo medio de su régimen fue su victoria sobre Etiopía en el verano de 1936, que resultaría ser el último de sus éxitos militares. La aprobación popular del régimen fascista italiano no empezó a disminuir hasta que la política exterior expansionista de Mussolini empezó a cosechar derrotas. El Duce necesitaba demostrar que mantenía una «relación especial con la historia» y eso le

exigía mantener una política exterior dinámica. Pero, a partir de la derrota de su fuerza blindada de «voluntarios» por los republicanos españoles y los voluntarios internacionales en Guadalajara, en las montañas del nordeste de Madrid, en marzo de 1937, la política exterior aportó más humillación que prestigio al régimen de Mussolini.[442]

El régimen nazi despertó también un entusiasmo popular considerable en Alemania a mediados de la década de 1930. El pleno empleo, unido a una larga serie de victorias incruentas en política exterior, elevó el apoyo nazi muy por encima del 44% inicial de las elecciones de marzo de 1933. Aunque los alemanes refunfuñaban mucho por las restricciones y escaseces, y aunque el inicio de la guerra en septiembre de 1939 se recibió sombríamente,[443] el culto a Hitler estaba exento de la crítica reservada a los burócratas y a los funcionarios del partido.

Los regímenes fascistas tuvieron un éxito especial con los jóvenes. La llegada fascista al poder lanzó una onda de choque que recorrió toda la sociedad llegando a todos los barrios y aldeas. Los jóvenes italianos y alemanes tuvieron que afrontar la destrucción de sus organizaciones sociales —si procedían de familias socialistas o comunistas— y la atracción de nuevas formas de sociabilidad. La tentación de adaptarse, de pertenecer y de adquirir rango en las nuevas organizaciones fascistas juveniles y de ocio —que analizaré más detenidamente después— era muy poderosa.[444] Unirse a sus escuadras uniformadas y en marcha, sobre todo cuando el fascismo aún era nuevo, era un medio de declarar la propia independencia frente a unos padres aburridos y unos hogares burgueses agobiantes.[445] A algunos alemanes e italianos jóvenes de logros por lo demás modestos les complacía mangonear a otros.[446] El fascismo era más plenamente que ningún otro movimiento político una declaración de rebelión juvenil, aunque fuese mucho más que eso.

Difícilmente se podría esperar que reaccionasen del mismo modo las mujeres y los hombres ante regímenes que consideraban una importante prioridad conseguir la vuelta de las mujeres a las esferas tradicionales de las labores domésticas y de la maternidad. Algunas mujeres conservadoras aprobaban esto. Hitler obtuvo una cuantía considerable de voto femenino —

aunque sea imposible cuantificarlo con precisión—, y los investigadores han debatido encarnizadamente sobre si debería considerarse a las mujeres cómplices o víctimas de su régimen.[447] Al final las mujeres eludieron los papeles que el Fascismo y el Nazismo proyectaban para ellas, menos por resistencia directa que simplemente por ser ellas mismas, ayudadas por la sociedad moderna de consumo. Los estilos de vida de la Era del Jazz demostraron ser más poderosos que la propaganda del partido. En la Italia fascista, Edda Mussolini y otras jóvenes modernas fumaban y afirmaban un estilo de vida independiente, como hacían las jóvenes en todas partes después de la Primera Guerra Mundial, mientras que participaban también en las instituciones del régimen.[448] La tasa de natalidad italiana no se elevó por orden del Duce. Hitler no pudo mantener su promesa de retirar a las mujeres de la fuerza de trabajo cuando llegó la hora de la movilización total a causa de la guerra.

A los intelectuales les resultó más tensa la relación con los regímenes fascistas que con los movimientos fascistas iniciales. Tenían buenas razones para sentirse incómodos bajo la autoridad de antiguos combatientes callejeros que despreciaban a «profesores que examinan las cosas desde detrás de sus gafas, idiotas que plantean objeciones absurdas a cada afirmación de la doctrina».[449] Mucho más aún porque estos regímenes consideraban las artes y las ciencias no como un campo de creatividad libre, sino como un recurso nacional sujeto a estricto control del Estado. Como se suponía que los dirigentes tenían poderes mentales sobrehumanos, los militantes fascistas preferían resolver las cuestiones intelectuales por una *reductio ad ducem*.[450] Los regímenes fascistas tenían también poder para recompensar a intelectuales dóciles y celebrados con cargos y honores. Donde el régimen estaba dispuesto a otorgar una cuantía notable de libertad de acción a los intelectuales, como en la Italia fascista, era posible una amplia gama de reacciones. Algunos críticos liberales y socialistas rechazaron totalmente el régimen, afrontando la detención[451] e incluso la muerte,[452] y no tardó en unirse a ellos la eminencia liberal intocable Benedetto Croce; en el otro extremo, un puñado de intelectuales auténticamente distinguidos, como el filósofo Giovanni Gentile,[453] el

historiador Gioacchino Volpi y el demógrafo/estadístico Corrado Gini[454] ofrecieron un apoyo entusiasta.

Mussolini nunca necesitó tomar medidas serias en relación con la vida cultural porque la mayoría de los intelectuales aceptaron cierto grado de acomodo con su régimen, aunque solo fuese parcial y esporádicamente. Respecto a los signatarios del *Manifiesto de los Intelectuales* de Croce de 1925, podemos encontrar a 90 de ellos escribiendo para la oficialísima *Enciclopedia Italiana* en 1931.[455] Cuando se exigió a los docentes universitarios un juramento de lealtad al régimen en el año académico de 1931-1932, no se negaron más que 11 de un total de 1.200.[456] Solo después de la legislación racial de 1938, en la que me extenderé más en el próximo capítulo, emigró un número significativo de intelectuales italianos.

Los intelectuales afrontaron una presión más intensa en la Alemania nazi. Los ideólogos nazis intentaron transformar el pensamiento, como en el caso de la física alemana, que debía suplantar a la «física judía» de Einstein,[457] y el «cristianismo alemán», que debía purgar la doctrina cristiana de sus influencias judías. Entre el número sustancial de intelectuales que emigraron había algunos no judíos —Thomas Mann fue solo el más celebrado—. El físico Max Planck consiguió mantenerse activo en Alemania, defender cierto ámbito de independencia propia y de algunos de sus colegas y no perder el respeto de la comunidad científica internacional.[458] Hubo otros intelectuales destacados más —entre ellos, el filósofo Martín Heidegger, el sociólogo Hans Freyer[459] y el jurista Carl Schmitt—[460] que hallaron suficiente terreno en común con el nazismo para aceptar nombramientos oficiales. Dentro del ámbito del compromiso, el acomodo y la reticencia silenciosa que adoptaron la mayoría de los intelectuales, algunas posiciones aún siguen hoy sin estar claras: ¿saboteó el físico y Premio Nobel Werner Heisenberg el programa de energía atómica alemán desde dentro, como aseguró, o falló el programa porque no dispuso de financiación suficiente, porque se modificaron las prioridades, por la ausencia de importantes colegas judíos como Lise Meitner y el error de sobrevaloración del propio Heisenberg de la cantidad de plutonio necesaria para operar una pila atómica?[461]

Aunque el entusiasmo del público no fuese nunca tan total como habían prometido los fascistas a sus aliados conservadores, la mayoría de los ciudadanos de los regímenes fascistas aceptaron las cosas tal como eran. Los casos más interesantes son los de la gente que nunca ingresó en el partido, y que incluso puso objeciones a ciertos aspectos del régimen, pero que se acomodó porque los éxitos de este se correspondieron con algunas de las cosas que ellos querían, mientras que el resto de las alternativas les parecían peores. El eminente director de orquesta alemán Wilhelm Furtwängler fue castigado después de la guerra por haber sido fotografiado junto a un Hitler radiante, pero en realidad sus relaciones con el régimen nazi fueron complicadas. Nunca ingreso en el partido. Intentó en dos tensas entrevistas personales convencer al Führer de que modificase su prohibición de la música y los músicos judíos. Fue destituido de algunos de sus cargos como director por insistir en interpretar la música atonal de Hindemith. Pero compartía las ideas nazis de que «la música surge de fuerzas profundas y secretas arraigadas en el pueblo de la nación»,[462] especialmente de la nación alemana. Consideraba inconcebible abandonar Alemania o abandonar sus actividades musicales. Fue sin duda un personaje privilegiado bajo el fascismo, porque a pesar de que Hitler conocía sus reservas, entendía también lo suficiente de música para darse cuenta de que era el mejor director de Alemania.[463]

Aceptando acomodos de este género, los regímenes fascistas consiguieron conservar la lealtad de nacionalistas y conservadores que no estaban de acuerdo con todo lo que estaba haciendo el partido.

La «revolución» fascista

La retórica radical de los movimientos fascistas iniciales indujo a muchos observadores, entonces y posteriormente, a suponer que, una vez en el poder, los regímenes fascistas efectuarían cambios generales y fundamentales en las bases mismas de la vida nacional. En la práctica, aunque es indiscutible que los regímenes fascistas realizaron algunos

cambios impresionantes, dejaron prácticamente intactas la distribución de la propiedad y la jerarquía económica y social —lo que difería radicalmente de lo que se solía entender desde 1789 por la palabra *revolución*—.

Hubo dos factores que limitaron el alcance de la «revolución» fascista. Por una parte, ni los programas fascistas iniciales ni la retórica fascista, ni siquiera en sus aspectos más radicales, habían condenado nunca la riqueza y el capitalismo de una forma tan directa como podría sugerir una lectura precipitada.[464] En cuanto a la jerarquía social, el principio de jefatura del fascismo la reforzaba en la práctica, aunque el que propugnase la sustitución de la agotada élite burguesa por los «hombres nuevos» fascistas pudiese poner en cierto peligro las posiciones heredadas. Pero el puñado de auténticos marginados fascistas se integraron la mayoría de ellos en las organizaciones paralelas.

Limitó además el alcance del cambio fascista la desaparición de muchos radicales durante el periodo de arraigo y de llegada al poder. Cuando los movimientos fascistas pasaron de la protesta y la agrupación de resentimientos dispares a la conquista del poder, con sus correspondientes alianzas y compromisos, cambiaron sus prioridades, junto con sus funciones. Dejaron de interesarse tanto por agrupar a los descontentos y pasaron a centrarse más en movilizar y unificar energías nacionales para el resurgir y el engrandecimiento de la nación. Esto les obligó a incumplir muchas de las promesas que habían hecho durante los primeros años de reclutamiento fascista a los social y económicamente descontentos. Los nazis, en particular, incumplieron las promesas que habían hecho a los pequeños campesinos y los artesanos, que habían sido el puntal de su base electoral, para favorecer la urbanización y la producción industrial.[465]

A pesar de que hablasen a menudo de «revolución», los fascistas no querían una revolución socioeconómica. Ellos querían una «revolución del alma» y una revolución en la posición de su pueblo dentro de la jerarquía del poder mundial. Se proponían unificar y vigorizar y potenciar a su nación decadente, reafirmar el prestigio de la *Romanità* o del *Volk* alemán o la hungaridad u otro destino de grupo. Consideraban que necesitaban para ello ejércitos, capacidad productiva, orden y propiedad. Obligar a los elementos

productivos tradicionales de su país a someterse, quizás; transformarlos, sin duda; pero abolirlos, no. Los fascistas necesitaban el músculo de esos bastiones del poder establecido para expresar la vitalidad y la unidad renovadas de su pueblo en el interior y en el escenario mundial. Los fascistas querían revolucionar sus instituciones nacionales en el sentido de que querían impregnarlas de energía, unidad y voluntad, pero nunca se plantearon abolir la propiedad y las jerarquías sociales.

Esa misión fascista de engrandecimiento y purificación nacional exigía los cambios más fundamentales en la naturaleza de la ciudadanía y en la relación de los ciudadanos con el Estado que se planteaban desde las revoluciones democráticas de los siglos xviii y xix. El primer paso de gigante fue subordinar el individuo a la comunidad. Mientras que el Estado liberal se apoyaba en un pacto de sus ciudadanos para proteger libertades y derechos individuales, el Estado fascista encarnaba el destino nacional, a cuyo servicio alcanzaban su plenitud máxima todos los miembros del grupo nacional. Hemos visto que ambos regímenes hallaron algunos intelectuales no fascistas distinguidos dispuestos a apoyar su posición.

En los Estados fascistas, los derechos individuales no tenían ninguna existencia autónoma. El Estado de Derecho —el *Rechsstaat,* el *état de droit* — se desvaneció, junto con los principios del procedimiento debido, por los que se garantizaba al ciudadano un tratamiento equitativo en los tribunales de justicia y en los organismos del Estado. Un sospechoso absuelto por un tribunal alemán podía ser detenido de nuevo por agentes del régimen en la puerta del juzgado y enviado a un campo de concentración sin más trámite legal.[466] Un régimen fascista podía encarcelar, expoliar e incluso matar a sus habitantes a voluntad y sin limitación. Ante esta transformación radical de la relación de los ciudadanos con el poder público, palidece todo lo demás.

Se sigue de ello, casi como en un proceso de degradación, que los regímenes fascistas no contenían mecanismos mediante los cuales pudiesen los ciudadanos elegir representantes o influir de algún otro modo en la forma de gobierno. Los Parlamentos perdieron poder, las elecciones se sustituyeron por plebiscitos de sí-no y ceremonias de afirmación, se

otorgaron poderes dictatoriales casi ilimitados a los caudillos.

Los fascistas afirmaban que la división y la decadencia de sus comunidades se debían a la política electoral y, sobre todo, a los preparativos de la izquierda para la guerra de clases y la dictadura del proletariado. Los fascistas no creían que las comunidades afligidas por este mal pudiesen unificarse por el libre juego de unos intereses humanos armoniosos por naturaleza, como habían creído los liberales. Había que unificarlos mediante la actuación del Estado, valiéndose de la persuasión y la organización si era posible, utilizando la fuerza en caso necesario. Era una tarea que exigía lo que el sociólogo francés Émile Durkheim llamó «solidaridad mecánica» en vez de la «solidaridad orgánica». Los regímenes fascistas contaban, por ello, con múltiples organismos para moldear a la ciudadanía y adaptarla a una comunidad integrada de duros y disciplinados combatientes. El Estado fascista se interesaba especialmente por la formación de la juventud, haciendo todo lo posible para disponer del monopolio de esta función —una cuestión que provocó muchos conflictos entre los regímenes fascistas y la Iglesia católica—.

Los regímenes fascistas emprendieron la tarea de fabricar el hombre nuevo y la mujer nueva —cada uno en su esfera—. Los sistemas educativos fascistas tenían como tarea primordial manufacturar hombres y mujeres «nuevos» que fuesen al mismo tiempo combatientes y súbditos dóciles. Los sistemas educativos de los Estados liberales, además de su misión de ayudar a los individuos a desarrollar su capacidad intelectual, también se dedicaban ya a formar a los ciudadanos. Los Estados fascistas podían valerse de las estructuras y el personal del sistema educativo existente, bastaba con hacer más hincapié en los deportes y en la formación física y militar. Algunas de las funciones tradicionales de las escuelas fueron absorbidas, sin duda, por organizaciones paralelas del partido, como los movimientos juveniles obligatorios. En los Estados fascistas todos los niños debían apuntarse automáticamente a organizaciones del partido que estructuraban sus vidas desde la infancia hasta la universidad. Cerca del 70% de los italianos de edades comprendidas entre los 6 y los 21 años de las ciudades norteñas de Turín, Génova y Milán pertenecían a organizaciones juveniles fascistas,

aunque la proporción era mucho menor en el sur subdesarrollado.[467] Hitler estaba aún más decidido a apartar a los jóvenes alemanes de sus socializadores tradicionales —padres, maestros, Iglesias— y sus diversiones espontáneas tradicionales. «Estos muchachos», explicó al Reichstag el 4 de diciembre de 1938, «ingresan en nuestra organización a la edad de 10 años y reciben por primera vez una bocanada de aire fresco; luego, cuatro años más tarde, pasan de la *Jungvolk* a las Juventudes Hitlerianas y allí les tenemos durante otros cuatro años. Y luego estamos menos dispuestos aún a volver a dejarlos en manos de los que crearon nuestras barreras de clase y de condición y los incorporamos inmediatamente al partido, al Frente del Trabajo, a la SA o a las SS..., y así sucesivamente».[468] Entre finales de 1932 y principios de 1939, las Juventudes Hitlerianas ampliaron su porcentaje en el grupo de edad de los 10 a los 18 años del 1% al 87%.[469] Cuando los ciudadanos de un Estado fascista salían al mundo, se encontraban con que el régimen controlaba también sus actividades de tiempo de ocio: el Dopolavoro en Italia y el Kraft durch Freude en Alemania.

De hecho, los regímenes fascistas intentaron rediseñar tan radicalmente las fronteras entre lo público y lo privado que casi desapareció la esfera privada. Según Robert Ley, jefe del Departamento de Trabajo Nazi, en el Estado nazi no había más individuo privado que el que estuviese dormido.[470] Para algunos observadores este esfuerzo por que la esfera pública devore del todo a la privada es en realidad la esencia misma del fascismo.[471] No hay duda de que se trata de un rasgo fundamental en el que los regímenes fascistas difieren profundísimamente del conservadurismo autoritario y, aun más, del liberalismo clásico.

En esta visión de unidad nacional obligatoria no había margen alguno para librepensadores ni para subcomunidades autónomas independientes. Iglesias, masonería, sindicatos o asociaciones basadas en la clase, partidos políticos, todos ellos eran sospechosos de sustraer algo de la voluntad nacional.[472] Había bases aquí para un conflicto interminable con los conservadores, además de con la izquierda.

Los regímenes fascistas, en el cumplimiento de su misión de unificar a la

comunidad dentro de una esfera pública omnipresente, disolvieron los sindicatos y los partidos socialistas. Esta amputación radical de lo que había sido la representación obrera normal, encuadrada como estaba en un proyecto de plenitud nacional y de economía dirigida, alejó a la opinión pública menos que la pura represión militar o policial al estilo de las dictaduras tradicionales. Y, de hecho, los fascistas tuvieron cierto éxito en la tarea de reconciliar a algunos trabajadores con un mundo sin sindicatos ni partidos socialistas, aquellos que sustituyeron voluntariamente la solidaridad proletaria frente a los patronos capitalistas por la identidad nacional frente a otros pueblos.

El tema de la degeneración cultural fue una cuestión tan importante para los fascistas que algunos autores lo han situado en el centro del debate. Los regímenes fascistas procuraron todos ellos controlar la cultura nacional desde arriba, purificarla de influencias extranjeras y conseguir que ayudase a transmitir el mensaje de unidad y de resurgir nacional. Descifrar los mensajes culturales de las ceremonias, las películas, las representaciones y las artes visuales fascistas se ha convertido hoy en el campo de investigación más activo sobre el fascismo.[473] La «lectura» de la escenografía fascista, aunque ingeniosa, no debería inducirnos a pensar que los regímenes fascistas consiguieron establecer una homogeneidad cultural monolítica. La vida cultural en los regímenes fascistas siguió siendo un complejo mosaico de actividades oficiales, actividades espontáneas que los regímenes toleraban e incluso algunas ilícitas. El 99% de las películas producidas durante el régimen nazi era entretenimiento liviano sin contenido propagandístico manifiesto —no es que el contenido fuese inocente, por supuesto—.[474] Unos cuantos artistas judíos protegidos aguantaron hasta fechas notablemente tardías en la Alemania nazi, y el director y actor abiertamente homosexual Gustav Gründgens se mantuvo activo hasta el final.[475]

En ningún campo difieren más las propuestas del fascismo inicial de lo que hicieron en la práctica los regímenes fascistas que en la política económica. Este fue el terreno en el que ambos caudillos fascistas hicieron más concesiones a sus aliados conservadores. De hecho, la mayoría de los

fascistas —sobre todo, una vez que tuvieron el poder— consideraban la política económica solo un medio de conseguir los fines fascistas más importantes de unificar, expandir y dinamizar la comunidad.[476] La política económica tendía a estar condicionada por la necesidad de preparar y desencadenar la guerra. La política estaba por encima de la economía.[477]

Se ha gastado mucha tinta debatiendo sobre si el fascismo representó una forma de capitalismo en situación de emergencia o un mecanismo ideado por los capitalistas mediante el cual el Estado fascista —su agente— disciplinó la fuerza de trabajo de un modo que no era capaz de hacer ninguna dictadura tradicional. Hoy está muy claro que el empresariado puso frecuentes objeciones a aspectos específicos de las políticas económicas fascistas, en ocasiones con éxito. Pero la política económica fascista respondía a prioridades políticas, y no a la racionalidad económica. Tanto Mussolini como Hitler tendían a pensar que la economía podría someterse a la voluntad del gobernante. Mussolini volvió al patrón oro y revaluó la lira a 90 por libra esterlina en diciembre de 1927 por razones de prestigio nacional, y pese a las objeciones de su propio ministro de Finanzas.[478]

El fascismo no fue la primera elección de la mayoría de los empresarios y hombres de negocios, pero la mayoría de ellos lo prefirieron a las posibles alternativas en las condiciones especiales de 1922 y 1933: el socialismo o un sistema de mercado disfuncional. Así que aceptaron mayoritariamente la formación de un régimen fascista y se acomodaron a sus exigencias, apartando a los judíos de la administración y la dirección y aceptando onerosos controles económicos. Con el tiempo, la mayoría de los hombres de negocios y empresarios italianos y alemanes se adaptaron bien a trabajar con los regímenes fascistas, al menos los que se beneficiaban de los frutos del rearme y la disciplina laboral y del considerable papel que se le otorgaba en la dirección económica. La famosa organización económica corporativista de Mussolini, en particular, estaba dirigida en la práctica por empresarios y hombres de negocios destacados.

Peter Hayes lo expone sucintamente: el régimen nazi y el empresariado tenían «intereses convergentes, pero no idénticos».[479] Las áreas de acuerdo incluían trabajadores disciplinados, contratos de armamento

lucrativos y estímulos a la creación de empleo. Las áreas importantes de conflicto incluían controles económicos del Gobierno, límites al comercio y el elevado coste de la autarquía, la autosuficiencia económica con la que los nazis tenían la esperanza de superar las escaseces que habían hecho perder a Alemania la Primera Guerra Mundial. La autarquía exigía costosos sustitutos —*Ersatz*— de productos que antes se importaban, como el petróleo y el caucho.

Los controles económicos perjudicaban a las empresas más pequeñas y a las que no participaban en el rearme. Las limitaciones al comercio crearon problemas a empresas que habían obtenido anteriormente importantes beneficios con las exportaciones. El gran conglomerado químico I. G. Farben es un excelente ejemplo: antes de 1933 había prosperado en el comercio internacional. Después de 1933, los directivos de la compañía se adaptaron a la autarquía del régimen y aprendieron a prosperar notoriamente participando en el rearme alemán.[480]

El mejor ejemplo del gasto de sustitución de importaciones fue la Hermann Göring Werke, creada para fabricar acero a partir de mineral de calidad inferior y de lignito de Silesia. Los fabricantes de acero se vieron obligados a ayudar a financiar esta operación, a la que pusieron fuertes objeciones.[481]

Los hombres de negocios tal vez no consiguiesen todo lo que querían de la economía controlada nazi, pero consiguieron mucho más que los radicales del Partido Nazi. En junio de 1933, Otto Wagener, un «viejo combatiente» que se había convertido en jefe de la sección de política económica del partido y que se tomaba lo suficientemente en serio su nacionalsocialismo para querer sustituir el «espíritu egoísta de beneficio de la persona individual por el esfuerzo común en interés de la comunidad», parecía probable que se convirtiese en ministro de Economía. Hermann Göring, el dirigente nazi más próximo al empresariado, marginó habilidosamente a Wagener comunicando a Hitler que había estado haciendo campaña dentro de la jefatura nazi para ese nombramiento. Hitler, que se enfurecía ante la más leve incursión en su autoridad para nombrar ministros, le expulsó del partido y nombró para el cargo al doctor Kurt

Schmitt, director de Allianz, la compañía de seguros de mayor tamaño de Alemania.

El radicalismo económico nazi no desapareció, sin embargo. Los ejecutivos de las empresas de seguros privadas nunca dejaron de combatir los intentos de radicales nazis para sustituirlas por mutualidades sin ánimo de lucro dentro de cada sector económico: el seguro *völkisch*. Los radicales hallaron algunos nichos para las aseguradoras públicas en empresas de las SS en los territorios ocupados y en el Frente del Trabajo, pero los aseguradores privados maniobraron con tanta habilidad dentro de un régimen que a algunos de ellos les disgustaba que acabaron haciéndose con el 85% del mercado, incluyendo pólizas sobre el *Berghof* de Hitler, el *Karinhall* de Göring y las fábricas de trabajo esclavo de Auschwitz y de otros lugares.[482] La mayoría de los radicales en el sector económico del movimiento nazi dimitieron —como Otto Strasser— o perdieron influencia —como Wagener— o fueron asesinados —como Gregor Strasser—. Los «sindicalistas integrales» italianos perdieron influencia —como Rossoni— o abandonaron el partido —como Alceste de Ambris—.

A corto plazo, al hundirse las economías liberales a principios de la década de 1930, las economías fascistas pudieron parecer más capaces que las de las democracias de realizar la dura tarea de reconciliar a las poblaciones con una disminución del consumo personal que permitiese una tasa superior de ahorro e inversión, sobre todo en el campo militar. Pero hoy sabemos que nunca consiguieron alcanzar los índices de crecimiento de la Europa de posguerra, ni de la de antes de 1914, ni incluso los que consiguieron, voluntaria y tardíamente, algunas de las democracias con la movilización total en el periodo bélico. Esto hace difícil aceptar la definición del fascismo como una «dictadura desarrollista» apropiada para naciones de desarrollo industrial tardío.[483] Los fascistas no querían desarrollar la economía, sino prepararse para la guerra, aunque necesitasen para ello acelerar la producción de armamento.

Los fascistas tenían que hacer algo respecto a la seguridad social. En Alemania, los experimentos de la República de Weimar en ese campo habían resultado demasiado caros después de la Depresión de 1929. Los

nazis los recortaron y pervirtieron mediante formas raciales de exclusión. Pero ningún régimen fascista intentó desmantelar la seguridad social pública —como podrían haber hecho los simples reaccionarios—.

El fascismo fue revolucionario en sus concepciones radicalmente nuevas de ciudadanía, de la forma en que los individuos participaban en la vida de la comunidad. Fue contrarrevolucionario, sin embargo, respecto a proyectos tradicionales de la izquierda como las libertades individuales, los derechos humanos, el procedimiento debido y la paz internacional.

En suma, el ejercicio fascista del poder se desarrolló a través de una coalición compuesta por los mismos elementos en la Italia de Mussolini que en la Alemania nazi. Fue el peso relativo de caudillo, partido e instituciones tradicionales lo que diferenció un caso del otro. En Italia el Estado tradicional acabó imponiéndose al partido, principalmente porque Mussolini temía a sus propios seguidores más militantes, a los *ras* locales y a sus escuadristas. En la Alemania nazi el partido pasó a dominar al Estado y a la sociedad civil, sobre todo después del inicio de la guerra.

Los regímenes fascistas funcionaron como un epoxi: una amalgama de dos agentes muy distintos, el dinamismo fascista y el orden conservador, coaligados por su hostilidad compartida hacia el liberalismo y la izquierda, y por una voluntad compartida de no detenerse ante nada para destruir a sus enemigos comunes.

---

[352] Franz Neumann, *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism, 1933-1944*, 2ª ed., Nueva York, Oxford University Press, 1944, pp. 291, 396-397.

[353] Karl Dietrich Bracher, *The German Dictatorship: The Origins, Structure, and Effects of National Socialism*, trad. del alemán de Jean Steinberg, Nueva York, Praeger, 1970, pub. orig., 1969, p. 492.

[354] Martin Broszat, *The Hitler State: The Foundation and Development of the Internal Structure of the Third Reich*, trad. del alemán por John W. Hiden, Londres, Longman, 1981, pub. orig., 1969, p. 57.

[355] Hans Mommsen, «Zur Verschränkung traditionellen und faschistischen Führungsgruppe in Deutschland beim Übergang van der Bewegungs zur SystempItase», en *Der Nationalsozialismus und die deutsche Gesellschaft*, ed. de Lutz Niethammer y Bernd Weisbrod para el 60º cumpleaños de Mommsen, Reinbeck bei Hamburg, Rowohlt, 1991, pp. 39-66 (citas de pp. 39, 40, 50).

[356] «Sulle origini del movimento fascista», *Occidente* 3, 1954, p. 306, reimpreso en *Opere di Gaetano Salvemini*, vol. VI, *Scritti sul fascismo*, vol. III, Turín, Giulio Einaudi, 1974, p. 439.

Salvemini hace hincapié aquí en las raíces múltiples y las etapas sucesivas del fascismo.

[357] Alberto Aquarone, *L'organizzazione dello Stato totalitario*, Turín, Einaudi, 1965, pp. 271, 302. Era, dice Curzio Malaparte, burlonamente, «un Gobierno liberal administrado por fascistas» (p. 247).

[358] Wolfgang Schieder, «Der Strukturwandel der faschistischen Partei Italiens in der Phase der Herrschaftsstabilisierung», en Schieder (ed.), *Faschismus als soziale Bewegung: Deutschland und ltalien im Vergleich*, 2ª ed., Gottingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1983, esp. pp. 71, 90. Estos temas los abordan de nuevo Jens Petersen y Wolfgang Schieder en Kolloquien des Instituts für Zeitgeschichte, *Der italienische Fascismus: Probleme und Forschungstendenzen*, Múnich, Oldenbourg, 1983.

[359] Massimo Legnani, «Sistema di potere fascista. blocco dominante. alleanze sociali: Contributo a una discussione», en Angelo del Boca, Massimo Legnani y Mario C. Rossi (eds.), *Il regime fascista: Storia e storiografia*, Bari, Laterza, 1995, pp. 414-445 (cita, p. 415).

[360] Emilio Gentile, *La via italiana al totalitarismo: Il partito e lo stato nel regime fascista*, Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1995, pp. 83, 136, 180.

[361] Una conclusión instigada por algunos estudios culturales que examinan al campesinado sin considerar su influencia. Véase un análisis más completo en el capítulo 8, pp. 361-362.

[362] Ernst Fraenkel, *The Dual State*, Nueva York, Oxford, 1941.

[363] La coexistencia dentro del régimen nazi de una puntillosidad legalista con la ilegalidad escandalosa nunca deja de asombrar. Todavía en diciembre de 1938 algunas víctimas judías de la violencia individual y no autorizada nazi pudieron conseguir que la policía alemana detuviera a sus agresores y que los tribunales alemanes les castigaran en el preciso momento en que estaba aumentando la violencia autorizada contra los judíos. Como recordaba años más tarde un superviviente, «en el Tercer Reich los crímenes no oficiales estaban prohibidos». Eric A. Johnson, *Nazi Terror: The Gestapo, Jews, and Ordinary Germans*, Nueva York, Basic Books, 1999, pp. 124-125.

[364] Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945*: *Nemesis*, Nueva York, Norton, 2000, p. 253.

[365] La persistencia en la Alemania nazi de un «Estado normativo» no debería considerarse nunca que exonerase a todos sus funcionarios, que, en la práctica (y especialmente despues de iniciarse la guerra), podían actuar tan cruel y arbitrariamente como los órganos «paralelos». Véase, por ejemplo, Nikolaus Wachsmann, «"Annihilation through Labour": The Killing of State Prisoners in the Third Reich», *Journal of Modern History* 71, septiembre de 1999, pp. 627-628, 659. Se aportan también muchos ejemplos en Robert Cellately, *Backing Hitler*, Nueva York, Oxford University Press, 2001. La vieja diferenciación autoexculpatoria entre el Ejército profesional «correcto» y la criminal SS ha sido también rebatida por Omer Bartov en las obras citadas en el capítulo 6, nota 79 (en la página 288).

[366] Sobre la utilidad de la emergencia nacional para los dictadores, véase Hans Mommsen, «Ausnahmezustand als Herrschaftstechnik des NS-Regimes», en Manfred Flinke (ed.), *Hitler, Deutschland und die Machte*, Düsseldorf, Droste, 1976.

[367] Emilio Gentile, «The Problem of the Party in Italian Fascism», *Journal of Contemporary History* 19, 2, abril de 1984, pp. 251-274.

[368] Sigue sin estar claro lo que significan las iniciales, si es que significan algo. Para trabajos sobre la OVRA y los organismos represores fascistas, véase el ensayo bibliográfico, p. 391.

[369] El Istituto per la Ricostruzione Industriale, la sociedad de cartera del Estado creada para salvar

industrias y bancos con problemas en enero de 1933. Véase Marco Maraffi, *Politica ed economica in Italia: Le vicende dell'impresa pubblica dagli anni Trenta agli anni Cinquanta*, Bolonia, Il Mulino, 1990.

[370] Gentile, *La via italiana*, p. 185: la «aceleración del proceso totalitario». Gentile no utiliza, sin embargo, el modelo del «Estado dual».

[371] Doris L. Bergen, *Twisted Cross: The German Christian Movement in the Third Reich*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1996; para tres «teólogos [luteranos] inteligentes, bien intencionados y respetables» cuyo nacionalismo les reconcilió con el régimen, véase Robert P. Ericksen, *Theologians Under Hitler*, New Haven, Yale University Press, 1985 (cita, en p. 198).

[372] Carl J. Friedrich y Zbigniew K. Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, 2ª ed., Nueva York, Praeger, 1965, cap. 6.

[373] Para un vívido ejemplo local de cómo los católicos alemanes rechazaron algunas prácticas nazis concretas que invadían el «terreno» parroquial sin desafiar al régimen mismo, véase Jeremy Noakes, «The Oldenburg Crucifix Conflict», en Peter D. Stachura, *The Shaping of the Nazi State*, Londres, Croom Helm, 1978, pp. 210-233.

[374] Martin Broszat tomó prestado el término médico alemán *Resistenz* para indicar un tipo de impermeabilidad negativa a la influencia nazi (como en el caso de las Iglesias, por ejemplo, que no debe confundirse con el tipo de oposición más activa *Widerstand*, u oposición positiva. Para esta diferenciación, véase Ian Kershaw, *The Nazi Dictatorship: Problems and Perspectives of lnterpretation*, Londres, Edward Arnold, 1989, p. 151.

[375] Alf Lüdtke, en *Herrschaft als sozialer Praxis*, Veroffentlichen des Max-Planck-Instituts für Geschichte #91, Gottingen, Vandenhoeck y Ruprecht, 1991, pp. 12-14, toma «apropiación» de Max Weber, Marx, E. P. Thompson y Pierre Bourdieu. Yo la tomo de mi experiencia personal, pues cuando tenía 13 años ayudé a mis camaradas a convertir un programa de acampada de fin de semana de unos bien intencionados *boy scouts* en algo más parecido a *El señor de las moscas*.

[376] En el ensayo bibliográfico, p. 391, se menciona importante literatura sobre el fomento de las denuncias por parte de los regímenes fascistas.

[377] Geoffrey G. Giles, «The Rise of the NS Students' Association», en Peter D. Stachura (ed.), *Shaping*, pp. 160-185, y *Students and National Socialism*, Princeton, Princeton University Press, 1985, pp. 168, 175-186, 201, 228. Hay abundante detalle en Helma Brunck, *Die deutsche Burschenschaft in der Weimar Republik und im Nationalsozialismus*, Múnich, Universitas, 1999.

[378] Véase más en capítulo 5, p. 236 y capítulo 6, pp. 260-261.

[379] Tracy Koon, *Believe, Obey, Fight: Political Socialization of Youth in Fascist Italy*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1985, p. 248, da ejemplos de los años de guerra. Agradezco a Luciano Rebay sus recuerdos personales sobre este punto.

[380] Véase capítulo 5, p. 213.

[381] Michael Burleigh y Wolfgang Wippermann, *The Racial State: Germany 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, p. 353, n. 1, abogan, convincentemente, por un estudio antropológicamente más informado de cómo los regímenes fascistas interactuaron con los grupos sociales y profesionales.

[382] Hannah Arendt, *Origins*, pp. 389-390, 395, 398, 402. Ella atribuye «amorfia» a Franz Neumann, *Behemoth*. Broszat revivió el término en *The Hitler State*, p. 346. Salvatore Lupo, *Il fascismo: La politica in un regime totalitario*, Roma, Donzelli, 2000, señala el «frenesí de movimiento perpetuo» de la Italia fascista, citando a Arendt (p. 30).

[383] Esto puede explicar la curiosa vacilación del rey y de los dirigentes políticos conservadores y liberales sobre si deponer o no de su cargo a Mussolini en junio de 1924 después del asesinato de Matteotti. Véase capítulo 4, pp. 189-190.

[384] Jens Petersen llegaba al extremo de hablar de un sistema de facto de «controles y equilibrios» en la Italia fascista. Kolloquien des Instituts für Zeitgeschichte, *Der italienische Faschismus*, p. 25. El sistema nazi estaba más claramente dominado por Hitler y los militantes del partido, pero véase Edward N. Peterson, *The Limits of Hitler's Power*, Princeton, Princeton University Press, 1969.

[385] Circular del 5 de enero de 1927, citado in Aquarone, *L'organizzazione*. pp. 485-488.

[386] Véase la obra iluminadora de Victoria de Grazia, *The Culture of Consent: Mass Organization of Leisure in Fascist Italy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

[387] Broszat, *The Hitler State*, pp. 218-219.

[388] Gentile, *La via italiana*, pp. 177, 179, 183.

[389] Martin Clark, *Modern Italy, 1971-1982*, Londres, Longman, 1984, p. 237.

[390] Broszat, *Hitler State*, pp. 199-201.

[391] En el ensayo bibliográfico, pp. 394-395, se revisa la literatura que trata de este punto controvertido.

[392] R. J. B. Bosworth, *The Italian Dictatorship*, Londres, Arnold, 1998, pp. 31, 81, comenta que ningún estudio similar a Peterson, *Limits*, analiza la toma de decisiones en la Italia fascista y los límites de las pretensiones de Mussolini de un control total.

[393] El término lo acuñó Max Weber, que diferenció entre autoridad burocrática, patriarcal y carismática: las dos primeras, estables y basadas en la racionalidad económica, cada una a su manera, y la tercera, inestable y al margen de cualquier estructura formal o racionalidad económica. El carisma se apoya en la fama de un dirigente de poseer poderes personales extraordinarios que deben reafirmarse constantemente con resultados. Weber tomó el término de la palabra griega para el concepto cristiano de gracia. Véase *From Max Weber: Essays in Sociology*, trad., ed. e introducción de Hans H. Gerth y C. Wright Mills, Nueva York, Oxford University Press. 1946, pp. 79-80, 235-252, 295-296.

[394] Funcionarios del Partido Fascista Italiano llegaron realmente a analizar los problemas constitucionales que planteaba la sucesión del Duce. Discutieron, por ejemplo, si el título pasaba con el cargo o pertenecía personalmente a Mussolini. Gentile, *La via italiana*, pp. 214-216. Solo Hitler podía evocar su propia sucesión. Véase Zitelmann, *Selbstverständnis*, pp. 393, 396.

[395] Para los muchos admiradores estadounidenses de Mussolini en la década de 1920, véase John P. Diggim, *Mussolini and Fascism: The View from America*, Princeton, Princeton University Press, 1972. Para admiradores británicos como George Bernard Shaw y el antiguo primer ministro David Lloyd George, y muchos otros europeos, véase Renzo de Felice, *Mussolini il Duce*, vol. I, *Gli anni del consenso, 1929-1936*, Turín, Einaudi, 1974, pp. 541-587.

[396] Véase capítulo 5, pp. 218-219.

[397] Los mejores estudios de la opinión pública en la Alemania nazi y en la Italia fascista se analizan en el ensayo bibliográfico, pp. 399-400. Joseph Nyomarkay, *Charisma and Factionalism in the Nazi Party*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 1967, sostiene que el gobierno carismático impidió a las facciones del partido unirse en una auténtica oposición.

[398] Kolloquien des Instituts für Zeitgeschichte, *Der italienische Faschismus*, p. 59.

[399] El término se utilizó por primera vez en 1969 en Braszat, *Hitler State*, p. 294, y lo desarrolló

más plenamente Peter Hüttenberger, «Nationalsozialistische Polykratie», *Geschichte und Gesellschaft* 2, 4, 1976, pp. 417-472. Véase además a Hans Mommsen en muchas obras, entre ellas *From Weimar to Auschwitz*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, y Gerhard Hirschfeld y Lothar Kettenacker (eds.), *Der Führerstaat: Mythos und Realitat*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1981. Para comparaciones interesantes, véase Philippe Bumn, «Politique et société: Les structures du pouvoir dans l'Italie fasciste et l'Allemagne nazie», *Annales: Économies, sociétés, civilisations*, 43, 1988, pp. 615-637. Para la aplicabilidad de este concepto a la Italia fascista, véase el debate iluminador de Kolloquien des Instituts rur Zeitgeschichte, *Der italienische Faschismus*, sobre todo, los comentarios de Jens Petersen y Wolfgang Schieder.

[400] Hans Mommsen utilizó por primera vez el término «dictador débil» en *Beamtentum im Dritten Reich*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1966, p. 98, n. 26. En extensos escritos suyos posteriores sobre el sistema de gobierno nazi (*Herrschaftssystem)*, Mommsen dejó claro que consideraba que Hitler poseía poder «ilimitado» hasta un grado «raro en la historia», pero que lo ejerció de un modo caótico que privó a la Alemania nazi de las principales características de un Estado, es decir, la capacidad para examinar opciones libremente y elegir racionalmente entre ellas. Véase, por ejemplo, Mommsen en «Hitler's Position in the Weimar System», *From Weimar to Auschwitz*, Princeton, Princeton University Press, 1991, pp. 67, 75. Para la progresiva *Entstaatlichung* («pérdida de "estatalidad"») del sistema nazi, véase Mommsen, «Nationalsozialismus als vorgetauschte Modernisierung», en Lutz Niethammer y Bernd Weisbrad (eds.), *Der Nationalsozialismus und die deutsche Gesellschaft: Ausgewählte Aufsätze*, Reinbeck bei Hamburg, Rowohlt, 1991, p. 409.

[401] Ian Kershaw. *Hitler 1889-1936*: *Hubris*, Nueva York, Norton, 1999, cap. 13, «Working Toward the Fuhrer», pp. 527-591.

[402] *Rundschau*, la publicación en lengua alemana de la Internacional Comunista, 12 de abril de 1933, citado en Julius Braunthal, *History of the International, 1914-1943*, Nueva York, Praeger, 1967, vol. II, p. 394.

[403] Karl Dietrich Bracher, Wolfgang Sauer y Gerhard Schulz, *Die nationalsozialistiche Machtergreifung*, Colonia y Opladen, Westdeutcher Verlag, 1960, p. 219.

[404] Una excelente introducción a las complejas actitudes de los conservadores hacia Hitler y su fracaso en la tarea de controlarle es Jeremy Noakes, «German Conservatives and the Third Reich: An Ambiguous Relationship», en Martin Blinkhorn (ed.), *Fascists and Conservatives*, Londres, Allen and Unwin, 1990, pp. 71-97.

[405] Albert Speer, justo cuando iniciaba su brillante carrera como arquitecto de Hitler con el encargo de transformar las oficinas del vicecanciller en el cuartel general de la SA, recordaba haber desviado la vista de un gran charco de sangre seca que había en el suelo del despacho de Herbert van Bose, un ayudante de Von Papen. Speer, *Inside the Third Reich*, trad. del alemán por Richard y Clara Winston, Nueva York, Macmillan, 1970, p. 53.

[406] Un examen reciente de este complejo asunto es Gerd P. Ueberschär, «General Halder and the Resistance to Hitler in the German High Command, 1938-1940», *European History Quarterly* 18, 3, julio de 1988, pp. 321-341.

[407] Norman Rich, *Hitler's War Aims*, vol. II, *The Establishment of the New Order,* Nueva York, Norton, 1974, pp. 60, 278. Ribbentrop estaba defendiendo con estos nombramientos su imperio contra el cuerpo diplomático, por una parte, y contra los agentes de su archirrival Himmler, por otra.

[408] Arendt, por ejemplo (véase capítulo 8, nota 34, en la página 355). Emilio Gentile, sin embargo, insiste en *La via italiana al totalitarismo*, pp. 67, 136, 180, 254, en la aspiración del régimen fascista a construir un Estado plenamente totalitario, aunque hasta él reconoce que se mantuvo «incompleto» en la práctica. El totalitarismo se aborda en el capítulo 8.

[409] Adrian Lyttelton, *Seizure*, pp. 127, 273.

[410] «Radicals», citado por Clark, *Modern Italy*, p. 259. Clark considera que este juicio es válido para las más altas instituciones políticas, pero que en la Italia fascista había mucho más que era nuevo.

[411] Véase capítulo 3, p. 120-121.

[412] Véase capítulo 3, p. 123, y capítulo 4, p. 177.

[413] La requisa de obras de arte en los territorios conquistados por los dirigentes nazis y por los museos nacionales alemanes proporcionó algo que hacer después de 1939 al profeta místico subempleado Alfred Rosenberg. Las rivalidades y la búsqueda de puestos en torno a Rosenberg fueron un ejemplo clave en el desarrollo de la interpretación «policrática» del Gobierno nazi. Véase Reinhard Bollmus, *Das Amt Rosenberg und seine Gegner: Zum Machtkampf im nationalsozialistichen Herrschaftssystem*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1979.

[414] Véase capítulo 4, p. 190.

[415] Emilio Gentile, *Le origini dell'ideologia fascista (1918-1925)*, 2ª ed., Bolonia, Il Mulino, 1996, pp. 335-348 («Farinacci e l'estremismo intransigente»). En inglés, véase Harry Fornari, *Mussolini's Gadfly: Roberto Farinacci*, Nashville, TN, Vanderbilt University Press, 1971.

[416] Véase el ensayo bibliográfico, p. 393.

[417] Hans Buchheim, «The SS-Instrument of Domination», en Helmut Krallsnick, Hans Buchheim, Martin Broszat y Hans-Adolf Jacobsen (eds.), *Anatomy of the SS State*, trad. del alemán por Richard Barry, Marian Jackson y Dorothy Long, Nueva York, Walker, 1968, pp. 127-301, un estudio del sistema policial nazi preparado para el juicio de un grupo de guardias del campo de exterminio de Auschwitz en 1963, continúa siendo el trabajo más autorizado.

[418] Gellately, *Backing Hitler*, pp. 34-36, 87-89, 258.

[419] Ibíd., p. 43.

[420] Ibíd., p. 31.

[421] Solo uno de los 122 jueces pertenecientes a diversas secciones del Tribunal Supremo de Alemania era socialdemócrata, y solo otros dos eran miembros del Partido Nazi. La mayoría de los jueces eran nacionalistas conservadores. Ingo Müller, *Hitler's Justice: The Courts of the Third Reich*, trad. de Deborah Lucas Schneider, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1991, p. 37.

[422] Lolhar Gruchmann, *Justiz im Dritten Reich: Anpassungund Unterwerfung in der Ära Gürtner*, 2ª ed., Múnich, Oldenbourg, 1990.

[423] Guido Neppi Modona, «La magistratura e il fascismo», en Guido Quazza (ed.), *Fascismo e societa italiana*, Turín, Einaudi, 1973, pp. 125-181.

[424] Robert N. Proctor, *The Nazi War on Cancer*, Princeton, Princeton University Press, 1999, muestra que la campaña antitabaco nazi pudo estar instigada al mismo tiempo por la excelente investigación médica de Alemania y por la hipocondría personal y la chifladura dietética de Hitler (era vegetariano y llamaba al caldo de carne «té de cadáver»).

[425] La frase «matanza médicalizada» está en Robert Jay Lifton, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, Nueva York, Basic Books, 1986, p. 14. Véase también Michael Kater, *Doctors Under Hitler*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1989.

[426] Edward Ross Dickinson, *The Politics of German Child Welfare from the Empire to the Federal Republic*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1996, pp. 204-220 (cita, en p. 211).

[427] Gellately, *Backing Hitler*, pp. vii, 51-67, 75, 80-83, 263.

[428] Véase capítulo 6, nota 77.

[429] Véase capítulo 4, nota 16.

[430] El texto clásico sobre esta experiencia es Carlo Levi, *Christ Stopped at Eboli*, Nueva York, Farrar, Straus, 1963.

[431] Entre 1926 y 1943, el Tribunale Speciale per la Difesa Dello Stato investigó 21.000 casos y condenó a unas 10.000 personas a diversas penas de cárcel (Jens Petersen, Kolloquien des Instituts für Zeitgeschichte, *Der italienische Faschismus*, p. 32). Las cifras de condenados a muerte, que eran principalmente separatistas croatas y eslovenos, son de Petersen, confirmadas por Guido Melis en Raffaele Romanelli (ed.), *Storia dello stato italiano dall'unita a oggi*, Roma, Donzelli, 1995, p. 390. Sin embargo, Italia tenía más de 50 campos de prisioneros en el periodo 1940-1943, el mayor de los cuales estaba en Ferramonti di Tarsia, en Calabria. Véase Bosworth, *Dictatorship*, p. 1, y J. Walston, «History and Memory of the Italian Concentration Camp», *Historical* Journal 40, 1997, pp. 169-183.

[432] Paolo Ungari, *Alfredo Rocco e l'ideologia giuridica del fascismo*, Brescia, Morcelliano, 1963, p. 64. Rocco, un compañero de viaje nacionalista, adoptó ya esta posición antes de 1914, cuando era un joven profesor de Derecho.

[433] Aunque Hitler se abstuvo de utilizar gas tóxico en acciones de guerra, Mussolini lo utilizó contra libios y etíopes. Véase Angelo del Boca, *I Gas di Mussolini: Il fascismo* e *la guerra d'Etiopia*, Roma, Editore Riuniti, 1996. Mussolini encerró también en campos de concentración a sanusís en Libia. Para otras obras sobre el imperio colonial italiano, véase el ensayo bibliográfico.

[434] Johnson, *Nazi Terror*, pp. 46-47 y 503-504. Colonia, con tres cuartos de millón de ciudadanos (sin contar una población adicional de trabajadores extranjeros), tenía 69 agentes de la Gestapo en 1942. Para el importante papel que jugaron en la aplicación de las leyes nazis las denuncias voluntarias, véase el ensayo bibliográfico, p. 391.

[435] Tim Mason, «The Containment of the Working Class», en Jane Caplan (ed.), *Nazism, Fascism, and the Working Class: Essays by Tim Mason*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, p. 238.

[436] Giulio Sapelli (ed.), *La classe operaria durante il fascismo*, Milán, Annali della Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, Año 20, 1979-1980, aborda esta cuestión para Italia.

[437] Véase el ensayo bibliográfico.

[438] Sebastian Haffner, *Defying Hitler*, Nueva York, Farrar, Straus, Giroux, 2000, pp. 257 y ss. Haffner escapó a Inglaterra en 1937 y escribió sus memorias un año después.

[439] No era esta la opinión general en Italia durante los primeros veinte años que siguieron a la liberación, en los que prevaleció una idea poco exagerada de la resistencia en Italia. Cuando Renzo de Felice defendió la tesis del consenso en *Mussolini il Duce*, vol. I, *Gli anni del consenso*, Turín, Einaudi, 1974, provocó una violenta polémica. Los mecanismos fueron examinados por Philip V. Cannistraro, *La fabbricca del consenso: Fascismo e mass media*, Bari, Lalerza, 1975, y los resultados, verificados por Colarizi, *L'opinione degli italiani*. Para la síntesis más reciente, véase Patrizia Dogliani, *Italia fascista 1922-1940*, Milán, Sansoni/RCS, 1999, cap. 3, «L'organizzazione del consenso».

[440] Bosworth, *Mussolini*, p. 62.

[441] Esta votación se aproximó más a un plebiscito que a unas elecciones: los ciudadanos solo podían votar sí o no a toda la lista. Aun así, participaron el 89,63% de los que podían hacerlo y solo 136-198 de ellos (2%) votaron no.

[442] Véanse las obras de MacGregor Knox que se analizan en el ensayo bibliográfico, p. 403-404.

[443] Marlis Steinert, *Hitler's War and the Germans,* Athens, OH, Ohio University Press, 1977.

[444] La película alemana *Die Kinder aus Nr. 67 (Los niños del número 67)* (1980) muestra sutilmente cómo los chicos y chicas de un edificio de apartamentos de clase obrera de Berlín se adaptaron a las recientemente obligatorias Juventudes Hitlerianas en la primavera de 1933 bajo la múltiple influencia de la atracción, la presión de los pares, los valores de los padres y la coerción.

[445] Las memorias de Melitta Maschmann, *Account Rendered,* Londres, Abelard-Schunun, 1965, son elocuentes a ese respecto.

[446] Un joven alemán confesaba: «Es realmente agradable poder pegar sin que te peguen», Michael Burleigh, *The Third Reich: A New History,* Nueva York, Hill and Wang, 2000, p. 237. El breve ensayo imaginario de Jean-Paul Sartre «L'enfance d'un chef» evoca plausiblemente la trayectoria de un abusón adolescente hasta el fascismo.

[447] Para la inmensa literatura sobre este y otros debates sobre las mujeres bajo el fascismo, véase el ensayo bibliográfico, pp. 396-397.

[448] La joven sonriente de uniforme fascista con su cigarrillo en la cubierta de Victoria de Grazia, *How Fascism Ruled Women,* Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1992, muestra perfectamente esas ambigüedades.

[449] M. Carli, *Fascismo intransigente: Contributo alla fondazione di un regime,* Florencia, R. Bemporad e Figlio, 1926, p. 46, citado en Norberto Bobbio, «La Cultura e il fascismo», en Guido Quazza (ed.), *Fascismo e società italiana,* Turín, Einaudi, 1973, p. 240, n. 1.

[450] Ibíd., p. 240.

[451] Verbigracia, el médico y pintor Carlo Levi, cuyo *Christ Stopped at Eboli*, escrito durante su «confinamiento» en un pueblo de montaña del sur del país, es una de las obras maestras de la literatura italiana moderna.

[452] Verbigracia, los hermanos Rosselli, Giovani Amendola y Piero Gobetti.

[453] Véase capítulo 2, nota 105 (en la página 98).

[454] Sandrine Bertaux, «Démographie, statistique, et fascisme: Corrado Gini et l'ISTAT, entre Science et Idéologie», *Roma Moderna et Contemporanea* 7, 3, septiembre-diciembre de 1999, p. 571-598.

[455] Gabriele Turi, *Il fascismo e il consenso degli intellettuali*, Bolonia, Il Mulino, 1980, pp. 59, 63. Fascistas radicales protestaron por su presencia.

[456] Bobbio, «La Cultura», p. 112. Tres de ellos colaboraron también en la *Enciclopedia,* Turi, *Il fascismo,* p. 63.

[457] Monika Renneburg y Mark Walker (eds.), *Science, Technology, and National Socialism,* Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

[458] John L. Heilbron, *The Dilemmas of an Upright Man: Max Planck as Spokmnan for German Science,* Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1986.

[459] Jerry Z. Muller, *The Other God that Failed: Hans Freyer and the Deradicalization of German Conservatism*, Princeton, Princeton University Press, 1987.

[460] Carl Schmitt (1888-1985) sostuvo que las sociedades modernas complejas requerían un «estado total» capaz de tomar decisiones con eficacia. Un buen inicio en esta extensa literatura es

Richard Wolin, «Carl Schmitt, Political Existentialism, and the Total State», en Wolin, *The Terms of Cultural Criticism: The Frankfurt School, Existentialism, Poststructuralism,* Nueva York, Columbia University Press, 1992, pp. 83-104.

[461] Mark Walker, *German National Socialism and the Quest for Nuclear Power, 1939-1949,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989, defiende eso último persuasivamente; Thomas Powers, *Heisenberg's War: The Secret History of the German Bomb,* Nueva York, Knopf, 1993, se inclina más por lo que dice Heisenberg de un boicoteo.

[462] Uno de los «Diez Principios de la Música Alemana» enunciados cuando Goebbels creó la Reichsmusikkammer el 15 de noviembre de 1933. Furtwängler rechazó, sin embargo, los otros principios de que el judaísmo y el atonalismo eran incompatibles con la música alemana.

[463] Véase Robert Craft, «The Furtwangler Enigma», *New York Review of Books*, p. 16, 7 de octubre de 1993, pp. 10-14.

[464] Véase capítulo 1, p. 25-26.

[465] Véase capítulo 1, nota 53 (en la página 31).

[466] Véase Gellately, *Backing Hitler,* sobre «justicia policial», pp. 5, 34-50, 82, 175, 258.

[467] Las organizaciones juveniles del Partido Fascista se extendieron por todo el país después de 1926, cuando se unieron bajo el control del Ministerio de Educación en la Opera Nazionale Balilla (llamada así por un joven que había muerto en la resistencia contra Napoleón). La ONB reclutaba chicos y chicas (por separado y en menor grado) desde los 8 años a los 18; podían empezar a los 6 como «lobeznos». La ONB fue reorganizada bajo control del Partido Fascista en 1937 como la Gioventù Italiana del Littorio (GIL; el *littorio,* o líctor, era el funcionario que llevaba las *fasces* delante de los magistrados en las procesiones cívicas durante el Imperio romano). El GIL fue militarizándose progresivamente (para los chicos) con el lema «Cree, obedece, lucha», y fue obligatorio a partir de 1939. Los estudiantes universitarios pertenecían a los Gruppi Universitari Fascisti. Véase el ensayo bibliográfico para obras relevantes.

[468] Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945,* vol. 2, *State, Economy, and Society, 1933-1939: A Documentary Reader,* Exeter, University of Exeter Press, 1984, doc. 297, p. 417.

[469] Karl-Heinz Jahnke y Michael Buddrus, *Deutsche Jugend 1933-1945*: *Eine Dokumentation,* Hamburgo, VSA-Verlag, 1989, p. 15.

[470] Citado en Arendt, *Origins,* p. 339. Ella le creyó.

[471] Mabel Berezin, *Making the Fascist Self,* Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1997.

[472] Aquí es donde Rousseau, con su temor a las facciones, se convierte en un posible precursor remoto del fascismo.

[473] Véase el ensayo bibliográfico, p. 401.

[474] Glenn R. Cuomo (ed.), *National Socialist Cultural Policy,* Nueva York, St. Martin's Press, 1995, p. 107.

[475] Alan E. Steinweis, «The Purge of Artistic Life», en Robert Gellately y Nathan Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany,* Princeton, Princeton University Press, 2001, pp. 108-109.

[476] El análisis general más iluminador es Charles S. Maier, «The Economics of Fascism and Nazism», en Maier, *In Search of Stability,* Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

[477] T. W. Mason, «The Primacy of Politics: Politics and Economics in National Socialist Germany», en Carlan (ed.), *Nazism.*

[478] Sergio Romano, *Giuseppi Volpi et l'Italie moderne: Finance, industrie et Etat de l'ere*

giolittienne a la Deuxieme Guerre Mondiale, Roma, École Française de Rome, 1982, pp. 141-152; Jon S. Cohen, «The 1927 Revaluation of the Lira: A Study in Political Economy», *Economic History Review* 25, 1972, pp. 642, 654.

[479] Peter Hayes, *Industry and Ideology: I. G. Farben in the Third Reich*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, p. 120.

[480] Esta evolución se analiza magistralmente en Hayes, *Industry and Ideology.*

[481] Gerhard Th. Mollin, *Montankonzerne und Drittes Reich: Der Gegensatz zwischen Monopolindustrie und Befehlwirtschaft in der deutschen Rüstung und Expansion 1936-1944*, Gottingen, Vandenhoeck y Ruprecht, 1988, pp. 70 y ss., 102 y ss. y 198 y ss.

[482] Gerald D. Feldman, *Allianz and the German Insurance Business, 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001. Para los campos, véase pp. 409-415. Otto Wagener aparece citado en su diario, *Hitler aus Nächste Nähe*, ed. de Henry A. Turner, Jr. (Frankfurt del Meno, Ullstein, 1978, pp. 373-374. El fiel Wagener nunca dejó de creer, ni siquiera después de 1945, que los auténticos ideales «nacionalsocialistas» de Hitler habían sido saboteados por *Nazisten* reaccionarios de su entorno (p. xi). Para la repugnancia que inspiraba a Wagener el «sucio dinero», véase capítulo 1, p. 25.

[483] John S. Cohen, «Was Italian Fascism a Developmental Dictatorship?», *Economic History Review*, 2ª serie, 41, 1, febrero de 1988, pp. 95-113, compara índices de crecimiento italiano. Para más sobre la interpretación del fascismo como «dictadura desarrollista», capítulo 1, nota 49 (en la página 30), y capítulo 8, p. 352.

06

A largo plazo: ¿Radicalización o entropía?

Los regímenes fascistas no podían asentarse en un goce descansado del poder. El caudillo carismático había hecho promesas espectaculares: unificar, purificar y dinamizar su comunidad; salvarla de la blandenguería del materialismo burgués, la confusión y la corrupción de la política democrática y la contaminación de gentes y culturas extrañas; cortar el paso a la amenaza de una revolución de la propiedad mediante una revolución de los valores; salvar a la comunidad de la decadencia y la descomposición. Había ofrecido soluciones drásticas para estas amenazas: violencia contra los enemigos, tanto internos como externos; inmersión total del individuo en la comunidad; purificación de la sangre y de la cultura; las empresas electrizantes del rearme y de la guerra expansionista. Había garantizado a su pueblo una «relación privilegiada con la historia».[484]

Los regímenes fascistas tenían que causar una impresión de empuje dinámico —«revolución permanente»—[485] para cumplir esas promesas. No podían sobrevivir sin ese impulso resuelto y embriagador hacia delante. Sin una espiral incesante y creciente de retos cada vez más audaces, los regímenes fascistas se arriesgaban a caer en algo parecido a un autoritarismo tibio.[486] Con ella, se dirigían hacia un paroxismo final de autodestrucción.

No es inevitable que los regímenes fascistas o parcialmente fascistas

consigan mantener el impulso. Varios regímenes considerados a veces fascistas siguieron de forma deliberada el curso opuesto de amortiguar el dinamismo. Se «normalizaron»... y se convirtieron por ello en más autoritarios que fascistas.

Al dictador español general Francisco Franco, por ejemplo, suele considerársele fascista porque en su conquista armada del poder en la Guerra Civil española contó con la ayuda directa de Mussolini y Hitler. De hecho, ayudar a los republicanos españoles a defenderse de la rebelión de Franco después de julio de 1936 constituyó la primera cruzada antifascista y la más emblemática. Después de su victoria de marzo de 1939, Franco desencadenó una sangrienta represión en la que tal vez muriesen hasta 200.000 personas, e intentó resguardar su régimen del intercambio económico y de la contaminación cultural del mundo democrático.[487] Virulentamente hostil a la democracia, el liberalismo, el laicismo, el marxismo y, sobre todo, la masonería, Franco se unió a Hitler y Mussolini en abril de 1939 como signatario del Pacto Anti-Comintern. Durante la batalla de Francia, en 1940, se apoderó de Tánger. Parecía deseoso de una mayor expansión territorial a expensas de Inglaterra y de Francia y de convertirse en un «socio militar pleno del Eje».[488]

Pero cuando Hitler le presionó para que actuara, el cauto Caudillo exigió siempre un precio demasiado alto por entrar en la guerra al lado del Eje. Pocos días después de entrevistarse con Franco en Hendaya, en la frontera franco-española, el 23 de octubre de 1940, Hitler le dijo a Mussolini que prefería que le arrancasen tres o cuatro muelas a tener que pasar otras nueve horas negociando con aquel «cerdo jesuita».[489] Después del terrible baño de sangre de 1936-1939, Franco quería orden y tranquilidad; el dinamismo fascista se adaptaba mal a su temperamento reservado.

El régimen de Franco tenía un partido único —la Falange—, pero, sin «estructuras paralelas», carecía de poder autónomo. Aunque creció hasta contar con casi un millón de miembros durante el período de victorias alemanas de 1941-1942 y prestó un apoyo útil a la dictadura con su ceremonial, el Caudillo no le permitió participar en la elaboración de la política ni en la administración.

Como ya indicamos en el capítulo 3, el fusilamiento del carismático jefe de la Falange José Antonio Primo de Rivera al principio de la Guerra Civil ayudó a Franco a establecer la preeminencia de las élites asentadas y del Estado normativo. Tras eso, pudo explotar la multiplicidad de los partidos de extrema derecha y la inexperiencia del sucesor de José Antonio, Manuel Hedilla, para reducir aún más la influencia fascista. Sumergió hábilmente a la Falange dentro de una organización aglutinadora amorfa que incluía fascistas y monárquicos tradicionalistas, la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. Su jefe fue condenado a «la impotencia, como un elemento decorativo del séquito de Franco».[490] Cuando Hedilla intentó reafirmar una autoridad independiente en abril de 1937, Franco le mandó detener. La domesticación de la Falange hizo que le resultara más fácil a Franco dar a su dictadura la forma tradicional, con un mínimo de agitación fascista, lo que era claramente su preferencia, indiscutible después de 1942 y probablemente ya antes.

Después de 1945 la Falange se convirtió en una asociación incolora de solidaridad cívica, a la que se aludía normalmente con el simple apelativo de «el Movimiento». En 1970 se abolió incluso el nombre. Pero por entonces la España franquista hacía mucho ya que se había convertido en un régimen autoritario dominado por el Ejército, los funcionarios, los hombres de negocios y empresarios, los terratenientes y la Iglesia, sin apenas coloración fascista visible.[491]

Portugal, cuyo régimen parlamentario de deficiente funcionamiento había sido derrocado por un golpe militar en 1926, estaba gobernado desde principios de la década de 1930 por un retraído profesor de Economía de ideología católica integrista, Antonio de Oliveira Salazar. El doctor Salazar se inclinó aún más que Franco por un cauto quietismo. Mientras que Franco sometió a su control personal al partido fascista, Salazar abolió directamente en julio de 1934 lo más próximo que tuvo Portugal a un movimiento fascista auténtico, los nacionalsindicalistas de camisa azul de Rolão Preto. Los fascistas portugueses, se quejaba Salazar, estaban «siempre enfebrecidos, excitados y descontentos..., gritando, enfrentados

con lo imposible: ¡Más! ¡Más!».[492] Salazar prefirió controlar a la población a través de instituciones «orgánicas» tan poderosas en Portugal como la Iglesia.

Cuando estalló la Guerra Civil en la vecina España en 1936, la autoridad «orgánica» no era ya suficiente. El doctor Salazar experimentó con un «Nuevo Estado» —Estado Novo— fortalecido con instrumentos tomados del fascismo, que incluían una organización laboral corporativista, un movimiento juvenil —Juventud Portuguesa, o Mocidade Portuguesa— y un impotente «partido único» ataviado con camisas azules, la Legión Portuguesa.[493] Portugal rechazó el expansionismo fascista y se mantuvo neutral durante la Segunda Guerra Mundial y en todos los conflictos posteriores hasta que decidió combatir al movimiento de independencia angoleño en 1961. El doctor Salazar, con la esperanza de ahorrar a Portugal los dolores del conflicto de clase, se opuso incluso al desarrollo industrial de su país hasta la década de 1960. Su régimen no solo no era fascista, era «voluntariamente no totalitario», prefiriendo dejar que aquellos de sus ciudadanos que se mantenían al margen de la política pudiesen «vivir según la costumbre».[494]

En el otro extremo, la Alemania nazi fue la única que experimentó la radicalización plena. Una guerra victoriosa de exterminio en el este brindó una libertad de acción casi ilimitada al «Estado prerrogativo» y sus «instituciones paralelas», liberadas de las limitaciones subsistentes del «Estado normativo», tal como existían. En una «tierra de nadie» compuesta de territorios conquistados en lo que había sido Polonia y las zonas occidentales de la Unión Soviética, los radicales del Partido Nazi se sintieron libres para materializar sus fantasías extremas de limpieza racial. La radicalización extrema se mantiene latente en todos los fascismos, pero las circunstancias de la guerra, y particularmente de las guerras victoriosas de conquista, le dan los medios de expresión más plenos.

No faltaban los impulsos radicalizadores en la Italia de Mussolini. El régimen fascista, desgarrado entre los impulsos periódicos de revigorizar a los viejos Camisas Negras y el tirón normalizador de los compañeros de viaje conservadores, siguió una trayectoria irregular. Mussolini había

popularizado el término «totalitarismo» y continuó sazonando sus discursos con apelaciones grandilocuentes a la acción y con promesas de revolución. Pero vacilaba en la práctica, inclinándose por uno u otro extremo, dando rienda suelta a los radicales del partido cuando le parecía que se beneficiaría de ello su posición de poder, pero frenándoles con mayor frecuencia cuando su Gobierno necesitaba condiciones estables y un Estado indiscutible.

Mussolini, que había sido un jugador audaz durante la «toma del poder», prefirió como primer ministro la estabilidad a la aventura. La tendencia a la normalización que había aparecido por primera vez en 1921 con el pacto de pacificación que propuso a los socialistas habría de crecer con los años, por la fuerza de las circunstancias además de por su predilección personal. Como vimos en el capítulo 4, procuró durante los dos primeros años que siguieron a su toma de posesión del cargo, en 1922, poner coto al aventurerismo del partido y al poder rival de los *ras* afirmando la primacía del Estado. No quiso desafiar los amplios poderes que ostentaban la monarquía, la Iglesia y sus socios conservadores. La política económica de Mussolini se atuvo durante esos primeros años a las políticas de *laissez-faire* de los regímenes liberales. Su primer ministro de finanzas —1922-1925— fue el profesor de Economía —y activista del partido— Alberto de Stefani, que redujo la intervención del Estado en la economía, redujo y simplificó los impuestos, disminuyó el gasto público y equilibró el presupuesto. Comprometido no solo con el libre comercio, sino también con el ideal fascista de estimular la energía productiva, enfureció, ciertamente, a algunos empresarios y hombres de negocios recortando gravámenes a la importación, como el que protegía el azúcar de remolacha nacional, que resultaba muy caro. Pero mostró, en general, «una tendencia indiscutible a favorecer al mundo de los negocios».[495]

Otro ciclo de radicalización y normalización fue el que siguió al asesinato del dirigente socialista Giacomo Matteotti.[496] La primera reacción de Mussolini al alud de críticas subsiguiente fue una mayor «normalización»: asignó en 1923 un ministerio crucial, como el del Interior, con su supervisión de la policía, a Luigi Federzoni, jefe del Partido Nacionalista.

Tras vacilar durante seis meses ante los ataques no solo de la oposición democrática, sino también de algunos de sus aliados conservadores, aparentemente paralizado por la incertidumbre, el Duce se vio forzado por la presión de los radicales del partido —como vimos en el capítulo 4— a efectuar lo que equivalía a un golpe de Estado preventivo el 3 de enero de 1925, y a iniciar un largo proceso que, con paradas y arrancadas, sustituyó el régimen parlamentario por lo que él llamó, con cierta exageración, un Estado «totalitario». Su nombramiento de uno de los militantes fascistas más intransigentes, Roberto Farinacci, como secretario del Partido Fascista pareció confirmar su intención de dejar que el partido marcase el ritmo, se infiltrase en la burocracia y controlase la elaboración de la política nacional.

Cuando Mussolini destituyó a Farinacci en abril de 1926,[497] poco más de un año después, y lo sustituyó por el menos obstinado Augusto Turati —1926-1929—, fortaleció de nuevo, sin embargo, el Estado normativo a expensas del partido. Fue en este punto, muy significativamente, cuando confió la policía italiana a un funcionario profesional, Arturo Bocchini, en vez de a un fanático del partido del estilo de Himmler. El funcionamiento de la decisiva fuerza policial según principios burocráticos —ascenso de profesionales con experiencia por antigüedad, respeto a los procedimientos legales al menos en casos no políticos—, en vez de como parte de un Estado prerrogativo de poder arbitrario ilimitado, fue la divergencia más importante del fascismo italiano respecto a la práctica nazi.

En 1928 Mussolini destituyó al viejo militante sindicalista Edmondo Rossoni de la jefatura de los sindicatos fascistas, poniendo fin a sus intentos de otorgarles una cuota real de la política económica y una representación equitativa, junto con los directivos empresariales, en un conjunto único de organizaciones corporativas. Tras la marcha de Rossoni, el monopolio de la representación laboral de los sindicatos fascistas fue lo único que quedó del «sindicalismo fascista». Trabajadores y dirección se enfrentaron en organizaciones independientes y los representantes sindicales fueron desterrados del lugar de trabajo. La forma en que se desarrolló el tan cacareado «Estado Corporativo» de Mussolini equivalió a partir de entonces, en la práctica, al fortalecimiento bajo la autoridad del Estado del

«poder privado» de los patronos.[498]

El paso más decisivo de Mussolini hacia la normalización fue el Pacto Lateranense con el papado.[499] Aunque este tratado había prohibido toda actividad política católica en Italia, sus consecuencias a largo plazo fueron favorables para la Iglesia. El papa Pío XI, que no era ningún demócrata, sentía pocas simpatías en realidad por los partidos políticos católicos, prefiriendo mucho más concentrarse en las escuelas y en la Acción Católica, la red de asociaciones obreras y juveniles que transformarían la sociedad desde dentro.[500] A partir de entonces —pese a un enfrentamiento con los fanáticos fascistas que arremetieron en 1931 contra los programas de la juventud católica—, las organizaciones de base vinculadas a la Iglesia habrían de sobrevivir al fascismo y de sostener el prolongado predominio político de posguerra del Partido Demócrata-Cristiano.[501] Mussolini había retrocedido mucho hacia el gobierno autoritario tradicional, en el que la monarquía, la patronal organizada, el Ejército y la Iglesia católica disponían de grandes áreas de responsabilidad autónoma independiente tanto del Partido Fascista como del Estado italiano.

Mussolini probablemente prefiriese gobernar de ese modo al hacerse mayor, pero sabía que la generación más joven se sentía impaciente con su régimen envejecido. «Estábamos equipados espiritualmente para ser escuadras de asalto», se quejaba el joven fascista Indro Montanelli en 1933, «pero el destino nos ha dado el papel de guardas suizos del orden establecido».[502] Esa fue una de las razones de que en 1935 emprendiese el camino clásico «hacia delante» de un régimen fascista: una guerra de agresión en Etiopía. Ya examinaré con más detalle más adelante[503] la espiral descendente de aventura radicalizadora que siguió: la «revolución cultural» de 1936-1938, la guerra europea de 1940 y la república títere de Salò bajo ocupación nazi de 1943-1945.

¿Qué impulsa la radicalización?

Este breve repaso de las vacilaciones de Mussolini entre normalización y

radicalización parece indicar que es solo el dirigente el que impulsa las cosas hacia delante, una posición que pasó a conocerse como «intencionalismo», y a debatirse, en la década de 1980.[504] Pero es evidente que las intenciones del caudillo significan poco si los agentes de policía, los comandantes del Ejército, los magistrados y los funcionarios no están dispuestos a obedecer sus órdenes. Considerando al notoriamente indolente Hitler, algunos investigadores se sintieron inclinados a proponer que los impulsos de radicalización tenían que haber surgido de abajo, a través de iniciativas tomadas por subordinados irritados por emergencias locales y convencidos de que el Führer encubriría sus excesos, como había hecho con los asesinos de Potempa. Esta posición se denominó en los debates de la década de 1980 «estructuralismo».

No necesitamos aceptar el absurdo del «estructuralismo» puro para reconocer que, además de las acciones o las palabras del caudillo, los regímenes fascistas incluyen impulsos radicalizadores desde abajo que los diferencian notoriamente de las dictaduras autoritarias tradicionales. He aludido ya al estímulo deliberado de las expectativas de dinamismo, agitación, empuje y riesgo que formaban parte del atractivo del fascismo, y que resultaba peligroso abandonar del todo porque se corría el riesgo de debilitar la principal fuente de poder independiente de las viejas élites de que el caudillo disponía.

El partido y sus militantes eran en sí una fuerza poderosa para la radicalización continuada. Ningún régimen era auténticamente fascista sin un movimiento popular que le ayudase a conseguir el poder, a monopolizar la actividad política y a desempeñar un papel importante en la vida pública con sus organizaciones paralelas después de llegar al poder. Ya sabemos qué graves problemas podía plantear el partido al caudillo. Sus militantes, curtidos en muchos combates, estaban sedientos de recompensas inmediatas —puestos de trabajo, poder, dinero— que reclamaban de formas que perturbaban la necesaria cooperación del caudillo con el orden establecido. Viejos camaradas del partido podían convertirse en rivales por el papel supremo si el caudillo fallaba.

Todos los caudillos fascistas, Hitler incluido, tuvieron problemas con el

partido, como vimos en el capítulo anterior. Necesitaban mantenerlo a raya, pero difícilmente podría prescindir de él, ya que era su arma principal en la permanente rivalidad que mantenían con las viejas élites. Hitler resolvió sus conflictos con el Partido Nazi con su rapidez y brutalidad características, pero hay que tener en cuenta que ni siquiera él consiguió hacerlo sin tensión, y que no siempre tuvo un control perfecto y total de él.

Tampoco Mussolini era reacio al derramamiento de sangre, como testimonian los asesinatos de los hermanos Roselli y de Matteotti. Pero solo se atrevió a ejecutar a sus lugartenientes del partido rebeldes en 1944, bajo la bota alemana.[505] A veces cedía ante ellos —por ejemplo, cuando abandonó su propuesta de un pacto de pacificación con los socialistas, tras cuatro meses de estridente debate en el partido, en noviembre de 1921, y cuando asumió el poder dictatorial, en enero de 1925—. Intentó con frecuencia canalizarles, como cuando nombró secretario del partido en 1925 a Farinacci o como cuando desvió las energías de otro *ras* poderoso, Italo Balbo, hacia la fuerza aérea y el imperio africano.

Hitler, de una forma parecida a Mussolini en su propio periodo de *laissez-faire* con Alberto de Stefani, nombró como su primer ministro de Finanzas al conservador Lutz Graf Schwerin von Krosigk.[506] Durante un tiempo el Führer dejó también la política exterior en manos de diplomáticos profesionales —con el aristócrata Constantin von Neurath como ministro de Exteriores— y el Ejército en manos de militares profesionales. Pero en el caso de Hitler el impulso de reducir el Estado normativo y ampliar el prerrogativo fue mucho más sostenido que en el de Mussolini. Controlaba totalmente su partido y explotó los impulsos radicales de este para su engrandecimiento personal frente a las viejas élites y —después del baño de sangre ejemplar de junio de 1934— raras veces necesitó frenarle. En contra de lo pregonado por la propaganda de época de guerra y de una imagen popular perdurable, la Alemania nazi no fue una máquina ronroneante y bien engrasada. Hitler permitió a los organismos del partido competir con departamentos del Estado más tradicionales y nombró a lugartenientes leales para tareas que se solapaban y que les hacían enfrentarse entre ellos. Las luchas «feudales»[507] consiguientes por la supremacía dentro del

partido y del Estado y entre uno y otro alarmaron a aquellos alemanes que estaban orgullosos del funcionariado tradicional independiente y excelentemente preparado de su país. Fritz-Dietlof, conde von der Schulenburg, un joven oficial prusiano al que había atraído inicialmente el nazismo, se lamentaba en 1937 de que «el poder del Estado antes unificado ha sido fragmentado en una serie de autoridades diferenciadas; el partido y las organizaciones profesionales trabajan en las mismas áreas y se superponen sin que haya ninguna división clara de responsabilidad». Temía «el final de un auténtico funcionariado y la aparición de una burocracia servil».[508]

Vimos en el capítulo anterior cómo Hitler, bohemio y perezoso, dedicaba el menor tiempo posible a las tareas de gobierno, al menos hasta que estalló la guerra. Proclamaba sus visiones y sus odios en discursos y ceremonias y permitía a sus ambiciosos subordinados buscar el medio más radical de materializarlos en una lucha darwiniana por atención y recompensa. Sus lugartenientes, que conocían muy bien las ideas fanáticas de su caudillo, «trabajaban en la dirección del Führer»,[509] que lo único que tenía que hacer, en realidad, era arbitrar entre ellos. Mussolini, completamente distinto de Hitler por su entrega a la pesada tarea de gobierno, se negó a delegar y siempre receló de sus colaboradores competentes..., una forma de gobernar que produjo más inercia que radicalización.

Fue la guerra la que aportó el impulso radicalizador más claro del fascismo. Aunque sería más exacto decir que la guerra jugó un papel circular en los regímenes fascistas. Los movimientos fascistas iniciales arraigaron en una exaltación de la violencia agudizada por la Primera Guerra Mundial, y hacer la guerra resultó esencial para la cohesión, la disciplina y la energía explosiva de los regímenes fascistas. La guerra, una vez iniciada, hacía que fuese necesario imponer medidas más extremas y hacía al mismo tiempo que resultasen más aceptables para la población. Parece ser regla general que la guerra es indispensable para el mantenimiento del tono muscular fascista —y, en los casos que conocemos, también el motivo de su defunción—.

Parece claro que tanto Hitler como Mussolini eligieron deliberadamente la

guerra como un paso necesario para alcanzar el pleno potencial de sus regímenes. Querían utilizar la guerra para endurecer a la sociedad interna además de para conquistar espacio vital. Hitler le dijo a Goebbels que «la guerra hizo que pudiésemos resolver toda una serie de problemas que no se podrían haber resuelto nunca en tiempos normales».[510]

Hitler buscó deliberadamente el enfrentamiento. ¿Quería la guerra? A. J. P. Taylor aseguró en 1962 que Hitler se tropezó con una guerra que no quería en septiembre de 1939 y que fue el primer ministro inglés Neville Chamberlain el que tomó la decisión fatal de la guerra al ampliar a Polonia una garantía militar en marzo de 1939.[511] El revisionismo de Taylor fue útil, porque obligó a efectuar un examen más detenido de los archivos. Pero la conclusión más convincente es que, si bien Hitler puede que no desease en realidad la larga guerra de desgaste en dos frentes que al final tuvo, probablemente quisiese una guerra local, breve y victoriosa en Polonia... o al menos la impresión pública de haberse salido con la suya mediante una exhibición de fuerza. Todas las fibras del régimen nazi se habían concentrado en la tarea de preparar a Alemania material y psicológicamente para la guerra, y no utilizar esa fuerza, en un momento u otro, produciría una pérdida de credibilidad potencialmente mortífera.

Mussolini se sentía tan claramente atraído por la guerra como Hitler. «Cuando se acabe España, pensaré en otra cosa», le dijo a su yerno y ministro de Asuntos Exteriores Galeazzo Ciano. «El carácter del pueblo italiano se debe moldear en la lucha».[512] Ensalzaba la guerra como única fuente del progreso humano. «La guerra es para los hombres como la maternidad para las mujeres».[513]

Menos de un año después de convertirse en primer ministro, en agosto de 1923, Mussolini hizo su primer debut en política exterior con el incidente de Corfú, un ejemplo espectacular de bravuconería fascista. Después de que un general italiano y otros miembros de una comisión italiana que intentaba resolver una disputa fronteriza entre Albania y Grecia fuesen asesinados, al parecer por bandidos griegos, Mussolini envió al Gobierno griego una lista de exigencias desorbitadas. Como las autoridades griegas vacilaban, fuerzas italianas bombardearon y ocuparon la isla de Corfú.

El Duce inició los preparativos para invadir Etiopía entre 1933 y 1934. Esa decisión fatídica —le alineó irrevocablemente con Hitler contra Inglaterra y Francia— se debió tanto a la necesidad de hacer revivir el dinamismo fascista como a los sueños imperiales nacionalistas tradicionales y el deseo de venganza por la derrota de Italia ante Etiopía en Adua en 1896. A principios de la década de 1930 el régimen fascista italiano se enfrentaba a una crisis de identidad. Llevaba una década en el poder. Los Camisas Negras se estaban haciendo complacientes y se había abierto las filas del partido a todos los arribistas. Muchos jóvenes se estaban haciendo mayores de edad sin conocimiento del periodo inicial heroico del fascismo y veían a los fascistas solo como oportunistas que llevaban una vida tranquila y cómoda.

Más tarde, cuando se aproximaba la guerra europea, aunque Mussolini —a diferencia de Hitler— quería claramente un acuerdo negociado para resolver la crisis checa en 1938 y la crisis polaca en agosto de 1939, no se podía permitir quedarse a un lado eternamente. Cuando Alemania parecía estar a punto de conseguir la victoria definitiva, entró precipitadamente en la guerra atacando a Francia, el 10 de junio de 1940, a pesar del precario estado de sus fuerzas armadas. Es posible que, dado que tal vez compartiese en cierto grado la convicción de sus lugartenientes radicales de que la guerra restauraría el espíritu original del fascismo,[514] quizás pensase también que fortalecería su propio control. Sobre todo, había proclamado las virtudes marciales durante demasiado tiempo para mantenerse al margen de una victoria aparentemente fácil sin hacer el ridículo.[515] Los ataques de Mussolini a Albania y a Grecia en el otoño de 1940 fueron necesarios, asimismo, por razones de prestigio y para mantener la ficción de que estaba librando su propia guerra, «paralela» a la de Hitler. No había ninguna finalidad estratégica o económica vital en ninguna de esas campañas.

Hasta los regímenes autoritarios no radicalizados glorificaban lo militar. Franco, pese a su deseo de mantenerse al margen de la guerra, aprovechó la oportunidad que le brindó la derrota de Francia en 1940 para ocupar Tánger, como vimos antes. Los desfiles militares fueron una forma importante de ritual público para la España franquista. La Francia derrotada, bajo el

régimen de Vichy del héroe de la Primera Guerra Mundial, el mariscal Pétain, dedicó mucha energía a la pompa militar y la exhibición patriótica. Pidió insistentemente a las autoridades nazis de ocupación que permitiesen al pequeño Ejército del Armisticio de Vichy desempeñar un papel más importante en la defensa del suelo francés de una invasión aliada.[516] Ni siquiera el quietista dictador portugués Salazar podía olvidar el imperio africano, que aportaba un apoyo económico y emotivo importante a su Estado autoritario.

Pero hay una diferencia entre la glorificación que las dictaduras autoritarias hacen de lo militar y la entrega emotiva de los regímenes fascistas a la guerra. Los autoritarios utilizaban la pompa militar, pero poco combate real, para ayudar a sostener regímenes consagrados a la preservación del statu quo. Los regímenes fascistas no podían sobrevivir sin la adquisición activa de territorio nuevo para su «raza» —*Lebensraum, spazio vitale*— y eligieron deliberadamente la guerra agresiva para conseguirlo, con el claro propósito de estimular el dinamismo de su población.

Además, la radicalización fascista no era simplemente gobierno de guerra. Hacer la guerra radicaliza, claro está, todos los regímenes, fascistas o no. Todos los Estados exigen más de sus ciudadanos en época de guerra, y los ciudadanos están más dispuestos, si creen que se trata de una guerra legítima, a hacer sacrificios excepcionales por la comunidad, e incluso a prescindir de algunas de sus libertades. El aumento de la autoridad del Estado parece legitimado cuando el enemigo está a las puertas. Durante la Segunda Guerra Mundial los ciudadanos de las democracias aceptaron no solo sacrificios materiales, como el racionamiento y el reclutamiento, sino también importantes limitaciones a su libertad, como la censura. En Estados Unidos durante la Guerra Fría una corriente insistente de opinión quiso limitar de nuevo las libertades, para poder derrotar al enemigo comunista.

Pero el gobierno de guerra bajo el fascismo no es lo mismo que la suspensión temporal y voluntaria de las libertades de las democracias. En los regímenes fascistas en guerra una minoría fanática dentro del partido o del movimiento puede sentirse con libertad para expresar un furor que

excede notoriamente cualquier cálculo racional de interés. De este modo, volvemos a la idea de Hannah Arendt de que los regímenes fascistas construyen sobre la fragmentación de sus sociedades y la atomización de sus poblaciones. Arendt ha sido criticada agriamente por convertir la atomización en uno de los requisitos previos del éxito nazi.[517] Pero su *Orígenes del totalitarismo*, aunque expuesto en términos históricos, es más una meditación filosófica sobre la radicalización final del fascismo que una historia de sus orígenes. Aunque la fragmentación y la atomización de la sociedad no sean muy útiles para explicar el arraigo y la llegada al poder del fascismo, la fragmentación y atomización del Gobierno fueron características de la última fase de este, el proceso de radicalización. En los territorios recién conquistados, los funcionarios normales, los agentes del Estado normativo, fueron sustituidos por los radicales del partido, los agentes del Estado prerrogativo. Los procedimientos reglamentados de la burocracia dejaron paso a las improvisaciones incontrolables y desestructuradas de militantes del partido sin experiencia a los que se asignaban cargos de autoridad mal definidos sobre los pueblos conquistados.

Un intento de explicación del Holocausto

El ejemplo extremo de la radicalización fascista fue el asesinato de los judíos por parte de los nazis. Ninguna simple prosa puede hacer justicia al Holocausto, pero las versiones más convincentes de él tienen dos características. Por una parte, además del odio obsesivo de Hitler a los judíos, tienen también en cuenta a los miles de subordinados cuya participación en acciones cada vez más atroces contra ellos hizo que la maquinaria funcionase. Sin ellos, las fantasías asesinas de Hitler no habrían pasado nunca de fantasías.

La otra característica es el reconocimiento de que el Holocausto fue un proceso gradual en el que se fue pasando de actos de poca importancia a otros más abyectos.[518] La mayoría de los investigadores aceptan hoy que

el ataque nazi a los judíos se desarrolló progresivamente. No surgió ni exclusivamente de la violencia local desordenada de un pogromo popular ni exclusivamente de la imposición desde arriba de una política de Estado criminal. Ambos impulsos se estimularon mutuamente en una espiral ascendente, de una forma propia de un «Estado dual». Los estallidos locales de represión parapolicial por militantes del partido estaban estimulados por el lenguaje de los dirigentes nazis y por el clima de tolerancia de la violencia que establecieron. El Estado nazi canalizaba, a su vez, las iniciativas indisciplinadas de militantes del partido en políticas oficiales aplicadas de una forma regulada.

La primera fase fue la segregación: marcar a los enemigos internos, separarlos de la nación y privarles de sus derechos como ciudadanos. Esto se inició en la primavera de 1933 con acciones callejeras de militantes del partido, la llamada revolución desde abajo que siguió inmediatamente a la subida al poder de Hitler. El nuevo régimen intentó canalizar y controlar estos incidentes caóticos de identificación y destrozo de tiendas judías con un boicot oficial de un día el 1 de abril de 1933. Las leyes de Nuremberg del 15 de septiembre de 1935, que prohibieron los matrimonios mixtos y privaron a los judíos de la nacionalidad alemana, elevaron la segregación a la condición de política de Estado.[519] Siguió una pausa, motivada en parte por el deseo del régimen de presentar una cara positiva durante las Olimpiadas de Berlín de 1936.

Cuando volvió a estallar la violencia callejera en noviembre de 1938, con la quema de sinagogas y los destrozos de tiendas de la *Kristallnacht*, atizada por Goebbels,[520] otras autoridades nazis intentaron canalizar esta acción de las bases en una política de Estado más reglamentada de «arianización» de los negocios judíos. «Estoy harto de estas manifestaciones», se quejó Göring dos días después de la *Kristallnacht*. «No es a los judíos a los que perjudica, sino a mí, como la autoridad responsable de la coordinación de la economía alemana [...]. La compañía de seguros pagará los daños, que casi no afectarán a los judíos; y además los artículos destruidos son bienes de consumo que pertenecen al pueblo [...]. No nos hemos reunido simplemente para hablar más, sino para tomar decisiones [...], para eliminar a los judíos

de la economía alemana».[521] La segregación alcanzó su punto álgido con la identificación de la población judía. Primero en la Polonia ocupada a finales de 1939 y luego en el Reich en agosto de 1941, todos los judíos tenían que llevar una estrella de David amarilla cosida en el pecho de su prenda más exterior. Por entonces se había iniciado ya la fase siguiente, la expulsión.

La política de expulsión germinó en la mezcla de reto y oportunidad que significó la anexión de Austria en marzo de 1938. Esto aumentó el número de judíos del Reich y dio a los nazis, al mismo tiempo, más libertad para tratarlos con dureza. El oficial de las SS Adolf Eichmann ideó en Viena un sistema mediante el cual los judíos ricos, aterrorizados por matones nazis, pagaban bien por permisos de salida, obteniéndose así unos fondos que podían aplicarse a la expulsión de los demás.

La conquista alemana de la mitad occidental de Polonia en septiembre de 1939 aportó más millones de judíos y una mano libre aún mayor para tratar con ellos. El asesinato de gran número de miembros de la élite masculina polaca y judía por unidades militares especiales —los *Einsatzgruppen*— fue una parte integral de la campaña polaca, pero, para la población judía en general, el objetivo final siguió siendo la expulsión.

El problema surgió, sin embargo, cuando jerifaltes nazis individuales intentaron expulsar a sus judíos al territorio gobernado por otro. Muchos funcionarios nazis consideraban la zona ocupada de la antigua Polonia un basurero ideal para deshacerse de los judíos, pero su gobernador, Hans Frank, quería convertir su territorio en una «colonia modelo» expulsando hacia el este a los judíos polacos. Fue Frank el que logró el apoyo de Hitler y puso fin a la expulsión de judíos alemanes a Polonia.[522]

La situación se complicó aún más con el proyecto de Himmler de reasentar a unos 500.000 alemanes étnicos de Europa oriental y del norte de Italia en tierras que habían estado ocupadas por los judíos y polacos expulsados.[523] Esta «partida de dominó» de movimientos demográficos engranados no tardó en producir un «atasco de tráfico» que algunos planificadores raciales nazis pensaron aliviar en la primavera y el verano de 1940 enviando judíos europeos a la colonia francesa de Madagascar.[524]

Los nazis tenían la esperanza de que la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941 haría aún más fácil la expulsión. Aunque la conquista rápida prevista de territorio soviético pondría en manos de los nazis millones de judíos más, abriría también el inmenso territorio ruso, al que se les podría expulsar. Esta esperanza hizo que la expulsión siguiera siendo la solución oficial nazi para el «Problema Judío» hasta finales de 1941.

Pero estudios detallados de los territorios ocupados por los nazis en Polonia y en la Unión Soviética entre septiembre de 1939 y finales de 1941 muestran cuantías sorprendentes de margen de libertad individual y de variación local entre los administradores nazis en su tratamiento de los judíos. Al tener que resolver por su cuenta y riesgo problemas inesperadamente graves de seguridad, suministros, posesión de la tierra y enfermedad, experimentaron con todo tipo de iniciativas locales: guetización, trabajos forzados, reasentamientos.[525] En dos Estados bálticos recién ocupados y en la Polonia oriental, algunos administradores nazis cruzaron ya la línea, en agosto-septiembre de 1941, pasando de matar varones judíos por razones de «seguridad» al asesinato en masa de poblaciones judías completas, incluidos mujeres y niños, al parecer por iniciativa local —confiando, claro está, en la aprobación de Berlín—.[526] Vista desde esta perspectiva, la famosa reunión de dirigentes nazis de alto nivel bajo la presidencia del delegado de Himmler, Reinhard Heydrich, el 20 de enero de 1942 —la Conferencia de Wannsee—, parece más una coordinación posterior por parte del Estado de iniciativas de exterminio locales que la iniciación de una nueva política desde arriba.

Exactamente cuándo y por qué la vieja política de expulsión, salpicada con el asesinato de muchos varones judíos por razones de «seguridad», dejó paso en la Europa oriental bajo ocupación nazi a una nueva política de exterminio total de todos los judíos, incluidos mujeres y niños, sigue siendo uno de los temas más acaloradamente debatidos en la interpretación del Holocausto. No es ni siquiera seguro el que debamos centrarnos en Hitler o en sus subordinados en el campo. Si nos centramos en Hitler, el que no exista el menor indicio de una orden explícita del Führer para la etapa final de aniquilación ha causado problemas a los «intencionalistas»,

probablemente sin razón. Ningún investigador serio duda de la responsabilidad básica de Hitler.[527] El odio inflexible del Führer a los judíos era conocido por todos, y se le informaba regularmente de lo que estaba pasando.[528] Los administradores locales sabían que él «encubriría» sus acciones más extremas. Es probable que emitiese algún tipo de orden verbal en el otoño de 1941 como respuesta a la campaña en marcha contra la Unión Soviética: bien en la euforia del primer avance[529] o, más probablemente, con la cólera que causó que no consiguiese tomar Moscú antes del invierno ni alcanzar la victoria en la *blitzkrieg* de la que dependía toda la operación.[530] Una teoría plausible reciente localiza la orden de Hitler en una alocución secreta a altos funcionarios del partido del 12 de diciembre de 1941, como reacción a la entrada en la guerra de Estados Unidos y su transformación en un conflicto de ámbito auténticamente mundial. Hitler estaría cumpliendo así la amenaza que había hecho en un discurso del 30 de enero de 1939, de que si la guerra se llegaba a hacer mundial, la culpa sería de los judíos y lo pagarían —Hitler creía que los judíos controlaban la política estadounidense—.[531]

Si desviamos el foco hacia los administradores situados sobre el terreno, hemos visto cómo algunos de ellos habían cruzado ya a finales del verano de 1941 la línea que separaba la matanza selectiva de varones adultos del exterminio generalizado de toda la población judía. Esto no habría sido posible sin un odio criminal y extendido a los judíos, un punto en el que tiene razón el célebre y polémico libro de Daniel Goldhagen *Hitler's Willing Executioners*. Pero la existencia de un odio asesino y generalizado a los judíos no nos explica por qué se cruzó la línea en ciertos lugares en ciertos momentos y no en otros. Los estudios más convincentes presentan un proceso dinámico de «radicalización acumulativa» en el que se magnifican los problemas, aumentan las presiones, desaparecen las inhibiciones y se hallan argumentos legitimadores.

Hay dos tipos de procesos que ayudan a explicar cómo llegó a tomarse esa decisión de matar a todos los judíos, incluidos mujeres y niños. Uno de ellos es la serie de ensayos «generales» que sirvieron para reducir inhibiciones y aportaron personal adiestrado endurecido dispuesto a

cualquier cosa. Primero vino la eutanasia de alemanes locos y enfermos incurables, que se inició el mismo día que empezó la Segunda Guerra Mundial. La teoría eugenésica nazi hacía mucho que había proporcionado una justificación racial para librarse de las personas «inferiores». La guerra proporcionó una justificación más amplia para reducir la sangría que con unos recursos escasos significaban las «bocas inútiles». El programa T-4 mató a más de 70.000 personas entre septiembre de 1939 y 1941, cuando, debido a las protestas de las familias de las víctimas y del clero católico, se dejó el asunto en manos de las autoridades locales.[532] A algunos de los especialistas formados en este programa se les envió posteriormente al Este ocupado, donde aplicaron sus técnicas de matanzas en masa a los judíos. En este caso hubo ya menos oposición.

El segundo «ensayo general» fue el trabajo de los *Einsatzgruppen*, las escuadras especiales de intervención encargadas de ejecutar a la élite política y cultural de los países invadidos. En la campaña polaca de septiembre de 1939 ayudaron a eliminar a la intelectualidad polaca y a los altos funcionarios, lo que provocó cierta oposición dentro de la jefatura militar. En la campaña soviética los *Einsatzgruppen* recibieron la tristemente célebre «Orden del Comisario», es decir, la orden de matar a todos los cuadros del Partido Comunista, así como a la jefatura judía —los nazis consideraban que eran cosas equivalentes— y también a los gitanos. Esta vez el Ejército no puso ninguna objeción.[533] Los *Einsatzgruppen* jugaron posteriormente un papel importante, aunque no fuesen los únicos ni mucho menos, en las matanzas en masa de mujeres y niños judíos que se iniciaron en algunas zonas ocupadas en el otoño de 1941.

Un tercer «ensayo general» fue la muerte intencionada de millones de prisioneros de guerra soviéticos. Fue con unos seiscientos de ellos con los que las autoridades de ocupación nazis pusieron a prueba por primera vez el potencial para la matanza en masa del insecticida Zyklon-B en Auschwitz el 3 de septiembre de 1941.[534] Pero a la mayoría de los prisioneros de guerra soviéticos los mataron simplemente a base de trabajos o de hambre.

En la segunda categoría de procesos que ayudaron a que se llegara a tomar la «decisión de asesinar» figuraron los bloqueos, emergencias y crisis

que hicieron que los judíos se convirtieran en una carga aparentemente insoportable para los administradores de los territorios conquistados. Un bloqueo importante fue el que no se hubiese conseguido conquistar Moscú, lo que impidió la expulsión prevista de todos los judíos de la Europa Oriental conquistada al lejano interior soviético. Una emergencia importante fue la escasez de suministros de víveres para la fuerza invasora alemana. Los planificadores militares alemanes habían decidido alimentar a la fuerza invasora con los recursos de las zonas invadidas, con pleno conocimiento de que eso significaba la muerte por hambre de las poblaciones locales. Cuando los suministros locales quedaron muy por debajo de sus expectativas, se inició la búsqueda de «bocas inútiles». En la tortuosa mentalidad de los administradores nazis, judíos y gitanos planteaban también una amenaza para la seguridad de las fuerzas alemanas. Otra emergencia fue la que se creó con la llegada de trenes cargados de alemanes étnicos a la espera de reasentamiento, para los que había que disponer de espacio libre.

Los administradores nazis, enfrentados a estos problemas acumulados, recurrieron a una serie de «soluciones intermedias».[535] Una fue los guetos, pero se demostró que eran incubadoras de enfermedades —una obsesión para los pulcros nazis— y una sangría para el presupuesto. El intento de hacer que los guetos trabajasen para la industria de guerra alemana dio escasos resultados, solo aportó otra categoría de bocas inútiles: los que eran incapaces de trabajar. Otra «solución intermedia» fue el plan abortado, que hemos mencionado ya, de asentar a judíos europeos en masa en alguna zona remota como Madagascar, el África Oriental o el interior de Rusia. El fracaso de todas estas «soluciones intermedias» ayudó a que se abriera paso una «solución definitiva»: el exterminio.

Las primeras ejecuciones en masa se hicieron mediante fusilamientos, un proceso que era lento, desagradable y psicológicamente duro para los ejecutores —aunque muchos llegaron a inmunizarse—. La búsqueda de técnicas de matanza más eficientes condujo a la construcción de furgonetas especialmente preparadas, *Gaswagen*, en las que se introducían los humos del tubo de escape, una idea derivada de los camiones en los que se había

gaseado a los mentalmente enfermos con monóxido de carbono en Polonia en 1940. En el otoño de 1941 se construyeron treinta de estas furgonetas para el exterminio a gran escala de poblaciones judías de la Rusia ocupada.[536] En la primavera de 1942 se adoptó una tecnología aún más rápida cuando se construyeron instalaciones de ejecución fijas en seis campamentos en el antiguo territorio polaco. La mayoría de ellas siguieron utilizando monóxido de carbono, pero algunas, sobre todo en Auschwitz, utilizaron el Zyklon-B, más rápido y más fácil de manejar. Las fábricas de muerte acabaron encargándose del 60% de los judíos asesinados por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

Los nuevos centros de matanza en masa industrializada se construyeron lejos del alcance del Estado normativo alemán y de la ley alemana. Dos —Auschwitz y Chelmno— estaban en territorio polaco anexionado en 1939 y los otros cuatro —Treblinka, Sobibor, Majdanek y Belzec— estaban localizados en antiguas tierras polacas conocidas ahora como el *Generalgouvernement*.[537] Allí las autoridades militares compartían el poder con funcionarios civiles que eran en su mayoría militantes del partido.

En las zonas conquistadas de Polonia y de la Unión Soviética, organizaciones paralelas, como el organismo del partido que requisaba las tierras para redistribuirla entre los campesinos alemanes —el *Rasse-und Siedlungshauptamt*—, tenían más libertad que en el Reich. Las SS crearon un imperio económico-militar propio allí donde el Estado normativo apenas tenía presencia.[538] En esa tierra de nadie, tanto la regularidad burocrática como los principios morales se dejaban fácilmente a un lado y las necesidades de la raza superior se convertían en el único criterio de actuación. El desprecio tradicional que inspiraban los *Untermenschen* eslavos a los nacionalistas alemanes intensificó la atmósfera permisiva. En aquel no Estado sin nombre, los fanáticos nazis tenían manos libres para materializar sus fantasías de purificación racial más dementes sin la menor interferencia de un lejano Estado normativo.

El fragmentado sistema administrativo nazi dejó a los radicales completamente libres de control y permitió que se entregaran a sus

impulsos más sombríos. El Führer, que estaba por encima del Estado y fuera de él, estaba dispuesto a premiar el espíritu de iniciativa en la selva de la administración nazi de los territorios ocupados del este.

No se puede pensar que el régimen nazi asesinase judíos para complacer a la opinión pública alemana. Tomó complejas precauciones para ocultar estos actos al pueblo alemán y a los observadores extranjeros. En los documentos oficiales las autoridades responsables se referían a la matanza de judíos con eufemismos como *Sonderbehandlung* —«manejo especial»— y emprendieron importantes operaciones para eliminar todo rastro de ella, en un periodo en el que era difícil retirar del combate hombres y material.[539] Al mismo tiempo, no se hizo ningún esfuerzo especial por mantener el secreto por parte de los soldados alemanes que estaban en el frente oriental, a muchos de los cuales se les ordenaba participar. Algunos soldados y oficiales fotografiaron las ejecuciones masivas y enviaron las fotos a sus familias y a sus novias.[540] Muchos miles de soldados, empleados civiles y técnicos destinados a los territorios ocupados del este fueron testigos oculares de las matanzas masivas. Muchos miles más oyeron hablar de ellas a los que habían participado. El conocimiento dentro de Alemania de que se estaban haciendo cosas terribles a los judíos en el este era «bastante generalizado».[541] Mientras la destrucción desordenada, como las roturas de escaparates, las palizas y los asesinatos de la *Kristallnacht*, no se produjera debajo de las ventanas de sus casas, la mayoría de ellos dejaban que la distancia, la indiferencia, el miedo a la denuncia y sus propios sufrimientos bajo el bombardeo aliado ahogaran las objeciones.

Al final, el nazismo radicalizado perdió incluso sus amarras nacionalistas. Hitler, cuando se disponía a suicidarse en su búnker de Berlín en abril de 1945, quería arrastrar con él a la nación alemana en un frenesí final. Esto era en parte un signo de su carácter: para Hitler era tan inconcebible un acuerdo de paz con los aliados como lo era para los propios aliados. Pero también tenía una base dentro de la naturaleza del régimen: no seguir hacia delante era perecer. Cualquier cosa era mejor que la blandura.[542]

La radicalización italiana: Orden interno, Etiopía, Salò

La Alemania nazi en su paroxismo final es el único ejemplo auténtico hasta hoy de la etapa final de radicalización fascista. El fascismo italiano mostró también algunos de los signos de esas fuerzas que empujan a todos los fascismos hacia el extremo.

Vimos antes en este mismo capítulo cómo Mussolini se debatía entre los deseos radicales de los *ras* y de los escuadristas y su preferencia personal por el orden y el predominio del Estado sobre el partido. Pero no podía escapar de la imagen de sí mismo que había fomentado como héroe activista y su lenguaje seguía estando coloreado por la imaginería revolucionaria. No podía ignorar por completo la necesidad que sus seguidores tenían de cumplimiento, ni las expectativas del público, que él mismo había fomentado, de triunfos espectaculares.

En la década de 1930, tal vez con el objetivo ya mencionado de rejuvenecer a sus panzudos Camisas Negras, tal vez también bajo presión, para desviar la atención del pueblo de la mediocre situación económica de Italia durante la Depresión, Mussolini se embarcó en un periodo de una radicalización de mayor alcance. A partir de 1930 había empezado ya a adoptar un tono más agresivo en política exterior, pidiendo el rearme y prediciendo que «el siglo xx será el siglo del fascismo».[543] En 1932 volvió a hacerse cargo personalmente del Ministerio de Asuntos Exteriores y en 1933 de los ministerios de Guerra, de Marina y del Aire. En 1934 estaba preparando en secreto una operación militar en Etiopía. Tomando como pretexto una pequeña escaramuza que se había producido en diciembre de 1934 en Wal-wal, un remoto abrevadero del desierto cerca de la frontera sin delimitar de Etiopía y la Somalilandia italiana —hoy Eritrea—, Mussolini lanzó sus ejércitos contra Etiopía el 3 de octubre de 1935.

Tras una campaña unilateral que exigió más esfuerzo italiano del previsto, Mussolini pudo gritar victoria y proclamar al rey Víctor Manuel III emperador de Etiopía el 9 de mayo de 1936. Desde el balcón de sus oficinas del Palazzo Venezia de Roma, se enzarzó en un diálogo triunfal con la emocionada multitud:

¡Oficiales, suboficiales, soldados de todas las fuerzas armadas del Estado de África y de Italia, Camisas Negras de la Revolución, hombres y mujeres italianos de la patria y de todo el mundo, escuchad!

Nuestra espada relumbrante ha cortado todos los nudos, y la victoria africana permanecerá en la historia de la patria completa y pura, una victoria como la que soñaron y desearon los legionarios que han caído y los que han sobrevivido...

El pueblo italiano ha creado el imperio con su sangre. Lo fertilizará con su trabajo y lo defenderá con sus armas contra cualquiera, sea el que sea. ¿Seréis dignos de él?

Multitud: ¡Sí![544]

La guerra de Etiopía proporcionó al Partido Fascista un «nuevo impulso».[545] En Italia, fue ocasión para un poquito de teatro nacionalista magistral: la entrega de las alianzas de oro de las mujeres de Italia, de la reina Elena para abajo, para ayudar a pagar la campaña. Oficialmente fue la Milicia Fascista —MVSN— la que fue a combatir a Etiopía. La presencia del partido fue fuerte en el territorio conquistado. El *federale* del partido compartía el poder con el prefecto y el comandante del Ejército e intentó regimentar tanto a la población colonizadora como a los jóvenes etíopes a través de las organizaciones juveniles y de ocio fascistas. El régimen colonial permitió incluso una resurrección del *squadrismo*, hacía mucho ya desaparecido en Italia. En 1937, tras un intento de asesinato del general Graziani, general-gobernador y virrey, militantes del partido aterrorizaron a los habitantes de Addis Abeba durante tres días y mataron a centenares de ellos.[546]

La emoción y el esfuerzo de la guerra estuvieron acompañados de una «revolución cultural» y un «salto totalitario» —*svolta totalitaria*— en Italia.[547] Otro secretario del partido activista, Achille Starace —1931-1939—, dirigió una campaña para formar al «hombre nuevo» fascista instituyendo «costumbres fascistas», «lenguaje fascista» y legislación racial. La «reforma de las costumbres» sustituyó el tratamiento formal y respetuoso de «usted» —*lei*—, utilizado por el burgués educado, por el más familiar y amistoso «tú» —*tu* y *voi* en plural—.[548] El saludo fascista sustituyó al apretón de manos burgués. Se vistió de uniforme a los funcionarios y el Ejército empezó a desfilar con el paso alto exagerado que el régimen denominó *passo romano* para dejar claro que no estaba copiado

del paso de la oca nazi.

Pero el paso más sorprendente de la radicalización fascista de la década de 1930 fue la legislación discriminatoria contra los judíos. En julio de 1938 un «Manifiesto del Racismo Fascista» proclamó la nueva política, pronto le siguieron las leyes de septiembre y noviembre, que prohibían los matrimonios mixtos, siguiendo las directrices de las leyes de Núremberg nazis, y excluían a los judíos del funcionariado y de las profesiones liberales. Uno de cada doce catedráticos universitarios tuvo que abandonar su cátedra. El físico Enrico Fermi, premio Nobel, que no era judío, abandonó voluntariamente el país y se fue a Estados Unidos al quedar privado de muchos de los investigadores que trabajaban con él.

Suele considerarse que los fascistas copiaron las leyes raciales nazis para complacer a Hitler durante el periodo de alineamiento italiano con el Eje en política exterior.[549] En Italia no había habido prácticamente antisemitismo y su pequeña y antigua comunidad judía había estado excepcionalmente bien integrada. Como vimos en el capítulo 1, Mussolini había tenido respaldadores judíos e incluso íntimos colaboradores judíos en el periodo inicial. En 1933 los editores judíos estadounidenses le incluyeron entre los «doce grandes adalides cristianos» de los judíos del mundo.[550]

Una investigación más detenida puede poner al descubierto tallos italianos en los que podía injertarse un antisemitismo nativo. Las políticas de discriminación racial habían pasado a hacerse ya aceptables para los italianos en la colonia. Primero en Libia y luego en Etiopía, los militares italianos adoptaron tácticas de separación de los nómadas de sus animales y del alimento y el agua. Su internamiento en masa parecía prefigurar su eliminación. En Etiopía las leyes prohibieron el mestizaje —aunque lo hubo generalizado y manifiesto—. Angelo del Boca puede utilizar incluso la palabra *apartheid* para lo que el Fascismo intentó incluir en Etiopía.[551]

Otro tallo era la ambigüedad de las actitudes católicas hacia los judíos. La tradición católica fue hostil al racismo biológico, lo que la honra. La Iglesia insistía, por ejemplo, en que el sacramento del bautismo impedía que el converso fuese considerado ya judío, independientemente de lo que pudiesen haber sido sus padres. El papa Pío XI estaba intentando decidir si

emitía o no una encíclica condenando el racismo biológico nazi en 1939, cuando murió. Por otra parte, en la misa de Viernes Santo se identificaba a los judíos como el «pueblo deicida» que había matado a Cristo. Las publicaciones de la Iglesia continuaron durante un tiempo increíblemente largo manifestando las formas más toscas de antisemitismo, incluida la admisión de la antigua leyenda del asesinato ritual judío.[552] La Iglesia no hizo pública ninguna objeción a las formas no biológicas de discriminación contra judíos en países católicos, como cuotas en las universidades y limitaciones a la actividad económica.[553] En cuanto a los fascistas laicos, había habido siempre antisemitas entre ellos. A algunos, como a Telesio Interlandi, se les dio espacio destacado en la prensa del partido a partir de mediados de la década de 1930, antes incluso de la formación del Eje.

Es cierto que la nueva legislación fue en general impopular, y que en la Croacia bajo ocupación italiana y en el sureste de Francia las autoridades italianas protegieron en realidad a los judíos.[554] Cuando los alemanes empezaron a deportar judíos de Italia en 1943, pocos italianos colaboraron en esa tarea. Sin embargo, había habido suficiente apoyo a la legislación de 1938 como para que se aplicase con toda firmeza. Después de 1938, el régimen de Mussolini pasó de nuevo a atenerse a una política de todo como siempre. Cuando empezó la guerra en septiembre de 1939, le dijo a Hitler que él no estaba preparado. Cuando Mussolini entró finalmente en la Segunda Guerra Mundial, en el último momento posible, hacerlo no le proporcionó ni el botín de la victoria ni el aumento del entusiasmo popular que había previsto.[555] La «guerra paralela» de Mussolini después de junio de 1940 pretendió demostrar que ocupaba una posición de igualdad frente Hitler, pero solo cosechó derrotas y humillaciones que acabaron con la «relación privilegiada con la historia» del Fascismo y con los últimos vínculos de afecto entre el pueblo italiano y el Duce.

También los alemanes recibieron sombríamente la noticia de que había empezado la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, los éxitos de Hitler les llenaron de entusiasmo. Hicieron una guerra más larga y la hicieron con más resolución entre 1939 y 1945, a pesar de que hubo mucho más sufrimiento de los civiles que en 1914-1918. Pero en Italia no tardó en

estallar el globo de la emoción fascista. En una visión retrospectiva, la movilización fascista resultó ser más fácil que la movilización democrática. Churchill pudo movilizar al pueblo inglés con una promesa sincera de solo sangre, sudor, esfuerzo y lágrimas.

Los últimos días de Mussolini ofrecen otro caso de radicalización, aunque estuviese geográficamente limitada al norte en Italia. Cuando se hizo evidente que la participación de Italia en la Segunda Guerra Mundial del lado de Hitler se estaba convirtiendo en un desastre, sectores del orden establecido —militares de alta graduación, consejeros del rey, incluso algunos fascistas disidentes— quisieron librarse de Mussolini y firmar una paz por separado con los aliados. Poco después de que estos desembarcasen en Sicilia, el 10 de julio de 1943, pocas horas antes del amanecer del 25 de julio, el Gran Consejo Fascista aprobó por votación una resolución en la que se devolvía al rey la autoridad plena. Esa misma tarde, Víctor Manuel destituyó de su cargo al abatido Duce y le hizo detener.

Esa detención ignominiosa debería haber puesto fin al carisma de Mussolini. Sin embargo, el 12 de septiembre una audaz operación de comando alemana al mando del capitán de las SS Otto Skorzeny le liberó de su cautiverio en la cumbre de la estación de esquí del Gran Sasso, al este de Roma. Hitler reinstauró al Duce como dictador de una república fascista cuya capital estaba en Salò, en el lago de Garda, junto a la ruta principal hacia Alemania por el paso de Brenner. La República Social Italiana nunca fue más que un títere alemán y merece poco más que una nota al pie en la historia.[556] Pero nos interesa aquí porque, libre de la necesidad de aplacar a la Iglesia, al rey y a la jefatura industrial y financiera de Italia, la república de Salò volvió a los impulsos radicales de los primeros tiempos del fascismo.

En Salò, Mussolini se rodeó de algunos de los fanáticos del partido que quedaban y de unos cuantos oficiales pronazis. Jugaron la última carta que les quedaba: un nacionalsocialismo populista. El programa del nuevo Partido Republicano Fascista de noviembre de 1943 pedía la «socialización» de aquellos sectores de la economía necesarios para la autosuficiencia —energía, materias primas, servicios indispensables— y

solo dejaba en manos privadas la propiedad que fuese fruto del ahorro y del esfuerzo personal. El sector público debía estar dirigido por comités de administración en los que tendrían voz los trabajadores. Las explotaciones agrícolas improductivas o no cultivadas serían ocupadas por los jornaleros que trabajaban en ellas. El catolicismo siguió siendo la religión de la república fascista, pero muchos de los nuevos dirigentes no eran religiosos. La nueva república prometía gobernar a través de una asamblea que elegirían los sindicatos, las asociaciones profesionales y los militares. Sin embargo, la República Social Italiana de Salò nunca tuvo el poder necesario para poner en práctica esas medidas. El efecto principal de su radicalización fue que su policía y sus escuadras armadas se entregasen a una furia asesina en la guerra civil italiana de 1944-1945.

La república de Salò intentó también poner remedio a la desidia que se había apoderado del Fascismo oficial en Italia. Reclutó nuevas fuerzas armadas de fascistas comprometidos para continuar la guerra contra los aliados. Estaban compuestas principalmente por grupos voluntarios, como el Décimo Escuadrón Torpedero Príncipe Borghese, que combatía en tierra firme y principalmente contra la Resistencia.[557] Los agentes de la república de Salò intentaron también combatir la resistencia de la mayoría de los italianos a tomarse en serio el antisemitismo. Fue por entonces cuando los militantes fascistas efectuaron redadas de judíos y los internaron en campos donde los nazis tenían fácil acceso a ellos. Así fue como cayó prisionero en diciembre de 1943 el químico —y más tarde célebre escritor — Primo Levi y acabó en Auschwitz.[558]

La república de Salò intentó vengarse de los traidores a Mussolini dentro del fascismo. Consiguió detener solo a unos cuantos miembros del Gran Consejo Fascista que habían votado en contra del Duce el 25 de julio, pero ejecutó en Verona, en enero de 1944, a cinco de ellos —incluido el propio yerno de Mussolini, el conde Ciano, que había sido ministro de Exteriores del régimen fascista—. Aun así, toda la sangre derramada por la república de Salò fue solo unas gotas comparada con la que derramaron los nazis.

En abril de 1945, cuando se aproximaban ya los ejércitos aliados, los pocos partidarios que le quedaban a Mussolini se dispersaron. Los

partisanos le encontraron el 28 de abril escondido en la caja de un camión del ejército alemán que huía por la orilla occidental del lago de Como y le mataron, junto con su joven amante fija, Clara Petacci, y varios notables fascistas. Colgaron los cadáveres en una gasolinera de Milán, después de que una multitud resentida hubiese mutilado el del Duce. Hasta una generación después no se convertirían en objeto de peregrinaje sus restos, devueltos a la familia en 1957 y enterrados en su pueblo natal de Predappio. [559]

Pensamientos finales

La etapa de radicalización nos muestra al fascismo en su aspecto más distintivo. Si bien cualquier régimen puede radicalizarse, la profundidad y la fuerza del impulso fascista de desencadenar violencia destructiva, incluso hasta el extremo de la autodestrucción, lo diferencian de todos los demás.

En esta última etapa no es posible la comparación: solo llegó realmente a alcanzarla un régimen fascista. Un candidato tentador para la comparación ha sido la radicalización de la dictadura soviética de Stalin. Los casos nazi y soviético compartieron un rechazo del Estado de derecho y del procedimiento debido; los subordinaron ambos a los imperativos de la historia. Sin embargo, en otros aspectos, ninguna radicalización fascista fue idéntica a la forma estalinista. El fascismo idealizó la violencia de una forma distintiva, como una virtud propia de una raza dominante. Y aunque los agentes de las purgas de Stalin sabían que el dictador los encubriría, el sistema soviético carecía de la rivalidad engranada entre las organizaciones paralelas del partido y las élites del orden establecido por ganarse el favor del caudillo.

La guerra expansionista está presente en el núcleo básico de la radicalización. La Italia fascista, en la medida en que se radicalizó, lo hizo sobre todo en el África oriental conquistada en el paroxismo final de la campaña italiana. El régimen nazi alcanzó los límites extremos de radicalización en su guerra de exterminio contra la Unión Soviética. En esa

situación especialmente intensa, los funcionarios nazis se sintieron libres para emprender acciones más violentas que las emprendidas en las campañas occidentales de 1940, primero contra los enemigos del régimen, luego contra los aliados conservadores del fascismo y finalmente contra los propios alemanes, en un éxtasis de destrucción final.[560]

Mientras que en los regímenes bélicos autoritarios tradicionales el Ejército tiende a ampliar su control, como sucedió en el Reich alemán durante 1917 y 1918 y en la España de Franco, el Ejército alemán perdió el control de la política de ocupación en el este después de 1941, como ya hemos visto, frente a las organizaciones paralelas del Partido Nazi.[561] Los radicales del partido se sintieron libres para expresar sus odios y obsesiones de formas que eran ajenas a las tradiciones de los servicios del Estado. No se trata simplemente aquí de un asunto de sensibilidad moral; algunos oficiales y funcionarios se quedaron sobrecogidos por las acciones de las SS en los territorios conquistados, mientras que otros las aceptaron por solidaridad de grupo o porque se habían endurecido.[562] Era en cierta medida un asunto de disputa territorial. Sería inconcebible para una dictadura militar tradicional tolerar las incursiones de milicias del partido sin formación castrense en las esferas militares que permitió Hitler —e incluso Mussolini en Etiopía—.

El libro *Orígenes del totalitarismo* de Hannah Arendt, tan problemático para las etapas iniciales del fascismo, es útil aquí. Porque aquí entramos en un campo en el que los cálculos interesados que se puede alegar que regían la conducta tanto de los nazis como de sus aliados en circunstancias más normales del ejercicio del poder no determinaban ya la política. En esta última etapa una minoría obsesionada es capaz de llevar sus odios más apasionados implacablemente hasta el extremo y hasta el último límite de la experiencia humana.

La liberación de restricciones permitió a un núcleo duro de los fanáticos del movimiento recuperar la posición dominante por encima de sus aliados burgueses y llevar a término algunos de los proyectos radicales del principio. En los puestos destacados del imperio, el fascismo recuperó la violencia directa de los primeros tiempos de *squadrismo* y de peleas

callejeras de la SA. No se debe caer en la tentación en esta etapa final de volver a un modo sumamente personalizado de enfocar el ejercicio del poder en los regímenes fascistas, con sus ideas desacreditadas de matones que se han apoderado del Estado. El régimen nazi fue capaz de continuar la guerra con una intensidad en aumento constante solo con la complicidad continuada de los servicios del Estado y de grandes sectores de los socialmente poderosos.

La radicalización fascista no puede ser, por último, considerada una forma racional de convencer a la gente de que debía entregarse del todo al esfuerzo bélico. Condujo al Gobierno nazi a una espiral desenfrenada que impidió en último término hacer la guerra de un modo racional, pues pasó a desviar recursos vitales de las operaciones militares para emplearlos en el asesinato de los judíos. Finalmente, la radicalización niega incluso la nación, que es supuestamente algo que figura en el corazón mismo del fascismo. Al final, los fascistas fanáticos prefieren destruirlo todo en un paroxismo final, incluido su propio país, antes que aceptar la derrota.

La radicalización fascista prolongada durante un periodo muy largo no ha sido atestiguada nunca. Es incluso difícil de concebir. ¿Puede imaginarse que incluso Hitler pudiese mantener la presión en la vejez? Organizar la sucesión de un dirigente fascista senescente es otro problema intrigante, pero, hasta el momento, hipotético.[563] La forma más normal de sucesión en un régimen fascista probablemente sea la caída en un autoritarismo tradicional. En ese punto puede haber una liberalización progresiva, como en la España posfranquista, o quizás una revolución —como en el Portugal postsalazarista—. Pero la sucesión ordenada es claramente mucho más problemática con el fascismo que con otras formas de gobierno, incluso el comunismo. El fascismo es, en un análisis final, desestabilizante. A largo plazo, por tanto, no era en realidad una solución a los problemas de unos liberales o unos conservadores asustados.

El resultado final fue que los regímenes fascistas italiano y alemán se lanzaron ellos mismos por el despeñadero en su búsqueda de éxitos cada vez más embriagadores. Mussolini tuvo que dar su paso fatídico y entrar en la guerra en junio de 1940 porque la ausencia fascista en la victoria de

Hitler sobre Francia podría muy bien hacerle perder su control del pueblo italiano. Hitler nunca dejó de imaginar nuevas conquistas —la India, las Américas—, hasta que se suicidó en su búnker asediado de Berlín el 30 de abril de 1945. Los fascismos que conocemos parecen condenados a destruirse a sí mismos en su precipitada y obsesiva carrera hacia delante para cumplir con esa «relación privilegiada con la historia» que les prometen a sus pueblos .

---

[484] Adrian Lyttetton, en Kolloquien des Instituts flir Zeitgeschichte, *Der italienische Faschismus: Probleme und Forschungstendenzen,* Múnich, Oldenbourg, 1983, p. 59.

[485] Giuseppe Bottai, «La rivoluzione permanente», en *Critica fascista,* noviembre 1, 1926, citado en Alexander Nützenadel, «Faschismus als Revolution? Politische Sprache und revolutionärer Stil im Italien Mussolinis», en Christof Dipper, Lutz Klinkhammer y Alexander Nützenadel (eds.), *Europäische Sozialgeschichte: Festschrift für Wolfgang Schieder,* Berlín, Duncker & Humblot, 2000, p. 37. Las palabras recuerdan a Trotski, pero Bottai, un antiguo escuadrista convertido en burócrata, explicaba que la «revolución permanente» fascista, a diferencia de revoluciones anteriores, significaba un cambio a largo plazo bajo la dirección del Estado. Jeremy Noakes aborda este tema elegantemente para Alemania en «Nazism and Revolution», en Noel O'Sullivan (ed.), *Revolutionary Theory and Political Reality,* Londres, Wheatsheaf, 1983, pp. 73-100. Véase también el punto de vista de Arendt en el capítulo 5, p. 180.

[486] Este término se define en el capítulo 8, pp. 363-368.

[487] Para una brillante interpretación de la España de Franco como fascista (al menos hasta 1945) por su criminal espíritu vengativo, su búsqueda de la pureza cultural y su sistema económico cerrado, véase Michael Richards, *A Time of Silence: Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain, 1936-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

[488] La biografía más reciente y más completa es Paul Preston, *Franco,* Nueva York, Basic Books, 1994 (cita, en p. 330). Preston retrata a Franco, más de lo que lo hacen la mayoría de sus biógrafos, como activamente comprometido en su asociación con el Eje, al menos hasta 1942.

[489] Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945*: *Nemesis*, Nueva York, Norton, 2000, p. 330.

[490] Preston, *Franco,* p. 267.

[491] Stanley G. Payne, *Fascism in Spain, 1923-1977,* Madison, University of Wisconsin Press, 1999, pp. 401, 451, y *passim.*

[492] Antonio Costa Pinto, *Salazar's Dictatorship and European Fascism*, Boulder, CO, Social Science Monographs, 1995, p. 161.

[493] Antonio Costa Pinto, *The Blue Shirts: Portuguese Fascists and the New State*, Boulder, CO, Social Science Monographs, 2000.

[494] Costa Pinto, *Salazar's Dictatorship,* p. 204.

[495] Roland Sarti, *Fascism and the Industrial Leadership in Italy, 1919-1940: A Study in the Expansion of Private Power under Fascism*, Berkeley, University of California Press, 1971, p. 51.

[496] Véase capítulo 4, pp. 189-190.

[497] Véase capítulo 5, pp. 227. Después de diez años en el ostracismo político, Farinacci volvió a la prominencia en la guerra de Etiopía, donde se distinguió volándose una mano cuando pescaba con granadas. Siguió manteniendo una relación de fácil familiaridad con el Duce, instándole siempre a un mayor radicalismo, hasta que se enfrentó con la desaprobación alemana en 1943.

[498] Roland Sarti subtitula su libro (véase antes, nota 12, en la página 258) «A Study in the Expansion of Private Power Under Fascism». Una panorámica reciente del sindicalismo fascista es Adolfo Pepe, «Il sindacato fascista», en Angelo del Boca Massimo Legnani y Mario D. Rossi, *Il regime fascista: Storia e storiografia*, Bari, Laterza, 1995, pp. 220-243.

[499] Véase capítulo 5, p. 235-236.

[500] Pío XI había aceptado ya la disolución del problemático Partito Popolare de Dom Luigi Sturzo en 1926. Negoció una serie de concordatos con dictaduras europeas, incluida la Alemania nazi, por los que aceptaba la disolución de partidos católicos a cambio de la continuidad de Acción Católica y de las escuelas parroquiales.

[501] Las obras sobre las relaciones Iglesia-Estado en Italia están en el ensayo bibliográfico.

[502] Citado en Ruth Ben-Chiat, *Fascist Modernities: Italy, 1922-1945*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2001, p. 13.

[503] Véase capítulo 6, pp. 266, 279-287.

[504] Véase capítulo 5, pp. 218-219.

[505] Véase capítulo 6, p. 286.

[506] Schwerin von Krosigk siguió en el cargo hasta el final mismo, pero con una autoridad menguante.

[507] Robert Koehl, «Feudal Aspects of National Socialism», *American Political Science Review* 54, diciembre de 1960, pp. 921-933.

[508] Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham, *Nazism 1919-1945*, vol. 2: *State, Economy and Society, 1933-1939: A Documentary Reader*, Exeter, University of Exeter Press, 1984, pp. 231-232.

[509] Véase capítulo 5, nota 50 (en la página 219).

[510] *The Goebbels Diaries*, ed. de Louis Lochner, Nueva York, Doubleday, 1948, p. 314 (entrada correspondiente al 20 de marzo de 1943). Hitler hablaba del tema judío.

[511] A. J. P. Taylor, *Origins of the Second World War*, Nueva York, Atheneum, 1962, pp. 210-212, 216-220, 249-250, 278.

[512] Galeazzo Ciano, *Diary 1937-1943*, Nueva York, Enigma, 2002, p. 25 (entrada correspondiente al 13 de noviembre de 1937).

[513] Bruno Biancini (ed.), *Dizionario Mussoliniano*, Milán, Ulrico Hoepli, 1939, p. 88 (discurso ante el Parlamento de 26 de mayo de 1934).

[514] Edward R. Tannenbaum da unos cuantos ejemplos en *The Fascist Experience: Italian Society and Culture, 1922-1945*, Nueva York, Basic Books, 1972, pp. 306, 329.

[515] El tratamiento clásico, Macgregor Knox, *Mussolini Unleashed*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982, atribuye la decisión exclusivamente a la belicosidad de Mussolini, aunque Bosworth, *Mussolini*, discrepa y afirma que Mussolini fue más cauto en 1939-1940 que la Italia liberal en 1911 y 1915, y que le apoyó ampliamente la opinión pública italiana en su decisión de ir a la guerra (p. 370).

[516] Robert O. Paxton, *Parades and Politics at Vichy*, Princeton, Princeton University Press, 1966, pp. 75-81, 228-237, 321-343.

[517] Véase capítulo 8, p. 351.

[518] Firmemente establecido hace una generación por Karl A. Schleunes, *The Twisted Road to Auschwitz*, Urbana, University of Illinois Press, 1970, y Uwe Dietrich Adam, *Judenpolitik im dritten Reich*, Dusseldorf, Oraste, 1972, el desarrollo por etapas de la política nazi antijudía sigue informando las síntesis más importantes: Saul Freidländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. 1: *The Years of Persecution: 1933-1939*, Nueva York, HarperCollins, 1997, y Peter Longerich, *Politik der Vernichtung: Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistische Judenverfolgung*, Múnich, Piper, 1998.

[519] Hitler eligió la versión «menos inclusiva» que se le ofrecía. Friedlander, *Nazi Germany and the Jews*, vol. 1, pp. 148-149.

[520] Véase capítulo 1, pp. 34-35.

[521] Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham, *Nazism: 1919-1945*, vol. II: *State, Economy, and Society, 1933-1939*, Exeter, University of Exeter Press, 1984, p. 559.

[522] Götz Aly, «Jewish Resettlement: Reflections on the Prehistory of the Holocaust», p. 64, y Thomas Sandkühler, «Anti-Jewish Policy and the Murder of the Jews in the District of Galicia, 1941-42», pp. 109-111, en Ulrich Herbert (ed.), *National Socialist Extermination Policies: Contemporary German Perspectives and Controversies*, Nueva York, Fischer, 1998.

[523] La «vuelta a casa» de los alemanes étnicos del sur del Tirol (o Alto Adigio) y de una serie de regiones de la Europa oriental, incluidos los Estados bálticos, Bukovina, Dobrudja y Besarabia, había sido negociada con Mussolini y Stalin en 1939. La obra clásica es Robert L. Koehl, *RKFDV: German Resettlement and Population Policy, 1939-1945*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1957. Véase también Götz Aly, «*Final Solution»: Nazi Population Policy and the Murder of the European Jews*, trad. del alemán por Belinda Cooper y Allison Brown, Londres y Nueva York, Arnold, 1999, esp. cap. 5. Un resumen útil es Aly, «Jewish Resettlement», en Ulrich Herbert (ed.), *Extermination Policies*, pp. 53-82.

[524] Aly, «Jewish Resettlement», pp. 61, 69, 70, utiliza los términos «callejón sin salida» y «política de dominó». La obra más autorizada sobre el plan de Madagascar es Magnus Breehtken, «*Madagascar für die Juden»: Antisemitische Idee und politische Praxis, 1885-1945*, Múnich, Oldenbourg, 1997.

[525] Véase el importante trabajo nuevo reunido en Herbert (ed.), *Extermination Policies.*

[526] Longerich, *Politik der Vernichtung*, pp. 369-410; Christian Dieckmann, «The War and the Killing of the Lithuanian Jews», en Herbert, *Extermination Policies*, p. 231; Sandkühler, «Anti-Jewish Policy», pp. 112-113.

[527] La sugerencia de David en *Hitler's War*, Nueva York, Viking, 1977, pp. 12-13, de que Himmler fue responsable hasta 1943 ha quedado desacreditada. Irving se convirtió más tarde en un negacionista.

[528] Gerald Fleming, *Hitler and the Final Solution*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1984, reunió pruebas abrumadoras sobre este punto.

[529] Christopher R. Browing, «The Euphoria of Victory and the Final Solution: Summer-Fall 1941», *German Studies Review* 17, 1994, pp. 473-481.

[530] Philippe Burrin, *Hitler and the Jews: The Genesis of the Holocaust*, Londres y Nueva York, Edward Arnold, 1994.

[531] Christian Gerlach, *Krieg, Ernährung, Völkermord: Forschungen zur deutschen Vemichtungspolitik im Zweiten Weltkrieg*, Hamburgo, Hamburger Edition, 1998, cap. 2: «Die Wannsee Konferenz, das Schicksal der deutschen Juden, und Hitlers politische

Grundsatzentscheidung aIle Juden Europas zu ermorden».

[532] Michael Burleigh, *Death and Deliverance: «Euthanasia» in Germany* c. *1900-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994 (números, en p. 160). La decisión se tomó realmente en octubre de 1939 y se fechó antes, el 1 de septiembre, el día que empezó la guerra. Teniendo en cuenta que las autoridades locales mataron de hambre más tarde deliberadamente a los internos de los manicomios de Alemania y que se mató a los locos y a los enfermos incurables de la Europa Oriental ocupada, el total alcanzó la cifra de unos 200.000 en 1945.

[533] Véase Helmut Krausnick y H. H. Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges: Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD, 1938-1942*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1981.

[534] Wolfgang Benz, Hermann Graml y Hermann Weiss (eds.), *Enzyklopädie des Nationalsozialismus,* Stuttgart, Klett-Cotta, 1997, p. 815.

[535] La frase «solución intermedia» procede de Gotz Aly, «Jewish resettlement», p. 69.

[536] Mathias Beer, «Die Entwicklung der Gaswagen beim Mord an den Juden», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 35, 3, julio de 1987, pp. 403-418.

[537] Los nazis dividieron la Polonia ocupada en tres partes en 1939: el tercio occidental, oficialmente rebautizado como Warthegall, se incorporó al Reich. El tercio oriental lo ocupó Stalin. El tercio restante, gobernado como un feudo del Partido Nazi por el gobernador general Hans Franz, ni siquiera tenía nombre en polaco. Los nazis lo denominaron con el neologismo vagamente francés *Generalgouvernement.*

[538] Alexander Dallin, *German Rule in Russia: 1941-1945: A Study of Occupation Policies,* 2ª ed. rev., Boulder, CO, Westview Press, 1981 (pub. orig., 1957), es aún esencial para la administración y explotación por parte de las SS del territorio soviético conquistado.

[539] Aktion 1005 era un programa para ocultar las huellas de los centros de exterminio cerrados de las zonas ocupadas del este, como el de Chelmno, en septiembre de 1944. El trabajo corrió a cargo principalmente de los últimos internos del campo, que fueron fusilados una vez terminada la tarea. Pero, a veces, hicieron este trabajo soldados alemanes, a los que se necesitaba desesperadamente en el frente. Walter Manoschek, «The Extermination of Jews in Serbia», en Herbert, *Extermination Policies,* p. 181.

[540] Hay ejemplos estremecedores en Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners.*

[541] Ian Kershaw, *Popular Opinion and Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1983, pp. 364-372, 377-378; O. D. Kulka, «The German Population and the Jews», en David Bankier (ed.), *Probing the Depth of German Antisemitism,* Nueva York, Berghahn, 2000, p. 276, lo considera de «conocimiento general».

[542] Véanse las páginas de Hans Buchheim sobre «dureza y camaradería» en Helmut Krausnick, Hans Buchheim, Martin Broszat y Hans-Adolf Jacobsen, *Anatomy of the SS-State*, Nueva York, Walker, 1968, pp. 334-348.

[543] Discurso del 23 de octubre de 1932; aparecen palabras similares en la entrada «Fascismo» de la *Enciclopedia italiana.*

[544] Hay pasajes en inglés de ese discurso en Charles F. Delzell (ed.), *Mediterranean Fascism,* Nueva York, Harper & Row, 1970, pp. 199-200.

[545] Luigi Goglia y Fabio Grassi, *Il colonialismo italiano da Adua all'impera,* Bari, Laterza, 1993, p. 221.

[546] Goglia y Grassi, *Colonialismo,* pp. 222, 234. Véase también Nicola Labanca,

«L'Amministrazione coloniale fascista: Stato, politica, e società», en Angelo del Boca *et al*., *Il regime fascista*, pp. 352-395.

[547] Los términos son de Renzo de Felice, en *Mussolini: Il Duce: Lo stato totalitario, 1936-1940*, Turín, Einaudi, 1981, p. 100; para controversias en torno al principal biógrafo de Mussolini, véase el ensayo bibliográfico, p. 380.

[548] Gabriella Klein, *La Politica linguistica del fascismo*, Bolonia, Il Mulino, 1986.

[549] Los análisis más recientes y convincentes son Michele Sarfatti, *Mussolini contra gli ebrei: Cronaca delle leggi del 1938*, Turín, Silvio Zamani Editore, 1994, y *Gli ebrei nell'Italia fascista: Vicende, identita, persecuzione*, Turín, Einaudi, 2000. Sarfatti se detiene menos en una supuesta influencia nazi y más en las raíces italianas y el apoyo a las medidas antijudías de Mussolini que los tratamientos clásicos anteriores: Meir Michaelis, *Mussolini and the Jews*, Nueva York, Oxford University Press, 1978, y Renzo de Felice, *The Jews in Fascist Italy: A History*, Nueva York, Enigma Books, 2001 (ed. italiana, 1988). Sarfatti expone sus conclusiones brevemente en «The Persecution of the Jews in Fascist Italy», en Bernard D. Cooperman y Barbara Garvin (eds.), *The Jews of Italy: Memory and Identity*, Bethesda, MD, University Press of Maryland, 2000, pp. 412-424.

[550] John P. Diggins, *Mussolini and Fascism: The View from America*, Princeton, Princeton University Press, 1972, p. 40.

[551] Para el racismo manifiesto con que se desarrollaron las guerras coloniales fascistas, incluido el intento de eliminar a poblaciones «inferiores» enteras, véase Angelo del Boca, «Le leggi razziali nell'impera di Mussolini», en Del Boca *et al*., *Il regime fascista*, pp. 329-351, y las obras sobre el colonialismo italiano citadas en el ensayo bibliográfico, p. 402-403.

[552] David I. Kertzer, *The Popes Against the Jews: The Vatican's Role in the Rise of Modern Anti-Semitism*, Nueva York, Alfred Knopf, 2001, reúne pruebas irrefutables de publicaciones del Vaticano, aunque va demasiado lejos al incluir algunos materiales no papales.

[553] El Vaticano aprobó explícitamente la discriminación francesa de Vichy contra los judíos en empleo y educación. Michael R. Marrus y Robert O. Paxton, *Vichy France and the Jews*, Stanford, CA, Stanford University Press, 1995, pp. 200-202.

[554] Jonathan Steinberg, *All or Nothing: The Axis and the Holocaust, 1941-1943*, Londres, Routledge, 1991.

[555] Parece ser que el jefe de policía Bocchini le explicó a Mussolini en junio de 1940 que solo los antifascistas estaban a favor de la guerra, porque pensaban que les libraría del régimen odiado. Claudio Pavone, *Una guerra civile*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991, p. 64.

[556] Véase el ensayo bibliográfico, p. 404.

[557] F. W. Deakin, *The Six Hundred Days of Mussolini*, Nueva York, Anchor, 1966, pp. 44-45. El príncipe Borghese fue condenado a prisión en 1949 por sus acciones contra la Resistencia italiana, pero solo pasó diez días en la cárcel. Después de la guerra fue funcionario del partido neofascista italiano, el Movimento Sociale Italiano (MSI), del que se habla en el capítulo 7.

[558] Primo Levi, «The Art of Fiction, CXL», *Paris Review* 134, primavera de 1995, p. 202.

[559] Sergio Luzzatto, *Il corpa di Mussolini: Un cadavero tra imaginazione, storia, e memoria*, Turín, Einaudi, 1998.

[560] Las autoridades nazis mataron a todos los que intentaban rendirse, en una política denominada «fuerza a través del miedo». Véase Antony Beevor, *Berlin: The Downfall, 1945*, Londres, Viking, 2002, pp. 92-93 y 127; y Robert Gellately, *Backing Hitler*, pp. 236-242.

[561] Véase capítulo 6, p. 277.

[562] Omer Bartov muestra cómo las duras condiciones y las intenciones genocidas de la campaña rusa dañaron al Ejército además de a las SS empujándolos a la brutalidad en *Hitler's Army: Soldiersaz, Nazis and War in the Third Reich*, Nueva York, Oxford University Press, 1991, y *The Eastern Front, 1941-1945*: *German Troops and the Barbarisation of Warfare*, 2ª ed., Nueva York, Palgrave, 2001.

[563] Véase capítulo 5, nota 43 /en la página 216).

07
Otros tiempos, otros lugares

¿Es posible aún el fascismo?

En el capítulo 2 tracé el límite inicial del fascismo bastante fácilmente en el momento en el que la democracia de masas estaba empezando a operar plenamente y a enfrentarse con su primera borrasca. Aunque puedan identificarse precursores antes de 1914 —analizamos algunos en el capítulo 2—, no hubo espacio adecuado para el fascismo hasta después de la Primera Guerra Mundial y la Revolución bolchevique. Los movimientos fascistas no pudieron alcanzar su primer desarrollo pleno hasta el reflujo de estas dos mareas.

El límite final del fascismo es más difícil de situar. ¿Se ha acabado el fascismo? ¿Hay un Cuarto Reich o algo equivalente en perspectiva? Más modestamente, ¿hay condiciones bajo las cuales algún tipo de neofascismo pudiera convertirse en un actor lo suficientemente poderoso en un sistema político para disponer de influencia política? No hay pregunta que se formule con mayor insistencia ni que cause más angustia a un mundo que aún se duele de las heridas que le han infligido los fascismos durante el periodo 1922-1945.

Investigadores importantes han sostenido que el periodo fascista concluyó en 1945. En 1963 el filósofo alemán Ernst Nolte escribió en un aclamado libro sobre «el fascismo y su era» que, aunque el fascismo aún existiese después de 1945, había sido despojado de significación real.[564] Muchos

han coincidido con él en que el fascismo fue un producto de una crisis particular y única nacida del pesimismo cultural de la década de 1890, la vorágine de la primera «nacionalización de las masas»,[565] las tensiones de la Primera Guerra Mundial y la incapacidad de los regímenes democráticos liberales para afrontar las secuelas de la guerra y, en particular, la expansión de la Revolución bolchevique.

El mayor obstáculo para la resurrección del fascismo clásico después de 1945 fue la repugnancia que había llegado a inspirar. Hitler provocó náuseas cuando se difundieron las imágenes truculentas de los campos de concentración recién liberados. Mussolini inspiró burlas. Paisajes devastados atestiguaban el fracaso de ambos. El cuerpo carbonizado de Hitler en las ruinas de su búnker de Berlín y el cadáver de Mussolini colgado de los tobillos en una sucia gasolinera de Milán señalaron la mísera extinción de su carisma.[566]

La posibilidad de una resurrección del fascismo se enfrentó después de 1945 a obstáculos adicionales: la creciente prosperidad y la globalización aparentemente irreversible de la economía mundial, el triunfo del consumismo individualista,[567] la disminución de la posibilidad de la guerra como instrumento de política nacional para las naciones grandes en la era nuclear, la credibilidad menguante de una amenaza revolucionaria. Todos estos fenómenos de posguerra han sugerido a muchos que el fascismo tal como floreció en Europa entre las dos guerras mundiales no podía existir después de 1945, al menos no en la misma forma.[568]

El final del fascismo quedó en entredicho en la década de 1990 por una serie de procesos aleccionadores: limpieza étnica en los Balcanes y agudización de nacionalismos excluyentes en la Europa Oriental poscomunista; difusión de la violencia de los «cabezas rapadas» contra los inmigrantes en Inglaterra, Alemania, Escandinavia e Italia; primera participación de un partido neofascista en un Gobierno europeo en 1994, cuando la Alleanza Nazionale Italiana, descendiente directa del principal partido neofascista italiano, el Movimento Sociale Italiano —MSI—, se incorporó al primer Gobierno de Silvio Berlusconi;[569] entrada del Freiheitspartei —Partido de la Libertad— de Jörg Haider, con sus guiños de

aprobación a los veteranos nazis, en el Gobierno austriaco en febrero de 2000; la asombrosa ascensión de la extrema derecha francesa con Jean-Marie Le Pen al segundo lugar en la primera vuelta de las elecciones presidenciales francesas en mayo de 2002; y la meteórica ascensión del marginal antiinmigrantes pero inconformista Pym Fortuyn en Holanda en el mismo mes. Finalmente, todo un universo de «grupúsculos» de la derecha radical fragmentados que proliferaron, manteniendo viva una gran variedad de temas y prácticas de la extrema derecha.[570]

El que uno crea o no que el fascismo puede resurgir es algo que depende, claro está, de lo que entienda por fascismo. Los que previenen que el fascismo está volviendo tienden a presentarlo de una forma bastante laxa como nacionalismo y racismo abiertamente violentos.[571] El autor que proclamó más categóricamente la muerte del fascismo en 1945 postula que sus elementos definitorios —soberanía particular ilimitada, un gusto por la guerra y una sociedad basada en la exclusión violenta— simplemente no tienen lugar alguno en el mundo complejo e interdependiente de después de la Segunda Guerra Mundial.[572] La opinión más extendida es que, a pesar de que haya aún fascistas por ahí, las condiciones de la Europa de entreguerras que les permitieron crear movimientos importantes e incluso tomar el poder no existen ya.[573]

El tema del fascismo desde 1945 es más dudoso aún por lo polémico de la terminología. A la extrema derecha de Europa posterior a 1945 se la acusa continua y estridentemente de revivir el fascismo; sus dirigentes niegan la acusación con similar insistencia. Los movimientos y partidos de posguerra han sido, por su parte, no menos amplios que los fascismos de entreguerras, capaces de unir a auténticos admiradores de Mussolini y Hitler en la misma tienda que los que votan por un solo tema y los rebeldes indecisos. Sus dirigentes han preferido presentar un rostro moderado ante el público general mientras dan la bienvenida en privado a los simpatizantes declarados del fascismo con mensajes en clave de que hay que aceptar la propia historia, restaurar el orgullo nacional o reconocer el valor de los combatientes de todos los bandos.

La inoculación de la mayoría de los europeos contra el fascismo original

por la vergüenza de 1945 es intrínsecamente temporal. Los tabúes de 1945 se han debilitado inevitablemente con la desaparición de la generación de los testigos presenciales. De todos modos, un fascismo del futuro —una reacción de emergencia a alguna crisis aún no imaginada— no tiene por qué parecerse literalmente al fascismo clásico en sus símbolos y signos externos. Un movimiento futuro que «prescindiese de instituciones libres»[574] para realizar las mismas funciones de movilización de masas a través de la reunificación, purificación y regeneración de algún grupo atribulado se llamaría sin la menor duda de algún otro modo y se valdría de símbolos nuevos. No sería por eso menos peligroso.

Por ejemplo, aunque un nuevo fascismo satanizaría inevitablemente a algún enemigo, tanto interno como externo, ese enemigo no tendría por qué ser los judíos. Un fascismo estadounidense auténticamente popular sería piadoso, antinegro y, después del 11 de septiembre de 2001, también antiislámico; en la Europa Occidental, laico y, en estos momentos, más probablemente antiislámico que antisemita; en Rusia y en la Europa Oriental, religioso, antisemita, eslavófilo y antioccidental. Los nuevos fascismos probablemente preferirían el atuendo patriótico general de su propio lugar y época a símbolos ajenos como cruces gamadas o *fasces*. El moralista inglés George Orwell comentaba en la década de 1930 que el auténtico fascismo inglés aparecería tranquilizadoramente ataviado con un sobrio traje inglés.[575] No hay ningún papel de tornasol indumentario para determinar lo que es fascismo y lo que no es.

Pueden proporcionarnos más ayuda para determinar si aún es posible el fascismo las etapas en torno a las cuales he estructurado este libro. Resulta relativamente fácil aceptar la persistencia generalizada de la Etapa Uno —la fundacional—, de movimientos de la derecha radical que tienen cierta vinculación implícita o explícita con el fascismo. Ha habido ejemplos desde la Segunda Guerra Mundial en toda sociedad industrial y urbanizada con política de masas. La Etapa Dos, sin embargo, en la que esos movimientos arraigan en sistemas políticos como actores significativos y titulares de importantes intereses, exige una prueba histórica mucho más rigurosa. La prueba no nos exige, sin embargo, hallar réplicas exactas de la retórica, los

programas o las preferencias estéticas de los primeros movimientos fascistas de la década de 1920. Los fascismos históricos moldearon el espacio político en el que crecieron y las alianzas que fueron esenciales para que alcanzasen las Etapas Dos o Tres, y las nuevas versiones experimentarán una influencia similar. Las copias al carbón del fascismo clásico han resultado habitualmente demasiado exóticas o demasiado vergonzosas desde 1945 para conseguir aliados. Los cabezas rapadas, por ejemplo, solo se convertirían en equivalentes funcionales de la SA de Hitler y de los escuadristas de Mussolini si inspiraran apoyo en vez de repugnancia. Si elementos importantes de la élite conservadora empezasen a cultivarlos o incluso tolerarlos como arma contra algún enemigo interior, como los inmigrantes, estaríamos aproximándonos a la Etapa Dos.

Todo indica que solo han alcanzado desde 1945 la Etapa Dos —si es que lo han hecho—, al menos fuera de las zonas antes controladas por la Unión Soviética, los partidos y movimientos de la derecha radical que se han esforzado por «normalizarse» como partidos aparentemente moderados y diferenciables del centro derecha solo por su tolerancia con algunos amigos embarazosos y por excesos verbales esporádicos. En el nuevo mundo inestable que siguió al hundimiento del comunismo soviético abundan, sin embargo, movimientos que se parecen demasiado al fascismo. Si interpretaremos la resurrección de un fascismo puesto al día como la aparición de algún equivalente funcional y no como una repetición exacta, es posible la reaparición. Pero hay que interpretarlo con una comparación inteligente de cómo funciona y no prestando una atención superficial al simbolismo externo.

Europa Occidental es la zona que cuenta con una herencia fascista más fuerte desde 1945.

Europa Occidental desde 1945

Después de que el nazismo y el fascismo hubiesen sido humillados y desenmascarados como algo detestable en 1945, algunos seguidores

continuaron manteniendo la fe. Antiguos fascistas y antiguos nazis recalcitrantes crearon movimientos sucesores en todos los países europeos durante una generación después de la Segunda Guerra Mundial.

El país que despertaba mayor preocupación era Alemania, naturalmente. [576] Poco después de iniciarse la ocupación aliada, según una encuesta de opinión hecha en la zona estadounidense entre el 15 y el 18% de la población seguía fiel al nazismo. Esas cifras disminuyeron drásticamente, sin embargo, hasta solo el 3% a principios de la década de 1950. [577]Aumentaron las filas de neonazis potenciales los 10 millones de refugiados de origen nacional alemán expulsados en 1945 de la Europa central a lo que se convertiría en la República Federal de Alemania —Alemania Occidental—. Dadas las condiciones, fue notable lo débil que se mantuvo la derecha radical al reanudarse la vida política en la República Federal a finales de la década de 1940.

La extrema derecha de la Alemania Occidental se debilitó aún más por la división. El mayor partido de extrema derecha de los años fundacionales de la República Federal, el Partido Socialista del Reich —Sozialistische Reichspartei, SRP—, obtuvo el 11% del voto popular en la Baja Sajonia, uno de los diez Estados federales, en 1951, pero fue prohibido en 1952 por ser demasiado abiertamente neonazi. Su principal rival superviviente, el Partido del Reich Alemán —Deutsche Reichspartei, DRP—, solo consiguió alrededor del 1% de los votos durante la mayor parte de la década de 1950, cuando la Alemania Occidental prosperaba bajo el canciller conservador Konrad Adenauer, y su único éxito momentáneo se produjo en las elecciones provinciales de Renania Palatinado en 1959 cuando superó por muy poco el mínimo necesario del 5% y accedió a un Parlamento regional alemán —*Land*— por primera y única vez.

Cuando los dirigentes del DRP y de otros grupos de la derecha radical se unieron para formar el Partido Nacional Democrático —Nationaldemokratische Partei Deutschlands, NPD— en 1964, esta nueva formación no tardó en crecer como reacción al radicalismo estudiantil, a la primera crisis económica grave de la Alemania Occidental, la de 1966-1967, y al espacio más amplio que se le abrió en 1966 a la derecha al incluir

los cristianodemócratas a los socialdemócratas en un Gobierno de «Gran Coalición». Pero aunque el NPD alcanzó el umbral necesario del 5% en algunas elecciones locales y accedió a 7 de los 10 Parlamentos estatales durante los problemáticos años de 1966-1968, nunca consiguió en las elecciones federales el mínimo necesario del 5% para formar un grupo parlamentario nacional. El año que estuvo más cerca de conseguirlo fue 1969, cuando logró el 14,3%. Tras un retroceso en la década de 1970, la actividad de la derecha radical volvió a aumentar en la década de 1980 por razones que se analizarán más adelante. Una nueva formación de extrema derecha, el Partido Republicano, consiguió el 7,5% en unas elecciones municipales de Berlín en 1989, pero a partir de entonces descendió hasta el 2% y menos aún en las elecciones nacionales.

El Movimiento Social Italiano —MSI— tuvo una existencia más sustancial como único heredero directo de Mussolini. Lo fundó en 1946 Giorgio Almirante, que había sido secretario editorial de la revista antisemita *La Difesa Della Razza* desde 1938 y jefe del personal del Ministerio de Propaganda de la República Social Italiana de Salò entre 1943 y 1945. Tras obtener un exiguo 1,9% de los votos en 1948, pasó a obtener una media de entre el 4 y el 5% en las elecciones nacionales a partir de entonces y alcanzó un máximo del 8,7% en 1972, beneficiándose de una fusión con los monárquicos y de una reacción contraria al «otoño caliente» de 1969. La mayor parte del tiempo ocupó un modesto cuarto puesto entre los partidos italianos.

El MSI obtuvo sus mejores resultados después de los «terrores rojos»: en 1972 disputó denodadamente con los socialistas el tercer puesto entre los partidos nacionales con 2,8 millones de votos, y en 1983 volvió a conseguir un total de votos casi tan alto después de que los demócrata-cristianos aceptasen los votos comunistas en 1979 en una «apertura a la izquierda» con la que tenían la esperanza que reforzarse sus mayorías cada vez más exiguas. Se mantuvo, sin embargo, en una situación de aislamiento político. Cuando el débil Gobierno de Fernando Tambroni había contado con los votos del MSI para completar su mayoría en 1960, veteranos de la Resistencia antifascista se habían manifestado hasta obligar a Tambroni a

dimitir. Después de eso ningún político italiano de la corriente general se había atrevido durante treinta años a violar la cuarentena del MSI.

Donde mejores resultados obtenía el MSI era en el sur, que era donde las obras públicas fascistas se recordaban como algo positivo y donde la población no había padecido la guerra civil de 1944-1945, que se había librado en el norte entre la Resistencia y la República de Salò. Alessandra Mussolini, nieta del Duce y también licenciada en Medicina, exactriz de cine y estrella porno, representó a Nápoles en el Parlamento después de 1992 como diputada del MSI. En 1993 obtuvo el 43% de los votos como candidata a la alcaldía de Nápoles. Fuera del sur, al MSI le fue bien entre jóvenes alienados varones, salvo en el norte, donde ocupó el terreno de la extrema derecha un movimiento regional separatista, la Liga Norte[578] de Umberto Bossi. El dirigente del MSI Gianfranco Fini obtuvo el 47% de los votos en las elecciones para la alcaldía de Roma en 1993.[579] El neofascismo heredado no fue algo exclusivo de Alemania e Italia. Inglaterra y Francia, victoriosas pero exhaustas después de la Segunda Guerra Mundial, soportaron la humillación de perder sus imperios y su condición de grandes potencias. Para empeorar aún más las cosas, en sus esfuerzos finales por seguir conservando sus imperios aceptaron una inmigración masiva de África, de Asia meridional y del Caribe. Aunque la derecha radical tuvo poco éxito electoral después de la guerra en esos dos países durante treinta años, mantuvo presente la cuestión racial ante la opinión pública y consiguió influir en la política nacional.

Francia afloró de la Segunda Guerra Mundial agriamente dividida. Los colaboradores purgados de la Francia de Vichy se unieron a los anticomunistas virulentos y a los decepcionados por la debilidad de la Cuarta República —1945-1958— para formar una clientela disponible para los movimientos nacionalistas antisistema. El estímulo principal que animó a la derecha radical en la Francia de posguerra fueron los diecisiete años de guerra colonial fallida, primero, en Indochina —1945-1954— y, sobre todo, en Argelia —1954-1962—. Cuando la República francesa fracasó en su intento de conservar las colonias, el movimiento Jeune Nation —JN— pidió su sustitución por un Estado corporativista y plebiscitario libre de

elementos «sin estado» —es decir, judíos— y capaz de emprender una guerra total. En las últimas fases de la guerra de Argelia, el JN mantuvo en jaque París colocando bombas de plástico en las puertas de dirigentes de la izquierda y llenando las paredes de la ciudad con su símbolo, la cruz celta.

Un segundo estímulo fue el resentimiento de los pequeños comerciantes y de los campesinos a los que estaba perjudicando la modernización industrial y urbana de Francia de la década de 1950. El propietario de una tienda de artículos de escritorio sureño, Pierre Poujade, organizó un movimiento de masas en 1955 pidiendo reducciones fiscales, protección del pequeño negocio frente a las grandes cadenas y una depuración de la vida pública. El poujadismo tenía aires bastante claros de antiparlamentarismo y xenofobia. En las elecciones parlamentarias de enero de 1956 este movimiento tuvo unos 2,5 millones de votos —el 12%—[580] y ayudó a debilitar la Cuarta República, que se acabó sin que nadie la llorase dos años más tarde con una revuelta de oficiales del Ejército en Argelia.

La pérdida francesa de Argelia provocó la creación de un movimiento clandestino terrorista, el Ejército Secreto —L'Organisation de l'Armée Secrète, OAS—, dedicado a destruir a los «enemigos internos» de la izquierda, a los que acusaban de apuñalar por la espalda al Ejército francés mientras estaba defendiendo el imperio frente a los comunistas. Después de la eliminación de la OAS, la extrema derecha se reagrupó en una serie de movimientos como Occident y Ordre Nouveau, que lucharon en las calles contra los comunistas y los estudiantes. La reacción que siguió al levantamiento estudiantil de mayo de 1968 les dio un segundo impulso.

Un millón de colonos europeos fueron desarraigados precipitadamente de Argelia y repatriados a Francia, aunque no todos eran de ascendencia francesa, y a ello se sumaron muchos miles de argelinos que habían colaborado con los franceses y a los que había que salvar, como, por ejemplo, a los policías complementarios —*harkis*—. Los primeros amenazaban con alimentar un poderoso movimiento antidemocrático en Francia. Los hijos de los *harkis*, más inmigrantes posteriores, formaron en Francia el núcleo de una población musulmana asentada pero solo parcialmente asimilada que provocó los sentimientos antiinmigrante

explotados más tarde por el partido de mayor éxito de la derecha radical francesa, el Front National —FN—. El FN, fundado en 1972 en un intento de agrupar bajo un paraguas único todos los diversos integrantes de la extrema derecha francesa, tanto los partidos que participaban en las elecciones como los activistas de la lucha callejera, empezó a ganar elecciones locales en la década de 1980.[581]

La extrema derecha inglesa movilizó también el resentimiento contra la inmigración colonial a partir de la década de 1950 con la Liga de Defensa Blanca. Veteranos del fascismo de entreguerras participaron en las tareas de dirección de esta liga y en el Movimiento Nacionalsocialista, disuelto por actividades paramilitares en la década de 1960. Fueron suplantados en 1967 por el Frente Nacional, una formación antiinmigrantes estridentemente racista. La derecha radical británica era de un extremismo mucho más declarado que la mayoría de los partidos de la Europa continental y no consiguió por ello casi ningún éxito electoral. Pero obligó a los partidos tradicionales a tomarse en serio el tema de la inmigración y a limitar el acceso a Inglaterra a las poblaciones de las antiguas colonias.[582]

Podría haberse esperado que, cuando muriesen los miembros de la generación de Hitler y Mussolini, los nacidos principalmente en la década de 1880, y la generación formada por ellos, en especial los nacidos en la década de 1900, los neofascismos sucesores disminuirían. Pero, inesperadamente, en las décadas de 1980 y 1990 los movimientos y los partidos de la derecha radical entraron en un nuevo periodo de crecimiento. Aparte de algunos hijos que continuaban apoyando la causa de sus padres, [583] dieron a la derecha radical europea un ímpetu renovado nuevos reclutas que exponían nuevos agravios. Había en Europa al iniciarse el siglo xxi algo emparentado con el fascismo que no había muerto ni mucho menos.

Hacia 1973 se inició una década de transición. Muchos partidos de extrema derecha de posguerra de primera generación, como el NPD en Alemania y el Frente Nacional Británico, decayeron durante la década de 1970, y el francés Ordre Nouveau se disolvió en 1973. Pero estaban produciéndose cambios sociales, económicos y culturales fundamentales,

exacerbados aún más por la crisis del petróleo y la contracción económica que se inició en 1973. Estos cambios estaban planteando nuevos problemas y preparando un público nuevo para nuevos movimientos y partidos de la derecha radical que disfrutarían de un mayor éxito en las décadas de 1980 y 1990 del que habían conseguido en las tres décadas posteriores a la guerra los neofascismos sucesores.

Uno de estos problemas fue un cambio económico con profundas consecuencias sociales. La decadencia de las industrias pesadas tradicionales fue un proceso largo, pero asumió proporciones de crisis después de la primera «crisis del petróleo», de 1973, y de la segunda, de 1979. Europa, ante la competencia de los «tigres» asiáticos, con costes laborales más bajos, agobiada por costosos sistemas de seguridad social y con escasez de unos suministros energéticos cada vez más caros, se enfrentó, por primera vez desde la década de 1930, con un paro estructural a largo plazo.

No se trataba de una crisis cíclica ordinaria. Las condiciones para encontrar trabajo habían cambiado en lo que se llamaba ya la «sociedad posindustrial». Hacía falta más formación para las industrias de servicios, comunicación, alta tecnología y entretenimiento que afloraron como las formas de trabajo más remuneradoras para las economías de coste elevado en un mercado mundial. Este cambio sísmico en el mercado de trabajo tendió a producir sociedades de dos niveles: la parte mejor formada de la población se las arreglaba muy bien en la nueva economía, mientras que los que no tenían la formación necesaria —incluidos los antes orgullosos maestros artesanos y obreros especialistas de la industria— parecían condenados a una condición permanente de subclase. Para empeorar aún más las cosas, las comunidades tradicionales que habían sostenido en tiempos a estos artesanos y especialistas —sindicatos, partidos marxistas y barrios proletarios— perdieron gran parte de su capacidad de defender y consolar después de la década de 1970. Algunos huérfanos de la nueva economía que podrían anteriormente haber recurrido al comunismo se pasaron en vez de eso a la derecha radical después de que el hundimiento de la Unión Soviética completase el descrédito del comunismo.[584]

La quiebra de la solidaridad y la seguridad se agravó aún más para muchos trabajadores de Europa Occidental después de la década de 1970 por la afluencia de posguerra de inmigrantes del Tercer Mundo. Cuando la situación era buena, los inmigrantes eran bienvenidos para hacer los trabajos sucios que la fuerza laboral del país desdeñaba. Pero cuando los europeos empezaron a enfrentarse a un paro estructural a largo plazo por primera vez desde la Gran Depresión, los inmigrantes no fueron ya bienvenidos.

Además, la inmigración europea había cambiado. Anteriormente, los inmigrantes procedían de Europa Oriental y Meridional, por lo que no eran tan distintos de sus nuevos anfitriones —con la excepción notable y significativa de los judíos de Europa Oriental en las décadas de 1880 y de 1930—, pero los nuevos inmigrantes procedían de antiguos territorios coloniales: África del Norte y Subsahariana, el Caribe, la India, Pakistán y Turquía. Y mientras que antes los inmigrantes —exceptuados de nuevo algunos judíos— habían tendido a asimilarse rápidamente y a desaparecer, los nuevos inmigrantes se aferraban a menudo a religiones y costumbres visiblemente distintas. Los europeos tuvieron que aprender a coexistir con comunidades africanas, indias e islámicas permanentes que exhibían sus identidades diferenciadas.

La amenaza que planteaba la inmigración no era solo económica y social. Se consideraba cada vez más que los inmigrantes estaban minando la identidad nacional con sus religiones, lenguas y costumbres extrañas. Una cultura juvenil mundial, comercializada mayoritariamente por estadounidenses y asociada a menudo con intérpretes negros, hacía con las tradiciones culturales locales lo que había hecho con la industria pesada local la economía global.

La hostilidad hacia los inmigrantes fue productiva para los movimientos de extrema derecha en Europa Occidental después de la década de 1970. Fue la fuerza principal que alimentó el Frente Nacional Británico. Los que tuvieron más éxito —el Front National de Jean-Marie Le Pen en Francia y el Freiheitspartei de Jörg Haider en Austria— se consagraron casi enteramente a explotar el miedo a la inmigración, a combatir el

multiculturalismo y una supuesta tendencia delincuente de los inmigrantes y a proponer la expulsión de los extranjeros pobres.

El nuevo elemento más inquietante de la derecha radical después de la década de 1980 fue el fenómeno de los «cabezas rapadas». Jóvenes desafectos, desocupados y resentidos desarrollaron un culto a la acción y a la violencia que se expresaba en cráneos afeitados, insignias nazis, música «oi» agresiva[585] y agresiones criminales a los inmigrantes —especialmente, musulmanes y africanos— y a los homosexuales. Mientras los elementos más próximos a la corriente general de la nueva derecha evitaban cuidadosamente la alusión franca a los símbolos y la parafernalia del fascismo, los cabezas rapadas se complacían en ellos. Los emblemas nazis triunfaron incluso en Italia, donde se olvidaron precursores fascistas nativos como las milicias de Salò. En Alemania se produjo una oleada de incendios, palizas y asesinatos que alcanzó su punto culminante en 1992 con 2.639 incidentes.[586] La violencia disminuyó un poco en los años siguientes, pero en marzo de 1994 se lanzaron bombas incendiarias contra la sinagoga de Lübeck, y en octubre del 2000 contra la de Dresde.[587]

Los Gobiernos y los partidos mayoritarios no supieron afrontar bien los problemas que asediaban a Europa Occidental después de la década de 1970. No podían resolver el problema del paro porque las medidas keynesianas de creación de empleo que habían funcionado durante la expansión de posguerra disparaban ahora niveles peligrosos de inflación y porque los Gobiernos no se sentían capaces de abandonar los mercados emergentes europeos y mundiales, con sus poderosas presiones competitivas. El Estado, base tradicional de apoyo en periodos difíciles, estaba perdiendo parte de su autoridad, en beneficio de la Unión Europea o del mercado mundial, fuerzas que escapaban al control de los ciudadanos europeos ordinarios. Los programas de seguridad social se vieron sometidos a graves tensiones porque disminuían los ingresos fiscales precisamente cuando más necesario se hacía pagar mayores cuotas a los nuevos parados. Y ¿debía la seguridad social cuidarse también de los extranjeros?[588] Estaba surgiendo una serie interrelacionada de nuevos enemigos: globalización, extranjeros, multiculturalismo, normas de protección

ambiental, elevados impuestos y políticos incompetentes que no eran capaces de resolver estos problemas. Un creciente y generalizado desafecto público al orden político establecido abrió el camino para una «antipolítica» que la extrema derecha podía proveer mejor que la extrema izquierda después de 1989. Tras la pérdida de credibilidad como vehículo plausible de protesta de la izquierda marxista con el hundimiento de la Unión Soviética, la derecha radical no tenía ningún rival serio como portavoz de los furiosos «perdedores» de la nueva Europa posindustrial, globalizada y multiétnica.[589]

Estas nuevas oportunidades permitieron aflorar en Europa una nueva generación[590] de movimientos de extrema derecha en la década de 1980 y luego en la de 1990, que pasaron «de los márgenes a la corriente general».[591] El Front National de Jean-Marie Le Pen fue el primer partido de extrema derecha de Europa que encontró la fórmula adecuada para las condiciones de después de la década de 1970. Consiguió el 11% de los votos en las elecciones municipales francesas de 1983 y en las europeas de 1984, algo sin precedentes tratándose de un partido de extrema derecha en Europa desde 1945. Mejoró aún más, llegando al 14,4 %, en las elecciones presidenciales de 1988.[592] Y a diferencia de algunos movimientos «relámpago» que ascienden fulgurantemente y luego desaparecen con la misma rapidez, el FN mantuvo o superó esos niveles durante la década siguiente.

La receta de Le Pen para el éxito la estudiaron muy atentamente demócratas franceses temerosos además de sus émulos en el extranjero. El FN se centró intensamente en el tema de la inmigración y en los temas relacionados del paro, la ley y el orden y la defensa de la cultura. Consiguió aglutinar a una variedad de electores y situarse como posible partido amplio de protesta, tipo cajón de sastre.[593] Procuró no parecer una amenaza directa para el régimen democrático.[594] Al hacerse con el control de tres ciudades importantes en la Francia meridional en 1995 y luego en 1997, así como con 273 escaños en órganos legislativos regionales en 1998,[595] pasó a contar ya con la posibilidad de recompensar a sus militantes con cargos y de forzar a partidos mayoritarios a tratar con él. Aunque parecía poco

probable que llegase a obtener una mayoría nacional, el FN obligó a partidos conservadores mayoritarios a adoptar algunas de sus posiciones con la finalidad de retener a votantes cruciales. La posición estratégica del FN llegó a resultar tan importante en algunas localidades del sur y del este que algunos conservadores con márgenes escasos se aliaron con él en las elecciones locales de 1995 y de 2001 como único medio de derrotar a la izquierda.

Estos éxitos aglutinando votantes, recompensando a los ambiciosos y obligando a los políticos de los partidos mayoritarios a establecer alianzas introdujeron firmemente al FN en el proceso de arraigo, la Etapa Dos. Pero en diciembre de 1998 una pelea entre Le Pen y su presunto heredero, Bruno Mégret, dividió el movimiento e hizo caer de nuevo su voto por debajo del 10%. A pesar de este revés, Le Pen, apoyándose en una oleada de resentimiento contra los inmigrantes, la delincuencia callejera y la globalización, volvió a subir hasta un alarmante segundo puesto con el 17% en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de abril de 2002. En la segunda vuelta, en la que Le Pen se enfrentó al presidente en ejercicio Jacques Chirac, quedó reducido, sin embargo, a solo el 19% por una reacción de repugnancia por parte del electorado francés.

Otros dos partidos de la extrema derecha —el MSI italiano y el Partido de la Libertad austriaco— hicieron tan buen uso de las lecciones de Le Pen en la década de 1990 que llegaron a participar realmente en Gobiernos nacionales. El motivo principal de su éxito fue el espacio disponible que se abrió no solo por el descrédito en el que habían caído los partidos gobernantes, sino también por la ausencia tanto en Italia como en Austria de una oposición política creíble a la corriente dominante.

En Italia, los demócrata-cristianos —DC— habían disfrutado ininterrumpidamente del Gobierno desde 1948. Durante cuarenta años no se había presentado al electorado italiano ninguna alternativa seria. La escisión de comunistas y socialistas había debilitado tanto a la izquierda que todos los partidos de la oposición no comunistas preferían buscar una participación en la hegemonía de la DC a la tarea desesperada de construir una mayoría alternativa.

Cuando la DC y algunos de sus socios de coalición más pequeños quedaron desacreditados por el escándalo en la década de 1990, no existía entre los diversos partidos de la oposición ninguna mayoría alternativa. Llenaron el vacío nuevas personalidades, que se proclamaron «independientes sin partido». El que tuvo más éxito de todos ellos fue el sátrapa de los medios de comunicación Silvio Berlusconi, el hombre más rico de Italia, que creó rápidamente un nuevo partido al que puso por nombre un lema que se vitoreaba en el fútbol, Forza Italia.[596] Berlusconi formó una coalición con otros dos movimientos marginales: la separatista Liga Norte de Umberto Bossi y el MSI —que se llamaba ahora la Alleanza Nazionale y se proclamaba «posfascista»—. Juntos ganaron las elecciones parlamentarias en 1994, al conseguir ocupar el espacio vacío de alternativa plausible a la desacreditada DC. El ex-MSI, con el 13% de los votos, fue recompensado con cinco carteras especiales; era la primera vez que un partido que descendía directamente del fascismo participaba en un Gobierno europeo desde 1945. Forza Italia de Berlusconi volvió a ganar las elecciones en 2001, y esta vez el jefe de la Alleanza Nazionale, Gianfranco Fini, se convirtió en vicepresidente.

En Austria se presentó una oportunidad similar después de veinte años en los que los socialistas y el Partido del Pueblo —católicos centristas moderados— se repartieron cargos y favores en una distribución del poder que llegó a conocerse como la *Proporz*. Los electores que estaban hartos de un monopolio político inamovible no tenían ningún lugar al que recurrir más que el Partido de la Libertad de Haider, que obtuvo un brillante éxito con su fotogénico dirigente al ofrecer la única alternativa no comunista al *Proporz*. En las elecciones del 3 de octubre de 1999 el Partido de la Libertad obtuvo el 27% de los votos nacionales, superado solo por el 33% de los socialistas y recibió seis de las doce carteras ministeriales en un Gobierno de coalición con el Partido del Pueblo en febrero de 2000.

La misma mezcla de sentimiento antiinmigrante y rechazo de la política convencional propulsó la ascensión meteórica a la notoriedad política en Holanda en 2002 de un absoluto marginal, el fastuosamente rico y abiertamente gay Pym Fortuyn. Las ideas de Fortuyn eran en realidad

libertarias, aunque su vilipendio de la burocracia europea y de los inmigrantes islámicos —un mulá había dicho de él que era peor que un cerdo por su homosexualidad— tendían a alinearle con la extrema derecha. Después de que fuera asesinado por un activista de los derechos de los animales el 6 de mayo de 2002, su nuevo partido —la Lista de Pym Fortuyn — aún consiguió el 17% de los votos, procedentes de todo el espectro político, en las elecciones parlamentarias que se celebraron una semana después y dirigió ministerios durante tres meses en el nuevo Gobierno.

Estas simples estadísticas electorales explican poco por sí solas sobre la segunda generación de movimientos de extrema derecha en Europa después de 1980. Necesitamos saber qué clase de movimientos y de partidos eran estos y cómo se relacionaban con las sociedades europeas en las que actuaban. En otras palabras, necesitamos plantearnos respecto a ellos los tipos de preguntas correspondientes a la Etapa Dos: ¿se convirtió alguno de ellos en portavoz de agravios e intereses importantes?, ¿se abrieron para ellos espacios significativos en el sistema político y consiguieron establecer algunos de ellos los tipos de alianzas y complicidades entre las élites asustadas que convirtiesen en algo concebible la Etapa Tres, una aproximación al poder? Y, por último, una pregunta de la que dependen todas las demás: ¿hay alguna cosa que justifique que llamemos a estos movimientos de segunda generación fascistas o incluso neofascistas, dado que ellos lo desmienten con vehemencia? Existe una relación inversa entre una «apariencia» abiertamente fascista y el éxito en las urnas en la Europa Occidental contemporánea.[597] Por eso los dirigentes de los movimientos y partidos de extrema derecha de mayor éxito han procurado distanciarse del lenguaje y de las imágenes del fascismo.

El éxito del MSI italiano en la tarea de «normalizarse» es el ejemplo más elocuente de esto. Hasta que murió Giorgio Almirante en 1988, el MSI proclamó su lealtad al legado Mussolini. El sucesor de Almirante, Gianfranco Fini, que todavía en 1994 estaba dispuesto a ensalzar a Mussolini como el gran estadista del siglo,[598] empezó a desplazar a su partido hacia el espacio del centro que había quedado vacío al hundirse el Gobierno de la DC en las elecciones de 1992. En enero de 1994 el MSI

cambió su nombre por el de Alleanza Nazionale —AN—. El congreso fundacional de la AN, que se celebró en 1995, proclamó que Europa había entrado en una era «posfascista» en la que la nostalgia mussoliniana que proclamaban sin el menor reparo los miembros del partido[599] se había convertido simplemente en algo intrascendente. Fini pudo participar así en el Gobierno de Berlusconi después de que las elecciones de 1994 pusieran término a casi cincuenta años de gobierno de la DC, y también en el segundo Gobierno Berlusconi —2001—. Los mussolinianos intransigentes siguieron al neofascista recalcitrante Pino Rauti en el movimiento escindido, el MSI-Fiamma Tricolore, una escisión que ayudó a ratificar las nuevas credenciales moderadas de Fini.

No todos los movimientos de extrema derecha de Europa Occidental siguieron la estrategia de la normalización. En Inglaterra, el Movimiento Nacionalsocialista de Colin Jordan prefirió la pureza doctrinal a un crecimiento probablemente inalcanzable y no se molestó lo más mínimo en ocultar su abierto fascismo. El posterior Frente Nacional Británico se destacó como el más declaradamente racista y violentamente antisistema de todos los partidos europeos de extrema derecha. El espacio potencial para una extrema derecha inglesa normalizada, siempre pequeño, se redujo más aún en la década de 1980 al desplazar Margaret Thatcher al Partido Conservador hacia la derecha. Aun así, tras episodios de violencia racial en algunas ciudades de las Midlands en el verano de 2001, un partido sucesor, el Partido Nacional Británico —BNP—, llegó a obtener hasta el 20% de los votos en Oldham y consiguió tres escaños en el consejo municipal en Burnley, dos poblaciones industriales deprimidas de Lancashire, en las elecciones municipales de mayo de 2002.

Las tentaciones de la normalización eran mayores en Francia, Italia y Austria que en Inglaterra y en Bélgica porque había más posibilidad de éxito. Le Pen y Haider, los dos dirigentes de extrema derecha de más éxito de Europa Occidental, tenían más que ganar que muchos otros haciendo profesión de «normalidad». También tenían que recorrer una distancia menor para llegar a ser «normales» de la que tenía que recorrer Fini, ya que nunca habían admitido abiertamente vínculo alguno con el fascismo.

Eran pequeñas frases que se deslizaban entre líneas o al micrófono en reuniones privadas, y los antecedentes de algunos de los que les apoyaban, lo que una prensa atenta utilizaba para acusar a Le Pen, Haider y Fini de criptofascismo. Le Pen, que sabía que sus modales bruscos formaban parte de su atractivo, hacía a menudo comentarios que se interpretaban rápidamente como antisemitas. Fue multado por minimizar el asesinato de los judíos por Hitler como un «detalle de la historia» en septiembre de 1987 en una entrevista de la televisión y de nuevo en un discurso en Alemania en 1996, y perdió su posibilidad de ser elegido durante un año en 1997 por pegarle a una candidata en un acto electoral. Haider alabó abiertamente la política de pleno empleo de los nazis —aunque no otros aspectos del nazismo— y estuvo presente en reuniones privadas de veteranos de las SS, a los que dijo que eran un modelo para los jóvenes y que no tenían nada de lo que avergonzarse.

Todos estos partidos de la derecha radical eran refugios para veteranos del nazismo y del Fascismo. El jefe del Republikaner alemán después de 1983, Franz Schönhuber, era un antiguo oficial de las SS. Él y la gente de su ideología no querían rechazar a los seguidores que pudiesen tener entre los viejos fascistas y sus simpatizantes, pero querían al mismo tiempo conseguir apoyo entre los conservadores moderados, los anteriormente apolíticos e incluso socialistas decepcionados. Como la vieja clientela fascista no tenía ningún otro lugar al que acudir, se la podía satisfacer con insinuaciones subliminales a las que seguía el ritual de los desmentidos públicos. Porque para pasar a la Etapa Dos en Francia, Italia y Austria en la década de 1990 había que estar firmemente centrado en la derecha moderada. (Esto había sido cierto también en Francia en la década de 1930, como demostró el éxito de las tácticas más centristas de De la Rocque después de 1936).[600]

En los programas de estos partidos se oyen ecos de los demás fascistas clásicos: temores de decadencia y descomposición; afirmación de la identidad nacional y cultural; la amenaza para la identidad nacional y el buen orden social de los extranjeros no asimilables, y la necesidad de una mayor autoridad para resolver estos problemas. Aunque algunos de los

partidos de la derecha radical europea tienen programas plenamente autoritario-nacionalistas —como los «siete puntos» del Vlaams Blok belga y las «300 Medidas para la Renovación Francesa» de 1993 de Le Pen—, a la mayoría de ellos se les considera movimientos unitemáticos dedicados a enviar de vuelta a sus países a inmigrantes no deseados y a tomar medidas enérgicas contra la delincuencia inmigrante, y ese es el motivo de que les apoyen la mayoría de sus votantes.

Pero en la mayoría de las declaraciones programáticas de los partidos de la derecha radical europea de posguerra de más éxito faltan otros temas fascistas clásicos. El elemento totalmente ausente es el ataque del fascismo clásico a la libertad de mercado y al individualismo económico, contra los que se proponen los remedios del corporativismo y los mercados regulados. En una Europa continental donde la intervención económica del Estado es la norma, la derecha radical ha abogado principalmente por reducirla y por dejar que el mercado decida.[601]

El otro elemento de los programas fascistas clásicos prácticamente ausente en la derecha radical europea de posguerra es la hostilidad radical a las constituciones democráticas y a la soberanía de la ley. Ninguno de los partidos de extrema derecha europeos de más éxito propone ahora sustituir la democracia por una dictadura unipartidista. Postulan, como mucho, un ejecutivo más fuerte, fuerzas del orden menos inhibidas y la sustitución de los rancios partidos tradicionales por un movimiento nacional puro y renovado. Dejan a los cabezas rapadas las expresiones manifiestas de la belleza de la violencia y del odio racial asesino. Los partidos de la derecha radical de éxito procuran evitar una asociación pública con ellos, aunque puedan compartir tranquilamente la doble pertenencia con algunas escuadras de acción de la ultraderecha y toleren una cierta cuantía de lenguaje exaltado alabando la acción violenta entre sus ramas estudiantiles.[602]

Ningún movimiento ni partido de la extrema derecha de Europa Occidental propone hoy la expansión nacional a través de la guerra, un objetivo definitorio para Hitler y Mussolini. De hecho, los partidarios de cambios de frontera en la Europa de posguerra han sido mayoritariamente

secesionistas más que expansionistas, como el Vlaams Blok de Bélgica y —durante un tiempo— la secesionista Liga Norte —Lega Nord— de Umberto Bossi, de la Italia septentrional. Las principales excepciones han sido los nacionalismos balcánicos expansionistas que intentaron crear la Gran Serbia, la Gran Croacia y la Gran Albania.

La Bélgica bilingüe, cuya población norteña de habla flamenca lleva mucho tiempo resentida por su pobreza relativa y su condición subordinada, generó el movimiento de extrema derecha secesionista más importante de la Europa Occidental continental. Nacionalistas flamencos habían colaborado ya con los ocupantes nazis durante el periodo 1940-1944. Sus restos, amargados por una purga forzosa en 1945, se mostraron dispuestos en la posguerra a apoyar un activismo antisistema.[603] Después de un periodo de letargia, el nacionalismo flamenco afloró de nuevo a la actividad política en 1977, tras la adopción de un sistema federal para Bélgica —el Acuerdo Egmont— que no llegó lo suficientemente lejos para satisfacer a los separatistas. El Vlaams Blok unió al separatismo flamenco un sentimiento antiinmigración violento y una «antipolítica» para todos los descontentos con el orden político establecido. Se convirtió en la década de 1990 en uno de los partidos de la derecha radical de más éxito de Europa Occidental. En las elecciones nacionales de 1991 superó el 10% de los votos nacionales y obtuvo el 25,5% en Amberes, la ciudad de habla flamenca más grande de Bélgica. En las elecciones locales de 1994 se convirtió en el partido más votado de Amberes con el 28%. Fue excluido del poder solo por una coalición de todos los demás partidos.[604] El Vlaams Blok se convirtió «en el más abiertamente xenófobo —si es que no abiertamente racista— de todos los partidos populistas de la derecha radical importantes de Europa Occidental» y «alcanzó un nivel de brutalidad que sobrepasó incluso al del Front National [francés]».[605]

Después de la década de 1970 se abrió un nuevo espacio para la derecha radical de Europa Occidental: una rebelión de contribuyentes contra la seguridad social. El ejemplo más notorio fueron los partidos escandinavos del Progreso, que pusieron fin después de la década de 1970 al consenso generalizado de que había disfrutado allí el sistema de seguridad social

desde la década de 1930. En el lenguaje de estos movimientos no aparecían indicios de un estilo fascista, aunque era el espacio en que se sentía más a gusto el puñado de escandinavos de extrema derecha, y en el que se legitimaban las expresiones de sentimientos antiinmigración e incluso de violencia contra los emigrantes. Estos partidos reclutaron también a muchos que se oponían a la integración europea y a la globalización cultural y económica.

Aunque comparar programas y retórica pueda revelar algunos puntos de contacto con el fascismo clásico, parcialmente disfrazados por la ignominia que pesa sobre él y por las tácticas de moderación de la extrema derecha de Europa Occidental después de la década de 1970, no son programas y retórica lo único que debería compararse. El contraste es mucho mayor si comparamos las circunstancias de hoy con las de la Europa de entreguerras. [606] Salvo por la Europa Central y Oriental poscomunista desde 1989, la mayoría de los europeos han conocido paz, prosperidad, democracia eficaz y orden doméstico desde 1945. La democracia de masas no está dando ya sus primeros pasos titubeantes, como en Alemania y en Italia en 1919. La Revolución bolchevique no plantea ni siquiera el fantasma de una amenaza. La competencia global y la cultura popular americanizada que aún inquietan a muchos europeos parecen hoy manejables dentro de los sistemas constitucionales existentes sin necesidad de «prescindir de instituciones libres».

Resumiendo, aunque Europa Occidental ha tenido «fascismos sucesores» desde 1945 y aunque, desde 1980, una nueva generación de partidos de extrema derecha normalizados pero racistas han entrado incluso en Gobiernos locales y nacionales allí como socios minoritarios, las circunstancias son tan enormemente distintas en la Europa de posguerra que no existe ninguna oportunidad significativa para partidos abiertamente afiliados al fascismo clásico.

La Europa Oriental postsoviética

Ningún lugar de la Tierra ha albergado una colección más virulenta de movimientos de la derecha radical en los años recientes que la Europa Oriental postsoviética y los Balcanes.

Rusia había estado aislada del «campo magnético» del fascismo clásico durante los años soviéticos —pese a los paralelismos que algunos han querido trazar—, pero la tradición eslavófila rusa contenía las corrientes más poderosas de nacionalismo comunitario antiliberal, antioccidental y antiindividualista de toda Europa antes de 1914. En la reacción que produjo la derrota rusa por Japón y el subsiguiente levantamiento revolucionario de 1905, la Unión del Pueblo Ruso —URP— se convirtió en «el más fuerte, el mejor organizado y el mayor de todos los partidos de derechas» de la Rusia imperial.[607] El URP era un movimiento «de todas las clases» de regeneración nacional y unificación que se proponía salvar a Rusia de la contaminación de la democracia y el individualismo occidental, si era necesario contra el propio zar y la aristocracia liberal, a la que se consideraba demasiado cosmopolita y demasiado blanda con el parlamentarismo. Sus Centurias Negras mataron a 300 judíos en Odessa en octubre de 1905.[608] Merece un lugar destacado entre los precursores que analicé en el capítulo 2.

Cuando el experimento postsoviético de democracia electoral y economía de mercado resultó desastroso para Rusia después de 1991, movimientos como Pamyat —«Recuerdo»— revivieron esta rica tradición eslavófila, puesta al día ahora con alabanza manifiesta al experimento nazi. El partido que obtuvo más éxito, entre una serie de partidos antiliberales, antioccidentales y antisemitas, en Rusia fue el mal llamado Partido Liberal Democrático —PLD— de Vladimir Zhirinovski, fundado a finales de 1989, con un programa de regeneración nacional, unificación bajo una autoridad fuerte y propuestas disparatadas de reconquista de los territorios perdidos de Rusia —incluida Alaska—. Zhirinovski quedó el tercero en las elecciones presidenciales rusas de junio de 1991, con más de 6 millones de votos, y su PLD se convirtió en el mayor partido de Rusia en las elecciones parlamentarias de diciembre de 1993, con casi el 23% del total de votos.[609] La estrella de Zhirinovski fue apagándose a partir de entonces, en parte

por su conducta errática y sus declaraciones estrambóticas —amén de por la revelación de que su padre era judío—, pero sobre todo porque el presidente Boris Yeltsin se hizo cargo de las riendas e ignoró al Parlamento. Y así Rusia siguió renqueando como una semidemocracia bajo Yeltsin y bajo su sucesor elegido a dedo, el antiguo agente de la KGB Vladimir Putin. Si el presidente ruso perdiese credibilidad, sin embargo, algún dirigente de extrema derecha más competente que Zhirinovski sería un resultado mucho más plausible que cualquier tipo de regreso al colectivismo marxista.

Todos los Estados sucesores de Europa Oriental han albergado desde 1989 movimientos de extrema derecha, pero la mayoría de ellos se han mantenido débiles, afortunadamente.[610] Una democracia turbia y las tensiones económicas, junto con la persistencia de fronteras disputadas y de minorías étnicas descontentadas, les ofrecen terreno fértil. Pero, por el momento, el atractivo de la incorporación a la Unión Europea es tal que la mayoría de los europeos orientales aceptan la democracia imperfecta y la economía de mercado como una condición previa necesaria, mientras que la alternativa nacionalista integral —cuyos horrores se han revelado claramente en los antiguos territorios de Yugoslavia— solo atrae a un sector marginal.

Fue en la Yugoslavia poscomunista donde apareció el equivalente de posguerra más próximo en Europa a las políticas de exterminio nazis. Tras la muerte de Tito en 1980, el Estado federal yugoslavo, enfrentado con el problema de distribuir un producto económico menguante entre regiones rivales y rebeldes, fue perdiendo gradualmente su legitimidad. Serbia, que había sido el miembro dominante de la federación, fue el que condujo a su destrucción. Su presidente, Slobodan Milosevic, un gris burócrata comunista hasta entonces, descubrió el 24 de abril de 1987 que poseía un talento especial para emocionar a las multitudes cuando se dirigió a los serbios de Kosovo en el 600 aniversario de la derrota de los serbios por los musulmanes en la batalla de Kosovo Polje, un día rico en significado para los serbios. Estos estaban por entonces enormemente superados en número por los albaneses en la región de Kosovo, y Milosevic provocó un frenesí de emoción valiéndose de los temas del victimismo y la venganza

justificada. Había descubierto en el nacionalismo serbio un sustituto de la fe menguante en el comunismo como fuente de legitimidad y disciplina. A finales de 1988, reforzó el control central dentro de Serbia aboliendo la autonomía local en dos regiones, Kosovo con sus albaneses y la Voivodina con sus húngaros.

Los esfuerzos de Milosevic para aumentar el poder serbio dentro de la federación yugoslava provocó el separatismo entre las otras nacionalidades. Cuando Eslovenia y Croacia proclamaron su independencia de la federación en 1991, los distritos de mayoría serbia —el 15% de la población— se escindieron de Croacia, con el apoyo del Ejército federal yugoslavo —principalmente serbio—. La guerra en Croacia incluyó acciones tanto de los croatas como de los serbios para expulsarse mutuamente de los territorios que controlaban con las tácticas del incendio provocado, el asesinato y la violación en grupo que en Occidente se dieron en llamar «limpieza étnica» —a pesar de que las diferencias eran históricas, culturales y religiosas más que étnicas—.

Cuando Bosnia proclamó su independencia en 1992, sus zonas serbias se escindieron también y llamaron al Ejército federal yugoslavo. La limpieza étnica fue aún más terrible en Bosnia, que había sido la región más integrada de Yugoslavia, con barrios mezclados y numerosos matrimonios mixtos. Milosevic se propuso incorporar las zonas serbias de Croacia y de Bosnia para formar una Gran Serbia. Fracasó. Ejércitos croatas, respaldados por Occidente, expulsaron brutalmente a la mayoría de los serbios de Krajina, la principal región serbia de Croacia. En Bosnia la intervención militar de la OTAN obligó a Milosevic a aceptar un acuerdo —el Acuerdo de Dayton, de noviembre de 1995— por el que continuó en el poder en Serbia, pero abandonó a sus primos serbios de Bosnia, a los que se engatusó con una región diferenciada dentro del Estado federal bosnio. Cuando Milosevic intentó expulsar a los albaneses de la provincia de Kosovo en 1999, ataques aéreos de la OTAN le obligaron a retirarse. Su régimen terminó en septiembre de 2000 después de que los propios serbios eligiesen al candidato de la oposición en las elecciones federales. El nuevo Gobierno serbio acabó entregándole al Tribunal de Crímenes de Guerra de Naciones

Unidas de La Haya.

Hay que admitir que el nacionalismo serbio no exhibió ninguno de los atributos exteriores del fascismo, solo la brutalidad, y que en Serbia había una concurrencia electoral relativamente libre de diversos partidos. El régimen de Milosevic no llegó al poder por el arraigo de un partido de acción que se aliase luego con el orden establecido para llegar al poder. En vez de eso, un presidente elegido adoptó el nacionalismo expansionista como instrumento para consolidar un régimen personal ya existente y contó con el apoyo de un público apasionadamente entusiasta. Sobre esa base improvisada, la Serbia de Milosevic pudo presentar al mundo un espectáculo que no se había visto en Europa desde 1945: una dictadura de facto con un apoyo fervoroso de masas entregada a la matanza de hombres, mujeres y niños con el fin de vengar supuestas humillaciones nacionales históricas y de crear un Estado-nación ampliado y étnicamente puro. Aunque asignar del epíteto de fascista al odioso Milosevic no contribuya nada a explicar cómo se estableció y se mantuvo su régimen, parece adecuado identificar un equivalente funcional cuando aparece.

El horror que despertó Milosevic fue tal que el proyecto de la Gran Croacia del presidente Franjo Tudjman —1991-99— recibió menos atención exterior. Tudjman, oficial del Ejército retirado y profesor de Historia, edificó su propio régimen de gobierno personal sobre las expulsiones no menos crueles de serbios de Croacia y consiguió sus objetivos mucho más que Milosevic. Mientras en los temas patrióticos de los serbios figuraba su lucha contra los nazis en la Segunda Guerra Mundial, los temas patrióticos croatas incluían la Ustacha de Ante Pavelic, la secta nacionalista y terrorista que había gobernado el Estado títere de Hitler de Croacia entre 1941 y 1944 y había perpetrado asesinatos en masa de serbios y judíos allí. La nueva Croacia independiente de Tudjman resucitó los emblemas de la Ustacha y honró la memoria de uno de los regímenes fascistas más sanguinarios de la Europa bajo ocupación nazi.

Fascismo fuera de Europa

Algunos observadores dudan de que pueda existir el fascismo fuera de Europa. Sostienen que el fascismo histórico específico necesitó las condiciones previas europeas específicas de la revolución cultural de fin de siglo, una rivalidad intensa entre nuevos aspirantes a la condición de gran potencia, nacionalismo de masas y disputas por el control de nuevas instituciones democráticas.[611] Los que relacionan el fascismo más estrechamente con crisis políticas o sociales reproducibles están más dispuestos a afectar la posibilidad de un equivalente fascista en una cultura no europea. Si nos atenemos firmemente a la posición de Gaetano Salvemini de que fascismo significa «prescindir de instituciones libres» y es, por tanto, un mal de democracias enfermas,[612] entonces, por supuesto, nuestro campo queda limitado a países de fuera de Europa que hayan funcionado como democracias o hayan intentado al menos instalar un gobierno representativo. Este criterio esencial excluye todo tipo de dictaduras del Tercer Mundo. El simple hecho de ser un asesino no es suficiente por sí solo para convertir, por ejemplo, a Idi Amin Dada, el tirano sediento de sangre de Uganda de 1971 a 1979, en un fascista.

Las colonias europeas de asentamiento constituyeron el marco más probable para el fascismo fuera de Europa, al menos durante el periodo de ascensión del fascismo en ese continente. Durante la década de 1930 se desarrollaron con fuerza entre los agricultores bóeres movimientos de protección de los blancos sudafricanos muy influidos por el nazismo. Los más declaradamente fascistas fueron el Movimiento Nacionalsocialista Gentil Sudafricano de Louis Weidchart, con su milicia de camisa gris, y los Fascistas Sudafricanos de J. S. von Moltke, cuyos Jóvenes Nacionalistas llevaban camisas de color naranja. El movimiento de extrema derecha de más éxito en la Sudáfrica de preguerra fue el Ossebrandwag —OB, Centinela del Carro de Bueyes— de 1939.[613] Adoptó la cultura popular bóer sobre su «gran viaje» tierra adentro hasta el Transvaal en carros cubiertos entre 1835 y 1837 para proteger su forma de vida de la contaminación del liberalismo inglés. El atuendo local auténtico del OB y sus vínculos con la Iglesia calvinista atraían a la élite bóer más que las imitaciones de los fascismos europeos, aunque no ocultase sus simpatías

hacia el nazismo. Aún se pueden ver hoy los símbolos del carro cubierto del movimiento en las laderas sudafricanas.

Después de 1945 las alusiones fascistas se hicieron más discretas en la Sudáfrica blanca, pero una llamada a la unidad racial anglo-bóer blanca contra la mayoría negra ofrecía al fascismo lo que parecía un marco potencial casi químicamente puro. Muchos observadores de Sudáfrica esperaban que el sistema de *apartheid* —segregación— instaurado en 1948 se endureciese bajo presión en algo próximo al fascismo. El desmantelamiento final bajo la jefatura inspirada de Nelson Mandela y con la aquiescencia renuente del presidente F. W. de Klerk resultó ser uno de los finales felices más sorprendentes de la historia —al menos por el momento —, para alivio hasta de muchos bóeres. Aún podrían agriarse las cosas, por supuesto. El anhelo frustrado de la mayoría negra de una mejora más rápida del nivel de vida, especialmente si va acompañada de violencia, podría producir agrupaciones de protección blancas defensivas deseosas de «prescindir de instituciones libres» que amenazasen no solo su forma de vida, sino su propia vida.

América Latina estuvo mucho más cerca que ningún otro continente fuera de Europa de instaurar algo próximo a los auténticos regímenes fascistas entre la década de 1930 y principios de la de 1950. Pero debemos tener cuidado aquí, ya que hubo un elevado nivel de imitación durante el periodo de ascensión del fascismo en Europa. Dictadores locales tendieron a adoptar la escenografía fascista que estaba de moda en los años treinta, mientras adoptaban remedios contra la Depresión tomados tanto del New Deal de Roosevelt como del corporativismo de Mussolini.

Lo mas próximo a un partido fascista de masas indígena en América Latina fue la Ação Integralista Brasileira —AIB—, fundada por el escritor Plinio Salgado a su regreso de un viaje a Europa, donde, al conocer a Mussolini, «había entrado en su existencia un fuego sagrado».[614] Los integralistas estaban mucho más sólidamente implantados en la sociedad brasileña que las asociaciones nazis y fascistas que existían allí entre los inmigrantes alemanes e italianos, y Salgado fundió con éxito imaginería histórica brasileña indígena —incluida la cultura de los indios tupis— con

los aspectos más abiertamente fascistas de su programa, como dictadura, nacionalismo, proteccionismo, corporativismo, antisemitismo, paso de la oca, una propuesta de Secretariado para la Educación Física y Moral, camisas verdes y brazaletes negros con la letra griega sigma —el símbolo del integralismo—, para formar un movimiento auténticamente nacional y abiertamente fascista. El integralismo alcanzó su punto álgido en 1934, cuando contaba con 180.000 miembros, algunos de ellos profesionales, hombres de negocios y militares destacados.[615]

No fueron los integralistas, sin embargo, los que gobernaron Brasil, sino un astuto aunque nada carismático dictador, Getulio Vargas. Vargas se convirtió en presidente a través de un golpe militar de 1930 y fue elegido presidente de forma más normal en 1934. En 1937, cuando su periodo en el cargo se aproximaba a su fin, asumió todo el poder e instauró el Estado Novo, cuyo nombre y cuyo sistema político autoritario estaban tomados de Portugal. Gobernó como dictador hasta 1945, cuando le sacaron del poder los militares.[616] El Estado Novo de Vargas de entre 1937 y 1945 fue una dictadura modernizadora con ciertos rasgos progresistas —redujo los poderes locales de la vieja oligarquía y fomentó la autoridad centralizada, los servicios sociales, la educación y la industrialización—. Su proteccionismo y los cárteles autorizados por el Estado para productos como el café —cuyo precio mundial se había desplomado con la Depresión — se parecían a los remedios contra la Depresión de muchos Gobiernos de la década de 1930 no necesariamente fascistas. Como Salazar en Portugal, Vargas, lejos de gobernar a través de un partido fascista, prescindió de los integralistas y de los movimientos pronazis y profascistas, lo mismo que de todos los demás partidos. Era un hombre menudo y frágil al que no le gustaba hablar en público y que confesaba que le dolía la espalda cuando montaba a caballo,[617] con lo que ni siquiera se le podía identificar con la imagen del gaucho de su estado natal de Río Grande del Sur, no digamos ya con la de un jefe fascista.

El coronel Juan Perón se ajustaba mucho más a esa imagen, tanto por su carisma personal como por sus predilecciones políticas. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, como ayudante del agregado militar argentino en

Roma, le habían admirado el orden, la disciplina, la unidad y el entusiasmo que en su opinión había en la Italia fascista. De hecho, Perón decía ser de ascendencia italiana, como muchos argentinos —Italia y España habían aportado la mayor parte de los emigrantes europeos a Argentina—.[618]

La introducción en Argentina del sufragio masculino universal en 1912 permitió al cauto reformista radical Hipólito Irigoyen gobernar después de 1916 en lo que parecía un asentamiento de la democracia constitucional. Pero la maquinaria política basada en el padrinazgo y nada inspiradora de Irigoyen no tenía solución para la caída mundial de los precios agrícolas que puso en peligro la prosperidad del país a finales de la década de 1920.[619] En septiembre de 1930 oficiales derechistas derrocaron a Irigoyen y acabaron con el régimen constitucional, a lo que siguió medio siglo inestable de dictaduras predominantemente de derechas.

Al principio, el general José Uriburu intentó hacer frente a la Gran Depresión mediante un sistema económico corporativo copiado de la Italia de Mussolini. Este «fascismo desde arriba» no consiguió, sin embargo, el apoyo necesario entre los mandos del Ejército ni de los dirigentes de los partidos y de la economía y dejó paso a una serie de dictaduras militares-conservadoras salpicadas de elecciones fraudulentas que los argentinos recuerdan como «la década infame». Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, el país se mantuvo neutral, aunque el Ejército se inclinaba por Alemania, fuente de su armamento y de su instrucción militar.

Cuando Estados Unidos entró en la guerra, en diciembre de 1941, sometieron a Argentina a una intensa presión para que se uniera al campo aliado, como el resto de América Latina. En junio de 1943 tomó el poder una nueva junta militar decidida a resistir la presión estadounidense y a mantener la neutralidad. Algunos de sus miembros, al menos, incluido el coronel Juan Perón, querían seguir obteniendo armas de Alemania para compensar las armas y bases estadounidenses que había en Brasil.[620]

Juan Perón, oscuro coronel de la junta militar que tomó el poder en 1943, solicitó el cargo, aparentemente insignificante, de secretario de Trabajo y Seguridad Social.[621] Una vez conseguido el control de las organizaciones obreras, Perón eliminó a sus dirigentes socialistas, comunistas o

anarcosindicalistas, fundió los múltiples sindicatos en una sola organización de trabajadores patrocinada por el Estado para cada sector de la economía y amplió su número de miembros incluyendo en ella a los que no estaban antes sindicados. Estos pasos convirtieron la Confederación General de Trabajo —CGT— en un feudo personal suyo. Se ganó la gratitud sincera de los trabajadores mejorando sustancialmente las condiciones de trabajo y consiguiendo acuerdos favorables en los conflictos laborales. Le ayudó notablemente en este proyecto el encanto personal y el radicalismo contrario al orden establecido de su amante, Eva Duarte, una campesina hija ilegítima que luchaba por triunfar como actriz en seriales radiofónicos.

Perón llegó al poder de una forma completamente distinta a como lo hicieron Mussolini y Hitler, no a la cabeza de un partido militante que se esforzase por demostrar que la democracia era ineficaz —la democracia ya había sido asfixiada—, sino por la presión de una manifestación de masas de sus seguidores de la clase obrera. En octubre de 1945 los oficiales que formaban parte con Perón de la junta, alarmados por la ambición y la demagogia del joven coronel, influidos por la hostilidad hacia él del embajador de Estados Unidos y ofendidos por su relación declarada con una mujer de clase baja, Eva, le depusieron del cargo y le detuvieron. El 17 de octubre de 1945, una fecha que se celebraría más tarde como la fiesta nacional del peronismo, cientos de miles de trabajadores en huelga —movilizados por Eva, según la leyenda peronista, pero más probablemente por otros ayudantes— ocuparon el centro de Buenos Aires. En el calor asfixiante, algunos de ellos se quitaron las camisas y, ante la asombrada ciudadanía, se refrescaron en las elegantes fuentes de surtidores de la plaza de Mayo. *Los descamisados* se convirtieron en el equivalente en la leyenda peronista de los *sans-coulottes* de la revolución francesa.[622]

Con el fin de apaciguar a la pacífica pero incontenible multitud, la junta puso en libertad al coronel y formó un nuevo Gobierno compuesto principalmente por amigos suyos. Perón iniciaba el camino que le llevaría a ser elegido presidente en 1946. Su dictadura se apoyó, pues, tanto en una CGT manipulada como en el Ejército. Estaba dirigida, abierta y explícitamente, contra «la oligarquía» que había menospreciado a Evita. Da

igual que la dictadura respetase la propiedad privada e hiciese lo posible por apoyar a la industria de sustitución de importaciones, y que la CGT de Perón se convirtiese más en administradora de una clientela de la clase obrera que en una auténtica portavoz de sus agravios. La base popular de Perón fue siempre más explícitamente proletaria que la de Mussolini y la de Hitler, y su animadversión hacia las viejas élites del país, más abierta. Mientras que el fascismo y el nazismo utilizaron la dictadura para aplastar un movimiento obrero independiente y reducir la cuota del producto nacional de la clase trabajadora, Perón aumentó esa cuota del ingreso nacional correspondiente a los trabajadores, que pasó del 40% en 1946 al 49% en 1949.[623]

La dictadura de Perón —1946-55— fue el régimen de fuera de Europa al que se calificó con mayor frecuencia de fascista, especialmente en Estados Unidos. La oficialidad de Washington había etiquetado a la neutral Argentina firmemente como pro-Eje antes incluso de que entrase en escena Perón.[624] Con su caudillo carismático, el Conductor Perón, su partido peronista único y su doctrina oficial del *justicialismo* o «comunidad organizada», su afición a los desfiles y las ceremonias —con la participación frecuente de Eva, convertida ya en su esposa—, su economía corporativista, su prensa controlada, su policía represora y su violencia periódica contra la izquierda,[625] su judicatura sojuzgada y sus estrechos vínculos con Franco, le parecía realmente fascista a una generación de la Segunda Guerra Mundial acostumbrada a dividir el mundo entre fascistas y demócratas.

Sin embargo, investigadores más recientes han preferido destacar las raíces vernáculas del peronismo: una tradición nacional de salvación mediante dirigentes fuertes; miedo a la decadencia, cuando las exportaciones agrícolas, la gran fuente de riqueza de Argentina, perdieron valor después de la Primera Guerra Mundial; un «miedo a los rojos» gigantesco desencadenado por la sangrienta huelga general de enero de 1919 —la Semana Trágica—; nacionalismo centrado simplemente en independizarse económicamente de los inversores británicos; el espacio político ofrecido por una oligarquía agotada que se apoyaba en el poder

menguante de los valores de ganaderos y cerealistas sin dar voz a las nuevas clases urbanas medias y obreras —las mayores de Sudamérica— y un convencimiento generalizado de que los «políticos» eran al mismo tiempo corruptos e irresponsables.[626]

Pese a las posibles apariencias superficiales, la dictadura de Perón operó de una forma completamente distinta a las de Hitler y Mussolini. Mientras estos dos habían llegado al poder enfrentándose a democracias caóticas en el desorden que siguió a una rápida expansión del sufragio, Perón llegó al poder enfrentándose a una oligarquía militar-conservadora con una base exigua y amplió luego el derecho de sufragio —las mujeres pudieron votar después de 1947— y la participación ciudadana.[627] Obtuvo claras mayorías electorales en 1946 y en 1951, y de nuevo, a su vuelta, en 1973, en los sufragios presidenciales más limpios que había tenido el país hasta entonces. Aunque la dictadura de Perón utilizó la intimidación policial y controló la prensa, carecía del enemigo interno/externo demonizado —los judíos u otros— que parece un ingrediente esencial del fascismo.[628] No expresó el menor interés por la expansión a través de la guerra.

Por último, Eva Perón desempeñó un papel totalmente ajeno al machismo fascista. Evita fue la primera esposa de un dirigente latinoamericano que participó activamente en el Gobierno. Esta mujer compleja y perspicaz sabía valerse de múltiples registros: oradora apasionada en favor de los descamisados y contra «la oligarquía»; organizadora del voto de las mujeres al frente del Partido de las Mujeres Peronistas —aunque no fomentase nunca el ascenso a cargos de poder de otras mujeres—; primera dama dadivosa que distribuía favores a diario desde su despacho del Ministerio de Trabajo y a través de la Fundación Eva Perón, de misteriosa financiación; símbolo de ensueños de elegancia y distinción, se decía que había usado 306 caros atuendos distintos en un periodo de 270 días.[629] Exteriormente femenina y sumisa al dictador, se la consideraba generalmente la firme columna que sostenía a su cauto marido. Estableció una relación tan intensa con el pueblo de Buenos Aires que después de su muerte —de cáncer a los 33 años, en 1952— se convirtió en objeto de múltiples cultos. Para unos pocos, fue una dirigente revolucionaria —una imagen revivida en la década

de 1970 por peronistas de izquierdas—; para muchos otros fue casi una santa, para la que se construirían altares y cuyo cadáver cuidadosamente embalsamado tuvieron que esconder regímenes siguientes. En opinión de muchos argentinos de clase alta, era una escaladora vengativa y una manipuladora sexual. Cuando murió, era probablemente la mujer más poderosa del mundo.[630]

Evaluar las dictaduras latinoamericanas desde la óptica del fascismo es una empresa intelectual peligrosa. En el peor de los casos, puede convertirse en un ejercicio vacuo de etiquetaje. Pero en el mejor puede ayudarnos a hacer más precisa nuestra imagen de los fascismos clásicos. Para una comparación adecuada hay que distinguir entre varios niveles de similitudes y de diferencias. Las similitudes se hallan en los mecanismos de gobierno, en las técnicas de propaganda y de manipulación de imagen y, de cuando en cuando, en políticas concretas que se toman prestadas, como la organización económica corporativista. Las diferencias resultan más notorias cuando se examinan los marcos sociales y políticos y la relación de estos regímenes con la sociedad. Aunque los escalpelos de los cirujanos pudiesen parecer similares, en América Latina operaban cuerpos distintos que en Europa.

Tanto Getulio Vargas como Perón arrebataron el poder a oligarquías en vez de a democracias fallidas, y ambos ampliaron a continuación la participación política. Gobernaron naciones solo parcialmente formadas, a cuyas poblaciones dispares y a cuyos jefes locales facciosos se esforzaron por integrar en Estados nacionales unificados, mientras que los dictadores fascistas clásicos gobernaron naciones-Estado ya establecidas obsesionadas con amenazas que ponían en peligro su unidad, su energía y su rango. La visión de Hitler de una Alemania perfecta mancillada por comunistas y judíos —idénticos, en su pensamiento— tenía un paralelismo en los integralistas brasileños y los nacionalistas argentinos, pero Vargas y Perón los marginaron y los alarmaron con su populismo.[631] Ni Vargas ni Perón se sintieron obligados a exterminar a un grupo. Su policía, aunque dura e incontrolada, castigó a enemigos individuales en vez de eliminar categorías completas, como hicieron las SS de Hitler. El intento menos criminal de

Mussolini de completar la creación de italianos modernos dignos de la *romanità* constituye un paralelismo más cercano, pero Mussolini estaba tan consagrado como Hitler a la guerra expansiva, un proyecto totalmente ausente en Getulio Vargas y en Perón.

En suma, las similitudes parecen consistir solo en herramientas o instrumentos que se toman prestados durante el periodo de apogeo del fascismo, mientras que las diferencias se relacionan con cuestiones más fundamentales de estructura, función y relación con la sociedad. Las dictaduras latinoamericanas es mejor considerarlas dictaduras desarrollistas nacional-populistas con adornos fascistas, tal vez lejanamente comparables a Mussolini, pero difícilmente comparables a Hitler —pese a las simpatías por el Eje durante la guerra—.

Una vez establecido que el fascismo plenamente auténtico no existió ni siquiera en los países más avanzados de América Latina durante el periodo 1930-1950, podemos pasar más rápidamente por algunos de los otros movimientos y regímenes latinoamericanos que se han vinculado al fascismo. Aparte de pequeñas facciones pro-Eje de Chile y de Perú, el otro ejemplo principal fue el «socialismo militar» del coronel David Toro, en Bolivia, entre 1936 y 1937 y de su sucesor, Germán Busch, entre 1937 y 1939, con su «Legión» de veteranos de guerra, su socialismo de Estado y sus esfuerzos para construir una nación-Estado a partir de componentes dispares indios y europeos a través de la dictadura carismática.[632]

El Japón imperial, el país más industrializado fuera de Occidente y el más poderosamente influido por una adopción selectiva de elementos occidentales, fue el otro régimen no europeo al que con más frecuencia se le ha calificado de fascista. Durante la Segunda Guerra Mundial, la propaganda aliada agrupó despreocupadamente al Japón imperial con sus socios del Eje. En la actualidad, aunque la mayoría de los investigadores occidentales consideran al Japón imperial algo distinto al fascismo, los investigadores japoneses, y no solo los marxistas, suelen considerarlo «fascismo desde arriba».[633]

El fascismo del Japón de entreguerras se puede abordar de dos modos. Se puede centrar uno en la influencia «desde abajo» de intelectuales y

movimientos de regeneración nacional que proponían un programa muy similar al fascismo, pero que fueron aplastados por el régimen. El otro enfoque se centra en las acciones «desde arriba» de las instituciones imperiales. Se pregunta si la dictadura militarizada expansionista instaurada en la década de 1930 no constituyó una forma diferenciada de «sistema de fascismo de emperador».[634]

Japón había dado algunos pasos hacia la democracia en la década de 1920. En 1926 se amplió el derecho de sufragio a todos los varones adultos, y aunque la cámara alta y el consejo privado, que se cubrían por nombramiento, siguieron siendo poderosos y el Ejército escapaba al control parlamentario, el gabinete estaba normalmente dirigido por el jefe del partido con mayor número de votos en la cámara baja. Entre las muchas opiniones que entonces circulaban, figuraban las de Kita Ikki, al que se ha calificado de auténtico fascista japonés. El «Bosquejo General de Medidas para la Reconstrucción del Japón» —1919— de Kita abogaba por que el Estado impusiese limitaciones a industriales y terratenientes, a los que consideraba el principal obstáculo para la regeneración y la unificación nacional. Según Kita, el Japón, una vez libre de la división y la carga del capitalismo competitivo, se convertiría en el centro de una nueva Asia liberada de la dominación europea.[635]

La democracia en ciernes del Japón no sobrevivió a las crisis de 1931. La Gran Depresión había llevado ya la pobreza al campo y, a partir de septiembre de 1931, los altos mandos del Ejército japonés se valieron de un pretexto para invadir Manchuria. Jóvenes oficiales inquietos, enfurecidos por las tentativas infructuosas de la cámara baja de limitar la expansión militar e influidos en algunos casos por las obras de Kita Ikki, fundaron sociedades secretas con nombres como Asociación de la Flor de Cerezo o Cuerpo de la Promesa de la Sangre. Intentaron, mediante asesinatos y tentativas de golpes de Estado, instaurar una dictadura bajo la autoridad del emperador que buscase la regeneración nacional a través de un programa de control público de la economía, nivelación social y expansión. En la operación más ambiciosa de todas, jóvenes oficiales rebeldes ocuparon el centro de Tokio el 26 de febrero de 1936 y mataron al ministro de Finanzas

y a otros funcionarios.[636]

Después de que esta insurrección fuese aplastada, Kita Ikki figuró entre los ejecutados en relación con ella. El propio emperador puso fin así a lo que se ha llamado «fascismo desde abajo» japonés. Desde 1932 los gabinetes de los partidos parlamentarios habían dejado paso a Gobiernos de «unidad nacional» dominados por altos mandos del Ejército y burócratas distinguidos, y ese proceso se aceleró tras la represión de la revuelta de 1936. En junio de 1937 se convirtió en primer ministro —1937-1939— el príncipe Konoe Fumimaro, un aristócrata que había presidido la cámara alta y que era contrario al gobierno de partidos. En julio de 1937 los militares japoneses provocaron un incidente en China, e iniciaron a continuación ocho años de guerra total en el continente. El Gabinete Konoe aguantó esta escalada y movilizó a la nación para la guerra. Primer ministro de nuevo en julio de 1940, el príncipe Konoe instauró un «Nuevo Orden» doméstico abiertamente totalitario que se proponía situar a un Japón regenerado a la cabeza de lo que vino a llamarse una «Esfera Mayor de Co-Prosperidad del Asia Oriental».

A finales de la década de 1930, cuando el éxito nazi era deslumbrador, aparecieron en Japón fascistas auténticos. La Sociedad de la Vía Oriental del camisa negra Seigo Nakano, el «Hitler japonés», obtuvo el 13% de los votos en las elecciones de 1942. Sin embargo, Nakano fue puesto bajo arresto domiciliario. La Asociación Investigadora Showa era un grupo más académico de intelectuales que se basaban explícitamente en fórmulas fascistas para la movilización popular y la organización económica. A Konoe le había asesorado esta asociación. Pero, en la práctica, el príncipe Konoe prescindió tranquilamente de todos los rasgos anticapitalistas y solidarios que había en las propuestas de estos intelectuales.[637]

En resumen, el Gobierno japonés decidió escoger dentro del menú fascista y adoptar un cierto número de sus medidas de organización económica corporativista y de control popular en una «revolución selectiva» efectuada por el Estado, reprimiendo al mismo tiempo, sin embargo, el turbio activismo popular de los movimientos auténticamente fascistas, aunque lo fuesen por imitación.[638]

A la dictadura militarista y expansionista que fue consolidándose gradualmente en el Japón entre 1931 y 1940 hay quien la califica de fascista debido a que se trataba en un Gobierno de emergencia fruto de una alianza entre la autoridad imperial, el gran capital, el funcionariado de alto rango y los altos mandos del Ejército para la defensa de intereses de clase amenazados.[639] Pero aunque es indudable que el Japón imperial se valió de modelos fascistas y compartió rasgos importantes con el fascismo, la variante japonesa de este la impusieron unos gobernantes, sin que hubiese un solo partido de masas o un movimiento popular, y en realidad desdeñando, o incluso oponiéndose, a los intelectuales japoneses influenciados por el fascismo europeo. «Fue como si se hubiese instaurado el fascismo en Europa después de liquidar a Mussolini y a Hitler».[640]

El sociólogo estadounidense Barrington Moore propuso una explicación a largo plazo de la aparición de la dictadura militar en Japón. Moore, buscando las raíces últimas de dictadura y democracia en rutas distintas hacia la transformación capitalista de la agricultura, indicaba que Inglaterra permitió que una nobleza rural independiente cercase sus tierras y expulsase a la fuerza de trabajo «excedente» del campo, que quedó entonces «libre» para trabajar en sus precoces industrias. La democracia inglesa pudo apoyarse en el campo estable y conservador y en una gran clase media urbana alimentada por una fuerza de trabajo móvil en ascenso. Alemania y Japón, sin embargo, se industrializaron rápida y tardíamente conservando inalterable una agricultura tradicional de terratenientes-campesinos. Debido a ello, se vieron obligados a mantener la raya al mismo tiempo a trabajadores rebeldes, a una pequeña burguesía agobiada y a los campesinos, bien mediante la fuerza, bien mediante la manipulación. Además, este sistema social preñado de conflicto solo proporcionaba mercados limitados para sus propios productos. Tanto Alemania como Japón afrontaron estos retos combinando la represión interna con la expansión externa, ayudados por las consignas y los rituales de una ideología de derechas que parecía radical, pero que no ponía en entredicho realmente el orden social.[641]

Para el análisis a largo plazo de Barrington Moore de la modernización

asimétrica podrían añadirse más similitudes a corto plazo del siglo xx entre las situaciones alemana y japonesa: la impresión intensa de que la Unión Soviética —Rusia había hecho reclamaciones territoriales a Japón desde la victoria japonesa de 1905— constituía una amenaza y la necesidad de adaptar rápidamente a la política de masas jerarquías tradicionales políticas y sociales. El Japón imperial tuvo más éxito incluso que la Alemania nazi en el uso de métodos modernos de movilización y propaganda para integrar a su población bajo la autoridad tradicional.[642]

Las similitudes que aprecia Moore entre las estructuras sociales y las pautas de desarrollo alemanas y japonesas no han llegado a convencer del todo a los especialistas en Japón. No se puede demostrar que los terratenientes hayan jugado un papel importante para dar al Japón imperial su mezcla peculiar de expansionismo y control social. Y aunque las técnicas de integración del Japón imperial tuvieron mucho éxito, se debió principalmente a que la sociedad japonesa estaba muy cohesionada y tenía una estructura familiar muy vigorosa.[643]

Finalmente, el Japón imperial, pese a la indudable influencia del fascismo europeo y pese a ciertas analogías estructurales con Alemania e Italia, se enfrentaba a problemas menos críticos que los de esos dos países. No pesaba sobre los japoneses la amenaza de una revolución inminente y no tenían necesidad de superar ni la derrota exterior ni la desintegración interna —aunque la temiesen y estuviesen resentidos por los obstáculos que ponían los occidentales a su expansión en Asia—. Aunque el régimen imperial utilizó técnicas de movilización de masas, no hubo ningún partido oficial ni ningún movimiento autónomo de base que compitiese con los dirigentes. El Imperio japonés del periodo 1932-1945 debe considerarse más una dictadura militar expansionista con un alto grado de movilización patrocinada por el Estado que un régimen fascista.

A los regímenes dictatoriales de África y de América Latina que sirvieron a los intereses estadounidenses o europeos —extracción de recursos, privilegios de inversión, apoyo estratégico en la Guerra Fría— y fueron, a cambio, sostenidos por protectores occidentales se les ha llamado «fascismo clientelar», «fascismo por delegación» o «fascismo colonial». Uno piensa

aquí en Chile bajo el general Pinochet —1974— o en protectorados occidentales de África como el de Mobutu Sese-Seko —1965-1997—. Estos Estados clientes, aunque odiosos, no pueden calificarse legítimamente de fascistas, porque ni se basaron en un apoyo popular ni tuvieron libertad para emprender el expansionismo. Si hubiesen permitido la movilización de la opinión pública, se habrían arriesgado a que se volviese contra sus amos extranjeros y contra ellos mismos. Es mejor considerarlos dictaduras o tiranías tradicionales apoyadas desde el exterior.

Los propios Estados Unidos no han estado nunca exentos de fascismo. De hecho, han florecido en el país los movimientos antidemocráticos y xenófobos, desde el Partido Nativo Americano de 1845 y el Partido de los que No Saben Nada de la década de 1850.[644] En la década de 1930, en pleno azote de la crisis, surgieron en Estados Unidos, lo mismo que en otras democracias, movimientos fascistas de imitación: el abiertamente prohitleriano Defensores de la Fe Cristiana del evangelista Gerald B. Winrod con su Legión Negra; los Camisas Plateadas —*Silver Shirts,* en inglés, para que coincidiese con las iniciales de las SS— de William Dudley Pelley;[645] los Camisas Kakis, formado por veteranos —cuyo jefe, un tal Art J. Smith, se esfumó después de que resultase muerto en uno de sus actos públicos un alborotador que interrumpía su discurso—, y toda una hueste más. Los movimientos que tenían un aire extranjero exótico conseguían, sin embargo, pocos seguidores. George Lincoln Rockwell, extravagante jefe del Partido Nazi Americano desde 1959 hasta que le asesinó un seguidor descontento en 1967,[646] resultaba aún más «antiamericano» después de la gran guerra antinazi.

Son mucho más peligrosos los movimientos que utilizan temas auténticamente estadounidenses de formas funcionalmente parecidas al fascismo. El Klan revivió en la década de 1920, se hizo de un antisemitismo virulento y se difundió a las ciudades y al Medio Oeste. En la década de 1930 el padre Charles E. Coughlin logró una audiencia radiofónica calculada en 40 millones con un mensaje anticomunista, anti-Wall Street, pro-créditos blandos y —después de 1938— antisemita emitiendo desde su iglesia de los arrabales de Detroit. Por un momento, a principios de 1936,

dio la impresión de que su Partido de la Unión y su candidato presidencial, el congresista de Dakota del Norte William Lemke, podrían derrotar a Roosevelt.[647] El gobernador de Luisiana Huey Long, el acosador del plutócrata, tuvo un auténtico empuje político hasta que fue asesinado en 1935, pero, aunque fue calificado a menudo de fascista en la época, era más bien un demagogo del reparto de la riqueza.[648] El predicador fundamentalista Gerald L. K. Smith, que había trabajado con Coughlin y con Long, centró el mensaje más directamente después de la Segunda Guerra Mundial en la «conspiración judeo-comunista» y tuvo una repercusión real. Hoy una «política de resentimiento» enraizada en la piedad estadounidense auténtica y en el nativismo conduce a veces a la violencia precisamente contra algunos de los mismos «enemigos internos» a los que persiguieron en tiempos los nazis, como los homosexuales y los que defienden el derecho al aborto.[649]

Por supuesto, Estados Unidos tendría que sufrir reveses catastróficos y una polarización para que estos grupos marginales encontrasen aliados poderosos y entrasen en la corriente general. Yo medio esperaba que surgiese después de 1968 un movimiento de reunificación nacional, regeneración y purificación dirigido contra hirsutos manifestantes antiguerra, radicales negros y artistas «degenerados». Creí que algunos de los veteranos de Vietnam podrían formar grupos análogos a los *Freikorps* de la Alemania de 1919 o a los Arditi italianos y atacar a los jóvenes cuyas manifestaciones en las escaleras del Pentágono les habían «apuñalado por la espalda». Afortunadamente, me equivoqué —hasta el momento—. Pero desde el 11 de septiembre de 2001 las libertades ciudadanas han sido recortadas con la aclamación popular en una guerra patriótica contra los terroristas.

El lenguaje y los símbolos de un auténtico fascismo estadounidense tendrían, por supuesto, poco que ver con los modelos europeos originales. Tendrían que ser tan familiares y tranquilizantes para los estadounidenses leales como lo fueron el lenguaje y los símbolos de los fascismos originales para muchos italianos y alemanes, tal como indicó Orwell. Después de todo, Hitler y Mussolini no habían intentado parecer exóticos a sus

conciudadanos. En el fascismo estadounidense no habría ninguna cruz gamada, habría barras y estrellas y cruces cristianas. No habría ningún saludo fascista, sino recitaciones multitudinarias de la promesa de lealtad. Estos símbolos no contienen el menor soplo de fascismo en sí mismos, por supuesto, pero el fascismo estadounidense los transformaría en pruebas de papel de tornasol obligatorias para detectar al enemigo interno.

En torno a estos símbolos y a este lenguaje tan tranquilizador, y en el caso de algún terrible revés que afectase al prestigio nacional, los estadounidenses podrían apoyar un programa obligatorio de purificación, unificación y regeneración nacional. Sus objetivos serían la Primera Enmienda, la separación de la Iglesia y del Estado —belenes en el césped, oraciones en las escuelas—, intentos de controlar la tenencia de armas,[650] profanaciones de la bandera, minorías no asimiladas, excesiva libertad artística, conducta disidente e insólita de cualquier tipo que pudiese calificarse de antinacional o decadente.

Henry Louis Gates, Jr., ha apreciado un «tono lamentablemente fascista» en la afirmación de algunos nacionalistas afroamericanos del «poder redentor del afrocentrismo» frente a la «decadencia europea» a través del sometimiento de sus propias voluntades a la «voluntad colectiva de nuestro pueblo».[651] La división de pueblos propuesta por el profesor Leonard Jeffries, antes en la City University de Nueva York, como «pueblo del sol» —africanos— y «pueblo del hielo» —europeos—, y su visión conspiratoria según la cual el «pueblo del hielo» ha procurado a lo largo de la historia exterminar al «pueblo del sol», pulsa esa nota con más fuerza aún. Si se añadiese a este sentimiento maniqueo de victimización una exaltación de la violencia redentora contra los enemigos externos y contra los tibios internos, nos aproximaríamos al fascismo. Pero un movimiento de este tipo dentro de una minoría históricamente excluida tendría tan pocas posibilidades de detentar poder auténtico que, en definitiva, cualquier comparación con los verdaderos fascismos resulta estrambótica. Una minoría subyugada puede utilizar retórica que se parezca al fascismo inicial, pero difícilmente puede embarcarse en un programa propio de dictadura y purificación internas y de expansionismo territorial.

Llego ahora al tema difícil de si la religión puede servir como el equivalente funcional del fascismo para regenerar y unir a un pueblo humillado y vengativo. ¿Fue el Irán bajo el ayatolá Jomeini un régimen fascista? ¿Qué decir del fundamentalismo hindú de la India, de Al Qaeda entre los fundamentalistas musulmanes y de los talibanes de Afganistán? ¿Desempeñaría esta función para los estadounidenses el fundamentalismo protestante? Payne ha afirmado que el fascismo necesita el espacio creado por la secularización, porque un fascismo religioso limitaría inevitablemente a su caudillo no solo por el poder cultural del clero, sino por «los preceptos y valores de la religión tradicional».[652]

Este argumento se aplica mejor a Europa. Pero las condiciones allí pueden haber sido peculiares. El anticlericalismo de los primeros fascismos europeos fue una cuestión de circunstancia histórica; tanto el nacionalismo italiano como el alemán habían estado dirigidos tradicionalmente contra la Iglesia católica. Mussolini y Hitler se formaron ambos en tradiciones anticlericales un tanto diferentes: en el caso de Mussolini, el sindicalismo revolucionario; en el caso de Hitler, el pangermanismo contrario a los Habsburgo. Esta peculiaridad histórica de los fascismos originales no significa que no se pudiesen crear movimientos integristas futuros apoyados en una religión en lugar de una nación o como expresión de la identidad nacional. Ni siquiera en Europa faltaron los fascismos basados en la religión: la Falange Española, el rexismo belga, el Movimiento Lapua finlandés y la Legión del Arcángel Miguel rumana son todos ellos buenos ejemplos, aunque excluyésemos los regímenes autoritarios católicos de España, Austria y Portugal de la década de 1930.

La religión puede ser un motor de la identidad tan poderoso como la nación; de hecho, en algunas culturas, la identidad religiosa puede ser mucho más poderosa que la identidad nacional. En los fundamentalismos religiosos integristas, la promoción violenta de la unidad y el dinamismo de la fe puede funcionar de forma muy parecida a la promoción violenta de la unidad y el dinamismo de la nación. Algunas formas extremas de judaísmo ortodoxo consideran el Estado de Israel una blasfemia por haberse instaurado antes de la llegada del mesías. Aquí el integrismo religioso

sustituye plenamente al integrismo nacionalista. Los musulmanes fundamentalistas profesan escasa lealtad a los diversos Estados islámicos seculares, sean presidenciales o monárquicos. Su nación es el islam. Para los fundamentalistas hindúes, su religión es el foco de una vinculación intensa que el Estado indio, laico y pluralista, no consigue ofrecer. En esas comunidades es concebible un fascismo basado en la religión. Después de todo, los fascismos no tienen por qué ser iguales en sus símbolos y en su retórica, haciendo uso, como hacen, del repertorio patriótico local.

La principal objeción que puede hacerse al que caiga en la tentación de llamar fascistas a movimientos fundamentalistas islámicos como Al Qaeda y los talibanes es que no son reacciones contra una democracia que funciona mal. Al surgir en sociedades jerárquicas tradicionales, su unidad es, utilizando la famosa distinción de Émile Durkheim, más orgánica que mecánica. Sobre todo, no han «prescindido de las instituciones libres», porque no habían tenido ninguna.[653]

Si los fascismos religiosos son posibles, debemos abordar el potencial para el fascismo —suprema ironía— de Israel. Las reacciones israelíes a la primera y a la segunda Intifada han sido mixtas. La identidad nacional israelí ha estado poderosamente asociada a una afirmación de los derechos humanos que se les negaron durante mucho tiempo a los judíos en la Diáspora. Esta tradición democrática forma una barrera contra la actitud de «prescindir de las instituciones libres» en la lucha contra el nacionalismo palestino. Se halla debilitada, sin embargo, por dos tendencias: el endurecimiento inevitable de las actitudes ante la intransigencia palestina y una disminución dentro de la población israelí del peso de los judíos europeos, los principales portadores de la tradición democrática, y un aumento del de los judíos del norte de África y de otras partes del Próximo Oriente, que son indiferentes a ella. Los atentados suicidas de la Segunda Intifada, después de 2001, radicalizaron incluso a muchos demócratas israelíes hacia la derecha. En 2002 se podía oír un lenguaje dentro del ala derecha del Partido del Likud y de algunos de los pequeños partidos religiosos que se aproximaba a un equivalente funcional del fascismo. El pueblo elegido empieza a parecer una Raza Dominante que proclama una

«misión en el mundo» excepcional, exige su «espacio vital», demoniza a un enemigo que impide que el pueblo cumpla su destino y acepta la necesidad de la fuerza para alcanzar esos fines.[654]

En conclusión, si uno aceptar una interpretación del fascismo que no esté limitada a la cultura finisecular europea, las posibilidades de un fascismo no europeo no son en modo alguno menores que en la década de 1930 y, en realidad, probablemente sean mayores debido al gran aumento desde 1945 de experimentos fallidos de democracia y de gobierno representativo.

Puedo precisar ya más la pregunta con la que inicié el capítulo. ¿Puede existir aún fascismo? Es evidente que aún se pueden encontrar en todas las democracias importantes movimientos de la Etapa Uno. Algo más importante: ¿pueden llegar de nuevo a la Etapa Dos arraigando y adquiriendo influencia? No necesitamos buscar réplicas exactas, en las que veteranos fascistas desempolven sus cruces gamadas. Los coleccionistas de parafernalia nazi y las sectas neonazis de núcleo duro son capaces de provocar violencia destructiva y polarización. Pero mientras permanezcan excluidos de las alianzas con el orden establecido necesarias para poder incorporarse a la corriente general o para poder compartir el poder, siguen siendo más un problema de orden público que una amenaza política. Es mucho más probable que ejerzan influencia los movimientos de extrema derecha que han aprendido a moderar su lenguaje, a abandonar el simbolismo fascista clásico y a parecer «normales».

Lo que tenemos que tener en cuenta para poder identificarlo es cómo funcionaron los fascismos clásicos, en vez de dedicarnos a comprobar el color de las camisas o a buscar ecos de la retórica de los disidentes nacionalsindicalistas de principios del siglo xx. Las señales de aviso bien conocidas —propaganda nacionalista extrema y crímenes odiosos— son importantes, pero insuficientes. Sabiendo lo que sabemos sobre el ciclo fascista, podemos encontrar más señales de advertencia amenazadoras en situaciones de parálisis política frente a una crisis, conservadores amenazados buscando aliados más duros, dispuestos a prescindir del procedimiento debido y de la soberanía de la ley y que buscan apoyo de masas mediante demagogia nacionalista y racista. Los fascistas están

próximos al poder cuando los conservadores empiezan a tomar prestadas sus técnicas, apelan a sus «pasiones movilizadoras» e intentan integrar a los seguidores fascistas.

Armados con el conocimiento histórico, debemos ser capaces de distinguir las imitaciones desagradables pero aisladas de hoy, con sus cabezas afeitadas y sus tatuajes de la cruz gamada, de los equivalentes funcionales auténticos en la forma de una alianza fascista-conservadora madura. Prevenidos, debemos ser capaces de detectar lo auténtico cuando aparezca.

---

[564] Ernst Nolte, *Der Fascismus in seiner Epoch*, Múnich, Piper, 1963, traducido como *Three Faces of Fascism*, Nueva York, HoIt, Rinehart and Winston, 1966, p. 4.

[565] Véase capítulo 3, nota 70 (en la página 139).

[566] Según Ian Kershaw, *The Hitler Myth: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, Oxford University Press, 1987, pp. 221-22, muchos alemanes culpaban personalmente a Hitler de sus sufrimientos en la primavera de 1945.

[567] R. J. B. Bosworth, *The Italian Dictatorship*, Londres, Arnold, 1998, pp. 28, 30, 61, 67-68, 147, 150, 159, 162, 179 y 235, hace más hincapié que la mayoría en una incompatibilidad entre el consumismo individualista y la comunidad obligatoria del fascismo. Victoria de Grazia, *How Fascism Ruled Women*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1992, pp. 10, 15, y *passim*, muestra convincentemente cómo la cultura comercial consumista ayudó a subvertir la idea fascista de feminidad sumisamente domesticada. Véase también Stanley G. Payne, *A History of Fascism, 1919-1945*, Madison, University of Wisconsin Press, 1995, p. 496.

[568] Payne, *History*, llegaba a la conclusión de que «el fascismo histórico específico nunca puede recrearse» aunque subsistan fascistas, en número reducido, y puedan aparecer «formas nuevas y parcialmente emparentadas de nacionalismo autoritario» (pp. 496, 520).

[569] Mirko Tremaglia, que había sido funcionario subalterno en la República de Salò de Mussolini en 1943-1945, fue elegido entonces presidente del Comité de Asuntos Exteriores del Parlamento italiano. Aunque es cierto que algunos funcionarios de la República Federal de Alemania, incluido el canciller Hans-Georg Kiesinger, habían sido miembros del Partido Nazi en su juventud, no habían seguido perteneciendo después de la guerra a un partido neonazi y ningún partido neonazi había participado en el Gobierno local ni nacional en Alemania.

[570] Véase el número especial de *Patterns of Prejudice* 36, 3, julio de 2002, sobre grupúsculos de la derecha radical, agrupados por Roger Griffin.

[571] Martin A. Lee, *The Beast Reawakens*, Boston, Little, Brown, 1997.

[572] Nolte, *Three Faces*, pp. 421-423.

[573] Diethelm Prowe, «“Classic” Fascism and the New Radical Right in Western Europe: Comparisons and Contrasts», *Contemporary European History* 3, 3, 1994; Piero Ignazi, *L’estrema destra in Europa*, Bolonia, Il Mulino, 2000.

[574] Véase capítulo 7, p. 321, y capítulo 8, p. 364.

[575] *The Road to Wigan Pier*, Nueva York, Berkeley Books, 1961, p. 176. Véase también *The Lion and the Unicorn* (1941), citado en Sonia Orwell y Ian Angus (eds.), *The Collected Essays, Journalism, and Letters of George Orwell*, vol. III, *My Country Right or Left, 1940-43*, Nueva York, Harcourt Brace, 1968, p. 93.

[576] La República Federal de Alemania (Alemania Occidental) ilegalizó todas las expresiones manifiestas de nazismo, pero permitió el pluralismo de partidos. Así que partidos de la derecha radical que eran neonazis en todo menos en el nombre y el simbolismo existían legalmente, junto con una clandestinidad más abiertamente nazi. La República Democrática Alemana (Alemania Oriental), sin embargo, solo permitió que existiesen el Partido Comunista y el Partido de Unidad Socialista, de modo que no podía actuar abiertamente en su territorio ningún heredero derechista del nazismo. Se alegaba que, puesto que el nazismo se derivaba del capitalismo, solo podía existir en la Alemania Occidental. Véase Jeffrey Herf, *Divided Memory: The Nazi Past in the Two Germanies*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1997.

[577] Payne, *History*, p. 500.

[578] En las elecciones parlamentarias de 1992, la Lega Nord obtuvo casi el 19% del voto norteño (el 8,6% del nacional) utilizando el resentimiento de los pequeños empresarios y tenderos del norte por la carga social del sur italiano, expresado en términos que bordeaban el racismo. Véase Hans-Georg Betz, «Against Rome: The Lega Nord», en Hans-Georg Betz y Stefan Immerfall (eds.), *The New Politics of the Right: NeoPopulist Parties and Movements in Established Democracies*, Nueva York, St. Martin's Press, 1998, pp. 45-57.

[579] Tom Gallagher, «Exit from the Ghetto: The Italian Far Right in the 1990s», en Paul Hainsworth (ed.), *The Politics* of *the Extreme Right: From the Margin to the Mainstream*, Londres, Pinter, 2000, p. 72.

[580] Stanley Hoffmann, *Le mouvement Poujade*, Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 81, París, Armand Colin, 1956.

[581] Además de los libros sobre el Front National enumerados en el ensayo bibliográfico, p. 422, véase Nonna Mayer, «The French National Front», en Betz e Immerfall (eds.), *New Politics*, pp. 11-25, y Paul Hainsworth, «The Front National: From Ascendancy to Fragmentation on the French Extreme Right», en Hainsworth (ed.), *Politics of the Extreme Right*, pp. 18-32.

[582] Una buena introducción es Roger Eatweu, «The BNP and the Problem of Legitimacy», en Betz e Immerfall (eds.), *New Politics*, pp. 143-155.

[583] Stephan y Norbert, *My Father's Keeper: Children of Nazi Leaders*, Boston, Little, Brown, 2001.

[584] Piero Ignazi, «The Silent Counter-Revolution: Hypotheses on the Emergence of Extreme Right-Wing Parties in Europe», *European Journal of Political Research* 22, 1992, pp. 3-34, apoya la mayoría de estos puntos.

[585] John M. Cotter, «Sounds of Hate: White Power Rock and Roll and the NeoNazi Subculture», *Terrorism and Political Violence* 11, 2, verano de 1999, pp. 111-140. Debo este dato a Jeffrey M. Bale, que señala que la música «oi» no es necesariamente racista y violenta.

[586] Susan Backer, «Right-Wing Extremism in United Germany», en Hainsworth (ed.), *Politics of the Extreme Right*, p. 102. Los incidentes más terribles fueron los lanzamientos de cócteles molotov contra albergues para refugiados en los que murieron mujeres y niños turcos: tres en Mölln, cerca de Hamburgo, en noviembre de 1992, y cinco en Solingen, en mayo de 1993.

[587] *International Herald Tribune*, 14 de junio de 1994, p. 15.

[588] Preferencia para los franceses en el empleo y que los extranjeros no tengan derecho a las prestaciones de la seguridad social son elementos importantes del programa del Frente Nacional Francés.

[589] Al eclipsarse el enemigo comunista, algunos grupos de la derecha radical, que antes se alineaban a regañadientes con Estados Unidos a través del anticomunismo, pudieron ya dar prioridad a una hostilidad anteriormente reprimida hacia el «materialismo estadounidense» y la cultura de masas mundializada. Véase Jeffrey M. Bale, «National Revolutionary' Groupuscules and the Resurgence of Left-Wing Fascism: The Case of France's Nouvelle Résistance», *Patterns of Prejudice* 36, 3, julio de 2002, pp. 24-49.

[590] Piero Ignazi, *L'estrema destra in Europe*, p. 12, llama a las formas de la extrema derecha que corresponden a estas dos generaciones «tradicional» y «posindustrial». Pascal Perrineau utiliza la misma diferenciación.

[591] Ese es el subtítulo de Hainsworth (ed.), *The Politics of the Extreme Right.*

[592] Paul Hainsworth, «The Front National from Ascendancy to Fragmentation on the French Extreme Right», en Hainsworth (ed.), *Politics of the Extreme Right*, p. 18.

[593] Pascal Perrineau, *Le Symptôme Le Pen: Radiographie des électeurs du Front National*, París, Fayard, 1997, identifica cinco tipos de votantes del FN, unos procedentes de la izquierda, otros procedentes de la extrema derecha, muchos de la corriente general del conservadurismo. Véase también Nona Mayer, *Qui vote Le Pen?*, París, Flammarion, 1999.

[594] Aunque Le Pen habló vagamente de sustituir la Quinta República Francesa por una «Sexta República» e hizo hincapié en cambios limitados, como una policía más fuerte, protección económica y cultural contra la «mundialización» y «preferencia nacional» que cerraría la seguridad social a los no ciudadanos. Hainsworth, «Front National», pp. 24-28.

[595] Ibíd., p. 20.

[596] Berlusconi era propietario, entre otras muchas cosas en las que se incluían la mayoría de los medios de comunicación italianos, del popular equipo de fútbol Milan AC.

[597] Piero Ignazi y Colette Ysmal, «Extreme Right Parties in Europe: Introduction», *European Journal of Political Research* 22, 1992, p. 1.

[598] Tom Gallagher, «Exit from the Ghetto: The Italian Far Right in the 1990s», en Hainsworth (ed.), *Politics of the Extreme Right*, p. 75.

[599] En una encuesta hecha a los delegados del 17 Congreso del MSI, que se celebró en 1990, solo el 13% se definieron como demócratas, mientras que el 50% consideraban la democracia «una mentira»; el 25% se consideraban antisemitas y el 88% afirmaban que el fascismo era para ellos la referencia histórica clave. Piero Ignazi, *Postfascisti? Dal movimento sociale italiano ad Alleanza nazionale*, Bolonia, Il Mulino, 1994, pp. 88-89.

[600] Véase capítulo 3, pp. 126-127.

[601] Prowe, «"Classic" Fascism and the New Radical Right», p. 296. Mussolini, ciertamente, propugnó una intervención económica del Estado reducida hasta 1925.

[602] El joven que disparó contra el presidente francés Jacques Chirac durante las celebraciones del 14 de julio de 2002 en París era al mismo tiempo militante de una escuadra de acción neonazi, Unité Radicale, lector de *Mein Kampf* y candidato en las elecciones locales por el manifiestamente más moderado Mouvement National Républicain de Bruno Mégret, antiguo heredero y principal rival de Le Pen. Véase *Le Monde*, 30 de julio de 2002, p. 7: «Entre mouvements ultras et partis traditionnels, des frontieres parfois floues».

[603] Marc Swyngedouw, «The Extreme Right in Belgium: Of a Non-Existent Front National and an Omnipresent Vlaams Blok», en Betz e Immerfall (eds.), *New Politics*, p. 60.

[604] Marc Swyngedouw, «Belgium: Explaining the Relationship between Vlaams Blok and the City of Antwerp», en Betz e Immerfall (eds.), *New Politics*, p. 59.

[605] Betz, *Radical Right-Wing Populism*, p. 139.

[606] Prowe, «"Classic" Fascism and the New Radical Right», pp. 289-313, halla cierta semejanza en los programas, pero profundas diferencias en las circunstancias.

[607] Hans Rogger, «Russia», en Rogger y Eugen Weber (eds.), *The European Right*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1986, pp. 212-232.

[608] Walter Laqueur, *Black Hundred*, Nueva York, HarperCollins, 1993, pp 16-28.

[609] Michael Cox y Peter Shearman, «After the Fall: Nationalist Extremism in Post-Communist Russia», en Hainsworth, *Politics* of *the Extreme Right*, pp. 224-246. Stephen D. Shenfield, *Russian Fascism: Traditions, Tendencies, Movements*, Armonk, NY, M. E. Sharpe, 2001; Erwin Oberlander, «The All-Russian Fascist Party», en Walter Laqueur y George L. Mosse (eds.), *International Fascism: 1920-1945*, Nueva York, Harper, 1966, pp. 158-173, aborda el fascismo entre los emigrados rusos en la década de 1930.

[610] Véanse artículos en Cheles *et al*., *The Far Right in Western and Eastern Europe*, para detalles.

[611] Renzo de Felice escribe sobre el «vínculo inseparable» del fascismo con «las crisis (morales, económicas, sociales y políticas) de la sociedad europea después de la Primera Guerra» en *Il Fascismo: Le interpretazioni dei contemporanei* e *degli storici*, ed. rev., Bari, Laterza, 1998, p. 544. Véase también Payne, *History*, pp. 353-354.

[612] Véase capítulo 8, pp. 363-364.

[613] Patrick J. Furlong, *Between Crown and Swastika: The Impact of the Radical Right on the Afrikaner Nationalist Movement in the Fascist Era*, Hanover, NH, University Press of New England, 1991.

[614] Robert M. Levine, *The Vargas Regime: The Critical Years, 1934-1938*, Nueva York, Columbia University Press, 1970, p. 88.

[615] Ibíd., pp. 83-85.

[616] Vargas volvió al poder a través de las elecciones en octubre de 1950 y gobernó como jefe de un partido obrero clientelista, proclamándose «Padre de los Pobres», hasta el 24 de agosto de 1954, cuando se suicidó en el palacio presidencial ante la inminencia de un golpe militar. Véase Robert M. Levine, *Father of the Poor? Vargas and His Era*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

[617] Levine, *Vargas Regime*, p. 36.

[618] Para este y otros países que se analizan más adelante, véase el ensayo bibliográfico.

[619] Argentina era en 1914 la quinta o sexta nación más rica del mundo, gracias a la exportación a Europa de carne de vacuno y trigo de las grandes haciendas de las pampas.

[620] Robert D. Crassweller, *Perón and the Enigmas of Argentina*, Nueva York, Norton, 1987, es particularmente informativo sobre las presiones estadounidenses sobre Argentina durante la Segunda Guerra Mundial. Véase también Arthur P. Whitaker, *The United States and Argentina*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1954.

[621] Su otro cargo, que convencionalmente otorgaba más poder, era el de secretario general del Ministerio de Guerra, desde el que controlaba los nombramientos militares. Durante los dos años siguientes, fue también ministro de Guerra y vicepresidente.

[622] Joseph A. Page, *Perón: A Biography*, Nueva York, Random House, 1983, p. 136, n. Epíteto despectivo al principio, los peronistas lo adoptaron orgullosamente. Daniel James, *Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, p. 31.

[623] James, *Resistance and Integration*, p. 11; Frederick C. Turner y José Enrique Miguens, *Juan Perón and the Reshaping of Argentina*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1983, p. 4.

[624] Crassweller, *Perón and the Enigmas*, pp. 106-109, 124.

[625] El 15 de abril de 1953 escuadras de acción peronistas quemaron la sede del Partido Socialista, así como el selecto Jockey Club de la oligarquía. Page, *Perón*, pp. 271-273. El régimen de Perón mató, sin embargo, a muchísimos menos que los aproximadamente 7.000 asesinados por la dictadura militar argentina entre 1976 y 1983.

[626] Un clásico de este género es Joseph R. Barager (ed.), *Why Perón Came to Power: The Background to Peronism in Argentina*, Nueva York, Knopf, 1968.

[627] El sociólogo Gino Germani, en *Authoritarianism, Fascism, and National Populism*, New Brunswick, NJ, Transaction Books, 1978, diferencia plausiblemente el «nacional-populismo» de Perón del fascismo basándose en el cronometraje de la movilización social. Mientras Perón realizó una «movilización primaria», un primer paso en la política de masas, los fascismos, según Germani, fueron «movilizaciones secundarias», un intento de redirigir y disciplinar una política de masas ya existente.

[628] En la Argentina peronista existió antisemitismo. Los grupos nacionalistas de derechas que saquearon la sede socialista en abril de 1953 gritaban «¡Judíos! ¡Volved a Moscú!». Page, *Perón*, p. 272. Se pueden encontrar también proclamaciones antisemitas en el Brasil de Vargas, pero el racismo no era básico en la propaganda de ninguno de los regímenes ni tenía una base popular.

[629] J. M. Taylor, *Eva Perón: The Myths of* a *Woman*, Chicago, University of Chicago Press, 1979, p. 81. Es la descripción más refinada de las múltiples imágenes de Evita, desde la de Buenos Aires a la de Broadway.

[630] Ibíd., p. 34.

[631] Sandra McGee Deutsch, *Las Derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile*, Stanford, CA, Stanford University Press, 1999.

[632] Herbert S. Klein, *Parties and Political Change in Bolivia*, Londres, Cambridge University Press, 1969, pp. 235, 243-244, 372-374, y *Bolivia: The Evolution of a Multi-Ethnic Society*, 2ª ed., Nueva York, Oxford University Press, 1992, pp. 199-216.

[633] Gregory J. Kasza, «Fascism from Above? Japan's *Kakushin* Right in Comparative Perspective», en Stein Ugelvik Larsen (ed.), *Fascism Outside Europe: The European Impulse against Domestic Conditions in the Diffusion of Global Fascism*, Boulder, CO, Social Science Monographs, 2001, pp. 183-232, revisa los estudios japoneses sobre el tema y analiza lúcidamente la aplicabilidad de la etiqueta de «fascista» al Japón imperial. Doy las gracias a Carol Gluck por esta referencia.

[634] Maruyama Masao, *Thought and Behavior in Modern Japanese Politics*, ed. rev., ed. de Ivan Morris, Nueva York, Oxford University Press, 1969, esp. cap. 2, «The Ideology and Dynamics of Japanese Fascism».

[635] George M. Wilson, *Revolutionary Nationalist in Japan: Kita Ikki, 1883-1937*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1969.

[636] Ben Ami Shillony, *Revolt in Japan: The Young Officers and the February 26, 1936, Incident*,

Princeton, Princeton University Press, 1973.

[637] Miles Fletcher, *The Search for a New Order: Intellectuals and Fascism in Prewar Japan*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1982.

[638] Kasza, «Fascism from Above?», pp. 198-99, 228.

[639] Herbert P. Bix, «Rethinking "Emperor-System Fascism": Ruptures and Continuities in Modern Japanese History», *Bulletin of Concerned Asian Scholars* 14, 2, abril-junio de 1982, pp. 2-19, replantea esta tesis, influido por el marxismo, y rechaza la opinión contraria de la mayoría de los autores occidentales, a los que desdeñan como «pluralistas». Se rechaza el papel de los intereses de clase. Kasza, «Fascism from Above?», indica que los grandes conglomerados industriales japoneses, los *zaibatsu*, «se mostraban reacios a la expansión exterior y al militarismo interno (aunque se beneficiaron de ambos)» (p. 185).

[640] Gavan McCormack, «Nineteen-Thirties Japan: Fascism?», en *Bulletin of Concerned Asian Scholars* 14, 2, abril-junio de 1982, p. 29.

[641] Barrington Moore, Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Beacon Press, 1966, pp. 228-313.

[642] Paul Brooker, *The Faces of Fraternalism: Nazi Germany, Fascist Italy, and Imperial Japan*, Oxford, Clarendon Press, 1991.

[643] R. P. Dore y Tsutomo Ouchi, «Rural Origins of Japanese Fascism», en James William Modey (ed.), *Dilemmas of Growth in Prewar Japan*, Princeton, Princeton University Press, 1971, pp. 181-209, efectúa un estudio riguroso sobre la aplicabilidad del paradigma de Barrington Moore al Japón.

[644] Para bibliografía, véase el ensayo bibliográfico.

[645] Para Pelley, véase Leo P. Ribuffo, *The Old Christian Right: The Protestant Far Right from the Great Depression to the Cold War*, Filadelfia, Temple University Press, 1983.

[646] Nicholas Goodrick-Clarke, *Black Sun: Aryan Cults, Esoteric Nazism, and the Politics of Identity*, Nueva York, New York University Press, 2002, pp. 7-15, 37-38.

[647] Ajan Brinkley, *Voices of Protest: Huey Long, Father Coughlin, and the Great Depression*, Nueva York, Knopf, 1982 (cifras de la radio, en pp. 83, 92). Lemke consiguió 800.000 votos.

[648] Brinkley, *Voices of Protest*, pp. 273-283, llega a la conclusión de que, si bien el vínculo carismático entre Long y Coughlin y su público recordaba al fascismo, sus objetivos (libertad individual respecto a los plutócratas más que el triunfo de un *volk* nacional) eran completamente distintos. La obra clásica sobre el tema, T. Harry Williams, *Huey Long*, Nueva York, Knopf, 1969, pp. 760-762, desdeña las acusaciones de fascismo.

[649] Alan Crawford, *Thunder on the Right: The «New Right» and the Politics of Resentment*, Nueva York, Pantheon, 1980.

[650] Para la importancia de las armas en el simbolismo machista tanto de Hitler como de Mussolini, véase capítulo 8, nota 61 (en la página 364).

[651] Henry Louis Gates, Jr., «Blacklash», *The New Yorker*, 17 de mayo de 1993, p. 44.

[652] Payne, *History*, pp. 16, 490, 516.

[653] La dictadura iraquí de Sadam Hussein, que para algunos «se aproxima más que ningún otro dictador desde 1945» a una reproducción del Tercer Reich (Payne, *History*, pp. 516-517), se basaba en un partido laico, el Baaz, e intentó aplastar el fundamentalismo chiita. Samir al Khalil, *The Monument: Art, Vulgarity, and Responsibility in Iraq*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1991, retrata el par de brazos inmensos, hechos a partir de moldes de los brazos

del propio Sadam, que sostienen espadas que forman arcos triunfales sobre una avenida de Bagdad. No utiliza la palabra *fascismo*.

[654] Citas de la entrevista del general Effi Eitam, representante del Partido Religioso Nacional y ministro sin cartera en el Gobierno de Ariel Sharon, *Le Monde*, París, 7-8 de abril de 2002.

08
¿Qué es fascismo?

Al principio de este libro, me planteé la tarea de ofrecer al lector una definición neta de fascismo. Quería dejar a un lado —por razones heurísticas, al menos— la búsqueda tradicional pero paralizante del famoso aunque esquivo «mínimo fascista». Consideré más prometedor considerar ejemplos históricos de éxitos y fracasos fascistas en acción, a través de un ciclo completo de desarrollo. Exponer los procesos mediante los cuales los fascismos aparecieron, crecieron, consiguieron el poder —o no— y, una vez en el poder, se radicalizaron en un «máximo fascista» parecía una estrategia más prometedora que la búsqueda de una «esencia» estática y limitadora.

Ahora que hemos llegado al final de este viaje histórico, no se puede eludir ya más el imperativo de la definición. Si lo hiciésemos, correríamos el peligro de escapar del nominalismo del «bestiario» solo para caer en otro nominalismo de etapas y procesos. Podríamos hacer desaparecer el fascismo genérico en nuestros esfuerzos por diferenciarlo. Pero es preciso considerar primero algunas otras cuestiones.

Seguir el fascismo a través de cinco etapas, en cada una de las cuales actúa de forma distinta, plantea una cuestión embarazosa: ¿qué es el fascismo real? Para algunos autores, en general los más interesados por las expresiones intelectuales del fascismo, los movimientos iniciales son fascismo «puro» mientras que los regímenes son corrupciones, deformadas por los compromisos y acuerdos necesarios para llegar al poder y manejarlo.[655] Sin embargo, los regímenes, pese a todas sus decisiones

pragmáticas y sus alianzas comprometedoras, tuvieron mayor repercusión que los movimientos porque poseían el poder de la guerra y la muerte. Una definición que haga plena justicia al fenómeno del fascismo debe poder aplicarse con la misma eficacia a las etapas posteriores que a las iniciales.

Para centrarse en esas etapas posteriores tenemos que prestar la misma atención a los entornos y a los aliados de los propios fascistas. Una definición eficaz del fascismo debe hallar también, por tanto, un medio de no tratar el fascismo aisladamente, desvinculándolo de su entorno y de sus cómplices. El fascismo en el poder es un compuesto, una poderosa amalgama de ingredientes conservadores, nacionalsocialistas y de la derecha radical, diferentes pero casables, unidos por enemigos comunes y por la pasión común por una nación regenerada, dinamizada y purificada, aunque para ello sea necesario prescindir de las instituciones libres y de la soberanía de la ley. Las proporciones precisas de la mezcla son el resultado de procesos: opciones elegidas, alianzas, compromisos, rivalidades. El fascismo en acción se parece mucho más a una red de relaciones que a una esencia fijada.[656]

Interpretaciones contrapuestas

Ahora que hemos observado el fascismo en acción a lo largo de todo su ciclo, estamos mejor preparados para valorar las diversas interpretaciones propuestas a lo largo de los años. Las «primeras tomas» que comenté en el capítulo 1 —rufianes en el poder y agentes del capitalismo—[657] nunca han perdido fuerza. El dramaturgo alemán Bertolt Brecht logró incluso unirlas en su gánster de Chicago Arturo Ui, que consigue el poder a través de un servicio mafioso de protección de los vendedores de verdura.[658]

Pero ambas «primeras tomas» tenían graves fallos. Si el fascismo y sus agresiones no son más que las malas acciones de unos rufianes que llegan al poder en un periodo de decadencia moral, no tenemos explicación alguna de por qué sucedió esto en un sitio y en una época y no en otros, ni de cómo estos acontecimientos podrían relacionarse con la historia previa. Resulta

difícil para liberales clásicos como Croce y Meinecke darse cuenta de que, si el fascismo había tenido una oportunidad, se había debido en parte a la desecación y el estrechamiento del propio liberalismo o a que algunos liberales asustados le habían ayudado a llegar al poder. Su versión nos deja como explicaciones la casualidad y las hazañas individuales de los rufianes.

Considerar el fascismo simplemente como un instrumento capitalista nos deja a la deriva en dos aspectos. La fórmula rígida y estrecha que se convirtió en ortodoxa de la Tercera Internacional[659] de Stalin negó las raíces autónomas del fascismo y su auténtico atractivo popular.[660] Peor aún, ignoró la capacidad de elección humana convirtiendo el fascismo en el resultado inevitable de la crisis ineludible de superproducción capitalista. Sin embargo, una investigación empírica más detenida mostró que capitalistas reales, aunque rechazasen la democracia, preferían con mucho a los autoritarios a los fascistas.[661] Siempre que los fascistas llegaron al poder, los capitalistas, por supuesto, se acomodaron mayoritariamente a ellos como la mejor solución posible no socialista. Tuvimos ocasión de ver que incluso el gigantesco conglomerado químico alemán I. G. Farben, cuya ascensión al rango de la empresa más grande de Europa se había basado en el comercio mundial, halló medios de adaptarse a la autarquía dirigida al rearme y volvió a prosperar notoriamente.[662] Las relaciones de acomodo, contención deliberada y beneficio mutuo que vincularon a la comunidad empresarial con los regímenes fascistas resultaron ser otro asunto complicado que varió a lo largo del tiempo. Pero no hay duda alguna de que hubo cierto beneficio mutuo. Capitalismo y fascismo se hicieron compañeros de cama factibles —aunque no inevitables, ni siempre cómodos—.

En cuanto a las interpretaciones opuestas que retratan a la comunidad empresarial y mercantil como víctima del fascismo,[663] se toman demasiado en serio las fricciones a nivel medio endémicas en esta relación, junto con los esfuerzos de posguerra de empresarios y capitalistas para autoexculparse. También aquí necesitamos un modelo más sutil de explicación que incluya interacciones de conflicto y acomodo.

A las «primeras tomas» se les unieron muy pronto otras interpretaciones.

El carácter notoriamente obsesivo de algunos fascistas pedía a gritos el psicoanálisis. Mussolini parecía solo demasiado grosero, con sus poses vanidosas, su donjuanismo evidente, su adicción al trabajo meticuloso, su habilidad en el maniobraje a corto plazo y su pérdida final del cuadro principal. Hitler era otro asunto. ¿Eran sus escenas de *Teppichfresser* —«mordedor de alfombras»— excesos calculados o indicios de locura?[664] Su hermetismo, su hipocondría, su narcisismo, su espíritu vengativo y su megalomanía estaban compensados por una mente ágil y retentiva, una capacidad para encantar si quería hacerlo y una habilidad táctica excepcional. Todos los intentos de psicoanalizarle[665] han estado condicionados por la inaccesibilidad del sujeto, así como por la cuestión no aclarada de por qué, si algunos dirigentes fascistas estaban locos, sus seguidores les adoraban y actuaron con eficacia durante tanto tiempo. En cualquier caso, el último y más autorizado biógrafo de Hitler llegó correctamente a la conclusión de que debemos detenernos menos en las excentricidades del Führer que en el papel que el público alemán proyectó sobre él y al que él consiguió corresponder casi hasta el final.[666]

Tal vez sean los públicos fascistas más que sus dirigentes los que necesiten psicoanálisis. El freudiano disidente Wilhelm Reich llegó ya en 1933 a la conclusión de que la violenta fraternidad masculina característica del fascismo inicial era producto de la represión sexual.[667] Esta teoría es fácil de rebatir, sin embargo, si tenemos en cuenta que la represión sexual probablemente no fuese mayor en Alemania y en Italia que, por ejemplo, en Gran Bretaña durante la generación en la que los dirigentes fascistas y sus seguidores alcanzaron la mayoría de edad.[668] Esta objeción se aplica también a otras explicaciones psicohistóricas del fascismo.

Las explicaciones del fascismo como un fenómeno psicótico aparecen de otra forma en películas dirigidas a crear una fascinación lasciva con supuestas perversiones sexuales fascistas.[669] Estos éxitos de taquilla hacen que resulte aún más difícil darse cuenta de que los regímenes fascistas funcionaron porque gran número de personas ordinarias se acomodaron a ellos en la actividad normal de la vida diaria.[670]

El sociólogo Talcott Parsons propuso ya en 1942 que el fascismo había

surgido del desarraigo y de las tensiones producidas por un desarrollo social y económico irregular, como una forma inicial del problema fascismo/modernización. En países que se industrializaron rápida y tardíamente, como Alemania e Italia, argumentó Parsons, eran particularmente agudas las tensiones de clase y las soluciones mediante acuerdos y compromisos estaban bloqueadas por la supervivencia de élites preindustriales.[671] Esta interpretación tenía el mérito de tratar el fascismo como sistema y como el producto de una historia, lo mismo que hacía la interpretación marxista, pero sin el determinismo, la estrechez de miras y la fragilidad de las bases empíricas del marxismo.

El filósofo Ernst Bloch, un marxista que se hizo heterodoxo debido a su interés por lo irracional y por la religión, llegó a su manera a otra teoría de «nocontemporaneidad» —*Ungleichzeitigkeit*—. Teniendo en cuenta el éxito nazi con los «sueños rojos» arcaicos y violentos de sangre, tierra y un paraíso precapitalista, totalmente incompatible con lo que él consideraba una fidelidad sincera del partido al gran capital, llegaba a la conclusión de que los valores residuales florecían mucho después de que hubiesen perdido cualquier correspondencia con la realidad económica y social. «No todo el mundo existe en el mismo Ahora». Los marxistas ortodoxos, pensaba, habían perdido el barco por «acordonar el alma».[672] El desarrollo irregular sigue despertando interés como ingrediente de crisis prefascistas,[673] pero debilita su validez la economía notoriamente «dual» de Francia, en la que coexistió un poderoso sector campesino/artesano con la industria moderna sin que el fascismo llegase al poder salvo durante la ocupación nazi.[674]

Otro enfoque sociológico sostenía que la nivelación urbana e industrial había producido desde finales del siglo xix una sociedad de masas atomizada en la que los proveedores de odios simples hallaban un público propicio que no estaba controlado ni por la tradición ni por la comunidad.[675] Hannah Arendt trabajó dentro de este paradigma en su análisis de cómo la nueva muchedumbre desarraigada, sin amarras sociales, intelectuales ni morales y embriagada por pasiones antisemitas e imperialistas, hizo posible que surgiera una forma sin precedentes de dictadura plebiscitaria ilimitada con una base de masas.[676]

El mejor trabajo empírico sobre cómo arraigó el fascismo da, sin embargo, poco apoyo a este enfoque. La sociedad alemana de Weimar, por ejemplo, estaba ricamente estructurada y el nazismo reclutó movilizando a todas las organizaciones mediante apelaciones cuidadosamente seleccionadas a intereses específicos.[677] Como dice el refrán: «Dos alemanes, una discusión; tres alemanes, una asociación». El hecho de que las asociaciones alemanas para todo, desde el canto coral a los seguros de defunción, estuviesen ya segregadas en redes socialistas y no socialistas diferenciadas facilitó la exclusión de los socialistas y la toma nazi del resto cuando Alemania pasó a estar intensamente polarizada a principios de la década de 1930.[678]

Una corriente influyente considera el fascismo una dictadura desarrollista, entronizada con el propósito de acelerar el crecimiento industrial a través del ahorro forzoso y de una fuerza laboral regimentada. Los partidarios de esta interpretación han considerado primordialmente el caso italiano.[679] Podría argumentarse, sin duda, que también Alemania, aunque ya fuera un gigante industrial, necesitaba urgentemente disciplinar a su pueblo para la inmensa tarea de reconstrucción después de la derrota de 1918. Sin embargo, esta interpretación se equivoca notoriamente al suponer que el fascismo persiguió algún objetivo económico racional. Su propósito fue siempre conseguir que la economía se pusiese al servicio de fines políticos. Incluso en el caso de Mussolini, contó mucho más el prestigio que la racionalidad económica cuando sobrevaloró la lira en 1926 y cuando, después de 1935, decidió correr los riesgos de la guerra expansionista en vez de emprender un desarrollo económico sostenido. Si el Fascismo italiano se hubiese propuesto ser una dictadura desarrollista, es evidente que fracasó. Aunque la economía italiana creció en la década de 1920 con Mussolini, creció muchísimo más deprisa antes de 1914 y después de 1945.[680] La teoría del fascismo como dictadura desarrollista sirve, de una forma verdaderamente aberrante, para calificar de «fascistas» todo tipo de autocracias del Tercer Mundo sin la menor movilización popular y sin la existencia previa de una democracia con problemas.[681]

También ha resultado tentador interpretar el fascismo a través de su

composición social. El sociólogo Seymour Martin Lipset sistematizó en 1963 la visión general del fascismo como expresión de los resentimientos de la clase media baja. Según la formulación de Lipset, el fascismo es un «extremismo del centro» basado en la cólera de campesinos, artesanos, tenderos y otros miembros de las «viejas» clases medias, en tiempos independientes y aplastadas ahora entre los obreros industriales mejor organizados y los grandes empresarios y capitalistas, y que han ido perdiendo terreno con el rápido cambio social y económico.[682] Sin embargo, la investigación empírica reciente arroja dudas sobre la localización del reclutamiento fascista en cualquier estrato social determinado. Muestra la multiplicidad de apoyos sociales del fascismo y su relativo éxito en la formación de un movimiento compuesto que incluía elementos de todas las clases.[683] Lipset, con los ojos fijos en las etapas iniciales, pasó por alto también el papel que tuvo el orden establecido en la adquisición y el ejercicio del poder por parte del fascismo.

La notoria inestabilidad de los miembros de los partidos fascistas desvirtúa aún más cualquier interpretación simple basada en la composición social. Las listas del partido se modificaron rápidamente antes de la llegada al poder, cuando oleadas sucesivas de descontentos heterogéneos respondieron a los cambios de fortuna y a los mensajes de los dirigentes.[684] Una vez en el poder, el ingreso en el partido se amplió para incluir prácticamente a cualquiera que quisiese gozar de los frutos del éxito fascista[685] —no hay que olvidar el problema de dónde se puede situar a muchos reclutas fascistas que eran jóvenes, parados, socialmente desarraigados o que estaban por algún motivo «entre clases»—.[686] No se puede construir con un material tan fluctuante ninguna interpretación social coherente del fascismo.

Hay muchos observadores que ven en el fascismo una subespecie de totalitarismo. Giovanni Amendola, un dirigente de la oposición parlamentaria al fascismo y una de sus víctimas más notables —murió en 1926 a consecuencia de una paliza que le propinaron unos matones fascistas —, acuñó el adjetivo *totalitaria* en un artículo que publicó en mayo de 1923 en el que denunciaba los intentos fascistas de monopolizar la función

pública. Otros adversarios de Mussolini ampliaron rápidamente el término convirtiéndolo en una condena general de las aspiraciones fascistas al control total. Como sucede a veces con los epítetos, Mussolini se apropió de este vanagloriándose de él.[687]

Considerando la frecuencia con que Mussolini se ufanó de su *totalitarismo*, resulta irónico que algunos teóricos importantes de posguerra del totalitarismo excluyan de su tipología al fascismo italiano.[688] Hay que admitir que el régimen de Mussolini, ansioso de «normalizar» su relación con una sociedad en la que la familia, la Iglesia, la monarquía y el notable de la aldea aún poseían un poder bien asentado, distaba mucho de contar con un control total. Aun así, el Fascismo regimentó a los italianos con mayor eficacia de lo que lo haya hecho ningún régimen antes ni después.[689] Y ningún régimen, ni siquiera el de Hitler o el de Stalin, consiguió jamás eliminar hasta la última parcela de intimidad y de autonomía personal o de grupo.[690]

Los teóricos del totalitarismo de la década de 1950 creían que Hitler y Stalin eran los que se ajustaban con mayor exactitud a su modelo. Según los criterios desarrollados por Carl J. Friedrich y Zbigniew K. Brzezinski en 1956, tanto la Alemania nazi como la Rusia soviética estaban gobernadas por partidos únicos que utilizaban una ideología oficial, un control policial terrorista y un monopolio del poder de todos los medios de comunicación, las Fuerzas Armadas y la organización económica.[691] Durante la década rebelde de 1960 una nueva generación acusó a los teóricos del totalitarismo de servir a los intereses de la Guerra Fría, transfiriendo el antifascismo patriótico de la Segunda Guerra Mundial al nuevo enemigo comunista.[692]

Aunque su uso académico decayó a partir de entonces durante un tiempo en Estados Unidos, el paradigma totalitario siguió siendo importante para los estudiosos europeos, particularmente de Alemania Occidental, que querían afirmar, frente a los marxistas, que lo realmente importante en el caso de Hitler había sido que había acabado con la libertad, no su relación con el capitalismo.[693] Al final del siglo xx, después de que el hundimiento de la Unión Soviética hubiese propiciado un examen renovado de sus pecados y de la ceguera de muchos intelectuales de Occidente respecto a

ellos, el modelo totalitario volvió a estar en boga, junto con su corolario de que el nazismo y el comunismo representaban un mal común.[694]

Así pues, la interpretación totalitaria del fascismo ha estado tan ardorosamente politizada como la marxista.[695] Aun así, debería analizarse por sus méritos y no en relación con su alistamiento en un campo u otro. Se propone explicar el nazismo —y el estalinismo— centrándose en su aspiración al control total de los instrumentos a través de los cuales buscaban ejercerlo. No hay duda de que los mecanismos de control nazis y comunistas tenían muchas similitudes. Aguardar la llamada a la puerta en la noche y pudrirse en un campo de concentración deben haberlas percibido como cosas muy similares quienes padecieron ambos sistemas —judíos y gitanos aparte, claro está—.[696] En ambos regímenes la ley estaba subordinada a imperativos «superiores» de raza o de clase. Sin embargo, centrarse en las técnicas de control oscurece diferencias importantes.

Por muy similar que pueda parecer, desde el punto de vista de la víctima, morir de tifus, desnutrición, agotamiento o como consecuencia de un interrogatorio duro en uno de los campos de concentración siberianos de Stalin o en, por ejemplo, la cantera de Mauthausen de Hitler, el régimen de Stalin difería profundamente del de Hitler tanto en la dinámica social como en los objetivos. Stalin gobernó una sociedad civil que había sido radicalmente simplificada por la Revolución bolchevique, y no tuvo por ello que preocuparse por concentraciones autónomas de poder económico y social heredado. Hitler llegó al poder de una forma totalmente distinta a Stalin, con el asentimiento e incluso la ayuda de élites tradicionales, y gobernó en una asociación tensa pero efectiva con ellas. En la Alemania nazi el partido tuvo que lidiar por el poder con la burocracia del Estado, los propietarios de la industria y de las grandes fincas, las Iglesias y otras élites tradicionales. La teoría totalitaria olvida este carácter fundamental del sistema de gobierno nazi, y tiende así a reforzar la afirmación de posguerra de las élites de que Hitler intentó destruirlas —como empezó a hacer, realmente, en el cataclismo final de la guerra perdida—.

Hitlerismo y estalinismo difieren también profundamente en sus objetivos finales declarados —para uno, la supremacía de una raza superior; para el

otro, la igualdad universal— aunque las perversiones bárbaras y atroces de Stalin tendieran a hacer converger su régimen con el de Hitler en cuanto a sus instrumentos asesinos. El paradigma totalitario, al centrarse en la autoridad central, pasa por alto el frenesí asesino que bullía en el fascismo por debajo de la superficie.

Tratar a Hitler y a Stalin juntos como totalitarios se convierte a menudo en un ejercicio de juicio moral comparativo: ¿cuál de los dos monstruos fue más monstruoso?[697] ¿Fueron las dos formas de asesinato en masa de Stalin —experimento económico implacable y persecución paranoide de «enemigos»— el equivalente moral del intento de Hitler de purificar su nación exterminando a los racial y médicamente impuros?[698]

El argumento más fuerte para equiparar el terror de Stalin con el de Hitler es el hambre de 1931, que, según se dice, apuntó a los ucranianos y equivalió por ello a un genocidio. Esta hambre, aunque consecuencia sin duda de una negligencia criminal, afectó con igual severidad a los rusos.[699] Los que se oponen alegarían diferencias fundamentales. Stalin mató de una forma groseramente arbitraria a todo aquel que su mente paranoica decidió que era «enemigo de clase» —una condición que uno puede cambiar—, de una forma que afectó principalmente a varones adultos entre los conciudadanos del dictador. Hitler, sin embargo, mató a «enemigos de raza», una condición irremediable que condena hasta a los recién nacidos. Quería liquidar pueblos enteros, incluidas sus lápidas y sus utensilios culturales. Este libro reconoce el carácter repugnante de ambos terrores, pero condena con más fuerza el exterminio biológicamente racista nazi porque no admitía ninguna salvación, ni siquiera para las mujeres y los niños.[700]

Una crítica más pragmática del modelo totalitario se queja de que su imagen de un mecanismo eficiente y que lo abarca todo nos impide apreciar el carácter desordenado del régimen de Hitler, que redujo el gobierno a feudos personales incapaces de discutir opciones políticas y de elegir racionalmente entre ellas.[701] No actuó mejor Mussolini, que asumió múltiples ministerios personalmente, pero que no fue capaz de imponer prioridades en ninguno de ellos de una forma ordenada. La imagen

totalitaria puede evocar poderosamente los sueños y las aspiraciones de los dictadores, pero dificulta en realidad cualquier examen de la cuestión vital de con qué eficacia consiguieron los regímenes fascistas incrustarse en las sociedades, mitad complacientes y mitad reacias, que gobernaron.

El concepto más antiguo de religión política —data de la Revolución francesa— se aplicó muy pronto al fascismo, lo mismo que al comunismo, y no solo por sus enemigos.[702] Al nivel de una analogía amplia, señala útilmente de qué modo el fascismo, como la religión, movilizó creyentes en torno a palabras y ritos sagrados, les inspiró un fervor abnegado y predicó una verdad revelada que no admitía disidencia alguna. Un examen más cuidadoso[703] revela que el concepto de religión política abarca varias cuestiones completamente distintas. La más directa es los muchos elementos que el fascismo toma prestados de la cultura religiosa de la sociedad en que pretenden penetrar. Con su concentración en los mecanismos, este tema nos habla más del arraigo y el ejercicio del poder que de la obtención de este.

Un segundo elemento del concepto de religión política es el argumento funcional más polémico de que el fascismo llena un vacío abierto por la secularización de la sociedad y de la moralidad.[704] Si este planteamiento pretende ayudar a explicar por qué el fascismo triunfó en algunos países cristianos en vez de en otros, nos obliga a creer que la «crisis ontológica» era más grave en Alemania y en Italia que en Francia y en Inglaterra a principios del siglo xx..., algo que pudiera resultar difícil de creer.

Considera también que las religiones establecidas y el fascismo son adversarios irreconciliables, un tercer elemento del concepto de religión política. Sin embargo, en Alemania y en Italia tuvieron los dos una relación compleja que no excluyó la cooperación. Unieron fuerzas contra el comunismo mientras competían por el mismo terreno. Mientras esta situación condujo a un modus vivendi en el caso italiano, generó en el caso nazi una «mímesis destructiva del cristianismo».[705] En el extremo opuesto, el fascismo pudo producir algo semejante a un auxiliar cristiano no autorizado en los casos rumano, croata y belga y un auxiliar islámico, si aceptamos como fascistas algunos movimientos extraeuropeos que

consideré en el capítulo 7.

Los propios dirigentes fascistas, como indicamos en el capítulo 1, denominaron a sus movimientos *ideologías*, y muchos estudiosos les han tomado la palabra. Es corriente definir el fascismo extrayendo rasgos comunes de programas de partidos, por analogía con los otros «ismos». Esto funciona mejor con otros «ismos» fundados en la era de la política de la élite instruida. Intenté anteriormente mostrar que el fascismo mantiene una relación distinta con las ideas que la de los «ismos» decimonónicos y que era probable que se abandonaran o se añadieran según las necesidades tácticas del momento posiciones intelectuales —no pasiones movilizadoras básicas, como odios raciales, por supuesto—. Todos los «ismos» hicieron esto, pero solo el fascismo tuvo el suficiente desprecio por la razón y por la inteligencia como para no molestarse nunca en justificar sus cambios.[706]

Se ha convertido en algo habitual que los estudios culturales sustituyan a la historia intelectual como estrategia favorita para dilucidar la atracción y la eficacia del fascismo.[707] El etnógrafo estadounidense Gregory Bateson utilizó ya durante la Segunda Guerra Mundial «el tipo de análisis que aplica un antropólogo a la mitología de un pueblo primitivo o moderno» para determinar los temas y las técnicas de la película propagandística nazi *Hitlerjunge Quex*. Bateson creía que «esta película [...] debe decirnos algo sobre la psicología de sus autores, tal vez más de lo que ellos pretendían decir».[708] Desde la década de 1970, y hoy cada vez más, descifrar la cultura de las sociedades fascistas mediante un enfoque antropológico o etnográfico se ha convertido en una estrategia intelectual de moda. Muestra adecuadamente cómo los movimientos y los regímenes fascistas se presentaban a sí mismos. El problema principal de los estudios culturales de la imaginería y la retórica fascistas es que no suele plantearse en ellos lo influyentes que fueron. Esta norma tiene excepciones importantes, como el estudio de Luisa Passerini sobre la imagen del fascismo en la memoria popular de la ciudad italiana de Turín en la década de 1980.[709] No obstante, el estudio de la cultura fascista en sí no explica por lo general cómo adquirieron los fascistas el poder para controlar la cultura, ni lo profundamente que penetró en la conciencia popular la cultura fascista en

competencia con valores comunitarios, familiares o religiosos preexistentes o con la cultura popular comercializada.

En cualquier caso, la cultura difiere tan profundamente de un marco nacional a otro y de un periodo a otro que es difícil hallar un programa cultural común a todos los movimientos fascistas o a todas las etapas. La restauración machista de un patriarcado amenazado, por ejemplo, constituye casi un valor fascista universal, pero Mussolini propugnó el sufragio femenino en su primer programa y Hitler no mencionó cuestiones de género en sus 25 Puntos. Dado que Mussolini favoreció a la vanguardia, al menos hasta la década de 1930, mientras que Hitler prefirió el arte convencional de postal, es improbable que podamos identificar una estética o un estilo fascista único e inmutable que pueda aplicarse a todos los casos nacionales.[710]

Un problema de los estudios culturales del fascismo que suele mencionarse menos es que no establecen comparaciones. La comparación es esencial y revela que algunos países con una fuerte preparación cultural —Francia, por ejemplo— solo llegaron a ser fascistas por conquista —si es que llegaron a serlo—. Es necesario también comparar los efectos de la propaganda fascista con los de los medios de comunicación comerciales, que fueron mayores, sin duda, incluso en los países fascistas. El cine de Hollywood, la publicidad y la música popular afroamericana probablemente perturbaron más los sueños fascistas de control cultural que toda la oposición liberal y socialista junta.[711] La suerte estaba echada para esos sueños el día de 1937 en que el hijo mayor de Mussolini, Vittorio, le dio a su hermano pequeño, Romano, una foto de Duke Ellington e inició al muchacho en un camino que le llevaría después de la guerra a hacer carrera como un pianista de jazz bastante bueno.[712]

En resumen, ninguna interpretación del fascismo parece haberlo explicado todo definitivamente a satisfacción de todo el mundo.

Límites

No podemos comprender bien el fascismo sin trazar fronteras claras que lo diferencien de formas superficialmente similares. Es una tarea difícil porque el fascismo fue ampliamente imitado, sobre todo durante la década de 1930, cuando Alemania e Italia parecían tener más éxito que las democracias. Aparecieron así préstamos del fascismo tan lejos de sus raíces europeas como en Bolivia y en China.[713]

La frontera más simple es la que separa el fascismo de la tiranía clásica. El socialista moderado exiliado Gaetano Salvemini, que abandonó su cátedra de Historia en Florencia y se fue a Londres y luego a Harvard porque no podía soportar tener que enseñar sin decir lo que pensaba, indicó la diferencia esencial cuando se preguntó por qué «los italianos sintieron la necesidad de librarse de sus instituciones libres» precisamente en el momento en que deberían enorgullecerse de ellas y en que «deberían dar un paso adelante hacia una democracia más avanzada».[714] Para Salvemini el fascismo significó dejar a un lado la democracia y el procedimiento debido en la vida pública en favor de la aclamación de la calle. Es un fenómeno de las democracias fallidas y lo novedoso de él fue que, en vez de simplemente imponer silencio a los ciudadanos como había hecho la tiranía clásica desde los tiempos más remotos, halló una técnica para canalizar sus pasiones en la construcción de una unidad nacional obligatoria en torno a proyectos de limpieza interna y de expansión externa. No deberíamos utilizar el término *fascismo* para dictaduras predemocráticas. Por muy crueles que sean, carecen del entusiasmo de masas manipulado y de la energía demoniaca del fascismo, así como de la misión que este se plantea de «prescindir de las instituciones libres» en pro de la fuerza, la pureza y la unidad de la nación.

El fascismo se confunde fácilmente con la dictadura militar, porque los dirigentes fascistas militarizaron sus sociedades y situaron las guerras de conquista en el centro mismo de sus objetivos. Armas[715] y uniformes fueron para ellos un fetiche. En la década de 1930 las milicias fascistas estaban todas uniformadas —también lo estaban, en realidad, las milicias socialistas en aquella era de la camisa de color—,[716] y los fascistas siempre han querido convertir la sociedad en una fraternidad armada. Hitler, recién instalado como canciller de Alemania, cometió el error de vestir una

trinchera civil y sombrero cuando fue a Venecia el 14 de junio de 1934 para su primer encuentro con el más maduro Mussolini, «resplandeciente de uniforme y daga».[717] A partir de entonces el Führer apareció de uniforme en los actos públicos, unas veces con chaqueta marrón, más tarde a menudo con una guerrera militar sin adornos. Pero mientras todos los fascismos son siempre militaristas, las dictaduras militares no son siempre fascistas. La mayoría de los dictadores militares han actuado simplemente como tiranos, sin atreverse a desencadenar el entusiasmo popular del fascismo. Las dictaduras militares son mucho más comunes que los fascismos, porque no tienen ninguna conexión necesaria con una democracia fallida y han existido desde que ha habido militares.

La frontera que separa al fascismo del autoritarismo es más sutil, pero es una de las más esenciales para la comprensión.[718] He utilizado ya el término, o el similar de *dictadura tradicional*, al analizar España, Portugal, Austria y la Francia de Vichy. La frontera entre fascismo y autoritarismo fue especialmente difícil de trazar en la década de 1930, cuando regímenes que eran, en realidad, autoritarios adoptaron parte de la decoración de los fascismos triunfantes del periodo. Aunque los regímenes autoritarios pisotean a menudo las libertades ciudadanas y son capaces de una brutalidad criminal, no comparten el ansia del fascismo de reducir a la nada la esfera privada. Aceptan espacios mal definidos pero reales de ámbito privado para «órganos de intermediación» tradicionales como notables locales, cárteles económicos y asociaciones, cuerpos de oficiales, familias e Iglesias. Estos órganos, en vez de un partido único oficial, son los principales instrumentos de control social en los regímenes autoritarios. Los autoritarios prefieren dejar a la población desmovilizada y pasiva, mientras que los fascistas tienden a hacer participar al público y a movilizarle.[719] Los autoritarios tienen un gobierno fuerte, pero limitado. Vacilan a la hora de intervenir en la economía, algo que los fascistas hacen de muy buena gana, o de embarcarse en programas de seguridad social. En vez de proclamar un nuevo camino, se aferran al statu quo.[720]

El general Francisco Franco, por ejemplo, que dirigió al Ejército español en la rebelión contra la República en julio de 1936 y que se convirtió en

1939 en el dictador de España, tomó prestados claramente algunos aspectos del régimen de su aliado Mussolini. Se hizo llamar *Caudillo* y convirtió a la Falange fascista en el único partido. Durante la Segunda Guerra Mundial y después de ella, los aliados trataron a Franco como a un socio del Eje. Fortaleció esa impresión el carácter sanguinario de la represión franquista, en la que pudieron haber muerto hasta 200.000 personas entre 1939 y 1945, y por los esfuerzos del régimen para impedir el contacto cultural y económico con el mundo exterior.[721] En abril de 1945 funcionarios españoles asistieron a una misa por la muerte de Hitler. Sin embargo, un mes más tarde el Caudillo explicó a sus seguidores que «era necesario bajar un poco las velas [de Falange]».[722]

A partir de entonces la España de Franco,[723] siempre más católica que fascista, basó su autoridad en pilares tradicionales como la Iglesia, los grandes terratenientes y el Ejército, encargándoles básicamente del control social en vez de la cada vez más débil Falange o el Estado. El Estado franquista intervino poco en la economía y apenas se esforzó en regular la vida diaria de la gente siempre que se mostrase pasiva.

El Estado Novo de Portugal[724] difirió aún más profundamente del fascismo que la España de Franco. Salazar fue, sin duda, el dictador de Portugal, pero prefirió un público pasivo y un Estado limitado en el que el poder social se mantuvo en manos de la Iglesia, el Ejército y los grandes terratenientes. En julio de 1934, el doctor Salazar prohibió el movimiento fascista portugués, el Nacionalsindicalismo, acusándolo de «exaltación de la juventud, el culto a la fuerza a través de la llamada acción directa, el principio de la superioridad del poder político del Estado en la vida social, la tendencia a organizar a las masas tras un dirigente político»... No es una mala descripción del fascismo.[725]

La Francia de Vichy, el régimen que sustituyó a la república parlamentaria tras la derrota de 1940,[726] es indudable que no fue fascista en un principio, ya que ni tuvo un partido único ni instituciones paralelas. Un sistema de gobierno en el que el funcionariado selecto tradicional del país regía el Estado, con papeles reforzados para los militares, la Iglesia, los especialistas técnicos y las élites sociales y económicas establecidas, cae

claramente dentro de la categoría de autoritario. Después de que la invasión alemana de la Unión Soviética en junio de 1941 llevase al Partido Comunista Francés a la resistencia abierta y obligase a las fuerzas de ocupación alemanas a actuar con mucha mayor dureza en apoyo de la guerra total, Vichy y su política de colaboración con la Alemania nazi se enfrentaron a una oposición creciente. En la lucha contra la Resistencia aparecieron organizaciones paralelas: la *Milice,* o policía complementaria, «secciones especiales» de los tribunales de justicia para juicios expeditivos de disidentes, la Policía de Asuntos Judíos. Pero, aunque, como vimos en el capítulo 4, se les diesen a unos cuantos fascistas de París puestos importantes en Vichy en los últimos días del régimen, actuaron como individuos más que como jefes de un partido único oficial.

¿Qué es fascismo?

Ha llegado el momento de proporcionar al fascismo una definición breve y práctica, aunque sepamos que no nos mostrará todos sus contenidos, lo mismo que una foto no puede mostrarnos del todo a una persona.

Se puede definir el fascismo como una forma de conducta política caracterizada por una preocupación obsesiva por la decadencia de la comunidad, su humillación o victimización y por cultos compensatorios de unidad, energía y pureza, en la que un partido con una base de masas de militantes nacionalistas comprometidos, trabajando en una colaboración incómoda pero eficaz con élites tradicionales, abandona las libertades democráticas y persigue con violencia redentora y sin limitaciones éticas o legales objetivos de limpieza interna y expansión exterior.

Ciertamente, la actuación política exige elegir entre opciones, y las opciones que se eligen —como mis críticos se apresuran a señalar— nos hacen volver a las ideas subyacentes. Hitler y Mussolini, que despreciaban el «materialismo» del socialismo y del liberalismo, insistían en la importancia básica de las ideas para sus movimientos. Muchos antifascistas, que se niegan a otorgarles esa dignidad, no piensan lo mismo. «La ideología

del nacionalsocialismo está cambiando constantemente», comentaba Franz Neumann. «Tiene ciertas creencias mágicas —adoración de la jefatura, supremacía de la raza superior—, pero no está expuesto en una serie de pronunciamientos categóricos y dogmáticos».[727] Sobre ese punto, este libro se aproxima a la posición de Neumann, y ya examiné con cierta extensión en el capítulo 1 la relación peculiar del fascismo con su ideología, simultáneamente proclamada como algo básico y, sin embargo, enmendada o violada cuando conviene.[728] No obstante, los fascistas sabían lo que querían. No se pueden desterrar las ideas del estudio del fascismo, pero puede uno situarlas adecuadamente entre todos los factores que influyen en este complejo fenómeno. Podemos abrirnos paso entre los extremos: el fascismo no consistió ni en la simple aplicación de su programa ni en un oportunismo descontrolado.

Yo creo que como mejor se deducen las ideas que subyacen a las acciones fascistas es partiendo de esas acciones, pues algunas de ellas no llegan a expresarse y se hallan implícitas en el lenguaje público fascista. Muchas pertenecen más al reino de los sentimientos viscerales que al de las proposiciones razonadas. En el capítulo 2 las llamé «pasiones movilizadoras»:

- un sentimiento de crisis abrumadora contra la que nada valen las soluciones tradicionales;
- la primacía del grupo, respecto al cual uno tiene deberes superiores a cualquier derecho, sea individual o universal, y la subordinación del individuo a él;
- la creencia de que el grupo de uno es una víctima, un sentimiento que justifica cualquier acción, sin límites legales y morales, contra sus enemigos, tanto internos como externos;
- el miedo a la decadencia del grupo por los efectos corrosivos del liberalismo individualista, la lucha de clases y las influencias extranjeras;
- la necesidad de una integración más estrecha de una comunidad más pura, por el consentimiento si es posible o por la violencia excluyente en caso necesario;
- la necesidad de autoridad a través de jefes naturales —siempre varones—, que culmina en un caudillo nacional que es el único capaz de encarnar el destino histórico del grupo;
- la superioridad de los instintos del caudillo respecto a la razón abstracta y universal;
- la belleza de la violencia y la eficacia de la voluntad, cuando están consagradas al éxito del grupo;
- el derecho del pueblo elegido a dominar a otros sin limitaciones de ningún género de ley divina ni humana, derecho que se decide por el exclusivo criterio de la superioridad del grupo dentro de una lucha darwiniana.

El fascismo, de acuerdo con esta definición, así como la conducta correspondiente a estos sentimientos, aún es visible hoy. Existe fascismo al nivel de la Etapa Uno dentro de todos los países democráticos, sin excluir a Estados Unidos. «Prescindir de instituciones libres», especialmente de las libertades de grupos impopulares, resulta periódicamente atractivo a los ciudadanos de las democracias occidentales, incluidos algunos estadounidenses. Sabemos, por haber seguido su rastro, que el fascismo no precisa de una «marcha» espectacular sobre alguna capital para arraigar; basta con decisiones aparentemente anodinas de tolerar un tratamiento ilegal de «enemigos» de la nación. Algo muy próximo al fascismo clásico ha llegado a la Etapa Dos en unas cuantas sociedades profundamente atribuladas. No es inevitable, sin embargo, que siga progresando. Los posteriores avances fascistas hacia el poder dependen en parte de la gravedad de una crisis, pero también en muy alto grado de elecciones humanas, especialmente las de aquellos que detentan poder económico, social y político. Determinar las respuestas adecuadas a los avances fascistas no es fácil, porque no es probable que su ciclo se repita a ciegas. Pero estamos en una posición mucho mejor para reaccionar sabiamente si entendemos cómo triunfó el fascismo en el pasado.

---

[655] Por ejemplo, Zeev Sternhell, *Neither Left nor Right: Fascist Ideology in France*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1986, p. 270.

[656] Wolfgang Schiederley caracteriza al Partido Fascista en sus inicios como «una amalgama de grupos de personas orientadas al poder que luchan por el poder» en «Der Strukturwandel der faschistischen Partei italiens in der phase der Herrschaftsstabilisierung», en Schieder (ed.), *Der Faschismus als soziale Bewegung*, Hamburgo, Hoffman und Campe, 1976, p. 71.

[657] Véase capítulo 1, pp. 21.22.

[658] Bertolt Brecht, *The Resistable Rise of Arturo Ui*, Londres, Methuen, 2002, orig., 1941.

[659] Véase capítulo 1, p. 22.

[660] Unos cuantos marxistas reflexivos evitaron estos dogmatismos, entre ellos, los italianos Antonio Gramsci, con sus consideraciones sobre los límites y condiciones de la hegemonía cultural fascista, y Palmiro Togliatti, *Lectures on Fascism*, Nueva York, International Publishers, 1976 (pub. orig., 1935), que reconoció un auténtico apoyo popular en pp. 5-7, 120, aunque ambos consideraron el fascismo más específico de clase de lo que lo harían la mayoría de los comentaristas contemporáneos. Entre los alemanes figuró el filósofo Ernst Bloch (p. 209). Después de 1968, marxistas occidentales más jóvenes se mostraron críticos con la línea estalinista.

Verbigracia, Nikos Poulantzas, *Fascism and Dictatorship*, Londres, Verso, 1979 (pub. orig., en Francia, 1970).

[661] Véase capítulo 3, pp. 121-122; capítulo 4, p. 174; y capítulo 5, pp. 249-250.

[662] Véase capítulo 5, p. 250.

[663] Carl J. Friedrich y Zbigniew Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Nueva York, Praeger, 1965, p. 238, dicen que la Alemania nazi «deja de ser capitalista» cuando el miedo sustituye a la confianza. La «incompatibilidad fundamental» entre capitalismo y fascismo (Alan Milward, citado aprobatoriamente por Payne, *A History* of *Fascism*, p. 190) podría tal vez aplicarse al paroxismo apocalíptico final del nazismo, pero no se ajusta bien al funcionamiento de los regímenes fascistas en periodos más normales.

[664] Ernst von Weizsäcker, el alto cargo del Ministerio de Exteriores alemán, recordaba que Hitler dirigió una furiosa filípica el 23 de agosto de 1939 al embajador inglés Neville Henderson y que luego se dio una palmada en el muslo y se echó a reír en cuanto el embajador salió de allí, diciendo: «Chamberlain no sobrevivirá a esa conversación. Su gabinete caerá esta noche». Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, Londres, Odhams, 1952, p. 484. Kershaw, *Hitler 1889-1936*: *Hubris*, Nueva York, Norton, 1998, p. 281, considera también que estas escenas eran «a menudo fingidas». Se dice que Richard Nixon quería que los norvietnamitas creyeran que estaba loco.

[665] Véanse ejemplos en el ensayo bibliográfico, p. 379.

[666] Kershaw, *Hitler: Hubris*, p. xxvi y *passim.*

[667] Wilhelm Reich, *The Mass Psychology of Fascism*, ed. de Mary Higgins y Chester M. Raphael, Nueva York, Farrar, Straus, Giroux, 1978 (pub. orig., 1933).

[668] Véase el ensayo bibliográfico, p. 383-384, para ejemplos.

[669] Por ejemplo, Luchino Visconti, *The Damned*. Para Pasolini, véase David Forgacs, «Days of Sodom: The Fascist-Perversion Equation in Films of the 1960s and 1970s», en R. J. B. Boswor y Patrizia Dogliani (eds.), *Italian Fascism: History, Memory, and Representation*, Nueva York, St. Martin's Press, 1999, pp. 195-215. En un registro algo distinto, Sal Friedlander atacó el tratamiento de la brutalidad nazi como espectáculo en *Reflections of Nazism: An Essay on Kitsch and Death*, Nueva York, Harper, 1984.

[670] Robert Jay Lifton, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, Nueva York, Basic Books, 1986, analiza la asombrosa capacidad de los médicos que participaron en el proceso de selección en Auschwitz para aislar sus vidas normales de familia de sus truculentas tareas profesionales.

[671] Talcott Parsons, «Democracy and Social Structure in Pre-Nazi Germany», en Parsons, *Essays in Sociological Theory*, ed. rev., Glencoe, IL, Free Press, 1954, pp. 104-123 (pub. orig., 1942). Véase, en general, Stephen P. Turner, *Sociology Responds to Fascism*, Londres, Routledge, 1992.

[672] Ernst Bloch, *Heritage* of *Our Times*, trad. Neville y Stephan Plaice, Cambridge, Polity Press, 1991, part II, «Non-Contemporaneity and Intoxication», pp. 37-185 (citas en pp. 53, 57, 97).

[673] La teoría del desarrollo desigual y la supervivencia de élites preindustriales la reformuló vigorosamente Jürgen Kocha, «Ursachen des Nationalsozialismus», *Aus Politik und Zeitgeschichte* (Beilage zur Wochenzeitung *Das Parlament)*, 21 junio de 1980, pp. 3-15. Véase la respuesta de Geoff Eley, «What Produces Fascism: Preindustrial Traditions or a Crisis of the Capitalist State?», *Politics and History* 12, 1983, pp. 53-82.

[674] Véase el análisis en capítulo 3, pp. 123-132.

[675] La exposición clásica es William Kornhauser, *The Politics of Mass Society*, Glencoe, IL, Free

Press, 1959. Un precursor fue Peter Drucker, en *The End of Economic Man: A Study of the New Totalitarianism*, Londres, John Day, 1939, p. 53: «La sociedad deja de ser una comunidad de individuos unidos por un objetivo común y se convierte en una algarabía caótica de mónadas aisladas sin objetivo». Este planteamiento ha sido convincentemente refutado por Bernt Hagtvet, «The Theory of Mass Society and the Collapse of the Weimar Republic: A Re-Examination», en Stein U. Larsen, Bernt Hagtvet y Jan Petter Myklebust (eds.), *Who Were the Fascists: Social Roots of European Fascism,* Oslo, Universitetsforlaget, 1980, pp. 66-117.

[676] Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism,* ed. rev, Nueva York, Meridian Books, 1958, esp. pp. 305-340, sobre «las masas» y «la muchedumbre».

[677] Horst Gies muestra cómo los nazis consiguieron introducirse en las organizaciones agrarias existentes y las utilizaron en «The NSDAP and Agrarian Organizations in the Final Phase of the Weimar Republic», en Henry Ashby Turner, Jr., *Nazism and the Third Reich*, Nueva York, Quadrangle, 1972, pp. 45-88. Son de especial relevancia aquí los estudios de Rudy Koshar, citados en el ensayo bibliográfico, p. 381, sobre cómo los nazis se apoderaron de un rico tejido de asociaciones «apolíticas» en las poblaciones alemanas.

[678] William Sheridan Allen, *The Nazi Seizure of Power: The Experience* of *a Single Town, 1922-1945*, ed. rev., Nueva York, Franklin Watts, 1984, p. 17. Allen es particularmente revelador sobre los paralelismos entre las organizaciones socialistas y no socialistas y cómo los nazis explotaron esa polaridad. Véase pp. 15 y ss., 55, 298.

[679] Véase capítulo 1, nota 49 (en página 30).

[680] Jon S. Cohen, «Was Italian Fascism a Developmental Dictatorship?», *Economic History Review,* 2ª serie, 41:1, febrero de 1988, pp. 95-113. Rolf Petri, *Van der Autarkie zum Wirtschaftswunder: Wirtschaftspolitik und industrielle Wandel in Italien, 1935-1963*, Tübingen, Max Niemeyer, 2001, está de acuerdo en que la economía de guerra fascista fue un «desastre», pero me parece imposible determinar si el que Italia aflorase como una sociedad industrial en la década de 1960 fue retrasado o acelerado por la etapa de autarquía fascista.

[681] Por ejemplo, Anthony J. Joes, *Fascism in the Contemporary World: Ideology, Evolution, and Resurgence*, Boulder, CO, Westview Press, 1978; A. James Gregor, *The Fascist Persuasion in Radical Politics*, Princeton, Princeton University Press, 1974.

[682] Seymour Martin Lipset, *Political Man,* Carden City, NY, Doubleday, 1963, cap. 5, «Fascism-Left, Right, and Center». Amo Mayer, «The Lower Middle Class as Historical Problem», *Journal of Modern History* 75, 3, octubre de 1975, pp. 409-436, se toma en serio la categoría de clase, pero la examina críticamente.

[683] Para trabajos estadísticos sobre el caso alemán, en la actualidad de muy alto nivel, véase el ensayo bibliográfico, pp. 386-387. Los datos italianos, mucho menos sólidos, se estudian en Jens Petersen, «Ellettorato e base sociale del fascismo negli anni venti», *Studi storici* 3, 1975, pp. 627-669. William Brustein, «The "Red Menace" and the Rise of Italian Fascism», *American Sociological Review* 56, octubre de 1991, pp. 652-664, aplica la teoría de la elección racional a las elecciones de 1921 y deduce que los que votaron a los fascistas eligieron ese partido no solo por miedo al socialismo, sino porque preferían la defensa de la propiedad privada de los fascistas.

[684] Hans Mommsen, «Zur Verschrankung traditioneller und faschistischer Führungsgruppen in Deutschland beim Ubergang van der Bewegung zur Systemphase», en Mommsen, *Der Nationalsozialismus und die Deutsche Gesellschaft: Ausgewählte Aufsätze,* ed. de Lutz Niethammer y Bernd Weisbrod, Reinbeck bei Hamburg, Rowohlt, 1991, p. 47, afirma que antes de

septiembre de 1930 solo alrededor del 40% de los miembros del partido eran relativamente permanentes.

[685] Philippe C. Schmitter contrapone los movimientos que «absorben» descontentos de una amplia variedad de orígenes con los regímenes que atraen a los que «se suben al carro» en su penetrante artículo «The Social Origins, Economic Bases, and Political Imperatives of Authoritarian Rule in Portugal», en Stein U. Larsen *et al*., *Who Were the Fascists*, p. 437.

[686] Mathilde Jamin, *Zwischen den Klassen: Zur Sozialstruktur der SA-Führerschaft*, Wuppertal, P. Hammer, 1984; Detlev Peukert, *The Weimar Republic: The Crisis of Classical Modernity*, pp. 238, 255; Christoph Schmidt, «Zu den motiven "alter Kampfer" in der NSDAP», en Detlev Peukert y Jürgen Reulecke (eds.), *Die Reihe fast geschlossen: Beiträge zur Geschichte des Alltags unterm Nationalsozialismus*, Wuppertal, Peter Hammer, 1981.

[687] Jens Petersen ha investigado los orígenes del término meticulosamente en varios trabajos, el más reciente «Die Geschichte des Totalitarismusbegriffs in Italien», en Hans Meier (ed.), «*Totalitarismus» und «Politische Religionen»: Konzepte des Diktaturvergleichs*, Paderborn, Ferdinand Schoningh, 1996, pp. 15-36. En inglés véase Abbott Gleason, *Totalitarianism: The Inner History of the Cold War*, Nueva York, Oxford University Press, 1995, pp. 14-16.

[688] Verbigracia, Arendt, *Origins*, pp. 257-259, 308.

[689] Dante L. Germino, *The Italian Fascist Party in Power: A Study in Totalitarian Rule*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 1959, y Emilio Gentile, *La via italiana al totalitarismo: Il partito e lo stato nel regime fascista*, Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1995, hacen las más extrañas afirmaciones en favor de la naturaleza auténticamente totalitaria del régimen fascista italiano.

[690] Edward N. Peterson, *The Limits of Hitler's Power*, Princeton, Princeton University Press, 1969. Para un enfoque de la Unión Soviética que se niega a reducirlo todo a impulsos desde arriba, véase Sheila Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, Nueva York, Oxford University Press, 1999, y *Stalin's Peasants*, Nueva York, Oxford University Press, 1994.

[691] Friedrich y Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship*, p. 22.

[692] Benjamin R. Barber, «The Conceptual Foundations of Totalitarianism», en Carl J. Friedrich, Michael Curtis y Benjamin R. Barber, *Totalitarianism in Perspective: Three Views*, Nueva York, Praeger, 1969.

[693] Karl Dietrich Bracher, por ejemplo, prefirió el concepto *totalitario* al de *fascista* porque este último oscurecía, en su opinión, la diferencia entre sistemas políticos dictatoriales y democráticos, que para los marxistas eran solo formas alternativas de «hegemonía burguesa». Véase Bracher, *Zeitgeschlichtliche Kontroversen: Um Faschismus, Totalitarismus, Demokratie*, Múnich, R. Piper, 1976, caps. 1 y 2, *Schlüsselworter in der Geschichte: Mit einer Betrachtung zum Totalitarismusproblem*, Dusseldorf, Oraste, 1978, pp. 33 y ss., *Zeit der Ideologien: Eine Geschichte politischen Denkens im* 20. *Jahrhundert*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1982, pp. 122 y ss., 155 y ss. Un ejemplo alemán occidental del otro lado es Reinhard Kühnl, *Formen bürgerlicher Herrschaft*, Reinbeck bei Hamburg, Rowohlt, 1971.

[694] Está presente en la brillante acusación de la maldad nazi en Michael Burleigh, *The Third Reich*, Nueva York, Hill y Wang, 2000. Martin Malia, *Russia under Western Eyes*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1999, p. 331, desdeña el fascismo como categoría.

[695] Cleason, *Totalitarianism*, examina con lucidez todo el debate.

[696] Margaretta Buber-Neumann experimentó ambas cosas y escribió unas memorias clásicas sobre

ello: *Under Two Dictators*, Nueva York, Doubleday, 1949. Nos referimos aquí, por supuesto, a campos de concentración como Dachau más que a campos de exterminio como Auschwitz.

[697] Stéphane Courtois *et al*., *The Black Book of Communism*, trad. del francés por Jonathan Murphy y Mark Kramer, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1999, p. 15, sostiene que Stalin fue responsable de cuatro veces más muertes que Hitler, aunque niega que pretenda establecer una «jerarquía de la crueldad» basada en un «macabro sistema comparativo».

[698] Además de los judíos, entre los candidatos a la eliminación se incluían eslavos, gitanos, locos o enfermos crónicos y testigos de Jehová. Se incluyen a menudo en esta lista los homosexuales, pero, aunque el régimen nazi aplicó el artículo 175 del código penal alemán vigorosamente y encarceló a miles de homosexuales, no los ejecutó sistemáticamente. El propio Hitler, pese a que justificó el asesinato de Ernst Röhm en junio de 1934 como una acción contra la homosexualidad, se había negado, en épocas anteriores, a censurarle por su notorio estilo de vida. Kershaw, *Hitler: Hubris*, p. 348.

[699] Hasta *The Black Book*, p. 168, revisa con escepticismo la acusación de genocidio hecha por algunos historiadores ucranianos.

[700] Alan Bullock se niega a equiparar los dos tipos de matanza en *Hitler and Stalin: Parallel Lives*, Londres, HarperCollins, 1991: «En ningún lugar hubo una contrapartida [soviética] del Holocausto en que el asesinato en masa se convirtiese no en un instrumento, sino en un fin en sí mismo» (p. 974).

[701] Hans Mommsen critica la teoría del totalitarismo en estos términos, con acritud, en «The Concept of Totalitarianism versus the Comparative Theory of Fascism», en E. A. Menze (ed.), *Totalitarianism Reconsidered*, Port Washington, NY, Kennikat Press, 1981, pp. 146-166, y más serenamente en «Leistungen und Crenzen des Totalitarismus-Theorems: Die Anwendung auf die nationalsozialistische Diktatur», en Meier (ed.), «*Totalitarismus» und «Politische Religionen»*, pp. 291-300. El cambio refleja la relativa calma que se produjo en los conflictos académicos alemanes después de las tensiones extremas de la década de 1970.

[702] El propio Hitler aludió ya en 1926 a «nuestra religión». Philippe Burrin, «Political Religion: The Relevance of a Concept», *History and Memory* 9, 1 y 2, otoño de 1997, p. 333.

[703] Burrin, «Political Religion», aporta un análisis que es, con mucho, el más completo y reflexivo. Emilio Gentile, «Fascism as a Political Religion», *Journal of Contemporary History* 190, 25, pp. 321-352, y Michael Burleigh, *The Third Reich*, pp. 5, 9-14 y 252-255, defienden el concepto (Burleigh cita muchas obras sobre este tema en p. 816, n. 22). Véase también Meier, «Totalitarismus».

[704] El nazismo, escribe Burleigh, *The Third Reich* (p. 255), «hunde un cabezal de broca en un depósito profundamente asentado de angustia existencial, ofreciendo salvación de una crisis ontológica».

[705] Burrin, «Political Religion», p. 338.

[706] Véase capítulo 1, pp. 37-45.

[707] Roger Griffin, «The Reclamation of Fascist Culture», *European History Quarterly* 31, 4, octubre de 2001, pp. 609-620, lo ve como una «clave» para entender el fascismo. Para algunos de los muchos estudios de la cultura fascista, véase el ensayo bibliográfico, p. 401.

[708] Bateson, citado en Eric Rentschler, «Emotional Engineering: Hitler Youth Quex», en *Modernism/Modernity* 2, 3, septiembre de 1995, p. 31.

[709] Luisa Passerini, *Fascism in Popular Memory: The Cultural Experience of the Turin Working*

Class, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

[710] Susan Sontag hizo un interesante esfuerzo para extraer los elementos de una estética fascista a partir de la obra de Leni Riefenstahl: «Fascinating Fascism», en Sontag, *Under the Sign of Saturn*, Nueva York, Farrar, Straus y Giroux, 1980, pero donde puede aplicarse mejor esa mezcla de heroísmo viril, ruralismo y antiintelectualismo es en Alemania.

[711] R. J. B. Bosworth es uno de los pocos autores que hacen esa observación. Véase *The Italian Dictatorship: Problems and Perspectives in the Interpretation of Mussolini and Fascism*, Londres, Arnold, 1998, pp. 159, 162, 179.

[712] Murray Kempton, «Mussolini in Concert», *New York Review of Books* 30, 6, 24 de abril de 1983, pp. 33-35. Para el fracaso del nazismo en su intento de erradicar el jazz de Alemania, véase Michael H. Kater, *Different Drummers: Jazz in the Culture of Nazi Germany*, Nueva York, Oxford University Press, 1992.

[713] Para Bolivia, véase capítulo 7, nota 69 (en página 331). Para China, véase Payne, *History,* pp. 337-338; Marcia H. Chang, *The Chinese Blue Shirt Society: Fascism and Developmental Nationalism*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1985, y Fred Wakeman, Jr., «A Revisionist View of the Nanjing Decade: Confucian Fascism», *China Quarterly* 150, junio de 1997, pp. 395-430. Wakeman no considera a los Camisas Azules auténticamente fascistas. Le agradezco sus consejos sobre este punto.

[714] Las lecciones de Harvard de Gaetano Salvemini, publicadas en *Opera de Gaetano Salvemini*, vol. VI, *Scritti sul fascismo*, vol. 1, p. 343.

[715] Para las armas como un «objeto de amor» de los militantes fascistas, véase Emilio Gentile, *Storia del partito*, p. 498. «Mientras tenga una pluma en la mano y un revólver en el bolsillo», dijo Mussolini después de romper con los socialistas en 1914, «no temo a nadie». A principios de la década de 1920, tenía siempre un revólver y un par de granadas en su escritorio. En la década de 1930 el revólver había emigrado a un cajón del escritorio de su grandioso despacho del Palazzo Venezia (Pierre Milza, *Mussolini*, París, Fayard, 1999, pp. 183, 232, 252, 442). Hitler prefirió las fustas (Kershaw, *Hitler*, vol. 1, p. 188), pero el 23 de abril de 1942 les dijo a sus comensales que «llevar armas contribuye al orgullo y el porte de un hombre» *(Hitler's Table Talk*, trad. de Norman Cameron y R. H. Stevens, Londres, Weidenfeld y Nicolson, 1953, p. 435).

[716] Las camisas de color proceden de la izquierda, probablemente de los «Mil» de Garibaldi, los voluntarios de camisa roja que conquistaron Sicilia y Nápoles para una Italia liberal unida en 1860. También procede de Garibaldi el título de *Duce*.

[717] Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, ed. rev., Londres, Harper & Row, 1962, p. 297.

[718] Juan J. Linz ha hecho el análisis clásico del autoritarismo como una forma diferenciada de gobierno: «An Authoritarian Regime: Spain», en Erik Allardt y Stein Rokkan (eds.), *Mass Politics: Studies in Political Sociology*, Nueva York, Free Press, 1970, pp. 251-283; «From Falange to Movimiento-Organización: The Spanish Single Party y the Franco Regime, 19 36-1968», en Samuel P. Huntington y Clement Moore (eds.), *Authoritarian Politics in Modern Societies: The Dynamics of Established One-Party Systems*, Nueva York, Basic Books, 1970, y «Totalitarian and Authoritarian Regimes», en Fred I. Greenstein y Nelson W. Polsby, *Handbook of Political Science*, Reading, MA, Addison-Wesley, 1975, vol. III, esp. pp. 264-350.

[719] La frontera autoritaria-fascista es imprecisa aquí, pues en la práctica ninguno de los dos logra su deseo. Los autoritarios, lo mismo que los fascistas, enfrentados con públicos exaltados, pueden intentar crear una «solidaridad mecánica» durkheimiana. Véase Paul Brooker, *The Faces of*

Fraternalism: Nazi Germany, Fascist Italy, and Imperial Japan, Oxford, Clarendon, 1991. Hasta los fascistas pueden no lograr más que un asentimiento «superficial» y «frágil». Victoria de Grazia, *The Culture of Consent:' Mass Organization of Leisure in Fascist Italy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, p. 20, y cap. 8, «The Limits of Consent». El estudio más meticuloso sobre la opinión pública alemana bajo el nazismo, «Bavaria program», de Martin Broszat, llegaba a la conclusión de que estaba descontenta pero atomizada, fragmentada y pasiva. Véase Ian Kershaw, *Popular Opinion and Dissent in the Third Reich*, Oxford, Clarendon, 1983, pp. 110, 277, 286, 389.

[720] Véase la interesante comparación de Javier Tusell Gómez, «Franchismo et fascismo», en Angelo del Boca *et al*., *Il regime fascista*, pp. 57-92.

[721] Michael Richards, *A Time of Silence: Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain, 1936-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, muestra cómo la autarquía económica y cultural se correspondía con la represión interna. El número estimado de muertos que aparece en Paul Preston, *Franco*, Nueva York, Basic Books, 1994, p. 30, hace la acusación de fascismo de otro modo, destacando las estrechas relaciones de Franco con el Eje al menos hasta 1942.

[722] El estudio indispensable sobre la Falange es Stanley G. Payne, *Fascism in Spain, 1923-1977*, Madison, University of Wisconsin Press, 1999 (cita, en p. 401).

[723] Véase capítulo 6, pp. 254-255.

[724] Véase capítulo 6, pp. 256-257.

[725] Citado en Stanley Payne, *History*, p. 315. Gregory J. Kasza, «Fascism from Above? Japan's *Kakushin* Right in Comparative Perspective», en Stein Ugelvik Larsen, *Fascism Outside Europe*, Boulder, CO, Social Science Monographs, 2001, pp. 223-232, trabajando a partir del ejemplo japonés, propone una categoría diferenciada de regímenes unipartidistas que reprimen movimientos fascistas adoptando al mismo tiempo algunos instrumentos fascistas, como movimientos juveniles y economía corporativista, situándose así entre el conservadurismo tradicional y el fascismo. Sus ejemplos son Japón, Portugal, Polonia en 1979, Estonia y Lituania. Podría añadirse el Brasil de Vargas.

[726] Véase pp. 193-194.

[727] Franz Neumann, *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism, 1933-1944*, 2ª ed., Nueva York, Oxford University Press, 1944, p. 39. El escepticismo respecto a la ideología fascista no es algo que esté limitado a la izquierda. Considérese, por ejemplo, la famosa denuncia del antiguo presidente nazi del Senado de Danzig, Hermann Rauschning, *Revolution of Nihilism*, Nueva York, Alliance/Longman's Green, 1939. Véanse también los comentarios de Hannah Arendt citados en capítulo 2, p. 74.

[728] Véase capítulo 1, pp. 37-44.

ENSAYO

bibliográfico

ENSAYO

bibliográfico

El fascismo ha hecho correr ríos de tinta. Renzo de Felice incluyó 12.208 libros y artículos en una bibliografía dedicada principalmente al fascismo italiano.[729] Las publicaciones sobre Hitler y el nazismo son aun más numerosas. Y se ha consagrado al fascismo otra considerable serie de obras en otros países, amén de numerosos estudios del fascismo genérico. Es evidente que ningún investigador, por muy diligente que sea, podría dominar toda la literatura sobre todos los fascismos. Por lo tanto, este capítulo bibliográfico es inevitablemente selectivo. Solo puedo presentar una selección de las obras que me han sido especialmente útiles a mí, e indicar los puntos cruciales, definiendo interpretaciones importantes o tratando aspectos esenciales. Muchas de ellas contienen bibliografías detalladas para una lectura más especializada. No pretendo hacer una bibliografía completa.

I. Obras generales

La historia más seria de todos los movimientos y regímenes fascistas es la obra sumamente erudita de Stanley C. Payne *A History of Fascism, 1914-1945* —University of Wisconsin Press, Madison, 1995 [*El fascismo*, tr. Fernando Sánchez, Alianza, Madrid, 1996]—, aunque es más descriptiva que explicativa.También es una obra amplia y bien documentada *Les fascismes*, de Pierre Milza —Imprimerie Nationale, París, 1985—. El más importante y reciente intento de definir el fascismo corresponde a Roger Griffin: *The Nature of Fascism* —Routledge, Londres, 1994—; e *International Fascism: Theories, Causes, and the New Consensus* —Arnold, Londres, 1998—, aunque, en mi opinión, su afán de reducir el fascismo a una frase concisa y expresiva podría inhibir el análisis de cómo y con quién operó, en vez de estimularlo.

Existen innumerables introducciones breves al fascismo. Es muy breve

pero interesante la obra de Kevin Passmore, *Fascism* —Oxford University Press, Nueva York, 2002—. Tres de las introducciones más recientes toman direcciones que contrastan notoriamente: Mark Neocleous, *Fascism* —University of Minnesota Press, Minneapolis, 1997— adopta el enfoque de los estudios culturales en el cual el fascismo refleja el lado oscuro de la modernidad y del capitalismo, movido no por intereses, sino por imágenes de la guerra, la naturaleza y la nación. Philip Morgan nos ofrece en *Fascism in Europe, 1919-1945* —Routledge, Londres, 2003— una narración histórica cuidadosa y pormenorizada. Termina en 1945. Pero Roger Eatwell, en *Fascism: A History* —Penguin, Londres, 1996—, dedica la mitad de su limitado espacio al periodo de posguerra.

Una introducción excelente a la ascensión del nazismo es la obra de Anthony J. Nicholls *Weimar and the Rise of Hitler* —St. Martin's Press, Nueva York, 4ª ed., 2000—. Conan Fischer analiza el amplio atractivo del partido en *The Rise of the Nazis* —Manchester University Press, Mánchester, 2ª ed., 2002—. La introducción clásica a la Italia de Mussolini es la de Alexander de Grand *Italian Fascism: Its Origins and Development* —University of Nebraska Press, Lincoln, 3ª ed., 2000—. Otras introducciones breves útiles son: Philip Morgan, *Italian Fascism 1919-1945* —Macmillan, Basingstoke, 1995—; John Whittam, *Fascist Italy* —Manchester University Press, Mánchester, 1995—; y Pierre Milza, *Le fascisme italien, 1919-45* —Éditions du Seuil, París, 1997—.

Un interesante análisis sobre un amplio abanico de países figura en Stein U. Larsen, Bernt Hagtvet y Jan P. Myklbust —eds.—, *Who Were the Fascists: Social Roots of European Fascism* —Universitetsforlaget, Oslo, 1980—. Entre las obras colectivas más antiguas que siguen siendo valiosas se incluyen Walter Laqueur —ed.—, *Fascism: A Reader's Guide* —University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1976—; Hans Rogger y Eugen Weber —eds.—, *The European Right: A Historical Profile* —University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1966 [*La derecha europea*, Caralt, Barcelona, 1971]—; y los dos volúmenes editados por Stuart J. Woolf: *Fascism in Europe* —Methuen, Londres y Nueva York, 1981— y *The Nature of Fascism* —Random House, Nueva York, 1968—.

La obra de Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham *Nazism 1919-45: A Documentary Reader* —4 vols., University of Exeter Press, Exeter, 1995-1998— presenta una notable colección de documentos acompañados de comentarios esclarecedores. Se recogen documentos sobre el fascismo italiano en Charles F. Delzell —ed.—, *Mediterranean Fascism, 1919-1945* —Harper, Nueva York, 1970—; Adrian Lyttelton —ed.—, *Italian Fascisms: From Pareto to Gentile* —Harper, Nueva York, 1975—; John Pollard, *The Fascist Experience in Italy* —Routledge, Londres, 1998—, y Jeffrey Schnapp, *A Primer of Italian Fascism* —University of Nebraska Press, Lincoln, 2000—. El libro de Delzell contiene algunos documentos de la España de Franco y del Portugal de Salazar. Véase también Hugh Thomas —ed.—, *Selected Writings of José Antonio Primo de Rivera* —Jonathan Cape, Londres, 1972—. Eugen Weber —ed.—, *Varieties of Fascism* —Krieger, Melbourne, 1982—, incluye una interesante muestra de textos fascistas de todos los países antes mencionados, más Inglaterra, Noruega, Bélgica, Hungría y Rumanía, elegidos para demostrar la tesis de Weber sobre el carácter revolucionario del fascismo.

II. Interpretaciones del fascismo

Renzo de Felice consideró erróneos muchos de los enfoques generales en *Interpretations of Fascism* —Harvard University Press, Cambridge, 1977—. Al final acabó creyendo que cada régimen era único y que ninguna interpretación general es válida. Pierre Ayçoberry, en *The Nazi Question* —Pantheon, Nueva York, 1981—, y Wolfgang Wippermann, en *Faschismustheorien* —Primus/NNO, Darmstadt, 7ª ed., 1997— analizan las diversas interpretaciones y sus problemas. Véase también Ernst Nolte —ed.—, *Theorien über* den *Faschismus* —Kiepenheuer and Witsch, Colonia, Berlín, 6ª ed., 1984—.

Carl J. Friedrich y Zbigniew Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* —Praeger, Nueva York, 2ª ed., 1966— sigue siendo el análisis más sólido del concepto de totalitarismo. Abbott Cleason, *Totalitarianism:*

The Inner History of the Cold War —Oxford University Press, Nueva York, 1995— examina con pericia el largo debate sobre el tema. Se ataca y se defiende el concepto en Carl J. Friedrich, Benjamin R. Barber y Michael Curtis, *Totalitarianism in Perspective: Time Views* —Praeger, Nueva York, 1969—.

Juan J. Linz define muy bien el autoritarismo y traza con claridad las fronteras que lo separan del fascismo en «Totalitarian and Authoritarian Regimes»[Fred Creenstein y Nelson Polsby —eds.—, *Handbook of Political Science*, vol. 3, *Macropolitical Theory*, Addison-Wesley, Reading, MA, 1975, pp. 175-411], reeditado y actualizado en Linz, *Totalitarian and Authoritarian Regimes* —Lynne Rienner, Boulder, 2000—.

III. Biografías

La biografía más destacada de Hitler es hoy la de Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936*: *Hubris* —Norton, Nueva York, 1999—; y *Hitler, 1936-1945*: *Nemesis* —Norton, Nueva York, 2000 [*Hitler, 1889-1936*; y *Hitler, 1936-1945*; ambas, tr. de Álvarez Flórez, Península, Barcelona, 2000 y 2001]—. Kershaw relaciona al dictador con la sociedad que lo concibió y que trabajó con su líder sin que nadie la forzase. Entre las numerosas biografías anteriores, la de Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny* —Harper, Nueva York, ed. rev., 1962 [*Hitler*, tr. de E. Laddy y J. Luelmo, Grijalbo, Barcelona, 1984]—, sitúa al personaje en el marco de sus circunstancias de forma inteligente. Es vívida y detallada la de Joachim C. Fest, *Hitler* —Harcourt, Brace, Jovanovitch, Nueva York, 1974—.

La de Brigitte Hamann, *Hitler's Vienna:* A *Dictator's Apprenticeship* —Oxford University Press, Nueva York, 1999—, es la descripción más completa de la juventud de Hitler. Harold J. Cordon, en *Hitler and the Beer Hall Putsch* —Princeton University Press, Princeton, 1972—, examina una etapa crucial y temprana de la carrera de Hitler. La tentación de psicoanalizar a Hitler ha sido irresistible. Uno de los primeros ejemplos —Walter C. Langer, *The Mind of Adolf Hitler* —Basic Books, Nueva York,

1972— [*La mente de Hitler*, tr. de Nuria Pujol, Grijalbo, Barcelona, 1974] — se preparó para los responsables políticos estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial. En los años setenta se publicaron las de Robert C. L. Waite, *The Psychopathic God* —Basic Books, Nueva York, 1977— y Rudolf Binion, *Hitler Among the Germans* —Elsevier, Nueva York, Oxford y Ámsterdam, 1976—. Más cauto es el estudio más reciente de Fredrick C. Redlich, M. D., *Hitler: Diagnosis of a Destruetive Prophet* —Oxford University Press, Nueva York, 1998—. El doctor Redlich considera de «escaso valor» el psicoanálisis de Hitler por la escasez de datos —p. xiv—; revisa su historial médico y traza un perfil psicológico.

Eberhard Jäckel insiste en *Hitler's World View: A Blueprint for Power* —Harvard University Press, Cambridge, 1981— en que Hitler tenía un programa, pese a los inevitables ajustes oportunistas. Henry A. Turner, Jr., demuestra que su darwinismo social se aplicó a la economía y a la sociedad, además de a las relaciones internacionales, en «Hitlers Einstellung zu Wirtschaft und Gesellschaft» —*Geschichte und Gesellschaft* 2, 1, 1976, pp. 89-117—.

La biografía más completa de Mussolini en inglés es hoy la de R. J. B. Bosworth, *Mussolini* —Arnold, Londres, 2002 [*Mussolini*, tr. de Álvarez Flórez, Península, Barcelona, 2003]—. Presenta al Duce como un oportunista inteligente pero vacuo. Pierre Milza, en *Mussolini* —Fayard, París, 1999—, hoy solo disponible en francés y en italiano, es una obra bien documentada, ordenada y seria. Denis Mack Smith, en *Mussolini* —Knopf, Nueva York, 1982 [*Mussolini*, tr. de M. Pizarro, Fondo Cultura Económica, Madrid, 2001]—, es condescendiente y no profundiza en el análisis del marco más amplio. Disponemos también de Jasper Ridley, *Mussolini* —Constable, Londres, 1995 [*Mussolini*, Javier Vergara, 1999]—, una biografía breve, amena y bastante precisa, escrita por un no especialista. La de Alessandro Campi, *Mussolini* —Il Mulino, Bolonia, 2001—, es una valoración breve y sugerente. La obra de Gaudens Megaro, *Mussolini in the Making* —Houghton Mifflin, Boston, 1938—, sigue siendo un estudio valioso de los primeros años. Luisa Passerini, en *Mussolini imaginario: Storia di une biografia, 1915-1939* —Laterza, Bari, 1991—, da una visión

fascinante de cómo se presentaba a Mussolini a los italianos, aunque sus imágenes fuesen el resultado de su poder más que una explicación del mismo.

La biografía de referencia es la obra irregular e idiosincrásica, pero exhaustivamente documentada, de Renzo de Felice, *Mussolini* —7 vols., Einaudi, Turín, 1965-1997—, que el autor dejó sin acabar cuando murió en 1996.[730] Esta obra inmensa y las opiniones fluctuantes de De Felice se analizan eficazmente en la obra de Borden W. Painter, Jr., «Renzo de Felice and the Historiography of Italian Fascism» —*American Historical Review* 95, 2, abril de 1990, pp. 391-405— y en el artículo de Emilio Gentile —discípulo de De Felice— «Fascism in Italian Historiography: In Search of an Individual Historical Identity» —*Journal of Contemporary History* 21, 1986, pp. 179-208—; hay otro estudio más crítico de Mac Gregor Knox: «In the Duce's Defense» —*Times Literary Supplement*, Londres, 26 de febrero de 1999, pp. 3-4—.

IV. Creación de movimientos y arraigo

Roberto Vivarelli expone una reflexión seria sobre los inicios del fascismo en «Interpretations of the Origins of Fascism» —*Journal of Modern History*, 63, 1, marzo de 1991, pp. 29-43—.

El enfoque dominante sobre los inicios del fascismo ha sido trazar su estirpe ideológica. Obras importantes en este sentido sobre Italia son, entre otras, las de Emilio Gentile, *Le origini dell'ideologia fascista: 1918-1925* —Laterza, Bari, 1982—, y Zeev Sternhell, con Mario Sznajder y Maia Asheri, *The Origins of Fascist Ideology* —Princeton University Press, Princeton, 1994—. Los estudios más prestigiosos sobre las raíces intelectuales y culturales del nazismo son los de George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology* —Howard Fertig, Nueva York, 1998; 1ª ed., 1964—, y Fritz R. Stern, *The Politics of Cultural Despair* —University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1974; 1ª ed., 1961—.

Para entender el curso posterior del fascismo y a sus seguidores, sin

embargo, es necesario abordar también el marco político y social y preguntarse cómo llegó a representar determinados intereses y a conseguir importantes aliados. Las diferencias regionales también fueron importantes. La descripción más inteligente y sutil sobre la fuerza que adquirió el fascismo en una localidad italiana figura en la obra de Paul Corner *Fascism in Ferrara* —Oxford University Press, Oxford, 1976—. También son recomendables los siguientes estudios sobre el arraigo del fascismo italiano a nivel regional: los de Frank M. Snowden, *Violence and Great Estates in the South of Italy: Apulia 1900-1922* —Cambridge University Press, Cambridge, 1986—, y *The Fascist Revolution in Tuscany, 1919-1922* —Cambridge University Press, Cambridge, 1989—; el de Anthony L. Cardoza, *Agrarian Elites and Italian Fascism: The Province of Bologna, 1901-1926* —Princeton University Press, Princeton, 1982—; el de Francis Jay Demers, *Le origini del fascismo a Cremona* —Laterza, Bari, 1979—; el de A. Roveri, *Le origini del fascismo a Ferrara, 1915-25* —Feltrinelli, Cremona, 1971—; el de Simona Colarizi, *Dopoguerra e fascismo in Puglia* —Laterza, Bari, 1971—; y el de Alice Kelikian, *Town and Country under Fascism: The Transformation of Brescia, 1915-1926* —Oxford University Press, Oxford, 1985—. Jonathan Steinberg explica la penetración del fascismo en el clientelismo del *mezzogiorno* en «Fascism in the Italian South», incluido en la obra de David Forgacs —ed.— *Rethinking Italian Fascism* —Lawrence and Wishart, Londres, 1986, pp. 83-109—.

Sobre el arraigo local del nazismo, el lector no debería perderse la convincente historia de William Sheridan Allen *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town* —ed. rev., Franklin Watts, Nueva York, 1984—. Rudy Koshar ha escrito una obra importante sobre el proceso mediante el cual los nazis se apoderaron de la estructura intermediaria. Véase su «From *Stammtisch* to Party: Nazi Joiners and the Contradictions of Grassroots Fascism in Weimar Germany» —*Journal of Modern History*, 59, 1, marzo de 1987, pp. 1-24—; y sus estudios «Two Nazisms: The Social Context of Nazi Mobilization in Marburg and Tübingen» —*Social History* 7, 1, enero de 1982— y *Social Life, Local Politics, and Nazism: Marburg, 1880-1935* —University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1986—.

Véase también la obra de Anthony McElligott *Contested City: Municipal Politics and the Rise of Nazism in Altona, 1917-1937* —University of Michigan Press, Ann Arbor, 1998—.

Tratan el tema del nazismo en estados alemanes concretos las siguientes obras importantes: las de Jeremy Noakes, *The Nazi Party in Lower Saxony* —Oxford University Press, Londres, 1971—, de Geoffrey Pridham, *Hitler's Rise to Power: The Nazi Movement in Bavaria, 1923-1933* —Hart-Davis MacGibbon, Londres, 1973—, de Johnpeter Horst Grill, *The Nazi Movement in Baden, 1920-1945* —University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1983—, y de Rudolf Heberle, *From Democracy to Nazism* —Crosset and Dunlap, Nueva York, 1970, sobre Schleswig-Holstein—.

Conan Fischer evoca la subcultura violenta e ideológicamente contradictoria de la SA en *Stormtroopers* —George Allen and Unwin, Londres, 1983—. El estudio más completo es el de Peter Longerich, *Die braune Bataillone: Geschichte der SA* —C. H. Beck, Múnich, 1989—.

Condiciones previas: Según Jürgen Kocka, la pervivencia de poderosas élites preindustriales fue la condición previa más importante para el crecimiento del fascismo. Véase su «Ursachen des Nationalsozialismus» —*Aus Politik und Zeitgeschichte*, Beilage zur Wochenzeitung *Das Parlament*, 21 junio de 1980, pp. 3-15—. Geoff Eley replicó con una argumentación que se inclinaba por la crisis capitalista como la principal condición previa en «What Produces Fascism: Preindustrial Traditions or a Crisis of the Capitalist State?» —*Politics and Society*, 12, 2, 1983, pp. 53-82—. Gregory M. Luebbert postula en *Liberalism, Fascism or Social Democracy: Social Class and the Political Origins of Regimes in Interwar Europe* —Oxford University Press, Oxford, 1991— que la variable más importante es la creación de la coalición política: el liberalismo prevaleció en sistemas políticos en los que los trabajadores aceptaron una mejora gradual y donde tanto los trabajadores como los pequeños propietarios rurales apoyaron a los reformistas liberales, mientras que el fascismo prosperó donde los trabajadores mantuvieron una actitud militante y donde, en condiciones de crisis, los liberales urbanos y los pequeños propietarios rurales, asustados, buscaron refuerzos.

Los politólogos Gisèle de Meur y Dirk Berg-Schlosser elaboraron un sistema para analizar las múltiples variables políticas, económicas y sociales y determinar dónde era probable el fascismo en «Conditions of Authoritarianism, Fascism, and Democracy in Interwar Europe» —en *Comparative Political Studies* 29, 4, agosto de 1996, pp. 423-468—. Indican las dificultades que plantea comparar gran número de variables para un número de casos relativamente pequeño; su enfoque, inevitablemente, deja fuera las opciones individuales de los dirigentes.

Barrington Moore, Jr., en *The Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World* —Beacon Press, Boston, 1993, 1ª ed., 1966—, sitúa la economía agrícola en el centro de su análisis, como Luebbert, pero adopta una perspectiva más amplia sobre las diferentes vías por las que la agricultura se topó con el capitalismo en Inglaterra, en Alemania y en Japón.

Estos estudios de las condiciones previas a la implantación del fascismo destacan las fuerzas y los agravios sociales y económicos. William Brustein, en *The Logic of Evil: The Social Origins of the Nazi Party, 1925-33* —Yale University Press, New Haven, 1996—, responde partiendo de las estadísticas sobre la composición de los partidos —problemáticas— y llegando —polémicamente— a la conclusión de que los primeros miembros dedujeron mediante consideración racional que el programa social nazi les reportaría beneficios directos, y que esa fue la razón de que lo apoyaran, más que los odios y las pasiones.

Otros autores subrayan que el fascismo apelase a los sentimientos irracionales. Klaus Theweleil ilustra minuciosamente el atractivo de una fraternidad masculina en el caso nazi en *Male Fantasies* —University of Minnesota Press, Minneapolis, 1987-1989—, aunque pueden haber existido fantasías similares en países que no se hicieron fascistas. Sobre Italia, véase la obra de Barbara Spackman *Fascist Virilities: Rhetoric, Ideology, and Social Fantasy in Italy* —University of Minnesota Press, Mineápolis, 1997 —. En el periodo de entreguerras, los sociólogos de la Escuela de Frankfurt encontraron tan útil a Freud como a Marx para explicar el fascismo, un interés que produjo la obra de Theodor Adorno *et al*. *The Authoritarian*

Personality —Norton, Nueva York, 1982, 1ª ed., 1950—. Erich Fromm sostiene en *Escape from Freedom* —Holt, Rinehart and Winston, NuevaYork, 1941— que la libertad moderna es tan aterradora que muchas personas buscan el consuelo de la sumisión. Peter Loewenburg, en «Psychohistorical Origins of the Nazi Youth Cohort» —*American Historical Review* 76, 1971, pp. 1.457-1.502—, basó su tesis con más éxito que la mayoría de los psicohistoriadores en un contexto histórico específico para demostrar que el «Invierno del Nabo» de 1916-1917 y la ausencia de los padres prepararon para el nazismo a toda una generación de niños alemanes, aunque lo padecieron los niños de todos los países beligerantes. El problema de las explicaciones psicológicas es que resulta muy difícil demostrar que las experiencias emotivas de italianos y alemanes fuesen radicalmente distintas de las de los franceses, por ejemplo.

Los veteranos fueron un elemento clave en el reclutamiento fascista inicial —aunque muchos eran más jóvenes—. El estudio más completo sobre los veteranos de un país europeo y los papeles que desempeñaron después de 1918 es el de Antoine Prost, *Les Anciens combattants et la société française* —Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1977—. Sobre Alemania, hay que consultar las exposiciones más políticas de Volker R. Berghahn, *Der Stahlhelm* —Droste, Dusseldorf, 1966—; Karl Rohe, *Das Reichsbanner Schwarz Rot Gold* —Droste, Dusseldorf, 1966—; y, sobre la izquierda, Kurt G. P. Schuster, *Der Rote Frontkampferbund* —Droste, Dusseldorf, 1975—. Graham Wootton examina las tácticas de los veteranos ingleses en *The Politics of Influence* —Harvard University Press, Cambridge, 1963—. El estudio clásico sobre los veteranos italianos, G. Sabatucci, *I combattenti del primo dopoguerra* —Laterza, Bari, 1974— solo abarca los años de la posguerra inmediata.

V. La toma del poder

El análisis más inteligente sobre la llegada de Mussolini al poder es el de Adrian Lyttelton, *The Seizure of Power* —Princeton University Press,

Princeton, 2ª ed., 1987—. Debe leerse el estudio bien documentado y convincente del exiliado exsocialista Angelo Tasca *The Rise of Italian Fascism: 1918-1922* —Howard Fertig, Nueva York, 1966—. Se publicó en 1938 en Francia.

El mejor análisis escrito en inglés sobre las circunstancias, incertidumbres y opciones relacionadas con las últimas etapas de la llegada de Hitler al poder es *Hitler's Thirty Days to Power* —Addisan-Wesley, Reading, 1996 [*A treinta días del poder*, tr. de D. León Gómez, Edhasa, Barcelona, 2000] —, de Henry Ashby Turner, Jr. El análisis histórico más exhaustivo es *Die nationalsozialistische Machtergreifung: Studien zur Errichtung des totalitären Herrschaftssystems in Deutschland, 1933-34* —3 vols., Westdeutscher Verlag, Colonia y Opladen, 1960-62—, de Karl Dietrich Bracher, Gerhard Schulz y Wolfgang Sauer. Gerhard Schulz examina con todo detalle la evolución de los sistemas políticos y constitucionales durante la crisis final en *Zwischen Demokratic und Diktatur,* vol. III: *Von Brüning zu Hitler: Der Wandel des politischen systems in Deutschland 1930-33* — De Cruyter, Berlín, Nueva York, 1992—. Aún son útiles los ensayos de Peter D. Stachura —ed.— *The Nazi Machtergreitung* —Allen Unwin, Londres, Boston, 1983—, sobre las reacciones de los diferentes grupos sociales. Peter Fritzsche hace una exposición interesante del entusiasmo popular en *Germans into Nazis* —Harvard University Press, Cambridge, 1998—.

Una condición previa esencial para la ascensión fascista al poder es la apertura de espacio que supuso el fracaso de la democracia, un tema que se pasa por alto con demasiada frecuencia porque son muchos quienes dan por sentado que el dirigente fascista lo hizo todo por sí solo. Un estudio raro y valioso es *The Breakdown of Democratic Regimes: Europe*, de Juan J. Linz y Alfreel Stepan —eds.— —Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978—; merece especial atención el artículo de Paolo Farneti sobre Italia. También son importantes los reflexivos ensayos de *Conditions of Democracy in Europe, 1919-1939,* editados por Dirk Berg-Schlosse y Jeremy Mitchell —St. Martin's Press, Nueva York, 2000—.

Sobre el fracaso de la República de Weimar, la obra clásica es la de Karl

Dietrich Bracher, *Die Auflosung der Weimarer Republik* —Ring-Verlag, Villingen, 1960—. Hans Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Germany* —University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1996—, y Detlev Peukert, *The Weimar Republic: The Crisis of Classical Modernity* —tr. de Richard Deveson, Hill and Wang, Nueva York, 1993—, son obras magníficas y sugerentes, mientras que la de Everharel Kolb, *The Weimar Republic* —Unwin Hyman, Londres, Boston, 1988— sigue siendo bastante válida. La crónica más seria sobre el colapso del centro político de Weimar es *German Liberalism and the Dissolution* of *the Weimar Party System*, de Larry Eugene Jones —University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1988—. Dos artículos excelentes sobre la inclinación de otro grupo decisivo —los campesinos— por el nazismo son «The NSDAP and Agrarian Organizations in the Final Phase of the Weimar Republic», de Horst Gies [incluido en el estudio de Henry Ashby Turner, Jr. —ed.—, *Nazism and the Third Reich*, —Franklin Watts, Nueva York, 1972—]; y «Between Bauernbund and National Socialism: The Political Orientation of the Peasants in the Final Phases of the Weimar Republic», de Zdenek Zofka [en la edición de Thomas Childers *The Formation of the Nazi Constituency* — Croom Helm, Londres, 1986—]. Esta obra es útil de principio a fin.

El éxito electoral fue más importante en el caso de Hitler que en el de Mussolini. Richard Hamilton, en *Who Voted for Hitler* —Princeton University Press, Princeton, 1982—, fue el primero que demostró que Hitler contó con el respaldo electoral de muchos votantes de clase alta además de los de clase media baja. Desde entonces, estudios efectuados con ayuda de ordenadores sobre el electorado nazi han permitido un conocimiento más sólido del éxito del Partido Nazi en la captación de votos de todas las clases sociales, aunque menos de las poblaciones bien ancladas en otra comunidad, como los católicos o los marxistas. Parece que la clase era menos importante que la cultura. Véase las obras de Thomas Childers *The Nazi Voter* —University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1983— y el volumen compilado por él antes mencionado, *The Formation of the Nazi Constituency*, y de Jürgen Falter, *Hitlers Wühler* —Beck, Múnich, 1991—. Dick Geary resume las conclusiones en «Who Voted for the Nazis» —

History Today, 48, 10, octubre de 1998, pp. 8-14—.

Los estudios recientes sobre miembros del partido, diferenciados de los votantes, socavan la interpretación de clase media baja del fascismo y amplían notablemente el papel de la clase obrera, sobre todo si se añade a la SA —muchos de cuyos miembros no pertenecían al partido—. Entre las obras importantes sobre el tema, figuran la de Detlef Mühlberger, *Hitler's Followers* —Routledge, Londres, 1991—, y la de Conan Fischer —ed.—, *The Rise of National Socialism and the Working Class* —Berghahn, Providence, 1996—. El mejor estudio en un campo mucho más reducido sobre Italia es el de Jens Petersen, «Elettorato e base sociale del fascismo negli anni venti» —*Studi storici* 3, 1975, pp. 627-669—. Véase también el artículo de Marco Revelli sobre Italia en la edición de Detlef Mühlberger *The Social Basis of European Fascist Movements* —Croom Helm, Londres, 1987—.

Véanse valiosos análisis sociales sobre miembros del partido y de votantes en muchos casos nacionales en la obra de Larsen *et al*. *Who Were the Fascists* y en *Social Basis*, de Mühlberger —mencionado antes—. Los estudios sobre la composición social de los movimientos fascistas tienen que diferenciar las distintas etapas, ya que durante la fase de movimiento el número de miembros fluctuó, mientras que cuando los partidos llegaron al poder, fueron muchos los que se subieron al carro.

La de Emilio Gentile, *Storia del Partito Fascista 1919-1922*: *Movimento* e *Militia* —Laterza, Bari, 1989—, es la primera historia seria del partido de Mussolini. Continúa la historia en *Fascismo* e *antifascismo: I partiti italiani fra le due guerre* —Le Monnier, Florencia, 2000—, que analiza también los partidos no fascistas y antifascistas.

El Partido Nazi se ha estudiado mucho más ampliamente. La última obra sobre el tema es *The Nazi Party:* A *Social Profile of Members and Leaders, 1919-45* de Michael Kater —Blackwell, Oxford, 1983—, mientras que la de Dietrich Orlow, *History of the Nazi Party* —2 vols., University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1969-1973—, se centra más en las estructuras institucionales que en los miembros del partido.

Henry Ashby Turner, Jr., examina a fondo el complejo tema de las fuentes

del dinero de los nazis en *German Big Business and the Rise of Hitler* —Oxford University Press, Nueva York, 1985—; se basa en estudios exhaustivos de los archivos empresariales para demostrar que los industriales alemanes financiaron a todos los partidos no marxistas, que desconfiaban de Hitler y que le dieron un apoyo limitado, ya que ellos preferían a Von Papen como canciller. Los nazis nunca dependieron predominantemente de contribuyentes ricos, porque obtenían cuantiosas sumas de los actos públicos y de pequeños contribuyentes. La financiación del fascismo italiano se ha estudiado menos y puede deducirse de la de De Felice y de otras biografías. William A. Renzi aclara definitivamente quién subvencionó el nuevo periódico belicista de Mussolini en 1915 en «Mussolini's Sources of Financial Support, 1914-1915» —*History* 56, 187, junio de 1971, pp. 186-206—.

VI. El ejercicio del poder

El de Ian Kershaw, *The Nazi Dictatorship: Problems and Perspectives* of *Interpretation* —Arnold, Londres, 4ª ed., 2000—, es un examen muy reflexivo y útil de diferentes interpretaciones del nazismo en el poder. Una obra paralela sobre la tarea fascista, esclarecedora a pesar del tono un tanto polémico y destemplado, es la de R. J. B. Bosworth, *The Italian Dictatorship: Problems and Perspectives in Interpreting Mussolini and Fascism* —Arnold, Londres, 1998—. Bosworth es sumamente crítico con De Felice, con su discípulo Emilio Gentile y con los estudios culturales. También examina el régimen de Hitler Jost Dülffer en *Nazi Germany: Faith and Annihilation, 1933-1945* —Arnold, Londres, 1996—.

Antes parecía natural considerar que las sociedades fascistas eran emanaciones homogéneas de la voluntad del dictador. Hoy los especialistas consideran la fusión de la voluntad del dictador y la sociedad mucho más compleja y problemática de lo que se suponía. ¿El proyecto fascista se impuso por la fuerza, se aplicó mediante la persuasión de la propaganda o se negoció en torno a intereses convergentes con elementos sociales

poderosos?

Los anteriores estudios del régimen nazi destacaban el control dictatorial desde arriba. Por ejemplo, el de Karl Dietrich Bracher, *The German Dictatorship* —Praeger, Nueva York, 1970—. Véase, más resumido, el de Bracher, «The Stages of Totalitarian lntegration» [en Hajo Holborn —ed. —, *Republic to Reich: The Making* of *the Nazi Revolution*, Nueva York, Pantheon, 1972—].

Más recientemente, se subraya la complejidad del régimen nazi, en cuyo seno coexistieron muchos elementos del gobierno constitucional tradicional y de la sociedad civil conservadora con el caprichoso control del partido, con la mediación de Hitler entre organismos rivales y más o menos coincidentes. Las principales obras sobre esta complejidad fueron la de Ernst Fraenkel, *The Dual State* —Oxford University Press, Nueva York, 1941—, con su distinción aún válida entre los Estados «normativo» y «prerrogativo» dentro del sistema nazi, y la de Franz Neumann, *Behemoth* —Oxford University Press, Nueva York, 1942—. Más recientes son la de Martin Broszat, *The Hitler State* —Longman, Londres y Nueva York, 1981 —, y muchas obras de Hans Mommsen, como, por ejemplo, *From Weimar to Auschwitz* —Oxford University Press, Oxford, 1991—, que exponen un concepto más refinado de la compleja participación en el poder de conservadores y nazis como «poliocracia». La colección más completa de escritos de Hans Mommsen es *Der Nationalsozialismus und die deutsche Gesellschaft: Ausgewählte Aufsatze* —ed. de Lutz Niethammer y Bernd Weisbrod, Rowohlt, Reinbeck, 1991—. Un breve estudio reciente del régimen nazi desde esta perspectiva es el de Norbert Frei, *National Socialist Rule in Germany: The Führer State, 1933-1945* —Blackwell, Oxford, 1993; 2ª ed. en alemán, 2001—. Pierre Ayçoberry examina estos temas en *Social History of the Third Reich* —New Press, Nueva York, 2000—.

El estudio de la Italia de Mussolini también estuvo mucho tiempo dominado por De Felice, que destacó el gobierno personal y las aspiraciones totalitarias, con la ayuda de la pasividad popular y el «consenso». Su discípulo Emilio Gentile sostiene en *La via italiana al totalitarismo: Il partito e lo Stato nel regime fascista* —La Nuova Italia

Scientifica, Roma, 1995— que el régimen hizo importantes progresos en esa dirección durante los años treinta. Admite que el experimento totalitario fue incompleto, pero se interesa menos por el problema de cómo se modificó y subvirtió el proyecto fascista en su proceso de integración en la sociedad italiana.

Massimo Legnani trabajaba en un análisis policrático de la Italia fascista cuando murió prematuramente. Sus artículos se publicaron póstumamente en el estudio de Legnani *L'Italia dal fascismo alla Repubblica: Sistema de potere* e *alleanze sociali* —Carocci, Roma, 2000—; y A. de Bernardi retomó su enfoque en *Une dittatura moderna: Il fascismo come problema storico* —Bruno Mondadori, Milán, 2001—. Incluso figura el término *policrático* en la página 222. Véase también la obra de Philippe Burrin «Politique et société: Les structures du pouvoir dans L'Italie fasciste et L'Allemagne nazie» —*Annales: Économies, Sociétés, Civilisations* 43, 3, junio de 1988—.

Varias colecciones de artículos esclarecedores subrayan la forma compleja y selectiva en que se integró el fascismo en la sociedad italiana gracias a los esfuerzos de Mussolini por «normalizar» las relaciones con los poderes sociales preexistentes, o —con menos éxito— por dominarlos. Destaca en el caso de Italia *Il Regime Fascista: Storia et storiografia,* editada por Angelo del Boca, Massimo Legnani y Mario G. Rossi —Laterza, Bari, 1995 —. Véase también *The Ax Within: Fascism in Action*, edición de Roland Sarti —Franklin Watts, NuevaYork, 1974—. Las de Alberto Aquarone y Maurizio Vernassa, *Il regime fascista* —nueva ed., Il Mulino, Bolonia, 1974 —; y de Guido Quazza, *Fascismo e societa italiana* —Einaudi, Turín, 1973 —, son colecciones de ensayos bien documentados de marxistas de mentalidad abierta, que aún resultan interesantes. La de Edward R. Tannenbaum, *The Fascist Experience: Italian Society and Culture, 1922-1945* —Basic Books, Nueva York, 1972—, aunque anticuada, no tiene equivalente en inglés sobre la vida durante la dictadura.

El espléndido libro de Salvatore Lupo *Il fascismo: La política in un regime totalitario* —Donzelli, Roma, 2000— adopta otro enfoque innovador en el estudio de la complejidad del régimen, con sus variaciones

regionales, rivalidades personales y radicalización activa; es especialmente esclarecedor en lo relativo a las peculiaridades del fascismo en el sur. *L'Italia Fascista, 1922-1940* —Patrizia Dogliani Sansoni, Milán, 1999— constituye un estudio nuevo y estimulante sobre el funcionamiento del régimen hasta la entrada en la Segunda Guerra Mundial, con una bibliografía muy completa. La obra de Jens Petersen y Wolfgang Schieder, *Faschismus und Gesellschaft in Italien: Staat, Wirtschaft, Kultur* —S. H. Verlag, Colonia, 1998— contiene artículos de interés. Véase también el debate estimulante entre estos mismos y otros investigadores en Kolloquien des Instituts für Zeitgeschichte, *Der italienische Faschismus: Probleme und Forschungstendenzen* —Oldenbourg, Múnich, 1983—.

La cooperación voluntaria de los ciudadanos con los regímenes fascistas y el carácter selectivo del terror de estos regímenes, que no amenazaba a la mayoría de la población, es el tema de una nueva e importante línea de investigación, sobre todo en el caso de la Alemania nazi. La denuncia, que era la forma más común de cooperación ciudadana con los regímenes fascistas, permitió el control social con un número asombrosamente reducido de policías. Véase las obras de Robert Gellately *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy, 1933-1945* —Oxford University Press, Nueva York, 1990— y *Backing Hitler* —Oxford University Press, Oxford, 2001—. Una excelente síntesis sobre Alemania es la obra de Eric A. Johnson *Nazi Terror*: *The Gestapo, Jews, an Ordinary Germans* —Basic Books, Nueva York, 1999—. Nuevas obras innovadoras sobre el sistema represivo italiano son la minuciosa de Mimmo Franzinelli, *I tentacoli dell'OVRA* —Bollati Boringhieri, Turín, 1999—, y la de Romano Canosa, *I servizi segreti del Duce: I persecutore e le vittimi* —Mondadori, Milán, 2000—. Sobre los delatores, véase Mimmo Franzinelli, *I Delatori!* —Mondadori, Milán, 2001—. Paul Corner proporciona un oportuno recordatorio del aspecto duro del régimen de Mussolini en «Italian Fascism: Whatever Happened to Dictatorship?» —*Journal of Modern History* 74, junio de 2002, pp. 325-351—.

Las organizaciones juveniles y la educación figuraban en la base misma del programa fascista de control social. Sobre Italia, véanse la obra de

George L. Williams, *Fascist Thought and Totalitarianism in Italy's Secondary Schools: Theory and Practice, 1922-1943* —Peter Lang, Nueva York, 1994—; de Mario Isnenghi, *L'educazione dell'italiano: Il fascismo e l'organizzazion della cultura* —L. Capelli, Bolonia, 1979—; de Jürgen Charnitsky, *Die Schulpolitik des faschistischen Regimes in Italien 1922-1943* —Max Niemeyer, Tubinga, 1994—, y «Unterricht und Erziehung im faschistischen Italien: Von der Reform Gentile zur Carta della Scuola» [en Jens Petersen y Wolfgang Schieder —eds.—, *Faschismus und Gesellschaft in Italien,* mencionado antes]. Doug Thompson, en *State and Control in Fascist Italy: Culture and Conformity, 1925-1943* —Manchester University Press, Mánchester, 1991—, subraya el aspecto coercitivo.

Las exposiciones más completas sobre la educación bajo el nazismo son las de Michael Grüttner, *Studenten im dritten Reich* —Ferdinand Schoningh, Paderborn, 1995—, y de Geoffrey G. Giles, *Students and National Socialism in Germany* —Princeton University Press, Princeton, 1985—. Véase también la de Barbara Schneider, *Die höhere Schule im Nationalsozialismus* —Böhlau, Colonia, 2000—, y las secciones relevantes de la obra de Peukert que citamos en el párrafo siguiente.

Los esfuerzos fascistas para movilizar a la juventud se abordan en las obras de Tracy Koon, *Believe, Obey, Fight: Political Socialization of Youth in Fascist Italy* —University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1985—, y Gerhard Rempel, *Hitler's Children: The Hitler Youth and the SS* —University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1989—. Detlev Peukert nos revela su fracaso en unos capítulos fascinantes sobre los «piratas de Edelweiss», entusiastas del *swing*, y otros jóvenes inconformistas de la Alemania nazi, en *Inside Nazi Germany: Conformity, Opposition, and Racism in Everyday Life* —Yale University Press, New Haven, 1987—.

Political Catholicism in Europe, 1918-1965 de Tom Buchanan y Martin Conway —eds., Oxford, Clarendon, 1996— es un buen punto de partida sobre las reacciones de la Iglesia católica al fascismo y al comunismo —considerado la mayor amenaza—. Véanse también los artículos más especializados de Richard J. Wolff y Jorg K. Hoensch, *Catholics, the State, and the European Radical Right* —Social Science Monographs, Boulder,

1987—. Las obras clásicas sobre Italia son *Church and State in Italy, 1850-1960*, de Arturo Carlo Jemolo —tr. de D. Moore, Blackwell, Oxford, 1960—, y *Church and State in Fascist Italy,* de Daniel A. Binchy —Oxford University Press, Oxford, 1941—. Pueden complementarse con *The Vatican and Italian Fascism, 1929-1932*, de John F. Pollard —Cambridge University Press, Cambridge, 1985—, y *The Pope and the Duce*, de Peter Kent —Macmillan, Londres, 1981—.

En cuanto a la importantísima burocracia, la obra clásica es la de Hans Mommsen, *Beamtentum im dritten Reich* —Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1966—. La mejor en inglés es la de Jane Carian, *Government without Administration: State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany* —Clarendon Press, Oxford, 1988—. Una introducción excelente al funcionariado italiano del regimen fascista es «La burocrazia», de Guido Melis, recogida en la edición de Angelo del Boca *et al*. *Il regime fascista*, pp. 244-276. Mariuccia Salvati sitúa el tema en el marco de la historia social de la Italia moderna en *Il regime* e *gli impiegati: La nazionalizzazione piccolo-borghese nel ventennio fascista* —Laterza, Bari, 1992—.

The Politics of *the Prussian Army, 1640-1945* —Gordon Craig, Clarendon, Oxford, 1955— es la obra clásica sobre las relaciones entre civiles y militares en Alemania. La más reciente es la de Klaus-Jürgen Müller, *Army, Politics and Society in Germany, 1933-1945* —University of Manchester Press, Mánchester, 1987—. El especialista más destacado sobre el Ejército italiano es Giorgio Rochat, autor de muchas obras, entre las que figura *Breve storia dell'esercito italiano*, —Einaudi, Turín, 1978—.

Una vía de investigación particularmente fecunda en la actualidad es la que explora cómo establecieron los regímenes fascistas vínculos con las profesiones liberales y otros intereses organizados. La estrecha participación de la profesión médica en los proyectos de purificación nazis ha recibido especial atención: Robert N. Proctor, en *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis* —Harvard University Press, Cambridge, 1988—; Michael Kater, en *Doctors Under Hitler* —University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1989—, y Robert J. Lifton, en *The Nazi Doctors* —

Basic Books, Nueva York, 1986—. Se han estudiado menos las profesiones relacionadas con la justicia, igualmente cruciales. La obra más autorizada sobre Alemania es la voluminosa de Lothar Gruchmann *Justiz im dritten Reich: Anpassung und Unterwerfung der Ära Gürtner* —Oldenbourg, Múnich, 1988—. En inglés, véase la menos completa de Ingo Muller *Hitler's Justice* —Harvard University Press, Cambridge, 1991—, y secciones de la de Robert Gellately, *Backing Hitler* —Oxford University Press, Oxford, 2001—. La principal autoridad sobre la judicatura italiana es la de Guido Neppi Modono, que adopta un punto de vista escéptico respecto a su independencia antes incluso del fascismo, *Sciopero, potere político e magistratura 1870-1922* —Laterza, Bari, 1969—, y que remite para la judicatura bajo el fascismo más directamente a los volúmenes de Del Boca y Quazza antes mencionados.

La relación entre los intereses económicos y el régimen nazi constituye el tema de varias monografías ejemplares. Peter Hayes demuestra en *Industry and Ideology: IG Farben in the Nazi Era* —Cambridge University Press, Cambridge, 1987— que el gran consorcio químico, que habría preferido continuar con el régimen de libre comercio que le permitió convertirse en la corporación más grande de Europa en los años veinte, se adaptó a la autarquía nazi y obtuvo grandes beneficios, impulsado por una estrecha ética del éxito empresarial y una buena vista para las oportunidades más que por entusiasmo ideológico hacia el nazismo. Más entusiasta fue Daimler-Benz, según Bernard P. Bellon, en *Mercedes in Peace and War: German Automobile Workers, 1903-1945* —Columbia University Press, Nueva York, 1990—. El esfuerzo bastante satisfactorio de las empresas de seguros por mantener cierta independencia se trata con autoridad en la obra de Gerald D. Feldman *Allianz and the German Insurance Business, 1933-1945* —Cambridge University Press, Cambridge, 2001—.

Las fructíferas maniobras de los directivos empresariales italianos para convertirse en los directores del sistema económico corporativista de Mussolini y conservar un sector de «poder privado» dentro del fascismo se investigan en la obra de Roland Sarti *Fascism and the Industrial Leadership in Italy, 1919-1940*: A *Study in the Expansion* of *Private Power under*

Fascism —University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1971 [*Fascismo y burguesía industrial, Italia, 1919-1940: Un estudio sobre la expansión del poder privado bajo el fascismo*, tr. de Roser Berdagué, Fontanella, Barcelona, 1973]—. Sarti sostiene que los industriales consiguieron buena parte de lo que querían. Conclusiones similares, con una mayor profundización en los antecedentes históricos italianos, pueden verse en la obra de F. H. Adler *Italian Industrialists from Liberalism to Fascism: The Political Development* of *the Industrial Bourgeoisie*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995. Entre los autores italianos, Piero Melograni, con *Gli industriali e Mussolini*: *Rapporti fra Confindustria e fascismo dal 1919 al 1929* —Longanesi, Milán, 1972—, ha sido criticado por hacer excesivo hincapié en los conflictos entre industriales supuestamente partidarios del *laissez-faire* y el fascismo. Franco Castronovo destaca las ventajas de que disfrutó el empresariado durante el régimen fascista en *Potere economico e fascismo* —Bompiani, Milán, 1974—. Véase también su artículo «Il potere economico e fascismo», en la recopilación de Guido Quazza *Fascismo e società italiana* —Einaudi, Turín, 1973, pp. 45-88—, y su importante biografía de Agnelli, presidente de FIAT. Rolf Petri, en «Wirtschaftliche Führungskrafte und Regime: Interessen, Wertvorstellungen und Erinnerungsprozesse zwischen Konsens und Krise» [incluida en la edición de Jens Petersen y Wolfgang Schieder *Faschismus und Gesellschaft in Italien: Staat, Wirtschaft, Kultur* —SH-Verlag, Colonia, 1998, pp. 199-223], analiza las bases para la cooperación general de los dirigentes empresariales con el régimen, a pesar de algunas discrepancias de intereses y valores, hasta que se hizo evidente la derrota en la primavera de 1943.

La mejor introducción a las relaciones entre fascistas y conservadores en general es la edición de Martin Blinkhorn *Fascists and Conservatives: The Radical Right and the Establishment in Twentieth Century Europe* —Unwin Hymanse, Londres, 1990—, a la que debe añadirse el estudio de Jeremy Noakes «Fascism and High Society», incluido en la edición de Michael Burleigh *Confronting the Nazi Past: New Debates on Modern German History* —St. Martin’s Press, Nueva York, 1996—.

La obra de Vera Zamagni *The Economic History of Italy, 1860-1990* —Clarendon, Oxford, 1993—, tiene un excelente capítulo sinóptico sobre la Italia fascista.

La obra más importante sobre la relación de los regímenes nazi y fascista con los trabajadores es la edición de Jane Carian *Nazism, Fascism and the Working Class: Essays by Tim Mason* —Cambridge University Press, Cambridge, 1995, pp. 131-211—. Véase también de Mason, el investigador más sesudo de la clase obrera y las relaciones laborales durante el régimen nazi, *Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft: Dokumente und Materialen zu deutscher Arbeiterpolitik, 1936-1939* —Freier Universitat, Berlín, 1975—. Alf Lüdtke indica por qué algunos obreros apoyaron a Hitler en «Working Class and Volksgemeinschaft», en la obra de Christian Leitz *The Third Reich: The Essential Readings* —Blackwell, Oxford, 1999—, y en «What Happened to the 'Fiery Red Glow'?», incluido en la edición de Lüdtke *History of Everyday Life* —Princeton University Press, Princeton, 1995, pp. 198-251—. Ulrich Herbert explora las relaciones entre los trabajadores alemanes y la mano de obra esclava extranjera y las compensaciones resultantes para los primeros en *Hitler's Foreign Workers: Enforced Foreign Labor under the Third Reich* —Cambridge University Press, Cambridge, 1997— y en otras obras. Richard J. Overy examina el nivel de vida, incluido el de las mujeres, en «Guns or Butter: Living Standards, Finance and Labour in Germany, 1939-1942», en la edición de Overy *War and the Economy in the Third Reich* —Clarendon Press, Oxford, 1994—.

Sobre el caso italiano, véase el artículo de Tobias Abse, «Italian Workers and Italian Fascism», en el estudio de Richard Bessel *Fascist Italy and Nazi Germany* —Cambridge University Press, Cambridge, 1996, pp. 40-60—, y los artículos recopilados en la edición de Giulio Sapelli *La classe operaia durante il fascismo* —Annali Feltrinelli, vol. 20, Feltrinelli, Milán, 1981—.

La política nazi de género es el tema de una inmensa bibliografía. Entre las obras básicas figuran las siguientes: la de Jill Stephenson, *Women in Nazi Germany* —Longman's, Nueva York, 2001—; la edición de Renata Bridenthal, Atina Grossmann y Marion Kaplan *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany* —Monthly Review Press,

Nueva York, 1984—; los estudios de Claudia Koontz, *Mothers in the Fatherland: Women, the Family and Nazi Politics* —St Martin's Press, Nueva York, 1987—; de Ute Frevert, *Women in German History: From Bourgeoise Emancipation to Sexual Liberation* —Oxford University Press, Oxford, 1989—; de Tim Mason, «Women in Germany, 1925-1940» —*History Workshop* 1, 1, 2, 1976—; de Rita Thalmann, *Femmes et Fascisme* —Tierce, París, 1987—; de Gisela Bock, «Nazi Gender Policies and Women's History» —en la edición de Georges Duby y Michelle Perrot *A History of Women: Toward a Cultural Identity in the Twentieth Century*, Harvard University Press, Cambridge, 1994, pp. 149-177—; de Helen Boak, «Women in Weimar Germany: The "Frauenfrage" and the Female Vote» —en la edición de Richard Bessel y E. J. Feuchtwanger *Social Change and Political Development in the Weimar Republic*, Croom Helm, Londres, 1981—; de Gabriele Czarnowski, «The Value of Marriage for Volksgemeinschaft: Policies towards Women and Marriage under National Socialism» —en la edición de Richard Bessel *Fascist Italy and Nazi Germany,* pp. 61-77—. Sobre el periodo posterior, en el que se recurrió al trabajo de las mujeres, véase el artículo de Richard Overy antes citado. Michael Burleigh y Wolfgang Wippermann, en *The Racial State: Germany, 1933-1945* —Cambridge University Press, Cambridge, 1991—, incluyen también un capítulo sobre los hombres.

La obra indispensable sobre las mujeres en la Italia fascista es la de Victoria de Grazia, *How Fascism Ruled Women* —University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1992—, una versión concisa de la cual figura en la edición de Duby y Perrot *A History of Women*, citado antes; el de Perry R. Willson, «Women in Fascist Italy» —incluido en la edición de Richard Bessel *Fascist Italy and Nazi Germany,* pp. 78-93—, y los artículos de la edición de Luisa Passerini y Angelo del Boca *et al*., *Il Regime Fascista,* son estudios actualizados, y aún se pueden consultar los artículos anteriores de Lesley Caldwell, «Reproducers of the Nation: Women and the Family in Fascist Party» —en David Forgacs, *Rethinking Fascist Italy,* Londres, Lawrence y Wishart, 1986—, y Alexander de Grand, «Women Under Italian Fascism» —*Historical Journal* 19, 4, diciembre de 1976, pp.

947-968—. Paul Corner, en «Women in Fascist Italy: Changing Family Roles in the Transition from an Agricultural to an Industrial Society» —*European Studies Quarterly* 23, 1993, pp. 51-68—, sitúa el tema en una perspectiva a largo plazo. Luisa Passerini, en *Fascism in Popular Memory: The Cultural Experience of the Turin Working Class* —Cambridge University Press, Cambridge, 1987—, utiliza la historia oral para reconstruir la vida cotidiana de las mujeres en Turín bajo el fascismo. Perry R. Willson, en *The Clockwork Factory: Women and Work in Fascist Italy* —Clarendon Press, Oxford, 1993—, da una visión fascinante de las satisfacciones y pesares de las mujeres en una fábrica de joyas fascista.

Se ha calificado provocativamente al fascismo de «ideología de muchachos»,[731] aunque algunas mujeres lo apoyaron resueltamente y recibieron su ayuda selectiva y de formas paternalistas y minimizadoras. Richard Evans estudió el voto femenino en «German Women and the Triumph of Hitler» —*Journal of Modern History*, suplemento de marzo de 1976—. Se examina un debate particularmente acalorado sobre si las mujeres alemanas fueron víctimas o colaboradoras del nazismo en las obras de Atina Grossmann «Feminist Debates about Women and National Socialism» —*Gender and History* 3, 3, otoño de 1991, pp. 350-358—, y de Adelheid von Saldern, «Women: Victims or Perpetrators?» [incluida en la edición de David F. Crew *Nazism and German Society, 1933-1945* —Routledge, Londres, 1994—, y reproducida en la de Christian Leitz, *The Third Reich: The Essential Readings*, antes mencionada].

Los campesinos y pequeños granjeros, cuyo apoyo inicial al fascismo y al nazismo fue importante, no siempre se beneficiaron del ejercicio del poder de estos partidos. En cuanto a la política agraria nazi, véase la obra de J. E. Farquharson *The Plough and the Swastika* —University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1976—, resumido en su propio artículo «The Agrarian Policy of National Socialist Germany» [incluido en la edción de Robert G. Moeller *Peasants and Lords in Modern Germany: Recent Studies in Agricultural History* —Allen and Unwin, Boston, 1986, pp. 233-259—]; y la de Anna Bramwell *Blood and Soil: Richard Walther Darré and Hitler's «Green Party»* —Kensal, Abbotsbrook, 1985—.

El importante papel desempeñado por el conflicto agrario en los inicios del fascismo se trata en muchos estudios mencionados anteriormente. Mario Bernabei examina el caso italiano en «La base de masse del fascismo agrario» —*Storia Contemporanea* 6, 1, 1975, pp. 123-153—. Asimismo, Dahlia Sabina Elazar, en «Agrarian Relations and Class Hegemony: A Comparative Analysis of Landlord, Social and Political Power in Italy, 1861-1970» —*British Journal of Sociology*, 47, junio de 1996, pp. 232-254—. Paul Corner analiza la política agraria de la Italia fascista en «Fascist Agrarian Policy and the Italian Economy in the Interwar Years» [incluido en la edición de John A. Davis *Gramsci and Italy's Passive Revolution* —Croom Helm, Londres, 1979—]; véase un estudio más pormenorizado en la obra de Alexander Nützenadel *Landwirtschaft, Staat, und Autarkie: Agrarpolitik in faschistischen Italien* —Max Niemayer Verlag, Tubinga, 1997—.

Algunas de las obras más sugerentes sobre el funcionamiento del régimen fascista se basan en la comparación entre la Alemania nazi y la Italia fascista. Existe la tendencia de tratar el tema con ensayos emparejados más que mediante una comparación sostenida. Sin embargo, los artículos son de elevada calidad en las recopilaciones de Richard Bessel, *Fascist Italy and Nazi Germany: Comparisons and Contrasts* —Cambridge University Press, Cambridge, 1996—, y de Wolfgang Schieder, *Faschismus als sozialer Bewegung: Deutschland und Italien im Vergleich* —Hoffmann and Campe, Hamburgo, 1976—. Hay otros estudios muy notables que comparan la Alemania nazi con la Rusia estalinista en la edición de Ian Kershaw y Moshe Lewin *Stalinism and Nazism: Dictatorships in Comparison* —Cambridge University Press, Cambridge, 1997—; y en la de Henri Rousso *Stalinisme et nazisme: Histoire et mémoire comparées* —Complexe, Bruselas, 1999—. Véase un verdadero estudio comparativo de la Alemania nazi y la Italia fascista en la sucinta obra de Alexander J. de Grand *Fascist Italy and Nazi Germany: The «Fascist» Style of Rule* —Routledge, Londres, 1995—; y en el interesante artículo de Carlo Levy «Fascism, Nazism, and Conservatism: Issues for Comparativists» —*Contemporary European History*, 8, 1, 1999—.

Estudios de valor perdurable sobre el funcionamiento del régimen nazi se encuentran en las ediciones de Peter D. Stachura, *The Shaping of the Nazi State* —Croom Helm, Londres, 1978—, de Jeremy Noakes, *Govemment, Party and People in Nazi Germany* —University of Exeter Press, Exeter, 1980—, de Thomas Childers y Jane Caplan, *Reevaluating the Third Reich* —Holmes and Meier, Nueva York, 1993—; de David Crew, *Nazism and German Society* —Routledge, Londres, 1994—; de Michael Burleigh, *Confronting the Nazi Past* —véase antes—; y de Christian Leitz, *The Third Reich: The esential Readings* —véase antes—.

Los estudios de los años ochenta hacen hincapié en el elevado grado de aceptación pública de ambas dictaduras, la alemana y la italiana, pese a la sorprendente cuantía de quejas que excluían de toda responsabilidad a los caudillos carismáticos. Véase los de Ian Kershaw, *«The Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich* —Oxford University Press, Oxford, 1987 [*El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, tr. de T. Fernández Aúz y B. Eguibar Barrena, Paidós, Barcelona, 2003]—, y *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich, Bavaria 1933-1945* —Oxford University Press, Oxford, 1983—, parte de un minucioso estudio sobre Baviera bajo el Tercer Reich, organizado por Martin Broszat. El estudio más completo sobre Italia es el de Simona Colarizi, *L'opinione degli italiani sollo il regime, 1929-1943* —Laterza, Bari, 1991—. También son importantes las obras ya mencionadas sobre la cooperación ciudadana voluntaria, como las obras sobre denuncias en Alemania de Robert Gellately.

Alastair Hamilton explora para el lector general el apoyo de algunos intelectuales a Hitler y Mussolini en *The Appeal of Fascism: A Study of Intellectuals and Fascism, 1919-1945* —Anthony Blond, Londres, 1971—. El mejor punto de partida para una historia general de las ideas políticas en Italia es la obra de Norberto Bobbio *Ideological Profile of Twentieth Century Italy* —Princeton University Press, Princeton, 1995—. Las obras fundamentales en italiano sobre los intelectuales bajo el fascismo son la de Luisa Mangoni, *L'interventismo della cultura: Intellettuali e riviste del fascismo* —Laterza, Bari, 1974—; la de Gabriele Turi, *Il fascismo e il*

consenso degli intellettualli —Il Mulino, Bolonia, 1980—; y la de Michel Ostenc, *Intellectuels italiens et fascisme (1915-192)* —Payot, París, 1983—. Los ensayos de Mario Isnenghi, *L'Italia del Fascio* —Giunti, Florencia, 1996—, incluyen su famoso trabajo sobre «intelectuales militantes e intelectuales burocráticos». Son interesantes los breves estudios de Norberto Bobbio, «La cultura e il fascismo» [incluido en la edición de Guido Quazza *Fascismo e societa italiana* —Einaudi, Turín, 1973, pp. 211-246—], y de Gabriele Turi, «Fascismo e cultura ieri e oggi» —en la edición de Angelo del Boca *et al*. *Il regime fascista*—. Una animada introducción a Marinetti es la de James Joll, *Three Intellectuals in Politics* —Pantheon, Nueva York, 1960—.

Un número enorme y creciente de obras actuales se dedica a la deconstrucción del significado interno de los proyectos culturales y rituales de los regímenes fascistas. Algunos ejemplos de este género que relacionan con éxito cultura e instituciones y sociedad son los de Emilio Gentile, *The Sacralization* of *Politics in Fascist Italy* —Cambridge University Press, Cambridge, 1996—; Simonetta Falasca-Zamponi, *Fascist Spectacle: The Aesthetics of Power in Mussolini's Italy* —University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1997—; Ruth Ben-Ghiat, *Fascist Modernities* —University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 2001—; Marla Stone, *The Patron State* —Princeton University Press, Princeton, 1998—; un número especial sobre «The Aesthetics of Fascism» de *The Journal of Contemporary History* —31, 2, abril de 1996—; dos números especiales sobre «Fascism and Culture» de *Modernism/Modernity* —2, 3, septiembre de 1995, y 3, 1, enero de 1996—; y la edcicón de Richard J. Golsan, *Fascism, Aesthetics and Culture* —University Press of New England, Hanover, 1992—. Parece que algunas obras de este género se toman la descodificación del arte y el ritual fascistas como fin en sí mismo. David D. Roberts revisa una amplia gama de estudios culturales del fascismo con cierta acritud en «How Not to Think about Fascist Ideology, Intellectual Antecedents, and Historical Meaning» —*Journal of Contemporary History* 35, 2, abril de 2000, pp. 185-211—. Roger Griffin hace lo mismo con entusiasmo en «The Reclamation of Fascist Culture» —*European History*

Quarterly 31, 4, octubre de 2001, pp. 609-620—.

Son recomendables las recientes guías de la política cultural nazi: la de Alan E. Steinweis, *Ideology and Economy in Nazi Germany: The Reich Chambers of Music, Theater, and the Visual Arts* —University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1993—; y *National Socialist Cultural Policy* —St. Martin's Press, Nueva York, 1995—.

Es aún valioso el libro de Alan Cassels *Mussolini's Early Diplomacy* —Princeton University Press, Princeton, 1970—; H. James Burgwyn aporta un estudio más amplio en *Italian Foreign Policy in the Interwar Period, 1918-1949* —Praeger, Westport, 1997—. Gerhard Weinberg describe de forma magistral la política exterior del Tercer Reich en *The Foreign Policy of Hitler's Germany* —2 vols., University of Chicago Press, Chicago, 1970, 1980—.

VII. Radicalización

Casi toda la bibliografía existente sobre la radicalización fascista se centra en la Alemania nazi. Los investigadores han debatido si el impulso alemán hacia la guerra, la expansión y la purificación racial lo impuso Hitler o germinó en el sistema de gobierno fascista. La teoría de la «radicalización acumulativa» de Hans Mommsen aparece, entre otras publicaciones, en «Cumulative Radicalization and Progressive Self-Destruction as Structural Elements of the Nazi Dictatorship» [incluido en la edición de Ian Kershaw y Moshe Lewin *Stalinism and Nazism: Dictatorships in Comparison* —Cambridge University Press, Cambridge, 1997, pp. 75-87—].

El fascismo italiano fue más sangriento que el nazismo antes de llegar al poder, pero la preferencia de Mussolini por gobernar mediante el Estado más que mediante el partido «normalizó» el régimen a raíz de 1929. Véanse sobre dicho proceso las obras mencionadas *Seizure*, de Lyttleton, y *Der Faschismus als sozialer Bewegung*, de Schieder. Sin embargo, la retórica y la propia imagen del fascismo italiano siguieron siendo «revolucionarias» —en el sentido nacionalista y antisocialista que daban los fascistas al

término—, y la auténtica radicalización se produjo en relación con la expansión imperial italiana. Véase el interesantísimo capítulo titulado «Radicalisation» en la obra de Pierre Milza *Mussolini* —Fayard, París, 1999—. Mussolini dio algunos pasos en sus campañas coloniales que Hitler nunca se atrevió a dar. Por ejemplo, empleó gas tóxico en Libia y Etiopía; véase la obra de Angelo del Boca *I gas di Mussolini: Il fascismo e il guerra d'Etiopia* —Editore Riuniti, Roma, 1996—. La administración colonial italiana fue claramente racista; véase la obra de Angelo del Boca «Le leggi razziali nell'impero di Mussolini» —en la edición del propio Del Boca *et al*. *Il regime fascista,* pp. 329-351—. La guerra de Etiopía también fomentó la radicalización en Italia a mediados de los años treinta.

Las mejores obras sobre el imperio colonial de Mussolini son las de Claudio Segre, *The Fourth Shore: The Italian Colonization of Libya* —University of Chicago Press, Chicago, 1974—; de Angelo del Boca, *The Ethiopian War, 1935-1941* —University of Chicago Press, Chicago, 1969—; y, del mismo autor, entre varias obras sobre el imperio italiano, *Le guerre coloniale del fascismo* —Laterza, Bari, 1991—. En *Mussolini's Roman Empire* —Viking, Nueva York, 1976—, Denis Mack Smith hace que parezca el capricho personal del Duce. *Il colonialismo italiano da Adua all'impero* —Luigi Goglia y Fabio Grassi, Laterza, Bari, 1993— nos recuerda que el imperio era un impulso nacionalista italiano anterior al fascismo.

La guerra desempeñó un papel crucial en la radicalización. No era algo accidental, sino esencial, en la fórmula fascista para la regeneración nacional. Pero mientras que el éxito alemán en la guerra abrió el camino a un gobierno radical del partido en el Este y para la Solución Final, el fracaso bélico italiano destruyó la legitimidad del fascismo.

La obra más seria sobre la guerra de Alemania es hoy *Germany in the Second World War* —Wilhelm Deist *et al*., Clarendon Press, Oxford, 1990-—, que abarcará diez volúmenes, según lo previsto. Norman Rich aporta un amplio análisis de la aplicación de la ideología nazi mediante la conquista en *Germany's War Aims* —vol. I: *Ideology, the Nazi State and the Course of Expansion*, Norton, Nueva York, 1973; y vol. II: *The Establishment of the*

New Order, Norton, Nueva York, 1974—. Son bastante esclarecedores los ensayos de Gerhard Weinberg *Germany, Hitler, and World War II* —Cambridge University Press, Cambridge, 1995—. La principal autoridad en inglés sobre la guerra de Italia es MacGregor Knox, que la atribuye al afán expansionista de Mussolini. Véanse sus *Mussolini Unleashed, 1939-1941* —Cambridge University Press, Cambridge, 1982—; *Hitler's Italian Allies: Royal Armed Forces, Fascist Regime, and the War, 1940-43* —Cambridge University Press, Cambridge, 2000—; y el interesantísimo estudio comparativo *Common Destiny: Dietatorship, Foreign Policy and War in Fascist Italy and Nazi Germany* —Cambridge University Press, Cambridge, 2000—. Estudios más breves se hallan en las obras de MacGregor Knox «Conquest, Foreign and Domestic, in Fascist Italy and Nazi Germany» —*Journal of Modern History* 56, 1984, pp. 1-57— y «Expansionist Zeal, Fighting Power, and Staying Power in Fascist Italy and Nazi Germany» [incluido en la edición de Richard Bessel *Fascist Italy and Nazi Germany: Comparisons and Contrasts* —Cambridge University Press, Cambridge, 1996, pp. 113-133—. Aristotle A. Kallis plantea en *Fascist Ideology: Territory and Expansionism in Italy and Germany, 1922-1945* —Routledge, Londres, 2000— la razón de que la expansión territorial fuese la «salida» de los regímenes en crisis. Sigue siendo valiosa la obra de John F. Coverdale *Italian Intervention in the Spanish Civil War* —Princeton University Press, Princeton, 1975—.

El estudio más autorizado sobre la República Social Italiana de Salò es hoy el de Lutz Klinkhammer, *L'occupazione tedesca in italia 1943-1945* —Bollati-Boringhieri, Turín, 1993, también en alemán, como *Zwischen Bündnis und Besatzung: Das nationalsozialistische Deutschland und die Republik van Salò 1943-1945*, M. Niemeyer, Tubinga, 1993—. La obra clásica en inglés es la convincente de F. W. Deakin *The Six Hundred Days of Mussolini* —Harper & Row, Nueva York, 1966—, una versión revisada de la tercera parte de su estudio sobre el conjunto de las relaciones germano-italianas durante la Segunda Guerra Mundial, *The Brutal Friendship: Mussolini, Hitler, and the Fall of Italian Fascism* —Harper & Row, Nueva York, 1962; ed. rev., 1966 [*La brutal amistad: Mussolini,*

Hitler y la caída del fascismo, 2 vols., Grijalbo, Barcelona, 1966]—.

El motor de la radicalización interna fue un impulso de purificación: primero, la eliminación de los enfermos mentales —iniciada en Alemania al empezar la guerra— y, después, la de los étnica y racialmente impuros y los socialmente condenados al ostracismo. Véase el estudio de Michael Burleigh y Wolfgang Wippermann, *The Racial State 1933-45* —Cambridge University Press, 1992—. Se abordan temas diversos en *Social Outsiders in Nazi Germany*, editada por Robert Gellately y Nathan Stoltzfus —Princeton University Press, Princeton, 2000—. Sobre los homosexuales en particular, véase el artículo de Harry Osterhuis «Medicine, Male Bonding, and Homosexuality in Nazi Germany» —*Journal of Contemporary History* 32, 2, abril de 1997, pp. 187-205—; la edición de Günter Grau *Hidden Holocaust? Gay and Lesbian Persecution in Germany, 1933-1945* —Cassell, Londres, 1995—; y la de Burkhard Jellonek y Rüdiger Lautmann *Nationalsozialistische Terror gegen Homosexuelle: Verdrängt und Ungesühngt* —Ferdinand Schoningh, Paderborn, 2002—.

El programa nazi para matar o esterilizar a los enfermos mentales y a otras personas «incapaces», ignorado durante mucho tiempo, parece ahora un elemento clave de la rama nazi del fascismo y una diferencia decisiva respecto a Italia. La esterilización no fue en absoluto monopolio de los nazis. Suecia, Inglaterra y Estados Unidos se acercaron más que Italia al nazismo en esa cuestión. Véase la obra de Maria Sophia Quine *Population Politics in 20th Century Europe* —Routledge, Londres, 1996—. El caso sueco se aborda en el artículo de Carl Levy «Fascism, National Socialism, and Conservatives in Europe, 1914-1945: Issues for Comparativists» —*Contemporary European History* 8, 1, 1999, p. 120, n. 106—. Gisela Bock considera el antinatalismo nazi precursor del exterminio racial en *Zwangsterilisation im Dritten Reich: Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik* —Westdeutscher Verlag, Opladen, 1986—.

La otra cara del culto nazi a la buena forma física fue el impulso de limpieza médica, tema muy estudiado en la actualidad. Véase la obra de Michael Burleigh *Death and Deliverance: Euthanasia in Germany, c. 1900-1945* —Cambridge University Press, Cambridge, 1995—. Su «Between

Enthusiasm, Compliance, and Protest: The Churches, Eugenics, and the Nazi Euthanasia Program» —*Contemporary European History* 3, 3, noviembre de 1994, pp. 253-263— aborda las reacciones a la eutanasia. Detlev J. K. Peukert analiza el lado obscuro de la ciencia en la política nazi en «The Genesis of the 'Final Solution' from the Spirit of Science» [incluido en la edición de Thomas Childers y Jane Carlan *Reevaluating the Third Reich* —Holmes and Meier, Nueva York, 1993, pp. 234-252]—. Entre las monografías académicas recientes figuran las de Hans-Walter Schmuhl, *Rassenhygiene, Nationalsozialismus, Euthanasie: Von der Verhütung zur Vemichtung «lebensunwerten Lebens» 1890-1945* —Vandenhoech y Ruprecht, Gotinga, 1987—; de Cotz Aly, Angelika Ebbinghaus, Matthias Hamann, Freidrich Pfaflin y Ger Preissler, *Aussonderung und Tod: Die klinische Hinrichtung der Unbrauchbaren* —Rotbuch, Berlín, 1985—; de Cotz Aly, *Cleansing the Fatherland: Nazi Medicine and Racial Hygiene* —Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1994—; y de Benno Müller-Hill, *Murderous Science: Elimination by Scientific Selection* of *Jews, Gypsies, and Others, Germany 1933-1945* —Oxford University Press, Oxford, 1988—. Henry Friedlander investiga los vínculos entre la matanza de los enfermos mentales y la de los judíos en *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution* —University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1995—.

Entre las obras dedicadas a la participación de los intelectuales, incluidos los no fascistas, en los proyectos fascistas figuran la de Michael Burleigh, *Germany Turns Eastward: A Study of Ostfurschung in the Third Reich* —Cambridge University Press, Cambridge, 1988—, y la de Götz Aly y Suzanne Heim, *Vordenker der Venichtung: Auschwitz und die deutschen Pläne für eine neue europäische Ordnung* —Hoffman und Campe, Hamburgo, 1991—.

La Italia fascista se interesaba más en fomentar la maternidad que en la purificación racial, pero los fascistas elaboraron una concepción histórico-cultural de raza —*la razza*— y estirpe —*la stirpe*— que podía operar de una forma muy parecida a la raza biológica en el *apartheid* de facto instaurado en el África Oriental Italiana. Véanse los estudios de David C. Horn, *Social*

Bodies: Science, Reproduction, and Italian Modernity —Princeton University Press, Princeton, 1994—, y de Carl Ipsen, *Dictating Demography: The Problem of Population in Fascist Italy* —Cambridge University Press, Cambridge, 1996—, y el artículo de Angelo del Boca que figura en su *Il regime fascista.* Véase también el de Aaron Gillette, *Racial Theories in Fascist Italy* —Routledge, Londres, 2002—.

La mejor vía de acceso a la vasta bibliografía existente sobre el asesinato de judíos es la nueva y magistral síntesis de Saul Friedlander, *Nazi Germany and the Jews* —vol. I: *The Years* of *Persecution, 1933-1939*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1997—. Un estudio informativo reciente es el de Peter Longerith, *Politik der Vernichtung: Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistische Judenverfolgung* —C. H. Beck, Múnich, 1998—. Christopher R. Browning ha escrito las obras actuales más convincentes en inglés sobre el Holocausto: *Ordinary Germans: Police Battalion 101 and the Final Solution* —Harper Collins, Nueva York, 1992—; *The Path to Genocide: Essays on Launching the Final Solution* —Cambridge University Press, Cambridge, 1992—; *Nazi Policy: Jewish Workers, German Killers* —Cambridge University Press, Cambridge, 2000—; y *Origins* of *the Final Solution* —University of Nebraska, Lincoln, de próxima aparición—. Ejemplos de la altísima calidad de la investigación actual sobre el Holocausto en Alemania figuran en la edicicón de Ulrich Herbert *National Socialist Extermination Policy: Contemporary German Perspectives and Controversies* —Berghahn, Nueva York, 2000—. La importancia recién descubierta del proyecto nazi más amplio de rediseñar el mapa étnico de la Europa oriental se expone también en la obra de Gotz Aly *Final Solution: Nazi Population Policy and the Murder* of *the European Jews* —Oxford University Press, Nueva York, 1999—. El conocimiento actual sobre los campos de concentración nazis se halla resumido en la obra de Ulrich Herbert, Karin Orth y Christoph Dieckmann *Die nationalsozialistiche Konzentrationslager: Entwicklung und Struktur* —2 vols., Wallstein, Gotinga, 1998—.

La bibliografía sobre la legislación racial italiana de 1938 se analiza en el capítulo 6, nota 66, p. 282.

VIII. El fascismo en otros lugares

Fascismos europeos

Un buen punto de partida sobre los fascismos europeos, aparte de Alemania e Italia, son los excelentes ensayos que figuran en las obras mencionadas en el primer párrafo de esta Bibliografía, compilados por Stein U. Larsen *et al*., Stuart Woolf y Hans Rogger/Eugen Weber. Hay breves bosquejos del fascismo en diversos países y una amplia bibliografía en la obra de Enzo Collotti *Fascismo, Fascismi* —Sansoni, Florencia, 1989—. Muy esclarecedor es el sucinto estudio comparativo de Wolfgand Wippermann, *Europaische Faschismus im Vergleich* —Suhrkamp, Frankfurt, 1983—.

Enumero a continuación obras sobre países europeos individuales.

Austria: Una obra sólida sobre los antecedentes es la de John W. Boyer, *Political Radicalism in Late Imperial Austria* —University of Chicago Press, Chicago, 1981—. Véase también la de Andrew G. Whiteside, *The Socialism of Fools: Von Schonerer and Austrian Pan-Germanism* —University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1975—. Sobre los nazis austriacos, véase al obra de Bruce E. Pauley *Hitler and the Forgotten Nazis* —University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1981—; de Peter Black, *Ernst Kaltenbrunner: Ideological Soldier in the Third Reich* —Princeton University Press, Princeton, 1984—; y de Francis L. Carsten, *Fascist Movements in Austria: From Schonerer to Hitler* —Sage, Los Ángeles, 1977—. Lucian O. Meysels trata de Kurt Schuschnigg en *Der Austrofascismus: Das Ende der ersten Republik und ihr letzter Kanzler* —Amalthea, Viena, 1992—.

Estados bálticos: Andres Kasekamp, *The Radical Right in Interwar Estonia* —St. Martin's Press, Nueva York, 2000—.

Bélgica: Sobre el periodo anterior a 1940, véase la obra de Jean-Michel Étienne *Le Mouvement Rexiste jusqu'en 1940* —Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 165, Armand Colin, París, 1968—; de Martin Conway, «Building the Christian City: Catholics and Politics in Inter-War Francophone Belgium» —*Past and Present* 128, agosto de 1990

—; el artículo de Daniel Wallef en la recoplicación de Larsen *et al*., *Who Were the Fascists*; y de William Brustein, «The Political Geography of Belgian Fascism: The Case of Rexism» —*American Sociological Review* 5, 3 de febrero de 1988, pp. 69-80—. Sobre el periodo posterior a 1940, véase el estudio de Martin Conway, *Collaboration in Belgium: Léon Degrelle and the Rexist Movement 1940-1944* —Yale University Press, New Haven, 1993—, obra que ha de acompañarse con el estudio de John Gillingham sobre colaboradores más pragmáticos del mundo de los negocios, *Belgian Business in the Nazi New Order* —Jan Dondt Foundation, Gante, 1977—.

Inglaterra: Es imprescindible la obra de Richard Thurlow, *Fascism in Britain, 1918-1985* —Blackwell, Oxford, ed. rev., 1998—. Contiene material adicional sobre actitudes la de Thomas Linehan, *British Fascism 1918-1939: Parties, Ideology, Culture* —Manchester University Press, Mánchester, 2000—. Sobre el principal movimiento es escalecedor el estudio de Thomas Linehan, *East London for Mosley: The British Union of Fascists in East London and Southwest Essex, 1933-1940* —Frank Cass, Londres, 1996—. Aún resulta útil *British Fascism: Essays on the Radical Right in Interwar Britain*, editada por Kenneth Lunn y Richard Thurlow —Croom Helm, Londres, 1980—. Robert Skidelsky se compenetra en su obra magistral *Oswald Mosley* —Macmillan, Londres, ed. rev., 1990; 1ª ed., 1975— con el personaje como para provocar indignación. Richard Thurlow sopesa con lucidez las diversas interpretaciones en su ensayo «The Failure of Fascism» [incluido en Andrew Thorpe —ed.—, *The Failure of Political Extremism in Interwar Britain*, University of Exeter Studies in History 21, 1989].

Croacia: Yeshayahu Jelinek, «Clergy and Fascism: The Hlinka Party in Slovakia and the Croatian Ustasha Movement», en Larsen *et al*., *Who Were the Fascists,* pp. 367-378.

Checoslovaquia: David D. Kelly, *The Czech Fascist Movement,* 1922-1942, Eastern European Monographs, Boulder, 1995.

Europa Oriental: Peter F. Sugar, *Native Fascism in the Successor States, 1918-1945*, ABC-Clio, Santa Bárbara, 1971. Es más descriptivo que analítico.

Francia: La obra más autorizada en francés es la de Pierre Milza, *Fascisme Français: Passé et présent* —Flammarion, París, 1987—. En inglés, véase la de Michel Winock, *Nationalism, Anti-Semitism, and Fascism in France* —tr. de Jane Marie Todel, Stanford University Press, Stanford, 1998—; y los dos volúmenes narrativos de Robert Soucy: *French Fascism: The First Wave, 1924-1933* —Yale University Press, New Haven, 1986— y *French Fascism: The Second Wave, 1933-1939* —Yale University Press, New Haven—. Milza, en «L'Ultra-Droite dans les années Trente» [incluido en la recopilación de Michel Winock, *Histoire de l'extreme droite en France* —Seuil, París, 1993, pp. 157-190—], y «Le fascisme», de Philippe Burrin [incluido en la recopilación de Jean-François Sirinelli, *Histoire des droites en France* —Gallimard, París, 1992, vol. I, pp. 603-652—], aportan estimulantes ensayos. El magnífico y sugerente ensayo de Klaus Jürgen Müller «Die franzosische Rechte und der Faschismus in Frankreich 1924-32» —en *Industrielle Gesellsehaft und politisches System*, Verlag Neue Gesellschaft, Bonn, 1978, pp. 413-430— rechaza las listas habituales de «síntomas» y analiza la evolución de la derecha francesa a lo largo del tiempo para demostrar que los conservadores no necesitaron el fascismo.

Véase, por último, la biografía de Charles Maurras escrita por Bruno Goyet —Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 2000—. El lector de lengua inglesa puede extraer abundantes detalles y juicios perspicaces sobre el movimiento de la obra de Eugen Weber, *Action Française: Royalism and Reaction in Twentieth Century France* —Stanford University Press, Stanford, 1962—. Más breve, pero valiosa, es la de Edward Tannenbaum, *Action Française: Die-hard Reactionaries in Third Republic France* —Wiley, Nueva York, 1962—. Es exhaustivo el estudio de Victor Nguyen, *Aux origins de l'Action française: Intelligence et politique a l'aube du XXe siecle* —Fayard, París, 1991—.

Georges Valois ha recibido más atención que la mayoría de los militantes franceses de extrema derecha, tal vez por su genuina ambigüedad entre derecha e izquierda. Véanse los estudios de Allen Douglas, *From Fascism to Libertarian Communism: Georges Valois against the French Republic* —University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1992—; de Yves

Guchet, «Georges Valois ou l'illusion fasciste» —*Revue Française de Science Politique* 15, 1965 pp. 1.111-1.144 —, y *Georges Valois: L'Action française, le faisceau, la République syndicale* —L'Harmattan, París, 2001 —; de Jules Levey, «Georges Valois and the Faisceau» —*French Historical Studies* 8, 1973, pp. 279-304—; y de Zeev Sternhell, «Anatomie d'un mouvement fasciste en France: La Faisceau de Georges Valois» —*Revue Française* de *Science Politique* 26, 1976, pp. 5-40—.

Dos monografías modélicas son la de Kevin Passmore, *From Liberalism to Fascism: The Right in a French Province, 1928-1939* —Cambridge University Press, Cambridge, 1997—, sobre la zona de Lyon; y la de Samuel Huston Goodfellow, *Between the Swastika and the Cross of Lorraine: Fascisms in Interwar Alsace* —Northern Illinois University Press, DeKalb, 1999—.

El punto álgido del fascismo en Francia antes de 1940 fue el ataque contra la Cámara de Diputados el 6 de febrero de 1934, que muchos historiadores —particularmente Trotski en *Whither France*, Pioneer, Nueva York, 1936— consideraron el inicio de una «marcha sobre París» fascista. El tratamiento del tema mejor documentado es el de Serge Berstein en *Le 6 février 1934* —Gallimard, París, 1974—. En inglés, es evocador el artículo ilustrado de Geoffrey Warner en *History Today*, junio de 1958; véase también el de Max Beloff «The Sixth of February» [incluido en la edición de James Joll *The Decline* of *the Third Republic —St. Antony's Papers*, 5, Chatto and Windus, Londres, 1959—].

La fuerza del fascismo en la Francia de entreguerras ha sido tema de un importante debate. La obra clásica de René Rémond, *The Right Wing in France* —University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1969, la versión más reciente solo en francés: *Les Droites en France*, Aubier Montaigne, París, 1982—, sostenía que el fascismo fue una importación extranjera sin mucha repercusión en Francia. Sostuvo el mismo punto de vista Serge Berstein en «La France allergique au fascisme»— *Vingtieme Siecle: Revue d'Histoire* 2, abril de 1984, pp. 84-94—, una respuesta a Sternhell.

Por otra parte, Soucy —véase antes— consideraba que el fascismo estaba sumamente desarrollado en Francia. Zeev Sternhell subraya con más

firmeza la importancia de Francia en la historia del fascismo. En su opinión, fue en este país donde recibió su expresión intelectual más temprana y más pura. Véase *La droite révolutionaire, 1885-1914: Les origines françaises du fascisme* —Editions du Seuil, París, 1978—; *Maurice Barres et le nationalisme français* —Editions Complexe, Bruselas, 1985—; y *Neither Right nor Left: Fascist Ideology in France* —University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1986—.

La tormenta crítica desencadenada por la afirmación de Sternhell en *Neither Right nor Left* de que Francia estaba «impregnada»[732] de fascismo en los años treinta, afirmación que se presenta asignando una amplia gama de autores nacionalistas y conservadores al campo fascista, puede revisarse en la obra de Antonio Costa Pinto «Fascist Ideology Revisited: Zeev Sternhell and His Critics» —*European History Quarterly* 4, 1986—. Philippe Burrin llega a un análisis sutil de *impregnation différentielle* en «La France dans le champ magnétique des fascismes» —*Le Débat* 32, noviembre de 1984, pp. 52-72—.

La cuestión crucial era si podía considerarse fascista o no al mayor movimiento nacionalista militante del periodo de entreguerras, la Croix de Feu del coronel François de la Rocque, que después de que el Gobierno lo disolviese en junio de 1936 se transformó en el partido electoral más moderado: Parti Social Français. Soucy y Sternhell —véase antes— opinan que lo eran tanto la liga como el partido; y William D. Irvine, «Fascism in France and the Strange Case of the Croix de Feu» —*Journal of Modern History* 63, 1991, pp. 271-295—. Kevin Passmore juzga razonablemente a la liga fascista, más por su conducta que por sus bases ideológicas, pero no al partido; véase su «Boy Scoutism for Grown-ups? Paramilitarism in the Croix de Feu and the Parti Social Français» —*French Historical Studies* 19, 1995, pp. 527-557—. Serge Berstein describe la posición ambigua del PSF de De la Rocque como un conflicto entre militantes díscolos y su dirigente, más cauto: «La ligue», incluido en la recopilación de Jean-François Sirinelli, *Histoire des droites en France* —Gallimard, París, 1992, vol. II, p. 100—. Jacques Nobécourt, en *Le Colonel de La Rocque, 1885-1946, ou les pièges du nationalisme chrétien* —Fayard, París, 1996—, una biografía

exhaustiva y favorable, muestra a De la Rocque como un conservador víctima de falsas acusaciones y de rivalidades personales, a quien habría que considerar predecesor de la Quinta República de Charles de Gaulle. El hecho de que el PSF recurriese a las urnas no lo convierte en modo alguno en no fascista, pues las elecciones fueron esenciales para los nazis y para los fascistas en las etapas de arraigo y de llegada al poder. Sobre los años de ocupación, véase el artículo de Sean Kennedy «Accompanying the Marshal: La Rocque and the Parti Social Français under Vichy» —*French History* 15, 2, 2001, pp. 186-213—.

El análisis más esclarecedor de otros dirigentes fascistas franceses es el de Philippe Burrin, *La dérive fasciste: Doriot, Déat, Bergery: 1933-1945* —Seuil, París, 1986—. Pueden encontrarse detalles adicionales sobre Doriot y su French Légion des Volontaires Contre le Bolshevisme en el ensayo de Jean-Paul Brunet *Jacques Doriot du communisme au fascisme* —Balland, París, 1986— y en el de Dieter Wolf *Die Doriot Bewegung* —Deutsche Verlags-Anstalt, Stuggart, 1967, también traducido al francés—.

Abordan el tema de si la Francia de Vichy —1940-1944— debe considerarse fascista o autoritaria Robert O. Paxton, en *Vichy France: Old Guard and New Order* —Columbia University Press, Nueva York, ed. rev., 2001, pp. 251-257—; Julian Jackson, en *France: The Dark Years, 1940-44* —Oxford University Press, Oxford, 2001, pp. 144, 157-161, 213-214, 261—, y Michele Cointet, en *Vichy et le fascisme: Les hommes, les structures, et les pouvoirs* —Editions Complexe, Bruselas, 1987—. Un curioso análisis de los esfuerzos propagandísticos de Vichy como experimento fascista fallido es «Vichy au singulier, Vichy au pluriel: Une tentative avortée d'encadrement de la société —1941-1942—», de Denis Peschanski —*Annales: Économies, Sociétés, Civilisations* 43, 1988, pp. 639-662—. Cabe preguntarse con Philippe Burrin —*La Dérive fasciste,* p. 414— si el auténtico fascismo es compatible con la ocupación extranjera.

Grecia: Jon V. Kofas, *Authoritarianism in Greece: The Metaxas Regime*, Columbia University Press, Nueva York, 1983.

Hungría: Son lecturas básicas en inglés el ensayo de C. A. Macartney *October Fifteenth: A History of Modern Hungary, 1929-1945* —2 vols.,

Edinburgh University Press, Edimburgo, 1956-1957— y el lúcido ensayo de Istvan Deák «Hungary» —incluido en la recopilación de Rogger y Weber, *The European Right,* ya citada, pp. 364-407—. La obra más completa sobre la Cruz de la Flecha es la de Margit Szollosi-Janze, *Die Pfeilkreuzlerbewegung in Ungarn: Historischer Kontext, Entwicklung und Herrschaft* —Oldenbourg, Múnich, 1989—. Véase en inglés la obra de Miklós Lackó *Arrow Cross Men, National Socialists* —Studia Historica Academiae Scientiarum Hungaricae nº 61, Budapest, 1969— y los dos ensayos sobre Hungría que figuran en la recopilación de Larsen *et al*. *Who Were the Fascists*: el de Lacko, «The Social Roots of Hungarian Fascism: The Arrow Cross», y el de Cyorgy Ranki, «The Fascist Vote in Budapest in 1939». Véase también la vívida narración de Nicholas M. Nagy-Talavera, *The Green Shirts and the Others: A History of Fascism in Hungary and Romania* —Center for Romanian Studies, Portland, 2ª ed., 2001—.

Irlanda: Maurice Manning, *The Blueshirts* —University of Toronto Press, Toronto, 1971—. Sobre el interés pasajero del poeta William Butler Yeats por el fascismo irlandés, véase el ensayo de Elizabeth Cullingford, *Yeats, Ireland, and Fascism* —New York University Press, Nueva York, 1981—, y el de Cratton Fryer, *William Butler Yeats and the Anti-Democratic Tradition* —Barnes and Noble, Totowa, 1981—.

Noruega: La biografía más detallada es *Quisling:* A *Study in Treason,* de Oddvar K. Hoidal —Norwegian University Press, Oslo, 1989—; pero Hans Fredrick Dahl ha utilizado algunos archivos personales adicionales en *Quisling: A Study in Treachery* —Cambridge University Press, Cambridge, 1999—. Los estudios más detallados en inglés sobre el Nasjonal Samling de Quisling son los capítulos de Larsen, Myklebust y Hagtvet en la recopilación de Larsen *et al*. *Who Were the Fascists*, pp. 595-650.

Polonia: Edward D. Wynot, *Polish Politics in Transition: The Camp of National Unity and the Struggle for Power, 1935-1939* —University of Georgia Press, Athens, 1974—.

Portugal: Son interesantes los análisis sobre las condiciones especiales de Portugal: el de A. H. Oliveira Marques, «Revolution and Counter-Revolution in Portugal: Problems of Portuguese History, 1900-1930», en la

edición de Manfred Kossok, *Studien über die Revolution* —Akademie Verlag, Berlín, 1969—; el de Herminio Martins, «Portugal», en la edición de Stuart J. Woolf, *European Fascism* —Random House, Nueva York, 1968, pp. 302-336—; y el de Phillip Schmitter, «The Social Origins, Economic Bases and Political Imperatives of Authoritarian Rule in Portugal», en el citado de Larsen *et al*., *Who Were the Fascists*. Sobre la dictadura de Salazar y el fascismo portugués véanse los de Antonio Costa Pinto, *Salazar's Dictatorship and European Fascism* —Social Science Monographs, Boulder, 1995—, y *The Blue Shirts: Portuguese Fascists and the New State* —Social Science Monographs, Boulder, 2000—.

Rumanía: El análisis más interesante de la Legión del Arcángel Miguel en inglés es el de Eugen Weber, «The Men of the Archangel» —*Journal* of *Contemporary History* 1, 1, abril de 1966, pp. 101-126, publicado también en Walter Laqueur y George L. Mosse, eds., *International Fascism*, Harper, Nueva York, 1966—. Weber considera revolucionaria la legión porque introdujo la movilización política popular en Rumanía, donde apenas existía el socialismo y los partidos burgueses gobernaban mediante una oligarquía. La legión despertó la solidaridad campesina con el patriotismo, la religión y el antisemitismo, sin embargo, y rechazó los valores de la izquierda occidental de los derechos de los ciudadanos en un Estado de derecho. La obra más completa hoy es la de Armin Heinen, *Die Legion* «*Erzengel Michael*» *in Rumanien* —Oldenbourg, Múnich, 1986—.

Entre los trabajos sobre el conflicto fascistas-autoritarios en Rumanía figura el breve ensayo de Stephen Fischer-Calati *Twentieth Century Rumania* —Columbia University Press, Nueva York, 1974, pp. 46-69—; el más analítico es el de Keith Hitchens, *Rumania, 1866-1947* —Oxford University Press, Oxford, 1994, pp. 416-425, 451-471—; además, la dramática narración de Nicholas M. Nagy-Talavera, *The Green Shirts and the Others* —véase el apartado sobre Hungría—, y el importante ensayo de Eugen Weber: «Romania», incluido en la edición de Rogger y Weber, *The European Right* —University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1965, pp. 501-574, publicado primero en *Journal of Contemporary History* 1, 1, 1966—.

Escandinavia: Destaca Ulf Lindstrom, con *Fascism in Scandinavia* —Almquist and Wiksell International, Estocolmo, 1985—. Marvin Rintala, en *Three Generations: The Extreme Right Wing in Finnish Politics* —Indiana University Press, Bloomington, 1962—, investiga el movimiento Lapua y su sucesor después de 1932, el Movimiento Patriótico del Pueblo —IKL—. Lena Berggren, con «Swedish Fascism: Why Bother?» —*Journal of Contemporary History* 37, 3, julio de 2002, pp. 395-417—, es una rigurosa crítica de la literatura científica sobre el tema.

Eslovaquia: Destacan el artículo de Jelinek citado en el apartado de Croacia, y el de Jorg K. Hoensch, «Slovakia: One God, One People, One Party» [incluido en la recopilación de Richard J. Wolff y Jorg K. Hoensch, *Catholics, the State, and the Radical Right, 1919-1945* —Social Science Monographs, Boulder, 1987, pp. 158-181—].

España: Shlomo Ben-Ami, en *Fascism from Above: The Dictatorship of Primo* de *Rivera in Spain, 1923-1930* —Clarendon Press, Oxford, 1984—, y Carolyn P. Boyd, en *Praetorian Politics in Liberal Spain* —University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1979—, tratan de la «dictadura» de los años veinte. Sobre la Falange, véase la edición de Hugh Thomas *Selected Writings of José Antonio Primo de Rivera* —Jonathan Cape, Londres, 1972—, y los ensayos de Stanley Payne, *Fascism in Spain, 1923-1977* —University of Wisconsin Press, Madison, 1999—, y Sheelagh M. Ellwood, *Spanish Fascism in the Franco Era: Falange Española de las JONS, 1936-76* —St. Martin's Press, 1988—; Paul Preston, en *The Politics of Revenge: Fascism and the Military in 20th Century Spain* —Routledge, Londres, 1995—, compara España con Alemania e Italia y la considera fascista. Paul Preston ha escrito la biografía de Franco más completa y reciente, rigurosamente crítica. Michael Richards sostiene enérgicamente la condición fascista del régimen de Franco —al menos hasta 1945— en *A Time of Silence: Civil War and the Culture of Repression in Franco-Spain, 1936-1945* —Cambridge University Press, Cambridge, 1998—.

Fascismo fuera de Europa

Para un análisis escéptico de la aplicabilidad —o no— del concepto de fascismo fuera de Europa, véase el ensayo de Payne *History* —cap. 10 y páginas 512-517—. Stein U. Larsen adopta un enfoque menos estricto en la recopilación de Larsen *Fascism Outside Europe: The European Impulse against Domestic Conditions in the Diffusion of Global Fascism* —Social Science Monographs, Boulder, 2001, con mucho material sobre Asia—.

Argentina: Los estudios más recientes sobre la derecha argentina son la edición de Sandra McGee Deutsch y Ronald H. Dolkart, *The Argentine Right: Its History and Intellectual Origins, 1910 to the Present* —Scholarly Resources, Wilmington, 1993—, y el ensayo de Deutsch, *Las Derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile* —Stanford University Press, Stanford, 1999—. David Rock considera más reaccionarios que fascistas a los nacionalistas argentinos en *Authoritarian Argentina: The Nationalist Movement, Its History, and Its Impact* —University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1993—. Rock analiza el «fracaso del primer experimento [argentino] de democracia popular» —p. 273— en *Politics in Argentina, 1890-1930*: *The Rise and Fall of Radicalism* —Cambridge University Press, Cambridge, 1975—. Carlos H. Waisman, en *Reversal of Development in Argentina: Postwar Counterrevolutionary Policies and Their Structural Consquences* —Princeton University Press, Princeton, 1987—, hace un ensayo interesante que achaca el empobrecimiento de Argentina a las opciones política y económicamente reaccionarias por las que se inclinó la élite del país entre 1930 y 1945. Daniel James hace una interesante exposición de la relación ambigua entre el movimiento obrero y Perón en *Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class* —Cambridge University Press, Cambridge, 1988—. Gino Germani trata el peronismo en *Authoritarianism, Fascism and National Populism* —Transaction, New Brunswick, 1978— como una crisis generada dentro de una oligarquía por una «movilización primaria» de las masas de nuevos participantes en la política. El de Robert D. Crassweller, *Perón and the Enigmas of Argentina* —Norton, Nueva York, 1987—, es un enérgico estudio que presta mucha atención a las reacciones de Estados Unidos frente a Perón. Frederick C. Turner y José Enrique

Miguens reúnen una buena serie de ensayos en *Juan Perón and the Shaping of Argentina* —University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1983—. La edición de Joseph R. Barager *Why Perón Came to Power* —Nueva York, Knopf, 1968— es un intento clásico de situar el peronismo dentro de la historia argentina. Entre las numerosas obras sobre Eva Perón, una de las más sugestivas es la de J. M. Taylor, *Eva Perón: The Myths of a Woman* —University of Chicago Press, Chicago, 1979—.

Brasil: Las obras para iniciarse en el tema son las Thomas E. Skidmore, *Brazil: Five Centuries of Change* —Oxford University Press, Nueva York, 1999—, y *Politics in Brazil, 1930-1964*: *An Experiment in Democracy* —Oxford University Press, Oxford, 1967—. Los estudios más detallados sobre Vargas y los integralistas son la obra de Deutsch mencionada en el apartado de Argentina, y la de Robert M. Levine, *The Vargas Regime: The Critical Years, 1934-1938* —Columbia University Press, Nueva York, 1970 —. Levine examina más brevemente estos temas en *Father of the Poor?: Vargas and His Era* —Cambridge University Press, Cambridge, 1998—. Hélgio Trindade analiza el *integralismo* en «Fascism and Authoritarianism in Brazil under Vargas —1930-1945—», en el recopilatorio de Larsen *Fascism Outside Europe*, pp. 469-528.

China: Fred Wakeman, Jr., dice que los Camisas Azules —1927-1937— no eran fascistas en «A Revisionist View of the Nanjing Decade: Confucian Fascism» —*China Quarterly* 150, junio de 1997, pp. 395-430—. Véase también la obra de Marcia H. Chang *The Chinese Blue Shirt Society: Fascism and Developmental Nationalism* —University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1985—. William C. Kirby abarca un campo más amplio en «Images and Realities of Chinese Fascism», incluido en la recopilación de Larsen *Fascism Outside Europe*, pp. 233-268.

Japón: Gregory J. Kasza hace una exposición autorizada sobre el fascismo en Japón en «Fascism from Above? Japan's *Kakushin* Right in Comparative Perspective», incluido en la recopilación de Larsen *Fascism Outside Europe*, pp. 183-232. La obra de Maruyama Masao *Thought and Behavior in Modern Japanese Politics* —Oxford University Press, Oxford, 1963— es la exposición clásica del «fascismo estilo emperador». William M. Fletcher,

con *The Search for a New Order: Intellectuals and Fascism in Prewar Japan* —Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1982—, es una fuente básica en inglés sobre intelectuales influidos por el fascismo. Peter Duus y Daniel I. Okimoto, en «Fascism and the History of Prewar Japan: The Failure of a Concept» —*Journal of Asian Studies* 39, 1, noviembre de 1979, pp. 65-76—; George Macklin Wilson, en «A New Look at the Problem of Japanese Fascism» —*Comparative Studies in Society and History*, 1968, pp. 401-412—; y Tetsuo Furuya, en «Naissance et développement de fascisme japonais» —*Revue d'Histoire de la 2è Guerre Mondiale* 86, abril de 1972, pp. 1-16—, dudan de que los movimientos que miraban al Ejército y al emperador para el cambio puedan calificarse de fascistas. Paul Brooker, en *The Faces of Fraternalism: Nazi Germany, Fascist Italy, and Imperial Japan* —Clarendon Press, Oxford, 1991—, sostiene que Japón fue el país más eficaz de los tres en la movilización del apoyo de las masas al nacionalismo militante sobre una base tradicional.

América Latina: Sandra McGee Deutsch, en *Las Derechas* —incluido en el apartado de Argentina—, proporciona una excelente panorámica de la extrema derecha en Argentina, Brasil y Chile. Las obras esenciales sobre Bolivia son las de Herbert Klein, *Parties and Political Change in Bolivia* —Cambridge University Press, Cambridge, 1969—, y *Bolivia: The Evolution of a Multi-Ethnic Society* —Oxford University Press, Oxford, 2ª ed., 1992, pp. 199-216—. Sobre el punto de vista brasileño, véase el artículo de Hélgio Trindade «La Question du fascisme en Amérique Latine» —*Revue Française de Science Politique* 33, 2, abril de 1983, pp. 281-312—.

Sudáfrica: Patrick J. Furlong, *Between Crown and Swastika: The Impact of the Radical Right on the Afrikaner Nationalist Movement in the Fascist Era*, University Press of New England, Hanover, 1991; y Jeff J. Cuy, «Fascism, Nazism, Nationalism and the Foundation of Apartheid Ideology», en Larsen —ed.—, *Fascism Outside Europe*, pp. 427-466.

Estados Unidos: Seymour Martin Lipset y Earl Raab presentan un bestiario bien documentado de grupos extremistas de la derecha estadounidense en *The Politics of Unreason: Right Wing Extremism in America, 1790-1970* —Harper & Row, Nueva York, 1970—. Alan Brinkley investiga algunos en

Voices of Protest: Huey Long, Father Coughlin, and the Great Depression —Knopf, Nueva York, 1982—, y analiza si es apropiada o no la etiqueta de fascista en las páginas 269-283. Nancy MacLean analiza en *Behind the Mask of Chivalry: The Making of the Second Ku Klux Klan* —Oxford University Press, Oxford, 1994— las correspondencias entre el Klan de principios del siglo xx y el fascismo, en las páginas 179-188. Leo Ribuffo hace el estudio más completo sobre los Camisas Plateadas de William Duelley Pelley, Gerald L. K. Smith y otros fascistas autóctonos en *The Old Christian Right: The Protestant Far Right from the Great Depression to the Cold War* —Temple University Press, Filadelfia, 1983—. Donald I. Warren examina a fondo los años de entreguerras en «Depression-Era Fascism and Nazism in the United States and Canada: Threat to Democracy or Theater of the Absurd?», incluido en la recopilación de Larsen *Fascism Outside Europe*, pp. 635-701; mientras que Michael Cox y Martin Durham ponen al día el periodo de posguerra en «The Politics of Anger: The Extreme Right in the United States», en la edición de Paul Hainsworth *The Politics of the Extreme Right* —Pinter, Londres, 2000, pp. 287-311—. El Salvador como un caso de apoyo estadounidense a algo muy parecido al fascismo en el exterior se analiza en el artículo de Thomas Sheehan «Friendly Fascism: Business as Usual in America's Backyard» incluido en el recopilatorio de Richard J. Golsan *Fascism's Return* —University of Nebraska Press, Lincoln, 1998, pp. 260-300—.

IX. Movimientos fascistas o neofascistas desde 1945

Un ensayo sumamente esclarecedor que puede ser un inicio adecuado en el tema es el de Diethelm Prowe «"Classic" Fascism and the New Radical Right in Western Europe: Comparisons and Contrasts» —*Contemporary European History* 3, 3, 1994, pp. 289-313—. Véase también, sobre la bibliografía académica reciente, el artículo de Roger Karapin «Radical Right and Neo-Fascist Parties in Western Europe» —*Comparative Politics* 30, 2, enero de 1998, pp. 213-234—.

Entre los estudios recientes sobre una amplia gama de estos movimientos se incluyen las ediciones de Paul Hainsworth *The Extreme Right in Europe and the USA* —St. Martin's Press, Nueva York, 1992— y *The Politics of the Extreme Right: From the Margin to the Mainstream* —Pinter, Londres, 2000—; la de Peter H. Merkl y Leonard Weinberg *Encounters with the Contemporary Radical Right* —Westview Press, Boulder, 1993—; el ensayo de Jeffrey Kaplan y Leonard Weinberg *The Emergence of a Euro-American Radical Righ*, —Rutgers University Press, New Brunswick, 1998 —; la edición de Luciano Cheles, Ronnie Ferguson y Michalina Vaughan *The Far Right in Western and Eastern Europe* —Longman, Londres, 1995 —; el trabajo de Hans-Georg Betz *Radical Right-Wing Populism in Western Europe* —Macmillan, Basingstoke, 1994—; la edición de Hans-Georg Betz y Stefan Immerfall *The New Politics of the Right: Neo-Populist Parties and Movements in Established Democracies* —St. Martin's Press, Nueva York, 1998—; el ensayo de Herbert Kitschelt, en colaboración con Andrew J. McGann, *The Radical Right in Western Europe: A Comparative Analysis* — University of Michigan Press, Ann Arbor, 1995—; y la edición de Sabrina P. Ramet *The Radical Right in Central and Eastern Europe since 1989* — Pennsylvania State University Press, University Park, 1999—. Una obra especialmente seria y bien documentada, entre las publicadas en otros idiomas, es la de Piero Ignazi, *L'estrema destra in Europa: Da Le Pen a Haider* —Il Mulino, Bolonia, 2ª ed., 2000—, aunque, a pesar del título, solo trata de Europa Occidental.

Sobre países concretos, se puede empezar con los ensayos nacionales de las obras que acabamos de citar. Los mejores sobre Italia son los de Franco Ferraresi, «The Radical Right in Postwar Italy» —*Politics and Society* 16, marzo de 1988, pp. 71-119—, y *Threat to Democracy: The Radical Right in Italy after the War* —Princeton University Press, Princeton, 1996, revisión de la edición de 1984—; y de Piero Ignazi, *Il polo escluso: Profilo del Movimento sociale italiano* —Il Mulino, Bolonia, 2ª ed., 1998—.

Presenta un rápido análisis de Alemania Rand C. Lewis en *A Nazi Legacy: Right-Wing Extremism in Postwar Germany* —Praeger, Nueva York, 1991—. Además de los ensayos sobre Alemania que figuran en las

obras colectivas ya citadas, véanse los de Richard Stöss, *Politics Against Democracy: Right-Wing Extremism in West Germany* —Berg, Oxford, 1991—; Uwe Backes y Patrick Moreau, *Die Extreme Rechte in Deutschland* —Akademische Verlag, Múnich, 1993—, y Patrick Moreau, *Les héritiers du IIIè Reich: L'extreme droite allemande de 1945 à nos jours* —Seuil, París, 1994—.

Stephen Shenfield estudia la extrema derecha rusa después de 1989 en *Russian Fascism: Tradition, Tendencies, and Movements* —M. E. Sharpe, Armonk, 2001—.

El estudio histórico mejor documentado sobre los diversos grupos fascistas y semifascistas de Francia desde 1945 es el de Pierre Milza, *Fascisme français: Passé et présent* —Flammarion, París, 1987—. Joseph Algazy trata de forma exhaustiva el periodo anterior en *La tentation neo-fasciste en France* —Fayard, París, 1984—. Los recientes estudios autorizados sobre los votantes del Front National son el de Pascal Perrineau, *Le symptome Le Pen: Radiographie des électeurs du Front National* —Fayard, París, 1997—, y el de Nonna Mayer, *Ces français qui votent Le Pen* —Flammarion, París, 1999—. Entre los estudios en lengua inglesa se incluyen el de Jonathan Marcus, *The National Front and French Politics* —Macmillan, Londres, 1995—, y el de Harvey G. Simmons, *The French National Front* —Westview, Boulder, 1996—.

El estudio más reciente sobre neofascismo en Austria es el de Ruth Wodak y Anton Pelinka *The Haider Phenomenon in Austria* —Transaction, New Brunswick, 2002—.

---

[729] Renzo de Felice, *Bibliografia orientativa del fascismo*, Roma, Bonacci, 1991. Unas dos mil de las entradas se refieren al fascismo genérico y a la historia de la Segunda Guerra Mundial.

[730] El último volumen, sin terminar, lo publicaron póstumamente sus discípulos.

[731] R. J. B. Bosworth, *The Italian Dictatorship*, Londres, Arnold, 1998, p. 7.

[732] Raoul Girardet, con simpatías personales hacia la extrema derecha, pero escrupulosamente objetivo en su elegante obra, utilizó «impregnación» casi exactamente del mismo modo sin problema en su innovador «Notes sur l'esprit d'un fascisme français», *Revue Française de Science Politique* 5, julio-septiembre de 1955, pp. 529-546.

Índice

Portada
Antología del fascismo
Prefacio
01. Introducción
02. La creación de movimientos fascistas
03. El arraigo
04. La llegada al poder
05. El ejercicio del poder
06. A largo plazo: ¿Radicalización o entropía?
07. Otros tiempos, otros lugares
08. ¿Qué es fascismo?
Ensayo bibliográfico
Sobre este libro
Sobre Robert O. Paxton
Créditos

Antología del fascismo

¿Qué es el fascismo? Centrándose en lo que hicieron los fascistas en lugar de en lo que dijeron, el historiador Robert O. Paxton responde a la pregunta. Desde las primeras bandas violentas y uniformadas que golpeaban a «enemigos del Estado», hasta el ascenso de Mussolini al poder o la radicalización fascista de Alemania en la Segunda Guerra Mundial, Paxton nos explica por qué los fascistas llegaron al poder en algunos países y no en otros, y se pregunta si el fascismo podría existir fuera del marco europeo de principios del siglo XX en el que surgió. Basándose en la valiosa y extensa investigación de toda una vida, Anatomía del fascismo explora qué es el fascismo y cómo ha llegado a tener un impacto duradero y continuo en nuestra historia. Ante la clamorosa escasez de definiciones para la peculiar visión política popular, nacionalista y conservadora, Paxton ofrece su propia y brillante explicación, extraída de acciones históricas concretas, transformando así la comprensión de esta peligrosa ideología y de por qué, cuándo y dónde se afianza. Este convincente documento amplía notablemente nuestro conocimiento de lo que ha sido «la principal innovación política del siglo XX y la fuente de gran parte de su dolor».

Robert O. Paxton. Lexington (EE.UU.), 1932. Politólogo e historiador estadounidense. Tras asistir a la escuela secundaria en Nueva Inglaterra, consiguió una diplomatura por la Washington and Lee University en 1954. Más tarde, ganó una beca Rhodes y pasó dos años estudiando un máster en el Merton College, en Oxford, donde estudió con historiadores como James Joll y John Roberts. Obtuvo un doctorado en la Universidad de Harvard en 1963. Paxton fue profesor en la Universidad de California en Berkeley y en la Universidad Estatal de Nueva York en Stony Brook antes de unirse a la Universidad de Columbia, en 1969. Trabajó allí durante el resto de su carrera, retirándose en 1997, aunque sigue siendo profesor emérito. Entre 1978 y 2017, ha publicado más de veinte reseñas en *The New York Review of Books*. Como investigador, se ha especializado en la historia social y política de la Europa moderna, particularmente en la Francia de Vichy, durante la Segunda Guerra Mundial. Paxton ha trabajado en torno a dos temas principales dentro del área general de la historia europea moderna: Francia durante la ocupación nazi entre 1940 y 1944; y el auge y propagación del fascismo. En los años sesenta y setenta, fue el primero en establecer, sobre la base de los archivos alemanes, la colaboración activa de la Francia de Vichy dentro de la Europa de Hitler, un hallazgo recibido al principio con frialdad en Francia y ahora ampliamente aceptado.

Título original: *The Anatomy of Fascism (2006)*

© Del libro: Robert O. Paxton
© De la traducción: José Manuel Álvarez Flórez
Edición en ebook: mayo de 2019

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com

www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-120300-6-8

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Rafael Díaz
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.